

**MANUEL
GONZALEZ PRADA**

**PAGINAS LIBRES
HORAS DE LUCHA**



LA PROSA DE MANUEL GONZALEZ PRADA

LO PRIMERO que debemos anotar es la antigüedad relativa de la prosa de González Prada. Mientras hallamos versos suyos éditos desde 1867, y especialmente desde 1871, sólo conocemos prosas de su pluma a partir de 1885, o sea, exactamente una vez que terminó la Guerra del Pacífico. Ambos sucesos, nacimiento de la prosa y terminación de la guerra, resultan perfectamente adecuados. Trataremos de explicarlo.

Prada provenía de una antigua y noble familia española. Uno de sus antepasados, don Andrés de Vásquez de Prada, Caballero de Santiago y Comendador de Lares, fue encargado por el Emperador Carlos V de la custodia del rey Francisco I, cuando éste cayó prisionero en Pavia. Otro fue Secretario del ilustre bastardo don Juan de Austria y paje de los reyes Felipe II y Felipe III. El primer Prada que llegó al Perú fue don José González de Prada y Falcón, quien arribó como funcionario civil a Buenos Aires, camino de Tucumán, en 1809, y pasó al Perú en 1810. Tomó parte en la represión de las insurrecciones de Cochabamba y de Huánuco, al lado de militares tan fieros como el Brigadier Gerónimo Marrón y Lombera y el General Pío Tristán. Casó con una hija del primero, doña Nicolasa, en 1814 o 15, años de tremendas rebeliones en el sur del virreinato del Perú, y su hijo, Francisco, padre de nuestro escritor, nació en Arequipa el año de 1816.

Don José alcanzó el rango de Gobernador intendente de Cochabamba y debió ser Conde de Ambo si sus jefes y virreyes hubieran cumplido sus compromisos.

Don Francisco González de Prada y Marrón y Lombera contrajo matrimonio con doña Josefa Alvarez de Ulloa, sobrina nieta de don Antonio de Ulloa, el sabio marino español que, en colaboración con don Jorge Juan y Santacilla, compuso las famosas *Noticias secretas de América*, cuya primera

edición sólo apareció en 1826 y en Londres, a causa de que permanecieron guardadas en manos inglesas desde su captura en el saqueo de Cádiz, a comienzos del siglo XIX.

Don Francisco y doña Josefa procrearon cuatro hijos: dos varones nacidos en 1840 y 1844 (este último, Manuel) y dos hembras (Cristina e Isabel) nacidas en 1842 y 1846 respectivamente. Los dos mayores vieron la luz en Arequipa; Manuel e Isabel, en Lima.

El día del natalicio de Manuel ha sido siempre equivocado. De hecho vino al mundo el 5 de enero de 1844 y fue bautizado el 8 con los nombres de José Manuel de los Reyes.

La familia González de Prada y Ulloa pertenecía a los más rancios círculos clericales y conservadores. El padre, don Francisco, un magistrado de reputación probada, se distinguió en los medios de ese tipo. Cuando su hijo Manuel tenía once años, don Francisco era vicepresidente de la república y ministro de Estado en la reaccionaria administración del general José Rufino Echenique. Para entonces, Manuel había cursado estudios elementales en una escuelita privada, la de las señoritas Ferreyros, y mantenía un genial señorío, antagónico a la tradición de sus antepasados.

En 1855, cuando su padre, a la caída de Echenique, se desterró a Chile, Manuel fue alumno del Colegio Inglés de Valparaíso, donde tuvo por maestros al alemán Herr Blumm y al británico Mr. Goldfinch. Ahí aprendió a estimar las lenguas de ambos profesores y se aficionó a sus respectivas literaturas.

De regreso al Perú, en 1857, don Francisco fue alcalde de uno de los más aristocráticos cabildos de Lima. Matriculó a su hijo Manuel en el Seminario de Santo Toribio, donde cursaban asignaturas Nicolás de Piérola (1839-1913), Monseñor José Antonio Roca, que sería arzobispo de Lima, y Monseñor Agustín Obin y Charun, amigo hasta el final. Manuel escapó del Seminario en 1860, harto de clérigos y latinajos. Fue para inscribirse en el liberal Convictorio de San Carlos, de donde también escapó en 1863, al morir don Francisco y porque no quería seguir en latín el curso de Derecho Romano. A partir de esa fecha se convierte en un *outlaw* dinástico, pese a que nunca abandonó el hogar de sus antepasados mientras vivieron su madre y su hermana mayor.

El paréntesis 1863-1879 lo llenan diversos y fecundos episodios y tareas.

En 1863 llegó a aguas del Pacífico la famosa Expedición científica española, a bordo de una escuadra armada de compases, binoculares, teodolitos y cañones. La escuadra se apoderó de las Islas de Chíncha en 1865; forzó al gobierno peruano a firmar un desagradable tratado, el Vivanco-Pareja, bombardeó el puerto chileno de Valparaíso, combatió en Abtao, bombardeó el Callao y fue forzada a alejarse por las baterías de este puerto:

esto último ocurrió el 2 de mayo de 1866: Manuel González Prada participó en la defensa del puerto. Su ataque a los españoles puede haberse engendrado entonces.

El 18 de setiembre de 1867 aparece en *El Comercio* de Lima una letrilla de nuestro autor: la firma con el nombre de "Manuel G.P.". Cuatro años más tarde, en el *Parnaso peruano* de José Domingo Cortez (Valparaíso, 1871), en donde se recoge un puñado de trioletes, rondeles, sonetos y romances del poeta, se autobiografía dándose como nombre el de "Manuel G. Prada": la voluntad de plebeyizarse es evidente, lo cual no quiere decir que fuese efectiva. Como dato indicador agregaré que el soneto "Al amor", uno de los más perfectos en lengua castellana, fue escrito en 1869: el poeta en sus veinticinco buscaba la perfección sobre todas las cosas.

Entre 1871 y 1875 publica estrofas en *El Correo del Perú*, entre ellas unas baladas indigenistas, recogidas mucho después, póstumamente, bajo el título de *Baladas peruanas*, con prólogo mío (1935). Durante ese período frecuenta la hacienda Tútume, su residencia casi oficial, en el valle de Mala, cerca de Lima. Por entonces se enamora de Verónica Calvet y Bolívar, joven nacida en Lima en 1851, de la que tuvo una hija, Mercedes, nacida en 1877. Aquel amor y esta hija fueron uno de los secretos mejor guardados en una Lima chismosa y pequeña, donde sin embargo nunca se murmuró de aquello.

Se consagró, además de la poesía y el amor, a la química, a los viajes por la sierra y a inventar un almidón de yuca, de cuyo procesamiento nos ha dejado una memoria amena. (Vide: *El tonel de Diógenes*).

En 1878 llegó a Lima la familia francesa Chalumeau de Verneuil Conches, compuesta por el padre, un paralítico, y dos hijos: el varón, Alfredo, sería confidente de don Manuel; la hembra, Adriana, nacida en París el año de 1865, se convertiría en esposa del escritor, en 1887, el mismo año en que murió doña Josefa, la madre de don Manuel.

Al estallar la guerra del Pacífico en 1879, don Manuel se radicó en Lima. Para octubre de dicho año 79, puede decirse que la guerra oficial o regular había terminado: sólo quedaba el reto de Arica. Prada se alistó en la Reserva, afanada en defender Lima, a partir de comienzos de 1880: formando parte de ella y con el grado de teniente coronel, contempló el desastre de Miraflores, el 15 de enero de 1881, impotente para violar las órdenes del Jefe Supremo de la guerra, rango adoptado por Nicolás de Piérola, ex ministro de Hacienda. Lo consiguió sublevándose en el cuartel del Callao, donde actuaba como soldado raso, aprovechando la ausencia repentina e inexplicable del presidente Mariano Ignacio Prado, el 19 de diciembre de 1879. Prada no perdonó a Piérola ni su clericalismo, ni las gestiones con Dreyfus

durante su Ministerio de Hacienda, ni, sobre todo, su pésima conducción de la guerra con el absurdo rango de que se investió.

La guerra del Pacífico dio vida al prosista González Prada.

Durante la larga ocupación de Lima por el ejército invasor, se encerró en su casa a fin de no tropezar con ningún oficial chileno entre los que tenía amigos de sus días de Valparaíso. Escribió dos piezas teatrales, nunca estrenadas, muchos versos e inició su análisis de la realidad nacional. En octubre de 1883 se firma el Tratado de Ancón que finaliza la guerra, mediante la previa sublevación del coronel Miguel Iglesias, resuelto a cualquier sacrificio con tal de liquidar la ocupación. Tuvo que pagar las consecuencias. En 1885, todo el Perú quería derrocar a Iglesias. Cáceres, el héroe de la resistencia, lo derrocó. Es entonces cuando Prada publica sus dos primeros trabajos en prosa, absolutamente definitivos: "Grau" y "Vigil". En el primero vacía su ira patriótica, su rencor herido, su ansia de revancha y su veneración por el héroe naval. En el segundo, su rechazo a la Iglesia, su amor a la libertad de conciencia, su desdén por los eclesiásticos. Conviene recordar las últimas líneas del trabajo sobre Vigil: "Murió como simple bibliotecario. Su nombre se levanta como solitaria columna de mármol a orillas de un río cenagoso"; Vigil murió en 1875; Prada moriría en 1918, también como "simple bibliotecario". Su nombre, como el de Vigil, "se levanta como solitaria columna de mármol a orillas de un río cenagoso".

A partir de esa fecha y hasta 1891 la obra de Prada va en un *crescendo* incontrastable. Son cinco años que transforman la mentalidad del Perú.

Agrupó en torno de Luis E. Márquez, primero, y, enseguida, de él mismo a los jóvenes intelectuales, ex combatientes o sencillamente niños en la época de la guerra, para constituir al comienzo un núcleo literario y luego un partido político del tipo de los radicales franceses, argentinos, chilenos, ecuatorianos y colombianos laicistas, populistas y con tendencias anarcosindicalistas.

Márquez, estirpe de escritores, era un poeta satírico contemporáneo de Prada. Él preside el Círculo Literario (1885), llevando como vicepresidente a don Manuel. Este había formado parte, allá por 1873, del Club Literario, institución formada por los principales escritores de la generación de Ricardo Palma y algunos menores en edad. La guerra disolvió al Club y dio vida al Círculo.

Prada se convierte en vocero de la nueva generación: lo hace en la Conferencia del Ateneo (1886), el discurso en el Palacio de la Exposición (1887), el pronunciado sobre la tumba de L. E. Márquez (1888) y los más célebres del Teatro Politeama y del Teatro Olimpo, ambos entre julio y

octubre del mencionado año 88. Con ellos crea una situación de ánimo entre estudiantes universitarios y obreros progresistas, a más de asociaciones liberales, como los masones, que explotará en la apetencia expresa de un partido político. El Círculo Literario había sido llamado ya "partido radical de la literatura".

Prada se enfrenta a los prejuicios e intereses que condujeron al desastre del 79. Su examen no se reduce el ámbito político; abarca el filosófico, social, étnico, estético y, sobre todo, religioso. El clero y la plutocracia, Lima y el virreinalismo son los responsables del fracaso: todo ello lo agrupa en el término "los viejos". Quienes abominen del centralismo limeño, aboguen por el libre pensamiento, condenen el blanquismo costeño, tengan fe en el indio, sostengan la bandera de la Ciencia, combatan por la libertad, éstos serán "los jóvenes". De ahí la fórmula definitoria de su discurso en el Teatro Politeama: "Los viejos a la tumba, los jóvenes a la obra".

Con profundos exámenes arremete contra unos y otros, ataca al Virreinato y califica a la tradición de "falsificación agritudicete de la historia". Puede situarse ahí su distanciamiento, que concluirá en gresca, con Ricardo Palma.

En este punto acaso convenga recordar una expresión en verso que Prada publicara como prólogo de *Minúsculas*:

*Resignémonos en prosa
Mas en verso combatamos
Por la azucena y la rosa.*

El verbo "resignarse" adquiere aquí un significado especial: equivale a combatir, y no resta nada a su valor estético usar la palabra utilitariamente; en cambio, el verso mantiene su señera aristocracia. El lo practicó así.

Aparte de esta consideración nada desdeñable, el mismo Prada que calificaba la función de la poesía (puede consultarse en *La Nación* de Buenos Aires, enero de 1900), trasgrede sus propios preceptos y utiliza al verso como prosa, en actitud bélica, agresiva y pícaro: eso consta en sus *Letrillas* (póstumas) y en las anónimas *Presbiterianas*, donde no predominan exactamente la azucena ni la rosa.

Las preocupaciones urgentes de la sociedad en que vivía, eran la recuperación de las provincias de Tacna y Arica, arrebatándose las a Chile; la sanción contra los responsables del atraso nacional y su derrota; la abolición de los elementos propagadores del atraso, llámense clero, plutócratas, magistrados corrompidos, militares desleales o ineficaces, periodistas venales, burócratas ociosos, escritores plagiarios o arcaizantes, limeños centralistas a espaldas de la Nación. Si uno analiza el conjunto de los ensayos que forman

Páginas libres hallará sin dificultad, reunidos en paz, todos estos elementos. El libro, escrito en una de las prosas mejor concertadas del idioma, con lujo de imaginación y de pericia, apocalíptico a ratos cuando recuerda a Hugo, sentencioso y penetrante cuando se inspira en Quevedo, dulce y sintético cuando sigue a Renan, convierte a *Páginas libres* en una expresión de la protesta de lo mejor del pueblo del Perú y de su intelectualidad, incluso, apurando procesos, define la tarea inmediata del escritor en prosa, en la de "propaganda y ataque". Sostiene la obligación de escribir con claridad, "como un alcohol rectificado", con naturalidad de "movimiento respiratorio". Prescribe como función primordial del escritor, la de "romper el pacto infame y tácito de hablar a media voz". El poeta y el ensayista han abierto las puertas al ideólogo, al escampavía en medio del desastre.

Los últimos discursos, los del 88, colocan a Prada contra la pared. El gobierno militar discutía en ese momento un contrato onerosísimo con la firma "Grace and Company", mediante el cual el Perú entregaba, en garantía de un préstamo, todas sus entradas.

El discurso en el Politeama, a pesar de haberse leído ante un auditorio en el que se encontraba el Presidente de la República, acompañado de sus ministros, fue impedido de publicarse: si no media la audacia del semanario anarquista *La luz eléctrica*, habría sido dudosa su difusión. Con el del Olimpo, discurso aparentemente literario, se produjo la repulsa de los grupos concertados de la generación anterior y se abrió una ardiente polémica periodística. Todo convergía a convertir en realidad política y social las prédicas de aquellas piezas oratorias. En mayo de 1891, al fin, el Círculo Literario daba paso a un partido radical, a la Unión Nacional. Un mes más tarde, su fundador y jefe, Prada, emprendía el viaje a Europa sin que se explicara semejante contradicción. La explicación sólo se hace posible desde el punto de vista personal. No nos basta.

En 1887 Prada perdió a su madre y se casó con Adriana. A principios de 1889 nació su primer hijo, que fue bautizado y murió al mes y medio de existencia. Ese mismo año murió la hermana Cristina. Al año siguiente, 1890, nace la segunda hija, llamada Cristinita, que es bautizada y muere a poco de su alumbramiento. En mayo de 1891, Adriana llevaba en el vientre un tercer hijo: ella, que en la desesperación de las anteriores frustraciones había abjurado de su religión, decidió que ese fruto de sus entrañas naciera bajo tres condiciones distintas a las de sus dos hermanos prematuramente fallecidos: no nacer en Perú, no llevar el nombre de ninguno de los Prada y no ser bautizado. El hijo nacería en París, el 16 de octubre de 1891; fue llamado Alfredo, como un hermano de Adriana; y no fue bautizado. Duró sobre la tierra hasta el 27 de junio de 1943, fecha en la cual, a los cincuenta y dos años, se suicidó en Nueva York: doña Adriana le sobreviviría cinco años.

De toda suerte, el viaje de don Manuel, abandonando a su recién nacido partido, carece de justificativo: la vida pública es más exigente que la privada, hasta hoy...

Durante los siete años que permaneció en Europa, visitó Francia y España; escuchó lecciones de Renan y entiendo que de Giner de los Ríos; asistió al sepelio de Leconte de Lisle y al de Paul Verlaine; fue recibido por el Presidente de Francia en el Eliseo; asistió a dos corridas de toros, vio la gruta de Lourdes; y publicó *Páginas libres*, en la imprenta Dupont de París, en julio de 1894.

Este libro debió titularse, conforme lo dice el autor, *Refundiciones* porque ninguno de sus capítulos conservaba el texto original y todos fueron objeto de retoques y enmiendas, es decir, fueron refundidos. Usó una ortografía original y fonética, en lo que coincide no sólo con algunos escritores del siglo de oro (en las contracciones, por ejemplo), sino con las reflexiones de Andrés Bello, Domingo Faustino Sarmiento y Rufino José Cuervo. También quería lograr la emancipación por medio del lenguaje. Tales innovaciones y reiteraciones las explica en el artículo "Notas sobre el idioma".

El libro llegó a Lima a fines de 1894. En 1895, coincidiendo con el triunfo de la revolución o montonera que encabezó Nicolás de Piérola, un desconocido publicista, bajo el nombre de M. B. González, empezó a publicar una respuesta de fondo clerical: *Páginas razonables*. Según esto, lo opuesto a la libertad sería la razón, o sea que la libertad es irracional y la sumisión lo único razonable. Sólo salió la primera entrega de la réplica.

La Unión Nacional sufrió los efectos combinados del abandono de su ideólogo y de las tentaciones de la Coalición Cívico-Demócrata alzada contra el militarismo. Prada se vio obligado a regresar al Perú en el primer semestre de 1898. Seguía gobernando Piérola, su enemigo. Para satisfacer a sus partidarios compuso en dos semanas la conferencia "Los partidos políticos y la Unión Nacional", que leyó en el local del partido, en la calle Matavilela de Lima. Fue un zarpazo a todos los organismos partidarios. La Unión Nacional también salió mellada. Al año siguiente, Prada declina ser candidato a la presidencia de la república por la Unión Nacional. De hecho se había lanzado al anarquismo, reforzado por sus lecturas y conocimientos en Barcelona y Madrid. Deja de colaborar en el semanario del partido, *Germinal*. Ataca duramente a Romaña, sucesor de Piérola. Inicia su colaboración en las publicaciones anarquistas *La idea libre* y *Los parias*. En 1902 renuncia públicamente a seguir siendo miembro de la Unión Nacional, indignado con los procedimientos politiqueros de algunos de sus directores. Ese mismo año interviene en el asunto del asalto a *La idea libre* por un grupo de redactores y amigos de *El Comercio* y sus dueños. El anarquista se lanza a la campaña con decisión y entusiasmo.

Coronación de esta etapa será el volumen *Horas de lucha*, aparecido en 1908.

El material de *Horas de lucha*, según se irá viendo en el texto, tiene otra textura que la de *Páginas libres*. Al experto en conceptos lo ha reemplazado un expositor directo; sólo usa antítesis, esperpentos y caricaturas. Goya ha sustituido a El Greco. El anticlericalismo es ahora patente. La caricatura de los tipos representativos de los vicios nacionales se exagera. No más apuntes: trazos enteros. Nada literario, todo político y social. Ninguna concesión al Estado: el individualismo más descarnado preside aquellas páginas. Ahora ha vuelto a destacarse la vieja afirmación: las grandes corrientes vienen siempre de grandes solitarios, como las aguas arrolladoras descienden de las cumbres más aisladas y altas.

La sucesión de caricaturas que llenan esas páginas obliga a un severo examen rectificatorio, mas no por escrito sino con hechos. Es lo que harán los partidos políticos nacidos, lustros después, de aquella vertiente ominosa.

Pasamos por alto que en 1901 y en 1911 publica sus dos lindos manojos de versos *Minúsculas* y *Exóticas*. Cifiamonos a su tarea en prosa.

Ya ha publicado, desde 1904, un trabajo que se titulará "Nuestros indios", en el cual sostiene, por primera vez, que el problema indígena no es de raza sino económico. En la medida que un indio se enriquece, se blanquea. La cuestión social, no la biológica ni la histórica, va implícita en la cuestión del indio. Lo repetirá en varios otros lugares. Igualmente reiterará su homenaje al primero de mayo, día de los trabajadores, a partir de 1905. La ruptura con la sociedad de su tiempo es insoldable.

En 1912 Prada acepta la dirección de la Biblioteca Nacional en lugar de Ricardo Palma, lo que causa un doloroso episodio de injustificados ataques. Renuncia en mayo de 1914, al no aceptar el golpe de estado que, anulando la voluntad de la mayoría del Congreso, proclama al general Benavides como Presidente Provisorio. Publica contra éste un periódico, *La lucha*, pero no alcanza a circular el primer número. En 1916 el gobierno constitucional de José Pardo lo restaura en su cargo. Ese mismo año confiesa a Félix del Valle, que es decididamente anarquista y que, en cuanto a su fe en Dios, "a veces creo, a veces no creo, pero generalmente no creo". El 22 de julio de 1918, en momentos en que se preparaba para salir de su casa rumbo a la Biblioteca Nacional, cayó derribado por un síncope cardíaco.

LUIS ALBERTO SÁNCHEZ

CRITERIO DE ESTA EDICION

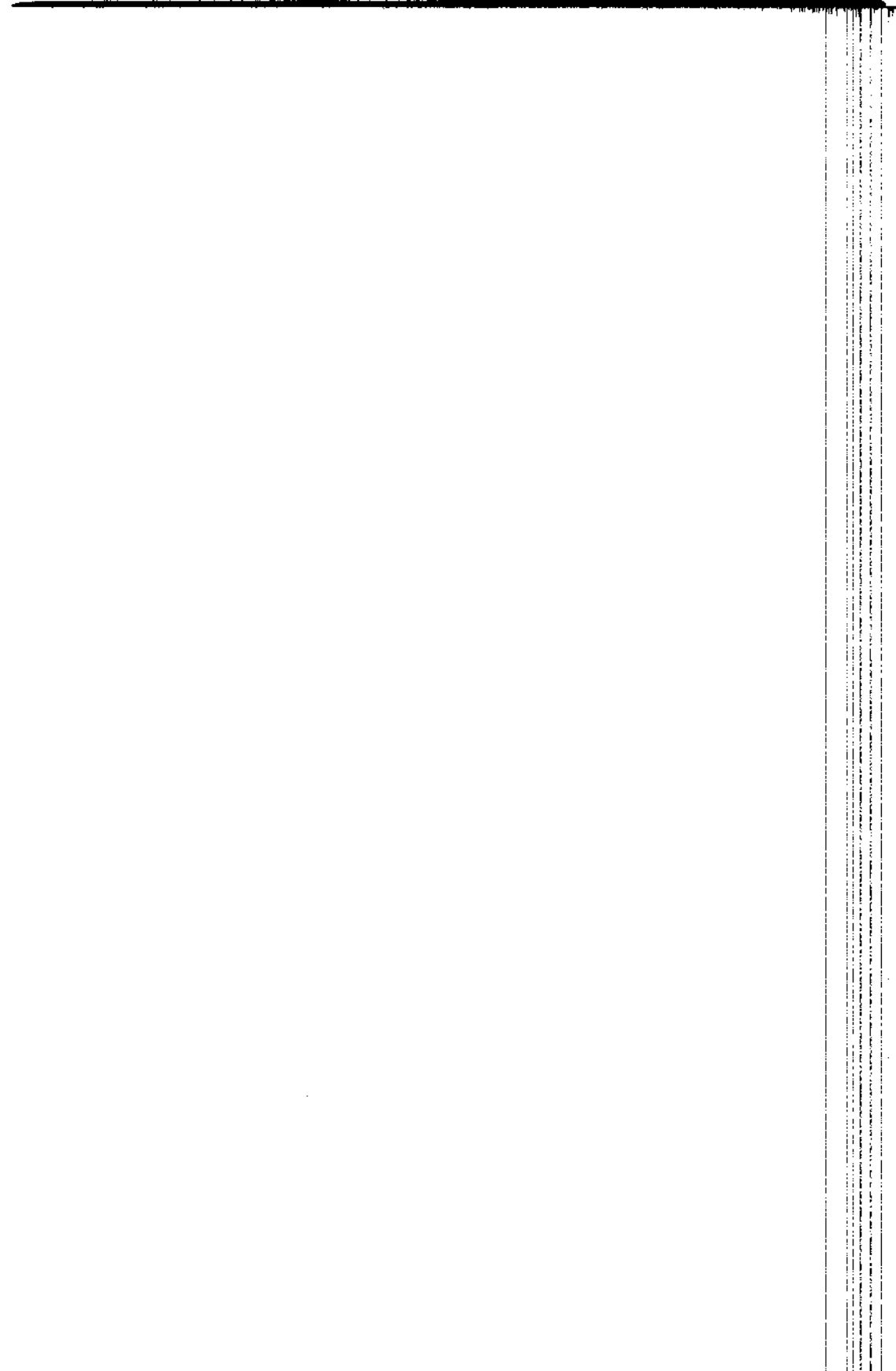
EN ESTE volumen la BIBLIOTECA AYACUCHO ha reunido los dos libros de prosa que publicó en vida Manuel González Prada: *Páginas libres* y *Horas de lucha*.

El primero apareció originariamente en París por la Imprenta P. Dupont, en 1894. La segunda edición fue de la Biblioteca Bello, Madrid, 1915, con prólogo de Rufino Blanco Fombona. Para la presente edición se partió de la tercera, aparecida en Lima (PTCM, 1946), la cual fue establecida por Luis Alberto Sánchez a partir de los textos corregidos por el autor, con vistas a una nueva edición que no llegó a publicar. De esa edición se han conservado las notas del autor, distinguiéndolas con asteriscos, y las notas del crítico, distinguiéndolas, en cambio, por números. A esas notas agregó otras nuevas el Sr. L. A. Sánchez para esta edición. Mariene Polo modernizó la ortografía original de González Prada, adaptándola a las normas vigentes en la materia, con el fin de facilitar la lectura de la obra. Sólo se conservó la ortografía original del autor para el artículo "Notas acerca del idioma", a modo de ilustración de sus proposiciones ortográficas y lexicográficas.

En cuanto a *Horas de lucha*, se partió del texto de la segunda edición (Callao, Tip. "Lux", 1924), revisada, corregida y adicionada por la viuda del autor, Adriana Verneuil de González Prada. Como en esta edición ya no se utilizó la ortografía que González Prada había aplicado en *Páginas libres*, se la ha seguido fielmente. Las notas con asteriscos pertenecen al autor; las numeradas, a Luis Alberto Sánchez; las de la viuda de González Prada incluyen su nombre con iniciales (A. de G. P.). Se eliminó el Apéndice de esa edición, que incluía la correspondencia entre Francisco Gómez de la Torre y M. González Prada, y se respetaron las adiciones de Adriana Verneuil de González Prada (el artículo "Nuestros indios").

La Cronología fue preparada por la BIBLIOTECA AYACUCHO teniendo especialmente en cuenta las aportaciones críticas de Luis Alberto Sánchez, como se lo consigna en los lugares respectivos, y la cronología que preparó Mariene Polo como apéndice al libro *Mito y realidad de González Prada*, de Luis A. Sánchez (Lima, P. L. Villanueva, 1976).

BIBLIOTECA AYACUCHO





PAGINAS LIBRES

PRIMERA PARTE
CONFERENCIA EN EL ATENEO DE LIMA ¹

I

SEÑORES:

Si² LOS HOMBRES de genio son cordilleras nevadas, los imitadores no pasan de riachuelos alimentados con el deshielo de la cumbre.

Pero no sólo hay el genio que inventa y el ingenio que rejuvenece y explota lo inventado; abunda la mediocridad que remeda o copia. ¡Cuánta mala epopeya originaron la *Iliada* y la *Odisea*! ¡Cuánta mala tragedia las obras de Sófocles y Eurípides! ¡Cuánta mala canción las odas de Píndaro y Horacio! ¡Cuánta mala égloga las pastorales de Teócrito y Virgilio! Todo lo bueno, todo lo grande, todo lo bello, fue maleado, empequeñecido y afeado por imitadores incipientes.

Siglos de siglos persistió la monomanía de componer variaciones sobre el tema greco-latino, y hubo en la literatura una Roma falsificada y una Grecia doblemente hechiza, porque todos miraban a los griegos con el cristal romano. Muchos quisieron seguir fielmente las huellas de latinos y helenos ¡como si tras del hombre sano y fuerte pudiera caminar el cojo que vacila en sus muletas o el hemipléjico que se entreda en sus mismos pies!

La imitación, que sirve para ejercitarse en lo manual o técnico de las artes, no debe considerarse como el arte mismo ni como su primordial

¹ La conferencia del Ateneo fue la primera presentación pública de M.G.P. y corresponde a la etapa de formación del Círculo Literario, 1885, hecho cumplido el año inmediatamente anterior a esta Conferencia. M.G.P. había pertenecido al Club Literario en el que se agrupaba la anterior generación.

² "Si", agregado manuscrito por el autor.

objeto. Imitar equivale a moverse y fatigarse en el wagón de un ferrocarril: nos imaginamos realizar mucho y no hacemos más que seguir el impulso del motor.

En literatura, como en todo, el Perú vivió siempre de la imitación. Ayer imitamos a Quintana, Espronceda, Zorrilla, Campoamor, Trueba, y hoy continuamos la serie de imitaciones con Heine y Bécquer en el verso, con Catalina y Selgas en la prosa. Como Bécquer escribió composiciones poéticas de cortísimo aliento, y Selgas artículos no muy largos en frases diminutas y algo bíblicas, va cundiendo en el Perú el gusto por las rimas de dos cuartetas asonantadas y la afición al articulillo erizado de antítesis, *conceits* y *calembours*, quiere decir, entramos en plena literatura frívola.

II

SEVERO CATALINA poseía sensibilidad exquisita, claro talento y vasta erudición. Hebraizante, con fe ciega en los dogmas del Catolicismo, salió a refutar la *Vida de Jesús*, cuando se había hecho¹ moda romper lanzas con Renan. Pasada la moda, se hundieron en el olvido refutaciones con refutadores, y Catalina sobrenada hoy no por la *Contestación* a Renan, sino por el libro² *La Mujer*, que muy joven dió a luz con un prólogo de Campoamor.

En *La Mujer*, Catalina descubre miras opuestas a Balzac; pero no encierra el meollo de Aimé-Martin ni el generoso espíritu de Michelet. El libro ensalza tanto al bello sexo y despide un olor tan pronunciado a misticismo, que parece escrito con polvos de rosa disueltos en agua bendita. Obras con semejante índole entretienen a los dieciocho años, hacen sonreír a los veinticinco e infunden sueño a los treinta. No deben tomarse a lo serio, sino como el ditirambo de un seminarista que no ha perdido la gracia virginal.

Ahí, la frase asmática de Saavedra Fajardo alterna con el período hético del mal Quevedo, del que maneja la pluma en horas menguadas. De cuando en cuando relampaguea el espíritu de un Lamennais corregido y espurgado por la Congregación del Índice.

En sus obras posteriores a *La Mujer*, Catalina cambia de forma, pero no de fondo: abandona el estilo clausulado para valerse del período inacabable y lánguido de Mateo Alemán; pero continúa encorvándose bajo el yugo de la Fe, sin conocer las tormentas de la duda ni subir a las cumbres de la Razón.

¹ "Había hecho" por "hizo", corrección manuscrita del autor

² "El libro", agregado manuscrito del autor.

Si con ninguno de sus escritos logra convencer al que niega ni afianzar al que vacila, tampoco inflama odios ni causa repulsión, porque en todas las frases revela al creyente sincero y al hombre de corazón leal. En sus obras trasciende la melancolía, ese vago presentimiento, ese algo triste de los hombres destinados a morir jóvenes.

A Catalina siguió José Selgas y Carrasco. Después de publicar dos colecciones de versos, la *Primavera* y el *Estío*, Selgas descuidó la poesía y se lanzó denodadamente a la prosa.

Con erudición superficial y de segunda mano, con citas copiadas de controversistas franceses, emprende una cruzada contra Ciencia y civilización modernas. Se manifiesta agresivo, cáustico, mordaz, sangriento, y como todo hombre fácil en atacar, no sabe defenderse ni resistir cuando se ve acometido. Sirviéndose de armas que no maneja bien, trata de fulminar golpes mortales, y deja todo el cuerpo a merced del enemigo. Aunque algunas veces aturda, jamás derriba, porque sus argumentos recuerdan los ruidosos pero inofensivos golpes¹ con vejiga llena de aire. Estrechando mucho, se escurre como Voltaire, disparando un chiste.

Prescindiendo aquí de las ideas transnochadas y recalcitrantes, sería injusto negar a Selgas un ingenio móvil, sutil y penetrante: acaso no hay hombre más paradójal en España. No obstante, afanándose en rayar por agudo, peca más de una vez por incomprensible. Como abusa de la antífrasis, no sabemos si habla con seriedad o se burla de nosotros.

En él no hay sucesión lógica de juicios, sino agrupamiento de ideas por lo general inconexas. Puede tijeretearse por acápites cualquier escrito de Selgas, introducirse los retazos en una bola de lotería, sacarles y leerles, con probabilidad de obtener un nuevo artículo. No posee la concentración, el mucho en poco, y lejos de arrojar centigramos de oro en polvo, descarga lluvias de arena. Selgas parece un Castelar desmenuzado y teñido de carlista.

En el estilo, asmático entre los asmáticos, fatiga con los retruécanos, aburre con las antítesis, desconcierta con el rebuscamiento. Según la expresión de Voltaire, "pesa huevos de hormiga en balanzas de telaraña".² No se le debe llamar domador de frases, sino martirizador de vocablos. Juega con palabras, como los prestidigitadores japoneses con puñales; y extrae del tintero líneas y

¹ "Golpes" por "ataques", corrección manuscrita del amor.

² "De telaraña" en vez de "formadas con tela de araña", corrección manuscrita del autor.

más líneas de frases cortas y abigarradas, como los embaucadores de ferias se sacan del estómago varas y más varas de cintas angostas y multicoloras.²

A más de ambiguo, flaquea por amanerado, descubriendo en cada giro al escritor ganoso de producir efecto. Quiere manifestar ingenio hasta en la colocación de signos ortográficos. Imposible leerle de seguido: la lectura de Selgas parece ascensión fatigosa por interminable y oscura escalera salomónica: esperamos ráfagas de luz, momentos de tomar descanso; pero descanso y luz no llegan.

Nunca va en línea recta hacia el asunto, sino trazando curvas o ángulos, y retorciéndose y ovillándose; de modo que cuando nos le figuramos muy lejos de nosotros, se divierte en hacer cabriolas a nuestras espaldas. Como personaje de comedia mágica, se oculta en las nubes, y de repente asoma por un escotillón. Selgas, en fin, sube a la cuerda floja, da saltos mortales, realiza prodigios y agilidad, hasta que pierde el equilibrio, suelta la vara y cae sobre los espectadores.

Tales son en bosquejo Catalina y Selgas, prosadores sin legítima originalidad, pues se derivan de los gacetilleros parisienses. Viértanse al francés los artículos de Catalina y Selgas (si Selgas puede traducirse), publíquense las versiones en cualquier diario del Sena, y pasarán confundidas entre las mil y mil producciones de los innumerables escritores franceses.

III

¿QUIEN ES HEINE, quién el hombre que funda² escuelas en Alemania, se populariza en Francia, penetra en Inglaterra, invade Rusia, se hace traducir en el Japón y viene a ejercer irresistible propaganda en América y España? Nadie caracteriza con más precisión a Enrique Heine que él mismo cuando se llama "un ruiseñor alemán anidado en la peluca de Voltaire", pues amalgama el sentimiento germánico de un Schiller con la chispa francesa de un Rabelais.

Aunque artista consumado, no produce con serenidad y pulso firme de pintor que ilumina cuadros, sino con dolores de mujer que alumbra un

¹ "Multicoloras" en vez de "multicolores", corrección manuscrita del autor.

² "Funda" en lugar de "forma", corrección manuscrita del autor.

niño. Su poesía, vaso de hiel con bordes azucarados, como lo declara en *Atta Troll*, "frenesí encaminado por la cordura, prudencia que desvaría, quejidos de moribundo que repentinamente se transforman en carcajadas".

Como piensa con el cerebro de Mefistófeles y siente con el corazón de Fausto, su ironía se acerca a lo satánico y su sensibilidad se roza con lo paradisiaco. La mujer le infunde ternuras de madre y lascivias de sátiro, su amor no se parece al lago azul en que se refleja el cielo, sino al torrente que huye hacia el mar, recogiendo el arroyuelo de las montañas y el albañal de las ciudades.

No le creamos cuando nos diga que "sólo amó verdaderamente a muertos y estatuas"; por el contrario, pensemos que debió repetirnos como el antiguo *minnesänger*: "Yo me alimenté del amor, esa médula del alma".¹ Nació con asombrosa precocidad de sentimientos. Niño, recitaba en la fiesta de un liceo el *Buzo* de Schiller; mas de pronto enmudece y queda como petrificado: sus ojos se habían fijado en los ojos azules de una hermosa joven. Amó con delirio a su prima Molly Heine y conservó siempre un cariño entrañable a su madre. Verdad que una y otra² no escapan a los dardos de su ironía, como no se liberaba ni él mismo, porque era propio de Heine velar con un chiste sus pasiones, disimular con una risotada sus dolores; como la heroína del cuento, baila con un puñal en las entrañas; como Voltaire, está con una pierna en la tumba y hace piruetas con la otra.

Odió con toda su alma. Casi moribundo, teniendo que levantarse los párpados para ver, escribe sus memorias y exclama en un arranque de regocijo febril: "Los he cogido. Muertos o vivos no se me escapan ya. ¡Ay del que lea estas líneas, si osó atacarme! Heine no muere como un cualquiera, y las garras del tigre sobrevivirán al tigre mismo".³

La audacia de Heine parecerá increíble a quien no esté familiarizado con la llaneza infantil de los autores alemanes; pocos habrán escrito rasgos más atrevidos ni valientes. A nadie respeta: zahiere a Schlegel, Hegel y Boerne, arremete contra Goethe, no perdona poeta de Suevia, se ríe socarronamente de Madame Staël, moteja a Ballanche, llama a Villemain "un dómine ignorante", a Chateaubriand "un loco lúgubre", a Víctor Hugo "un hombre jorobado moralmente".

Prusiano, escarnece a Prusia y se mofa de la vieja Alemania y del antiguo y buen derecho glorificado por Uhland. Poco después que Arndt

¹ Ulrich von Lichtenstein. (Nota del autor, en tinta, inédita).

² Con lápiz, encima, letra del autor: "ambas", pero no es sino una propuesta de corrección.

³ Camile Selden, "*Les derniers jours de H. Heine*" (Nota a tinta en el original que usamos).

había cantado la formación de la patria germánica, tibias aún las cenizas de Koerner, Heine lleva el descaro hasta celebrar en los *Dos Granaderos* la apoteosis de Napoleón Bonaparte, el hombre de Jena y Tilsitt. Nunca hizo gala de patriota, y un solo país amó invariablemente, Francia, donde vivió gran parte de su vida, donde contrajo matrimonio, donde exhaló el último suspiro. En una carta dirigida a su amigo Christian Sethe por los años de 1822, escribía ya: "Todo lo alemán me es antipático, y tú eres alemán por desgracia. Todo lo alemán me produce efecto vomitivo. El idioma alemán me destroza las orejas".

En nada cree, salvo perfidia y belleza de la mujer amada. "Yo no creo en Diablo, infierno ni penas infernales, sólo creo en tus ojos y en tu corazón diabólico". Llama a los dioses del Cristianismo "zorros con piel de cordero", al Catolicismo el "período mórbido de la Humanidad". Para todas las religiones tuvo siempre la carcajada de Voltaire, y aunque judío de nacimiento y luterano de conveniencia o capricho, sólo rindió culto literario a las divinidades griegas. Enfermo, acometido ya de la parálisis, recorre las galerías del Louvre y no vuelve los ojos a las madonas de los pintores italianos, sino que vertiendo lágrimas como un pagano del siglo IV, cae de rodillas ante la Venus de Milo.

La originalidad de Heine estriba en el modo cómico-serio de sentir, en la independencia de pensar y en la franqueza de expresarse; su forma no revela nada superior a Goethe ni a Schiller, aunque se manifiesta más armonioso que Tieck, más conciso que Rückert, más plástico que Uhland. El mismo confesó que en su *Intermezzo lírico* había imitado la cadencia de los *lieder* compuestos por Wilhelm Müller, que antes de aprender en las obras de Wilhelm Schlegel los secretos de la métrica había cedido al influjo del canto popular germánico. Y tuvo razón: anteriormente a Wilhelm Müller, anteriormente a Goethe, el *lied* existía con toda su frescura, con toda su sencillez, con toda su flexibilidad. Remontándose hasta la *Antología Griega*, se ve que muchos epigramas helénicos tienen todos los caracteres del *lied* germánico. Algunas composiciones del *Intermezzo lírico*, del *Regreso* y de la *Nueva Primavera*, figurarían sin desdoro junto a los epigramas de Meleagro, Rufino y Pablo el Silentario.

Mas,¹ nada tan inexacto como calificar a Heine de griego; no pasa de un greco-alejandrino que viajó por Asia, leyó a Luciano y hojeó la *Antología* de Meleagro. El buen gusto helénico no abunda en Alemania; si las obras de los griegos parecen un ordenado parque inglés, las obras de los alemanes semejan un bosque virgen de América, donde² no se penetra sin brújula

¹ Decía "sin embargo" en las ediciones impresas.

² "Donde", palabra omitida en las ediciones anteriores y agregada por el autor.

ni machete. Heine, dotado de inspiración nómada y cosmopolita, coge sus argumentos donde los encuentra; pasa de la Biblia al Shah-nameh, del Shah-nameh al Ramayana, del Ramayana al Edda escandinavo y del Edda escandinavo a los romances castellanos, a las baladas escocesas o a los *fabliaux* franceses.

Poeta y alemán, cede a la atracción de Goethe, así como ningún filósofo germánico resiste a la influencia de Kant. Heine sigue al cantor de *Fausto* como Schopenhauer al filósofo de la *Crítica de la Razón pura*. Cuando los hombres como Kant y Goethe golpean la Tierra con sus plantas, el suelo retiembla por tan largo tiempo que generaciones enteras ceden al movimiento de trepidación.

Sin embargo, entre la nube de poetas que desde principios del siglo surgieron en Alemania, Enrique Heine se dibuja como una personalidad: se distingue de todos, no se confunde con ninguno. La acritud de su carácter, la hiel de sus versos, deben atribuirse, más que a nativa malignidad, a las contrariedades de su vida, a su amor desgraciado, a sus continuas enfermedades, a la parálisis que años enteros le clavó en el lecho hasta victimarle en 1856. Célebre por sus cantos, es más célebre por sus dolores.

Pasar de Heine a Bécquer vale ir de maestro a discípulo que funda escuela. El pintor y poeta sevillano Gustavo Adolfo Bécquer murió en la plenitud de la vida, sin haber podido encerrar en la tela ni el libro todas las creaciones fantásticas que revoloteaban en su cerebro.

De justa popularidad disfruta hoy en España y América, y su influencia literaria se extiende con la rapidez de una corriente eléctrica. Mientras muchos no salen de la oscuridad aunque publiquen largos poemas y voluminosas novelas, él, con unos cuantos versos y unas cuantas leyendas, se coloca en primera línea, se granjea reputación universal.

Bécquer va germanizando la poesía castellana, como Meléndez Valdés, Cienfuegos y Quintana la afrancesaron, como Boscán y Garcilaso la italianizaron. Con sus ideas sencillas, con sus sentimientos sinceros y particularmente con su expresión parca y hasta económica, se levanta como un revolucionario para reaccionar contra la intemperancia verbosa de los poetas españoles.

Imita sin perder la individualidad; su obra no consiste en traducir con infiel maestría versos de poetas germánicos, sino en dar al estilo la simpleza, la ingenuidad, la transparencia, la delicada ironía, en una palabra, todo el sabor¹ del *lied* alemán. No tiene composiciones que recuerden *La Romería*

¹ "Y todo el corte", con lápiz, al margen, corrección que quiso efectuar el autor pero que no realizó.

de *Kevlaar*, *La Maldición del Poeta* o *La Novia de Corinto*; pero Heine, Uhland y Goethe no escribieron un *lied* semejante a la última rima:

*En la imponente nave
Del templo bizantino
Vi la gótica tumba a la indecisa
Luz que temblaba en los pintados vidrios.*

En algunas ideas parece alemán legítimo, se penetra del espíritu germánico, ve a la mujer como la ven los alemanes, y si por rezagos místicos se aparta de Heine, por el idealismo se roza con los poetas de Suevia.

Cuando escribe:

*Es una estatua inanimada . . . pero . . .
¡Es tan hermosa!*

descubre al discípulo de Heine, al amante del *Intermezzo lírico*; cuando exclama:

*¡Y entonces comprendí por qué se llora!
¡Y entonces comprendí por qué se mata!*

deja traslucir al español de buena raza, al hombre que lleva en sus venas sangre de *García del Castañar* y del *Alcalde de Zalamea*. De su viaje ideal por la tierra de Hermann y Thusnelda regresa con la melancolía, esa flor nacida en las nieves del Norte, y forma la fusión agradable y extraña de andaluz con alemán.

Gracias, tal vez, al buen gusto de su editor y biógrafo, Bécquer se presenta con leve pero rico bagaje literario y logra escapar al defecto que Heine reconoció en sus propias obras, la monotonía. Cansa leer de seguido el *Intermezzo*, el *Regreso* y la *Nueva Primavera*, por la repetición de lo mismo con diferentes palabras, mientras se lee y se relee con incesante deleite la diminuta colección de *Rimas*. ¿Qué poeta o aficionado no las sabe de memoria?

Menos irónico y amargo que Heine, tan melancólico y apasionado, el poeta español se distingue del alemán por un tinte de resignación y bondad. Bécquer, herido en el corazón por mano de una mujer, desea curarse con algún bálsamo, se cubre de vendas y aguarda en la misericordia de algo superior al hombre; todo lo contrario de Heine, que rasga las ligaduras de su herida, vierte agua corrosiva en la carne irritada, y levanta los puños amenazando a Tierra y Firmamento. Las composiciones de ambos tienen

"un dejo de lágrimas y de amor";¹ pero en las *Rimas* no hay ese abuso de caídas epigramáticas ni esas continuas carcajadas sardónicas que en el autor del *Intermezzo* degeneran en una especie de *tic* nervioso. Atenuada, pues, algo tibia y, por decirlo así, más resistible a los ojos españoles, viene la inspiración de Heine después de incidir en el cerebro de Bécquer.

La estudiada negligencia en el lenguaje, la rima generalmente asonantada, el ritmo suave aunque un tanto descuidado, hacen de Bécquer un versificador *sui generis*. No presenta novedades en la estrofa ni en el verso, como las presentan Iriarte, Espronceda, Zorrilla, la Aveellaneda y Sinibaldo de Mas; pero en lo antiguo ha marcado el sello de su individualidad. La asonantada estrofa de cuatro versos, el heptasílabo y el endecasílabo dirán: por aquí pasó Bécquer.

Tiene a veces la ternura de Lamartine y recuerda la forma escultural y pictórica de Théophile Gautier. Algunas de sus composiciones esencialmente² gráficas, parecen bultos de mármol o telas de colores. Y hace mucho con poco trabajo, bastándole³ unos cuantos malletazos o pinceladas para que la estatua surja del bloque o la figura se destaque del lienzo.

En prosa imita los *Reisebilder* o *Cuadros de Viaje* del mismo Heine, y aunque en algunas ocasiones nos abrumba con arquitecturas, como Víctor Hugo en *Nuestra Señora de París*, sugiere la idea de un Juan Pablo sin nebulosidades de Selva Negra o de un Hoffmann sin humo de pipa ni espuma de cerveza. Sus leyendas resisten el paralelo con *Trilby* de Nodier.

Tanto en verso como en prosa, oculta su arte con maestría sin poner en contradicción al hombre con el escritor; en sus obras palpamos la vida, sentimos los estremecimientos de los músculos y las vibraciones de los nervios. Posee, como ninguno, el don raro y envidiable de hacerse amar por sus lectores.

Heine y Bécquer aparecen, pues, como maestro y vulgarizador del germanismo en España. Vulgarizador, no iniciador, debe llamarse al poeta de las *Rimas*, porque antes de él se presentan con tendencias a la imitación alemana, Barrantes en las *Baladas españolas* (1853), Augusto Ferrán en la *Soledad* (1860) y Ventura Ruiz Aguilera en el *Dolor de los Dolores* (1862). Pero estos germanistas vinieron temprano, mientras Bécquer asomó en el instante propicio, cuando todos volvían los ojos a Prusia rodeada con el prestigio de sus victorias, cuando el Imperio Alemán acababa de ser proclamado en el castillo de Versalles.

¹ Edmond Schéret. (Nota manuscrita del autor, inédita).

² En vez de "son". Manuscrito en la edición que usamos.

³ "Bastándole" en vez de "pues le bastan", según corrección del autor.

Los que interpretan magistralmente a los alemanes imprimen el cuño español en el oro del Rhin; pero los que traducen al Heine de las traducciones francesas, los que imitan o calcan a Bécquer ¿se penetran del espíritu germánico? Caminan a tientas, imitan y calcan por imitar y calcar; no merecen el calificativo de germanistas o germanizantes, sino de teutomaniacos. Sustituyen mal con mal: cambian el intimismo lacrimoso, degeneración de Espronceda y Zorilla, con el individualismo nebuloso, degeneración de Schiller y Heine.

A más de la poesía subjetiva del *Intermezzo lírico*, abunda¹ en Alemania la poesía objetiva de las baladas. ¿Por qué los germanistas castellanos no aclimatan en su idioma el objetivismo alemán? ¿Por qué no toman el elemento dramático que predomina en las baladas de Bürger, Schiller, Uhland y muchas del mismo Heine? Ya que nuestra poesía carece² de perspectiva, relieve, claroscuro y ritmo, ¿por qué los poetas³ no estudian la forma arquitectónica, escultural, pictórica y musical de Goethe? Sí, Goethe, a pesar de su frialdad marmórea (frialdad explicable por el dominio del ingenio sobre la inspiración), tiene la avasalladora fuerza del ritmo, y en sus versos parece realizar imposibles, como una arquitectura en movimiento, como una música petrificada, como una pintura con palabras.

Hay que repetirlo, se imita sin saber cómo ni para qué. De la propensión extravagante a remedar inconsiderablemente, brotan innumerables composiciones híbridas. Al chubasco de las doloras, a la inundación de los sonetos, sigue hoy la garúa de las poesías homeopáticas y liliputienses. ¿Qué periódico literario de América o España no encierra dos cuartetos asonantados, con el indispensable título de *rima, imitación de un lied o becquerismo*?⁴

¡Qué disgusto y hastío no prueba uno al encontrarse con esos abortos embrionarios o monstruos bicéfalos, después de saborear el desbordamiento lírico de un Lamartine o la exuberancia épica de un Víctor Hugo! Si la poesía castellana tiene que reducirse a ineptias y vaciedades propinadas en dosis infinitesimal, renunciemos de una vez a poetas y versos.

¹ "Abunda" en vez de "hay". Corrección manuscrita del autor.

² "Carece" en vez de "se distingue por falta". Corrección manuscrita del autor.

³ "Los poetas", agregado manuscrito en tinta por el autor.

⁴ Evidente ataque a la moda becqueriana y de traducir a Heine del francés, en que acaso se refiere a don Ricardo Palma, autor entonces de un volumen de "Traducciones".

IV

Si REFRANES y cantos populares revelan el nacimiento de las literaturas, las composiciones alambicadas y pequeñas dan indicios de agotamiento y caducidad. El hombre anda con pasos cortos en la infancia y en la vejez. La decadencia se denuncia en el gusto por las bagatelas, no en el naturalismo de un prosador como Zola ni el ateísmo de un poeta como Richepin.

Hay escritos en que el período breve o sentencioso cuadra bien, y nadie se disgusta con las *Máximas* de un Vauvenargues ni con los *Pensamientos* de un Joubert. ¿A quién no agradan el tono bíblico y el paralelismo hebreo de un Lamennais? Las pasiones violentas, los pensamientos delicados, las descripciones a vuelo de pájaro, exigen una poesía de corta dimensión; de ahí que en Grecia todos los escritores proporcionen materiales a la Antología, desde Homero hasta Platón. Los sonetos entran por miles en Lope de Vega, un madrigal redime del olvido a Gutierre de Cetina y los epigramas de ocho versos popularizan el nombre de Iglesias. Pero las composiciones fugitivas de los verdaderos poetas son chispas de brillantes o frisos de mármol pentélico, mientras las cuartetas asonantadas de los becqueristas son fragmento de sustancias opacas y amorfas. Las *rimas* distan un paso de los acrósticos, charadas, enigmas, logogrifos, laberintos y demás productos de las inteligencias que tienen por única actividad el bostezo.

En el orden físico, lo muy pequeño escapa de los cataclismos merced a su organización tenaz y relativamente perfecta, y en literatura, lo muy corto y muy bueno vive mucho. Donde perecen la historia y el poema, se salvan el cuento y la oda. Las producciones diminutas exigen un pensamiento original y un estilo en armonía con el asunto: la forma da el¹ mérito; no olvidemos que sólo por la forma, el carbón se llama unas veces carbón y otras veces diamante.

Si el pensamiento raso con lo vulgar, si el estilo carece de plasticidad, ¿qué nos ofrecen los escritores galogermánicos en su prosa asmática y en su verso microscópico? La exigüidad en la producción ¿denota economía de fuerzas o impotencia? Las rocas producen liquen porque no tienen sustancia para nutrir al cedro. Los que gozamos con la prosa y el verso de los maestros podemos alimentarnos con médula de leones, ¿por qué someternos al régimen de los dispépticos, a dieta medida? Si las naciones de Europa figuran como los grandes paquidermos del reino intelectual, no representemos en el Perú a los microbios de la literatura.

La improvisación pertenece a tribuna y diario. A oradores y periodistas se les tolera el atropellamiento en ideas, la escabrosidad en estilo y hasta la

¹ "Da el" por "les da", corrección hecha por el autor.

indisciplina gramatical. Verdad que en lo improvisado se cristaliza¹ muchas veces lo mejor y más original de nuestro ingenio, algo como la secreción espontánea de la goma en el árbol; pero, acostumbrándonos al trabajo incorrecto y precipitado, nos volvemos incapaces de componer obras destinadas a vivir. Lo que poco cuesta, poco dura. Los libros que admiran y deleitan a la Humanidad, fueron pensados y escritos en largas horas de soledad y recogimiento, costaron a sus autores el hierro de la sangre y el fósforo del cerebro.

Cierto que el mundo avanza y avanza: en la vorágine de las sociedades modernas, nos sentimos empujados a vivir lígeramente, a pasar desflorando las cosas; no obstante, disponemos de ocios para leer una novela de Pérez Galdós o presenciar un drama de García Gutiérrez. Felizmente, no ha sonado la hora de reducir el verso a seguidillas y la prosa a descosidos telegramas. Discernimos todavía que entre un centón de *rimas* pseudo germánicas y una poesía de Quintana o Núñez de Arce, hay la distancia del médano al bloque de mármol. Sabemos que entre la prosa cortada, intercadente y antifonal y la prosa de un verdadero escritor no cabe similitud, pues una sucesión de párrafos sin trabazón, desligados, incoherentes, no constituye discurso, así como no forman cadena las series de anillos desabracadados y puestos en fila.

No imaginéis, señores, que se desea preconizar la prosa anémica, desmayada y heteróclita, que toma lo ficticio por natural, el énfasis por magnificencia, la obesidad por robustez; la prosa de inversiones violentas, de exhumaciones arcaicas y de purismos seniles; la prosa de relativos entre relativos, de accidentes que modifican accidentes y de períodos inconmensurables y sin unidad; la prosa inventada por académicos españoles que tienden a resucitar el volapuk de la época terciaria; la prosa imitada por *correspondientes* americanos que en Venezuela y Colombia están modificando la valerosa y progresiva lengua castellana.

Entre la lluvia de frases que se agitan con vertiginoso revoloteo de murciélagos y la aglomeración de períodos que se mueven con insoportable lentitud de serpiente amodorrada, existe la prosa natural, la prosa griega, la que brota espontáneamente cuando no seguimos las preocupaciones de escuela ni adoptamos una manera convencional. Sainte-Beuve aconseja que "se haga² lo posible para escribir como se habla", y nadie se expresa con períodos elefantinos o desmesurados. Recapacitándolo con madurez, la buena prosa se reduce a conversación de gentes cultas. En ella no hay afeites, remilgamientos ni altisonancias: todo fluye y se desliza con llaneza, desenfado y soltura. Los arranques enérgicos sirven de modelo en materia de sencillez o naturalidad,

¹ "Cristaliza", en vez de "contiene". Corrección manuscrita del autor.

² "Se haga" en vez de "debe hacerse". Corrección manuscrita del autor.

tienen el aire de algo que se le ocurre a cualquiera con sólo coger la pluma.

La llamada vestidura majestuosa de la lengua castellana consiste muchas veces en perifollo de lugareña con ínfulas de señorona, en pura fraseología que pugna directamente con el carácter de la época. El público se inclina siempre al escrito que nutre, en vez de sólo hartar, y prefiere la concisión y lucidez de un Condillac a la difusión y oscuridad de un bizantino. Quien escribe hoy y desea vivir mañana, debe pertenecer al día, a la hora, al momento en que maneja la pluma. Si un autor sale de su tiempo, ha de ser para adivinar las cosas futuras, no para desenterrar ideas y palabras muertas.

Arcaísmo implica retroceso: a escritor arcaico, pensador retrógrado. Ningún autor con lenguaje avejentado, por más pensamientos juveniles que emplee, logrará nunca el favor del público, porque las ideas del siglo ingeridas en estilo vetusto recuerdan las esencias balsámicas inyectadas en las arterias de un muerto: preservan de la fermentación cadavérica; pero no comunican lozanía, calor ni vida. Las razones que Cervantes y Garcilaso tuvieron para no expresarse como Juan de Mena o Alfonso el Sabio nos asisten hoy para no escribir como los hombres de los siglos XVI y XVII.

Las lenguas no se rejuvenecen con retrogradar a la forma primitiva, como el viejo no se quita las arrugas con envolverse en los pañales del niño ni con regresar al pecho de las nodrizas. Platón decía que "en materia de lenguaje el pueblo era un excelente maestro". Los idiomas se vigorizan y retemplan en la fuente popular, más que en las reglas muertas de los gramáticos y en las exhumaciones prehistóricas de los eruditos. De las canciones, refranes y dichos del vulgo brotan las palabras originales, las frases gráficas, las construcciones atrevidas. Las multitudes transforman las lenguas, como los infusorios modifican los continentes.

El purismo no pasa de una afectación, y como dice muy bien Balmes, "la afectación es intolerable, y la peor es la afectación de la naturalidad". En el estilo de los puristas modernos nada se dobla con la suavidad de una articulación, todo rechina y tropieza como gozne desengrasado y oxidado. En el arte se descubre el artificio. Comúnmente se ve a escritores que en una cláusula emplean todo el corte gramatical del siglo XVII, y en otra varían de fraseo y cometen imperdonables galicismos de construcción; recuerdan a los pordioseros jóvenes que se disfrazan de viejos baldados, hasta que de repente arrojan las muletas y caminan con agilidad y desembarazo.

Los puristas pecan también por oscuros; y donde no hay nitidez en la elocución, falta claridad en el concepto. Cuando los pensamientos andan confundidos en el cerebro, como serpientes enroscadas en el interior de un frasco, las palabras chocan con las palabras, como lima contra lima. En el prosador de largo aliento, las ideas desfilan bajo la bóveda del cráneo, como hilera de palomas blancas bajo la cúpula de un templo, y períodos fáciles

suceden a períodos naturales, como vibraciones de lámina de bronce sacudida por manos de un coloso.

El escritor ha de hablar como todos hablamos, no como un Apolo que pronuncia oráculos anfibológicos ni como una esfinge que propone enigmas indescifrables. ¿Para qué hacer gala de un vocabulario inusitado y extravagante?¹ ¿Para qué el exagerado lujo en los modismos que imposibilitan o dificultan mucho la traducción? ¿Para qué un lenguaje natural en la vida y un lenguaje artificial en el libro? El terreno del amaneramiento y ampulosidad es ocasionado a peligros: quien vacila como Solís, puede resbalar como el Conde de Toreno y caer como fray Gerundio de Campazas.

Ni en poesía de buena ley caben atildamientos pueriles, retóricas de estudiante, estilo enrevesado ni trasposiciones quebradizas: poeta que se enreda en hipérbaton forzado hace pensar en el viajero que rodea en busca de puente, porque no encuentra vado y se intimida con el río. Toda licencia en el verso denuncia impotencia del versificador. Molière tiene derecho a llamarse el poeta cómico de los tiempos modernos, y ¿en qué se distingue el verso de Molière? Fray Luis de León brilla entre los mayores poetas líricos de España, y ¿en qué se distingue el verso de fray Luis de León? "Repito, exclama Hermosilla, que en los mejores versos de Garcilaso, Herrera, aunque fue más atrevido, los Argensolas, Rioja y demás, no hay arcaísmos ni licencias, ni las necesitan para bellísimos, como en efecto lo son".

Media enorme distancia entre versificador y poeta: el versificador muele, tamiza y espolvorea palabras; el poeta forja ritmos como los Cíclopes majaban el hierro, y arroja ideas grandiosas como los Titanes fulminaban peñascos. Los maestros claudican también: Victor Hugo y Quevedo son antitéticos; Goethe y Dante, secos y oscuros; Lamartine, pampanoso; Lope de Vega, incorrecto; Calderón, gongórico; Quintana, hinchado; Campoamor, prosaico; pero ninguno incurre en afeminamientos; caen a veces como gladiador fatigado, nunca se desmayan como cortesano sin virilidad.

V

GONGORA, Cienfuegos y Zorrilla, tres pescadores impenitentes de la literatura castellana, pero también tres verdaderos poetas, dan ejemplo de innovadores y hasta revolucionarios. Algo semejante realizan en las sagas nacionales los autores del *Romancero*; en la novela, Cervantes; en el teatro, Lope de Vega, Calderón y Echegaray. Se diría que los ingenios españoles llevan en sus

¹ "Extravagante" en vez de "abracadabrante". Corrección del autor.

entrañas todo el calor y toda la rebeldía de los vientos africanos. Bárbaros si se quiere, pero bárbaros libres. Por eso el clasicismo de Racine y Boileau no pudo arraigar en España, que se manifestó romántica con Lope de Vega y Calderón, antes que Alemania con Tieck y Schlegel, antes que Francia con Madame de Staël y Chateaubriand. España tuvo por ley: ortodoxa en religión, heterodoxa en literatura.

Basados, pues, en la tradición de independencia literaria, que puede remontarse hasta los poetas ibérico-latinos como Séneca y Lucano, dejemos las andaderas de la infancia y busquemos en otras literaturas nuevos elementos y nuevas impulsiones. Al espíritu de naciones ultramontanas y monárquicas prefiramos el espíritu libre y democrático del Siglo.

Volvamos los ojos a los autores castellanos, estudiemos sus obras maestras, enriquezcamos su armoniosa lengua; pero recordemos constantemente que la dependencia intelectual de España significaría para nosotros la indefinida prolongación de la niñez. Del español nos separan ya las influencias del clima, los cruzamientos etnográficos, el íntimo roce con los europeos, la educación afrancesada y 64 años de tempestuosa vida republicana. La inmigración de los extranjeros no viene al Perú como ráfaga momentánea, sino como atmósfera estable que desaloja a la atmósfera española y penetra en nuestros pulmones modificándonos física y moralmente. Vamos perdiendo ya el desapego a la vida, desapego tan marcado en los antiguos españoles, y nos contagiamos con la tristeza gemebunda que distingue al indígena peruano.

No hablamos hoy como hablaban los conquistadores: las lenguas americanas nos proveen de neologismos que usamos con derecho, por no tener equivalentes en castellano, por expresar ideas exclusivamente nuestras, por nombrar cosas íntimamente relacionadas con nuestra vida. Hasta en la pronunciación ¡cuánto hemos cambiado! Tendemos a eludir la *n* en la partícula *trans*, y a cambiar por *s* la *x* de la preposición latina *ex*, antes de consonante, en principio de vocablo. Señores, el que habla en este momento ¿qué sería en alguna academia de Madrid?¹ Casi un bárbaro, que pronuncia la *ll* como la *y*, confunde la *b* con la *v* y no distingue la *s* de la *z* ni de la *c* en sus sonidos suaves.

Cien causas actúan sobre nosotros para diferenciarnos de nuestros padres: sigamos el empuje, marchemos hacia donde el siglo nos impele. Los literatos del Indostán fueron indostánicos, los literatos de Grecia fueron griegos, los literatos de América y del siglo XIX seamos americanos y del siglo XIX. Y no tomemos por americanismo la prolija enumeración de nuestra fauna y de nuestra flora o la minuciosa pintura de nuestros fenómenos meteorológicos,

¹ "En alguna academia de Madrid" en vez de "España". Corrección del autor manuscrita a lápiz.

en lenguaje saturado de provincialismos ociosos y rebuscados. La nacionalidad del escritor se funda, no tanto en la copia fotográfica del escenario (casi el mismo de todas partes), como en la sincera expresión del yo y en la exacta figuración del medio social. Valmiki y Homero no valen porque hayan descrito amaneceres en el Ganjes o noches de luna en el Pireo, sino porque evocan dos civilizaciones muertas¹.

Inútil resultaría la emancipación política, si en la forma nos limitáramos al exagerado purismo de Madrid, si en el fondo nos sometiéramos al *Syllabus* de Roma. Despojándonos de la tendencia que nos induce a preferir el follaje de las palabras al fruto de las ideas, y el repiqueteo del consonante a la música del ritmo, pensemos con la independencia germánica y expresémonos en prosa como la prosa francesa o en verso como el verso inglés. A otros pueblos y otras épocas, otros gobiernos, otras religiones, otras literaturas.

Acabemos ya el viaje milenario por regiones de idealismo sin consistencia y regresemos al seno de la realidad, recordando que fuera de la Naturaleza no hoy más que simbolismos ilusorios, fantasías mitológicas, desvanecimientos metafísicos². A fuerza de ascender a cumbres enrarecidas, nos estamos volviendo vaporosos, aeriformes: ¡solidifiquémonos! Más vale ser hierro que nube.

Las Matemáticas, las Ciencias Naturales y la Industria nada envidian a los siglos pasados: sólo la Literatura y el Arte claman porque venga un soplo del antiguo mundo helénico a perfumar de ambrosía el Universo, a desvanecer las místicas alucinaciones del fanatismo católico y a rehabilitar la materia injustamente vilipendiada por las hipocresías del tartufo.

Arrostrando el neologismo, el extranjerismo o el provincialismo, que rejuvenecen y enriquecen el idioma, rompiendo el molde convencional de la forma cuando lo exijan las ideas y no profesando más religión literaria que el respeto de la lógica, dejemos las encrucijadas de un sistema exclusivista y marchemos por el ancho y luminoso camino del Arte libre. No acatemos como oráculo el fallo de autoridades, sean quienes fueren, ni temamos atacar errores divinizados por muchedumbres inconscientes: lo único infalible, la Ciencia; lo único inviolable, la verdad³.

¹ Alude al llamado "americanismo romántico", a base de descripciones enumerativas, lo que hizo creer a muchos, entre ellos al crítico español Rubió y Lluch, que "americanismo" y pintorequismo eran sinónimos.

² Clara muestra del positivismo de Prada en 1886.

³ Prada rechazó la posibilidad de pertenecer a la Academia de la Lengua. La continuación de este discurso se relaciona con "Propaganda y Ataque" en este mismo volumen.

Lejos de aquí los teóricos y soñadores que trazan demarcaciones entre ciudadano y poeta. ¡Cómico recurso para almacenar fuerza y ahorrar vida mientras los buenos y sencillos se afanan, luchan y mueren por nosotros! Contra un Arquíloco y un Horacio, que arrojan el escudo y huyen del combate, protestan un Garcilaso en Frejus, y un Cervantes en Lepanto. Genio de poeta, genio de acción. Ercilla escribe en la noche lo que pelea en el día, Byron envidia las victorias de Bonaparte y corre a morir en Mesolonghi. Espronceda sube a las barricadas de París. Cuando Ugo Fóscolo nos habla del "espíritu guerrero que ruje en sus entrañas", describe al hombre inspirado y no se confunde con el simple aglomerador de consonantes. El poeta legítimo se parece al árbol nacido en la cumbre de un monte: por las ramas, que forman la imaginación, pertenece a las nubes; por las raíces, que constituyen los afectos, se liga con el suelo.

Si los hombres de ayer trabajaron por nosotros, los de hoy estamos obligados a trabajar por los de mañana. Contamos con un acreedor, el porvenir. ¡Que nuestros poetas, en vez de pasar como interminable procesión de resucitadas plañideras que se dirigen a la danza macabra, desfilen como legiones de hombres que llevan en su corazón el fuego de las pasiones fecundas; en sus labios, el presagio de la victoria; en sus mejillas, el color de la sangre, es decir, el tinte de la juventud, del amor y de las rosas! ¡Que nuestros prosadores, en lugar de afeminarse o enervarse con la prosa cortesana y enfermiza, usen la prosa leal y sana, prefiriendo al crepúsculo de las sectas, el día sin nubes de la Razón, viendo más allá del círculo estrecho de familia y patria el horizonte de la Humanidad!

No aguardemos la paz octaviana. Esperar un Siglo de Oro se contará por muchos años como utopía en América y señaladamente en el Perú. Quizá nosotros muramos en el desierto, sin divisar la tierra prometida. De todas las generaciones nacidas en el país somos la generación más triste, más combatida, más probada.¹ El terremoto derriba nuestras ciudades, el mar arrasa nuestros puertos, la helada y las criptógamas destruyen nuestras cosechas, la fiebre amarilla diezma nuestras poblaciones, la invasión extranjera tala, incendia y mata, y la guerra civil termina lo que la invasión empieza. A nuestros pies se abre un abismo, a nuestros costados se levantan dos muros de bronce; pero ¡no desmayemos! Imitemos al Gunnar de las leyendas escandinavas, al héroe que entona su himno valeroso, mientras en su cuerpo se enroscan serpientes y se apacientan víboras.

Si hay placer en conquistar con la espada, no falta dulzura en iluminar con la antorcha. Gloria por gloria, vale más dejar chispas de luz que regueros de sangre. Alejandro en el Indus, César en el Capitolio, Napoleón en Aus-

¹ Se refiere a la bancarrota de 1876, la guerra de 1879, las guerras antes de 1879, 83 y 85.

terlitz, no eclipsan a Homero vagando por las ciudades griegas para entonar las rapsodias de la *Iliada*, a Bernardo de Palissy quemando sus muebles para atizar un horno de porcelanas, a Galileo encerrado en una prisión y meditando en el movimiento de la Tierra. Si merece páginas de oro el guerrero que lleva la justicia encarnada en el hierro, ¡cuán envidiable el escritor que huye de sectas o banderías, sigue las causas nobles, y al fin de la vida se acusa como Béranger de una sola fragilidad: "Haber sido el adulador de la desgracia"!

En ninguna parte conviene más que en las naciones sudamericanas enaltecer el brillo de artes y ciencias sobre el deslustramiento de victorias militares. Los americanos vivimos entre la época secundaria y la época terciaria, en el reinado de reptiles gigantescos y mamíferos colosales. Que palabra y pluma sirvan para lo que deben servir: lejos adulación y mentira. La inteligencia no tiene por qué abdicar ante la fuerza; por el contrario, la voz del hombre razonable y culto debe ser un correctivo a la obra perniciosa de cerebros rudimentarios.

La patria, que nos da el agua de sus ríos y los frutos de sus campos, tiene derecho a saber el empleo de nuestros brazos y la consagración de nuestra inteligencia. Ahora bien, ¿qué responderíamos si hubiera llegado la hora de la cuenta? Eliminemos el diario, que periodista no quiere decir literato, y concretémonos a la verdadera literatura. En el artículo insustancial, plagado de antítesis, equívocos y chilindrinas; en la *rima* de dos cuartetas asonantadas, sin novedad, inspiración ni acentos rítmicos ¿se resume todo el alimento que reservamos al pueblo herido y mutilado por el enemigo extranjero? Semejante literatura no viene como lluvia de luciérnagas en noche tenebrosa, sino como danza de fuegos fautos entre losas de cementerio.

Insistamos sobre la necesidad de trabajo y estudio. Novelas, poemas y dramas no emergen del cerebro como islas en erupciones volcánicas. Las obras nacen de un modo fragmentario, con eyaculaciones sucesivas. Somos como ciertas fuentes que manan con intermitencias o a borbotones; el buen o mal gusto consiste en dirigir el agua por acueductos de mármol o cauces de tierra.

Diderot practica cien oficios por más de veinte años¹ y va de taller en taller acopiando materiales para la *Enciclopedia*, Rousseau medita seis o siete horas buscando la palabra más precisa, Goethe se confunde con los estudiantes alemanes para escuchar las lecciones del anatomista Wilhelm² Loder, Wilhelm Schlegel emprende a los cincuenta años el estudio del sánscrito, Balzac sucumbe extenuado por la fatiga, Bello aprende griego en la

¹ "Por más de veinte años", agregado manuscrito del autor.

² "Wilhelm", agregado manuscrito del autor.

vejez y copia sus manuscritos hasta ocho veces. Pero hay un ejemplo más digno de recordarse: el hombre que llamó al genio "una larga paciencia", Buffon, escribe a los setenta años las *Epocas de la Naturaleza* y con su propia mano la transcribe dieciocho veces.

Baudelaire afirma que "generalmente los criollos carecen de originalidad en los trabajos literarios y de fuerza en la concepción o la expresión, como almas femeninas creadas únicamente para contemplar y gozar". Sin embargo, en América, en el Perú mismo, algunos hombres revelaron singulares aptitudes para las ciencias, las artes y la literatura.

Digan lo que digan las mediocridades importantes y descontentadizas, nuestro público leyó todo lo digno de leerse, y los Gobiernos costearon o colmaron de beneficios a los autores¹. Con pocas y voluntarias exclusiones ¿qué peruano de clara inteligencia no fue profesor de universidad, diputado, ministro, vocal de una corte, agente financiero en Europa, cónsul o plenipotenciario? Quizá sufrimos dos calamidades: la protección oficial y desproporcionada al libro fósil o hueco, y el acaparamiento de los cargos públicos por las medianías literarias.

Acusar a su país de ingratitude, recurso de ineptos y negligentes. Escondamos luz en el cráneo, y llegaremos a la cumbre porque la inteligencia, con la virtud ascendente del hidrógeno en el globo, sube dejando en las capas inferiores a la aristocracia de la sangre y a la aristocracia del dinero. Hoy el camino está llano para todos, todos pueden hablar y mostrarse como son. Si hay sabios ocultos, que nos descubran su sabiduría; si hay literatos eminentes, que nos enseñen sus producciones; si hay políticos de amplio vuelo, que nos desenvuelvan sus planes; si hay guerreros invencibles, que nos desarrollen su táctica y estrategia; si hay industriales ingeniosos, que nos patenten sus descubrimientos o aplicaciones. No creamos en genios mudos ni en modestias sobrehumanas: quien no alza la voz en el certamen del Siglo, es porque nada tiene que decir. No arguyan con obstáculos insuperables: el hombre de talento sólido, como el César de buena raza, atraviesa el Rubicón.

En fin, señores: el filósofo y economista Saint-Simon mantenía un criado que al rayar la aurora le despertaba repitiendo: —"Levántese usted, señor conde, porque tiene muy grandes cosas que hacer". ¡Ojalá nuestras sociedades científicas, literarias y artísticas se unieran para decir constantemente al Perú: Abre los ojos, deja la horrorosa pesadilla de sangre, porque el Siglo avanza con pasos gigantescos, y tiene mucho camino que recorrer, y mucha herida que restañar, y mucha ruina que reconstruir!

1886

¹ En efecto, la mayoría de los escritores peruanos de entonces disfrutó corta o largamente, intermitente o constantemente, de uno o varios puestos públicos.

DISCURSO EN EL PALACIO DE LA EXPOSICION¹

SEÑORES:

LA MEMORIA del señor Márquez² manifiesta los progresos que el *Círculo Literario* realizó hasta el día; la fiesta de hoy asegura los que realizará mañana.

En oposición a los políticos que nos cubrieron de vergüenza y oprobio se levantan los literatos que prometen lustre y nombradía. Después de los bárbaros que hirieron con la espada vienen los hombres cultos que desean civilizar con la pluma.

La nación debería regocijarse al ver qué jóvenes predominan en las filas del *Círculo Literario*: una juventud que produce obras de arte es una Primavera que florece.

Sólo de jóvenes podía esperarse la franca libertad en la emisión de las ideas y la altivez democrática en el estilo. Ellos, escandalizando a los timoratos y asustadizos, lanzan el pensamiento sin velarle con frases ambiguas ni mutilarle con restricciones oratorias: saben que si la verdad quema como el hierro candente, ilumina y fecunda como el Sol.

Para pensar y escribir libremente, para acometer empresas fecundas,

¹ El Palacio de la Exposición era —y es— el lugar donde estuvo el pabellón que ocupó el Perú en la Exposición Universal de París de 1889, y fue diseñado por el célebre ingeniero francés Eiffel. Con esta conferencia, 1887, inaugura oficialmente el *Círculo Literario* a que se refiere una nota anterior, *Círculo* que se consideraría a sí mismo como un "partido radical de la literatura", germen del partido Unión Nacional (1891).

² Luis E. Márquez, primer presidente del *Círculo Literario*, nació en 1840. Era hermano del notable poeta y prosista romántico José Arnaldo Márquez. Se dedicó a la poesía festiva y el periodismo. Editó un popular semanario, *La Sabanita*, y puso en escena un sainete entonces muy popular, *La novia del colegial*. Falleció en 1886.

se necesita aprovechar el fugitivo entusiasmo de la edad en que el músculo guarda vigor y el cerebro lucidez. Cuando pasa la juventud, cuando mostramos la frente emblanquecida por las canas y escondemos la consciencia ennegrecida por las prevaricaciones, empiezan las sinuosidades en las ideas, las transacciones con el error y hasta los pueriles miedos de ultratumba. ¡Cuántos hombres dejan ver en sus últimos años la capucha del monje bajo el gorro frigio de la libertad!

El pensamiento esclavo no merece llamarse pensamiento; y la literatura que desdeña o teme basarse en las deducciones de la Ciencia positiva puede constituir una restauración arqueológica, digna de archivar en las galerías de un museo; pero no un edificio viviente que arranque el aplauso de los contemporáneos y despierte la admiración de la posteridad. Las hipótesis de la Ciencia no atesoran menos inspiración que todas las afirmaciones de las añejas teogonías. La poesía humana y útil, la que salva el mar de los siglos y vive más joven cuanto más vieja, tuvo carácter de verdadera, porque todo el arte del poeta consiste en vestir de púrpura la verdad y hacerla moverse a compás del ritmo.

Las Musas de la antigüedad duermen el sueño de la muerte bajo el artístico mármol de Paros, la Fe de la Edad Media desciende a hundirse en el polvo de las catacumbas; pero las fuentes de la inspiración no se agotan ni se agotarán. La Ciencia tiene flores inmortales de donde pueden las abejas extraer miel de poesía.

El Arte ocupa la misma jerarquía que Religión y Ciencia. Como posee música o ritmo, excede a la Ciencia en armonía; y como no depende de creencias locales ni se manchó jamás con sangre, excede a la Religión en lo universal y lo immaculado.

Para muchos necios y también para unos cuantos sabios, el artista se reduce a un ser extraviado en el camino de la vida, ¡como si la disquisición del filósofo, el escolio del erudito, el discurso del orador, el artículo del periodista o el informe del abogado, fueran superiores al cuadro del pintor, a la partitura del músico, al monumento del arquitecto, a la estatua del escultor, al himno del poeta! El hombre que pierde los cabellos de su frente y acorta la vista de sus ojos, velando por engrosar las páginas de un libro consagrado a la instrucción o entretenimiento de sus semejantes, merece tanta gloria como el misionero que va de montaña en montaña predicando el amor entre los hombres, como el médico que lucha brazo a brazo con la muerte en la ciudad asolada por la peste, como el soldado que pelea valerosamente en el campo de batalla.

Concluyo, señores, empleando el yo importuno y enojoso. No cuento con bagaje literario, y sucedo en la presidencia del *Círculo* al escritor que supo deleitarnos con la *Sabatina* y la *Novia del Colegial*: carezco de iniciativa,

y me veo desde hoy a la cabeza de una agrupación destinada a convertirse en el partido radical de nuestra literatura. Mas una consideración me alienta: yo no vengo a guiar, sino a ser arrastrado por el buen camino.

1887

DISCURSO EN EL TEATRO OLIMPO¹

SEÑORES:

VENGO A SER arrastrado por el buen camino, dije en 1887 al asumir la presidencia del *Círculo Literario*; y hoy me cumple decir que en el año transcurrido no fui el capitán a la cabeza de su campaña, sino el recluta enrolado a las filas de hombres sin arrugas en la frente ni repliegues en el corazón.

Felizmente, lejos de dar estériles vueltas alrededor de una columna como el personaje de la leyenda popular, nos dirigimos hacia las regiones de la luz, y ya divisamos el país donde retumban las tempestades.

El *Círculo Literario*, la pacífica sociedad de poetas y soñadores, tiende a convertirse en centro militante y propagandista.² ¿De dónde nacen los impulsos de radicalismo en literatura? Aquí llegan ráfagas de los huracanes que azotan a las capitales europeas, repercuten voces de la Francia incrédula y republicana. Hay aquí una juventud que lucha abiertamente por destrozarse los vínculos que nos unen a lo pasado; una juventud que desea matar con muerte violenta lo que parece destinado a sucumbir con agonía importuna-

¹ El discurso en el Teatro Politeama fue leído por el joven estudiante Urbina (o Urbina) el 29 de julio de 1888. El organizador de la velada en que se leyó fue el profesor de música José Benigno Ugarte, director del Colegio de Lima y representante de los Colegios particulares de la capital peruana para dicha organización. Su objeto fue iniciar la colecta nacional para reunir un millón de soles que el Perú debía pagar a Chile en el caso de que el plebiscito a realizarse, para determinar la suerte definitiva de las provincias de Tacna y Arica, favoreciera al Perú. Esto fue establecido por el Tratado de Ancón del 20 de octubre de 1883. A la velada asistieron el Presidente de la República y sus ministros. M.G.P. concurre de incógnito.

² El *Círculo Literario* fue desde 1891 el núcleo del Partido *Unión Nacional*, especie de "Partido Radical" peruano.

mente larga; una juventud, en fin, que se impacienta por suprimir obstáculos y abrirse camino para enarbolar la bandera roja en los desmantelados torreones de la literatura nacional.

I

¿QUÉ valen nuestras fuerzas?

Ni nosotros podemos medirlas con exactitud. Cada día contamos con nuevas adhesiones, nuestro número crece hora por hora. Ayer fuimos un grupo, hoy somos una legión, mañana seremos muchas falanges. Parece que a la voz de aliento lanzada por el *Círculo Literario* de Lima, toda la juventud ilustrada del Perú despierta y se contagia con la fiebre saludable de marchar adelante.

Como no reina aquí el provincialismo ni la mezquina preocupación de nacionalidad, muchos jóvenes de nuestras provincias y del extranjero colaboran con nosotros.¹ Los hombres de nacionalidad distinta y de sentimientos y aspiraciones iguales son como bosques de árboles gigantes: tienen separados los troncos, pero confunden sus raíces y entrelazan sus copas: se juntan por lo más profundo y lo más elevado.

Estamos en el período de formación: apenas si movemos la pluma o desplegamos los labios. Lo que hemos hecho vale poco, nada, en comparación de lo que podemos y debemos hacer.

Lejos de la jactancia ridícula de saberlo todo y la vanidad pueril de creernos privilegiados talentos; nuestro poder estriba en la unión: todos los rayos del Sol, difundidos en la superficie de la Tierra, no bastan a inflamar un solo grano de pólvora, mientras unos cuantos haces de luz solar, reunidos en un espejo ustorio, prenden la mina que hace volar al monte de granito.

Cuando llegue la hora oportuna, cuando resuene el clarín y nuestras guerrillas se desplieguen por las más humildes provincias de la república, el Perú contemplará una cruzada contra el espíritu decrepito de lo pasado, una guerra contra todo lo que implique retroceso en la Ciencia, en el Arte y en la Literatura.

¹ De aquí brotó la tendencia federalista, cuyos principales centros fueron Cuzco, Arequipa, Trujillo, Piura.

¿QUIÉN debe guiarnos?

Ningún escritor nacional ni español.

Aquí nadie tiene que arrogarse el título de maestro, porque todos somos discípulos o aficionados. Contamos bonitas composiciones en verso, pero no podemos citar un gran poeta; poseemos bonitos y hasta buenos artículos en prosa, pero carecemos de un gran prosador. ¿Dónde la obra, en prosa o verso, que se imponga por cualidades superiores? Cítese la novela, el drama, el poema. . . Nacidos ayer a la vida independiente, nuestras producciones intelectuales se parecen a la grama salobre de las playas recién abandonadas por el mar.

Cultivamos una literatura de transición, vacilaciones, tanteos y luces crepusculares. De la poesía van desapareciendo las descoloridas imitaciones de Bécquer; pero en la prosa reina siempre la mala *tradicción*,¹ ese monstruo engendrado por las falsificaciones agritudletes de la historia y la caricatura microscópica de la novela.

El Perú no cuenta hoy con un literato que por el caudal y atrevimiento de sus ideas se levante a la altura de los escritores europeos, ni que en el estilo se liberte de la imitación seudo purista o del romanticismo trasnochado. Hay gala de arcaísmos, lujo de refranes y hasta choque de palabras grandilocuentes; pero ¿dónde brotan las ideas? Se oye ruido de muchas alas; mas no se mira volar el águila.

En nuestra sangre fermentan los vicios y virtudes de nuestros abuelos: nada nuevo aprenderemos de la España monarquista y ultramontana. Hay en la antigua Metrópoli una juventud republicana y librepensadora que trabaja por difundir gérmenes de vida en el Mar muerto de la Monarquía española; pero no conocemos los escritos y apenas sabemos los nombres de esa juventud; ella no se acuerda de nosotros, nos desdeña y nos olvida. La España que viene hacia el Perú, la que nos llama y quiere deslumbrarnos con títulos académicos, es la de Nocedal en religión, de Cánovas en política y de los Guerra y Orbe en literatura².

Regresar a España para introducir nuevamente su sangre en nuestras venas y sus semillas en nuestra literatura equivale a retrogradar. El enfermo que deseara trasfundir en sus venas otra sangre, elegirá la de un amigo

¹ Alusión a las *Tradiciones* de Ricardo Palma y a sus imitadores. También a aquél parecen referirse las palabras acerca de Bécquer.

² Adviértase que, tanto aquí como en la Conferencia del Ateneo, Prada distingue dos Españas, la una liberal y heterodoxa, y la otra ultramontana y ortodoxa, a la que combate.

fuerte y joven, no la de un abuelo decrepito y extenuado. La renovación de las simientes debe considerarse también como precepto literario: siempre la misma semilla en el mismo terreno hace degenerar la especie.

Sainte-Beuve aconseja¹ bien: "En la misma lengua no escoge uno sus maestros sin acercárseles demasiado ni ser absorbido por ellos; sucede como en los matrimonios de familia, que nada vigoroso producen. Para sus religiones y sus alianzas hay que alejarse más".

Los taladores de selvas primitivas, los arrojadores de semillas nuevas no pertenecen a España: Hegel y Schopenhauer nacieron en Alemania, Darwin y Spencer en Inglaterra, Fourier y Auguste Comte en Francia. Entonces ¿por qué beber en el riachuelo cuando se puede acudir a la misma fuente? El agua del riachuelo —Madrid viene de la fuente—: París. Hoy con algunas excepciones no existe literatura española, sino literatura francesa en castellano².

A los representantes oficiales de la literatura española se les debe aplicar las palabras de Biot a las congregaciones docentes: "Se parecen a las antiguas estatuas que servían para guiar a los viajeros, y hoy mismo, desde hace miles de años, continúan señalando con el dedo inmóvil caminos que ya no existen". Nuestro guía debe estar, pues, en el estudio de los grandes escritores extranjeros, en la imitación de ninguno. Estudiar ordenadamente es asimilar el jugo segregado por otros; imitar servilmente, significa petrificarse en un molde³.

III

¿CONTRA qué resistencias vamos a luchar?

En las naciones europeas existen: una nobleza rica, influyente y de tradiciones arraigadas; un clero respetable, tanto por el saber como por la austeridad de conducta; una burguesía mercantil que pretende convertir en blasones los billetes de banco; y unos campesinos fanáticos por ignorancia y monarquistas por costumbre. Esa nobleza y ese clero, esa burguesía y esos campesinos, oponen tenaces resistencias al espíritu democrático y racionalista.

Nada igual ocurre en el Perú.

Aquí no existe nobleza: y a la idea de linaje puro, sonríe maliciosamente el que sabe cómo vivieron las familias nobles del Perú en el tiempo del Coloniaje, señaladamente en el siglo XVII.

¹ "Aconseja" en vez de "dice muy" corrección manuscrita del autor.

² Desde "Entonces ¿por qué?" hasta "literatura francesa en castellano" es un agregado del autor.

³ Desde "Nuestro guía" agregado del autor.

Aquí, el clero carece de saber, inteligencia o virtud, y no forma un cuerpo unido ni homogéneo: cura, fraile y clérigo se repelen, viven divorciados por antagonismo hereditario.

Aquí no conocemos la burguesía europea; hay, sí, una especie de clase media, inteligente, de buen sentido, trabajadora, católica, pero indiferente a luchas religiosas, amante de su país, pero hastiada con la política de que sólo recibe perjuicios, desengaños y deshonra.

Aquí, el pueblo de la sierra, cuerpo inerte, obedece al primer empuje; el de la costa, cuerpo flotante, cede a todos los vientos y a todas las olas. Hoy el pueblo, que no debe llamarse cristiano sino fetichista, oye y sigue al sacerdote; pero el día que impere en las leyes la completa libertad, escuchará y seguirá también al filósofo.

No existen, pues, en nuestro país, elementos para constituir un período reaccionario capaz de oponer resistencias insuperables.¹

Partido sin jefe no se llama partido. ¿Quién se apellida aquí Francia, García Moreno, siquiera Núñez? Los mal nombrados partidos del Perú son fragmentos orgánicos que se agitan y claman por un cerebro, pedazos de serpiente que palpitan, saltan y quieren unirse con una cabeza que no existe. Hay cráneos, pero no cerebros. Ninguno de nuestros hombres públicos asoma con la actitud vertical que se necesita para seducir y mandar; todos se alejan encorvados, llevando en sus espaldas una montaña de ignominias.

Exceptuando la Independencia y el 2 de Mayo, en el Perú no se vertió una sola gota de sangre por una idea ni se hizo revolución alguna por un principio; las causas fueron partidos; los partidos, luchas subterráneas de ambiciones personales. Las novísimas agrupaciones de conservadores o clericales confirman hoy la regla; se presentan como cuerpos amorfos, sedimentarios, formados por el detritus de nuestros malos partidos. Todos los pecadores en política, todos los hijos pródigos de la democracia, todos los hombres que sienten ya en su carne el olor a polvo de tumbas, acuden a buscar perdón y olvido en quien olvida y perdona, se refugian en esas casas de misericordia llamadas partidos retrógrados.

No puede negarse la influencia del clero secular en Lima, Cajamarca y Arequipa. Si algunos hombres respiran el aire sano del siglo XIX, casi todas las mujeres se asfixian en la atmósfera de la Edad Media. La mujer, la parte sensible de la Humanidad, no pertenece a la parte pensadora; está en nuestros brazos, pero no en nuestro cerebro; siente, pero no piensa con nosotros, porque vive en místico desposorio con el sacerdote católico, porque ha celebrado bodas negras con los hombres del error, de la oscuridad y de la muerte.

¹ El tiempo ha venido justificando esta profunda observación del autor.

Para salvar a la mujer, y con la mujer al niño, nos veremos frente a frente del clero secular, disperso en reducidas agrupaciones, abroquelado con la *Ley de Imprenta* y armado con la Teología.

Dejemos a la prensa religiosa calumniar y mentir: el sembrador de ideas no combate con fulminadores de improperios ni con amasadores de lodo. El gañán que abre surcos donde ha de germinar trigo, no se detiene a pisotear gusanos removidos y secados al Sol con la punta del arado.

No temamos la Teología con sus fantasmagorías extramundanas. Cuando Europa invadió Asia, los hijos del Oriente quisieron detener a los hijos del Norte con gigantescos ídolos de madera, cartón y trapo: cuando los hombres de hoy invadimos el país de las tinieblas, surgen los hombres de ayer creyendo amedrentarnos con fantasmas y simulacros de la superstición.

El filósofo no retrocede, sigue adelante, penetra en el templo y rasga el velo, porque sabe que en el santuario no hay más que un sacerdote con todas las flaquezas de la humanidad, y un ídolo sin labios para responder a las amenazas de nuestros labios, ni brazos para detener los formidables golpes de nuestros brazos.

IV

SEA CUAL FUERE el programa del *Círculo Literario*, hay tres cosas que no podemos olvidar: la honradez en el escritor, la verdad en el estilo y la verdad en las ideas. Señores, recordémoslo siempre: sólo con la honradez en el escritor, sólo con la verdad en los escritos, haremos del *Círculo Literario* una institución útil, respetable, invencible.

En vano los hombres del poder desdennan al escritor público y disimulan con la sonrisa del desdén los calofríos del miedo a la verdad: si hay algo más fuerte que el hierro, más duradero que el granito y más destructor que el fuego, es la palabra de un hombre honrado.

Desgraciadamente, nada se prostituyó más en el Perú que la palabra: ella debía unir y dividir, debía civilizar y embrutecer, debía censurar y adular. En nuestro desquiciamiento general, la pluma tiene la misma culpa que la espada.

El diario carece de prestigio, no representa la fuerza inteligente de la razón, sino la embestida ciega de las malas pasiones. Desde el editorial ampuloso y kilométrico hasta la crónica insustancial y chocarrera, se oye la diatriba sórdida, la envidia solapada y algo como crujiendo de carne viva, despedazada por dientes de hiena. Esas frases gastadas y pensamientos triviales que se vacían en las enormes y amenazadoras columnas del periódico,

recuerdan el bullicioso río de fango y piedras que se precipita a rellenar las hondonadas y resquebrajaduras de un valle.

Si desde la guerra con Chile el nivel moral del país continúa descendiendo, nadie contribuyó más al descenso que el literato con sus adulaciones y mentiras, que el periodista con su improbidad y mala fe. Ambos, que debieron convertirse en acusadores y justicieros de los grandes criminales políticos, se hicieron encubridores y cómplices. El publicista rodeó con atmósfera de simpatías a detentadores de la hacienda nacional, y el poeta prodigó versos a caudillos salpicados con sangre de las guerras civiles. Las sediciones de pretorianos, las dictaduras de Bajo Imperio, las persecuciones y destierros, los asesinatos en las cuadras de los cuarteles, los saqueos al tesoro público, todo fue posible, porque tiranos y ladrones contaron con el silencio o el apaluso de una prensa cobarde, venal o cortesana.

Como en el *Abasverus* de Edgar Quinet pasan a los ojos del poeta las mujeres resucitadas, llevando en el corazón la herida del amor incurable, así mañana, ante las miradas de la posteridad, desfilarán nuestros escritores, queriendo ocultar en el pecho la lepra de la venalidad.

Es, señores, que hay la literatura de los hombres eternamente postrados, como las esfinges de piedra en el Egipto esclavo, y la literatura de los hombres eternamente de pie, como el Apolo de mármol en la Grecia libre.

Apartándonos de escuelas y sistemas, adquiriremos verdad en estilo y en ideas. Clasicismo y romanticismo, idealismo y realismo, cuestiones de nombres, pura logomaquia. No hay más que obras buenas o malas: obra buena quiere decir verdad en forma clara y concisa; obra mala, mentira en ideas y forma.

Verdad en estilo y lenguaje vale tanto como verdad en el fondo. Hablar hoy con idiotismos y vocablos de otros siglos, significa mentir, falsificar el idioma. Como las palabras expresan ideas, tienen su medio propio en que nacen y viven; ingerir en un escrito moderno una frase anticuada, equivale a incrustar en la frente de un vivo el ojo cristalizado de una momia.

En todas las literaturas abundan escritores arcaicos, aplaudidos por las academias y desdeñados por el público; pero no se conoce en la Historia el movimiento regresivo de todo un pueblo hacia las formas primitivas de su lengua.

El idioma es a las palabras como los períodos geológicos a las especies; la especie una vez desaparecida no reaparece jamás. Pudo Cuvier reconstituir la osamenta de animales fósiles; pero no imaginó restablecer las funciones fisiológicas, devolver el músculo vivo al esqueleto muerto. Así, el escritor anticuado compone obras que tienen la rigidez del alambre y la frialdad del mármol, pero no la morbidez de la carne ni el calor de la sangre.

El estilo, para coronar su verdad, debe adaptarse a nuestro carácter y

a nuestra época. Hombres de imaginación ardiente y voluntad inclinada a ceder, necesitamos un estilo que seduzca con imágenes brillantes y se imponga con arranques imperativos. Aquí nos deleitamos con un estilo salpicado de figuras y nos arrebatamos con frases duras y frías como la hoja de una espada.¹

La palabra que se dirija hoy a nuestro pueblo debe despertar a todos, poner en pie a todos, agitar a todos, como campana de incendio en avanzadas horas de la noche. Después de San Juan y Miraflores,² en el cobarde abatimiento que nos envilece y nos abruma, nadie tiene derecho de repetir miserias y puerilidades, todos vivimos en la obligación de pronunciar frases que levanten los pensamientos y fortalezcan los corazones.

Algo muere, pero también algo nace: muere la mentira con las lucubraciones metafísicas y teológicas, nace la verdad con la Ciencia positiva.³ Una vieja Atlántida se hunde poco a poco bajo las aguas del Océano; pero un nuevo y hermoso continente surge del mar, ostentando su flora sin espinos y su fauna sin tigres.

Empiece ya en nuestra literatura el reinado de la Ciencia. Los hombres no quieren deleitarse hoy con música de estrofas insulsas y bien pulidas ni con períodos altisonantes y vacíos: todos, desde el niño hasta el viejo, tenemos sed de verdades. Sí, verdades aunque sean pedestres: a vestirse con alas de cera para elevarse unos cuantos metros y caer, es preferible tener pies musculosos y triple calzado de bronce para marchar en triunfo sobre espinas y rocas de la Tierra.

Cortesanos, políticos y diplomáticos no piensan así: llaman prudencia al miedo, a la confabulación de callarse, a la mentira sin palabras. Cierzo, el camino de la sinceridad no está circundado de rosas: cada verdad salida de nuestros labios concita un odio implacable, cada paso en línea recta significa un amigo menos. La verdad aísla; no importa: nada más solitario que las cumbres, ni más luminoso.

Rompamos el pacto infame y tácito de hablar a media voz. Dejemos la encrucijada por el camino real, y la ambigüedad por la palabra precisa. Al atacar el error y acometer contra sus secuaces, no propinemos cintarazos con espada metida en la funda: arrojemos estocadas a fondo, con hoja libre, limpia, centelleando al Sol.

Venga, pues, la verdad en su desnudez hermosa y casta, sin el velo de la sátira ni la vestidura del apólogo: el niño delicado y la mujer meti-

¹ Concepto-clave para entender bien al autor.

² Batallas ocurridas el 13 y el 15 de enero de 1881, entre fuerzas peruanas y chilenas. El autor tomó parte en la segunda.

³ Recuérdese la época en que escribió el autor este discurso: 1888.

culosa endulzan las orillas del vaso que guarda el medicamento heroico, pero acibarado; el hombre apura de un solo trago la más amarga pócima, siempre que encierre vida y salud.

En fin, señores, seamos verdaderos, aunque la verdad cause nuestra desgracia: con tal que la antorcha ilumine, ¡poco importa si quema la mano que la enciende y la agita!

Seamos verdaderos, aunque la verdad desquicie una nación entera: ¡poco importan las lágrimas, los dolores y los sacrificios de una sola generación, si esas lágrimas, si esos dolores, si esos sacrificios redundan en provecho de cien generaciones!

Seamos verdaderos, aunque la verdad convierta al Globo en escombros y ceniza: ¡poco importa la ruina de la Tierra, si por sus soledades silenciosas y muertas sigue retumbando eternamente el eco de la verdad!¹

1888

¹ Paráfrasis de un pensamiento de Schopenhauer.

DISCURSO EN EL ENTIERRO DE LUIS MARQUEZ ¹

SEÑORES:

NO VENGO a derramar públicas lágrimas por el hombre libertado ya del horror de pensar y del oprobio de vivir: consagro un recuerdo al fundador del *Círculo Literario*, doy el último adiós al poeta, nada más.

Los héroes de los antiguos tiempos lloraban como niños y mujeres; los hombres de hoy no sabemos, no queremos llorar, y cuando sentimos que las lágrimas pugnan por subir a nuestros ojos, realizamos un supremo esfuerzo para detenerlas en lo íntimo del corazón.

Gastados precozmente en el uso de la vida, como la piedra contra el acero, conservamos, sin embargo, el culto a los muertos que se resume en el culto a nosotros mismos, pues en el sepulcro de los seres queridos encerramos un amor, una alegría o una esperanza. Al acompañar hasta la última morada los restos de un hombre idolatrado, pensamos enterrar a otro, y nos enterramos a nosotros mismos.

Aunque existir no sea más que vacilar entre un mal cierto y conocido —la vida—, y otro mal dudoso e ignorado —la muerte—, amamos la roca estéril en que nacemos, a modo de aquellos árboles que abundan sus raíces en las grietas de los peñascos; suspiramos por un Sol que ve con tanta indiferencia nuestra cuna como nuestro sepulcro; y sentimos la desolación de las ruinas cuando alguno de los nuestros cae devorado por ese abismo implacable en que nosotros nos despeñaremos mañana.

En vano repiten los antiguos por boca de Menandro: "Mueren jóvenes los predilectos de los dioses"; en vano también murmuran los ilusos de hoy: "Es horrible morir, dulce haber muerto". Los que no tienen idea segura

¹ De puño y letra del autor, a lápiz, al final, esta anotación: "*La honte de penser et l'horreur d'être un homme*", Leconte de Lisle.

de lo que puede seguir a esa inmersión en las tinieblas, llamada muerte, balancean del desaliento a la esperanza; y cuando se hallan al pie de una tumba querida, empiezan por reclinarse la frente en el mármol frío, silencioso e impenetrable, y acaban por lanzar una mirada de indignación y despecho hacia esa inmensidad más fría, más silenciosa y más impenetrable que la piedra de los sepulcros.

¡La vida! . . . La muerte! . . . Platón, después de medio siglo de meditaciones y desvelos, supo tanto sobre la vida y la muerte, como sabe hoy el labrador que mece la cuna de sus hijos o se reclina en la piedra que marca la fosa de sus abuelos. Pasaron siglos de siglos, pasarán nuevos siglos de siglos, y los hombres quedaremos siempre mudos y aterrados ante el secreto inviolable de la cuna y del sepulcro. ¡Filosofías! ¡Religiones! ¡Sondas arrojadas a profundizar lo insondable! ¡Torres de Babel levantadas para ascender a lo inaccesible! Al hombre, a este puñado de polvo que la casualidad reúne y la casualidad dispersa, no le quedan más que dos verdades: la pesadilla amarga de la existencia y el hecho brutal de la muerte.

Sin embargo, ¿todo aparece en la vida color de sangre? ¿Habitamos un planeta de sólo tinieblas y horrores? Las frases homéricas "Tierra-madre, dulce vida" ¿son ilusiones de poetas, o hay instantes en que saboreamos la dulzura de vivir y contemplamos a la Tierra como buena y amorosa madre? Tal vez; pero en el combate diario, en casi todas las horas de nuestro desaliento, pensamos como Lucrecio: "Si los dioses existen, se bastan así, gozan tranquilamente de su inmortalidad sin acordarse de nosotros"

Mas, ¿a qué vanas palabras en el lugar del silencio? La vida, esa negra interrogación, oculta su clara respuesta aquí, en estos nichos abiertos, en estas bocas de fieras hambrientas, que amenazan devorarnos.

¡Adiós, amigo! Tú, que de los labios destilabas la miel ática de los chistes,¹ probaste ya el acibarado veneno de la agonía. Tú atravesaste ya por el tenebroso puente que nos lleva de este mundo al país del que ningún viajero regresó jamás. ¿Tú sabes ya si la Naturaleza es amiga bondadosa que nos acoge en su seno para infundirnos sueño de felices visiones, o madre sin entrañas que guarda para sí la salud, la juventud y la eternidad, reservando para sus hijos las enfermedades, la vejez y la nada².

1888

¹ Luis Márquez fue el Presidente del *Círculo Literario*, fundado a iniciativa del autor. Luis era un escritor festivo, famoso por su periódico *La Sabatina*.

² La muerte de Luis E. Márquez (1888) marca el comienzo de la campaña ideopolítica de González Prada. En este discurso se definió su criterio irreligioso y su protesta social; además, desde ese momento asumió la presidencia del *Círculo Literario* que lo condujo a la de la Unión Nacional.

SEGUNDA PARTE

GRAU¹

I

EPOCAS HAY en que todo un pueblo se personifica en un solo individuo: Grecia en Alejandro, Roma en César, España en Carlos V, Inglaterra en Cromwell, Francia en Napoleón, América en Bolívar. El Perú de 1879 no era Prado, La Puerta ni Piérola, era Grau.

Cuando el *Huáscar* zarpaba de algún puerto en busca de aventuras, siempre arriesgadas, aunque a veces infructuosas, todos volvían los ojos al Comandante de la nave, todos le seguían con alas del corazón, todos estaban con él. Nadie ignoraba que el triunfo rayaba en lo imposible, atendida la superioridad de la escuadra chilena; pero el orgullo nacional se lisonjaba de ver en el *Huáscar*² un caballero andante de los mares, una imagen del famoso paladín que no contaba sus enemigos antes del combate, porque aguardaba contarlos vencidos o muertos.

Nosotros, legítimos herederos de la caballerosidad española, nos embriagábamos con el perfume de acciones heroicas, en tanto que otros, menos ilusos que nosotros y más imbuidos en las máximas del siglo, desdeñaban el humo de la gloria y se engolosinaban con el manjar de victorias fáciles y baratas.

¹ El artículo "Grau" puede ser considerado como la primera aparición polémica de M.G.P. Apareció en 1885 en un folleto colectivo en homenaje al insigne marino peruano. No hemos podido encontrar el número de *El Comercio* en que también apareció. La versión aquí inserta es la cuarta versión, pues fue corregida para el folleto, para la 1ª edición de *Páginas libres* y, muy levemente, para la que resultó póstuma.

² Famoso monitor peruano, único con que durante largos meses el Perú se enfrentó a la escuadra de Chile en 1879.

¡Y merecíamos disculpa!

El *Huáscar* forzaba los bloqueos, daba caza a los transportes, sorprendía las escuadras, bombardeaba los puertos, escapaba ileso de las celadas o persecuciones. Y más que nave, parecía un ser viviente con vuelo de águila, vista de lince y astucia de zorro. Merced al *Huáscar*, el mundo que sigue la causa de los vencedores, olvidaba nuestros desastres y nos quemaba incienso; merced al *Huáscar*, los corazones menos abiertos a la esperanza cobraban entusiasmo y sentían el generoso estímulo del sacrificio; merced al *Huáscar*, en fin, el enemigo se desconcertaba en sus planes, tenía vacilaciones desalentadoras y devoraba el despecho de la vanidad humillada, porque el monitor, vigilando las costas del Sur, apareciendo en el instante menos aguardado, parecía decir a la ambición de Chile: "Tú no pasarás de aquí". Todo esto debimos al *Huáscar*, y el alma del monitor era Grau.

II

NACIO Miguel Grau en Piura el año 1834. Nada notable ocurre en su infancia, y sólo merece consignarse que, después de recibir la instrucción primaria en la *Escuela Náutica de Paita*, se trasladó a Lima para continuar su educación en el colegio del poeta Fernando Velarde.

A la muerte del discípulo, el maestro le consagró una entusiasta composición en verso. Descartando las exageraciones, naturales a un poeta sentimental y romántico, se puede colegir por los endecasílabos de Velarde, que Grau era un niño tranquilo y silencioso, quién sabe taciturno.*

Muy pronto debió de hastiarse con los estudios y más aún con el régimen escolar, cuando al empezar la adolescencia se enrola en la tripulación de un buque mercante. Seis o siete años navegó por América, Europa y Asia, queriendo ser piloto práctico antes que marino teórico, prefiriendo costear continentes y correr temporales a navegar mecido constantemente por las olas del Pacífico.

Consideró la marina mercante como una escuela transitoria, no como una profesión estable, pues al creerse con aptitudes para gobernar un buque, ingresó a la Armada nacional. ¿A qué seguir paso a paso la carrera del guardia marina en 1857, del capitán de navío en 1873, del contralmirante en 1879. Reconstituir conforme a plan matemático la existencia de un personaje, conceder intención al más insignificante de sus actos, ver augurios

* Nunca fuiste risueño ni elocuente / Y tu faz pocas veces sonreía, / Pero inspirabas entusiasmo ardiente, / Cariñosa y profunda simpatía. FERNANDO VELARDE.

de proezas en los juegos inocentes del niño, es fantasear una leyenda, no escribir una biografía. En el ordinario curso de la vida, el hombre camina prosaicamente, a ras del suelo, y sólo se descubre superior a los demás, con intermitencias, en los instantes supremos.

El año 1865 hubo momento en que Grau se atrajo las miradas de toda la nación, en que tuvo pendiente de sus manos la suerte del país. Conducía de los astilleros ingleses un buque de guerra a tiempo que la República se había revolucionado para deshacer el tratado Vivanco-Pareja. Plegándose a los revolucionarios, entregándoles el dominio del mar, Grau contribuyó eficazmente al derrumbamiento de Pezet.¹

La popularidad de Grau empieza al encenderse la guerra contra Chile. Antes pudo confundirse con sus émulos y compañeros de armas o diseñarse con las figuras más notables del cuadro; pero en los días de la prueba se dibujó de cuerpo entero, se destacó sobre todos, les eclipsó a todos. Fue comparado con Noel y Gálvez, y disfrutó como Washington la dicha de ser "el primero en el amor de sus conciudadanos". El Perú todo le apostrofaba como Napoleón a Goethe: "Eres un hombre".

III

Y LO ERA, tanto por el valor como por las otras cualidades morales. En su vida, en su persona, en la más insignificante de sus acciones, se conformaba con el tipo legendario del marino.

Humano hasta el exceso, practicaba generosidades que en el fragor de la guerra concluían por sublevar nuestra cólera. Hoy mismo, al recordar la saña implacable del chileno vencedor, deploramos la exagerada clemencia de Grau en la noche de Iquique. Para comprenderle y disculparle, se necesita realizar un esfuerzo, acallar las punzadas de la herida entreabierta, ver los acontecimientos desde mayor altura. Entonces se reconoce que no merecen llamarse² grandes los tigres que matan por matar o hieren por herir, sino los hombres que hasta en el vértigo de la lucha saben economizar vidas y ahorrar dolores.

Sencillo, arraigado a las tradiciones religiosas, ajeno a las dudas del

¹ El tratado Vivanco-Pareja fue una transacción entre los gobiernos de Pezet (Perú) e Isabel II (España), que el Perú rechazó derrocando a Pezet y siguiendo la guerra contra España hasta vencerla (1866).

² "Que no merecen llamarse" en vez de "que no son", corrección hecha con lápiz por el autor.

filósofo, hacía gala de cristiano y demandaba la absolución del sacerdote antes de partir con la bendición de todos los corazones. Siendo sinceramente religioso, no conocía la codicia —esa viralidad de los hombres yertos—, ni la cólera violenta —ese momentáneo valor de los cobardes—, ni la soberbia —ese calor maldito que engendra víboras en el pecho—. A tanto llegaba la humildad de su carácter que, hostigado un día por las alabanzas de los necios que asedian a los hombres de mérito, exclamó: "Vamos, yo no soy más que un pobre marinero que trata de servir a su patria".

Por su silencio en el peligro, parecía hijo de otros climas, pues nunca daba indicios del bullicioso atolondramiento que distingue a los pueblos meridionales. Si alguna vez hubiera querido arengar a su tripulación, habría dicho espartanamente, como Nelson en Trafalgar: "La patria confía en que todos cumplan con su deber". Hasta en el porte familiar se manifiesta sobrio de palabras: lejos de él la verbosidad que falsifica la elocuencia y remeda el talento. Hablaba como anticipándose al pensamiento de sus interlocutores, como temiendo desagradarles con la más leve contradicción. Su cerebro discernía con lentitud, su palabra fluía con largos intervalos de silencio, y su voz de timbre femenino contrastaba notablemente con sus facciones varoniles y toscas.

Ese marino forjado en el yunque de los espíritus fuertes, inflexible en aplicar a los culpables todo el rigor de las ordenanzas, se hallaba dotado de sensibilidad exquisita, amaba tiernamente a sus hijos, tenía marcada predilección por los niños. Sin embargo, su energía moral no se enervaba con el sentimiento, como lo probó en 1865 al adherirse a la revolución: rechazando ascensos y pingües ofertas de oro, desoyendo las sugerencias o consejos de sus más íntimos amigos, resistiendo a los ruegos e intimaciones de su mismo padre, hizo lo que le parecía mejor, cumplió con su deber.

Tan inmaculado en la vida privada como en la pública, tan honrado en el salón de la casa como en el camarote del buque, formaba contraste con nuestros políticos y nuestros guerreros, existía como un verdadero anacronismo.

Como flor de sus virtudes, trascendía la resignación: nadie conocía más el peligro, y marchaba de frente, con los ojos abiertos, con la serenidad en el semblante. En él, nada cómico ni estudiado: personificaba la naturalidad. Al ver su rostro leal y abierto, al coger su mano áspera y encallecida, se palpaba que la sangre venía de un corazón noble y generoso.

Tal era el hombre que en buque mal artillado, con marinería inexperta, se vio rodeado y acometido por toda la escuadra chilena el 8 de octubre de 1879.

IV

EN EL COMBATE homérico de uno contra siete, pudo Grau rendirse al enemigo; pero comprendió que por voluntad nacional estaba condenado a morir, que sus compatriotas no le habrían perdonado el mendigar la vida en la escala de los buques vencedores.

Efectivamente. Si a los admiradores de Grau se les hubiera preguntado qué exigían del Comandante del *Huáscar* el 8 de octubre, todos habrían respondido con el Horacio de Corneille: "¡Que muriera!"

Todo podía sufrirse con estoica resignación, menos el *Huáscar* a flore con su Comandante vivo. Necesitábamos el sacrificio de los buenos y humildes para borrar el oprobio de malos y soberbios. Sin Grau en la Punta de Angamos, sin Bolognesi en el Morro de Arica ¿tendríamos derecho de llamar-nos nación? ¡Qué escándalo no dimos al mundo, desde las ridículas escaramuzas hasta las inexplicables dispersiones en masa, desde la fuga traidora de los caudillos hasta las sediciones, bizantinas, desde las maquinaciones subterráneas de los ambiciosos vulgares hasta las tristes arlequinadas de los héroes funambulescos!

En la guerra con Chile, no sólo derramamos la sangre, exhibimos la lepra. Se disculpa el encalle de una fragata con tripulación novel y capitán atolondrado, se perdona la derrota de un ejército indisciplinado con jefes ineptos o cobardes, se concibe el amilanamiento de un pueblo por los continuos descalabros en mar y tierra; pero no se disculpa, no se perdona ni se concibe la reversión del orden moral, el completo desbarajuste de la vida pública, la danza macabra de polichinelas con disfraz de Alejandro y Césares.

Sin embargo, en el grotesco y sombrío drama de la derrota, surgieron de cuando en cuando figuras luminosas y simpáticas. La guerra, con todos sus males, nos hizo el bien de probar que todavía sabemos engendrar hombres de temple viril. Alentémonos, pues: la rosa no florece en el pantano; y el pueblo en que nacen un Grau y un Bolognesi no está ni muerto ni completamente degenerado. Regocijémonos, si es posible: la tristeza de los injustamente vencidos conoce alegrías sinceras, así como el sueño de los vencedores implacables tiene despertamientos amargos, pesadillas horrorosas.¹

La columna rostral erigida para conmemorar el 2 de Mayo se corona con la victoria en actitud de subir al cielo,² es decir, a la región impasible que no escucha los ayes de la víctima ni las imprecaciones del verdugo.

¹ Este párrafo y otros muchos desmienten a quienes se han empeñado en presentar al autor como un recalcitrante profesional del pesimismo, y hasta un antiperuano; grandísimo —si no voluntario— error.

² Se refiere al Monumento al 2 de Mayo.

El futuro monumento de Grau ostentará en su parte más encumbrada un coloso en ademán de extender el brazo derecho hacia los mares del Sur.

Catalina de Rusia fijó en una calle meridional de San Petersburgo un cartel que decía: "Por aquí es el camino a Constantinopla". Cuando la raza eslava siente impulsos de caminar hacia las "tierras verdes", ¿no recuerda las tentadoras palabras de Catalina? Si Grau se levantara hoy del sepulcro, nos diría . . . Es inútil repetir sus palabras: todos adivinamos ya qué deberes hemos de cumplir, adónde tenemos que dirigirnos mañana.

1885

DISCURSO EN EL POLITEAMA ¹

SEÑORES:

LOS QUE PISAN el umbral de la vida se juntan hoy para dar una lección a los que se acercan a las puertas del sepulcro. La fiesta que presenciamos tiene mucho de patriotismo y algo de ironía: el niño quiere rescatar con el oro lo que el hombre no supo defender con el hierro.

Los viejos deben temblar ante los niños, porque la generación que se levanta es siempre acusadora y juez de la generación que desciende. De aquí, de estos grupos alegres y bulliciosos, saldrá el pensador austero y taciturno; de aquí, el poeta que fulmine las estrofas de acero retemplado; de aquí, el historiador que marque la frente del culpable con un sello de indeleble ignominia.

Niños, sed hombres, madrugad a la vida, porque ninguna generación recibió herencia más triste, porque ninguna tuvo deberes más sagrados que cumplir, errores más graves que remediar ni venganzas más justas que satisfacer.

En la orgía de la época independiente, vuestros antepasados bebieron el vino generoso y dejaron las heces. Siendo superiores a vuestros padres, tendréis derecho para escribir el bochornoso epitafio de una generación que

¹ Debe llamarse la atención sobre la época y las circunstancias en que fue pronunciado el discurso en el Politeama. Se trataba de iniciar una gran colecta nacional para rescatar las provincias de Tacna y Arica, entregadas por diez años a Chile, a raíz del Tratado de Ancón. Los escolares de Lima organizaron una velada en el viejo Teatro Politeama. González Prada, emblema del revanchismo, fue invitado a hablar. Redactó el discurso que aquí se reproduce, y lo hizo leer por un niño. Todas las expresiones de la oración patriótica mencionada deben ser referidas a la época y las circunstancias de 1888. El editor subraya: han pasado setenta y seis años y la situación internacional ha cambiado radicalmente.

se va, manchada con la guerra civil de medio siglo, con la quiebra fraudulenta y con la mutilación del territorio nacional.

Si en estos momentos fuera oportuno recordar vergüenzas y renovar dolores, no acusaríamos a unos ni disculparíamos a otros. ¿Quién puede arrojar la primera piedra?

La mano brutal de Chile despedazó nuestra carne y machacó nuestros huesos; pero los verdaderos vencedores, las armas del enemigo, fueron nuestra ignorancia y nuestro espíritu de servidumbre.

II

SIN ESPECIALISTAS, o más bien dicho, con aficionados que presumían de omniscientes, vivimos de ensayo en ensayo: ensayos de aficionados en Diplomacia, ensayos de aficionados en Economía Política, ensayos de aficionados en Legislación y hasta ensayos de aficionados en Tácticas y Estrategias. El Perú fue cuerpo vivo, expuesto sobre el mármol de un anfiteatro, para sufrir las amputaciones de cirujanos que tenían ojos con cataratas seniles y manos con temblores de parálisis. Vimos al abogado dirigir la hacienda pública, al médico emprender obras de ingeniería, al teólogo fantasear sobre política interior, al marino decretar en administración de justicia, al comerciante mandar cuerpos de ejército. . . ¡Cuánto no vimos en esa fermentación tumultuosa de todas las mediocridades, en esas vertiginosas apariciones y desapariciones de figuras sin consistencia de hombre, en ese continuo cambio de papeles, en esa Babel, en fin, donde la ignorancia vanidosa y vocinglera se sobrepuso siempre al saber humilde y silencioso!

Con las muchedumbres libres aunque indisciplinadas de la Revolución, Francia marchó a la victoria; con los ejércitos de indios disciplinados y sin libertad, el Perú irá siempre a la derrota. Si del indio hicimos un siervo, ¿qué patria defenderá? Como el siervo de la Edad Media, sólo combatirá por el señor feudal.

Y, aunque sea duro y hasta cruel repetirlo aquí, no imaginéis, señores, que el espíritu de servidumbre sea peculiar a sólo el indio de la puna: también los mestizos de la costa recordamos tener en nuestras venas sangre de los súbditos de Felipe II mezclada con sangre de los súbditos de Huayna-Capac. Nuestra columna vertebral tiende a inclinarse.

La nobleza española dejó su descendencia degenerada y despilfarradora: el vencedor de la Independencia legó su prole de militares y oficinistas. A sembrar el trigo y extraer el metal, la juventud de la generación pasada prefirió atrofiar el cerebro en las cuerdas de los cuarteles y aperegar

la piel en las oficinas del Estado. Los hombres aptos para las rudas labores del campo y de la mina, buscaron el manjar caído del festín de los gobiernos, ejercieron una insaciable succión en los jugos del erario nacional y sobrepujaron el caudillo que daba el pan y los honores a la patria que exigía el oro y los sacrificios. Por eso, aunque siempre existieron en el Perú liberales y conservadores, nunca hubo un verdadero partido liberal ni un verdadero partido conservador, sino tres grandes divisiones: los gobiernistas, los conspiradores y los indiferentes por egoísmo, imbecilidad o desengaño. Por eso, en el momento supremo de la lucha, no fuimos contra el enemigo un coloso de bronce, sino una agrupación de limaduras de plomo; no una patria unida y fuerte, sino una serie de individuos atraídos por el interés particular y repelidos entre sí por el espíritu de bandería. Por eso, cuando el más oscuro soldado del ejército invasor no tenía en sus labios más nombre que Chile, nosotros, desde el primer general hasta el último recluta, repetíamos el nombre de un caudillo,¹ éramos siervos de la Edad Media que invocábamos al señor feudal.

Indios de punas y serranías, mestizos de la costa, todos fuimos ignorantes y siervos; y no vencimos ni podíamos vencer.

III

SI LA IGNORANCIA de los gobernantes y la servidumbre de los gobernados fueron nuestros vencedores, acudamos a la Ciencia, ese redentor que nos enseña a suavizar la tiranía de la Naturaleza, adoremos la Libertad, esa madre engendradora de hombres fuertes.

No hablo, señores, de la ciencia modificada que va reduciéndose a polvo en nuestras universalidades retrógradas: hablo de la Ciencia robustecida con la sangre del siglo, de la Ciencia con ideas de radio gigantesco, de la Ciencia que trasciende a juventud y sabe a miel de panales griegos, de la Ciencia positiva que en sólo un siglo de aplicaciones industriales produjo² más bienes a la Humanidad que milenios enteros de Teología y Metafísica.

Hablo, señores, de la libertad para todos, y principalmente para los más desvalidos. No forman el verdadero Perú las agrupaciones de criollos y extranjeros que habitan la faja de tierra situada entre el Pacífico y los Andes; la nación está formada por las muchedumbres de indios diseminadas en la banda

¹ Se refiere al General Andrés Avelino Cáceres, caudillo de la resistencia en la sierra del Perú.

² "Produjo" por "ha producido", corrección manuscrita del autor.

oriental de la cordillera. Trescientos años ha que el indio rastrea en las capas inferiores de la civilización, siendo un híbrido con los vicios del bárbaro y sin las virtudes del europeo: enseñadle siquiera a leer y escribir, y veréis si en un cuarto de siglo se levanta o no a la dignidad de hombre. A vosotros, maestros de escuela, toca galvanizar una raza que se adormece bajo la tiranía embrutecedora del indio.¹

Cuando tengamos pueblo sin espíritu de servidumbre, y políticos a la altura del siglo, recuperaremos Arica y Tacna, y entonces y sólo entonces marcharemos sobre Iquique y Tarapacá, daremos el golpe decisivo, primero y último.

Para ese gran día, que al fin llegará porque el porvenir nos debe una victoria, fiemos sólo en la luz de nuestro cerebro y en la fuerza de nuestros brazos. Pasaron los tiempos en que únicamente el valor decidía de los combates: hoy la guerra es un problema, la Ciencia resuelve la ecuación. Abandonemos el romanticismo internacional y la fe en los auxilios sobrehumanos: la Tierra escarnece a los vencidos, y el Cielo no tiene rayos para el verdugo.

En esta obra de reconstitución y venganza no contemos con los hombres del pasado: los troncos añosos y carcomidos produjeron ya sus flores de aroma deletéreo y sus frutas de sabor amargo. Que vengan árboles nuevos a dar flores nuevas y frutas nuevas! ¡Los viejos a la tumba, los jóvenes a la obra!

IV

¿POR QUÉ desesperar? No hemos venido aquí para derramar lágrimas sobre las ruinas de una segunda Jerusalén, sino a fortalecernos con la esperanza. Dejemos a Boabdil llorar como mujer, nosotros esperemos como hombres.

Nunca menos que ahora conviene el abatimiento del ánimo cobarde ni las quejas del pecho sin virilidad: hoy que Tacna rompe su silencio y nos envía el recuerdo del hermano cautivo al hermano libre, elevémonos unas cuantas pulgadas sobre el fango de las ambiciones personales, y a las palabras de amor y esperanza respondamos con palabras de aliento y fraternidad.

¿Por qué desalentarse? Nuestro clima, nuestro suelo ¿son acaso los últimos del Universo? En la tierra no hay oro para adquirir las riquezas que debe producir una sola Primavera del Perú. ¿Acaso nuestro cerebro tiene la forma

¹ Sobre este tema insiste largamente González Prada en toda su obra, singularmente en el artículo "Nuestros indios" de *Horas de lucha*.

rudimentaria de los cerebros hotentotes, o nuestra carne fue amasada con el barro de Sodoma? Nuestros pueblos de la sierra son hombres amodorrados, no estatuas petrificadas.

No carece nuestra raza de electricidad en los nervios ni de fósforo en el cerebro; nos falta, sí, consistencia en el músculo y hierro en la sangre. Anémicos y nerviosos, no sabemos amar ni odiar con firmeza. Versátiles en política, amamos hoy a un caudillo hasta sacrificar nuestros derechos en aras de la dictadura; y le odiamos mañana hasta derribarle y hundirle bajo un aluvión de lodo y sangre. Sin paciencia de aguardar el bien, exigimos improvisar lo que es obra de la incubación tardía, queremos que un hombre repare en un día las faltas de cuatro generaciones. La historia de muchos gobiernos del Perú cabe en tres palabras: imbecilidad en acción; pero la vida toda del pueblo se resume en otras tres: versatilidad en movimiento.

Si somos versátiles en amor, no lo somos menos en odio: el puñal está penetrando en nuestras entrañas y ya perdonamos al asesino. Alguien ha talado nuestros campos y quemado nuestras ciudades y mutilado nuestro territorio y asaltado nuestras riquezas y convertido el país entero en ruinas de un cementerio; pues bien, señores, ese alguien a quien jurábamos rencor eterno y venganza implacable, empieza a ser contado en el número de nuestros amigos, no es aborrecido por nosotros con todo el fuego de la sangre, con toda la cólera del corazón.

Ya que hipocresía y mentira forman los polos de la Diplomacia, dejemos a los gobiernos mentir hipócritamente jurándose amistad y olvido. Nosotros, hombres libres reunidos aquí para escuchar palabras de lealtad y franqueza, nosotros que no tememos explicaciones ni respetamos susceptibilidades, nosotros levantemos la voz para enderezar el esqueleto de estas muchedumbres encorvadas, hagamos por oxigenar esta atmósfera viciada con la respiración de tantos organismos infectos, y lancemos una chispa que inflame en el corazón del pueblo el fuego para amar con firmeza todo lo que se debe amar, y para odiar con firmeza también todo lo que se debe odiar.

¡Ojalá, señores, la lección dada hoy por los *Colegios libres de Lima* halle ejemplo en los más humildes caseríos de la República! ¡Ojalá todas las frases repetidas en fiestas semejantes no sean melifluas alocuciones destinadas a morir entre las paredes de un teatro, sino rudos martillazos que retumben por todos los ámbitos del país! ¡Ojalá cada una de mis palabras se convierta en trueno que repercuta en el corazón de todos los peruanos y despierte los dos sentimientos capaces de regenerarnos y salvarnos: el amor a la patria y el odio a Chile! Coloquemos nuestra mano sobre el pecho, el corazón nos dirá si debemos aborrecerle...

¹ Lessing, *Laokoon*, VI. Cita añadida manuscrita por el autor.

Si el odio injusto pierde a los individuos, el odio justo salva siempre a las naciones. Por el odio a Prusia, hoy Francia es poderosa como nunca. Cuando París vencido se agita, Berlín vencedor se pone de pie. Todos los días, a cada momento, admiramos las proezas de los hombres que triunfaron en las llanuras de Maratón o se hicieron matar en los desfiladeros de las Termópilas; y bien, "la grandeza moral de los antiguos helenos consistía en el amor constante a sus amigos y en el odio inmutable a sus enemigos".¹ No fomentemos, pues, en nosotros mismos los sentimientos anodinos del guardador de serrallos, sino las pasiones formidables del hombre nacido para engendrar a los futuros vengadores. No diga el mundo que el recuerdo de la injuria se borró de nuestra memoria antes que desapareciera de nuestras espaldas la roncha levantada por el látigo chileno.

Verdad, hoy nada podemos, somos impotentes; pero aticemos el rencor, revolvámonos en nuestro despecho como la fiera se revuelca en las espinas; y si no tenemos garras para desgarrar ni dientes para morder, ¡que siquiera los mal apagados rugidos de nuestra cólera viril vayan de cuando en cuando a turbar el sueño del orgulloso vencedor!

1888

PERU Y CHILE¹

EL PERÚ no sufrió calamidad más desastrosa que la guerra con Chile. Las campañas de la Independencia y la segunda lucha con España nos costaron preciosas vidas y grandes sacrificios; pero nos dieron vida propia, nombradía y levantaron el espíritu nacional. El 9 de diciembre nacimos, el 2 de mayo crecimos, nos agigantamos.

Es que, en 1824 y 1866, no sufrimos el empequeñecimiento de la derrota. La sangre derramada en los campos de batalla, los capitales destruidos en el incendio, las riquezas perdidas en el saqueo de las poblaciones, muy poco significan en comparación de los males que inficionan el organismo de las naciones vencidas. El perjuicio causado por nuestro vencedor no está en los asesinatos, en las devastaciones ni en las rapiñas: está en lo que nos deja y nos enseña.

Chile se lleva guano, salitre y largos jirones de territorios; pero nos deja el amilanamiento, la pequeñez de espíritu, la conformidad con la derrota y el tedio de vivir modesta y honradamente. Se nota en los ánimos apatía que subleva, pereza que produce rabia, envilecimiento que mueve a náuseas.

Chile nos enseña su ferocidad araucana. En la última contienda civil² nos mostramos crueles hasta la barbarie, hicimos ver que el roce con un enemigo implacable y sanguinario había endurecido nuestras entrañas. Brotaron, de no sabemos dónde, almas en cólera o fieras desconocidas en la fauna peruana. La ingénita mansedumbre del carácter nacional tuvo regresiones a la fiera primitiva. En la nación magnánima (donde las discordias civiles terminaron siempre con el olvido para los errores comunes y la conmiseración para el hermano caído) queda hoy, después de la lucha, el

¹ Es preciso recordar que este artículo fue escrito a raíz de la guerra con Chile, de 1879-1883, lo que explica la violencia de su tono.

² Se refiere a la lucha entre Iglesias y Cáceres.

odio de enemigos vascuences,¹ el rencor de tigre a tigre. Rencor y odio que deberíamos reservar para el enemigo de todos, los atizamos contra nosotros mismos. De nuestro sueño cataléptico despertamos para sólo esgrimir los puños y lanzarnos imprecaciones de muerte.

Es que en el comercio íntimo, en el trato duradero y en la conquista secular, se opera fusión de razas con amalgamamiento de vicios y virtudes; mientras en la invasión destructora y violenta, vencido y vencedor olvidan las virtudes propias y adquieren los vicios del extraño. Los pueblos más civilizados ocultan su reverso salvaje y bestial: en la guerra se verifica el choque de hombre contra hombre por el lado bestial y salvaje.

Si el Perú se contagió con la ferocidad araucana, Chile se contaminó con el virus peruano. El contacto de ambas naciones recuerda el abrazo de Almanzor, un medio de comunicarse la peste. Nadie ignora que nuestro vencedor de ayer se ve atacado ya por el cáncer de la más sórdida corrupción pública: las prensas de Santiago y Valparaíso lo dicen a todas horas y en todos los tonos. Chile retrata hoy al Perú de la *Consolidación* y del *contrato Dreyfus*: entra por el camino que nosotros seguíamos, será lo que fuimos. El mendigo que hace poco se llamaba feliz con la raja de sandía y el puñado de porotos, se ahitará mañana en los opíparos festines del magnate improvisado. Con facilidad se vuelve pródigo el tahir que entra pobre a la casa de juego y sale rico por un golpe de fortuna².

Pero no veamos una compensación de nuestras calamidades en la corrupción política de nuestro enemigo, ni pensemos abandonarle nuestra riqueza y nuestro territorio como un presente griego, ni creamos que en su organismo acabamos de inocular un germen de muerte prematura.

Chile, con todas sus miserias, nos vencerá mañana y siempre, si continuamos siendo lo que fuimos y lo que somos. Rodeado con el prestigio de sus victorias, posee crédito; así que en toda guerra tendrá dinero, y con el dinero, soldados y buques, rifles y cañones, amigos y espías.

De loco debe tacharse al pueblo que para robustecerse no abriga más esperanza que la debilitación de los pueblos limítrofes. Ver encorvarse al vecino ¿equivale a crecer nosotros? Ver sangrar un enemigo ¿da una gota de sangre a nuestras venas? El decaimiento de Chile debería regocijarnos, si el nuestro cesara o fuera menor, si en tanto que él se achica nosotros creyéramos; pero sucede que mientras Chile decrece en progresión aritmética, nosotros lo hacemos en progresión geométrica. La fuerza de las naciones se oculta en ellas mismas, viene de su elevación moral. La luz del gas que arde a nuestros ojos, irradia los rayos del Sol almacenados en las entrañas

¹ Alusión al origen vasco que se atribuye a gran parte de los chilenos.

² Alusión al Tratado de Ancón.

de la Tierra; el hombre que nos deslumbra con su generosidad o su heroísmo, descubre las virtudes incubadas lentamente al calor de una buena educación.

II

DE VEINTE años a la fecha, desde las victorias de Prusia, el mundo europeo tiende a convertir sus hombres en soldados y sus poblaciones en cuarteles. A la plaga de los individuos —el alcoholismo— responde la peste de las naciones —el militarismo—. Nadie se pregunta si habrá conflagración universal, sólo se quiere adivinar quién desenvainará la espada, dónde será el campo de batalla, qué naciones quedarán arrolladas, pisoteadas y pulverizadas. Todos aguardan la crisis suprema, porque saben que los bebedores de sangre sufren también sus ataques de delirium tremens.

Chile, con el instinto de imitación, natural a los pueblos juveniles, remeda el espíritu guerrero de Alemania y enarboła en América el estandarte de la conquista. El Imperio Alemán apresó con sus garras de águila Alsacia y Lorena; Chile cogió con sus uñas de buitre Iquique y Tarapacá, y, para ser más que Alemania, piensa coger Arica, Tacna y acaso el Perú entero.

Entre tanto ¿qué hacemos nosotros? Viviendo en la región de las teorías, olvidamos que los estados no se rigen por humanitarismo romántico ni ponen la mejilla izquierda cuando reciben una bofetada en la derecha; olvidamos que ante la inmolación de un pueblo todos observan una prudencia egoísta, cuando no cubren de flores al vencedor y abruman de ignominias al vencido; olvidamos, por último, que en las relaciones individuales los hombres menos civilizados conservan un resto de pudor social y guardan las apariencias de guiarse por la filantropía, mientras en la vida internacional las naciones más cultas se quitan la epidermis civilizada y proceden como salvajes en la selva.

Nosotros no caímos porque las guerras civiles nos debilitaran o nos esquilmaran. Luchas más desgarradoras y tenaces que las nuestras sostuvieron¹ la Argentina, Venezuela, Colombia y particularmente Méjico. Caímos porque Chile, que veía mientras Perú duerme, nos sorprendió pobres y sin crédito, desprevenidos y mal armados, sin ejército ni marina.

¡Ojalá hubiéramos pasado por algunas de aquellas revoluciones radicales que remueven de alto abajo la sociedad y la dividen en dos bandos sin consentir indiferentes o egoístas! Desgraciadamente, como las tempestades

¹ "Sostuvieron" en vez de "tuvieron", corrección manuscrita del autor.

en el Océano, todas nuestras sediciones de cuartel se deslizaron por la superficie sin alcanzar a sacudir el fondo.

Si las sediciones de pretorianos denuncian decadencia, los continuos levantamientos populares manifiestan superabundancia de vida. Las naciones jóvenes poseen un sobrante de fuerza que dirigen contra su propio organismo cuando no lo emplean en la agricultura, la industria, las artes o la conquista. Los pueblos se agitan para su bien, como los niños saltan y corren para lubricar sus articulaciones y desarrollar sus músculos. Las guerras civiles sirven de aprendizaje para las guerras exteriores: son la gimnasia de las naciones. Santas las llamó Joseph de Maistre, y Chateaubriand sostuvo que reemplaban y regeneraban a los pueblos.

Nuestro enemigo nos aventajó en su espíritu práctico y hasta en la humildad que le hizo buscar la luz en todas partes y aceptar el bien viniera de donde viniera. Extranjeros reformaron¹ sus universidades, extranjeros redactaron sus códigos, extranjeros arreglaron su hacienda pública, extranjeros le adiestraron en dirigir contra nosotros la puntería de los cañones Krupp.

Nosotros procedimos en sentido inverso: figurándonos que nuestro empirismo semiteológico y semiescolástico era el summum de la sabiduría, cerremos el paso a todo lo que no fuera exclusivamente nacional y nos entregamos ciegamente a la iniciativa de nuestros hombres. Y ¿qué tuvimos? Lo de siempre: buenos sabios que de la instrucción pública hicieron un caos, buenos hacendistas que nunca organizaron un solo presupuesto, buenos diplomáticos que celebraron convenciones funestas, buenos marinos que encallaron los buques y buenos militares que perdieron las batallas.

Hoy mismo, después del tremendo cataclismo, nos adormecemos en la confianza, olvidamos que Chile nos daría mil vidas para deleitarse en quitárnoslas una por una, y seguimos educando a la juventud, no para hombres que han de luchar en los campos de batalla, sino para funcionarios pasivos que han de anquilosar sus articulaciones entre los cuatro muros de una oficina. Continuamos con todas nuestras preocupaciones de casta y secta, con todas nuestras pequeñeces de campanario. Si persona extraña viene a ofrecernos luz o a querer inocularnos el fermento de la vida moderna, nos sublevamos en masa, nos creemos ofendidos en el orgullo nacional, y llamamos dignidad herida a lo que en todas partes se nombra ignorancia presuntuosa y desvergonzada. Cuando pluma extranjera censura nuestros vicios sociales o descubre las miserias de nuestros hombres públicos, estallamos de ira y pregonamos a la faz del mundo que en los negocios del Perú deben mezclarse únicamente los peruanos, que nuestros hombres públicos no pertenecen al tribunal del género humano, sino a la jurisdicción privativa de

¹ "Reformaron" en vez de "regeneraron", corrección manuscrita del autor.

sus compatriotas... Afirmaciones de topo que nada concibe más allá de la topera, exclusivismos de infusorio que limita su radio visual a la gota de agua.

III

NADA TAN hermoso como derribar fronteras y destruir el sentimiento egoísta de las nacionalidades para hacer de la Tierra un solo pueblo y de la Humanidad una sola familia. Todos los espíritus elevados y generosos convergen hoy al cosmopolitismo, todos repetirían con Schopenhauer que "el patriotismo es la pasión de los necios y la más necia de todas las pasiones". Pero, mientras llega la hora de la paz universal, mientras vivimos en una comarca de corderos y lobos, hay que andar prevenidos para mostrarse corderos con el cordero y lobos con el lobo.

Tenemos que cerrar el paso a la conquista y defender palmo a palmo nuestro territorio, porque la patria no es sólo el pedazo de tierra que hoy bebe nuestras lágrimas y mañana beberá nuestra sangre, sino también el molde especial en que se vacía nuestro ser, o mejor dicho, la atmósfera intelectual y moral que respiramos. Tanto debe el hombre al país en que nace, como el árbol al terreno en que arraiga. Conquistarnos equivale a modificar súbitamente nuestro modo de existir, a sumergirnos en otro medio ambiente para condenarnos a la asfixia.

Y no todo se reduce a nuestro mezquino interés personal. Gozamos de las propiedades nacionales como se goza de un bien usufructuario: si de nuestros padres heredamos un territorio grande y libre, un territorio grande y libre debemos legar a nuestros descendientes, ahorrándoles la afrenta de nacer en país vencido y mutilado, evitándoles el sacrificio de recuperar a costa de su sangre los bienes y derechos que nosotros no supimos defender a costa de la nuestra. Nada tan cobarde como la generación que paga sus deudas endosándolas a las generaciones futuras.

Ideas más nobles obligan también a repeler todo ataque y vengar todo atropellamiento. "Sufrir una injuria es dar alas a la violencia y contribuir cobardemente al triunfo de la injusticia. Si el derecho vulnerado cediera sin resistir, el mundo caería muy pronto en garras de la iniquidad."*

Los hombres de ayer, que olvidaron todo eso, desfilan a nuestros ojos, sofocando en su pecho la voz del remordimiento y queriendo borrar de su frente las indelebles manchas de lodo y sangre; los hombres de hoy seremos

* Louis Ménard, *La moral avant les philosophes*.

execrados por la generación de mañana, si no damos a nuestros músculos vigor para herir y a nuestro cerebro luz para saber dirigir el golpe.

Necesitamos verificar una evolución para adaptarnos al medio internacional en que vivimos. Por carácter, por la benignidad del clima, por la riqueza del país, por la facilidad de vivir holgadamente con poco trabajo, somos pacíficos, anticonquistadores, amigos del reposo y refractarios a la emigración. Por nuestra posición geográfica, rodeados del Ecuador, el Brasil, Bolivia y Chile, condenados fatalmente a ser campo de batalla donde se rifen los destinos de Sud América, tenemos que trasformarnos en nación belicosa. El porvenir nos emplaza para una guerra defensiva. O combatientes o esclavos.

Cierto, el querer caprichoso no basta para crear instintos nacionales o improvisar acontecimientos; pero la voluntad, firme y guiada por la Ciencia, logra modificar el mundo externo, variar lentamente la condición moral de las sociedades y convertir al hombre en la verdadera Providencia de la Humanidad. Hay animal submarino que, a falta de ojos, adquiere antenas para caminar a tientas en las profundidades tenebrosas, y ¡un pueblo hundido en el oprobio de la derrota no puede crearse pasiones para odiar ni fuerzas para vengarse!

La evolución salvadora se verificará por movimiento simultáneo del organismo social, no por simple iniciativa de los mandatarios. ¿Por qué aguardar todo de arriba? La desconfianza en nosotros mismos, el pernicioso sistema de centralizar todo en manos del Gobierno, la manía de someternos humildemente al impulso de la capital, influyeron desastrosamente en la fortuna del país. Especie de ciegos acostumbrados al lazarillo, quedamos inmóviles al sentirnos solos. Cuando en la guerra perdimos Lima, nos encontramos sin ojos, sin cerebro, como decapitados. En la nación bien organizada el pueblo no vive como el pasajero que descansadamente dormita en su camarote y de cuando en cuando abre los ojos para saber por curiosidad el número de leguas recorridas: por el contrario, todos mandan, todos trabajan, todos velan, porque hacen a la vez de capitán, de tripulación y de pasajeros.

IV

HAY UN valor que en los lances supremos conduce al sacrificio, y otro valor que en la existencia diaria se ciñe al cumplimiento de vulgares deberes. No necesitamos ahora del valor poético y acaso fácil porque sólo requiere un momento de resolución; necesitamos, sí, del valor prosaico y acaso

difícil porque exige constancia en el trabajo y conformidad en la medianía. Morir violentamente, a la luz del Sol, entre el aplauso de la muchedumbre, causa menos amargura que perecer lentamente en la oscuridad y silencio de una mina.

Estamos caídos, pero no clavados contra una peña; mutilados, pero no impotentes; desangrados, pero no muertos. Unos cuantos años de cordura, un ahorro de fuerzas, y nos veremos en condiciones de actuar con eficacia. Seamos una perenne amenaza, ya que todavía no podemos ser más. Con nuestro rencor siempre vivo, con nuestra severa actitud de hombres, mantendremos al enemigo en continua zozobra, le obligaremos a gastar oro en descomunales armamentos y agotaremos sus jugos. Un día de tranquilidad¹ en el Perú es una noche de pesadilla en Chile.

Hablar de revancha inmediata, de próxima reivindicación a mano armada, toca en delirio; lo seguro, lo cuerdo, estriba en apercibirse para la obra de mañana. Trabajemos con la paciencia de la hormiga, y acometamos con la destreza del gavilán. Que la codicia de Chile engulla guano y salitre; ya vendrá la hora de que su carne coma hierro y plomo.

Dejemos a otros el soñar reivindicaciones sin combates o evoluciones sin víctimas, y pensemos que lo malo no está en derramar sangre, sino en derramarla infructuosamente. Los pueblos no cuentan con más derechos que los defendidos o conquistados con el hierro; y la libertad nace en las barricadas o campos de batalla, no en protocolos diplomáticos ni ergos y distingos de Salamanca.²

Digan lo que digan ilusos y sentimentales, quien vence, vence. El vencedor, aunque pulverice al vencido y cometa delitos de lesa humanidad, deslumbra y seduce al mundo. En la mascarada de la Historia, todo crimen con la aureola del buen éxito se conquista el nombre de virtud.

Si algo cuesta salir vencido, respondan los habitantes de Iquique y Tarapacá, condenados a vivir de huéspedes en su propia casa; respondan los de Arica y Tacna, destinados a esperar dudoso rescate, como navegantes cautivos por piratas argelinos.

Nosotros, que vemos el Sol sin que nos dé sombra la figura del invasor, no alcanzamos a imaginar la reprimida cólera de los peruanos sometidos a la dominación de Chile. Ellos confían y esperan en nosotros. No hablan; pero en silencio nos tienden los brazos, en silencio vuelven los ojos hacia nosotros, en silencio paran el oído aguardando escuchar el rumor de nuestros pasos. Como la Polonia de Víctor Hugo, las poblaciones del Sur esperan y esperan, y nadie va.

¹ "Tranquilidad" en vez de "progreso", corrección manuscrita del autor.

² "De Salamanca" en vez "de los doctores de Salamanca", corrección del autor.

Y ¿quién ha de ir? Antes que nosotros vayamos hacia ellas, alguien regresará contra nosotros. Chile no olvida el camino del Perú, volverá. Y sus venidas son de temerse, porque recuerdan las invasiones de los hunos y las *razzias* de los árabes: él destruye todo lo inmueble, desde la casa del rico hacendado hasta la choza del pobre indio; él traslada a Santiago todo lo mueble, desde el laboratorio de la escuela hasta el urinario de la plaza pública. Quien fabrique una habitación, trabaje una mina o siembre un campo, debe pensar que fabrica, trabaja o siembra para Chile. La madre que se regocija con su hijo primogénito, debe pensar que ha de verle acribillado por balas chilenas; el padre que se enorgullezca con su hija predilecta, debe pensar que ha de verla violada por un soldado chileno.

Mientras se desgalgue la segunda invasión, atengámonos a ver en todas nuestras cuestiones financieras o internacionales la solapada intervención de Chile, cuando no la ingerencia escandalosa y las órdenes conminatorias. Resuelto el problema de Arica y Tacna, suscitará nuevas complicaciones para mantenernos en continuo jaque; y el día que aparente olvidarnos o finja sentimientos benévolos, será cuando piense más en nosotros y fragüe mayores perfidias en nuestro daño. No satisfecho con habernos herido y expoliado ni con hacernos sentir a cada momento la humillación de la derrota, Chile buscará frívolos achaques para denigrarnos y acometernos, porque persigue la obra sistemática y brutal de imprimirnos en la cara un afrentoso estigma, de clavarnos un puñal en el corazón.¹

1888

¹ Corresponde este artículo a la etapa típicamente revanchista de la obra del autor, a raíz de la guerra de 1879-83.

15 DE JULIO¹

I

LA MEJOR manera de honrar la memoria de los hombres sacrificados por una idea consiste en imitar su ejemplo, no en lamentarse como plañideras ni en rezar como cartujos. Nos haríamos dignos de Bolognesi y Grau, si en vez de limitarnos a enterrar montones de polvo y huesos, sepultáramos hoy todas nuestras miserias y todos nuestros vicios. Los vivos seríamos superiores a los muertos, si trazáramos una línea de luz y dijéramos: aquí termina un pasado de ignominias, aquí empieza un porvenir de regeneración.

Un sopló de ira sacude el corazón más indiferente al recordar que todo sacrificio fue inútil, al ver que hoy se reduce a procesión fúnebre lo que pudo ser una marcha triunfal hacia la apoteosis.

Cuando el 2 de Mayo conducíamos al cementerio los cadáveres de nuestros guerreros, destrozados por las bombas españolas, no parecíamos una muchedumbre de sombras escoltando una caravana de ataúdes.

En vano queremos regocijarnos con el recuerdo de acciones heroicas, en vano intentamos seducir al mundo con la justicia de nuestra causa y la alevosía del enemigo implacable: todos escondemos en el pecho la tristeza del derrotado, todos mostramos en la frente la humillación del vencido.

Como los sacerdotes del Paganismo ya decrepito no podían encontrarse cara a cara sin sonreír maliciosamente, así los hijos de este pueblo desmembrado y abatido no podemos mirarnos frente a frente sin sonrojarnos de vergüenza.

¹ En 1890, a los siete años de la desocupación de Lima por los invasores, y en vísperas de abrirse el plazo para el plebiscito de Tacna y Arica, el revanchismo era la palabra de orden de la nueva generación peruana, en especial de los ex-combatientes de la guerra: este artículo es prueba inequívoca de esa actitud.

Esta fúnebre ceremonia recuerda el careo del criminal con la víctima. Estos muertos, si nos honran y nos vindican, también nos acusan. Si estérilmente se sacrificaron ¿de quién fué la culpa?

Más que recordar acciones mil veces recordadas, más que ensalzar nombres mil veces ensalzados, convendría pensar en estos momentos por qué caímos al abismo cuando podíamos estar de pie sobre la cumbre, por qué fuimos vencidos cuando teníamos derecho y obligación de vencer, por qué no marchamos hoy por el camino de la reivindicación y la venganza.

Pero ¿a qué salpicar de lodo la cara de los vivos mientras cubrimos de flores la tumba de los muertos? Sepultemos con amor a los buenos que nos honran, dejemos en paz a los malos que nos envilecieron y nos envilecen.

II

TODOS HABRIAMOS deseado que la traslación de nuestros muertos se hubiera reducido a ceremonia de familia; pero la Diplomacia no lo quiso: el hermano en duelo tuvo que verse entre los restos del hermano asesinado y la aborrecida figura del matador. Nuestro enemigo acaba de enviarnos con ironía sangrienta a los mismos que en el campo de batalla negaron cuartel al prisionero y al herido, a los mismos que en el templo bendijeron y glorificaron el robo, el asesinato y el incendio.

Chile, como el tirano que mataba sus mujeres y después saciaba en el cadáver su apetito de fiera con delirio genesiaco, chupó ayer nuestra sangre, trituró nuestros músculos, y quiere hoy celebrar con nosotros un contubernio imposible, sobre el polvo de un cementerio.

No creamos en la sinceridad de sus palabras ni en la buena fe de sus actos: hoy se abraza contra nosotros para con la fuerza del abrazo hundir más y más el puñal que nos clavó en las entrañas. Dejemos ya de alucinarnos: en nuestro enemigo, el hábito de aborrecernos se ha convertido en instinto de raza. En el pueblo chileno, la guerra contra el Perú se parece a la guerra santa entre musulmanes: hasta las piedras de las calles se levantarían para venir a golpear, destrozarse y desmenuzarse nuestro cráneo. Chile, como el Alejandro crapuloso en el festín de Drydon, mataría siete veces a nuestros muertos; más aún: como el Oteló de Shakespeare, se gozaría en matarnos eternamente.

Aquí, alrededor de estos sepulcros, debemos reunirnos fielmente, no para hablar de confraternidad americana y olvido de las injurias, sino para despertar el odio cuando se adormezca en nuestros corazones, para reabrir y encontrar la

herida cuando el tiempo quiera cicatrizar lo que no debe cicatrizarse nunca.

Tenderemos la mano al vencedor, después que una generación más varonil y más aguerrida que la generación presente haya desencadenado sobre el territorio enemigo la tempestad de asolación que Chile hizo pasar sobre nosotros, después que la sangre de sus habitantes haya corrido como nuestra sangre, después que sus campos hayan sido talados como nuestros campos, después que sus poblaciones hayan ardidido como nuestras poblaciones.

Entre tanto, nada de insultos procaces, de provocaciones insensatas ni de empresas aventuradas o prematuras; pero tampoco nada de adulaciones y bajezas, nada de convertirse los diplomáticos en lacayos palaciegos, ni los presidentes de la República en humildes caporales de Chile. Vamos creciendo lentamente, ocultamente, como el banco de corales en las inmensidades del Océano. En la escuela, en el taller, en el cuartel, en el hogar, en todas partes, sembremos grano a grano la buena semilla. Acumulemos gota a gota el deseo de la revancha; y cuando las gotas hayan formado un mar y tenga fuerza nuestro brazo y esté cultivada nuestra inteligencia... entonces cumplamos con nuestro deber.

Recordemos que al vencido le queda un solo consuelo: no esperar clemencia del vencedor. Seamos prácticos: no olvidemos que las repúblicas regidas por espíritu de vagas teorías son mujeres jóvenes y ardorosas condenadas a las estériles caricias de un viejo impotente. Abramos los ojos si no queremos que la generación naciente sea mañana lo que nosotros somos hoy: enterradores de muertos y lamentadores de infortunios.

En fin, no imaginemos que con haber agotado las flores de los jardines, las figuras de la Retórica y los responsos de la Liturgia, hemos hecho cuanto un pueblo tiene que hacer por la memoria de sus buenos hijos. Hoy celebramos una ceremonia provisional. Los funerales de Atila fueron batallas sangrientas. El funeral digno de Grau y Bolognesi le celebraremos mañana, es decir, le celebrará la generación gloriosa que gane a Chile la batalla campal que nos devuelva Arica y Tacna, Iquique y Tarapacá.

1890

TERCERA PARTE

VIGIL¹

I

FRANCISCO DE PAULA González Vigil nació en Tacna el 13 de setiembre de 1792.

En los *Apuntes acerca de mi vida*, o breve autobiografía inédita que redactó en diciembre de 1876, dice:

«Mis padres fueron el señor don Joaquín González Vigil y la señora doña Micaela Yáñez. Era yo el primogénito de mis hermanos, y por esta circunstancia me dedicaron mis padres al estudio.

»Recibí la beca en el seminario conciliar de Arequipa el 16 de julio de 1803, cuando era obispo el señor Chávez de la Rosa, insigne protector, padre del colegio. Estudié Gramática, Filosofía, Matemáticas y Teología.

»El 12 de setiembre de 1812 me gradué de doctor teólogo en la universidad de San Antonio del Cuzco. Regresé por Arequipa a Tacna, donde estudié el Derecho Natural con el señor cura doctor don Juan José de la Fuente y Bustamante.

»En 1815 me invitó el señor obispo la Encina con el vicerrectorado y la cátedra de Teología en el seminario, si estaba resuelto a ordenarme. Emprendí mi viaje a Arequipa, entré a ejercicios en la misma casa del señor obispo; y aterrado a vista de lo que iba a hacer, me fugué la víspera de la ordenación. Después de algunos días, me presenté al señor obispo,

¹ El artículo sobre Vigil, verdadera página autobiográfica, lo escribió M. G. P. al cumplirse el décimo aniversario de la muerte del gran heresiarca peruano. Es uno de los pocos artículos sumamente documentados que produjo. Sus últimas líneas son premonitorias: retratan el final del propio Prada y señalan su concepto ético de la política y la historia.

quien me recibió con los brazos abiertos. Me dio la cátedra de Filosofía y Matemáticas en el colegio.

»En 1817 me enfermé gravemente, y me vino otra vez el pensamiento de ordenarme, lo que apoyó mi director espiritual el venerable padre fray Mateo Campiό. Me ordenó de subdiácono en diciembre de 1818, de diácono en marzo de 1819 y de presbítero en setiembre del mismo año el señor Goyeneche, que de antemano me nombrara vicerrector y catedrático de Teología. Fui a Tacna a decir la primera misa.

»En 1822 hice oposición a la silla magisterial del coro de Arequipa. En 1823 me separé enteramente del seminario y volví a Tacna. . . »

Los *Apuntes* no derraman mucha luz sobre lo conocido desde 1823 hasta 1826. Acaso esos tres años fueron una época de violentas crisis a lo Jouffroy o de interminables combates a lo Lamennais. ¿Por qué sólo venirle otra vez el pensamiento de ordenarse cuando se vió enfermo de gravedad, probablemente cuando el cerebro no estaría en el ejercicio libre de sus funciones? Esa fuga o escapada en 1815, la víspera de la ordenación, ¿se explica por exagerado escrúpulo del buen creyente o por instintiva repugnancia del hombre sin fe a dejarse investir de carácter religioso? Quién sabe si Vigil se consagró a la carrera eclesiástica, no por inclinación espontánea, sino por una de aquellas vocaciones artificiales fomentadas en el seno de las familias católicas. Tal vez la frase "me dedicaron mis padres al estudio" debe de interpretarse por "me dedicaron mis padres a la carrera eclesiástica".

Vigil calla prudentemente las circunstancias que rodearon su ordenación y ciñe sus confidencias a decir que se ordenó de buena fe; pero en otro lugar de sus *Apuntes* confiesa que desde su primer viaje a Lima, en 1826, se fue transformando poco a poco, en ese nuevo teatro, al influjo de nuevas ideas. Y se concibe, aunque se concibe también que para la transformación moral de un individuo no basta el poder del medio ambiente sin la docilidad del organismo.

Con la entrada del Ejército libertador a Lima, se coló en el vetusto palacio de los virreyes una ráfaga del espíritu moderno, y la ciudad nacida, según la expresión de Edgard Quinet, "con las arrugas de Bizancio", ostentó en su semblante la belleza y lozanía de la juventud. Hubo un impulso general de ir adelante, impulso que fácilmente se habría cambiado en estagnación o retroceso, si los españoles hubieran ganado la batalla de Ayacucho. Los hombres que sigilosamente, como practicando un delito, habían devorado un libro trunco de Voltaire o Rousseau, expresaban libremente su incredulidad y su liberalismo. Los realistas empedernidos se daban por republicanos de antigua data, los clérigos se afiliaban a las logias masónicas, y los poetas que habían sido cortesanos de virreyes y cantores de madres abadesas, se convirtieron en Apolos de Bolívar y Sucre. Nada extraño, pues, que en

semejante atmósfera, un hombre como Vigil perdiera la fe o acabara de perderla.

El filósofo sucede al creyente; pero en los primeros escritos el político refrena los arranques del propagandista. Juzgando inconveniente y hasta perjudicial descubrir de improviso toda su manera de pensar, no ataca ningún dogma, y en sus disquisiciones canónicas y curialísticas se limita sólo a preparar el terreno para labores más radicales. Sin embargo, con sus actos revela lo que no dice con sus palabras: desde entonces, aunque conserva el hábito sacerdotal, no ejerce ninguna función eclesiástica y renuncia toda dignidad que en la Iglesia le ofrecen los Gobiernos. A pesar de su difícil situación pecuniaria, no acepta una canongía en el coro de Lima ni el decanato en la diócesis de Trujillo. "Dejé, dice, al clérigo entregado a teólogos y canonistas con sus cuestiones, y me quedé de hombre y ciudadano."

II

COMO TERRENO para ejercer su actividad, o más bien, como sucedáneo de las ocupaciones religiosas y docentes, escogió la política y se lanzó a la palestra con todo el entusiasmo de la juventud. Hacía muy pocos años de la Independencia y duraba la hora de las ilusiones. Figurándose que la América del Sur formaría en breve tiempo repúblicas iguales o superiores a los Estados Unidos, todos los hombres de buena voluntad querían prestar¹ su contingente y consideraban como delito la abstención. Bolívar no había pronunciado sus desconsoladoras palabras: "La América es ingobernable. Los que han servido a la revolución han arado en el mar. La única cosa que se puede hacer en América es emigrar."

La vida pública de Vigil empieza en 1826 al ser electo diputado por Tacna. De ahí en adelante lleva una existencia variada y activa. Así, de 1826 a 1830 emprende por motivo de salud un viaje a Chile, en 1831 se gradúa de doctor en derecho, desde 1831 hasta 1834 desempeña con algunos intervalos el rectorado del Colegio de la Independencia en Arequipa, de fines de 1836 a principios de 1838 ocupa en Lima el puesto de bibliotecario. Publica también artículos en algunos diarios, compone² libros de largo aliento, asiste a las sesiones de los Congresos y emprende viajes a Lima, Tacna, Arequipa, etc.

¹ Cambio en el texto original, hecho por el autor.

² Modificación al texto original, hecha por el autor.

En los *Apuntes* dice:

"En 1826 vine a Lima como diputado por la provincia de mi nacimiento; asistí a las juntas preparatorias, y no firmé la representación que hicieron cincuenta y dos diputados pidiendo que se suspendiera la instalación del Congreso, como sucedió...

»En 1827 fui elegido nuevamente diputado, y aunque mi salud no se hallaba en buen estado, concurrí a las sesiones que acabaron en 1828. Escribí algunos artículos en el *Eco de la Opinión*. Concluido el Congreso, navegué para Chile en busca de salud, contando con lo que había economizado de las dietas de diputado, y regresé a Tacna en 1830.

»Elegido diputado en 1831 para el Congreso de 1832, fui a Arequipa, pues el Supremo Gobierno me había nombrado rector del Colegio de la Independencia. Recibí en la Universidad de San Agustín de Arequipa el grado de doctor en derecho, por haber sido de los miembros fundadores de la *Academia lauretana*. De Arequipa vine a Lima por la segunda vez, como miembro de la Cámara de diputados y entonces se hizo la acusación en que tuvimos parte veintidós diputados (1832).

»En 1833 fui elegido diputado a la Convención por mi provincia y por la de Arequipa. Escribí en el *Constitucional* de esa época; y confieso ahora, arrepentido y avergonzado, que me dejé llevar de la exaltación de partido, como lo he notado en el ejemplar de la Biblioteca y otro mío, número 20, el 15 de febrero de 1824...

»En Tacna hice oposición el 24 de marzo de 1836 en una junta pública, al conato de varios sujetos para que la provincia se separase de la capital de la República y de la del departamento y se pusiese bajo la protección del General Santa Cruz, Presidente de Bolivia, que se hallaba de auxiliar en el Perú.

»En 1839, después de la victoria de Yungay y la caída de la Confederación, contradije al comisionado del Prefecto de Arequipa, que llevaba el encargo de trabajar en reducir el nuevo departamento a su antiguo estado, reincorporando sus provincias al departamento de Arequipa... Poco después fui conducido por soldados, para ir al destierro, de orden del General que entonces ejercía poder absoluto en el Sur, lo que tuvo la aprobación del Presidente Gamarra: me creyeron cómplice en la Confederación... El 28 de julio zarpó para Valparaíso el buque que nos llevaba desterrados.

»De Chile volví a Tacna en enero de 1840."

La actividad en la vida pública de Vigil terminó por 1845, cuando vino por segunda vez a desempeñar en Lima el cargo de bibliotecario. Tenía ya concluida la primera parte de su obra *Defensa de la autoridad de los Gobiernos contra las pretensiones de la Curia romana*, y de ahí en adelante, vivió exclusivamente consagrado a sus estudios predilectos y publicación de sus escritos.

No quiere ya mezclarse en la política militante y hasta se esquivo de intervenir en las discusiones parlamentarias, alegando por excusa el mal estado de su salud. Así, en 1851 asiste muy poco a las sesiones del Congreso y en

1866 se exime de admitir la senaduría. Quién sabe sentía el prematuro cansancio de la edad, quién sabe estaba desengañado de la vida pública. Habían trascurrido algunos años desde la Independencia y se cumplía la predicción de Bolívar:

"Estos países caerán infaliblemente en manos de la multitud desenfrenada para pasar después a las de tiranuelos casi imperceptibles, de todos los colores y razas, devorados por todos los crímenes y extinguidos por la ferocidad."

Aunque fue ocho veces electo diputado y una vez senador, aunque luchó con denuedo y energía en las Cámaras o fuera de ellas, Vigil nunca figuró en sitio culminante ni pudo ejercer acción decisiva y capital sobre los graves acontecimientos del país. Con su carácter de clérigo laico se había colocado en situación delicadísima. En pueblos como Francia, un Lakanal es miembro de la Academia de Ciencias, un Daunou *par*, un Sieyés *director* y *cónsul*; pero en naciones como el Perú, el clérigo que rompe con la Iglesia vive condenado al aislamiento, a una especie de secuestro social. Dichoso si le dejan morir en calma. Vigil ministro de justicia, Vigil vocal de una corte, Vigil presidente de la República, habría suscitado una oposición general. Por eso, mientras clérigos públicamente simoníacos y libertinos, pero ortodoxos, eran ministros y obispos, él, públicamente impecable, pero heterodoxo, murió de simple bibliotecario.

Con sus ideas políticas no produjo tanto ruido como con sus ideas religiosas: se manifestó siempre republicano moderado, liberal a estilo de los revolucionarios franceses de 1848. Defendió la libertad de conciencia, la tolerancia de cultos, el matrimonio civil y el divorcio; pero siempre tuvo la concepción romana del Estado omnipotente. Así, al quitar a la Iglesia los privilegios y la autoridad suprema sobre las conciencias, no lo hacía tanto para emancipar completamente al individuo cuanto para consolidar y ensanchar el poder del Estado.

Como siempre sostuvo las mismas convicciones, como permaneció firme y leal mientras sus antiguos correligionarios cedían y prevaricaban, se rodeó de inmenso prestigio, aunque no de muchos discípulos o imitadores. Mil aplaudían su actitud y le daban razón; nadie le imitaba o le seguía. Confinado en su biblioteca, representaba el papel de jefe honorario de un partido liberal sin liberales, como quien dice, general de un ejército sin soldados.

III

PERO al ahuyentarse de la arena política, Vigil no se introdujo en el campo

más tranquilo. A las agitaciones del hombre público sucedieron las penurias del escritor, el ímprobo afán de años enteros en conseguir recursos para costear la impresión de sus libros. Su primera obra, empezada en 1836 y concluida en 1845, no pudo salir a luz hasta 1848 y 1849.

"En 1845, dice en los *Apuntes*, vine por la cuarta vez a Lima a buscar suscripciones para imprimir la primera parte de la obra, interrumpida en el destierro y concluida en Tacna después del regreso.

»Mucho he sufrido en la impresión de mis escritos por falta de fondos para costearla. Muchas vergüenzas he pasado. Escribía a sujetos de esta capital y de fuera de ella para que me hiciesen el favor de buscarme suscripciones; y como éstas no alcanzaron a los gastos hechos, quedé adeudado y tuve que enajenar dentro de la familia la parte que me tocaba entre mis hermanos para pagar a mis acreedores. . .

»Publicada la obra en 1848 y 1849, la condenó en un *breve especial* el papa Pío IX a solicitud del señor arzobispo de esa época. Con motivo de la condenación escribí una carta al Papa y analicé su *breve*; la carta y el análisis fueron condenados por la Congregación del Índice, lo que fue plenamente aprobado por el Pontífice."

Dos condenaciones seguidas: no bastó más para que Vigil se convirtiera en objeto de admiración para unos y materia de escándalo para otros. Un hereje que, en lugar de amilanarse con los anatemas, erguía la cabeza y se encaraba con el Sumo Pontífice era cosa nunca vista en el Perú. Olavide no había sido más que un hereje inédito, un impío de salón, un seudo filósofo que terminó por arriar bandera y cantar la palinodia.

Soportando los insultos y calumnias de la *gente santa*, sin protección alguna de los Gobiernos, atenido a sus propias fuerzas, Vigil continuó por más de veinticinco años en su obra de propagandista y defensor del Estado contra la Iglesia. Los *Apuntes* contienen la enumeración de sus principales trabajos.

"En 1852 publiqué el *Compendio* de la obra ordenada y un cuaderno de *Adiciones a la Defensa de la autoridad de los Gobiernos contra las pretensiones de la Curia Romana*, a que siguió luego la condenación.

»En 1856 publiqué la segunda parte, *Defensa de la autoridad de los Obispos*, y en 1857 su *Compendio*, así como la *Ojeada al Equilibrio*, segunda edición aumentada de la que hice en 1853. . .

»En 1858 hice publicar en Bruselas un volumen contra la *Bula dogmática* de 8 de diciembre de 1854.

»En 1859 compuse y se publicó el *Catecismo patriótico*. En 1861 el *Compendio de los Jesuitas*. En 1862 el tomo primero de los *Opúsculos sociales y políticos*; otros se hallan impresos separadamente o en periódicos y la mayor parte inéditos. Escribí en el *Constitucional* de 1858; en la *América* y en la *Democracia* de 1862. En 1863 publiqué la obra de los *Jesuitas*. Publicados están igualmente en 1863 cinco opúsculos sobre tolerancia y libertad civil de cultos y otro en defensa de los anteriores; corren éstos en un volumen.

»También en 1863 publiqué un *Manual de Derecho público eclesiástico para el uso de la juventud americana* y unos *Diálogos sobre la existencia de Dios y de la vida futura*. Uno y otro trabajo fueron condenados por la Congregación del Índice el 25 de abril de 1864, lo que fue aprobado por el papa Pío IX el 29 del mismo mes. Con motivo de la condenación de los *Diálogos*, en que defendí la existencia de Dios y de la vida futura, tengo escrita una segunda carta a Pío IX, que no he querido remitírsela.

»En 1867 he trabajado la impugnación de un foliote intitulado *Examen comparativo de la monarquía y de la república*. Además un *Bosquejo histórico de Bartolomé de las Casas, Defensa de Bossuet y de Fenelon*, y varios opúsculos sobre diferentes acontecimientos del año."

Como se ha visto ya, Vigil redactó los *Apuntes* en diciembre de 1867; pero algunos años después agregé esta nota bibliográfica:

"Posteriormente se ha publicado un volumen en 1871 que contiene mis tres cartas a Pío IX, la primera con motivo de la condenación de la *Defensa de la autoridad de los Gobiernos*, la segunda por la condenación de los *Diálogos*, y la tercera a consecuencia de la Infalibilidad. Contiene varios documentos al caso."

Deja inédita una obra capital en que, apartándose de cuestiones canónicas y curialísticas, se muestra francamente racionalista y refuta uno por uno todos los dogmas católicos, desde el pecado original hasta la divinidad de Jesucristo. Libro pesado en la forma y poco nuevo en el fondo, no hará olvidar las obras congéneres de Peyrat, Larroque y principalmente de Strauss. Publicado hoy a los veinte o veinticinco años de escrito, después de los profundos trabajos emprendidos por los alemanes, ingleses y franceses, el libro produciría entre eruditos y exégetas europeos el mismo efecto que la resurrección de un hombre muerto en el siglo XVI.

Pero, si la obra inédita no encierra el mérito de la novedad, conserva gran valor documentario para conocer la evolución psicológica del autor y explicarnos su modo de proceder en la tarea de propagandista.

Dice en el *Prólogo*:

"En un campo limpio y llano basta el riego y el arado con algunas operaciones más, para echar la semilla del fruto que se intenta recoger; pero cuando hay árboles, plantas y malezas que es preciso descuajar, ha de proceder otra suerte de trabajo, a veces duro y prolongado, hasta llegar al objeto principal.

»Estas reglas fundadas en la prudencia me han servido de guía en mis estudios y en los trabajos que he emprendido en servicio de mi patria y de toda América. En países católicos, donde hay una creencia profundamente arraigada y la religión católica ocupa lugar entre las leyes fundamentales del Estado, no es dable ni conveniente y pudiera ser en extremo perjudicial emitir la última idea que se tiene en el ánimo, emitirla exabrupto; lo que a más de acarrear escándalo y gran pertur-

bación en las conciencias, produciría un efecto contrario al que intentaba y retardaría en vez de verificar su realización.

»Por tanto, quise proceder gradualmente.»

Vigil, en su evolución religiosa, se despojó de las creencias católicas, para vivir¹ confinado en una especie de cristianismo liberal o vago teísmo cristiano. Al decir que "dejó al clérigo entregado a los teólogos y se quedó de hombre", tuvo por conveniente agregar: "aunque siempre cristiano, porque el Evangelio es la religión de todo hombre de bien, pero como estaba en la cabeza y en el corazón de Jesucristo". Cristianismo un poco vago y de latitud inmensa desde que nadie sabe con seguridad y precisión lo contenido en la cabeza de Jesucristo: al saberlo, no habría mil sectas cristianas, apoyadas todas en la autoridad de los Evangelios. En sus *Diálogos*, más dignos del padre Almeida que de Platón, defiende con tanto ahínco la existencia de Dios y la inmortalidad del alma, cifra² tanta confianza en el poderío de sus razones, que el lector menos maligno disfruta el placer de sonreírse, ya que no alcanza³ la felicidad de convencerse.

Ante las formidables acometidas de los revolucionarios modernos contra el orden social y religioso, los ataques del heterodoxo peruano parecen tiros de mosquete junto a descargas de cañón Krupp.⁴ Sin embargo, en este pueblo de secular fanatismo español, los escritos de Vigil pasan hoy mismo por atrevidas novedades, aparecen como trochas en el corazón de una selva primitiva.

IV

AL REVÉS de Olavide, que en los últimos años vivió tristemente, viéndose desdeñado por los ortodoxos como antiguo apóstata y por los heterodoxos como nuevo prevaricador, Vigil tuvo una vejez honrosa y se conquistó la suprema gloria que apetece un anciano, verse respetado y creído. Como desde sus primeros años supo rodearse de simpatía, como logró imponerse con su austeridad y buena fe, no sufrió persecuciones y pudo ejercer libremente su propaganda o apostolado solitario.

Murió en Lima el 9 de junio de 1875. Los sacerdotes asediaron su agonía para arrancarle una retractación *in extremis* o tener ocasión de inventarla; pero él rechazó todas las insinuaciones y murió laicamente, "en los brazos del buen Jesús", como repetía en los últimos momentos.

¹ Cambio al texto original por el autor.

² "Cifra" en vez de "descubre", corrección del autor.

³ "Alcanza" en vez de "tiene", corrección del autor.

⁴ Modificado el texto original por el autor.

Temeroso alguna vez de que su cadáver fuera objeto de profanaciones, había designado como sepulcro la isla de San Lorenzo hasta que sus restos fueran¹ trasladados a Tacna. Pero sus temores no se realizaron; Lima en 1875 no era ya la Lima que algunos años antes apedreaba en las calles a los diputados que en la Convención defendían la libertad de cultos. Como algunas provincias de la República, sin amedrentarse con los anatemas de Pío IX, elegían representante de la nación al excomulgado, así el pueblo de la Capital, sin oír las imprecaciones clericales, condujo en hombros el cadáver del impenitente.

Y el pueblo tuvo razón: pocas vidas tan puras, tan llenas, tan dignas de ser imitadas, como la vida de Vigil. Puede atacarse la forma y el fondo de sus escritos, puede tacharse hoy sus libros de anticuados o insuficientes, puede, en fin, derribarse todo el edificio levantado por su inteligencia; pero una cosa permanecerá invulnerable y de pie, el hombre.

Vigil consumió en el estudio los dilatados años de su existencia, se mantuvo libre de miserias en² atmósfera saturada de todas las malas pasiones y atravesó ileso las vergonzosas épocas de corrupción en que los más fuertes cayeron y los más limpios se mancharon. Cuando llegó la hora de partir a lo Desconocido, se hundió en el sepulcro sin pronunciar una cobarde retracción ni amilanarse con alucinaciones y espejismos de ultratumba. En resumen, supo vivir y morir como filósofo.

Vendiendo su patrimonio para costear la publicación de sus libros, soterrándose por más de treinta años entre los pergaminos de una biblioteca, luchando sin miedo ni jactancia para llevar a cabo la magna empresa de secularizar la vida, trabajando constantemente en dar luz a los miopes del entendimiento y vigor a los enfermos de la voluntad, contestando cortésmente o con leves ironías a los ataques brutales de la superstición y la ignorancia, se presenta como un ejemplo y también como una acusación.

Lutero, al romper con la Iglesia, sintió una incesante cólera, interrumpida por gritos de un remordimiento que le hacía envidiar a los muertos; Vigil, al perder las creencias de los primeros años, conservó la ingénita mansedumbre de carácter. Bastaba contemplar una sola vez su fisonomía para convencerse que había matado el odio en su corazón. Pero no hay que atribuir su imperturbable mansedumbre a timidez o cobardía: bajo la apacibilidad del semblante, ocultaba la fortaleza del hombre manso. El supo encararse con Santa Cruz, Gamarra y Castilla cuando muchos enmudecían y temblaban. Como escritor figura en el número de los osados y valientes. Atacar

¹ "Fueran" en vez de "pudieran ser", corrección del autor.

² El autor suprimió una frase.

el fanatismo en sociedad de fanáticos ¿no vale tanto como salir a la barricada o al campo de batalla?

Entre sus muchas cualidades resaltaba "la energía moral de la voluntad". Nunca se abatió. En las épocas de mayor producción cerebral tuvo que luchar con su propia naturaleza débil y enfermiza. Postrado en cama, acometido de constantes hemorragias, acosado por fuertes dolores neurálgicos, pensaba y producía sin tener aliento para redactar sus ideas. Obligado a permanecer horas enteras inmóvil y de espaldas, ni aun podía leer. Entonces le servía de plumario y lector un muchacho hemipléxico, ignorantísimo, que en la escritura empleaba una ortografía bárbara, y en la lectura de libros franceses o latinos una pronunciación estrafalaria.

Al tratarse de Vigil, sus adversarios pronuncian como argumento máximo la misma palabra que ayer escucharon Lutero y Calvino, que hoy escuchan Renan y el padre Jacinto, apostasía. Cargo pueril: si los hombres maduros no se hubieran despojado de los errores adquiridos en la niñez ni de las ilusiones forjadas en la juventud, la Humanidad no habría salido de cavernas y bosques. El fanático, olvidando que nada definitivo hay en el pensamiento del hombre, se inmoviliza en una secta o partido, mientras el verdadero pensador evoluciona incesantemente, considerando toda creencia política o religiosa como hipótesis provisional.

Acusen¹ a Vigil por exageración de las buenas cualidades, no por exceso de las malas. Era un altruísta con subido color de optimismo. Poseía sencillez infantil que no le dejaba ver lo ridículo de ciertas acciones o palabras. Sólo por inefable candor pudo haber escrito al fin de los *Apuntes*:

"Si mis trabajos fueran en adelante apreciados o mereciesen alguna consideración, yo pido en recompensa a los gobernantes de mi patria que sirvan lealmente y hagan felices a unos pueblos tan dignos de serlo por muchos títulos".

Gobernantes y gobernados no tendrán su *vademecum* en las obras de Vigil, porque generalmente pecan de indigestas, porque no poseen la magia del estilo: más que leídas y estudiadas, serán discutidas y citadas de segunda mano. Pero, leídas o no, su autor merece un grato recuerdo: los hombres que en el Perú combatan por la Razón y la Ciencia contra la Fe y la ignorancia, deben agradecer mucho al verdadero precursor, al viejo soldado que allanó el camino, que luchó en la vanguardia, que dio y recibió los primeros golpes.

En fin, por la fortaleza de carácter, por la sinceridad de convicciones, por lo inmaculado de la vida, Vigil redime las culpas de toda una generación. No tuvo rivales ni deja sucesores, y descuellan en el Perú como solitaria columna de mármol a orillas de río cenagoso.²

1890

¹ "Acusen" en vez de "Se debe acusar", corregido por el autor.

² El autor ha eliminado los artículos "las" y "un".

INSTRUCCION CATOLICA ¹

*Je ne veux pas que les prêtres
se mêlent de l'éducation publique.*

NAPOLEÓN

I

COJAMOS un plano de Lima, señalemos con líneas rojas los edificios ocupados por congregaciones religiosas, como los médicos marcan en el mapamundi los lugares invadidos por una epidemia, y veremos que nos amenaza la irresistible inundación clerical. Padres de los Sagrados Corazones, Redentoristas, Salesianos, Jesuítas y Descalzos, todos fundan o se preparan a fundar escuelas. Hasta nuestros viejos y moribundos conventos pugnan por rejuvenecerse y revivir para constituirse en corporaciones docentes.

De la Capital, las congregaciones irradian a toda la República: reinan en Arequipa, dominan en Cajamarca, invaden Huánuco, amenazan² Puno, y terminarán por adueñarse de las últimas rancherías o pagos. Todo con tolerancia de Congresos, anuencia de Gobiernos y beneplácito de Municipalidades y Beneficiencias. Nuestros obispos, que todavía guardan en sus cerebros el pliegue de la Edad Media, no estiman el mérito de la propaganda tolerante y se hacen odiosos con la intransigencia del sectario, mientras³ el sacerdote extranjero, que viene amaestrado con la experiencia de pueblos más cultos y obedece a la consigna de corporaciones bien organizadas, procede con dulzura y miramientos, con lentitud y cautela; avanza dos pasos y retrocede uno; evita discordias, no ataca de frente, y jamás se impacienta porque confía en el auxilio del tiempo: *patiens quia aeterna*.

Todos los sacerdotes extranjeros van al mismo fin y se valen de iguales medios, desde el Visitador dominico hasta el Delegado apostólico, desde el

¹ Originariamente se titulaba "Instrucción laica". Cambiado por el autor.

² "Amenazan" por "se extienden". Modificación del autor.

³ Corrección verificada por el autor.

azucarado padre francés que representa la metamorfosis masculina de la Pompadour,¹ hasta el grotesco fraile catalán que personifica la evolución mística del torero.

Trabajan como las hormigas blancas en el maderaje de una casa o las madrèporas en las aguas del mar; notamos la magnitud de la obra cuando las vigas se desploman sobre nuestra cabeza o el arrecife despedaza la quilla de nuestro buque.

Repitiendo con Leibniz que "el dueño de la educación es dueño del mundo", quieren apoderarse del niño, y han empezado por casi monopolizar en Lima la educación de las mujeres pertenecientes a las clases acomodadas.²

Los colegios dirigidos por institutoras³ laicas viven difícil y precariamente, porque las madres de familia prefieren educar a sus hijas⁴ en el Sagrado Corazón, los Sagrados Corazones o el Buen Pastor, aun cuando⁵ las directoras de esos planteles renombrados hagan de las niñas todo lo que se quiera, reinas o cortesanas, menos buenas esposas y buenas madres. Con efecto:⁶ la moral de las monjas se reduce al cultivo de la vanidad; la religión, a la inconsciente práctica⁷ de ceremonias supersticiosas; la ciencia, a nada o cosa que vale tanto como la moral y la religión. Una señorita, con diploma de tercer grado, sabe de geografía lo suficiente para ignorar si a Calcuta se va por mar o por tierra, y conoce de idiomas lo indispensable para chapurrar un francés de Gascogne o balbucir un inglés del Canadá. Las más aprovechadas en Bellas Artes arrancan del piano musiquitas con sonsonete de *mirliton*, o pintan (sólo durante su permanencia en el colegio) cuadros en que refunden las estampas de Epinal y las vírgenes quiteñas. En cambio, todas las jóvenes educadas por monjas salen eximias bordadoras en esterlín: bordan zapatillas para el papá que no las usa, relojas para el hermano que no tiene reloj.

Hay más: todos esos colegios, fundados so capa de instruir a las mujeres, no persiguen más objetivo que la difusión del fanatismo. Agentes de corporaciones masculinas, radicadas en París o Roma, todas las congregaciones femeninas a estilo del Buen Pastor, los Sagrados Corazones o el Sagrado Corazón hacen el papel de ruedas movidas por conexiones ya visibles, ya subterráneas. ¿Qué significan los directores espirituales, los capellanes, los visitantes?⁸ El Clero no aparece muchas veces, pero se deja sentir siempre.

¹ "La Pompadour" en vez de "madame Pompadour", corregido por el autor.

² La última parte del acápite ha sido agregada por el autor.

³ Cambios al texto por el autor.

⁴ Modificación hecha por el autor.

⁵ "Aun cuando" por "sin embargo", corregido por el autor.

⁶ "Con efecto", agregado por el autor.

⁷ "Práctica" por "repetición", corrección del autor.

⁸ Desde "Las más aprovechadas en Bellas Artes" hasta "los visitantes" es interpolación del autor.

Los clérigos en la sociedad recuerdan a los cuerpos opacos en el Firmamento: aunque no se descubren a la vista, manifiestan su presencia por las perturbaciones que causan en los astros vecinos.

Hay más aún: las monjas¹ no reparan en medio alguno para satisfacer su voracidad de adquirir dinero: padecen el mal del oro y hasta presentan síntomas de cleptomanía. Como no las anima el lucro individual, como no atesoran para sí, la impudencia en la rapacidad admite causas atenuantes: parodian a San Martín, porque no teniendo manto propio, sustraen el ajeno para dividirlo no siempre con el necesitado. Así, no sólo cobran una pensión exorbitante, no sólo la recargan con los llamados *cursos de adorno* , no sólo aumentan fabulosamente el ramo de los extraordinarios, no sólo presentan inconcebibles suscripciones para interminables obras pías, no sólo especulan con libros, útiles de escritura y dibujo, artículos de pasamanería, baratijas de iglesia, sino llevan la parsimonia hasta implantar el régimen de nutrición homeopática².

Deficientemente alimentadas en la época más crítica de la evolución orgánica, las mujeres no se desarrollan ni almacenan fuerzas para más tarde, de modo que al terminar su educación, cuando regresan al seno de la familia después de seis o siete años de clausura y abstinencia, parecen deteriorados y viejos organismos que hubieran realizado ya el doloroso trayecto de la vida³.

Tales mujeres ¿qué pueden concebir al ser madres?, una prole anémica, raquítica, destinada a consumir como artículos de primera necesidad el hierro y el aceite de bacalao. En las familias acomodadas, no extraña ver hoy niños con vientres descolgados y fofos, piernas torcidas, pechos hundidos, espinazos en arco, y lo que más prueba el empobrecimiento de una raza, fisonomías seniles, caras de viejo. Nos amenaza, pues, una evolución a la inversa, un retroceso al tipo ancestral; pero semejante calamidad no entristece a las *buenas madres* ni a los buenos *padres* : como⁴ el buen católico no resume la perfección humana en el dicho del antiguo filósofo: "entendimiento sano en cuerpo sano".

Buena,⁵ perfecta, la monja es mujer incompleta y por consiguiente una mala institutora que hace de la escuela un remedo del convento en vez de transformarla en instituto moral donde las mujeres se aleccionen para ejercer las dos elevadas funciones de la vida: el amor y la maternidad. ¿Qué saben de amor los corazones abiertos a Dios y cerrados al hombre? ¿Qué saben de maternidad los vientres que no sintieron el placer de la concepción ni el

¹ Modificación del autor.

² Este párrafo ha tenido importantes modificaciones del autor.

³ Este párrafo ha sido rehecho casi totalmente por el autor.

⁴ La palabra "como" está a lápiz en el texto.

⁵ Desde aquí es texto nuevo del autor.

dolor del alumbramiento? Buena, perfecta, desviándose y desvelándose por igualar a la madre, la monja confunde la melosidad con la ternura, la inclemencia con la justicia, la hipocresía con el pudor y sólo consigue ofrecer una maternidad fría, empalagosa, de oficio, en una palabra, contrahecha o de encargo relance venal.

Se pregona generalmente que si los hombres dictan leyes, las mujeres establecen costumbres. Aquí, donde el hombre se distingue por la debilidad de carácter, donde la fortaleza de ánimo parece concentrada en el sexo femenino, la sociedad verificaría una evolución saludable si la mujer no empleara como único medio de dominación los atractivos sensuales. Desgraciadamente, el dominio de la mujer peruana sobre el hombre es un doble dominio de harén y sacristía: el clérigo detiene a la mujer por el fanatismo, la mujer detiene al hombre por el sexo.

La educación de los varones no entraña menos vicios que la educación de las mujeres. Los niños, contaminados con el ejemplo de un hogar invertido y fanático, ingresan a escuelas de clérigos donde acaban de malearse o a escuelas de seculares donde no logran corregirse.

En las clases acomodadas (como pasa con las mujeres), los niños confiados a las congregaciones docentes cuentan en mayor número. El hombre de nuestro pueblo no averigua si la escuela primaria se llama libre o nacional, si la regentan clérigos o seculares, contentándose con aprovechar de la instrucción gratuita, venga de donde viniere; pero nuestro semiburgués y nuestro pseudoaristócrata, sea por convicciones, moda, espíritu de imitación o vanidad, prefieren casi siempre la escuela del clérigo, señaladamente la del jesuita, que pasa en Lima por centro aristocrático. Un diputado, un prefecto, un general, un ministro, un vocal de la Corte, en fin, cualquiera de esos mulatos o cuarterones enriquecidos en el dolo y la concusión o encumbrados por el favor y la intriga, no se resigna fácilmente a que en la escuela municipal y gratuita se rocen sus hijos con los hijos del artesano y del jornalero.¹

Hasta los individuos que blasonan de incredulidad ceden a las influencias de familia y confían sus hijos a los clérigos, imaginándose que el hombre maduro se despoja fácilmente de los errores adquiridos en la infancia. Ciertamente, los estragos de una mala educación primaria se remedian² con una buena instrucción media y superior; mas, ¿quién las da en el Perú? Aquí no se

¹ Aquí terminan los cuatro párrafos nuevos introducidos por el autor.

² Nuevas modificaciones a las ediciones que precedieron a ésta.

educa y apenas se instruye. Al peruano que termina su instrucción le quedan dos trabajos, si quiere vivir intelectualmente con su siglo: olvidar lo aprendido y aprender de nuevo. Hay que ser *auto pedagogo*.

¿Qué sucede con la instrucción oficial? Como no funcionan escuelas normales, los directores de Liceos brotan por generación espontánea o se forman por *decreto* nominativo del Gobierno; como los profesores no pueden atenerse a un sueldo inseguro, mezquino y deficiente, el profesorado, en lugar de ser ocupación exclusiva o carrera pública, se convierte señaladamente en las universidades en cargo suplementario, auxiliar o de lujo.

¿Qué pasa con la instrucción independiente? Universidades libres no existen, liceos o *gimnasios* de igual clase luchan desesperadamente para no ceder a la competencia de los clérigos. Poseemos maestros hábiles, ilustrados y de tanta elevación moral que llevan el desinterés hasta el sacrificio; pero esos buenos obreros laboran silenciosa y oscuramente como la savia en el interior del árbol: se recata el mérito, se impone el *réclame*, se eclipsa el pedagogo, y brilla el pedante. Hay hombres que optan por el magisterio como elegirían un trabajo manuable, que fundan un liceo como establecerían una agencia de domésticos y que de la noche a la mañana se consagran pedagogos como Don Quijote se armó caballero.

Pertenecientes a las universidades o a los liceos, rentados por la nación o fomentados por las familias, los preceptores siguen la rutina: una enseñanza puramente científica y sin oxidaciones teológicas no se concibe ni se admitiría. Así, negada la iniciativa personal y ahogado todo estímulo, abundan cátedras en que las lecciones se reducen a desgrefnadas disertaciones con ergos y distingos, cuando no a la simple comunicación de copias extractadas de libros anejos y recalcitrantes.

En resumen: si la enseñanza oficial es casi siempre una inoculación morbosa, la enseñanza libre suele degenerar en industria ilícita o comercio con fraudes y contrabando².

Entre tanto³, ¿quién remedia el mal? ¿El pomposamente llamado *Consejo superior de Instrucción pública*?, triste remedo del *Conseil supérieur de l'Instruction publique*, es un cónclave de legos, una camarilla dominada por astucia y charlatanería. ¿Los Ministros de instrucción?, más preocupados⁴ de políticas que de cuestiones sociales, pasan y pasan como nubes secas sin

¹ Aquí empieza otro texto nuevo del autor.

² Aquí terminan los párrafos interpolados por el autor.

³ "Entre tano" es nuevo en el texto.

⁴ Aquí empieza otra interpolación del autor.

dejar un solo buen recuerdo. ¿Los Congresos?, tienen labor de sobra con aprobar contratos, discutir proyectos que no paran en leyes y decretar presupuestos que nadie observa. ¿Las Municipalidades y Beneficencias?, el bello ideal de Alcaldes municipales y Directores de Beneficencia se cifra en confiar todas las escuelas primarias a los Hermanos Cristianos. En el Concejo Provincial de Lima funciona desde tiempo inmemorial una Inspección de Instrucción: pues bien, de todos los inspectores no brotó jamás la iniciativa para una sola reforma útil, y si hubiera brotado, no habría despertado el menor eco en el cerebro de los concejales¹.

El Gobierno descuida la instrucción industrial y profesional: La *Escuela de artes y oficios* fue convertida en cuartel, el *Instituto de Agricultura* en hacienda de panllevar. La *Escuela de construcciones civiles y de minas*, con todas sus apariencias de satisfacer una imperiosa necesidad, constituye el mayorazgo de unos cuantos profesores, el privilegio de unos pocos alumnos y el ataque directo a los intereses de la mayoría. ¿Hay acaso derecho de invertir ingentes sumas en diplomar anualmente² una docena de ingenieros, mientras miles de hombres carecen de escuelas donde aprender los rudimentos más indispensables?

El fomento de la instrucción científica o superior, a costa de la industrial y primaria, ensancha más el abismo que separa las distintas clases sociales; de un lado están los hombres que saben algo y creen saberlo todo; de otro lado, los que nada saben ni esperan saber. ¿De qué aprovecha la instrucción que se levanta sin extenderse? Instruir a un pueblo ¿consiste acaso en dar a unos privilegiados un caudal más o menos puro de conocimientos transcendentales? Si los privilegiados adquieren³ ciencia profunda, y por consiguiente humana, servirían de agentes civilizadores y benéficos; pero no, resultan sabios a medias, con inteligencia suficiente para aguzar la malicia, sin moralidad necesaria para refrenar los malos instintos: globos a medio inflar, vuelan a ras del suelo arrancando con el ancla los techos de las casas y las plantas de los sembrados.

Ahí están nuestras universidades. ¿Qué bien hicieron, qué luz derramaron todos esos hombres que vivieron incrustándose en el cerebro la *Instituta* de Justiniano, el *Código Civil* y el *Derecho Canónico*? La instrucción universitaria sirvió para henchir de orgullo a los mediocres, infundir exageradas ambiciones en los ineptos y atestar la nación de infatigables pretendientes a los cargos públicos. Dice Tolstoy que "las universidades rusas⁴ preparan, no

¹ Aquí concluye el párrafo intercalado.

² Texto nuevo.

³ Modificado del autor.

⁴ Desde "Ahí están nuestras universidades" hasta "las universidades rusas" es texto nueva del autor.

los espíritus que necesita el género humano, sino los espíritus que necesita una sociedad pervertida".* De nuestras universidades surgen legiones de abogados que se lanzan a la política, como los *pabellones negros*¹ a los mares de la China. Para nuestros doctores *in utroque* no hay ciencias de observación y de experimento, sino alegatos con *pidos y suplicios*: fuera de sus Códigos y de su Práctica Forense, nada saben; sin embargo, constituyen la² materia prima de donde salen el financista, el diplomático, el pedagogo, el literato y hasta el coronel. Al recibirse de abogado, un hombre obtiene en el Perú diploma de omnisciencia y patente de corso. Con una moral basada en la interpretación elástica de la Ley, sin escrúpulos ni remordimientos desde que las ambigüedades y casuísmos del Código encierran toda obligación y toda sanción, nuestros rúbulas atraviesan la sociedad perfectamente abroquelados para la lucha por la existencia.³ No merecen un pangírico nuestros militares, llevan sobre la conciencia muy graves delitos; pero, si quiere juzgárseles con imparcialidad, debe recordarse que al oído de todo sátrapa con entorchados zumbó siempre un abogado de alma hebrea y corazón cartaginés.

Si el Foro peruano forjara las armas para contrarrestar la invasión negra, estamos lucidos. Todos nuestros doctores pertenecen a la *Unión católica*, a la *Adoración perpetua* y a la *Archicofradía de Nuestra Señora del Rosario*⁴ y los poquíssimos que aciertan a emanciparse del yugo religioso disimulan su emancipación como una enfermedad venérea: dejan al clérigo hacer con tal de que el clérigo les deje vivir y medrar.

II

PARA ENSEÑAR Ingeniatura, Medicina o Filosofía, buscamos ingenieros, médicos o filósofos, mientras para educar personas destinadas a establecer familia y vivir en sociedad, elegimos individuos que rompen sus vínculos con la Humanidad y no saben lo que encierra el corazón de una mujer o de un niño. La educación puede llamarse un engendramiento psíquico: nacen cerebros defectuosos de cerebros mutilados. ¿Cómo formará, pues, hombres útiles a

* *La liberté dans l'école.*

¹ El autor suprimió una palabra.

² Modificado por el autor.

³ Desde "Al recibirse de abogado" hasta "la lucha por la existencia" es un nuevo agregado del autor.

⁴ Desde aquí hasta el final del acápite se una interpolación del autor.

sus semejantes el iluso que hace gala de romper con todo lo humano, de no pertenecer a la Tierra sino al Cielo? ¿Qué sabe de luchas con las necesidades cotidianas de la vida el solitario que no trabaja ni para mantenerse a sí mismo? ¿Qué sabe de sudor ni de fatigas el venturoso que no siembra ni cultiva? ¿Qué sabe de pasiones humanas el mutilado del amor, del sentimiento más generoso y más fecundo? Mírese desde el punto de vista que se mire, el sacerdote carece de requisitos para ejercer el magisterio.¹

Tiene algo rígido, marmóreo y antipático el individuo que vive segregado de sus semejantes y atraviesa² el mundo con la mirada fija en no sabemos qué y la esperanza cifrada en algo que no llega. Ese vacío del corazón sin el amor de una mujer, ese despecho de no ser padre o serlo clandestinamente, hacen del mal sacerdote un alma en cólera, del bueno un insondable pozo de melancolía. Nada tan insoportable como las genialidades histéricas o las melosidades gemebundas de los clérigos, que poseen todos los defectos de las solteronas y ninguna de las buenas cualidades femeninas: especie de andrógimos o hermafroditas,³ reúnen los vicios de ambos sexos.

La crónica judicial de las congregaciones docentes prueba con hechos nauseabundos el riesgo de poner al niño en comercio íntimo con el sacerdote. A mayor misticismo y ascetismo del segundo, mayor riesgo del primero. Lo religioso y lo voluptuoso andan tan unidos que el místico suele concluir por encerrarse en el harén, como el libertino acaba muchas veces por desvanecerse en las nubes. La predilección de las mujeres por Jesús y de los hombres por María ¿no revela que hasta en la devoción intervienen la voluptuosidad y el sexo? Penitencias y oraciones que parecen servir de escudo a la tentación⁴ actúan como despertadores sensuales. Las santas, al salir de sus éxtasis, se retorcián como serpientes en el fuego y rompían en jaculatorias que remediaban los suspiros del orgasmo; los santos eremitas, después de velar noches enteras en arrodillamientos y maceraciones, sentían en sus carnes las tenazas de la lujuria y, como leones, rugían al recuerdo de las prostitutas romanas.

Por su manera de ser, por sus ademanes y hasta por su vestidura o disfraz, los clérigos repelen, como la emblemática imagen de su doctrina. Cubiertos de negro desde los pies a la cabeza, encajonados en la sotana, no parecen hombres que se mueven como los demás hombres, sino ataúdes que marcharan solos⁵. Si limpios, con el cuello de mostacillas, los puños de hilo bordado, las hebillas de plata, los polvos de arroz, el almizcle de la mujer pública y todas las frivolidades que patentizan el afeminamiento del sexo; si desaseados,

¹ Desde "Qué sabe de luchas..." hasta aquí es texto nuevo del autor.

² Suprimió una frase el autor.

³ Cambio de palabras efectuado por el autor.

⁴ "Que parecen servir de escudo a la tentación" ha sido agregado por el autor.

⁵ Desde "por su manera de ser" hasta aquí es una interpolación del autor.

con la barba eternamente a medio crecer, el rostro lubricado con la grasa de la primera comunión, la lluvia de caspa en los hombros, la uña con el implacable filete oscuro y el olor a mugre revuelta con sudor avinagrado.

No obstante, clérigos y frailes sueñan con cernerse sobre la¹ Humanidad, como si hubieran caído de un astro incorruptible y gozaran de exención divina. Emparedados en su yo, creyéndose superiores a los demás hombres, si humildes, su humildad, como el harapo de Diógenes, deja traslucir la soberbia, y nada más natural: una clase que se imagina poseer la única verdad, que proclama investida de carácter sagrado, que pretende redimir los pecados del rey y del mendigo, que delira con trasportar a Dios del Cielo, debe rebosar de orgullo y ver en seglares profanos una estirpe de seres ínfimos. La primera entre todas las mujeres, la Virgen inmaculada, la Reina de los cielos, la madre del mismo Dios —María—, estampa humildemente los labios donde el último sacerdote deja la huella de su pie. Orgullo y vanidad producen las más extrañas aberraciones en clérigos y frailes: no satisfechos de considerarse superiores a la especie humana, se tienen por pobladores de la Divinidad, hasta se figuran que Dios les vive agradecido por los servicios que le prestan en la Tierra.

Como último recurso para enaltecer la educación clerical, no debe alegarse la buena fe de los profesores; buena fe tiene el mahometano que muere salmodiando versículos del Corán; buena fe, el negro del Congo que suprime a su madre con intención de transformarla en espíritu bienhechor y poderoso; buena fe, el indostán que se arroja en tierra para ser destrozado por el carro de Vichnú; buena fe, el salvaje que para sangrar la benevolencia de un fetiche se pintarraja con sangre de su enemigo; buena fe, el fakir que por veinte años permanece sentado en una silla erizada de clavos agudos, imaginándose que la podre de sus heridas le servirá de bálsamo en el otro mundo. No, la buena fe no basta; y como para curarnos de una enfermedad, no buscamos ingenieros de buena fe, sino médicos de buen saber, así, para educar niños, no debemos recurrir a teólogos de buena fe sino a educacionistas que sepan bien lo que son la mujer y el niño.³

La Pedagogía clerical preconiza el internado, quiere decir, la secuestración; secuestración lejos de la familia para amortiguar en el niño los efectos naturales, secuestración lejos de la sociedad para hacer del niño un ciudadano de Roma y no del Universo, secuestración lejos de la vida para guiar al niño por la tradición o voz de los muertos.

¹ El autor reformó el principio de este acápite.

² Desde "Como último recurso" hasta "lo que son la mujer y el niño" ha sido agregado por el autor.

En el internado florece el régimen monacal y soldadesco, así no debe extrañarnos el encontrar acordes para sostenerle a la Iglesia que pretende hacer de cada hombre un sectario y a Napoleón que soñaba convertir a todo francés en soldado. Para el déspota, la escuela es un cuartel donde todo marcha al redoble del tambor; para el fanático, un convento donde todo se rige por el toque de la campana. El cerebro, el temperamento, en una palabra, el yo del individuo, figura como cantidad despreciable: reconocida la infalibilidad del *Catecismo* y la inviolabilidad de la *Ordenanza*, le quedan al alumno el silencio a toda iniciativa personal, el respeto ciego al superior y la obediencia pasiva. Hay que profesar doctrinas rechazadas por nuestra razón, que aceptar sentimientos contrarios a la índole de nuestro ser, que vivir fuera de nuestro centro, que cambiar la voluntad y la consciencia por el automatismo hasta el extremo de movernos sin gana, comer sin hambre y dormir sin sueño.

Se necesita no haber soportado la incesante presión de un reglamento pueril y absurdo, no haberse desesperado entre el espionaje del superior y la delación del condiscípulo, no haberse maculado en el roce ineludible con una muchedumbre torpe o malévola, no haber conocido la promiscuidad porcina de un refectorio ni haber respirado la fétida y cálida atmósfera de un dormitorio común, para encomiar la excelencia del internado.

Nada extraño que semejante régimen produzca sus efectos. El alumno, aislado expresamente del otro sexo, crecido en el espíritu de hostilidad que la Iglesia fomenta contra la mujer, ingresa en la vida social y forma familia, con más disposiciones para libertino y tirano doméstico que para hombre, marido y padre. Saturado de falsas ideas, sin conocimiento alguno del carácter femenino, ¿qué puede hacer? Los sacerdotes y con ellos todos los preconizadores del internado, olvidan que el hombre no se civilizó en la tienda de campaña, en el cuartel, en el claustro ni en la escuela, sino en el hogar, bajo la dulce influencia de la mujer. Olvidan también que nada influye tanto en la adquisición de ideas cortas y mezquinas, que nada malea tanto el carácter de un hombre como el trato exclusivo con personas de su mismo sexo. En todo buen discípulo de la educación sacerdotal, si no hay un *misógino*, se encierra un *prudoniano* que sólo admite dos rangos en la mujer: cortesana o ama de llaves.¹

La enseñanza clerical se somete al dogma.² Como los antiguos hacían girar planetas, Sol y estrellas alrededor de la Tierra, los sacerdotes hacen moverse todos los acontecimientos humanos en torno de la Biblia. Todo lo

¹ Los tres últimos párrafos fueron redactados por el autor para la penúltima edición.

² Modificación introducida por el autor.

acomodan, lo achican, lo agrandan, lo vuelven, lo revuelven, lo desfiguran y lo deforman para conformarlo con las sutiles y sofisticas interpretaciones de textos dudosos y oscuros. Tienen una Filosofía ortodoxa, una Historia ortodoxa, una Astronomía ortodoxa y hasta una Medicina ortodoxa. Acostumbrados a vivir en las sombras teológicas, segregan oscuridad, como el viejo minero de *Germinal*, que a fuerza¹ de respirar entre carbón de piedra, concluyó por escupir negro. Y esas tinieblas les favorecen, pues "las religiones, como las luciérnagas, necesitan oscuridad para brillar".

Con el sometimiento de las Ciencias al Dogma viene el desdenoso rechazo de toda concepción racionalista y, más que nada, de toda Filosofía, particularmente de la griega, que sigue resonando en el mundo como el himno triunfal de la Razón. Para muchos (no sólo tonsurados sino profanos), la quintaesencia del saber helénico vive y se condensa en la Mitología; ¡cómo si un Anaxágoras o un Parménides, un Empédocles o un Epicuro hubieran creído en las Divinidades poéticas de Homero y Hesíodo! Engloban en una anatema común a todos los sabios de Grecia, aun cuando más luz derramaron sobre la Humanidad Tales y Pitágoras con sus teoremas y problemas que todos los teólogos con sus nebulosas controversias y todos los concilios con sus declaraciones dogmáticas. La Ciencia moderna no es un salto sino una continuación de la Ciencia griega; los sabios más profundos se vanaglorian de beber en las fuentes de la Antigüedad, aun recurriendo a textos mutilados o corrompidos; y sin embargo, los más² doctores de la Iglesia reconocen con Bellarmino "más ciencia en la cabeza de un párvulo instruido en el *Catecismo* que en las cabezas de todos los filósofos paganos y maestros de Israel".

¿Qué resulta de una enseñanza fundada en el *Catecismo*? El niño abandona desde temprano el mundo real, para vivir en una región fantasmagórica. Adaptándose a un medio milagroso donde, en lugar de reyes inmutables, reinan voluntades flexibles, irregulares y arbitrarias, concluye por tomar a lo serio los mitos y leyendas de los libros sagrados, como un campesino cree³ verídicas las novelas de Dumas o vivientes las figuras de una linterna mágica. Esas serpientes que discurren con las argucias de un doctor en Jurisprudencia; esos ángeles que se entretienen en seducir a las hijas de los hombres, usando las estratagemas de don Juan Tenorio; esos guerreros que en el fragor de una batalla inmovilizan el Sol, de la misma manera que un relojero detiene el péndulo de un cronómetro; ese Dios que hoy crea y mañana se arrepiente de haber creado y compone y recompone su obra, como artista caprichoso y

¹ Cambio de texto por el autor.

² Desde "Con el sometimiento de las Ciencias" hasta "y sin embargo, los más" es interpolación del autor.

³ Modificado por el autor.

voluble que se divierte en modelar y desbaratar figuras de arcilla plástica; ese Universo, en fin, eternamente perturbado por lo ilógico y lo sobrenatural, ejercen pernicioso influencia en el niño, le acostumbran a lo falso y maravilloso, le hacen concebir posible lo absurdo, le matan en germen toda concepción sana y positiva de la Naturaleza, le transforman en receptáculo pasivo de todos los errores. Los sacerdotes convierten al hombre en una especie de palimpsesto; obliteran del cerebro la Razón para grabar la Fe, como los copistas de la Edad Media borraban del pergamino un discurso de Cicerón para escribir la crónica de un convento.

Por eso, nada más refractario al espíritu de la Ciencia que los cerebros deformados por una educación ortodoxa; convencidos de lo absurdo, siguen creyendo "por lo mismo que es absurdo". Se consigue hacer entrar en razón a mil judíos o mahometanos primero que a un solo católico. Los buenos creyentes, los católicos rancios, son como esas botellas de vidrio que en su vientre guardan una bola más gruesa que el gollete: hay que romper la botella para sacar la bola.

Lo anticientífico de la educación religiosa ¿se compensa con lo moral? Conviene advertir que no cabe diferenciación entre Ciencia y Moral desde que las reglas de moralidad se derivan de los principios sentados por la Ciencia. Con razón Augusto Comte colocaba la verdadera moral, la Moral sin Teología ni Metafísica, en la parte más encumbrada del saber, como el foco luminoso en la punta del faro. Como no existe Ciencia definitiva ni perfecta, cada siglo tiene la suya. Pero los sectarios de la superstición más absurda o pueril ensalzan sus hipótesis como las únicas soluciones racionales, miran su Liturgia como la más digna forma de rendir culto a los Dioses y se consideran ellos mismos como los únicos hombres capaces de llegar a la perfección moral. Nadie profesa con tanto desembarazo la doctrina de la perfección exclusiva como los católicos: la última, la inmovible palabra de moralidad ha sido enunciada ya por el Rabí de Nazaret; las naciones que no se rigen por la voz de Cristo, corregida y adicionada por la voz de Roma, se igualan a manadas de fieras entretenidas en procrear y devorarse.

Felizmente, pasó ya el tiempo en que no se advertía perfección fuera de una secta, y hoy se concibe tanta belleza moral en el buen judío como en el buen protestante, en el buen budista como en el buen mahometano, en el buen deísta como en el buen ateo. La moralidad del último encierra tal vez mayor desinterés y mayor nobleza: quien practica el bien por la remuneración póstuma no difiere mucho del usurero que presta hoy una moneda para embolsar mañana diez. Si comparamos a los justos de la *Diócesis laica* con los justos de la Iglesia Católica será fácil descubrir la superioridad.

¿Tiene derecho no sólo el Catolicismo sino todo el Cristianismo para jactarse de haberse anunciado a la Tierra como Moral nueva? ¿Qué precepto

de esos llamados divinos quedó sin ser formulado implícita o explícitamente por los filósofos del Indostán, la China, Persia, Judea, Grecia y Roma? Si hasta la máxima capital de amar al prójimo como a sí mismo no le pertenece, ¿cómo sostener que la Religión Cristiana posee una Moral diferente de la Moral profesada por los grandes filósofos de la Antigüedad? El Cristianismo se redujo a la reacción del fanatismo judío y oriental contra la sana y hermosa civilización helénica; pero reacción *sui generis* en que el presuntuoso vencedor, a pesar de haberse proclamado rico y poderoso, no hizo más que engalanarse con los despojos del vencido. Los mismos hombres que sobre las columnas de un templo griego levantaban una basílica o transformaban una estatua de Apolo en una figuración del Cristo, convertían en preceptos divinos las máximas de los filósofos paganos.

En cuanto al Catolicismo, que alardea de guardar en su doctrina la más exquisita esencia de la Religión Cristiana, se le debe aplicar las palabras de Rossini al juzgar una ópera: *Tiene algo bueno y algo nuevo, con la circunstancia de que lo bueno no es nuevo y lo nuevo no es bueno*. Efectivamente, el Catolicismo posee su moral en el cúmulo de preceptos incongruentes y ambiguos que el niño estudia sin comprender, que el hombre olvida o recuerda sin practicar. Viéndolo bien, la secta católica encierra la negación de toda Moral, donde según San Pablo: "por gracia somos salvos por la fe; y esto no de nosotros, pues es don de Dios: no por obras, para que nadie se glorie", las voliciones quedan de más¹.

Una religión que se afana por considerar la Tierra como un tránsito y la vida futura como una habitación definitiva, concluye por entregar el mundo a los fuertes y audaces. Si el *valle de lágrimas* nos ofrece poco y la Eternidad nos promete mucho, dejemos para otros lo menos y guardemos para nosotros lo más. Viviendo espiritualmente sin preocuparnos de la materia, dejemos que en nuestro cuerpo desaseado y repugnante nuestra alma florezca y perfume como rosa de un cementerio. Un católico, para mostrarse lógico, debe darse integralmente a la Iglesia, convirtiéndose, primero en niño como dice Jesucristo, después en cadáver como prescribe Ignacio de Loyola.

Y todos los males de la educación católica los palpamos ya. Por más de setenta años ¡qué! por más de tres siglos nuestros pueblos se alimentaron con leche esterilizada de todo microbio impio, no conocieron más nodriza que el cura y el preceptor católico, y ¿qué aprendieron? "Algunas ceremonias religiosas, unos cuantos ritos católicos, es decir, se convirtieron exteriormente sin que una sola chispa del espíritu cristiano haya penetrado en sus almas".*

¹ Los cuatro últimos párrafos fueron redactados por el autor para la penúltima edición.

* Bakounine.

Si del pueblo ascendemos a las clases superiores, veremos que la religión no sirvió de correctivo a la inmoralidad privada ni al sensualismo público. Los que se distinguieron por la depravación de costumbres o el gitanismo político, recibieron educación esencialmente católica, vivieron y murieron en el seno de la Iglesia.

Si salimos del Perú, observaremos alrededor de nosotros el mismo fenómeno. Las brutales y grotescas *dictaduras* de la América Española son un producto genuino del Catolicismo y de la educación clerical. En naciones protestantes, donde el hombre adquiere desde niño la noción de su propia dignidad, donde el respeto a sí mismo le inspira el respeto a los demás, donde todos rechazan la creencia en autoridades infalibles y obediencias pasivas, allí no se concibe un Francia, un Rosas, un García Moreno ni un Melgarejo. Pero el Catolicismo con sus dos morales, una para la autoridad y otra para el súbdito, es una verdadera secta de esclavos tiranos¹.

II

*La Nación garantiza la existencia
y difusión de la instrucción pri-
maria gratuita.*

CONSTITUCIÓN DE 1860

*La instrucción primaria de pri-
mer grado es obligatoria para to-
dos los habitantes del Perú.*

LEY DE INSTITUCIÓN

COMO SE VE, los legisladores peruanos estatuyeron la gratuidad de² la instrucción primaria en todos sus grados, obligatoria sólo en el primero; y no agregaron católica probablemente³ para evitar redundancias, desde que la *Constitución* dice en su artículo 4º: "La Nación profesa la Religión católica, apostólica, romana: "el Estado la protege..."

En las escuelas sostenidas⁴ por Municipalidades y beneficencias, los niños reciben instrucción católica, esencial y forzosamente católica. En la *Ley de*

¹ Toda esta última parte es absolutamente nueva y completamente variada, constituyendo en su totalidad un texto nuevo.

² Modificado por el autor.

³ Corregido por el autor.

⁴ "Sostenidas" en vez de "fomentadas", corrección del autor.

Instrucción, la Doctrina Cristiana, la Historia sagrada, la Vida de nuestro Señor Jesucristo, la Historia eclesiástica, figuran como una obsesión.

Si a todo padre de familia obliga el mandato legal,¹ ¿qué hace un hombre cuando no quiere que los suyos reciban instrucción católica? El rico salva² el conflicto haciendo que sus hijos se eduquen fuera del país o reciban lecciones en su propia casa. Los que no cuentan con recursos para rentar maestros especiales ni se hallan en circunstancias de convertirse en preceptores a domicilio, deciden algunas veces que sus hijos no pisen la escuela y los condenan a total ignorancia, pensando, tal vez con razón, que tanto vale llevar la cabeza llena de aire como llena de humo.

Como el Estado subvenciona las escuelas con dinero de los contribuyentes, o con el óbolo de todos, la enseñanza católica establece un privilegio en favor de una sola secta.³ Nadie queda excluido de la comunidad nacional ni exento de cumplir con sus deberes políticos, por no creer en el Catolicismo: ateos y librepensadores pagan contribución y cargan la mochila. Si hay obligaciones, ¿por qué no hay derecho? La ley, con su instrucción obligatoria y gratuita, no pasa de burla, tan grosera como excitarle a un hombre la sed y acercarle a los labios un licor saturado con salitre.

¿Se aducirá⁴ que en el Perú los católicos están en⁵ mayor número y que las mayorías poseen la facultad de imponer leyes a las minorías? Entonces los católicos, que en Turquía o Inglaterra están en menor número, se hallarían en la obligación de educar a sus hijos en escuelas mahometanas o protestantes. Sin embargo, nadie aprovecha más que los católicos la libertad de enseñanza al establecer sus escuelas de Oriente, donde piden y obtienen del bárbaro franquicias que ellos niegan en Occidente al civilizado.

La conducta de la Iglesia merece recordarse: en naciones protestantes, como Holanda por ejemplo, todo un Arcipreste de Frissa clama por la neutralidad de las escuelas o laicismo en la instrucción, escribiendo que "para ver reinar la concordia, la amistad y la caridad entre las diversas religiones, era necesario que los profesores se abstuvieran de enseñar los dogmas de las diferentes comuniones",* en los pueblos católicos, como Francia por ejemplo, el Clero se opone abiertamente a la secularización de la enseñanza primaria y considera las escuelas laicas como "una abominable fábrica oficial de ateos y enemigos de Jesucristo". "Nosotros no queremos sino la libertad de fundar

¹ Cambio de texto por el autor.

² Modificado por el autor.

³ Suprimió algunas frases el autor.

⁴ "Se aducirá" en vez de "si se alega", corrección hecha por el autor.

⁵ Modificación introducida por el autor.

* Paul Bert. *L'Instruction dans une démocratie*. Conference faite au Havre (Cercle Franklin) le 21 Mars 1880.

nuestras congregaciones docentes”, dice cualquier obispo católico en país disidente o pagano, y toda la congregación de fieles juzga que el obispo está en su perfecto derecho; pero si una agrupación de clérigos protestantes desea establecer una escuela en algún país católico, en ese caso todos los católicos pretenden que los protestantes carecen de toda razón y de todo derecho.¹

La clerecía peruana cree tan suyo el derecho de vigilar la ortodoxia en la instrucción primaria que no admite discusión sobre el asunto, y se lanza denodadamente a las vías de hecho cuando teme verse desposeída. Así, a la vez que Pardo quiso, no secularizar las escuelas nacionales, sino contratar algunos pedagogos alemanes, nuestros clérigos y nuestros frailes removieron los bajos fondos de la sociedad hasta producir asonadas y motines, últimamente, en 189...², les hemos visto renovar sus proezas cuando unos sacerdotes ingleses quisieron fundar una escuela en el Cuzco. El clero no consentirá jamás en la coexistencia de la escuela católica y de la escuela protestante, por una razón fácil de adivinarse: teme la competencia. ¿Cómo no preferir el *clergyman* sociable, humano y buen padre de familia al sacerdote antisocial, agreste y *fracconier* matadero del amor.³

Quien arguyera que siendo el Catolicismo la única religión verdadera, el Estado se encuentra en el deber ineludible⁴ de sostenerla e impedir la enseñanza pública de otras doctrinas, argumentaría con sencillez tan grande que haría sonreír al menos maligno.⁵ Ya los pueblos civilizados nos enseñan que en lo tocante a creencias no se legisla, ya todos sabemos que hoy no se disputa sobre falsedad o verdad de⁶ religiones, pues la cuestión se limita a considerarlas como la Ciencia infantil de la Humanidad. Toda religión resuelve a priori los problemas físicos y morales, forma una Cosmogonía fantástica, algo así como teoría de los colores por un ciego. La afirmación religiosa, con su carácter inexperimentable y sobrehumano, adolece de anticientífica. Los dogmas no tienen que ver con leyes cosmológicas, y decir verdad religiosa vale tanto como hablar de transparencia opaca o liquidez sólida.

El Estado no busca observantes de sectas, sino cumplidores de leyes,⁷ agrupación de individuos que practican diferentes cultos y se guían por los

¹ Desde “Nosotros no queremos” hasta “carecen de toda razón y de todo derecho” ha sido agregado por el autor.

² La fecha está así, sin el último guarismo, en el original.

³ Integramente este acápite es interpolación del autor.

⁴ “Ineludible”, agregado por el autor.

⁵ Modificación del autor.

⁶ Suprimido por el autor.

⁷ Cambio de texto por el autor.

mismos intereses políticos, no se confunde con la¹ comunidad de monjes que visten el mismo hábito y profesan "una degradante uniformidad de opiniones".² Como los verdaderos estadistas saben que el progreso estriba en la diversidad de opiniones y creencias, legislan sin atenerse a ninguna superstición religiosa. En casi todas las naciones civilizadas, los tres grandes hechos de la vida, el nacimiento, el matrimonio y la muerte se regulan hoy con independencia de toda religión. La ley es laica. Pero la Iglesia no se conforma con un papel secundario y se cree desposeída de un derecho natural cuando no impera como absoluta soberana de vidas y de conciencias. Ella rabia por ungir al Estado con el óleo de una sacristía para rebajarle a la condición de monaguillo. El Poder civil no es su colaborador inteligente sino su *brazo secular*: no tanto como el halcón en manos del halconero, exactamente como el instrumento a disposición del obrero.

¿Valen tanto la religión y la religiosidad para esmerarse en mantenerlas y fomentarlas? La religión va perdiendo su carácter social para reducirse a costumbre de familia, a cosa secundaria del hogar o de uso íntimamente individual. Si hubo tiempo en que simples disensiones de secta lanzaban al hermano contra el hermano y al padre contra el hijo, si la mera divergencia en la interpretación de un versículo abría insalvables abismos entre personas destinadas a vivir inseparablemente unidas, hoy duermen bajo el mismo techo los individuos de creencias más opuestas: a padre judío, madre luterana, hijos librepensadores. Los hombres comercian, celebran contratos, se asocian, viven juntos y hasta se aman, sin acordarse de averiguar sus religiones. Con la decadencia de la intolerancia y del fanatismo, se derrama en el mundo el espíritu de conciliación y mansedumbre. En esta universal armonía, el católico produce la única nota discordante: *in cauda venenum*.

La religiosidad considerada por algunos tan inherente a la especie humana que definen al hombre un animal religioso, ¿posee tal carácter? Si ella fuera inherente al hombre, su desaparición causaría efectos mórbidos; pero sucede lo contrario: cuando más brilla en el cerebro la inteligencia, más se nubla en el corazón el sentimiento religioso. La religiosidad no pasa de accidente en la marcha de la Humanidad, corresponde a un período intermediario de la evolución mental, oscilando entre la absoluta ignorancia y la plena ilustración: el ignorante no niega ni afirma porque nada ve, el sabio duda y niega porque ve mucho. Querer, pues, que la inteligencia no salga de la religiosidad vale tanto como pretender que el organismo se de-

¹ "No se confunde con la", agregado del autor.

² Channing. Desde aquí hasta el final, salvo el último párrafo, todo es nuevo texto.

tenga en la niñez o en la adolescencia. Según la palabra de Guyau, los espíritus científicos son arreligiosos, tienden a serlo las inteligencias medianamente cultivadas, de modo que la religiosidad con su inevitable secuela de supersticiones se refugia en las últimas capas sociales, como la hez del vino se deposita en el fondo del barril.

Si pontifices y reyes, si políticos y guerreros preconizan la excelencia de los sentimientos religiosos y se desviven por inculcarlos en la masa popular, ¿obran por convicciones o por conveniencia? Vemos al tigre ya enjaulado, al déspota que en Santa Elena pregonaba sus sentimientos religiosos y considera como indigno de su estimación al General francés que pone en duda la divinidad de Jesucristo. Si Napoleón hubiera sido católico, ¿habría ultrajado al Jefe de la Iglesia y prohibido que los sacerdotes intervinieran en la educación pública? Si hubiera sido simplemente cristiano, ¿habría repudiado a su mujer legítima, cometido incesto con sus propias hermanas, mentido y perjudicado cien veces, hecho fusilar al Duque de Enghien y convertido la mitad de la Tierra en un charco de sangre? Si pocos admiten hoy el catolicismo de un Pio IX cuando asalariaba ejércitos de *condottieri* y daba sangrientas batallas en defensa de su poder temporal, nadie cree tampoco en el cristianismo de un Von Moltke cuando en 1875 decía: *Como alemán pido la guerra con Francia porque Alemania se encuentra lista; como cristiano la pido también porque dentro de diez años ambas naciones perderán cien mil hombres más.*

El Estado y la Iglesia mantienen luchas seculares y al parecer irreconciliables; pero en la guerra contra los derechos individuales Iglesia y Estado se alían, se defienden tácitamente, de modo que toda tiranía se apoya en el fanatismo, así como todo fanatismo se apoya en la tiranía. En la historia de las naciones, todo recrudescimiento del despotismo coincide con una exaltación de las supersticiones. La religión sirve como poderoso instrumento de servidumbre: con la resignación encadena el espíritu de rebeldía, con la esperanza de un bien póstumo adormece el presente dolor de los desheredados. Es el monótono canto de la nodriza, y el hombre que goza en escucharle no ha salido todavía de la infancia.

No siendo la religión católica fuente de saber, código de honor, vínculo entre los hombres, ni siquiera necesidad del individuo; siendo por el contrario elemento de dominación y tiranía, ¿por qué basar en ella todo el edificio pedagógico? Reducidas a la categoría de cosa exclusivamente personal y de uso íntimo, como la ropa interior, las religiones escapan al dominio de la Ley; y así como no hay reglamento de Policía que nos prescriba llevar calzoncillos de franela o camiseta de hilo, no debe haber artículo de la Constitución que implícitamente nos obligue a recibir enseñanza católica.

Desde que el Estado no dispone de recursos para fundar en cada pueblo tantas escuelas como supersticiones hay, la única manera de salvar la dificultad sería suprimir el carácter obligatorio de las asignaturas religiosas, o más bien, no enseñar religión alguna en las escuelas y liceos nacionales.

Algunos llevan la neutralidad al punto de exigir al profesor que instruya sin educar, que enseñe sin moralizar. "La escuela, dice Tolstoy, debe proponerse por único objeto la transmisión del saber o de la instrucción, sin tratar de inmiscuirse en el dominio moral de las convicciones, de las creencias ni del carácter."* Pero semejante Pedagogía se funda en la diferencia puramente escolástica entre la educación y la instrucción. La Moral positiva, la Moral profesada hoy por la parte más selecta de la Humanidad, viene de la Ciencia y guarda más puntos de contacto con la Higiene y la Fisiología que con ninguna de todas las religiones. Al segregar la moral de la enseñanza se mutilaría el edificio científico privándose de su grandioso coronamiento. A más, ¿cabría la segregación? Cuando se trasmite un conocimiento se inculca inevitablemente la idea de aprovecharlo en beneficio integral del individuo, así como de todos sus semejantes. En la disertación de un filósofo sobre los afectos humanos no aprenderemos seguramente a practicar el egoísmo; en la lección de un naturalista sobre el común origen de la vida en el Planeta no aprenderemos tampoco a ser inhumanos con los animales. Toda enseñanza, aunque parezca dirigirse sólo al entendimiento, influye sobre la voluntad. Al esclarecer la inteligencia se moraliza: los sentimientos magnánimos bajan del cerebro.

La neutralidad en la escuela puede muy bien considerarse una cosa imposible o muy difícil: se necesita ser un imbécil o un gran filósofo para profesar una doctrina, vivir convencido de su excelencia y no tratar de inculcarla en el cerebro de sus discípulos. ¿Se concibe a un sabio de buena fe explicando teológicamente la formación del Universo y probando la posibilidad de los milagros? Sólo la Ciencia, por su universalidad, debe ser el gran fundamento de la instrucción pública: la religión es lo particular, porque hay religión judía, religión mahometana, religión católica, religión protestante, es decir, mil religiones: la Ciencia es lo universal, porque hay una sola Astronomía, una sola Química, una sola Física, una sola Mecánica. Sin embargo, si abundan individuos que prefieren la Religión a la Ciencia, dejémosles en su error, con tal que no le impongan a los demás estableciendo la obligación de recibir una educación católica¹.

Ya que imitamos a los revolucionarios del 89, debemos coronar la obra imitando también a los hombres de la tercera República francesa, a los que van haciendo práctico el ideal de Condorcet y profesan el aforismo: "La Ciencia en la escuela, la instrucción religiosa en el templo".

* *La liberté dans l'école.*

¹ Aquí finaliza lo interpolado por el autor.

LIBERTAD DE ESCRIBIR ¹

I

CUANDO EJERCEMOS cargos concejiles, pagamos contribuciones o salimos a morir en el campo de batalla, nadie averigua nuestra manera de pensar; pero el día que emitimos francamente nuestras ideas, caemos bajo la férula de ministros, fiscales, alcaldes, prefectos, subprefectos, gobernadores, comisarios, alguaciles, monaguillos, curas, canónigos, obispos y arzobispos.

En el teatro nos vemos ante la *Comisión de Espectáculos*, especie de Inquisición formada por hombres ignorantes que se arrogan² la facultad de poner límites a la inspiración del dramaturgo y practicar con hacha de leñatero amputaciones que necesitan bisturí de cirujano.

En el periódico no tenemos la censura previa, sino la licencia difícil y morosa, la fianza personal, la caución pecuniaria, el hisopazo del obispo, la denuncia del fiscal, el sablazo del prefecto, la mordaza del intendente y la emboscada del esbirro.

II

EL *Reglamento de Teatros*, vigente desde 1849, parece redactado por

¹ Cuando M. G. P. escribió este artículo (1889), su producción en prosa estaba siendo crecientemente vetada. En 1888 la gran prensa limeña, por coerción oficial y por autocensura, se negó a publicar los discursos del Politeama y del Olimpo. Existía además la censura municipal a que trataron de uncir como juez a Prada. Su credo sobre el deber y los derechos del escritor —credo libertario, democrático y anarquista— se concreta en estas páginas.

² Modificación del autor.

doncellas que hacen su primera comunión. Para juzgarle, véase una sola muestra:

“Artículo 34.—Cuando el censor sólo encuentre impropias o indignas de exhibirse una o algunas escenas, pasajes o frases de las obras, no prohibirá su representación, sino que suprimirá o sustituirá las partes censurables, si de ello no resultase deformidad.”

Así, pues, cuando la *Junta censora* (hoy *Comisión de Espectáculos*) reciba una tragedia de Quintana, una comedia de Bretón o un drama de Echegaray, el censor de turno, ya sea leguleyo, mercachifle o boticario, tiene derecho de enmendar los yerros a un Echegaray, a un Bretón o a un Quintana.

Y esa manía de alterar o mutilar obras se propaga de modo amenazante: cómicos de la legua, motilones hasta no leer de corrido, agregan, quitan, dislocan, descomponen y componen escenas enteras; así que muchos dramas representados en Lima no serían conocidos ni por sus mismos autores.

La *Comisión de Espectáculos*, tan meticulosa en conceder *pase* a comedias erizadas de algunas púas contra Gobiernos o Congresos, contribuye más que nadie a convertir el escenario en plaza de toros al fomentar la representación¹ de inepticias concebidas por cerebros completamente desequilibrados.

Hay ojos de lince para descubrir entre renglones la más leve alusión a los hombres públicos, y ceguera de topo cuando llega el caso de ver posturas pornográficas, bambulas africanas o bailes de vientre. Especialistas en Coreografía, los² miembros de la *Comisión* avalúan el mérito de las artistas por el diámetro de las pantorrillas, la transparencia en el calzón de punto y la mayor amplitud del ángulo formado con las piernas.

La *Comisión*, que traquea siempre a los autores nacionales como el dómine al discípulo, no se muestra más complaciente con actores, dueños de teatros y empresarios: a todos les considera como dependientes, subordinados o domésticos de la Municipalidad. A más, algunos buenos señores, figurándose que las diversiones públicas son filones de riqueza pública, esquilman al empresario y al actor con gastos de licencia, multas y cuanta gabela cabe imaginarse. No se cuenta las entradas de favor y localidades gratis para los miembros de la *Comisión*, sus parientes y sus amigos, aunque, según declaración de un empresario, ascienden a número considerable.

Por fin, en la *Comisión de Espectáculos*, todos hacen y deshacen de los edificios, como atacados de monomanía arquitectónica: uno manda con-

¹ Corregido por el autor.

² Suprimió una frase el autor.

denar una puerta, otro abrir una claraboya, éste ensanchar un pasadizo, aquél bajar un techo, sin que falte alguno que ordene dorar las cornisas o poner asientos colchados para que descanse muellemente su esposa o su querida.

En todos los países civilizados, el Gobierno, lejos de ver en los teatros un filón que beneficiar, les otorga pingües subvenciones; en el Perú se fomenta el más cruel y más repugnante de los legados españoles, la lidia de toros. Si estamos lejos de producir un Corneille y un Talma, quizá poseeremos antes de mucho, veinte rivales de Cúchares y Pepe Hillo.

III

POR ABERRACION inaudita, vivimos hoy bajo la ley de Imprenta promulgada en 1823, allá cuando el Perú era una especie de antropoide que no había concluido de amputarse la cola monárquica.

El Código Penal de 1862 no avanza mucho sobre la Ley Orgánica de 1823: las penas señaladas a los hombres que intenten mudar la religión del Estado escandalizarían a los menos intolerantes. Algunos artículos de tal Código parecen fragmentos arrancados a un concilio del siglo IV.

Setenta años de labor parlamentaria no han bastado para elaborar una buena Ley de Imprenta. Y sobran razones para temer un retroceso el día que senadores y diputados modifiquen la Ley de 1823. Los Congresos del Perú se han convertido en viejos y desestañados alambiques: todo licor que destilan tiene deajo a cobre.

El escritor irreligioso no sufre hoy la pena de asistir leproso o enterrar muertos; pero corre peligro de verse condenado a expatriación o arresto mayor. Felizmente, la tolerancia de los pasados gobiernos, la independencia del Jurado y el buen juicio del pueblo sirvieron de correctivo al espíritu menguado de la Ley. No puede negarse que en el carácter nacional se encierra un fondo de tolerancia: salvo uno que otro pueblo hipnotizado y aguzado por el clero, el Perú rechaza hoy la persecución religiosa.

Rara vez las autoridades laicas inician la denuncia de escritos contra el dogma o andan a caza de herejes y librepensadores. Parodiando a Federico el Grande, los gobernantes del Perú dejan escribir herejías con tal que les dejen cometer barbaridades. La autoridad eclesiástica da el grito de alerta para que la autoridad civil ordene la denuncia del escrito y abra juicio al

autor; los clérigos, como sabuesos de buen olfato, husmean el rastro y menudean los latidos, para lanzar al galgo en la pista¹ del venado.

El Gobierno toma la cuestión a cargo y despliega la autocracia de su poder, cuando se trata de escritores opositores y periódicos que no siguen las aguas de los subvencionados: no hay voz, diario, libertad ni garantías para el hombre que ignora la consigna ministerial, que protesta de obedecer sumisamente las órdenes prefecturales o resiste a sufrir una depresión moral en las antecámaras de Palacio.²

Para impedir que alguno hable, se recurre al uso primitivo de taponar la boca. Y el día que se impone silencio al escritor independiente y valeroso, nadie se da por entendido, todo el mundo calla en bloque: el Congreso discute el ascenso de un coronel o la demarcación territorial de Chumbivilcas, mientras los diarios llenan sus columnas con editoriales sobre la canalización del Rímac o la colonia alemana del Pozuzo.

Para disimular lo tosco del uso primitivo, los gobiernos emplean el régimen de multas y depósitos: nadie funda periódico ni sigue publicando los fundados sin depositar quinientos soles. Tras el depósito, viene inmediatamente la multa, de modo que cada artículo de oposición cuesta bien caro. Entiéndase que depósitos y multas rezan sólo con los diarios independientes, o mejor dicho, semanarios, porque la independencia se manifiesta en nuestro periodismo con intermitencias hebdomadarias. Sin embargo, esos periódicos intermitentes o eventuales, algunas veces heroicos, encierran la única expresión sincera del sentimiento popular.

Hoy no existe, pues, libertad en el diario ni independencia en el diarista, y la oposición anodina de uno que otro editorial se reduce a fórmula o convenio de partes con el fin de guardar las apariencias: no asistimos a batalla donde se arroja plomo, sino a simulacro donde se quema pólvora.

Todos los gobiernos, al inaugurarse, "ofrecen garantías a la emisión del pensamiento, y se congratulan de ver en la prensa o cuarto poder del Estado un colaborador inteligente para la magna obra de la regeneración nacional". Otorgan unos pocos meses de respiro y desahogo; pero insensiblemente resbalan por la pendiente del abuso y concluyen por justificar a los anteriores gobiernos. Entonces regresamos a la vida normal: en nuestro régimen político, la legalidad y la justicia figuran como breves interregnos.

Los Vivancos y los Echeniques, los Baltas y los Piérolas, los Iglesias y los Cáceres, fueron en la prensa del Perú como tiburones en el mar.

¹ Cambio de texto por el autor.

² Modificado por el autor.

IV

CUANDO FALTAN garantías para censurar a las autoridades, cuando en las graves cuestiones políticas, religiosas y sociales no se puede emitir libremente las ideas, los hombres enmudecen o consagran toda su fuerza intelectual a discusiones insípidas, rastreras y ridículas. Toda prensa con mordaza termina por engolfarse en la pornografía, la lucha individual y el interés casero. El periódico no es ya río que sale de madre para fecundizar el campo, sino mal canalizado albañal que con sus miasmas pestilentes infecta el aire de la ciudad.

Nuestro periodismo lo comprueba. ¿Qué vemos en editoriales? Pesadas adulaciones al Gobierno, escritos que infunden sueño, literatura de cachalotes, buena para ser leída por elefantes. ¿Qué vemos en crónicas y comunicados? Improperios contra el candidato que no fomenta la impresión, insolencias que revuelven la bilis, literatura de verduleras, buena para ser leída por meretrices. Profesión semejante concluirá por llamarse empresa industrial de gitanos que compran a resmas el papel blanco para embadurnarle de tinta y venderle por hojas sueltas.

Para elevar el espíritu de una prensa no hay remedio mejor que libertarla. El diario más libre a la vez que más instructivo y moderado se encuentra hoy en la Gran Bretaña. Cierta periódico inglés, sea cual fuere su tinta, defiende primero que todo los intereses británicos; pero también concede amplio lugar a los intereses humanos¹: al abrir un buen diario de Londres, sabemos lo que se realiza en el mundo entero. Ahí no se acostumbra ya el pugilato² de dos individuos en las columnas de un periódico; y recuérdese que Inglaterra, antes de conquistar sus libertades públicas, fue la tierra clásica del ataque virulento, del insulto procaz, del panfleto³ soez. Con la palabra sucede lo mismo que con el agua: estancada, se corrompe; movida y agitada, conserva su frescura.

Siguiendo el ejemplo de Inglaterra, las naciones más civilizadas tienden a eliminar obstáculos para la emisión del pensamiento: los diarios de Estados Unidos, Italia, Bélgica y hasta España, encierran enormidades que en el Perú no se imprimieron nunca ni se imprimirán tal vez en muchos años. Todas las cuestiones son dilucidadas; y todas las ideas, por absurdas y estrafalarias que parezcan, poseen su órgano y su público. Y nadie goza de privilegio. No se hable de Estados Unidos, donde el presidente de la República sufre una incesante descarga de todas las baterías demócratas si es

¹ Modificación del autor.

² Modificación del autor.

³ Modificación del autor.

republicano, y de todas las republicanas si es demócrata; pero hágase una rápida¹ excursión a las monarquías, y se verá que ni el mismo soberano se libra de la caricatura o del ataque personal. En el Perú sucede lo contrario: nuestros gobernantes se consideran como ungidos del Señor, como fetiches que no podemos tocar ni para sacudirles el polvo. No aguantan más golpe que el del incensario.

Lo que en las naciones más cultas sucede con el periódico se realiza también con el teatro. Verdad, la censura no ha desaparecido, y en algunas partes reina tan mezquina y meticulosa que, en Francia por ejemplo, los autores nacionales se ven obligados a pedir la hospitalidad de los teatros belgas. Sin embargo, en medio de las restricciones, el dramaturgo dispone de grandísima latitud para evolucionar: plantea y resuelve los más arduos problemas sociales, dirige flechazos a las cabezas más levantadas. Cuando en las tablas no desfilan los individuos con sus propios nombres, figuran con señales tan marcadas que todo el público sabe de quién se trata y adónde va el tiro. En las revistas del año, la rociada empieza muchas veces con el primer mandatario y acaba con el último alguacil: cada uno con sus nombres o apodos.

Y ¡aquí nos hacemos cruces con la caricatura, nos escandalizamos con el semanario picaresco donde asoman algunas punzadas contra las autoridades y ponemos el grito en el cielo por la comedia salpimentada con una que otra alusión personal! Nos pagamos de frases huecas y sofísticas, y creemos haber penetrado en el Polo Norte cuando cometemos la perogrullada de invocar "el santuario de la vida privada", hablamos de acogernos "al sagrado del hogar doméstico" y sentamos el principio de combatir las ideas del hombre público sin entrar en las faltas del individuo.

V

LA DISTINCION entre vida pública y privada, esa invención de los astutos para blindarse el sitio vulnerable, presenta su lado cómico, pues el individuo que al sentirse herido por un saetazo demanda si el tiro va lanzado contra el hombre público o el privado, no hace más que parodiar a Maître Jacques, al anfibio criado de Harpagon, cuando preguntaba socarronamente a su amo: "¿Con el cochero habla usted o con el cocinero?"

La vida pública se reduce a la prolongación de la vida privada, como la sociedad se reduce también al ensanchamiento de la familia, y nadie,

¹ Modificación del autor.

por más agudeza de ingenio que tenga, puede señalar dónde acaba o dónde empieza la publicidad de un acto. Con uniforme oficial o traje casero, en el sillón de la oficina o en el sofá del dormitorio, el hombre conserva su identidad y vive la misma vida. El criminal es tan criminal en su casa como en la plazuela, la hiena es tan hiena en la jaula como en el desierto.

Lo que irónicamente dijo Larra de la *berruga* y de la *moza* debe tomarse a lo serio, si para derribar, por ejemplo, a un mal ministro, hacer destituir a un juez prevaricador o dar en tierra con un prefecto rapaz, no se conoce medios más eficaces que cebarse en la *moza* y la *berruga*. ¿Por qué no insistir en el defecto corporal? Quien sabe la psicología de ciertos individuos se explica bien con la desviación siniestra de los ojos o el arqueamiento de la espina dorsal. Las anomalías de conformación suelen acarrear imperfecciones morales. No se cura al enfermo colocándole bajo su almohada un libro de Terapéutica o Cirugía, sino propinándole drogas o ejecutándole operaciones quirúrgicas; no se escarmienta ni se corrige a un mal hombre público regalándole el *Espíritu de las Leyes*, sino haciéndole beber tinta saturada con hiel o clavándole la pluma unos cuantos milímetros más allá de la epidermis.

Donde la actividad pública se resume en el choque de intereses individuales, hay que derrocar personas antes de elucidar principios. ¿A qué revestirnos de mansedumbre que no poseemos? ¿A qué endulzar jesuíticamente las frases que destilan veneno? ¿A qué fingir que tiramos al aire, cuando dirigimos la flecha contra el ojo de Filipo? En vez de alusiones hipócritas y solapadas, en vez de murmuraciones callejeras o comunicados anónimos, venga el leal y desembozado ataque al grupo y al individuo. Hasta en la lucha de ideas sirven de blanco los hombres que las encarnan; de otro modo, la vida se convertiría en guerra de sombras, la historia en procesión de espectros. Cuando combaten dos ejércitos no se entretienen en destrozar a balazos las banderas enemigas: dirigen el tiro al pecho de los soldados que las tremolan.

Y ¡qué! el agresor ¿se libra de convertirse en agredido? Quien da estocadas certeras ¿no se expone a recibir mandobles mortales? Los políticos se defenderán astuta y eficazmente, porque no usarán el ataque de los galos, que se desnudaban el pecho, sino la emboscada de los *pabellones negros* que abren su agujero en la tierra, se ocultan, y el instante menos pensado descargan el rifle a la espalda del enemigo.

Cierto, el individuo que no se ingiere en las luchas políticas y vive modestamente confinado en la penumbra del hogar, puede exigir el silencio y el olvido; a nadie toca, nadie tiene derecho de tocarle; pero el hombre que se lanza a la contienda pública y osadamente se expone a la luz meridiana en calles y plazas, no debe lamentarse ni protestar al verse exa-

minado con microscopio y descrito en sus más minuciosos rasgos intelectuales, morales y físicos: sube al escenario, y todos adquieren derecho de aplaudirle o silbarle.

Y conviene no reconocer diferencia entre el político de acción y el periodista, considerándole como un político pasivo: el hombre que se instituye juez o acusador de los gobiernos, director espiritual de las muchedumbres y propagandista o defensor de una idea, ese hombre ejerce una función pública: pertenece a todos como el actor y el político. ¿Quién ignora que la palabra elocuente de un periodista ejerce más influencia en la marcha de un estado que las leyes de un Congreso y los decretos de un Ministro? Si es mucha la acción, que sea mucha la responsabilidad. Y ¿ante quién se hará efectiva?, sólo ante la opinión pública que para fallar bien necesita conocer la vida íntima del periodista.

Se ha dicho con muchísima razón: "Los hombres que gastan su actividad en las luchas políticas y ejercen acción sobre los acontecimientos del mundo, pertenecen a la discusión y no se escapan con la muerte ni con el tiempo". En la historia de la Humanidad abundan exhumaciones de vidas privadas, y nadie protesta. Si juzgamos a los muertos, que no pueden defenderse ni atacarnos, ¿por qué no juzgaremos de igual modo a los vivos, que tienen lengua para hablar y manos para mover la pluma y la espada?

No hay, pues, derecho de abroquelarse en la inviolabilidad del hogar, mucho menos cuando se aparenta vivir como la doncella en el claustro y se vive como el cerdo en la pocilga. Por el contrario, todos deben allanar la casa del hipócrita para exhibirle y escarnecerle, haciendo que su castigo sirva de provechosa lección. El hombre público no queda salvo ni se reviste de carácter sagrado, por acucillarse en un rincón de su alcoba o introducir la cabeza en su vaso de noche. Porque la víbora se guarece en su nido ¿dejamos de aplastarla? Porque el tigre se esconde en su cubil ¿dejamos de abalearle?

Una sola cosa debemos a nuestros semejantes, la verdad; por lo demás, siendo irrefragables como un axioma, podemos ser violentos como una tempestad. No importa que a la altivez y franqueza en el hablar llamen difamación los pecadores: hipócritas, pero no arrepentidos, que sientan zumbiar el azote justiciero¹.

¹ El capítulo V, insertado aquí por el autor, no figura en las ediciones anteriores.

VI

NOSOTROS, como habitantes de¹ verdadero limbo intelectual, nos encontramos en condición de recibir un rayo de luz, venga de donde viniere, necesitamos amplísima libertad en periódicos y teatros.

En el teatro, suprimamos censuras previas y *Comisiones de Espectáculos*, alentemos al escritor nacional haciendo que sus obras sean representadas bajo su dirección, y dejemos al público frente a frente del autor para que ensalce al bueno y ejecute al malo. No temamos la invasión de lo deforme² ni el entronizamiento de lo nauseabundo y pornográfico: nuestro nivel moral no lo consiente ya, y si lo consintiera, no habría por qué lamentarnos: pueblo capaz de gozarse en la representación de un drama pornográfico y nauseabundo, recibe la obra que merece. España nos da el ejemplo: en Madrid no existe censura teatral. ¿Acaso los teatros barceloneses y madrileños se distinguen por la relajación y la licencia? Nada, pues, de leyes arcaicas y restrictivas: acudan todos, buenos y malos autores, que el tiempo depurará las obras para conceder a las buenas el lugar debido. Como en el orden físico el monstruo perece, así en el mundo intelectual lo malo desaparece en el olvido.

En el periódico, no abandonemos al publicista bajo la tutela de prefectos y subprefectos, suprimamos el cúmulo de trabas para la fundación de un diario, y sólo en caso de injuria inmerecida o de imputación calumniosa, dejemos a ofensor y ofendido batallar con el Jurado. ¿Hay algo tan ilógico y tan absurdo como penar la injuria merecida y la difamación cuando se prueba la verdad del hecho imputado? Si llamamos estafador al estafador, falsario al falsario y asesino al asesino, aparte de no decir más que la verdad, practicamos la buena acción de informar a los hombres honrados para que se guarden y precavan del estafador, del falsario y del asesino. ¡Cómo!, un ladrón me desvalija en una calle pública, cien testigos presencian el acto, la justicia impone una pena al delincuente, la sentencia se publica en los diarios, y yo no puedo afirmar con la pluma que mi ladrón es un ladrón. Se dirá que el delincuente de ayer puede ser hoy un hombre honrado; posible, y en ese caso le queda la misma prensa donde se le difama para manifestar su arrepentimiento y su corrección. El sólo hecho de considerarse a la difamación como un delito, manifiesta que las leyes sociales se fundan en la hipocresía. ¿Que las cosas son dadas muchas veces en provecho de los bribones? ¿Qué puede temer de la injuria o de imputación calumniosa el honrado? ¿Qué puede te-

¹ Cambio de texto por el autor.

² Suprimió una frase el autor.

mer la persona honrada? El buen nombre es una usurpación si no se funda en la verdad; si se funda en ella no hay miedo de perderlo, porque si el médico me llama tuberculoso ¿tengo yo los pulmones llenos de microbios?¹.

¿Por qué autorizar la ingerencia del Clero en cosas de imprenta? ¿Por qué reconocer en el Código penal delitos y faltas contra la religión? Si castigamos al filósofo que en sus disquisiciones no se conforma con el *Catecismo de Perseverancia*, ¿por qué no castigamos también el teólogo que en sus panegíricos infringe el *Arte de Hablar*? Pecado contra pecado, tanto vale ofender el dogma como quebrantar las reglas del buen decir. Establézcase, pues, *Jurados mixtos*; y si un obispo denuncia un folleto contra la pureza de María, que un literato denuncie una pastoral contra la Gramática.

El Estado, al infligir penas por los delitos religiosos, se arroga el derecho de fallar en asuntos que no conoce ni le competen. ¿Cómo sabe que la religión católica es la única verdadera? Al afirmarlo implícitamente con sus leyes, se convierte en Concilio ecuménico, falla ex-cátedra y se infiere en cuestiones resueltas por alguien más competente que el Estado —la Ciencia. A más, cuando se pena al hereje y al incrédulo, se corre el peligro de herir a la parte más esclarecida de la sociedad, a la que sabe y piensa. Aunque la Iglesia fragüe leyendas sobre la vida y la muerte de sus enemigos, el dictado de hereje, en lugar de significar vergüenza y oprobio, sirve de timbre glorioso para designar al hombre que desea ver con sus ojos y caminar con sus pies.

Muchos apologistas de la secta romana ven un milagro patente de la divina Providencia en el establecimiento, propagación y persistencia del Catolicismo. ¿Por qué tanto miedo entonces a la libertad de imprenta y a la propaganda irreligiosa? ¿Temen acaso los buenos creyentes que con el simple artículo de un hereje la divina Providencia varíe de convicción y cese de continuar el milagro?².

Con la libertad de imprenta se concede al Catolicismo una ocasión magnífica para confundir a sus detractores, afianzar su triunfo y más que todo justificar sus jactancias, porque³ no hay mucho mérito en dar por refutado al contendor que no pudo argüir ni por vencido al combatiente

¹ Al finalizar el segundo y tercer párrafo de este capítulo, el autor hizo dos interpolaciones. Desde "Que las cosas son dadas..." hasta "microbios" está agregado en los márgenes, a lápiz, difícil de leer, por el autor. Se ve que es una nota sin corregir, que hemos insertado en el texto, dejando establecido, como aquí lo hacemos, la forma en que se halla el original que nos sirve de base.

² Este acápite y el anterior han sido agregados por el autor.

³ Suprimió una frase el autor.

que no tuvo arena para luchar. Si la religión católica se llama luz, ¿por qué teme las tinieblas? Si fuerza, ¿por qué rehuye el combate? Si verdad, ¿por qué se asusta con el error?

Los católicos arrojan el guante, desafían con altivez de caballeros a sabios y filósofos; pero observan la buena preocupación de cortar las manos al paladín que intenta recogerlo¹. La Iglesia comprende muy bien su precaria situación y no admite la lucha leal en campo abierto: sabe que basta luz en candil para desvanecer sus sombras chinescas, que sobran los dientes de mediana pluma para destripar su Firmamento de *bau-druche*². De ahí su despotismo: nada tan cruel, tan opresor ni tan intolerante como una religión en las postrimerías de su existencia. Su rabia recuerda la rabia del tigre acorralado por los cazadores, su despecho recuerda el despecho del escorpión rodeado de carbones ardientes.

En ningún tiempo ni en ningún país³ convino más la libertad de escribir que hoy en las naciones sudamericanas. Las ideas muertas y enterradas ya en Europa, renacen para cundir y dominar en el Nuevo Mundo. Bajo diferentes disfraces y con distintos nombres, las falanges retrógradas nos invaden. Colombia, Ecuador, Bolivia y el Perú mismo, les sirven de fortalezas y cuarteles generales. La última batalla contra lo viejo y lo malo tiene que darse aquí, batalla formidable y tenaz, porque las preocupaciones religiosas se parecen a los bueyes de la *Odisea*, que muertos y asados mugen⁴.

A todas horas y en todas partes se clama por la regeneración nacional. Pues bien, seguiremos siendo lo que somos, la forma republicana continuará como frase de lujo en Constitución de parada, mientras el último de los peruanos carezca de libertad para emitir sus ideas o no disfrute de garantías para encararse con el poder y fustigarle por las concusiones, las ilegalidades y las injusticias.

Hay hombres civilizados que logran atrofiar la cabeza de los vivos, como los Guambizas del Morona consiguen⁵ reducir a pequeñas dimensiones el cráneo de los muertos. Con nuestra *Ley de Imprenta*, los peruanos concluiremos por llevar en los hombros la cabeza de un mono microcéfalo.

1889

¹ Modificado por el autor.

² Modificado por el autor.

³ Agregado por el autor.

⁴ Suprimió el autor una frase.

⁵ Cambio de texto por el autor.

PROPAGANDA Y ATAQUE ¹

I

VICIO CAPITAL de la literatura peruana, la fraseología. Tómese un diario y recórrase el editorial: ¿qué se encuentra? palabras. Tómese un semanario y léase las composiciones en verso: ¿qué se encuentra? palabras. Estamos en el caso de repetir con Hamlet: ¡palabras, palabras y palabras!

Padecemos de logomanía o logomaquia y deberíamos realizar el proyecto, concebido por Saint-Just, de imitar a los lacedemonios y fundar un premio de laconismo. Sí, laconismo, no para convertir el idioma en jerga telegráfica, sino para encerrar en el menor número de palabras el mayor número de ideas; no para dilucidar las cuestiones en una simple jaculatoria de cinco líneas, sino para conceder al pensamiento el desarrollo conveniente y a la frase la extensión indispensable: podemos ser difusos en una línea y concisos en un volumen.

Atolondrados con el monótono chapoteo de un lenguaje campanudo y hueco, nos vemos como hundidos hasta medio cuerpo en torrente que se derrama por cauce pedregoso y ancho: el ruido nos ensordece; pero la corriente no consigue arrastrarnos.

Entre la indecisión y vaguedad de la turbamulta, se delínean dos grupos de escritores: unos que hablan a lo Sancho Panza, con idiotismos, dicharachos y refranes; otros que se expresan a lo don Quijote, solemnemente, en clausulones altisonantes y enrevesados.

¹ Los discursos del Ateneo, el Palacio de la Exposición y el Olimpo pueden conectarse en la fórmula inicial del presente ensayo, que contradice toda la obra en verso de su autor y alguna de su prosa. El carácter utilitario y combativo que se asigna aquí a la literatura no puede ser más seco: difundir lo propio, destruir lo ajeno. En 1888, el año de su gran definición, tal lema era oportuno y hasta exacto. La parte medular aparece en *La luz eléctrica*.

Tenemos jerigonza judicial, jerigonza universitaria, jerigonza periodística, jerigonza criollo-arcaica, en fin, todas las jerigonzas que dicen al idioma como las erupciones cutáneas a la piel. Todo hay, menos el estilo franco y leal que precise la fisonomía del individuo, que diferencie al hombre de los otros hombres, que encierre la manifestación exacta del yo. Todo hay menos el lenguaje claro y sustancioso, con¹ la virtud del agua y del pan, no cansar.

No surge una personalidad eminente que seduzca y se imponga, lo que es un bien y un mal: un bien, porque toda eminencia literaria induce a imitación y ahoga la libre iniciativa del individuo; un mal, porque no habiendo superioridades, las falsificamos y nos convertimos en adoradores de medianías y mediocridades.

Los viejos se repiten o se esterilizan, los jóvenes no se estereotipan aún con rasgos definidos y claros. Muerto Althaus, paralítico y moribundo Salaverry, expatriado Arnaldo Márquez, tal vez por carecer aquí de aire y espacio, ¿quién nos queda? Sin embargo, naciones desdeñadas por nosotros poseen hoy un Montalvo y un Llona, un prosador y un poeta.

Carecemos de buenos estilistas, porque no contamos con buenos pensadores, porque el estilo no es más que sangre de las ideas: a organismo raquítico, sangre anémica. ¿Y cómo pensaremos bien si todavía respiramos en atmósfera de la Edad Media, si en nuestra educación giramos alrededor de los estériles dogmas católicos, si no logramos expeler el virus teológico, heredado de los españoles?

Hasta en los cerebros con presunción² de sanos reina espantosa confusión, pues las ideas más divergentes y divorciadas cohabitan en amigable consorcio. No se pida lógica: soneto que se abre con apóstrofe racionalista se cierra con declaraciones de fe; discurso con exordio en favor de Darwin lleva peroración en defensa del Génesis. Para concebir algo semejante al desorden estrambótico de nuestra verbosidad incoercible, imagínese la promiscuidad de un ejército en derrota, o el revoltijo después de un incendio: por la boca de un costal repleto con los comestibles de una bodega y las alhajas de una joyería, brotan en risible confusión, nabos y rubíes, garbanzos y brillantes, roscas de morcilla y collares de perlas.

Predomina el catolicismo liberal o liberalismo católico. Periodistas y literatos arrojan a un solo molde el *Syllabus* y la *Declaración de los derechos del hombre*. Adoran en dos altares, como ciertas³ mujeres consagran al rezo la mitad del día y al amor libre la otra mitad. Olvidan que

¹ Cambio de texto realizado por el autor.

² Corregido por el autor.

³ Modificado por el autor.

el liberalismo católico representa en el orden moral el mismo papel que en el orden físico representaron los lagartos voladores de la época secundaria: organismos con alas de pájaro y cuerpo de reptil, seres que hoy vuelan y mañana rastrear.

Muchos, con aire de emprender el décimotercio trabajo de Hércules, cogen la pluma y disertan horas de horas sobre libertad de cultos, sobre cementerios laicos y especialmente sobre los dos tesoros de su arca santa, el *patronato nacional* y el *exequatur*; pero cuando se ofrece aceptar los principios de la Ciencia positiva y aplicar sus lógicas y tremendas conclusiones, cuando llega la ocasión de blandir el hacha para dar el golpe recio, entonces retroceden espantados, y ¡adiós décimotercio trabajo de Hércules!

Los escritos de nuestros más audaces liberales parecen orgías bajo la cúpula de una catedral: entre choque de vasos, vapores de vino y gritos blasfemos, se escucha de cuando en cuando el resoplido del órgano, la interminable salmodia de fraile soñoliento y el chisporroteo de velas hisopadas con agua bendita.

En fin, el diagnóstico de la literatura peruana se resume en una línea: congestión de palabras, anemia de ideas.

Inténtese¹ hablar al pueblo de sus intereses y fácilmente comprenderá que si antes se hizo todo con él, pero en beneficio de unos cuantos, llega la hora que él haga todo por sí y en beneficio propio. Al escritor le cumple abrir los ojos de las muchedumbres y aleccionarlas para que no las coga desprevenidas el gran movimiento de liquidación social que se inicia hoy en las naciones más civilizadas.

Harto se habló a la Humanidad de sus obligaciones, para que se acuerde ya de sus derechos. ¡Abajo esas mentiras convencionales de respeto y resignación! Todas las antiguallas respetadas, aunque no respetables, sirvieron de cómplices a la tiranía religiosa, política y social. Consideramos el transcurso de siglos como una sanción, cuando, por el contrario, los errores más antiguos merecen más odio y guerra más implacable, porque más tiempo engañaron al hombre y más perjuicio le causaron. Abramos bien los ojos y veremos claro: veremos que muchos individuos nos "parecen colosos porque al medirnos con ellos nos arrodillamos", veremos que respetamos hoy como sagradas las abominaciones que nosotros mismos consagramos ayer, veremos que nos conducimos como el niño que vuelve sus espaldas a la bujía y se espanta con la gigantesca proyección de su propia sombra.

Esa palabra *resignación*, inventada por los astutos que gozan, para encadenar el brazo de los inocentes que sufren iniquidades y atropellos,

¹ Desde aquí es texto nuevo.

debe desaparecer de todos los labios, porque resuena como sinónimo de ultraje en el opresor, de cobardía en el oprimido. Quitemos al poderoso algo de su poder, al rico algo de su riqueza, y veremos si conocen y precorizan la *resignación*. La Tierra produce aún los frutos necesarios para alimentar holgadamente a la Humanidad, continúa siendo para sus hijos la madre de fecundas y preñadas ubres, y si hay hambre y miseria en unos mientras hay hartazgo y riqueza en otros, es porque el hambriento y el miserable, en lugar de rebelarse y combatir, se resignan cristianamente a sufrir su desventurada suerte.

Basta ya de compensaciones celestes y de esperanzas ilusorias en una justicia sobrehumana, basta de narcóticos y derivados que desalientan para la acción, relajan la energía y convierten al hombre en la eterna víctima del hombre. Nadie se halla en la obligación de sufrir para que otros gocen, de ayunar para que otros coman, de morir para que otros vivan. Por el contrario, los desheredados tienen derecho de usar todos los medios para sustraerse a su desgracia condición. ¿Por qué desmayar de hambre a las puertas del festín, si violentando la entrada se consigue manjar y sitio para todos? Los despojos sociales nacieron de la violencia, se fundan en la violencia más o menos solapada, y combatirles violentamente es ejercer el derecho de contestar a la fuerza con la fuerza¹.

El *respeto* y la *resignación* pueden haber llenado el martirologio romano y el cielo; pero sólo el irrespeto y la rebeldía conquistaron la Naturaleza y cubrieron de flores el camino de la Humanidad. Un solo acto de rebeldía suele producir más bienes a la especie humana que todas las *resignaciones* y todos los *respetos*. Donde irradia un foco de luz, donde se derrumba una preocupación o un error, donde surge algo que sublima el pensamiento y ensancha el corazón, estemos seguros que ahí corrieron el sudor y la sangre de algún irrespetuoso y de algún rebelde.

Y ¿a quién le cumple más que al escritor la indisciplina y la insumisión? El debe marchar siempre a la cabeza de los insumisos e indisciplinados, tan ajeno a los aduladores del Poder como a los cortesanos de la muchedumbre. Para demandar justicia no aguarda hora propicia ni ocasión favorable, sino que la exige siempre en todo lugar, principalmente cuando se corre peligro al demandarla y cuando todos tiemblan y callan. Y en esto se diferencia del político³.

Los políticos de profesión, los que se desvelan por ganarse prosélitos, hablan siempre con atenciones, circunloquios y estratagemas, mientras

¹ Aquí termina la interpolación del autor.

² Comienza aquí una intercalación manuscrita del autor.

³ Aquí termina la interpolación del autor.

que el hombre verdaderamente libre lanza el pensamiento en su más cruda integridad, sin que le importe nada herir los intereses de las clases acomodadas ni sublevar la cólera de agrupaciones ignorantes y fanáticas.

II

MUCHOS PUEBLOS, al sufrir un descalabro, guardan la fuerza de elasticidad suficiente para regresar¹ al punto de la caída. Nosotros, vencidos por Chile, permanecemos colados al suelo como sustancia glutinosa.

Da grima ver el apego senil al camino trillado, el culto sin disidentes a la diosa rutina, el respeto servil² a hombres huecos e instituciones apolilladas³, a mitos aéreos y entidades metafísicas. En tanto que nuestros vecinos marchan al trote o a la carga, nosotros no salimos de marcar el paso.

Aquí no vivimos como hermanos, a la sombra del mismo techo, respirando el mismo ambiente y amando las mismas cosas, sino disputándonos un rayo de sol, como gitanos en feria: tratando de engañarnos sórdidamente, como tahures en mesa de garito; odiándonos interiormente con el rencor implacable de oprimidos y opresores.

A juicio de Bolívar, "no hay buena fe en América ni entre los hombres ni entre las naciones. Los tratados son papeles, las constituciones libros, las elecciones combates, la libertad anarquía y la vida un tormento". En el Perú de hoy, no existe honradez privada ni pública: todo se viola y pisotea cínicamente, desde la palabra de honor hasta el documento suscrito. La vida política se funda en fraude, concusión y mentira; la vida social se resume en la modorra egoísta, cuando no en la guerra defensiva contra envidia, calumnia y rapacidad del vecino.

En todo país civilizado funcionan grupos homogéneos o, cuando menos, se bosquejan embriones de partidos con sus hombres y sus credos: nosotros no conocemos armonías de cerebros, sino alianzas de vientre. No poseemos elementos individuales que reunir en un cuerpo solidario y compacto, porque los ciudadanos útiles y probos esquivan la lucha, se sustraen a la acción y viven acurrucados en el carapacho de su yo. El malo triunfa y manda, hace y deshace, mientras el bueno resume su filosofía en cuatro palabras: tranquilidad en la digestión.

¹ En vez de "ascender", el autor corrigió a lápiz "regresar".

² Una palabra suprimida por el autor.

³ Supresión de una frase por el autor.

¿Qué tenemos? En el Gobierno, manotadas inconscientes o remedos de movimientos libres; en el Poder judicial, venalidades y prevaricatos; en el Congreso, riñas grotescas sin arranques de valor y discusiones soporíferas sin chispa de elocuencia; en el pueblo, carencia de fe porque en ninguno se cree ya, egoísmo de nieve porque a nadie se ama y conformidad musulmana porque nada se espera. Pueblo, Congreso, Poder Judicial y Gobierno, todo fermenta y despiden un enervante olor a mediocridad. Abunda la pequeñez en todo: pequeñez en caracteres, pequeñez en corazones, pequeñez en vicios y crímenes.

El escritor no se exime del envilecimiento general. ¿Dónde la boca libre que hable a las multitudes como se las debe hablar? ¿Qué publicista rompe la mordaza de oro? ¿Qué poeta truena con la cólera engendrada por el odio al malo? El escritor que paladea la miel de un cargo público, enmudece o aplaude, el diarista que inútilmente husmea las migajas del erario nacional, vocifera y ataca: con rarísimas excepciones, sólo hay cortesanos rastreros u opositores despechados. Los que distribuyen la propina y marchan, como ídolos de la India, contemplando a sus pies una muchedumbre de creyentes arrodillados, éstos saben lo que significan las reverencias del periodista en el editorial, las congratulaciones del profesor en el discurso universitario y las lágrimas del poeta en la corona fúnebre.

Como profesamos un liberalismo a flor de piel, como nos hicimos al grillete del colono, ignoramos hacia dónde tenemos que ir y no acertamos ni a mover los pies con desembarazo. La independencia nos abrumba, como una montaña de plomo. Se diría que lamentamos la esclavitud perdida, como pájaros que, lanzados al aire por un descuido del amo, regresan a revolotear y piar en derredor de la jaula. Siguiendo la tradición de los autores cortesanos que elegían sus Mecenas entre los duques y los marqueses, nosotros mendigamos patrocinio y renta de Gobiernos, Congresos y Municipalidades. A la mendicidad de los individuos responde la mendicidad colectiva: las sociedades libres demandan subvenciones y carácter oficial. Somos los hermanos mendicantes de la Ciencia y de la Literatura.

Mas, sería muy aventurado afirmar que nuestra miseria social venga exclusivamente de la guerra con Chile: cierto, la derrota apoca, pone en relieve todos los vicios del vencido, infunde gran desaliento en los ánimos, pero no cambia súbita y radicalmente el modo de ser de una sociedad; una conquista duradera u ocupación secular es una inoculación, una guerra de pocos años es una simple sangría. Podremos estar anémicos, mas ¿por qué agangrenados? Lo natural habría sido que, pasada la guerra, hubiera *venido* la reacción.

Cunde hasta el servilismo internacional: las agrupaciones literarias y científicas tienden a convertirse en academias correspondientes de las

reales academias españolas. Literatos, abogados y médicos, vuelven los ojos a España en la actividad vergonzosa de mendigar un título académico. Lacayos del mundo intelectual, nuestros médicos, nuestros abogados y maestros literatos, se pavonean con las medallas o emblemas de las corporaciones españolas, como los antiguos esclavos de casa grande se contoneaban y crecían con la librea del amo.

En resumen, hoy el Perú es organismo enfermo: donde se aplica el dedo brota pus.

III

ARDUA TAREA corresponde al escritor llamado a contrarrestar el influjo del mal político¹: su obra tiene que ser de propaganda y ataque. Tal vez no vivimos en condiciones de intentar la acción colectiva, sino el esfuerzo individual y solitario, acaso no se requiere tanto el libro como el folleto, el periódico y la hoja suelta². Pero actúese personal o colectivamente, de nada serviría la más fogosa propaganda si no viniera simultáneamente con el ataque decidido a política y políticos.

¿Qué fue nuestra política? El arte de gobernar a los hombres como se gobierna una máquina o un rebaño. ¿Qué nuestros políticos? Sindicato de ambiciones malsanas donde por una selección invertida predominaron como flor y nata el médico sin clientela, el banquero en liquidación, el periodista sin suscriptores, el hacendado en ruina, el comerciante en quiebra, el ingeniero sin contratos, el militar sin hojas de servicios y señaladamente el abogado sin pleitos.

Por el rodadero de la política bajó todo a corromperse en charco cenagoso y pútrido. Las más preciosas discusiones de forma y de palabras, cuando no en riñas de intereses individuales o de camarilla. ¿Qué sacamos de todas nuestras divagaciones bizantinas? ¿Qué de todos nuestros pandillajes berberiscos? ¿Qué libertades conquistamos, después de las consignadas en las primeras Constituciones? Sacudimos la tutela de los Virreyes y vegetamos bajo la tiranía de los militares, de modo que nuestra verdadera forma de gobierno es el *Caporalismo*. Emancipamos al esclavo negro para sustituirlo con el esclavo amarillo, el chino. El substratum nacional o el

¹ La primera edición decía: "Ardua tarea corresponde al escritor nacional, como llamado a contrarrestar el pernicioso influjo del hombre público", que el autor corrigió en la forma expuesta aquí.

² Esta parte del capítulo ha sido modificada en su mayor parte por el autor.

Indio permanece como en tiempo de la dominación española: envuelto en la misma ignorancia y abatido por la misma servidumbre, pues si no siente la vara del Corregidor, gime bajo la férula de la autoridad o del hacendado; si no paga tributo en oro, da contribución en carne; si no muere en la mina, sucumbe en los campos de batalla. Hasta vamos haciendo el milagro de matar en él lo que rara vez muere en el hombre: la esperanza. La historia nacional se resume en pocas líneas: muchas reformas políticas en cierne, adelantos sociales casi ninguno, es decir, estancamiento¹; porque la civilización de una sociedad no se mide por la riqueza de unos pocos y la ilustración de unos cuantos, sino por el bienestar común y el nivel intelectual de las masas.

Y sin embargo, la política resume² todo el ideal de la juventud. Salidos apenas de las universidades, ¡qué!, hasta en los bancos del colegio, los adolescentes refrenan sus arranques de libertad, se adaptan a las pequeñeces del *medio* y adquieren todos los refinamientos y malicias del cortesano envejecido con la adulación y la mentira. No les pidamos el noble sentimiento de independencia, nada de lo que en otros países constituye el patrimonio de las almas recién abiertas a la conciencia de la vida. Su físico mismo les caracteriza: la humildad del semblante, la curvatura del cuerpo, la sumisa inflexión de la voz, denuncian al hombre destinado a momificarse bajo la piel de un senador, de un ministro, de un juez o de un mero empleado. Que la política no se diferencia de la magistratura ni de la Administración o empleomanía y parasitismo: del cargo público se sale a la política, y de la política se vuelve al cargo público, de manera que los tres poderes públicos deben ser considerados como talleres donde se fabrica el artefacto nacional: el empleado. Como hubo castas en Indias y *maestrías* en la Edad Media, así hay en el Perú familias de presupuestivos o empleados por herencia secular. Para esas familias toda profesión, toda carrera, toda industria son estaciones para llegar a la Caja Fiscal. Hombres que en artes, ciencias o industrias hubieran dejado una huella luminosa, malograron sus buenas cualidades y en lo mejor de la vida se hicieron inválidos de la inteligencia. A las puertas del Congreso, de Palacio y de las oficinas públicas, deberíamos repetir las lamentaciones del poeta inglés en el cementerio de una aldea.

Si la política es el mal, si el político es el enemigo, ¿ha de concluirse que el escritor viva encerrado en sí mismo, ajeno a las evoluciones de su país, como ser caído de un astro superior? Por excluirse un hombre de la política ¿deja de verse influido y arrastrado por los acontecimientos?

¹ Agregado por el autor.

² Cambio de texto por el autor.

Cuando un partido retrógrado invade el Poder y promulga leyes restrictivas de la libertad de imprenta, ¿no sufre daño directo el escritor? Quien vive cerca de un pantano, lejos de querer prescindir de los miasmas, trata de aplicar el drenaje a las aguas detenidas. Aún más, aunque un hombre se libre de un perjuicio, ¿no le sufren los otros? Por un egoísmo cobarde y frío, ¿dejaremos desencadenarse el aluvión porque arrastra al vecino sin amenazarnos a nosotros? Si algo debe lamentar el hombre que siempre manejó la pluma es no haber consagrado los mejores años de su vida a colaborar en una obra de regeneración social, y si de algo puede congratularse y enorgullecerse un escritor es de haber emitido una idea fecunda, extirpado un error o introducido un rayo de luz en algún cerebro nublado por las preocupaciones de casta y secta. "Cuando empecé a escribir, dice Zola, tuve un extraordinario desprecio de la política. Eso que era en mí la opinión simplista de un poeta exasperado, se me figura hoy la cosa más pueril y más imbécil. . . La política se me ha presentado como lo que es en realidad, como el enardecido campo donde se lucha la vida de las naciones, donde se siembra la historia de los pueblos para las futuras cosechas de verdad y de justicia. He comprendido que los espíritus más elevados pueden evolucionar ahí, realizando la mejor de las tareas: el bien de los otros."

Si alguien tiene obligación y derecho de inmiscuirse en las discusiones políticas es el escritor, no para quedar oscurecido y anulado en ellas, sino para iluminarlas y ensancharlas; no para defender una legalidad de convención y mentira, sino para descorrer anchos horizontes de justicia; no para divagar sobre interpretaciones de leyes o subsistencias de formas tradicionales y pueriles, sino para elevar las cuestiones políticas al rango de cuestiones sociales. Sereno entre el desencadenamiento de las malas pasiones y de los bajos instintos, indiferente a los cambios personales que no entrañan reformas provechosas a las muchedumbres, el escritor defiende al oprimido contra el opresor; en las horas de más envilecimiento de los pueblos y de tiranía de los poderes hace oír una voz de humanidad y de justicia. El político de profesión es soldado que en la humareda del combate no ve más allá del estrecho círculo que le rodea; el escritor es vigía que desde una eminencia sigue las evoluciones de los ejércitos y prevé mejor el resultado final de la batalla.

Nada tan mezquino de miras como un hombre eternamente confinado en la política. Si fiel a su partido, se agita en órbita de microbio, no concibe nada más allá de su grupo y realiza una obra de interés personal o de egoísmo; cuando no, rencores y venganzas; si infiel a sus correligionarios, va de agrupación en agrupación ejerciendo el ignominioso papel de tráfuga y merodeador público. Hasta el gran estadista, el modelo de

generosidad y nobleza, el prototipo de las llamadas virtudes cívicas, descubre algo irreductible y maquinal que infunde antipatía: es siempre el hombre del *buen éxito*, de la *cosa juzgada* y de la razón de Estado. Sacerdote laico, todo lo sacrifica en aras del Dios-Estado, como el clérigo católico lo inmola todo en holocausto del Dios-Iglesia. Aunque se jacte de librepensador y ateo, es el peor fanático de la peor de todas las religiones, pues tiene su Gran Fetiche en el Estado, su Papa en el Jefe del Poder Ejecutivo, su Concilio ecuménico en el Parlamento, sus Santos Padres en la Magistratura, su Biblia en la Constitución y las leyes.

Por eso, cuando se intenta amenguar el mérito de un escritor diciendo: ese hombre no es político, tradúzcase en esta frase que implica una alabanza. Ese hombre es a la política como el bisturí a la carne fungosa, como el desinfectante al microbio.

En compendio: el escritor debe inferirse en la política para desacreditarla, disolverla y destruirla¹.

IV

SI, LOS POLITICOS son los verdaderos enemigos, y con ellos se necesita, no sólo el ataque general y el globo, sino la expurgación individual para cogérles uno por uno y practicar una vivisección moral. Sí, la política es el mal, y toda propaganda debe tender a utilizar en provecho de las reformas sociales todas las fuerzas desperdiciadas hoy en luchas y divergencias políticas.

Aunque se escandalicen los adoradores de mitos y de fraseologías tradicionales, conviene prescindir de cuestiones sobre fundamentos del Estado y principios del Gobierno y repetir con un verdadero pensador: cualquier gobierno, con la mayor suma de garantías individuales y lo menos posible de acción administrativa. Al comparar las garantías que el *súbdito* inglés disfruta en la Gran Bretaña con las vejaciones que el *ciudadano* sufre en el Perú, se comprende que las formas de gobierno nada o muy poco significan para la libertad del individuo. ¿Qué vale más: habitar en una autocracia regida por un Marco Aurelio o en una república gobernada por un Cáceres o un Piérola?².

Hay que mostrar al pueblo el horror de su envilecimiento y de su miseria; nunca se verificó excelente autopsia sin despedazar el cadáver, ni

¹ Lo anterior y lo que sigue de este artículo es texto nuevo.

² Hasta aquí es texto nuevo.

se conoció a fondo una sociedad sin descarnar su esqueleto. ¿Por qué asustarse o escandalizarse? Cuanto se diga ¿no lo palpan nacionales y extranjeros? La lepra no se cura escondiéndola con guante blanco.

Pero de nada serviría revolcar siempre a la Nación en su propio lodo y enconarla noche y día sus llagas, si al mismo tiempo no se levanta el espíritu de las muchedumbres que rastrean en la costa, si no se sacude con rudeza brutal a esos hombres soñolientos que perdurablemente cabecean en las faldas de la Gran Cordillera, si no se da continuas descargas eléctricas al organismo amenazado de parálisis. Se necesita herir y punzar a las multitudes, no por el malévol prurito de ofenderlas y exasperarlas, sino por el generoso deseo de estimularlas para el bien y enardecer el coraje para la acción. Nada temamos que muy pocos oigan y entiendan; cuando vibra una voz sincera y franca, los más ignorantes paran el oído y escuchan. Lo que se toma por insuficiencia de las *masas* para comprender las ideas, debe llamarse impotencia del escritor para darse a entender. Si el tecnicismo y las demostraciones particulares de la Ciencia figuran como letra muerta para el ignorante o no iniciado, las conclusiones capitales ofrecen tanta claridad y sencillez que las entienden los cerebros de instrucción más rudimentaria. ¿Se requiere haber estudiado a fondo Astronomía para comprender que la Tierra se mueve alrededor del Sol? ¿Se requiere haber estudiado a fondo Historia Natural para comprender que entre el hombre y los animales superiores no median diferencias inexplicables? ¿Se requiere haber estudiado a fondo Sociología para comprender que la personalidad humana es sagrada y que todos poseen derecho a su parte de aire, de luz y de vida? ¿Fueron grandes teólogos todos los hombres que siguieron la predicación de Lutero? ¿Fueron grandes sociólogos los soldados de Cronwell y los voluntarios de la Revolución francesa?

Quien no se deja comprender, no sabe expresarse: el arte de la elocuencia depende mucho de saber colocarse al nivel intelectual de su auditorio¹. "Quien desprecia la multitud desprecia la Razón misma, desde que la juzga incapaz de comunicarse y hacerse oír; por el contrario, sólo es verdadera filosofía la que se cree nacida para todos y profesa que todos nacieron para la más elevada verdad y deben tener su parte de ella como del Sol."

1888

¹ Hasta aquí es una nueva interpolación del autor.

CUARTA PARTE

VICTOR HUGO¹

I

VICTOR HUGO ha muerto. El poeta del Siglo, el eco sonoro colocado en el centro de nuestra sociedad, acaba de extinguirse.

Para escribir la vida del ilustre muerto se necesitaría comprender la historia literaria de nuestro siglo. Lo que un autor francés afirmaba de Sainte-Beuve debe con más razón aplicarse a Víctor Hugo: "Ningún hombre de su época se rozó con mayor número de ideas". Ninguno, tal vez, realizó con la pluma prodigios mayores: él destruyó para construir, sublevó el espíritu nuevo contra el espíritu viejo y convirtió en campo de batalla la república literaria del siglo XIX.

Su nombre, como el *Islam* y *Sangre* de los mahometanos o el *Santiago* y *Cierra España*² de las huestes castellanas, repercutía como grito de combate. Cuando el cuerno de Hernani resonaba, todos los espíritus independientes se apercebían a luchar, porque el romanticismo francés, que había empezado³ con Chateaubriand por una exaltación algo mística y algo monárquica, se fue modificando con Víctor Hugo hasta significar emancipación del pensamiento, quiere decir, libertad en la Ciencia, en el Arte y en la Literatura.

Siempre que Víctor Hugo quiso levantar su voz de bronce, todos

¹ La muerte de Víctor Hugo conmovió visiblemente a M. G. P., que lo admiraba y seguía. Don Miguel de Unamuno (*Ensayos*, VII, Madrid, 1971), que elogió decididamente el estilo y la actitud de M. G. P., encontraba débil en el elogio a Hugo, a quien Unamuno repudió por su grandilocuencia. Fue publicado en varios periódicos de Lima, pero el texto en *Páginas libres* es completamente revisado.

² Modificación del autor al texto primitivo.

³ Corregido por el autor.

guardaron silencio para recoger las palabras y entregarlas a los vientos de la Tierra. Los escritores de su tiempo le apostrofaban como Dante a Virgilio: "Tú eres el guía, el señor y el maestro".

Aunque los naturalistas pretendan derivarse de Stendhal y Balzac, revelan a cada paso la filiación romántica, dejan ver que avanzan en la inmensa trocha montada¹ por el hacha de Víctor Hugo. Zola, en sus continuos arranques de mal humor, rabia de seguir involuntariamente el impulso del *Maestro* y no poderse quitar el penacho romántico.

Ser traducido al español, inglés, italiano alemán, griego y ruso, saliendo a luz lo mismo en París que en Madrid, Londres, Roma, Berlín, Atenas y San Petersburgo, sólo él lo consiguió. En todas partes se introdujo a dominar, a imponerse. ¿Qué literatura no conserva hoy huellas de imitación romántica?*

II

VICTOR MARIA HUGO nació en Besançon el 26 de febrero de 1802, y fueron sus padres el General José Leopoldo Segisberto Hugo, hijo de un carpintero de Nancy**, y Sofía Francisca Trébuchet, hija de un armador de Nantes. Vivió, pues, más de ochenta y tres años, viendo desaparecer a los principales autores de su tiempo: A. de Musset, Vigny, Lamartine, Sainte-Beuve, Dumas, George Sand, etc., a sus hermanos Eugenio y Abel, a su hija Leopoldina, a su esposa y a sus hijos Carlos y Francisco. De sus descendientes le quedaban, su hija Adela, encerrada desde 1872 en una casa de locos, y sus nietos Jorge y Juana.

Hijo de un soldado que hoy atravesaba los Alpes y mañana los Pirineos, Víctor Hugo, a las seis semanas de nacido, fue llevado por sus padres a Marsella, y después siguió residiendo en Córcega, la Isla de Elba, París, Turín, Florencia, Roma, Nápoles y Madrid, donde permaneció en el Colegio de Nobles desde principios de 1811 hasta la Primavera de 1812.

A los diez años intentaba versificar sin conocer la métrica, a los doce componía sus primeros versos consagrados a Orlando, y de los trece a los dieciséis, no sólo había escrito innumerables composiciones, tanto originales como traducidas del latín o imitadas de Ossian, sino un poema so-

¹ Cambio de texto por el autor.

* Carulle Mendès, *La Légende du Parnasse contemporain*, págs. 24 y 25.

** E. Fournier. *Souvenirs Poétiques de l'école romantique*, E. Biré. *Victor Hugo avant 1830*.

bre el diluvio, el cuento *Bug Jargal*, la tragedia *Itarmeno*, la zarzuela *De algo sirve el acaso*, el melodrama *Inés de Castro*, etc. A los quince años obtuvo una mención en el concurso de la Academia francesa, y a los dieciocho ganó el título de maestro en los Juegos florales de Tolosa. Chateaubriand le llamaba con justicia "el niño sublime".

Desde fines de 1819 hasta principios de 1821 colaboró asiduamente en el *Conservador literario*, periódico bimensual, fundado por él y sus hermanos. Sus escritos del *Conservador* se distinguen por el subido tinte monárquico, religioso y hasta clásico.

En 1822 dio a luz con el título de *Odas y Poesías diversas* su primera colección de versos, y obtuvo de Luis XVII una pensión anual de 1,000 francos y contrajo matrimonio con Adela Foucher, la virgen celebrada en el libro v de las *Odas*, la esposa ofendida¹ y glorificada en los *Cantos del Crepúsculo*.

De 1823 hasta 1830 inclusive, publicó *Han de Islandia* (1823), *Nuevas Odas* (1824), la reedición explanada de *Bug Jargal* (1826), *Odas y Baladas* (1826), *Cromwell* (1827), las *Orientales* (1829), el *Ultimo día de un condenado a muerte* (1829), *Marion Delorme* (1829), y *Hernani* (1830). Estas obras levantaron una tempestad de aplausos y recriminaciones.

El prefacio de *Cromwell* produjo tanta resonancia, que alguien le llamó el *Decálogo romántico*². La primera representación de *Hernani* se convirtió en la encarnizada lucha de dos partidos, en el Waterloo de la clásica tragedia francesa. Con la obra de Victor Hugo se impuso el drama romántico, rematándose la campaña empezada por Alejandro Dumas con *Enrique III* y por Alfred de Vigny con la traducción de *Otelo*. Como los veteranos del Imperio se enorgullecían de haber peleado en Austerlitz, así los viejos románticos se vanagloriaban de haber asistido a la jornada de *Hernani*. "Esa noche, dice Théophile Gautier, decidí de nuestra vida"^{*}.

En aquella época, antes de los treinta años, Victor Hugo había inspirado ya el odio implacable que Byron infundió en ciertos meticulosos espíritus de Inglaterra y el amor llevado al delirio que Goethe despertó en algunas nobles almas de Alemania. Si no faltó quien le execrara como el Atila de la Literatura, hubo también hombres acometidos de hugelatría. Refiere Théophile Gautier que al ser presentado a Victor Hugo por Petrus Borel y Gérard de Nerval le faltó poco para desmayarse como Ester en presencia de Asuero. Lo que más le sorprendía en Victor Hugo era "la

¹ Agregado por el autor.

² Modificado por el autor.

* *Histoire du romantisme*.

frente monumental, de amplitud y belleza sobrehumanas, frente digna de llevar la corona de un Dios o un César".*

De 1830 en adelante la fecundidad de Victor Hugo raya en asombrosa; como Lope de Vega y Goethe, lo abarca todo, lo emprende todo y lo puede todo. Cuando los demás incuban una estrofa o un canto, él produce un poema o un libro. Unos brillan como poetas líricos, otros como épicos o dramáticos; pero él se destaca sobre todos como el poeta único y de una pieza. Todo lo canta, desde la concha del Océano hasta el musgo de las montañas, desde el sapo hasta la estrella, y desde el amor que hace morir hasta el odio que hace matar. Vuela como el cóndor y trabaja como la hormiga. Asombra con la intensidad y extensión de su vida: no se abruma con la faena diaria, no siente la impotencia de la vejez, y por más de medio siglo publica volúmenes tras volúmenes que vienen al campo de la literatura francesa como creciente inundación de un Nilo inagotable.

III

SU OBRA, semejante al escudo de Aquiles, encierra la completa figuración de la vida, merece titularse como el libro de Humboldt, *Cosmos*.

Para estudiar el espíritu de nuestro siglo necesitamos leer las páginas del gran poeta: conociendo a Victor Hugo, sabemos lo que fuimos, lo que somos, lo que anhelamos ser. Más que el tipo de una raza, debe llamarse el hombre representativo de una época.

Victor Hugo pertenece a la familia de los genios eminentemente progresivos que se despojan hoy del error adquirido ayer: pájaros en eterna muda, a cada movimiento de sus almas dejan caer una pluma descolorida y muerta. Realista en la adolescencia, bonapartista en la juventud, republicano en la edad viril, socialista en la vejez, sintetiza la evolución de un cerebro que avanza en espiral ascendente. Vilipendiarle por la variación de sus ideas vale tanto como acusar a la semilla de transformarse en árbol. La piedra que baja en virtud de su peso, traza la línea recta; el tren¹, el humo y hasta el águila, siguen las entrantes y salientes de una curva para ganar en altura. Pasar de monárquico a republicano, de creyente a librepensador, significa ascender. Con razón, en 1853, comparando

* Soumet escribía en 1820 a un amigo: "Cet enfant (V. Hugo), a une tête bien remarquable, une véritable étude de Lavator" (E. Biré. *Victor Hugo avant 1830*).

¹ Supresión de una frase por el autor.

su vida intelectual con la tempestuosa carrera de Ney y Murat, exclamaba que "el orgullo en la ascensión era permitido cuando en el último tramo de la escala luminosa se había encontrado la proscripción".

Erró al figurarse que la Restauración de los Borbones daría libertad al pueblo francés y que el pontificado de Mastai Ferreti sería pacto de alianza entre la Iglesia y la civilización; pero combatió ínfatigablemente por la segunda República, vivió cerca de veinte años en el destierro y clavó en la picota de los *Castigos* al Emperador de Sedán y al Pontífice de Mentana.

Su acción política no iguala su influencia literaria. Si como Par de Francia sostuvo duelos de palabras, tan gloriosos como las justas de los antiguos paladines, no arrastró con sus discursos a las muchedumbres, no tuvo en sus manos la suerte de Francia, no representó el encumbrado papel de Lamartine. Su gloria política se funda en haber sido un Homero con gorro frigio y blusa democrática. El quitó a la poesía las immaculadas alas de serafín, que Lamartine le había revestido, él la sacó de la ebúrnea torre donde Alfred de Vigny la quiso mantener encerrada, él la alejó del palacio donde un tiempo se gozaba en murmurar monótonos cantos de servidumbre, y lanzándola a la tribuna parlamentaria, al club jacobino y a la plaza pública, la hizo relampaguear como Mirabeau, tronar como Danton y herir como las encolerizadas y justicieras muchedumbres del 93¹.

La lectura de Victor Hugo, como poderoso estimulante, hace brotar ideas; sus palabras actúan en el cerebro, como abono en la tierra. Siendo mucho lo que dice con sus versos, es más lo que sugiere. Cuando concluimos de leer algunos de sus poemas y cerramos los ojos, parece que las más recónditas células de nuestro cerebro se iluminaran con repentina luz sideral: con unos poetas soñamos, con otros sentimos, con Victor Hugo pensamos. Con él, "no sólo experimentamos la admiración por el escrito, sino también el gozo de encontrar en el poeta al pensador ligado con todos los problemas que interesan a la Humanidad"*.

Cuando² produce atesora el calor de la vida. Sus poemas no se limitan a hermosas cristalizaciones minerales: son cuerpos organizados en que se palpa el movimiento de la savia o la circulación de la sangre. Como lo declara él mismo, "tiene corazón hasta en la cabeza, entrañas en la inteligencia". "Quiero, dice, a la araña y la hortiga porque son aborrecidas." Esa inmensa conmiseración, que abarca todo cuanto vive o existe, le

¹ Desde "El quitó a la Poesía" hasta "justicieras muchedumbres del 93" ha sido agregado por el autor.

* Eugène Véron. *L'Esthétique*.

² Desde aquí hasta el fin, el texto es casi totalmente nuevo.

inspira una filosofía optimista, verdadera filosofía de poeta: según Victor Hugo, el mal desaparecerá un día, no sólo de la Tierra sino del Universo, y todos seremos eternamente felices bajo el ala paternal de Dios.

En su poesía, radicalmente humana, desborda la piedad hacia los desgraciados y relampaguea contra los opresores. El no renegó como Byron ni desesperó como Leopardi, y si alguna vez blandió la espada de fuego, siempre mostró en su frente olímpica el nimbo de la esperanza. Hasta en los *Castigos*, en ese tremendo libro de cólera y venganza, asoman la piedad y el amor, como fosforescencias en mar tempestuoso y negro.

Si no deja como Goethe una huella indeleble en las Ciencias naturales, imprimió en el idioma francés la efigie inalterable de su genio: queda como el insuperable maestro de la forma y del colorido. Contribuyó más que nadie a enriquecer el lenguaje poético, ya pidiendo voces al vocabulario científico, ya incrustando en sus frases locuciones populares, ya rejuveneciendo y renovando las vetustas y manoseadas figuras retóricas de los seudo clásicos franceses. Sus composiciones hierven de metáforas, donde adquieren forma tangible y concreta las ideas más vaporosas y más abstractas: al decir que piensa con imágenes se le ensalza en lugar de abatirle. Con sus imágenes enormes y exuberantes hace recordar las flores gigantes y extrañas que flotan sobre las aguas del Amazonas.

El dio a las palabras la ductilidad del oro y la maleabilidad de la arcilla plástica. Las frases dijeron siempre cuanto les mandó decir, produjeron las grandisonancias que les ordenó producir. Los ritmos le obedieron como a César su legiones. Tiene versos lapidarios que encierran síntesis admirables, ideas que parecen presentimientos de leyes científicas o tajos de luz abiertos en lo impenetrable. Hasta cuando el pensamiento se pierde en las abstracciones metafísicas o en las nebulosidades apocalípticas, el verso conserva su inimitable sonoridad, y produce el efecto de música subterránea o recuerda el rítmico galope de un caballo en las tinieblas.

El adolescente que en 1816 escribía: "Quiero ser Chateaubriand o nada", consiguió más de lo deseado, fue el poeta del Siglo.

IV

VOLTAIRE SE LEVANTA como el escritor francés más digno de colocarse frente a Victor Hugo; la tarea demoledora del uno en el siglo XVIII vale tanto como la obra literaria del otro en el siglo XIX. Voltaire, que se realza con el mérito de haber escrito a riesgo de libertad y vida, presenta

una desventaja. Sin decir con Pascal: "ingenio burlón, mal ingenio", puede asegurarse que si la Humanidad ríe con los escritores alegres, no adora más que a los hombres serios: Momo no será nunca la divinidad de un pueblo. Ingenio esencialmente satírico, aguzado por irresistible comezón de risa, Voltaire lo sacrifica todo al placer de lanzar un chiste y descubrir la parte vulnerable de sus adversarios. Victor Hugo es un carácter radicalmente grave; la chispa francesa no brota en él espontánea, sino estudiadamente. Lo que en Voltaire concluye por una risotada rabelesiana, en Victor Hugo termina por estupendos estallidos de cólera dantesca. Voltaire aplica en la piel de su enemigo vejigatorios microscópicos; Victor Hugo descarga mandobles que matan o dejan cicatrices indelebles. Voltaire no causa respeto: viejo medio alegre y medio libertino, es el *papá Voltaire*; Victor Hugo infunde cierto alejamiento: patriarca optimista y bondadoso, es el *padre Hugo*. Sin embargo, el uno se completa con el otro, y algo habría faltado a la Humanidad si no hubieran existido Voltaire y Victor Hugo. Ambos poseyeron la audacia en las ideas, la universalidad de la inspiración, la constancia en el trabajo, la combatividad infatigable, la vejez sin decrepitud y la fuerza tenaz de arraigarse a la vida.

Francia tuvo la gloria de producir a Napoleón Bonaparte, el hombre de la espada, y a Victor Hugo, el hombre de la pluma. El uno abre el Siglo con sus campañas, el otro le cierra con sus libros. El uno representa la plenitud en la vida de la acción, el otro la exuberancia en la vida del pensamiento. Victor Hugo es el Napoleón de la palabra, Napoleón el Victor Hugo del hierro. Soldado y poeta se distinguen por la enormidad y la fuerza. Si el uno gana batallas, el otro escribe poemas; y el artista no cede ante el guerrero, pues tanto valen los *Castigos* o la *Leyenda de los Siglos* como las Pirámides o Marengo. Ambos sintieron los éxtasis de la victoria, ambos probaron las amarguras del destierro, ambos sembraron amores profundos y odios implacables, ambos hicieron repercutir su nombre en los más apartados rincones del Globo. Reyes de Europa rindieron vasallaje a Napoleón; exceptuando a Lamartine y A. de Vigny, los poetas franceses del período romántico siguieron las huellas de Victor Hugo. Como Bonaparte, muere en Mayo, mes de las aves, de las flores y de los poetas. Hay una diferencia: Napoleón terminó su vida, triste, desamparado, en una isla estéril; Victor Hugo acaba de morir tranquilo, en el seno de sus amigos, llorado por un gran pueblo que le da por catafalco el Arco de Triunfo, por tumba la cripta del Panteón. La muerte así equivale a una transfiguración.

Los siglos correrán, y todas las medianías que surgen para deslumbrar a sus contemporáneos desaparecerán en las tinieblas del olvido, mientras la figura ideal de Victor Hugo irá creciendo en proporción a la distan-

cia que la separe de nosotros. Como se dice la Grecia de Homero, la Italia de Dante, la España de Cervantes y la Alemania de Goethe, se dirá la Francia de Victor Hugo.

1885

RENAN ¹

1

AL MISMO tiempo que Victor Hugo hizo de la poesía un arma democrática y demoledora², vino Renan a convertir la erudición en arte mágica de infundir la incredulidad.

Después de Lutero y Voltaire, pocos hombres encendieron polémicas más virulentas ni desencadenaron cóleras más furibundas.

Al traducir el *Libro de Job*, Renan se presentó como un nuevo excomulgado entre los mil autores inscritos en el Índice; al perder su cátedra en el Colegio de Francia por haber negado los dogmas del Catolicismo, se rodeó de celebridad entre librepensadores y eruditos; pero al escribir la *Vida de Jesús*, se convirtió en objeto de execración universal, en cabeza de turco donde los más inofensivos se juzgaron con derecho de asestar un puñetazo.

Como en tiempo de las Cruzadas justos y pecadores se creían obligados a romper una lanza en Tierra Santa, así, desde 1863 hasta 1870, los buenos y malos discípulos del Nazareno tomaron a punto de honra esgrimir la pluma contra Renan. Mil salieron a la palestra, desde Pío IX que le llamó "el blasfemador francés", hasta el obispo Dupanloup que le amenazaba con los "rigores del brazo secular".

Hubo más: protestante y papista, que nunca logran ponerse de acuer-

¹ Escrito en París, 1893, el año anterior a *Páginas libres*, donde lo recoge por primera vez, es un anticipo de otros dos artículos que escribió sobre el autor de la *Vida de Jesús*, los cuales aparecieron póstumamente.

² "Demoledora", agregado por el autor.

do, se confabularon¹ tácitamente para denigrar el libro y escarnecer al autor. No se concibe hoy la ira que sintieron algunos protestantes porque el hijo de Athanase Coquerel trató a Renan de *querido amigo*².

Hubo más todavía: los librepensadores le atacaron por razones contrarias, pues encontraron la obra llena de miramientos, transacciones y reicencias, cuando habrían querido que la pluma de Renan se hubiera transformado en arma hiriente y cortante, en la segunda lanza de Longino.

Se formaría una biblioteca muy voluminosa, aunque no muy amena, con todo lo escrito para insultar a Renan y rebatir³ la *Vida de Jesús*. Al estallar la guerra franco-prusiana, comenzó el apaciguamiento hacia el hereje y declinó una literatura cultivada por hombres que suplían el genio con las buenas intenciones⁴.

Renan, que no tuvo muy desarrollado el órgano de la combatividad, continuó encerrado entre sus papeles, sin dejar su siríaco, su hebreo, su arábigo, ni su griego, mientras zumbaba el huracán y se desencadenaban los truenos. Apenas si concedió importancia al decreto imperial que le destituía de la cátedra en el Colegio de Francia, apenas si una que otra vez se sulfuró con los repetidos y malévolos ataques de Dupanloup. La controversia con adversarios intransigentes y de mala fe, el combate rastroso donde se gasta más lodo que tinta, no cuadraban con la índole del hombre que reunía la mansedumbre de Kant a la sencillez de Spinoza.

Nunca sostuvo polémicas. "En la polémica, decía, hay que saber encontrar el lado frágil de sus adversarios y cebarse en él, no tocar las cuestiones inciertas, guardarse de toda concesión, en fin, renunciar a la esencia misma del espíritu científico."* "Calumniado como nadie, nunca se vindió, no creía en la eficacia de las calumnias, estaba persuadido que para los espíritus serios la rectitud del hombre honrado se revela siempre."** "Odiar a los tontos ¡gran Dios! Responder a todas las ineptias, gastar su vida en una lucha infecunda, entregarse a merced de los insultadores, concediéndoles derecho de figurarse que pueden herirnos, ¡que locura!, cuando el mundo es tan vasto, cuando el Universo encierra tanto secreto que adivinar, tanta magnificencia que contemplar."***

¹ "Tácitamente" en vez de "amigablemente", cambio del autor.

² "Trató a Renan de querido amigo" en vez de "dijo a Renan el tratamiento de querido amigo", corregido por el autor.

³ "Rebatir" por "combatir", cambio efectuado por el autor.

⁴ "Que suplían el genio con las buenas intenciones", modificación del autor a sus anteriores ediciones, que decían: "de buenas intenciones, a falta de genio."

* *La chaire d'hebreu au Collège de France.*

** *La chaire d'hebreu au Collège de France.*

*** *Feuilles détachées.* Integramente, a este acápite, el autor, con las mismas palabras y redacción de ediciones anteriores, le dio otra forma y le agregó el último párrafo, desde "Odiar a los tontos" hasta "tanta magnificencia que contempla".

Los enemigos de Renan eran lobos que aullaban inútilmente; él, un termite infatigable y silencioso que seguía carcomiendo el madero del Calvario.

II

HOY NOS ADMIRA el escándalo suscitado por la *Vida de Jesús* en la Francia bonapartista y gazmoña. Un pueblo donde escribieron Bayle, Fréret, Diderot, Voltaire y D'Alembert, donde pasó el soplo racionalista y laico de la Revolución, donde Dupuis y Volney redujeron toda la leyenda del Evangelio a un mito solar, donde Parny cantó la *Guerra de los Dioses*, donde Laplace, Stendhal y Proudhon hicieron gala de ateísmo ¡se escandalizaba porque un erudito negaba la divinidad de Jesús!

Si Renan procede con atenuaciones, circunloquios y cortesía, no debe inferirse que intentaba una obra de transacción entre fanático y ateo¹, ni afirmar con Jules Levallois que la *Vida de Jesús* levantó unánime tempestad en los bandos más opuestos, porque "nada separa tanto a los hombres como una tentativa de reconciliación que no se realiza".* Ciertamente, Renan al convertir en hombre al Dios usa de gran cautela; pero todos los subterfugios morales, todas las edulcoraciones del lenguaje, no pasan de recursos literarios para ganarse la benevolencia del lector. Jesús se diseñaba con rasgos tan admirables y simpáticos, se ha embellecido tanto con los adornos adventicios de la leyenda, representa un modelo de mansedumbre tan sublime, que el embestirle con odio y rabia despierta la invencible antipatía de los lectores, se pierde toda probabilidad de buen éxito en el ataque, se emprende una obra perjudicial y contraproducente.

Si por muchos de sus libros marcha Renan con los tímidos y conservadores, por su *Vida de Jesús* va con los avanzados zapadores de viejas teogonías². Mide muy bien la magnitud de su demolición, sabe que basta despojar a Cristo del barniz divino para derrumbar el edificio inmenso del Catolicismo. Emprende con toda consciencia una labor profundamente radical, y sólo por maquiavelismo puede calificarse de "respetuoso disidente" y pronosticar que "algún día la Iglesia le invocará como un apologista".

No: la Iglesia le anatematizará siempre como el peor enemigo, y

¹ Supresión del artículo "el" por el autor.

* *Deisme et Christianisme*.

² Nuevo párrafo intercalado con tinta por el autor.

con razón, por incurrir en el imperdonable delito de hacerse leer, por causar a la fe católica el mismo daño que puñal escondido en ramo de flores o veneno en copa de oro. Generalmente, las vidas de Jesús pecan de ilegibles y enojosas, en tanto que la de Renan es atractiva, ligera, por decirlo así, alada. Tiene sabor helénico, y en muchas páginas trasciende a idilio virgiliano. Si no merece titularse un libro divino, en el sentido ortodoxo de la palabra¹, debe llamarse algo que vale mucho más, un libro perfectamente humano. Al terminar su lectura, se ve que el hijo de María gana inmensamente con perder la divinidad, pues de sombra mítica y legendaria se transforma en personaje real e histórico. Ningún hombre puede quejarse de que le hayan consagrado monumento igual, y si volvierá Jesús al mundo, tal vez preferiría ver encarecidas sus acciones puramente humanas en el libro de Renan a ver glorificados sus prodigios de taumaturgo en los Evangelios.

Por medio de una crítica ingeniosa, despojar el hecho real de todas sus incrustaciones legendarias; inducir cautelosamente cómo pudieron realizarse los acontecimientos, cuando falta la narración imparcial y concluyente; expurgar las indecisas o contradictorias pinturas de los Evangelios, para fijar con rasgos precisos la figura histórica de Jesús, he aquí la empresa intentada por Renan. Cristo, dejando de mostrarse como el gran fetiche y el milagrero, adquiere toda su verdad aproximativa y aparece humanamente posible, aunque dibujado algunas veces con perfecciones sobrehumanas, casi divinas. Sin llegar a convertirlo en Dios, Renan le prodiga exageradas alabanzas que le rozan con la Divinidad. "Jesús es el individuo que ha hecho dar a nuestra especie el mayor paso hacia lo divino... Jesús es la más elevada entre las columnas que indican al hombre de dónde y a dónde debe tender... Jesús no será sobrepasado". Anticatólica, pero no irreligiosa, la *Vida de Jesús* exhala un perfume de vago misticismo.

Si el libro de Peyrat deja tal vez en el ánimo del lector una impresión más duradera y eficaz, la obra de Renan, con todas sus herejías destiladas en cláusulas místico-idealistas, ofrece el curioso aliciente de música profana, tocada en órgano de iglesia, por eximio artista.

Eximio artista: ni sus mayores enemigos se atrevieron a negarlo; condenaron su alma, no su estilo ni su lenguaje².

La *Vida de Jesús* posee un mérito indiscutible, una excelencia que la impone y la eternizará³: la forma. Renan confiesa que gastó un año en

¹ Modificado por el autor.

² Los tres últimos acápites han sido introducidos por el autor.

³ "Eternizará por "hará vivir", corregido por el autor.

sólo¹ corregirla, porque el asunto requería toda sobriedad, toda simpleza; y con su trabajo asiduo consiguió lo que más enorgullece al artista, disimular el arte. En las muchas cualidades del estilo resalta la suprema, la que parece resumirlas todas, la claridad: no se necesita volver sobre una frase para comprender el sentido, no hay que desperdiciar en interpretarla el tiempo que debe aprovecharse en meditarla. Como decía Joubert de Platón, "el lenguaje se colora con el esplendor del pensamiento".

En la *Vida de Jesús* se patentiza el don de algunos escritores franceses para componer con materiales ajenos un libro casi original. La grave erudición de los exégetas alemanes se convierte con Renan en disertación agradable; o de otro modo: el jugo de los autores germánicos, al sufrir las manipulaciones del estilista francés, se clarifica y se cristaliza con las facetas del diamante.

III

A RENAN HAY que examinarle por distintos lados, porque no es una esfera sino un poliedro irregular. El se pinta así: "Estuve predestinado a ser lo que soy; un romántico que protesta del romanticismo, un utopista que predica en política el a ras del suelo, un idealista que inútilmente se afana en parecer burgués, un tejido de contradicciones que recuerdan el hircocervo de la escolástica, dotado de dos naturalezas. Una de mis mitades se ocupa en demoler a la otra, como el animal fabuloso de Ctesias se comía las patas sin notarlo"*.

Si un tonsurado cuelga los hábitos, se convierte a menudo en enemigo implacable del Catolicismo y en el más terco refutador de sus dogmas. Sólo en un fraile ex papista como Lutero se concibe una cólera tan violenta contra los Papas. Renan se manifiesta impío sin hiel, hereje con la seráfica unción de un eclesiástico. Habla del Catolicismo con respeto, casi con veneración; rebosando de ternura inefable, recuerda sus primeros años de fe; confiesa que a la educación religiosa debe todo lo bueno que hay en su naturaleza; y se lamenta de haber contristado con sus ideas heterodoxas a sus primeros institutores, los venerables sacerdotes de Tréguier. De ahí que sus libros encierren una cualidad rara² en nuestro siglo: la serenidad. Aunque³ se manifieste sentimental y melancólico, se aleja

¹ Agregado por el autor.

* *Souvenirs d'enfance et de jeunesse.*

² Cambio de texto por el autor.

³ Suprimió una frase el autor.

mucho de los autores que escriben en continua exaltación nerviosa. Se cierne sobre los acontecimientos y las personas como si fuera de otro planeta, muchas veces como el *Micróme gas* de Voltaire.

Renan no pasó del misticismo a la voluptuosidad. Cortó su carrera eclesiástica y abandonó el seminario, porque la lectura y meditación de algunos autores alemanes le probaron la falibilidad de sus antiguos maestros. "Hacia 1843, dice, me hallaba en el Seminario de San Sulpicio cuando empecé a conocer Alemania por Goethe y Herder. Creí entrar en un templo, y todo lo que había yo tenido por una pompa digna de la Divinidad me produjo entonces el mismo efecto que flores de papel amarillentas y ajadas.* Confiesa que toda la vida se mantuvo casto, que sólo amó a cuatro mujeres —su madre, su hermana Enriqueta, su esposa y su hija—, que en los dinteles de la vejez vino a comprender las palabras del *Eclesiastés*: "Anda, pues, come tu pan y regocíjate con la mujer que amaste un día". Sin embargo, "desde niño entreveía la hermosura como don tan superior que el talento, el genio, la virtud misma, eran nada en comparación"; y en su vejez escribe frases que recuerdan a Heine predicando la rehabilitación de la carne o a Zola defendiendo la dignidad y nobleza del genésico: "¡Qué, dice, la obra por excelencia, la continuación de la vida estará ligada como un acto ridículo o grosero!" Quizá en todo su erorismo senil¹ hay un simple recurso literario, un contagio del naturalismo. Sólo así puede explicarse que haya escrito: "El libertino tiene razón y practica la verdadera filosofía de la vida".

Renan se presenta como ave rara en su época y en su nación, por el desinterés o "desprendimiento de los bienes temporales", según decía él mismo². Sus obras le produjeron muy poco: mientras novelistas y dramaturgos acumulaban sumas fabulosas³ y vivían regiamente, él vegetaba en la medianía y, a no ser por el Gobierno de la República, habría muerto en la escasez. Cuando el Imperio, al quitarle la cátedra de hebreo, quiso darle una compensación, él la renunció altivamente. Sin ser despilfarrador como Lamartine o pródigo como Dumas, no tuvo como Voltaire y Victor Hugo la ciencia práctica de la vida. Su felicidad habría consistido en que alguien hubiera tomado a cargo alojarle, alimentarle, vestirle y calentarle, dejándole completa libertad de pensar y escribir⁴. Poco más o menos la

* *La réforme intellectuelle et morale*. Después de modificar casi totalmente la redacción de este párrafo, el autor le agregó otro, desde "Hacia 1843" hasta "amarillentas y ajadas".

¹ Modificación hecha por el autor.

² Agregado por el autor.

³ "Fabulosas" en vez de "ingentes", corregido por el autor.

⁴ Agregado por el autor.

dicha del buen abad que pide una buena bicicleta sin desdefiar¹ un buen refectorio.

Contrariamente al pesimismo general, Renan se regocijaba de haber nacido y proclamaba el placer de vivir. Siempre se mostró satisfecho, salvo que toda su satisfacción no pasara de un velo discreto para disimular los combates interiores. Quizá ni su alegría ni su tristeza fueron muy profundas, porque el verdadero fondo de su carácter parecía un egoísmo sonriente, amable y de buen tono. El mismo declara con llaneza que de su educación clerical guardaba el horror a las amistades particulares, que nunca prestó servicios a sus amigos y por consiguiente a nadie. Probablemente², los dolores de la Humanidad no le quitaron una hora de sueño. Le tocó buen asiento para ver la representación del drama, y se divertía sin cuidarse mucho de averiguar si sus prójimos se divertían también. Hombre ajeno a las pasiones profundas y por consiguiente a los dolores profundos, miraba el Universo por el lado bueno y profesaba un optimismo, tan exagerado que más de una vez rayaba en³ irónico. Quién sabe si toda su filosofía optimista se explica por este arranque: "Debemos la virtud al Eterno; pero, como desquite personal, tenemos derecho de agregarle la ironía, devolviendo así a quien lo merece, burla por burla, haciendo la misma pasada que nos hicieron"⁴.

Hombre de restricciones y reticencias, de avances y retrocesos, daba un rasguño y en seguida restañaba la sangre y aplicaba un vendaje, sin pensar que la cicatriz quedaría indeleble. Los rasguños mujeriles que Renan ha dado al Catolicismo producen más daño que los furibundos hachazos⁵ propinados por otros. Por una parte ha quitado al ídolo de cartón sus papeles dorados, y por otra ha querido apuntalarle con barras de hierro.

IV

PAUL BOURGET afirma que la obra de Renan, considerada en conjunto, es de ciencia. ¿Erudición no convendría más? Una serie de encadenamientos lógicos y sin contradicciones, un todo inatacable y compacto, en fin, una gran pirámide de observaciones rematada con la afirmación de una ley,

¹ Cambio de texto por el autor.

² "Probablemente" en lugar de "Es probable que todos" corrección hecha por el autor.

³ Modificado por el autor.

⁴ El final de este párrafo tiene algunas modificaciones hechas por el autor.

⁵ La palabra "hachazos" está casi indescifrable en el original.

eso no se busque en los escritos de Renan. El mismo lo conoce cuando en su vejez se lastima de haberse consagrado a investigaciones "que nunca lograrán imponerse y quedarán siempre como interesantes consideraciones acerca de una realidad desaparecida para no volver"*.

Hasta¹ se figura desviado de su carrera intelectual, y con asombrosa ingenuidad escribe en sus últimos años: "El extremo ardor que la Fisiología y las Ciencias naturales excitaban en mi espíritu, me hace creer que, al haberlas cultivado sin interrupción, habría llegado yo a muchos resultados de Darwin, resultados entrevistados por mí"**. Pero el haber entrevistado desde muy joven muchos resultados de Darwin no le impide resolver metafísicamente problemas que pertenecen a las Ciencias naturales (como por ejemplo el origen del lenguaje), ni llamar "falsa hipótesis la idea de una primitiva Humanidad viviendo en estado salvaje y casi bestial"***. "La Ciencia, dice, demuestra que cierto día, en virtud de leyes naturales que hasta entonces habían presidido el desarrollo de las cosas, sin excepción ni intervención exterior, el ser pensante apareció dotado de todas sus cualidades y perfecto en cuanto a sus elementos esenciales, y, por tanto, querer explicar la aparición del hombre sobre la Tierra por las leyes que rigen los fenómenos de nuestro globo desde que la Naturaleza ha cesado de crear, sería abrir la puerta a imaginaciones tan extravagantes, que ningún espíritu serio se detendría en ellas un solo instante"****.

Renan costó el continente científico a manera de un Américo Vespucci; pero no penetró en él como un Hernán Cortés o un Pizarro. Así, recordando a Schopenhauer, llama al amor "voz lejana de un mundo que quiere existir"; recordando a Darwin, afirma que "el amor originó la belleza en el animal"; recordando a Jacobi, dice que "sus antepasados le legaron sus añejas economías de vida, que piensa por ellos"; recordando a Flammarion, escribe: "Pensemos que todo lo existido existe aún en alguna parte como imagen capaz de ser reanimada. Los clichés de todas las cosas se conservan. Los astros de la extremidad del Universo reciben actualmente la imagen de acontecimientos realizados hace muchos siglos. Las matrices de todo lo existido viven escalonadas en las diversas zonas del espacio infinito".

Al leer su *Porvenir de la Ciencia*, al recordar que alguna vez otorgó a los futuros químicos un poder sobrehumano, al oírle sostener que "el

* *Souvenirs.*

¹ Desde aquí el texto es casi todo nuevo.

** *Souvenirs.*

*** *De l'origine du langage.*

**** *Etudes d'histoire religieuse.*

mundo nos revela una ausencia completa de plan reflexionado a la vez que el mismo esfuerzo espontáneo del embrión hacia la vida y la conciencia", se le creería un sabio moderno; pero al ver sus continuas divagaciones en la esfera del misticismo, al escucharle profetizar la inmortalidad del sentimiento religioso y proferir que "sólo un materialismo grosero puede atacar esa necesidad eterna de nuestra naturaleza", se le distingue a mil años de un Taine declarando el vicio y la virtud¹ naturales como el vitriolo y el azúcar, o de una madame Ackermann proclamando que "el elemento de las religiones es la ignorancia", que "la Fe desaparecerá con la Ciencia", que "una Humanidad más civilizada no necesitará creer sino saber".

No se le compare con Darwin o Spencer, no se le pida tampoco la audacia de un Feuerbach para derribar todo el edificio religioso de la Humanidad, ni de un Haeckel para reconstruir la evolución de la vida en el Planeta; pero, sin salir de Francia ni penetrar en el dominio de las Ciencias naturales, compáresele con Letourneau, André Lefèbre o Guyau. Junto a la *Irreligión del Porvenir* o al *Bosquejo de una Moral sin obligación ni sanción*, muchos libros de Renan parecen anticuados y retrógrados. Hasta Vacherot* llegó a conclusiones más atrevidas sobre el porvenir psicológico de la Religión. Su gran audacia consistió en negar la divinidad de Cristo y sostener, aunque no siempre, la concepción hegeliana del Universo, es decir, considerarle como un ser en la gestación de Dios. El no se detuvo a reflexionar en la fecunda solidez del Positivismo; y aunque rindió entusiastas homenajes al carácter filosófico de Littré, procedió injustamente con Augusto Comte acusándole de haber escrito en mal francés: acusación de gramático a gramático, no de filósofo o filósofo.

Los ortodoxos le tachan de escéptico. No, Renan no merece el calificativo, porque si puso en duda lo dudable y lo dudoso, afirmó la realidad del mundo sensible, creyó ciegamente en la demostración matemática y aceptó la ley comprobada con observaciones y experimentos. En lo moral y religioso se abstiene o divaga; en lo dogmático "afirma categóricamente la humanidad de Jesucristo y la ausencia de revelación divina. Es, como dice Jules Simon, incrédulo, no escéptico"**. Con todo, el padre Gratry no carece de razón cuando le tacha de sofista. Renan sostiene el pro y el contra con asombrosa desenvoltura, no por mala fe, sino tal vez por des-

¹ Modificado por el autor.

* En su último libro *La Religión*, Vacherot se ha inclinado después al Catolicismo y últimamente acaba de lanzar estas afirmaciones: "Dios entrega a los hombres la política y se reserva la religión".

** *La Revue de Paris*, Février 15-1894.

cubrir la fragilidad de la Dialéctica: edifica un castillo de barajas, le derriba de un soplo, y en seguida le reedifica para volverlo a derribar. Se diría que se propone burlarse de la lógica, del asunto y del lector. Nos acordamos de Mefistófeles enamorando a la vieja Marta.

Cuando Renan reconoce en Víctor Cousin "uno de los excitadores de su pensamiento"* , se comprende que por el afán de encontrar en todo alguna verdad, quiera conciliar hasta las contradicciones. Si algunos de sus defectos nacen del Eclecticismo, otros¹ se explican por la exageración del espíritu crítico: el temor de engañarse y la manía de creerse un "espíritu delicado y libre de pasión", le hacían muchas veces afirmar todo con reticencias o negar todo con restricciones, es decir, no afirmar ni negar y hasta contradecirse, pues le acontecía emitir una idea y en seguida, valiéndose de un pero, defender la contraria. De ahí su escasa popularidad: la multitud sólo comprende y sigue a los hombres que franca y hasta brutalmente afirman, con las palabras como Mirabeau, con los hechos como Napoleón.

V

JOSE ERNESTO RENAN, nacido en Tréguier el 27 de enero de 1823, murió en París el 2 de octubre de 1892.

El, que solía poner en duda la existencia de Dios y la inmortalidad del alma, nada temió tanto como la decadencia cerebral y de nada cuidó más que de su fama póstuma. "¡Cuánto me dolería, dice, el atravesar un período de apocamiento en que el hombre antes fuerte y virtuoso queda reducido a la sombra y a la ruina de sí mismo, causando muchas veces el regocijo de los tontos al ocuparse en destruir la vida que laboriosamente edificó! Semejante vejez es el peor don que los dioses otorgan al hombre. Si tal suerte me cabe, protesto de antemano contra las flaquezas que un cerebro reblandecido me haga decir o afirmar. A Renan sano de espíritu y de corazón, como estoy ahora; no a Renan medio destruido por la muerte y no siendo ya el mismo, como seré si me descompongo lentamente, es a quien yo quiero que se oiga y crea."

Había deseado morir violentamente en el campo de batalla o asesinado en la curul del senador, y en algo se cumplieron sus deseos, pues se ex-

* *Feuilles détachées.*

¹ El final del antepenúltimo acápite, el anterior y el principio de éste, es una interpolación del autor.

tinguió dulcemente sin agonía dolorosa, conservando hasta los últimos momentos la lucidez cerebral. Con él no hubo mascaradas religiosas ni leyendas de muerte a lo Juliano el Apóstata o arrepentimientos *in extremis* a lo Littré y Claude Bernard, porque al sentirse grave, tuvo la precaución de recomendar a los miembros de su familia que no le llamaran sacerdote, aunque en las angustias y alucinaciones de la última hora le oyeran clamar por auxilios espirituales. Casado con una protestante (hermana del pintor Ary Scheffer), asistido por sus dos hijos, rodeado de amigos fieles y prevenidos, el asalto clerical no pudo ni ser intentado¹.

Muerto impenitente y laico, Renan tuvo suntuosas exequias nacionales, atravesó París en una especie de triunfo póstumo, y fue a reposar en el cementerio de Montmartre, bajo la misma tumba que Scheffer, no muy lejos de Théophile Gautier y Henri Murget.

¿Cuáles fueron sus últimas, sus definitivas convicciones? Pregunta difícil de responderse cuando se recuerda que el mismo Renan exclamó un día: "*In utrumque paratus*. Estar preparado a todos, es quizá la sabiduría. Entregarnos, según las horas, a la confianza, al escepticismo, al optimismo, o la ironía, es la manera de estar seguros que, a lo menos por momentos, hemos poseído la verdad"*.

Para dar alguna idea de sus convicciones en Política y en Sociología, bastan algunas citas en su libro, publicado con el pomposo título de *La reforma intelectual y moral*.

"El egoísmo, fuente del socialismo; la envidia, fuente de la democracia, formarán siempre una sociedad débil, incapaz de resistir a poderosos vecinos. Una sociedad sólo es fuerte con tal de reconocer el hecho de las superioridades naturales, que en el fondo se reducen a una sola, la del nacimiento, puesto que la superioridad intelectual y moral no es más que la superioridad de un germen de vida, desarrollado en condiciones particularmente favorecidas.

»No soy rico, pero no podría casi vivir en una sociedad sin ricos. No soy católico, pero me gusta mucho que haya católicos, hermanas de la caridad, curas de aldea, carmelitas, y si de mí dependiera suprimir todo eso, no lo suprimiría.

»En realidad, la Iglesia y la escuela son igualmente necesarias: una nación no puede pasarse sin una ni otra: cuando Iglesia y escuela están en pugna, todo va mal.

»...educar al pueblo, reavivar sus facultades algo amortiguadas, inspirarle (con la ayuda de un buen ciego patriota) la aceptación de una sociedad superior, el respeto de ciencia y virtud, el espíritu de sacrificio y abnegación...

¹ El final de este párrafo ha sido modificado por el autor.

* *Souvenirs*.

»No considerando más que el derecho de los individuos, es injusto que un hombre sea sacrificado a otro hombre; pero no es injusto que todos se sometan a la obra superior que realiza la Humanidad. Cumple a la Religión explicar estos misterios y ofrecer en el mundo ideal superabundantes consolaciones a todos los sacrificios en la Tierra."

Lo último es el cómodo sistema de *una religión para el pueblo*, sistema que trasciende a ironía sangrienta en labios del hombre que no vivió muy seguro de hallar en la otra vida las compensaciones que ofrecía generosamente a los desgraciados.

Efectivamente, aunque dijo: "que prefiere el infierno a la Nada", "que espera y desea la inmortalidad", no vivió muy seguro de lograrla. Y ¿cómo, si ni sobre Dios tuvo idea clara y definitiva? Su Dios es unas veces un devenir, otras lo divino en la Naturaleza, otras el Padre celestial de Jesús, otras el papá-Dios o viejo calavera que se divierte con las travesuras de sus nietos. Atacó a Béranger por *son Dieu des bonnes gens*, y se muestra más irreverente que Béranger; censuró a Voltaire por sus impiedades, y se manifestó más impío que Voltaire. Voltaire acusa a Júpiter de habernos jugado una broma pesada al crearnos; Renan afirma que "el seductor supremo ocultó gran parte de ironía en nuestras más santas ilusiones". Voltaire, moribundo, responde al sacerdote que le encarece los méritos de Jesucristo: "No me hable usted de ese hombre". Renan, al atravesar la puerta de una iglesia, se quita el sombrero. "Creía que estaba usted de pleito con el buen Dios", le dice su amigo. Renan responde: "Nos saludamos, pero no nos hablamos".

¿Hay acaso un abismo entre Voltaire y Renan? Quién sabe si la *Vida de Jesús* podría llamarse otra *Doncella de Orleán*, no en verso volteriano, sino en prosa renaniana, con la diferencia que donde Voltaire se muestra grosero, desvergonzado y mordaz, Renan se manifiesta pulido, discreto y simplemente irónico.

Renan es un Voltaire clarificado y tamizado¹.

VI²

AL COMPULSAR HOY los trabajos de Renan, se admira dos cosas: la flexibilidad del talento y la inmensa laboriosidad. El mismo hombre que descifra una vieja y borrosa inscripción semítica, escribe los *Dramas filosófi-*

¹ Exceptuando los tres primeros párrafos del capítulo, todo es texto nuevo del autor para esta edición.

² Este artículo estaba compuesto en las ediciones anteriores de cinco capítulos.

cos o los *Recuerdos de infancia y juventud*. Como Voltaire, maneja la pluma con mano moribunda y sólo descansa al hundirse en el sepulcro. Achacoso, amenazado ya por la muerte, dicta dos cursos en el Colegio de Francia y trabaja sin reposo en concluir su *Historia del pueblo de Israel*. Más afortunado que su amigo Taine, no deja inconclusa ninguna de sus obras capitales.

Sus adversarios, principalmente los católicos, le acusan de frívolo y ligero, olvidando que la *Misión de Fenicia*, la *Historia de los orígenes del Cristianismo*, la *Historia del pueblo de Israel*, la *Historia general de las lenguas semíticas* y el *Corpus semiticarum inscriptionum*, revelan muchísimas horas de estudio y profundas meditaciones. Cierzo, Renan pagó tributo a su época escribiendo volúmenes de simples amenidades o amplificaciones; pero semejantes libros, compuestos muchas veces para ceder a la petulancia voraz de los editores, no encerraban la savia ni el meollo de su talento: eran cosas análogas a los entretenimientos o desahogos del artista, que después de fabricar una basílica iluminaba una miniatura o cincelaba una copa. El descubre tal vez el fondo grave de su carácter cuando escribe que de todas sus obras prefiere el *Corpus semiticarum inscriptionum**, la más árida y de público más restringido.

Tal vez la última circunstancia contribuía mucho a la preferencia, pues, como Taine, proclamaba la aristocracia intelectual y habría deseado convertir a los sabios en una especie de seres privilegiados o divinidades terrestres. Y no sólo miraba en menos al vulgo pedestre, sino que en un momento de pesimismo literario ataca en globo a sus contemporáneos y pronostica siniestramente que nada o casi nada vivirá de todo lo escrito en el presente siglo. Sin manifestarse tan pesimista como él, se puede preguntar: ¿Cuál de sus trabajos sobrenadarán en el futuro naufragio? ¿Quién acierta en profetizar la selección del porvenir? Quevedo, uno de los hombres más sabios de su tiempo, vive por las letrillas y romances, por lo superfluo de su ingenio. Ni los autores mismos conocen la suerte de sus obras: Petrarca cifraba la gloria en sus versos latinos. Newton apreciaba tanto su libro sobre el Apocalipsis como sus tratados de Matemáticas. Algo semejante sucede ya con Renan: olvidamos al colaborador de Victor Leclerc, al viajero y al arqueólogo, al lingüista y al filólogo, al historiador de Israel y el traductor de *Job*, *el Cantar de los cantares* y *Eclesiastés*, para sólo recordar al estilista de la *Vida de Jesús*. Pensó vivir por la erudición, y vive por lo que menos estimaba o fingía no estimar: la literatura¹.

Renan se dibuja como un erudito que se duele de haberse consagrado

* James Darmesteter. *Revue Bleue*, 21 Octobre 1893.

¹ El párrafo anterior y éste han sido agregados por el autor.

a la erudición y como un literato que se enorgullece de tener en menos la literatura. Dice que no adolece de vanidad literaria, que algún tiempo de su vida hizo caso de la literatura por sólo complacer a Sainte-Beuve que ejercía mucha influencia en él. Sin embargo, antes de conocer íntimamente a Sainte-Beuve y después de haber escapado a su influencia, escribió frases, páginas y libros enteros de simple literatura. Cuando afirma que "desierto es monoteísta", que "las paralelas se encuentran en lo Infinito", que "si la Naturaleza fuera mala sería fea", que "Dios es ya bueno; pero no todopoderoso y que sin duda lo será un día", ¿no construye frases puramente literarias? Cuando escribe la *Plegaria en el Acrópolis o Emma Kosisilis*, ¿no llena páginas puramente literarias? Cuando compone los *Recuerdos de infancia y juventud*, ¿no hace libros puramente literarios y hasta lamartinianos con una Graziella en forma de Noemí?

En fin, Renan realizó con la Exégesis alemana lo mismo que madame de Staël y Egger intentaron con la literatura y la filología germánicas. Puede la Ciencia destruir una parte de su obra, como sucede ya con el *Origen del lenguaje*; pero el arte conservará siempre mil y mil de sus páginas donde se exhala el aliento de una juventud eterna y se aspira el inefable aroma de la vida. En las antologías francesas ocupará un lugar cerca de Lamartine, porque no media gran distancia entre *Jocelyn* y la *Vida de Jesús*. Si Lamartine fue poeta extraviado en la política o abeja que labró su panal en el gorro frigio, Renan fue poeta emparedado en la erudición o un Ariel que llevó en sus alas el polvo de una biblioteca.

1893

VALERA¹
POETA Y EPISTOLARIO

I

CON SIETE LAMINITAS de marfil, que representan cinco triángulos y dos cuadriláteros, se divierten los chinos en formar cientos y cientos de las figuras más caprichosas. En análogo juego de paciencia se ejercitan² muchos versificadores americanos y españoles: con dos adjetivos³, una frase del siglo XVI y otra frase traducida o imitada de algún escritor francés, componen redondillas, sonetos, silvas y cuantas combinaciones métricas conocieron Rengifo y Hermosilla.

¿Se quiere adjetivos en las composiciones poéticas de Valera?

*Era el silencio de la negra noche,
Y yo lloraba mi ilusión perdida,
Y de mi triste llanto se burlaban
Los tibios rayos de la luna, el aura
Efervescente en chispas vividoras
Y las antes recónditas estrellas,
Del hemisferio austral lúcido ornato,*

¹ Aunque este ensayo se insertó en la edición de 1894 con fecha de 1890, el texto totalmente rehecho que aquí aparece, de conformidad con las innovaciones introducidas por su autor, probablemente entre 1896 y 1915, le dan el carácter de algo totalmente distinto. Probablemente una de las causas del rechazo de M. G. P. a la 2ª edición, la de R. Blanco Fombona, 1915, se debió a que no sólo alteró la ortografía del original, sino que no solicitó la venia del autor para revisar el texto.

² Suprimió el autor la palabra "hoy".

³ Modificación del autor.

*Cuyo fulgor vio Dante sobre el rostro
De quien sin libertad no quiso vida¹.*

Un poeta más conciso habría reducido los últimos siete versos a dos:

*Y se burlaban de mi llanto, el aura,
La Luna y las estrellas;*

pero tenía que haber un *llanto triste*, unos *rayos tibios*, un *aura efervescente*, unas *chispas vividoras*, unas *antes recónditas estrellas*, un *lúcido ornato*, y algunos ripios más, sin contar la inútil alusión a unos versos de la *Divina Comedia*².

¿Se quiere frases hechas?

*La esperanza, esa flor de primavera,
Fresca y lozana cuando Dios quería.*

El "cuando Dios quería" estuvo mandado enterrar³ en tiempos de Garcilaso y fue resucitado⁴ por Sancho Panza al lamentar en Sierra Morena la pérdida del rucio. El mismo Valera confiesa que "en cualquiera época hay un estilo de convención, un enjambre de frases hechas, una manera, en suma, a la que se adapta la turbamulta de poetas".

¿Se quiere traducciones o imitaciones? La respuesta merece algunos párrafos.

Muchos atenúan el plagio con el eufemismo de traducción o imitación y consideran como corsarios con patente legal o marinos *caleteros* a los más descarados piratas. Supongamos un Derecho marítimo redactado por la tripulación del Draque.

A José Nakens se le antojó escribir que don Ramón de Campoamor metía con alguna libertad su hoz en la mies de Victor Hugo, y Valera entabló polémica en defensa del acusado. Defensa y polémica inútiles. Y peor aún, hasta contraproducentes, pues al afirmar Valera que lo tomado a Victor Hugo no valía la pena, daba desfavorable idea del gusto de Campoamor, que, pudiendo asimilarse lo bueno, escogió lo insignificante o lo malo⁵. Nadie necesita de menos abogados y abogacías que el poeta

¹ Los dos primeros versos y los tres últimos han sido agregados por el autor.

² Cambio de texto por el autor.

³ Modificado por el autor.

⁴ Corregido por el autor.

⁵ Desde "Y peor aún" hasta "lo insignificante o lo malo" ha sido agregado por el autor.

de las Doloras. Por su rica fantasía, por su profunda intención filosófica, por su verso unas veces gráfico y otras alado, por su estilo viviente y personal, Campoamor compete con los mejores poetas del mundo. Es tan individual, *tan él*, que se denuncia en una línea, pero no degenera en monótono ni obstruye con su personalidad y su egotismo. Su imaginación, como las rosas de Oriente, perfuma lo que toca. ¿Hay muchos hombres capaces de escribir hoy las *Fábulas* o las *Polémicas* y mañana *Colón* o los cuadros dantescos del *Drama universal*? Los Tennyson, los Leconte de Lisle y los Carducci, no están encima de Campoamor ni le eclipsan.

El resultado de la polémica se calcula¹ recordando que las controversias literarias, como fogatas de leña húmeda, suelen producir² más humo que fuego. Conforme a las teorías sentadas por Valera, no plagia quien pone en consonante ajenos pensamientos consignados en prosa llana, o traduce en verso una poesía con tal de conservar o mejorar la hermosura del original. Hurto es apropiarse brillantes u onzas; pero no diamantes en bruto para lapidarles nosotros mismos, ni lingotes de oro para convertirlos en vajillas grabadas con nuestro monograma. Consecuencia práctica: al acercarse el Invierno, róbate la capa del vecino, y para que no te acusen de ratero, mándala teñir.

Esto no posee ni el mérito de la novedad, pues muchos sostuvieron lo mismo en términos casi idénticos. "Un autor, en concepto de Nisard, hurta el bien de otros cuando no iguala lo que les toma, como el grajo que se adorna con las plumas del pavo real, pero recobra su bien, como decía Molière, cuando lo que inventa iguala o supera a lo que toma... Lo que *sin ninguna violencia* se traslada de poeta a poeta pertenece a los dos con el mismo título. Si hubiera violencia, habría robo"*.

Compárese las teorías de Nisard y Valera con la opinión del hombre que nunca se manifestó muy favorable al derecho de la propiedad literaria, que hasta escribió un libro para combatirla. "Todos sabemos, dice Proudhon, que "el plagio no sólo consiste en el robo de frases y usurpación de nombre o paternidad sino también (y es la manera más cobarde de robar lo ajeno) en la apropiación de una doctrina, de un razonamiento, de un método, de una idea"***.

A cualquiera se le ocurre preguntar si el escritor que sobre el plagio formula teorías de manga tan ancha osa llevarlas a la práctica. Pregunta

¹ Modificado el texto original por el autor.

² "Suelen producir" en vez de "producen", corrección del autor.

* *Histoire de la littérature française*. Tome troisième. pag. 124 et 158. *Le transport sans nulle violence* pertenece a *La Fontaine*, que en materia de plagios no tuvo la conciencia muy limpia.

** *Les majorats littéraires*.

difícil de contestarse, dada la erudición políglota de Valera: ¿cómo comprobar fácilmente que pone a contribución un griego, un latino, un inglés o un alemán? Vale más suponer que predice una teoría y sigue otra, que no ejerce ese *pickpocketismo* literario en que el mérito de la sustracción se aquilata por la destreza del operador¹.

Con todo, Valera se cree poeta, como Lamartine se creía gran arquitecto, Chateaubriand gran diplomático, Ingres gran violinista² y Gavarni gran matemático.

II

DESDE LA MALHADADA polémica, Valera no desperdicia ocasión de zaherir a Victor Hugo, porque le guarda la ojeriza de Sancho a la manta. Se maneja con el poeta francés como el³ que de mala fe nos pisa un callo, y en el acto nos pide mil perdones y nos hace mil reverencias.

Una vez le censuró haber llamado a la Creación o Universo le *crachat de Dieu*, el esputo de Dios; no recordamos qué *magister* colombiano contestó que *crachat* debía de traducirse en ese caso por *condecoración*; y sobre si el Universo era condecoración o esputo, se renovó entre colombiano y español la disputa famosa de los *Dos Preceptores*.

Atacar todo lo francés, achaque de todo buen español. Algunos escritores castellanos copian, imitan o traducen a Victor Hugo, y apenas acaban de hacerlo, le embisten y le denigran. Cosa muy natural: cuando un amigo nos convida la sopa, nos hartamos bien, y en seguida hablamos mal de la sopa y del amigo.

A más de la ojeriza con Victor Hugo, Valera esconde su pequeña neurosis, o como dicen los franceses, *son dada*, creerse escéptico. "Yo que soy un poco escéptico", dice repetidas veces, *à cheval sur son dada*. Cada uno cree lo que le parece creíble, y muchos no pasarán tal escepticismo, como no digieren el republicanismo de Castelar. Se apostaría que Valera hace cruces al abrir la boca, y bendice el plato, antes de meter la cuchara, imitando al buen español que decía:

*Yo tengo por devoción
De santiguar lo que debo⁴*

¹ Los tres acápites que anteceden fueron agregados por el autor.

² Modificado por el autor.

³ "Mozo chulo", suprimido por el autor.

⁴ El autor, después de modificar la redacción de este párrafo, le agregó estos versos.

Luis Carreras asegura que Valera¹ "no se atreverá jamás a adoptar un estilo volteriano, por recelo de los abanicos de cuatro emperifolladas y embarnizadas marquesas" y² "que antes de tomar la pluma enciende a su derecha una vela a Dios, a su izquierda otra al Diablo y enfrente una lámpara incandescente a la ninfa Comodidad"*.

Lo seguro es que la teomanía y la cristolatría resaltan en sus obras. Todo es Dios, en Dios, con Dios, por Dios y para Dios; y en todo, con todo, por todo y para todo está el divino Redentor. Canta la *Resurrección de Cristo*, la *Divinidad de Cristo*, no sabemos si la virginidad de Cristo; y rendiría gracias a la Providencia que nos colma de infinitas bondades haciendo pasar los ríos por en medio de las ciudades y poniendo en rajas los melones para mayor facilidad de ser comidos en familia. Posee la cólera santa del justo, el *odium teologicum* y el regocijo inefable del bienaventurado³. No puede mentar a Machiavello sin anteponerle el calificativo de impío, y arremete⁴ contra Pi y Margall porque niega la vida futura; pero se conmueve hasta casi derramar lágrimas porque la Avellaneda experimenta en sus últimos años el histerismo ascético, y eleva un solemne⁵ *Te Deum* porque el grotesco Adolfo de Castro "se convierte de sus antiguas ideas de librepensador a ferviente católico".

Con una crueldad felina se encarniza contra el bueno de Aparisi y Guijarro, y después de haberle destrozado y desmenuzado, se arrepiente y sufre los remordimientos "del seminarista que regresa de cometer un pecado contra el pudor". Al fin, Aparisi y Guijarro, que vivió y murió en el seno de la Iglesia, merecía más consideraciones.

Si Valera no pone en tela de juicio ningún dogma, si hace gala de buen católico, si aboga por el *Syllabus*, ¿de qué duda? Se le podría definir: un escéptico *sui generis* que rechaza las audacias y lógicas de la Ciencia y afirma los desvaríos parológicos del Catolicismo. Vanagloriarse de escéptico, y no rechazar el Catolicismo, vale tanto como creerse dispéptico y digerir el bálsamo de Fierabrás. El escepticismo de académico que asiste anualmente a la misa por el alma de Cervantes, es un artificio retórico, dandismo literario, préstamo de Renan, pero préstamo tan inofensivo como resolver charadas o jugar dominó**.

¹ Supresión del autor.

² Suprimió una frase el autor.

* *Prosistas contemporáneos en Madrid*.

³ Desde "el divino Redentor" hacia "regocijo inefable del bienaventurado" es una interpolación del autor

⁴ Corregido por el autor.

⁵ "Solemne" en vez de "gran", corrección del autor.

** El grotesco Padre Blanco García, que parece haber tomado a lo serio el escepticismo, dice: "Valera es un escéptico que expone las teorías de Pitágoras y

Valera comparó unas liras de Menéndez Pelayo con una oda de Sinesios, el obispo de Prolemaida. Bueno habría sido que el autor de las *Cartas Sudamericanas* se hubiera parangonado él mismo con el autor de la oda griega¹. Como los primitivos obispos semipaganos continuaban en vida conyugal con sus mujeres legítimas, así Valera, con todas sus dudas y todo su escepticismo, sigue cohabitando con su esposa la Santa Madre Iglesia².

III³

NEGADO COMO poeta, no sólo por sus malquerientes, sino hasta por su amigo Revilla, discutido como dramaturgo, admirado como erudito, Valera se impone como traductor, y en la literatura castellana ocupa lugar más prominente que los Eugenio de Ochoa y los Ventura de la Vega.

Al revés de muchos traductores americanos y españoles, que traducen de traducciones francesas las obras de ingleses o alemanes, Valera acude a la fuente y nos ofrece un agua fresca recogida con sus manos. Cuando en el encabezamiento de una composición escriba: traducida del alemán o del inglés, debe creérsele, porque los versos no denuncian el trasvase de segunda mano, como quien dice, el empego del orden francés.

Sus traducciones cortas de Uhland y Goethe, principalmente las versificadas en romance octosilábico, suelen rivalizar con los originales. Esas baladas, esos *lieder*, admirablemente confeccionados por Valera, figurarán en las antologías españolas, como figuran en las vidrieras del confitero las perlas de azúcar, rellenas con lágrimas de exquisita mistela.

Véase dos ejemplos, los más cortos, no los mejores:

LAS GOTAS DE NECTAR

(De Goethe)

*Por complacer al amado
Al divino Prometeo,*

Platón, de la escuela teúrgica de Alejandría y del misticismo cristiano, revolviéndolas como las figuras de calidoscopio. *La literatura española en el siglo XIX*. Parte Segunda, pág. 147.

¹ El principio de este párrafo ha sido modificado por el autor, y el resto, hasta aquí, es texto nuevo de él.

² Corregido por el autor.

³ El capítulo III de esta edición es texto nuevo.

*Un cáliz lleno de néctar
Minerva trajo del cielo.
Con él inspiró a los hombres
El santo amor de lo bello,
Y puso en sus corazones
De las artes el anhelo.
Recatándose de Jove
Bajaba, y estremeciendo
El cáliz, algunas gotas
Vertió sobre el verde suelo.
Abejas y mariposas
Al punto allí concurrieron,
Y hasta la deforme araña
Gustó del licor benéfico.
Dichosas, pues, que libaron
Inspiración y deseo,
Y del arte con el hombre
El alto don compartieron¹.*

ROMANCE DEL PASTORCITO Y LA INFANTA

(Del alemán)

*En el balcón del alcázar,
Al romper el nuevo día,
Tan hermosa como triste,
Está la infanta y suspira:
El Pastorcito del valle
Su pensamiento cautiva.
La Infanta murió de amores,
Su cuerpo a enterrar iban:
El lo vio, lo vio, y no supo
Por quién la Infanta moría.
En el valle está el sepulcro,
Y cuando en él se reclina
El Pastor, sueña dulzuras
De una tristeza infinita²*

¹ Estos versos han sido agregados por el autor.

² Estos versos han sido agregados por el autor.

Sin embargo, en sus *Trozos del Fausto* descubre al versificador que desesperadamente lucha con rima y ritmo, mientras en su traducción de von Schack, *Poesía y arte de los árabes en España y Sicilia** cede a escrupulos monjiles que no conocieron ni los antiguos frailes españoles al interpretar la *Egloga II* de Virgilio. La pudicia de Valera, ruborizándose ante cosas análogas al

*Formosum pastor Corydon ardebat Alexim
Delicias domini,*

le grangeó los aplausos de un señor Marqués de Valmar**. Hay algunos santos varones que encuentran muy diáfano el *peplus* y vestirían a las Musas griegas, como una vieja de Paul de Kock pretendía forrar a hombres y mujeres con media docena de calzoncillos.

En cambio, su fidelidad al traducir algunos pasajes del mismo von Schack le atrajo la fraternal amonestación de un escritor bilingüe. "Así quisiéramos, dice el catalán Milá y Fontanals, que se hubiesen modificado ciertos paralelos del estado moral y del entusiasmo bélico religioso de los árabes y el de los cristianos; que por más que se trate de árabes, no se alabase cierto género de tolerancia, y que tuvieran el debido correctivo ciertas pullas anti-monacales, únicas que al parecer disfrutaban de privilegio de desarrugar el sobrecejo científico"***.

¡Lucido habría quedado von Schack en una traducción corregida por un Marqués de Valmar y revisada por un Milá y Fontanals! Con el procedimiento de *correctivos y modificaciones* se convierte a Lutero en defensor de los Papas, a Kropotkine en panegirista del Zar. Es el mismo sistema de los Padres Jesuitas al aconsejar que "la interpretación de los auto-clásicos se practicara de modo que, aunque paganos, aparecieran como heraldos del Cristo".

Por una antinomia común a los místicos (Valera gustó mucho de que le llamasen místico y platónico)****, el mismo hombre que ceja cuando llega el caso de traducir integralmente una poesía escabrosa, vierte al castellano las *Pastorales de Longus*, libro en que el episodio de Gnathon

* Cette traduction faite avec talent serait, peut-être, son principal titre littéraire. Louis Lande. *Revue des Deux Mondes*, Janvier, 1875.

** Carta-prólogo a los *Estudios poéticos* de M. Menéndez Pelayo.

*** Manuel Milá y Fontanals. *Obras completas*. Tomo V. pág 269. Barcelona, 1890.

**** Juan Valera, styliste impeccable, homme de grand savoir, et très mondain qui appliquait au roman ses connaissances de la littérature mystique et de la philosophie platonicienne. Emilia Pardo Bazán. *Revue des Revues*. Paris, 15 Février 1895.

pasa de castaño oscuro. Aquí Valera no sólo transforma en mujer a un hombre, sino hace y deshace del Libro IV como si fuera obra de su propiedad. Oigámosle:

“Una gran contra, fuerza es confesarlo, tiene por cierto *Dafnis y Cloe*; el realismo de sus escenas amorosas, y la libertad, que raya en licencia, con que algunas están escritas; pero sería de disculpa que lo que en *Dafnis y Cloe* pueda tildarse de licencia no es el fondo perverso, y si algo de esto último hay en el original, lo hemos cambiado o suprimido” (XVIII).

»En el cuarto libro nos hemos atrevido a hacer bastantes alteraciones, algo parecido a lo que llaman un arreglo. Esto no quita que muchos párrafos (más de la mitad de dicho libro IV) estén también traducidos por nosotros con la mayor exactitud. Sólo hemos variado unos lances originales por cierta pasión repugnante para nuestras costumbres, sustituyéndolos con otros fundados en más naturales sentimientos. (124).

»Ciertas obras literarias que representan una época, verdaderos documentos de los usos, costumbres y estado de alma, tocarle vale tanto como retocar el cuadro de un primitivo, completar una estatua o aduletrar un edificio. Por la escasez de novelas griegas, *Dafnis y Cloe* es un documento preciosísimos, y alterarlo y corregirlo por simple gazmoñería o por mal entendido...”

¿Será Valera como algunos *spinsters* o solteronas inglesas que a solas se pasan horas enteras con los ojos fijos en un estereoscopio de fotografías pornográficas, mientras en público se sonrojan y miran al cielo cuando escuchan hablar de brazos y pantorrillas? No lo sabemos; pero es de temerse que de repente salga traduciendo los epigramas de Straten o el *Faublas* de Louvel, todo corregido por un Marqués de Valmar, expurgado por un Milá y Fontanals y con indulgencias del Ordinario.

IV¹

ENTRE TANTO consagra² sus ocios de cesante o diplomático a escribir *Cartas sudamericanas*. En esas *Cartas*, que deberían llamarse Epístolas de un nuevo San Pablo a los Efesos, revela intenciones de convertirse en apóstol o emisario de la buena palabra. Se desvela por hacernos el bien, no como ese pícaro arrieto de Cervantes, que pasaba la noche en blanco por-

¹ En las ediciones anteriores éste era el capítulo III.

² “Entretanto” en vez de “Valera”, corrección del autor.

que le "tenían despierto sus malos deseos" de refocilarse con Maritornes. Considerando con razón a España como nuestra madre y creyendo posible nuestro regreso a la vida de feto, quiere convertirse en el cordón umbilical.

¿Qué nos trae Valera con sus *Cartas*? Si el espíritu moderno, le recibimos directamente de Alemania, Inglaterra y Francia sin necesidad de atravesar aduanas españolas; si el espíritu español, le conservamos suficiente para que nos haga falta una nueva importación. Hay muchos críticos españoles que, si bien admiten la emancipación política, siguen considerándose aún como los amos intelectuales de Sudamérica, predicando el respeto a la tradición, sin considerar que muchos defectos literarios son herencia de nuestros padres. Lo que en literatura necesitamos los sudamericanos es dejar la tradición española, emanciparnos completamente del espíritu castellano, ser menos gráficos, cortar el cable.

Hasta hoy sólo nos ha traído un mal¹. Con sus críticas de expectación ultramarina, va propagando tal afición hacia el género epistolar que los escritores hispanoamericanos concluirán por llamarse, no clásicos ni románticos, idealistas y naturalistas, sino epistolarios. Toda república de lengua española se ilustra hoy con algún seudo Valera que en cada día de vapor escribe tantas páginas como líneas escribió el Tostado en diez años. Gracias a tanto Lord Chesterfield con faldas o tanta Madame de Sevigné con pantalones, vamos en camino de ver constituirse una asociación internacional de alabanzas mutuas y chismes caseros.

Como los devotos anhelan por la bendición pontifical, así los autores sudamericanos² sueñan con una epístola de Valera, que saca del limbo literario y posee más virtudes que bula de la santa cruzada. Novelistas y filósofos, historiadores y críticos, prosadores y poetas, mozos y viejos³, todos le envían el primer ejemplar de sus obras con la esperanza de merecer la consabida carta congratulatoria.

Valera suele contestar burlándose del libro y ridiculizando al autor; pero los infelices toman la cosa por el lado serio y pasan su buen cuarto de hora figurándose en posesión de un salvoconducto para la inmortalidad. Hasta vilipendiados, quedan contentos: hay individuos que por la comición de darse a conocer atravesarían la ciudad montados en un asno, vestidos de plumas y anunciados por las vociferaciones de un pregonero.

Y ¡cómo sabe escarnecer a su clientela! Verdad que muchas veces con justicia, porque no faltan *chauvins* que en los modernos españoles vengarían la degollación de Atahualpa ni lacrimosos literatos que con

¹ Desde la cita anterior hasta aquí es una interpolación del autor.

² Agregado por el autor.

³ Desde "Novelistas y Filósofos" hasta aquí ha sido agregado por el autor.

la pérdida de la poesía incaica vivan tan inconsolables como Sancho con el robo de alforjas y fiambre. Se deleita páginas de páginas en hacer la vivisección de algún pobre diablo, hasta que por clemencia y capricho varía de tono y quiere justificarle con atenuaciones y alabanzas. Inútilmente; quita la buena reputación y no logra devolverla. Como aprendiz de brujo, Valera puede sacar al diablo de una botella, mas no volverle a meter.

Para esas críticas de doble efecto se pinta solo. Hermosilla, Viller-gas y Clarín, no sólo aplican banderillas de fuego, sino estocadas a fondo: son los tres grandes matadores de la crítica española; pero agradan con toda su justicia y toda su acrimonia, por la franqueza en emitir sus convicciones y el valor de acometer a cuerpo desnudo sin abroquelarse con frases ambiguas. Valera, con aire de deslizarse sobre su víctima, suavemente, en el sentido de la hebra, asienta la mano y pasa como peine a contrapelo. *Quand il fait partie de velours* o se calza guantes, cuida de agujerear con disimulo las puntas para que la uña funcione alevosamente. En lugar de hacer cosquillas como Renan o Anatole France, escoria la piel como navaja roma. Escribe sus alabanzas en papel sinapismado, sus denigraciones en el reverso de un parche de unguento rosado. Asperjea con vitriolo y en seguida pone cataplasmas. La ironía, ese grano de sal en unos o cucharaditas de salsa inglesa en otros, es en Valera lazo gaucho para detener a los audaces o medialuna traidora para desjarretar a los fuertes.

V¹

IMITANDO probablemente a Chateaubriand y Lamartine, que en los últimos años de su vida menospreciaron la literatura, Valera confiesa con señoril desdén que escribe por sólo divertirse y divertir a sus lectores. Lo segundo no sucede siempre: algunas veces narcotiza con sus frases soporíferas, como tertulia de viejos que bostezan, cabecean y hasta roncan. Con sus frases cortas y ligeras, nos introduce en sociedad de pisaverdes que no atraviesan un jardín por conservar el lustre de sus botines ni abrazan fuertemente a una mujer por miedo de arrugarse la pechera.

Por mucho que se proclame un simple dilettante denuncia siempre al escritor que se propone llenar diariamente un número fijo de carillas: si tiene algo que decir, escribe; si nada tiene que decir, escribe también,

¹ Este capítulo era el IV en las ediciones que precedieron a ésta, habiéndole agregado el autor nuevos párrafos.

porque sabe disimular la vaciedad del fondo con períodos estoraqueados y relamidos. Al releerle cuando escribe por escribir, nos acordamos de los viejos verdes que conservan unos cuantos mechones de pelo, les dejan crecer, les dan mil vueltas, los pegan con goma, y piensan haber ocultado la calva.

Valera no hace gala de castizo y arcaico, habla generalmente como todos hablamos, comete sus extranjerismos aunque más de una vez cede al capricho de construir frases que no desdecirían de ir intercaladas en autores del siglo XVII. Con todo, nunca se embaraza en el movimiento de los períodos, va recta y derechamente adonde quiere ir y dice siempre lo que quiere y como quiere decirlo, apartándose de los Cánovas, de los Cuetos y de los demás hombres que se figuran nadar en el golfo cuando no consiguen más que chapotear en la orilla. Tiene su deajo artístico, su descuido con cuidado y hasta admirable bonhomía, pero carece de sabor medular: todos sus libros parecen vertebrados con hueso convertido en gelatina.

Carece también de pujanza varonil. Lombroso descubre en casi todas las literatas eminentes algo masculino, tanto en sus obras como en su fisonomía y acciones. Sin avanzar que todos los cortesanos concluyan por afeminarse moral y físicamente, puede afirmarse que cierto aire adorado suele resaltar en las obras de los hombres de mundo. El escritor acostumbrado a las ceremonias de corte y a las genuflexiones de salón o antecámara, presenta muchas veces en su estilo la minuciosidad y meticulosidad de la mujer; cuando escribe, parece que borda o cose; su pluma concluye por adquirir la sutileza de la aguja. Véase, por ejemplo, a monsieur Arsène Houssaye, al seudo Petronio del segundo Imperio francés: sus metáforas se reducen a manipulaciones de abanico, su cháchara insustancial a chismografía de cortesanas y porteras. Hay, pues, casos de inversión cerebral: hombres que escriben como mujeres, mujeres que escriben como hombres; y se expone a graves errores el crítico que por la forma de un libro intente descubrir el sexo del autor. Así, atribuiríamos a un hombre los poemas filosóficos de madame Ackermann y las disquisiciones científicas de Clemence Roger; por el contrario, atribuiríamos a una mujer los versos de Grilo y la prosa de Valera.

En sus novelas, más que en todas sus obras, denuncia sus defectos en el fondo y en el estilo: es un Daudet pasado por agua de Javel. La señora Pardo Bazán considera las novelas de Valera como aplicaciones del misticismo y del platonismo, y Brunetière las encuentra no sólo místicas y platonísticas, sino casuísticas. Ahora bien, ¿qué prueba el misticismo? Todo lo que se quiera, menos virilidad de espíritu. Al entregarse al sueño y al sentimiento, el místico se convierte en un ser neutro, se amputa la razón que

es la virilidad del hombre. No sabemos si Valera lleva su misticismo al extremo de *avergonzarse* de poseer un cuerpo; sabemos sí que con todo su casuismo, con todo su platonismo y con todo su misticismo presenta indicios de mostrarse impiamente burlón y hasta hace ademán de lanzar la flecha volteriana; pero, a lo mejor, todo queda en nada, sea por gracia del Espíritu Santo, sea "por recelo de los abanicos de cuatro emperifolladas y embarnizadas marquesas".

Al lector se le ocurre de cuando en cuando preguntarse si toda la religiosidad y todo el respeto al Catolicismo no se explican por la simulación del hombre astuto que evita romper lanzas con la Iglesia, por la táctica del epicúreo que desea vivir y morir tranquilamente. ¿Será Valera más volteriano que Voltaire y más maquiavélico que Machiavello? Como protestaría de semejante manera de juzgarle, debemos admitirlo tal como se nos muestra, como seguramente desea que le veamos, sin fijarnos mucho en las incompatibilidades que median entre el escepticismo y el misticismo, entre la duda profana y el *flirt* divino.

Todo lo aseverado anteriormente no impide afirmar que Valera contenga en sus libros apreciaciones ingeniosas y profundas, que sea muchas veces leído con deleite y provecho, que figure como uno de los talentos más cultos y más variados de España y aun de Europa. Escritor genérico por excelencia, no se confina en una especialidad y abarca muchas materias: es novelista, dramaturgo, crítico, historiador, diplomata, filólogo y con mucha razón se le ha comparado con los eximios humanistas que brillaron en la época del Renacimiento. Sabe latín, alemán, inglés, italiano, francés; ha leído en el original a los grandes y pequeños escritores, antiguos y modernos, y hasta parece que lleva su ingenio al punto de traducir el griego sin haberle estudiado.

Su defecto capital, lo que amengua sus buenas cualidades, consiste en ser hombre de transición, en quedarse en el dintel de una puerta, sin entrar ni salir, en llevar medio rostro bañado de luz y medio rostro cubierto de oscuridad. No vuela libremente: sujeto por la Religión y la Monarquía, se mueve y cabecea como globo cautivo. Espíritu esencialmente burgués, no tolera el desquiciamiento del orden establecido ni la plena libertad en la concepción filosófica. Adorador del justo medio, nada entre dos aguas: a medias defiende las corridas de toros, a medias combate el poder temporal de los Papas, advirtiendo cautelosamente que no es dogma declarado por la Iglesia¹.

Pero no siempre se anda con términos medios: en presencia de un

¹ Exceptuando el primer párrafo de este capítulo, todo lo consignado hasta aquí es texto nuevo del autor.

librepensador o revolucionario, ve rojo y embiste, no con franqueza, sino con su buena dosis de subterfugios. En ese caso, su crítica se metamorfosea en toro jarameño con pitones agudos pero dorados. Ya vimos cómo se manejó con Pi y Margall; mas no queda en eso. Exagerando la antigua costumbre francesa de azotar al paje del delfín cuando el delfín merecía los azotes, se va contra unos cuando delinquen otros, como sucede con Guyau y Comte, que pagan los que no pecan. En unas cuantas líneas o páginas, escritas al correr de la pluma, como si se tratara de unos advenedizos, clava puazos a Guyau y deja como nuevo al pobre Augusto Comte.

Nada que se levante un palmo del suelo: fuera el águila, paso a la *avenida* o gusanillo alado que vuela un momento para caer y no remontarse nunca; abajo el cedro, arriba la grama. Cambiemos el Océano por una pila de agua bendita; dejemos las selvas ecuatoriales por el jardín de Tartarín de Tarascón.

Un crítico español tuvo la ocurrencia de comparar a Valera con Goethe. Distingamos: Valera es a Goethe como el padre Claret a Strauss, como Cánovas del Castillo a Bismarck, como Martínez Campos a von Moltke, como Ferrán a Koch y como el mismo crítico es a Hegel.

CASTELAR ¹

I

CASTELAR seduce por el arte de rejuvenecer en España las ideas envejecidas en Europa, y arrebatada por su estilo de períodos ciceronianos y cervantinos; pero cansa con la amplificación interminable de los mismos pensamientos, y hace sonreír con su lenguaje sesquipedal, heteróclito, abracadabrante, palingenésico, caótico, superplanetario y cosmogónico.

No contiene un ápice del generoso espíritu pagano que animó a los grandes oradores de la Antigüedad; por el contrario, personifica la neurosis mística que desde hace mil ochocientos años inficiona los pueblos de Occidente. Parece un Fénelon que llevara en sus venas unos cuantos glóbulos rojos de la sangre impía y revolucionaria de Víctor Hugo, y muestra visos de un San Luis Gonzaga hipnotizado por un descreído como Pi y Margall.

Su corazón exhala vapores de falso sentimentalismo que perturban las funciones del cerebro. De ahí su carencia de lógica; librepensador, "no consiente que derriben los altares donde repetía sus oraciones de niño"; apóstol de la democracia universal, se opone a que la Monarquía española deje caer de su manto la hermosa perla nombrada Cuba".

Los años pasan con sus tempestades y sus cataclismos, sin grabarle el sello de austeridad que la lluvia y el viento imprimen hasta en los monumentos de piedra. Viejo, escribe hoy con la misma ligereza y la misma

¹ Este ensayo era una parte del Discurso en el Teatro Olimpo (1888). De allí lo sacó el autor para darle forma autónoma en *Páginas libres* (1894) y esta nueva versión fue ampliada y modificada para la que aquí se reproduce y que M. G. P. dejó inédita.

superficialidad de hace cuarenta años, y no descubre en ninguna de sus obras "una madurez potente, un dulce y rico sabor de Otoño"*.

El cráneo de este hombre maravilloso semeja la retorta de un alquimista, o más bien, un caos mental donde accionan y reaccionan las utopías de todos los soñadores, las negaciones de todos los incrédulos y las afirmaciones de todos los creyentes. Nadie tiene derecho de creerle materialista o espiritualista, librepensador o católico, monarquista o republicano, pues con un fragmento de sus libros se refuta lo que se prueba con un trozo de sus discursos, pues todas sus producciones se reducen a "magnífica y abigarrada procesión de pensamientos desordenados y rapsódicos"**.

II

COMO POLITICO y propagandista, como literato y orador, Castelar no pertenece a la familia de los hombres que amenazan desequilibrar la Tierra cuando la golpean con los pies. El ha removido la costra del terreno arable, pero no ha sabido ahondar el surco, extirpar de raíz las malas yerbas ni sembrar una buena semilla¹.

El causó mayores daños a España con su liberalismo expectante y emoliente, que Bonaparte con su invasión sangrienta, que Isabel II con su reinado gangrenoso, que los Prim y los Martínez Campos con sus pronunciamientos y conspiraciones². Como el Nerón de Soumet asfixió a sus convidados con una lluvia de rosas, así Castelar ha concluido por ahogar la democracia española en un diluvio de flores oratorias. El más que nadie merece el título de "ilustre calamidad".

Puede servir de oráculo infalible entre los estudiantes de España y Sudamérica, puede figurar como apóstol en los corrillos de sus partidarios; pero en Alemania, Inglaterra y Francia, en países donde se piensa con madurez, Castelar no ejerce ninguna influencia, no goza de autoridad alguna³.

En Sociología y Moral, sólo divaga cuando intenta vulgarizar, como

* Michelet.

** Edgar Poe.

¹ Nuevo agregado del autor a las ediciones anteriores.

² "Pronunciamientos y conspiraciones" en vez de "iniquidades", corrección del autor.

³ El acápite desde "Puede servir de oráculo" hasta el final de él, "no goza de autoridad alguna", ha sido introducido por el autor, el cual no figura en las ediciones que antecedieron a ésta.

en Ciencias Naturales lo consiguen Figuiet, Foinville, Verne o Flammarion. En Historia, desnaturaliza el arte que Michelet poseía de evocar una época: la Humanidad que nos presenta en sus narraciones aparece desfigurada, contrahecha, como cuerpo retratado en caprichosa combinación de espejos cóncavos y convexos. Ve cosas y acontecimientos como si adoleciera de daltonismo intelectual. Cuando en sus biografías pretende reconstituir un personaje, procede como el paleontologista que para restaurar un fósil uniera el cráneo de un hombre, las alas de un pterodáctilo y el tronco de un megaterio.

Como orador, con todo su descomunal talento, es un capuchino extraviado en la política: ha convertido la tribuna en púlpito. De sus creaciones oratorias debe repetirse lo que Villergas dijo de los dramas escritos por Gil y Zárate: "Empiezan en la Tierra y acaban en el Cielo".

En Castelar los órganos fonológicos se nutren a expensas del juicio. Su palabra tiene la inconsciencia de una función animal, habla como los otros digieren. Es el Zorrilla de la elocuencia. Adjetiva como el poeta de *Granada*: los sustantivos de Castelar desfilan con sus adjetivos, como interminable hilera de cojos y paralíticos apoyados en sus muletas. Posee la verbosidad inagotable sin el razonamiento irresistible. No convence, porque sus argumentos se reducen a perisologías declamatorias o a meros arranques de sentimentalismo. Tiene relampagueos y auroras, pero no la luz meridiana de los clásicos griegos; arranques enérgicos, pero no las frases decisivas del gran historiador latino.

Teórico primero que todo, no recula ante un aluvión de palabras, cuando no ceja y cede ante el hecho que presenta la magnitud de un grano de arena. No aterra como enemigo: acomete al adversario, le envuelve y le estrecha, pero no le desarma ni le vence: abraza con descomunales brazos de gigante, y aprieta con fuerzas de pigmeo. Cuando se encoleriza y cree pulverizar a su contendor, no hace más que ensordecirle con una sinfonía o abofetearle con pétalos de rosa. Su elocuencia se parece a la de Mirabeau, como la espuma del champagne al hervidero de un mar en tempestad.

III

SE LE DEBE clasificar entre los músicos, lejos de Mozart o Wagner, cerca del hombre-orquesta que azora y divierte a las muchedumbres en las ferias. Considerándolo bien, es el tambor mayor del siglo XIX: marcha presidiendo el bullicioso batallón de los hombres locuaces, de todos los

inagotables habladores que hablan y hablan por el solo prurito de hablar.

Niño en sus caprichos, hembra por sus veleidades, no expresa el vigor del carácter varonil. Aunque nos empalague siempre con sus emulsiones de sensiblería siroposa¹, nunca nos hace sentir el salto de la carne herida por el amor, nunca el estremecimiento del corazón estrujado por mano de una mujer. Este hombre, o no amó jamás o sólo amó lo que no debe amarse. Todo prueba en él la atrofia de los órganos viriles o la perversión del instinto genésico.

En Demóstenes, en Cicerón, en Mirabeau, descubrimos al individuo: en Castelar vemos siempre al actor. Como su personalidad se reduce a casi nada, puede hacer suyo el dicho del orador latino: "Yo sólo suministro las palabras, que nunca me faltan".

El no se pinta como individuo, sino como colectividad: no como cóndor capaz de fatigarnos y derribarnos a fuerza de aletazos, sino como enjambre de insectos multicolores que nos marean con su incesante revoloteo y nos embriagan con el aroma recogido en el nectario de las flores y con el sahumero aspirado en el incensario de una catedral.

Tenor que grita siempre y alguna vez arranca el do de pecho, pintor que sin cuidarse de medias tintas hermana todos los colores de la paleta, danzante que empieza a moverse en curvas regulares y acaba por entradas y salidas angulosas, estatuario que pone plinto de barro a un coloso de bronce, arquitecto que remata el Partenón con el techo de una cabaña mozambique: todo eso y mucho más es Castelar cuando habla o escribe.

Gorgoritos de la Patti acabados en responso, retorcimientos de gimnasta unidos a contorsiones de epiléptico, sacrílegas crispaturas de puño que terminan en señales de la cruz, ascensiones al Olimpo que paran en descensos a una sacristía, ahítamiento de ambrosía regada con agua de Lourdes: todo eso y mucho más hay en el estilo de Castelar.

Cuando recorre las épocas geológicas desde la solidificación del Globo hasta el nacimiento del hombre, y la Historia desde la edad de piedra hasta nuestros días, suceden dos cosas muy naturales: el público se duerme como el individuo que bebe la dosis máxima de cloral; Castelar se duerme también sobre la palabra y habla dormido, como esos viejos soldados que se duermen en la marcha y marchan durmiendo.

Tal es el hombre que lleva sobre sí tres enormes pecados: haber convertido el idioma castellano en orquesta forana² y churrigueresca don-

¹ Desde "Aunque nos empalague" hasta "siroposa", ha sido agregado por el autor.

² "Forana" en vez de "cosmopolita", corrección hecha a lápiz por el autor.

de predominan el tantán chinesco y la esquila del convento; haber hecho de la Historia, ya una leyenda inverosímil como las novelas de Dumas, ya una mascarada trágica como los girondinos de Lamartine; y haber representado el papel de colaborador inconsciente del carlismo, contribuyendo a que España sea lo que es hoy: el clericalismo conduciendo a la monarquía, el ciego cargando al paralítico¹.

¹ En las márgenes de las páginas respectivas hay dos notas del autor que no indican los lugares correspondientes en que debían ser insertadas. Una de ellas dice: "Amó a las mujeres menos de lo debido, a los hombres más de lo conveniente". Y la otra; "Se debe decir —sin que choque la unión— Santa Teresa de Jesús, Emilio Castelar y San Juan de la Cruz".

QUINTA PARTE

LOS FRAGMENTOS DE LUZBEL

I

NÚÑEZ DE ARCE ha subido hasta una eminencia donde no llegan venablos de críticos malévolos ni recriminaciones de envidiosos. Posee títulos de reyecía literaria en *Raimundo Lulio*, la *Pesca*, el *Idilio*, la *Visión de Fray Martín* y algunas diez¹ producciones más, que vivirán tanto como la lengua castellana.

Verdadero portacetro de la poesía castellana², marcha seguido por innumerables legiones de incipientes versificadores que desean escribir su *Idilio*, como ayer quisieron componer su oda, su canto a Teresa, su oriental, su dolora, su cantar o su rima.

II

LAS OBRAS publicadas hasta hoy por Núñez de Arce han sido³ simples ensayos, ejecutados con el fin de amaestrarse en lo mecánico del verso antes de lanzarse a la composición de un gran poema. El *Idilio* y la *Pesca* figurarían como campanas de Egipto que anuncian un Austerlitz. El mismo Núñez de Arce lo declara en la especie de carta-prólogo que antecede a su poema *El Vértigo*: "Pero no es esto decir que, atendiendo a los consejos de amigos para mí muy afectuosos, entre los cuales ocupa V. lugar

¹ "Algunas diez" en lugar de "cien", corrección hecha con tinta por el autor.

² "Castellana", palabra agregada por el autor.

³ El principio de este capítulo fue modificado por el autor.

preferente, no me decida acaso a escribir un poema de mayores y más trascendentales proporciones que los que hasta ahora he producido. Abrigo este pensamiento hace tiempo, y espero realizarlo, si Dios me concede para ello vida y reposo. Los poemas de cortas dimensiones que he publicado sólo son, como serán los que publique en lo sucesivo, tentativas en que ejercito mis fuerzas y ensayo mi aptitud para los varios géneros de la poesía contemporánea”¹.

Luzbel ¿es el magno² y aguardado poema? los *Fragments* ¿vienen como globo de ensayo? Sea lo que fuese, los 134 endecasílabos, lejos de eclipsar al *Raimundo Lulio*, patentizan que “algunas veces dormita el buen Homero”. Abundan fraseologías, prosaísmos y revoques usados por malos versificadores para resanar grietas del edificio. Lunares que ni siquiera se dejan³ notar en proveedores de álbumes o abastecedores de abanicos, resaltan mucho en los grandes poetas como Núñez de Arce.

“Luz de ópalo y grana”, “majestad y pompa soberana”, “corriente bullidora”, “confín lejano”, etc., son monedas gastadas por el vulgo consonantero. De estas frases hechas y otras análogas, como “blanca vestidura de la inocencia” o “campañas esmaltadas de flores”, decía Johnson que “habían sido imaginación, y ya era memoria”.

En los dos versos referentes al Sol:

*y cuando por los términos de Oriente
en tu carro de llamas centelleas,*

no sólo recordamos el carro de Helios en Grecia, sino el de Surya en la India. Hecho curioso: los poetas modernos, al cantar los fenómenos celestes, usan generalmente las mismas figuras que los antiguos; así, cuando falta la aurora que abre con dedos de rosa las puertas del “Oriente”, viene de seguro “el carro de llamas que centellea en el zenit”.

Luzbel

*de pie sobre el granítico cimiento...
.....volvía en torno
sus pupilas candentes como un horno:
y al resplandor de la siniestra hoguera
que en sus ojos radiaba, su figura,
semejante al dolor que nada espera,
destacábase hermosa, pero oscura.*

¹ Desde “El mismo Núñez de Arce” hasta el final del acápito que dice “la poesía contemporánea” es un nuevo párrafo intercalado por el autor.

² “Magno” en vez de “grande”, corregido por el autor.

³ “Dejan” por “hacen”, corrección del autor.

Si en prosa escribiéramos: "al resplandor de sus pupilas, candentes como un horno, se destacaba su figura hermosa pero oscura, semejante al dolor que nada espera", sobraría lo demás: "la siniestra hoguera que en sus ojos ardía", no pasa de redundancia.

Ya que los *Fragmentos* recuerdan al *Fin de Satán*, véase cómo pinta Victor Hugo los ojos del Diablo;

*La rondeur de sa rouge et luisante prunelle
semble, dans la terreur de ces lieux inouis,
une goutte de flamme au fond du puits des nuits.*

Encima de Luzbel

*brilla y arde
con todo el esplendor de una corona,
la solitaria estrella de la tarde.*

En el *arde* hay un pleonasma y una impropiedad de lenguaje: los soles arden, los planetas brillan. Y ¿por qué llamar solitaria la estrella de la tarde, si antes dijo que había multitud de luceros, que la Luna se elevaba?

*Y fiel (el Sol) a su promesa halagadora,
con majestad y pompa soberana,
torna otra vez al despuntar la aurora.*

A más de los muchos asonantes en oa y de los *tor, tra y tar*, que endurecen el verso, choca el prosaico ripio de *otra vez*.

Se experimenta la obsesión de cumbres y alturas:

*Sobre estéril picacho que cubría...
Por las vertientes ásperas del monte
Al trasponer espléndido una cumbre...
El Sol, al esconderse tras la sierra...
Pero invencible, y por el monte y llano...
Que se elevaba, coronando un risco...
...Luzbel alzado*

*Sobre peñón altísimo...
De pie sobre el granítico cimiento...*

Respecto a los adjetivos, hay *habitada* tierra, *fiero* orgullo, *soberbia fiera*, caricias *inefables*, *siniestra* hoguera, y un disco de Luna *ardiente*,

gigantesco y fantástico. ¡Qué diferentes de los adjetivos homéricos y virgilianos! El mérito de un adjetivo consiste en no admitir sustitución por adherirse al sustantivo, como la carne al hueso, como el tegumento al músculo. Muchos calificativos de Núñez de Arce pueden faltar o separarse del sustantivo, como la ropa del cuerpo, como el parásito del tronco.

El idioma castellano continúa en el período mórbido del adjetivo: prosa o verso, cada sustantivo lleva su apéndice adjetival, y ¡ojalá llevara uno solo! Como los preceptistas afirman que existe lenguaje de la prosa y lenguaje del verso, que las voces bajas o plebeyas se ennoblecen con adjetivos, y que la poesía se diferencia de la prosa en admitir mayor número de calificativos, los poetas se creen con derecho de adjetivar cada sustantivo, olvidando que todo prosaísmo se reduce por lo general a simple infracción del ritmo y que el verso, lejos de contener amplificaciones inútiles y vacías¹, debe expresar las ideas en forma concisa y, por decirlo así², lapidaria. El verso se parece a la prosa como el alcohol al vino. Un pensamiento rítmico es algo definitivo que recuerda la infragilidad del vidrio vulcanizado. Victor Hugo decía: "La idea templada en el verso adquiere de pronto algo más incisivo y más brillante. Es el hierro convertido³ en acero"*.

III

LOS FRAGMENTOS abundan en descripciones y comparaciones.

Sin la descripción, no conoceríamos el medio ambiente y veríamos accionar a los personajes como sombras en el vacío. Describiendo con tino, resaltan las figuras y se vivifica la acción; pero haciéndolo inmoderadamente, los personajes desaparecen entre el aparato escénico y el argumento se desenvuelve con insufrible languidez. Entre los cuentos de Perrault y los poemas de Delille, ¿quién no prefiere *Nene Pulgar* a los *Jardines*?

El autor minuciosamente descriptivo se iguala con la mujer que no da un paso sin detenerse a desenvolver o replegar la cola de largo vestido. Los escritores que al nombrar cada objeto se creen obligados a describirle, olvidan que todo concluye por cansar, hasta el recoger rosas. Pope,

¹ "Amplificaciones inútiles y vacías" en vez de "una amplificación inútil y vacía", corrección del autor.

² "Por decirlo así", agregado por el autor.

³ "Convertido" en lugar de "que se convierte", corrección hecha con lápiz por el autor.

* *Cromwell*. Préface.

aficionado en la juventud a descripciones, terminó por llamar a la poesía descriptiva un "guiso compuesto de salsas".

Núñez de Arce suele pintar figuras muy pequeñas, en telas muy grandes, con marcos gigantescos. En algunos de sus poemas consagra más versos a las descripciones que a la narración, más al escenario que a los personajes; pero lo hace con tanta delicadeza y maestría que no cansa ni aburre al lector. Así, en la *Pesca*, el verdadero protagonista de la acción, quien más nos interesa, es el mar que de simple escenario se transforma en actor principal: ante la imperturbable grandeza del Océano, que

siente rodar los siglos, y no calla,

se reducen a dimensiones microscópicas Miguel y Rosa con todos sus amores y todas sus desgracias. ¡Quién sabe si la absorción del individuo por el escenario simboliza la pequeñez o nada del hombre en presencia de la Naturaleza! Verdaderamente ¿qué somos? Sombras móviles y efímeras en decoración inmóvil y cien veces secular. Sin embargo, las figuras pintadas por Núñez de Arce ocupan alguna vez más lugar que el paisaje, le dominan y eclipsan, como sucede en el *Idilio*, en ese poema tan único en la literatura española, que para citar algo semejante o mejor, se necesita recurrir al *Hermann und Dorothea* de Goethe o a la *Evangelíne* de Longfellow¹.

Fidias blasonaba de que al esculpir el Zeus olímpico se había inspirado en los versos de Homero. Ningún artista figuraría en tela o mármol lo que muchos poetas describen hoy con la pluma. No quiere decir que el mérito de una descripción se mira por la facilidad de ser pintada o esculpida. Todos los cuadros y estatuas de los mejores artistas no alcanzan donde llega la palabra: la idea conoce gradaciones que no caben en la gama del color ni en el ritmo de la línea. La música misma, incapaz de emitir ideas claras y definidas, comunica sentimientos sin precisar su intensidad: más que expresa, estimula; más que describe o pinta, evoca: la vaguedad de la nota no llega jamás a la precisión de la palabra².

Las Artes plásticas representan el momento, la Poesía expresa el momento y la continuidad: un cuadro es como una fotografía instantánea; una estatua, como una escena petrificada; un poema, como el desenvolvimiento sucesivo de figuras en diferentes posiciones y bajo diversa luz. Como la Escultura y la Pintura suplen con símbolos a su deficiencia en

¹ Desde "Así en la Pesca" hasta "Longfellow", final del acápite, es un nuevo párrafo agregado por el autor.

² Desde "La música misma, incapaz" hasta "precisión de la palabra", es una interpolación del autor.

la expresión de ideas y acciones, encierran algo convencional que escapa muchas veces a la inteligencia de los profanos: necesitamos la clave de la Mitología para saber lo que representan algunas estatuas y algunos cuadros.

Si la Poesía lleva superioridades a las Artes plásticas no carece de inferioridades. Aunque Théophile Gautier no reconozca¹ ideas inexprimibles, basta leer una descripción delante del objeto descrito para convenirse que la palabra no logra expresar todos los matices del color ni todas las inflexiones de la línea: una estampa mediocre nos da mejor idea de Nuestra Señora de París que todas las descripciones de Víctor Hugo, más conocemos a Napoleón por la estatua de Canova o el medallón de David que por todas las páginas de los historiadores.

Si² las artes poseen dominios propios, no viven separadas por barreras infranqueables; y Lessing anduvo exagerado y exclusivista cuando afirmó que "a la Poesía pertenecen las acciones y a la Pintura los cuerpos con sus cualidades visibles"*; tan exagerado y exclusivista como Voltaire cuando dijo que "las metáforas, para ser buenas, deben formar imagen verdadera y sensible y suministrar al pintor materia para un cuadro". Las Artes observan procedimientos especiales o técnicos, trazan reglas que, infringidas, extravían la mano del más inteligente infractor. Hay que respetar lo técnico; así, cuando un poeta salga de su terreno, está obligado a manifestarse pintor si pinta, escultor si esculpe, arquitecto si construye. Se presenta una cuestión difícil: fijar la línea divisoria entre la Poesía y las demás artes, saber hasta dónde logra el poeta realizar con la pluma la obra que verifica el pintor con los colores, el escultor con el mármol, el arquitecto con los materiales de construcción³.

Cuando Alfred de Vigny describe a *Eloa*, diciendo:

*Ses ailes sont d'argent: sous une pâle robe,
Son pied blanc tour à tour se montre et se dérobe,
Et son sein agité, mais à peine aperçu,
Soulève les contours du celeste tissu...*

el poeta rivaliza con el pintor, quizá le supera. Se ve al personaje con las alas de plata, con el tejido celeste que baja y sube a impulso del agitado

¹ "Théophile Gautier no reconoce" lo corrigió el autor por "Aunque Théophile Gautier no reconozca".

² "Si" por "aunque", corrección del autor.

* *Laokoon*.

³ Desde "Las artes observan" hasta "materiales de construcción" es un párrafo nuevo que redactó el autor para la penúltima edición.

pecho; hasta se le ve caminar con el blanco pie que asoma y se oculta bajo la fimbria del pálido vestido.

En estos versos de Catulle Mendès:

*L'oeil clos, les bras croisés et, sans qu'un poil ne bouge
De sa barbe touffue et de ses blancs sourcils,
Cet homme a l'air d'un mort qui se tiendrait assis,
Tant sa forme est rigide en sa tunique rouge**

el poeta rivaliza también con el escultor.

Lo mismo sucede en el cuarteto de Leconte de Lisle que resume todos los *Fragmentos de Luzbel*¹ y parece haberles servido de modelo:

*Silencieux, les poings aux dents, le dos ployé,
Enveloppé du noir manteau de ses deux ailes,
Sur un pic hérissé de neiges éternelles,
Une nuit s'arrêta l'antique Foudroye**.*

Théophile Gautier, no satisfecho con la escultura policroma del verso, cincela estrofas que compiten con la blancura del Paros: en sus *Emaux et Camées* algunas composiciones son como sinfonías de inmaculado mármol.

Cuando Núñez Arce, queriendo pintar a Luzbel, escribe:

*Ráfagas de huracán eran sus alas,
rojo su traje, desceñido y suelto,
y, a imagen del pesar, negras sus galas*

no dice mucho, principalmente con el ripio *a imagen del pesar*.

En los *Fragmentos* se suceden auroras, tardes, noches, etc.; pero los cuadros carecen de perspectivas y hasta de luz.

Hay descripciones bellísimas:

*Por las vertientes ásperas del monte
la niebla en sueltas ráfagas caía.*

¡Qué poética la siguiente enumeración!:

*Es cada rayo un beso, cada rama
un arpa sacudida por el viento,
un incensario cada flor.*

* *Contes épiques.*

¹ "Fragmentos de Luzbel" en vez de "Fragmentos", corrección del autor.

** *Poèmes barbares.*

Algunas de sus comparaciones, cortas pero vagas y confusas, recuerdan el perfil trazado por mano de paralítico. Ya se ha visto unas "galas negras como el pesar", una "estrella que brilla como una corona" cuando sería mejor una corona que brillara como estrella, y una "figura que se destaca hermosa, pero oscura, como el dolor que nada espera".

¿Qué valen los símiles que no embellecen o aclaran el estilo? En Homero, que tiene la claridad del Sol, las comparaciones pomposas y teatrales embellecen la narración épica; en Victor Hugo, que suele presentar la oscuridad de un pozo estrellado, las metáforas iluminan la idea filosófica.

Núñez de Arce despierta y recobra toda su inspiración cuando hace comparaciones como las siguientes:

*...La tierra se desnuda
de su atavío, y cual doliente viuda,
las negras tocas de la noche viste.*

*Ancha masa de sombra se extendía
como legión conquistadora, muda,
pero invencible.*

No vale más la metáfora de Víctor Hugo:

L'hidre immense de l'ombre ouvre seis ailes noires.*

IV

NÚÑES DE ARCE comete¹ inexactitudes y errores científicos: pecado no exclusivamente suyo, sino de casi todos los poetas modernos, pues no sobran hombres que hoy escriben el *Gran Galeoto* y mañana resuelven una ecuación de grado superior o disertan sobre las aplicaciones de la electricidad. Valdría la pena componer un índice expurgatorio de las científicas herejías en que diariamente incurren los más notables autores de versos.

¡Qué diferentes los poetas clásicos! Forman la enciclopedia de la Antigüedad. Agradan por el buen sentido, por las pocas salidas de tono, por la estricta conformidad con el espíritu de su época. Yerran con el

* *La Fin de Satan.*

¹ Suprimió el autor la palabra "graves".

error de su tiempo; y, quién sabe, "si cuando las ideas de los antiguos suelen parecernos absurdas, debemos culpar a nuestra inteligencia más bien que las de un Homero y un Hesíodo"*.

Déjese la bobería de llamar apóstoles o profetas a los escritores de buenos versos; pero no se olvide que el buen poeta sintetiza las ideas analíticas de su época, y sirve de intermediario entre el sabio abstruso y las multitudes incipientes. Como los antiguos lo comprendieron así, viven hoy y parecen más modernos que los modernos mismos. Si nuestras poesías a los veinte o veinticinco años de publicadas adquieren un aire vetusto, mientras las composiciones de los griegos conservan toda su lozanía juvenil, es porque los poetas contemporáneos se fijan más en los arabescos de la frase que en la solidez del pensamiento. Usan en las formas algo como una tela y un corte de moda; pasada la moda, pasó lo escrito¹.

El *Ramayana* patentiza las luchas étnicas del Indostán, la *Iliada* y la *Odisea* sirven de testimonio en Arqueología helénica, Virgilio ayuda tanto como Tito Livio a conocer el origen fabuloso de Roma, Lucrecio suministra inestimables datos para estudiar el epicureísmo latino, y hasta el decadente Ausonio proporcionó materiales a Cuvier para la descripción de algunos peces. "Ensayad, decía irónicamente Martha, ensayad el modo de infundir la más leve noción de Astronomía moderna con todos nuestros versos dirigidos a Luna y estrellas." Efectivamente, ciñéndose a los poetas, sabemos hoy del cielo tanto como supo Tolomeo, quizá menos: con versos de autores modernos se conseguiría probar que el Sol iguala en superficie al Peloponeso. Hoy no se afirmará con los retóricos antiguos que "la Poesía encierra más verdad que la Historia"².

¿Quiere decir que toda composición poética resume un aforismo de Higiene, un teorema de Geometría o un problema de Algebra? No; pero, si toda verdad contiene un fondo de poesía, ¿por qué toda poesía no ha de contener un fondo de verdad? ¿Por qué, si la Ciencia no es antipoética, la Poesía ha de ser anticientífica? Los mejores poemas modernos no almacenan un adarme de ciencia, en tanto que las obras científicas rebosan de poesía. Las producciones maestras viven no sólo por el estilo, sino por la cantidad de verdades que atesoran. El almizcle sirve para fijar el olor de las esencias fugitivas: la verdad hace en los versos un papel semejante.

* L. Ménard. *Du Polysbésisme hellénique*.

¹ Todo este párrafo, al que sólo le agregara tres palabras nuevas, el autor, con las mismas de su primera edición, las cambió de lugar y lo redactó en la forma expuesta en ésta.

² "La Poesía encierra más verdad que la Historia" en vez de "la Poesía es más verdadera que la Historia", corrección del autor.

Unos cuantos renglones de crítica minuciosa y pedantesca pondrán de manifiesto algunas inexactitudes y errores científicos.

*¡Siempre es bello el crepúsculo! Ese instante
melancólico y dulce en que palpita
el alma universal, es semejante
al ósculo postrer con que un amante
pone forzoso término a la cita.*

Los crepúsculos duran poco en la zona tórrida; mucho en las templadas y mucho más en las glaciales¹. En el solsticio de verano, el crepúsculo de algunos países dura toda la noche, fenómeno que Victor Hugo pinta diciendo que el día

Semble toute la nuit traîner au bas du ciel.

¿Se alegrará que Núñez de Arce toma la palabra *instante* por un tiempo indeterminado? No, al comparar el crepúsculo con una cosa de breve duración, "el ósculo postrer que pone forzoso término a la cita".

*La vida entonces se despierta: el germen
vibra en el surco, en la arboleda el ave,
el pez en la corriente bullidora;
hasta a los monstruos que en el seno duermen
del tenebroso mar, alcanza el suave
efluvio de la luz reparadora.*

Se² habla de las "vibraciones que agitan al germen en los meses de aparente inercia", y efectivamente, vibran los gérmenes, atmósfera y montes vibran también por la acción solar; pero ¿vibran un ave y un pez? Usando vibrar por cantar, vibra el ave; mas el verbo no puede aplicarse en el mismo sentido al germen y al pez. A más, los peces no abundan en las corrientes bullidoras, prefieren los remansos o aguas profundas y no muy rápidas.

¿A qué animales se refiere Núñez de Arce al decir "hasta a los monstruos que en el seno duermen del tenebroso mar"? Por lo *tenebroso*, parece que a los habitantes de las profundidades oceánicas; y en este caso la afirmación resulta falsa, porque los animales submarinos³ no sienten la

¹ "Los crepúsculos duran poco en la zona tórrida, mucho en las templadas y mucho más en las glaciales" en lugar de "los crepúsculos son larguísimos en las regiones tropicales", corrección del autor.

² "Se" en lugar de "Guyau", corregido por el autor.

³ "Los animales submarinos" en vez de "semejantes animales", corrección del autor.

influencia de la luz, no saben si el Sol nace o muere. ¿Por qué llamarles *monstruos*? La palabra monstruo va perdiendo la significación vulgar de cosas muy grandes o extrañas para ceñirse a la científica de "grave anomalía en la conformación de un individuo". Se admite decir que Nerón era monstruo de perversidad, se clasifica de monstruo psicológico al idiota*, no extraña que al hablar de Demóstenes su enemigo Esquines se expresara repitiendo: "Ustedes le admiran, y qué sería si hubieran escuchado al monstruo mismo"; pero choca llamar con Cervantes a Lope de Vega "un monstruo de ingenio", cuando para indicar la excelencia de una persona o cosa tenemos el vocablo prodigio¹. Lo contrario sucede con la palabra fenómeno que antes implicaba monstruosidad, y hoy tiende sólo a significar un hecho de la Naturaleza.

El adjetivo suave ¿conviene al *efluvio* de la luz? Venga Núñez de Arce a nuestra zona tórrida, experimente el fuego del sol matutino, y díganos si la luz se distingue por la suavidad. Aquí *suave* figura para rimar con *ave*, lo mismo que *reparadora* con *bullidora*. La luz solar, no sólo repara, crea: desde la fragancia exhalada por la flor hasta la idea elaborada por el cerebro, todo en la superficie de la Tierra viene del Sol.

Núñez de Arce, con sus *efluvios de la luz*, o junta palabras que nada significan o nos hace retrogradar a la teoría newtoniana de las emanaciones, cuando reina hoy la hipótesis cartesiana de las ondulaciones.

La sombra se extendía

...por el monte, el llano,
la selva, el mar que indómito rugía...

Enumeración imperfecta, hechos inexactos; la oscuridad no comienza por los montes; al contrario, puesto ya el Sol, conservan iluminadas las cumbres.

...Con su disco ardiente,
gigantesco y fantástico la Luna.

Pase lo gigantesco, perdónese lo fantástico; pero ¡ardiente! Respondan los astrónomos que consideran a nuestro satélite como un astro apagado sin luz propia. Luna y frío andan tan unidos en el lenguaje vulgar que el pueblo canta:

* L'idiote est un monstre au point de vue psychologique comme il l'est souvent au point de vue physique. Sollier. *Psychologie de l'idiote et de l'imbécile*.

¹ Desde "Se admite decir" hasta "vocablo prodigio", es un nuevo párrafo del autor.

*Primero que yo te olvide
¡Miren qué comparación!
Ha de calentar la Luna
Y ha de refrescar el Sol.*

¿Núñez de Arce quiso referirse con el vocablo *ardiente* al color rojizo que algunas veces presenta el disco lunar? Cuando Quevedo, al hablar de un prócer español, dijo:

*Su tumba son de Flandes las campañas,
Y su epitafio la sangrienta Luna,*

tuvo una idea felicísima: el adjetivo sangrienta posee un mérito más que pintoresco, aplicado a un guerrero de los Países Bajos¹.

*Luzbel, sumido en su dolor eterno,
sobre estéril picacho, que cubría
de inmaculada nieve el duro invierno,
surgió de pronto...*

*...Luzbel alzado
sobre peñón altísimo, que alfombra
nieve perpetua...*

Aquí tenemos una nieve perpetua en unos versos y de invierno en otros, cosas muy diferentes: las nieves de invierno aparecen al venir la estación fría, mientras las llamadas perpetuas dependen de la altura sobre el mar o de la latitud.

Luzbel

*Se parece a un planeta condenado
a recorrer en sideral concierto
su órbita inmensa, siempre inhabitado,
árido y sin calor; pero no muerto!*

Concierto sideral trasciende a ripio y contradice la idea que los ortodoxos conciben del Diabolo: al moverse como un planeta en su órbita, Luzbel obedece una ley, se convierte en siervo sumiso, deja de ser el símbolo clásico de la rebelión. "Un planeta inhabitado, árido y sin calor; pero no muerto", raya en cosmogónicamente imposible. Para la Ciencia, el cuerpo celeste, ya solidificado, sin luz propia, habitantes, vegetación ni ca-

¹ Desde "Núñez de Arce" hasta "los Países Bajos" ha sido reformado por el autor.

lor, ha ya muerto¹. Vida sin calor, no se concibe, siendo el calórico un agente inseparable de la vida, tal vez la vida misma. O ¿considerará Núñez de Arce a los astros como especie de catalépticos que hoy pierden las apariencias de vida y mañana las recobran?

V

IMAGINEMOS QUE ALLÁ por el año 3000² algún erudito exhume los *Fragments de Luzbel* y comente verso por verso, como los modernos comentan hoy los Vedas o las Rapsodias homéricas, ¿qué deduciría? Que los hombres del siglo XIX creíamos a la Luna con luz propia, que nos figurábamos el Sol en un carro semejante al de Helios, que admitíamos la teoría de los efluvios o emanaciones de la luz, y lo peor aún, que éramos mazdeístas o maniqueos.

Dios, al ver vencido a Luzbel,

*...Compartió su imperio
con él, y le entregó la noche oscura
y la mitad de la conciencia humana.*

Pensándolo bien, no hubo tal vencimiento: Luzbel perdiendo, ganó; y por muy ambicioso que haya sido, estará satisfecho con haber logrado la mitad del imperio, alentándose con la esperanza de adquirir la otra mitad en la segunda revolución. Su rival, sí, no queda muy bien parado hasta en concepto del hombre. ¿Qué significa un vencedor que divide su imperio con el vencido? Al juez supremo que consiente de asesor al Diabolo ¿quién no prefiere el Zeus pelasgo que vivía en coloquio eterno con la justicia? ¿Quién no prefiere también el Krischna indostánico que, sin conocer superior, sostenía de su mano todos los mundos, como perlas ensartadas en un hilo? Vale más el ateísmo franco y leal, la negación en bloque de todos los dioses unos y trinos, que la mezquina concepción teológica de una Divinidad infinitamente buena, limitada por la intervención de otra Divinidad esencialmente mala.

Los versos no contradicen la ortodoxia, desde que el Catolicismo gira sobre dos puntos de apoyo, Dios y el Diabolo, y desde que, suprimido el Diabolo, todo el Catolicismo se derrumba. Efectivamente: sin Luzbel no hay

¹ "Ha ya muerto" en lugar de "está muerto", corrección del autor.

² "Allá por el año 3000" en vez de "de hoy en mil años", modificado por el autor.

tentación de Eva, sin tentación no hay pecado original, y sin pecado no hay redención. Si el Catolicismo fuera una secta lógica, rendiría el mismo culto a Dios que al Diablo. Pero ¿se concibe que un hombre de nuestro siglo tome a lo serio la demonología de la Edad Media? Sólo por conveniencia deberíamos aceptarla: si la mitad de nuestra conciencia pertenece al Diablo y la otra mitad pertenece a Dios, nada de conciencia nos queda, somos inconscientes o irresponsables y podemos delinquir con toda impunidad.

Seguramente, Núñez de Arce no profesa el Maniqueísmo cuando afirma que Dios comparte su imperio con el Diablo, como tampoco protesta el Panteísmo al hablarnos del "alma universal que palpita en el crepúsculo", usando los mismos términos en que un poeta nos hablaría de "Paramatman o el alma suprema del Universo". Entonces, ¿qué espíritu filosófico encierra la obra del poeta que en unos versos parece maniqueo y en otros panteísta? Hay derecho de preguntarlo al escritor que dijo un día: "La época presente reclama de sus poetas algo más que versos sonoros, imágenes deslumbradoras, recuerdos históricos y sentimientos de pura convención"*. Hay derecho de preguntarlo si se recuerda también que Núñez de Arce atacó duramente a Darwin, al hombre acusado de tímido por sus discípulos, al tipo de observación despreocupada, al modelo de probidad científica.

VI

¿QUE SE PROPONE el nuevo cantor del Angel caído? Por los *Fragmentos* no se conoce la índole del poema, y sólo se ve que el Diablo, sumido en su dolor eterno, se encuentra de pie sobre una montaña, al venir la noche. Mas se presume algo. El poeta que cerró con maldiciones injustas un magnífico soneto a Voltaire, escribirá un poema ortodoxo, un poema digno de atraerse las palabras de Lessing: "La obra en que predominan rasgos de conveniencias religiosas no debe llamarse artística, desde que ahí el Arte no actúa en plena libertad sino como auxiliar de la Religión"***.

Como las rebeliones y caídas angélicas no pasan de mitos solares, como el genio del mal o Diablo es figura alegórica o abstracción personificada, el poema concebido por Núñez de Arce pertenece al género ultrahumano y alegórico: todos los personajes que rodean a Luzbel parecerán

* *Gritos del Combate*. Prólogo.

** *Laokoon* IX.

un sistema de astros agrupados alrededor de un sol fantasma. ¿Hay algo más helado que una alegoría? Soportable en las composiciones cortas, se hace insufrible en poemas de regulares dimensiones. Puede convertirse a un hombre en centro de mil alegorías; pero ¿puede convertirse una alegoría en centro de mil realidades? El Satanás de Milton, con su cuerpo de toesas y sus arengas de kilómetros, concluye por agotar la paciencia del lector; y el *Paraíso perdido* vive únicamente por los amores humanos de Adán y Eva. El poema de Goethe, a pesar de sus excentricidades y metafísicas, conserva el interés, porque todas las máquinas alegóricas y fantásticas se mueven alrededor de un personaje real: Fausto rejuvenecido, Fausto en la noche de Walpurgis, Fausto en el seno de las *Madres*, no deja un solo momento de ser hombre como cualquiera de nosotros. En la *Divina Comedia*, el actor principal, el núcleo sólido, es el mismo Dante que en alma y cuerpo atraviesa Infierno, Purgatorio y Paraíso. Todo gran poema, sin exceptuar el *Orlando furioso* ni el *Quijote*, se basa en algún hombre. La excelencia del Arte se alcanza con la expresión más intensa y más extensa de la vida; y ¿qué vida cabe en entes de pura imaginación?¹

A más, los poemas de las caídas angélicas resultan contraproducentes: el poeta, queriendo glorificar al Dios vencedor, engrandece al Angel vencido. Toda rebelión implica valor, y valor heroico si el soberano disfruta de un poder sin límites: a mayor encumbramiento del autócrata, mayor mérito del rebelde. El heroísmo está, pues, en el Diablo, que representa el valor temerario; no en el Dios omnipotente, que triunfa sin practicar la menor hazaña.

Por otra parte, como nuestra razón y nuestro sentimiento rechazan la idea de culpas irredimibles y eternas, el Dios de los poemas ortodoxos aparece como ser inhumano y antipático, hasta inferior a los dioses y héroes escandinavos, que durante el día se acuchillaban en los campos de batalla, y de noche bebían amigablemente el hidromel en los festines del Walhalla.

Victor Hugo, que llevó su piedad hasta decir

Je sauverais Judas si j'étais Jésus-Christ,

comprendió el grave inconveniente de la inflexibilidad divina, y en una de sus obras póstumas, *La Fin de Satan*, admite el arrepentimiento del culpable y

¹ Desde "Como las rebeliones" hasta "pura imaginación", es un nuevo párrafo redactado por el autor.

La disparition du mal dans l'infini.

Sin embargo, el gran poeta francés, con todo su genio creador y con toda su potencia rítmica, no logró componer un poema original, digno de coronar la *Leyenda de los Siglos*. Su *Angel Libertad*, nacido de una pluma de Satanás, recuerda palpablemente a *Eloa*, nacida de una lágrima derramada por Jesucristo, con la diferencia que el *Angel Libertad* no pasa de una fría concepción metafísica, mientras *Eloa* posee la realidad y tristeza de la vida. La redención del Diablo, idea capital del poema, no pertenece a Víctor Hugo: ya Klopstock cantó en su *Mesías* el arrepentimiento y perdón de Abbadona, ya Lamartine concibió la odisea de un ángel caído que recupera la gloria por medio de sucesivas expiaciones*, ya Soumet, en la *Divina Epopeya*, llevó al último extremo la piedad celeste haciendo que Idamael fuera redimido por una segunda pasión de Cristo en el Infierno.

En fin, los poemas que se desenvuelven sin traspasar el horizonte de la Teología se reducen a *pasticheos* sin vida, que son a las leyendas bíblicas como los evangelios apócrifos a los canónicos, o las epopeyas alejandrinas a la *Iliada* de Homero. Semejantes obras, por muy buena versificación que atesoren, a pesar de los bellos episodios que amenicen la inevitable monotonía del argumento, no satisfacen la necesidad poética del Siglo, no cuadran con el espíritu de la época, parecen anacronismos.

Hoy nos deleitamos con la imaginación científica que engendra el *Viaje al centro de la Tierra* o la *Pluralidad de los mundos habitados*¹, rechazamos la imaginación mórbida que aborta dioses teológicos, demonios rebeldes y hechiceros o brujas. Concebimos que hasta las quimeras de un ser racional deben respetar la lógica; quien dice poeta, dice visión fantástica; pero no sueño incoherente.

La Ciencia posee su maravilloso lógico, diametralmente opuesto al maravilloso absurdo de las religiones. Y la inspiración no carece de pábullo al abandonar el caos teológico, pues hay más poesía en la duda varonil del sabio que en las afirmaciones pueriles del creyente: derribadas las barreras de las religiones caducas, el hombre tiene a su disposición lo Desconocido para colmarlo de hipótesis racionales.

1886

* *La Chute d'un ange* y *Jocelyn* forman el principio y fin de la obra proyectada por Lamartine.

¹ Modificado por el autor.

NOTAS ACERCA DEL IDIOMA ¹

I

LAMARTINE lamentaba que pueblo i escritores² no hablaran la misma lengua i decía: "Al escritor le cumple trasformarse e inclinarse, a fin de poner la verdad en manos³ de las muchedumbres: inclinarse así, no es rebajar el talento, sino humanizarlo"⁴.

Los sabios poseen su tecnicismo abstruso, i nadie les exige que en libros de pura Ciencia se hagan comprender por el individuo más intenso. La oscuridad relativa de las obras científicas no se puede evitar, i pretender que un ignorante las entienda con sólo abrirlas, vale tanto como intentar que traduzca un idioma sin haberle aprendido. ¿Cómo esponer en vocabulario del vulgo nomenclaturas químicas? ¿Cómo formular las teorías i sistemas de los sabios modernos? No será escribiendo llegar a

¹ Este artículo, datado en 1890, corresponde a la campaña que, contra todo lo establecido, incluyendo el idioma, realizaba M. G. P. desde 1886 y principalmente desde 1888. Ya para entonces había sido excluido del personal que reorganizó la Real Academia de la Lengua, sección peruana. Además, circulaba en ese momento una poderosa corriente para independizar en cierto modo el habla de los americanos con respecto a los europeos. Tanto Andrés Bello como Domingo Faustino Sarmiento, en la polémica llevada a cabo en Santiago de Chile, 1842. Las proposiciones de M. G. P. reiteran, no descubren, los modos de caracterizar mejor la expresión escrita de lo hispanohablante de América. Rubén Darío también trató de establecer el uso de la contracción "del", "della", "desto", en *Prosas Profanas*, 1896, publicada dos años después de *Páginas libres* (1894).

² "Que pueblo i escritores", en vez de "que el pueblo i los escritores", corrección del autor.

³ "En manos" en lugar de "al alcance", modificación del autor.

⁴ "Sino humanizarlo" reemplazó a "es humanizarle", cambio hecho por el autor.

ser por *devenir*, otrismo por *altruismo* ni salto atrás por *atavismo*. Se comprende que no haya labor tan difícil ni tan ingrata como la vulgarización científica: sin el vulgarizador, las conquistas de la ciencia serían el patrimonio de algunos privilegiados. Virgilio se jactaba de haber hecho que las selvas fueran dignas de ser habitadas por cónsules; los vulgarizadores modernos hacen más al conseguir que la verdad se despoje algunas veces de su ropaje aristocrático y penetre llanamente a la mansión del ignorante.

En la simple literatura no sucede lo mismo. Los lectores de novelas, dramas, poesías, etc., pertenecen a la clase medianamente ilustrada, i piden un lenguaje fácil, natural, comprensible sin necesidad de recurrir constantemente al diccionario. Para el conocimiento perfecto de un idioma se requiere años enteros de contracción asidua, i no todos los hombres se hallan en condiciones de pasar la vida estudiando gramáticas i consultando léxicos. El que se suscribe al diario i compra la novela o el drama, está en el caso de exigir que le hablen comprensible y claramente. La lectura debe proporcionar el goce de entender, no el suplico de adivinar.

Las obras maestras se distinguen por *l'accessibilidad*, no formando¹ el patrimonio de unos cuantos iniciados, sino la herencia de todos los hombres con sentido común. Homero i Cervantes merecen llamarse² injenios democráticos: un niño les entiende. Los talentos que presumen de aristocráticos, los inaccesibles a la muchedumbre, disimulan lo vacío del fondo con lo tenebroso de la forma: tienen profundidad de pozo que no da en agua, elevación de monte que vela entre nubes un pico desmochado³.

Los autores franceses dominan i se imponen⁴, porque hacen gala de claros, i profesan que "lo claro es francés", que "lo oscuro no es humano ni divino". I no creamos que la claridad estriba en decirlo todo i explicarlo todo, cuando suele consistir en callar algo dejando que el público lea⁵ entre renglones. Nada tan fatigoso como los autores que esplican hasta las esplicaciones, como si el lector careciera de ojos y cerebro. El eximio dibujante, suprimiendo sombras i líneas, logra con unos cuantos rasgos dar vida i espresión a la fisonomía de un hombre; el buen escritor no dice demasiado ni mui poco i, eliminando lo accesorio i sobrentendido, concede a

1 "No formando" en vez de "pues no forman", corrección hecha por el autor.

2 "Merecen llamarse" en lugar de "son", modificado por el autor.

3 En las ediciones anteriores decía: "tienen la profundidad del pozo que no da en el agua, y la elevación del monte que esconde en las nubes un pico desmochado", que el autor reemplazó en la forma que aparece en ésta.

4 El autor suprimió "al mundo entero" que figuraba anteriormente.

5 "Lea" en vez de "pueda leer", corrección del autor.

sus lectores el placer de colaborar con él en la tarea de darse a comprender¹.

Los libros² que la Humanidad lee i relee, sin cansarse nunca, no poseen la sutileza del bordado, sino la hermosura de un poliedro regular o el grandioso desorden de una cordillera; porque los buenos autores, como los buenos arquitectos, se valen de grandes líneas i desdeñan ornamentaciones minuciosas i pueriles. En el buen estilo, como en los bellos edificios, hai amplia luz i vastas comunicaciones, no intrincados laberintos ni angostos vericuetos.

Las coqueterías i amaneramientos de lenguaje seducen a imaginaciones frívolas que se alucinan con victorias académicas i aplausos de corrillo; pero "no cuadran con los espíritus serios que se arrojan valerosamente a las luchas morales de su siglo". Para ejercer acción eficaz en el ánimo de sus contemporáneos, el escritor debe amalgamar la inmaculada transparencia³ del lenguaje i la sustancia medular del pensamiento. Sin naturalidad i claridad, todas las perfecciones se amenguan, desaparecen⁴. Si Heródoto hubiera escrito como Gracian, si Píndaro hubiera cantado como Góngora, ¿habrían sido escuchados i aplaudidos en los juegos olímpicos?

Ahí los grandes ajitadores de almas en los siglos XVI i XVIII, ahí Lutero, tan demoledor de Papas como rejenerador del idioma alemán⁵, ahí particularmente Voltaire con su prosa, natural como un movimiento respiratorio, clara como un alcohol rectificado.

II

AFANARSE POR QUE el hombre de hoi hable como el de ayer, vale tanto como trabajar porque el bronce de una corneta vibre como el parche de un tambor. Pureza incólume de la lengua, capricho académico. ¿Cuándo el castellano fue puro? ¿En qué época i por quién se habló ese idioma ideal? ¿Dónde el escritor impecable i modelo? ¿Cuál el tipo acabado de nuestra lengua? ¿Puede un idioma cristalizarse i adoptar una forma definitiva, sin seguir las evoluciones de la sociedad ni adaptarse al medio?

* Michel Bréal. *Mélanges de Mythologie et de linguistique*.

¹ Desde "El eximio dibujante" hasta "darse a comprender" es un nuevo párrafo intercalado por el autor.

² "Los libros" en lugar de "Las obras", corrección hecha por el autor.

³ "La inmaculada transparencia" en vez de "la frescura juvenil", corrección hecha por el autor.

⁴ "Desaparecen" en lugar de "quedan eclipsadas", modificado por el autor.

⁵ Agregado por el autor.

Nada recuerda tanto su inestabilidad a los organismos vitales como el idioma, i con razón los alemanes le consideran como un perpetuo *devenir*. En las lenguas, como en las religiones, la doctrina de la evolución no admite réplica.

Un idioma no es creación ficticia o convencional, sino resultado necesario del medio intelectual i moral, del mundo físico i de nuestra constitución orgánica. Traslademos en masa un pueblo del Norte al Mediodía o viceversa, i su pronunciación variará en el acto, porque depende de causas anatómicas i fisiológicas.

En las lenguas, como en los seres orgánicos, se verifican movimientos de asimilación i movimientos de segregación; de ahí los neolojismos o células nuevas i los arcaísmos o detritus. Como el hombre adulto guarda la identidad personal, aunque no conserva en su organismo las células de la niñez, así los idiomas renuevan su vocabulario sin perder su forma sintáctica. Gonzalo de Berceo i el Arcipreste de Hita requieren un glosario, lo mismo Juan de Mena, i Cervantes le pedirá mui pronto.

Los descubrimientos científicos i aplicaciones industriales acarrean la invención de numerosas palabras que empiezan por figurar en las obras técnicas i concluyen por descender al lenguaje común. ¿Qué vocabulario no ha jeneralizado en menos de 40 años la teoría de Darwin? ¿Qué variedad de voces no crearon las aplicaciones del vapor i de la electricidad? Hoi mismo la Velocipedia nos sirve d'ejemplo. Diccionarios especiales abundan en Francia, Inglaterra i Estados Unidos para definir los términos velocipédicos; i no se diga que todas esas palabras o frases se reducen al argot de un corrillo; por miles, quizás por millones se cuentan hoi las personas que las entienden i emplean. La Velocipedia posee toda una literatura con sus libros, sus diarios i su público.

Paralelamente al movimiento descensional se verifica el ascensional. Basta cruzar a la carrera uno de los populosos i activos centros comerciales, señaladamente los puertos, para darse cuenta del inmenso trabajo de fusión i renovación verbales. Oímos todas las lenguas, todos los dialectos, todas las jergas i jermanías; vemos que las palabras hierven i se ajitan como jérmenes organizados que pugnan por vivir i dominar. Cierto, miles de vocablos pasan sin dejar huella, pero también muchos vencen i se imponen en virtud de la selección. La espresión que resonaba en labios de marineros i mozos de cordel, concluye por razonar en boca de sabios i literatos. Los neolojismos pasan de la conversación al periódico, del periódico al libro i del libro a l'academia .

I l'ascensión i descensión se verifican, quiérase o no se quiera: "la

lengua sigue su curso, indiferente a quejas de gramáticos i lamentaciones de puristas”*.

El francés, el italiano, el inglés i el alemán acometen i abren cuatro enormes brechas en el viejo castillo de nuestro idioma: el francés, a tambor batiente, penetra ya en el corazón del recinto. Baralt, el severo autor del *Diccionario de Galicismos*, confesó en sus últimos años lo irresistible de la invasión francesa en el idioma castellano; pero algunos escritores d’España no lo ven o finjen no verlo, i continúan encareciendo la pureza en la lengua, semejantes a la madre candorosa que pregona la virtud de una hija siete veces pecadora.

La corrupción de las lenguas ¿implica un mal? Si por infiltraciones recíprocas, el castellano, el inglés, el alemán, el francés i el italiano se corrompieran tanto que lo hablado en Madrid fuera entendido en Londres, Berlín, París i Roma, ¿no se realizaría un bien? Por cinco arroyos tendríamos un río; en vez de cinco metales, un nuevo metal de Corinto. Habría para la Humanidad inmensa economía de fuerza cerebral, fuerza desperdiciada hoi en aprender tres o cuatro lenguas vivas, es decir, centones de palabras i cúmulos de reglas gramaticales ¿Qué me importaría no disfrutar el deleite de leer el *Quijote* en castellano, si poseo la inmensa ventaja d’entenderme con el hombre de París, Roma, Londres i Berlín? Ante la solidaridad humana todas las intransijencias de lenguaje parecen mezquinas i pueriles, tan mezquinas i pueriles como las cucstiones de razas i fronteras. Los provenzales en Francia, los flamencos en Béljica, los catalanes en España, en fin, todos los preconizadores de lenguas rejionales en detrimento de las nacionales, intentan una obra retrógrada: al verbo de gran amplitud, usado por millones de hombres i comprendido por gran parte del mundo intelectual, prefieren el verbo restringido, empleado por miles de provincianos i artificialmente cultivado por unos pocos literatos. Escribir *Mireio* en provenzal i no en francés, l’*Atlántida* en catalán i no en español, es algo como dejar el ferrocarril por la diligencia o la diligencia por cabalgadura.

La lengua usada por el mayor número de individuos, la más dócil para sufrir alteraciones, la que se adapta mejor al medio social, cuenta con mayores probabilidades para sobrenadar i servir de base a la futura lengua universal. Hasta hoi parece que el inglés se lleva la preeminencia: no es sólo la lengua literaria de Byron i Shelley o la filosófica de Spencer i Stuart Mill, no la oficial de Inglaterra, Austria i Estados Unidos, sino la comercial del mundo entero. Quien habla español habla con España; quien habla inglés habla con medio mundo. Podría tal vez llamar-

* Arsène Darmesteter. *La vie des mots*.

se al español i al italiano lenguas de lo pasado, al francés lengua de lo presente, al inglés i alemán lenguas del porvenir. Lenguas, más que viejas, avejentadas, todas las neolatinas necesitan espurgarse de la doble jerga legal i teológica, legada por el Imperio romano i la Iglesia católica.

El sánscrito, el griego i el latín pasaron a lenguas muertas sin que las civilizaciones indostánicas, griegas i romanas enmudecieran completamente. Se apagó su voz, pero su eco sigue repercutiendo. Sus mejores libros viven traducidos. Tal vez, con la melodía poética desos idiomas, perdimos la flor de l'Antigüedad; pero conservamos el fruto; i ¿quién nos dice que nuestro ritmo de acento valga menos que el ritmo de cantidad? Cuando algunos en su entusiasmo por la literatura clásica, opinan que "nuestras lenguas decrépitas son jergas de bárbaros en comparación del griego i del latín*", no hacen más que aplicar a la Lingüística la creencia teológica de la degeneración humana. El ser que sin auxilios sobrenaturales pasó del grito a la palabra i cambió los pobres i toscos idiomas primitivos en lenguas ricas i de construcción admirable, como las habladas en la India i Grecia, se habrá detenido i hasta retrogradado en el desarrollo de sus facultades verbales: hasta el sánscrito, progreso; después, retrogradación, porque según la lei de muchos, el sánscrito es superior al griego, el griego al latín, el latín a todas las lenguas neolatinas. Si algún día se descubrieran libros en lengua más antigua que el sánscrito, los sabios imbuidos de teología i metafísica probarían que esa lengua era superior al sánscrito. Sabemos más que nuestros antepasados, i no hablamos tan bien como ellos. La función no ha cesado de ejercerse, i el órgano se atrofia o se perfecciona. El perfeccionamiento de las lenguas —la pretendida decadencia— ha consistido en pasar de la síntesis al análisis, así como el entendimiento pasó de la concepción en globo i a priori del Universo al estudio particular de los fenómenos i a la formulación de sus leyes. Cierro, vamos perdiendo el hábito de pensar en imágenes, las metáforas se transforman en simples comparaciones, la palabra se vuelve analítica i precisa, con detrimento de la poesía; pero, ¿la Humanidad vive sólo de poemas épicos, dramas i odas? ¿El *Orijen de las especies* no vale tanto como la *Iliada*, el binomio de Newton como los dramas d'Esquilo, i las leyes de Kepler como las odas de Píndaro? Dígase lo que se diga, hablamos como debemos hablar, como lo exigen nuestra constitución cerebral i el medio ambiente. No siendo indostanos, griegos ni romanos, ¿podríamos espresarnos como ellos? Una lengua no representa la marcha total de nuestra especie en todas las épocas i en todos los países, sino la evolución mental de un pueblo en un tiempo determinado:

* *Histoire des Grecs.*

el idioma nos ofrece una especie de *cliché* que guarda la imagen momentánea de una cosa en perdurable transformación. El verdadero escritor es el hombre que, conservando su propia individualidad literaria, estereotipia en el libro la lengua usada por sus contemporáneos; y con razón decimos la lengua de Shakespeare, la lengua de Cervantes, la lengua de Pascal o la lengua de Goethe, para significar lo que en una época determinada fueron el inglés, el castellano, el francés i el alemán.

Cuando nuestras lenguas vivas pasen a muertas o se modifiquen tan radicalmente que no sean comprendidas por los descendientes de los hombres que las hablan hoy, ¿habrá sufrido la Humanidad una pérdida irreparable? La desaparición se verificará paulatina, no violentamente: como las naciones, como todo en la Naturaleza, las lenguas mueren dando vida. A no ser un cataclismo jeneral que apague los focos de civilización, el verdadero tesoro, el tesoro científico se conservará ileso. Las conquistas civilizadoras no son palabras almacenadas en diccionarios ni frases disecadas en disertaciones eruditas, sino ideas morales transmitidas de hombre a hombre i hechos consignados en los libros de Ciencia. La Química y la Física ¿serán menos Química i menos Física en ruso que en chino? ¿Murió la Geometría de Euclides cuando murió la lengua en que está escrita? Si el inglés desaparece mañana, ¿desaparecerá con él la teoría de Darwin?

En el idioma s'encastilla el mezquino espíritu de nacionalidad. Cada pueblo admira en su lengua el *non plus ultra* de la perfección, i se imagina que los demás tartamudean una tosca jerga. Los griegos menospreciaban el latín i los romanos s'escandalizaban de que Ovidio hubiera poetizado en lengua de hiperbóreos. Si los teólogos de la Edad Media vilipendiaban a Mahoma por haber escrito el Korán en árabe i no en hebreo, griego ni latín, los árabes se figuraban su lengua como la única gramaticalmente construida i llamaban al habla de Castilla aljamía o la bárbara. Tras el francés que no reconoce *esprit* fuera de su Rabelais, viene el inglés que mira un ser inferior en el extranjero incapaz de leer a Shakespeare en el original, y sigue el español que por boca de sus reyes ensalza el castellano como la lengua más digna para comunicarnos con Dios.

Como el idioma contiene el archivo sagrado de nuestros errores i preocupaciones, tocarle nos parece una profanación. Si dejáramos de practicar la lengua nativa, cambiaríamos tal vez nuestra manera de pensar, porque las convicciones políticas i las creencias religiosas se reducen muchas veces a fetichismos de palabras. Según André Lefèvre, "de las mil i mil confusiones, acarreadas por expresiones análogas, nacieron todas las leyendas de la divina tragicomedia. La Mitología es un dialecto, un'antigua forma, una enfermedad del lenguaje*.

* *La Religión* xix.

Con el verbo nacional heredamos todas las concepciones mórbidas acumuladas en el cerebro de nuestros antepasados durante siglos i siglos de ignorancia i barbarie: la lengua amolda nuestra inteligencia, la deforma como el zapato deforma el pie de la mujer china. Por eso, no hai mejor hijiene para el cerebro que emigrar a tierra extranjera o embeberse en literaturas de otras lenguas. Salir de la patria, hablar otro idioma, es como dejar el ambiente de un subterráneo para ir a respirar el aire de una montaña.

Se concibe el apego senil del ultramontano al vocablo viejo, desde que las ideas retrógradas se pegan a los jiros anticuados, como el sable oxidado se adhiere a la vaina; se concibe también su horror sacrílego al vocablo nuevo, desde que el 'neolojismo, como una especie de caballo griego, lleva en sus entrañas al enemigo. Nada, pues, tan lójico (ni tan risible) como la rabia de algunos puristas contra el neolojismo, rabia que les induce a ver en las palabras un enemigo personal. Discutiendo en l'Academia francesa l'aceptación de una voz, usada en toda Francia pero no castiza, Royer Collard exclamó lleno de ira: "Si esa palabra entra, salgo yo".

En la aversión de la Iglesia contra el francés i la preferencia por el latín, reviven el odio de la Sinagoga contra el griego i el amor al hebreo. Como la lengua griega significaba para el judío irreligiión i filosofía, el idioma francés encierra para el católico impiedad i Revolución, *Enciclopedia* i *Declaración de los derechos del hombre*. Es la peste negra, i hai derecho d'establecer cordón sanitario. Como el judaísmo vivía inseparablemente unido a la lengua hebrea, el Catolicismo ha celebrado con el latín un'alianza eterna: el dogma no cabe en las lenguas vivas; a lo muerto, lo invariable; a la momia, el sarcófago de piedra¹.

III

EL CASTELLANO se recomienda por la energía, como idioma de pueblo guerrero i varonil. Existe² lengua más armoniosa, más rica, más científica, no más euérgica: sus frases aplastan³ como la maza d'Hércules, o parten en dos como la espada de Carlomagno. Hoi nos sorprendemos con

¹ El capítulo II ha sido reformado casi íntegramente por el autor.

² "Existe" en vez de "Puede haber", corrección del autor.

³ "Sus frases aplastan" en lugar de "tiene frases que aplastan", modificado por el autor.

la ruda franqueza i el crudo naturalismo de algunos escritores antiguos que lo dicen todo sin valerse de rodeos ni disimulos, i hasta parece que pasáramos a lengua extranjera cuando, después de leer por ejemplo a Quevedo (al Quevedo de las buenas horas), leemos a esos autores neoclsicos que usan¹ una fraseología correcta i castiza.

En los siglos XVI i XVII hubo en España una florecencia d'escri-tores que pulimentaron i enriquecieron el idioma sin alterar su índole desembarazada i viril. Los poetas, siguiendo las huellas de Garcilaso, renovaron completamente la versificación al aclimatar el endecasílabo italia-no: con la silva, el soneto i la octava real parece que el ingenio español cobró mayores alas. Para formarse idea del jigantesco paso dado en la poesía, basta comparar las coplas de Ayala o las quintillas de Castillejo con la *Noche serena*, la *Canción a las mimas de Itálica* i la *Batalla de Lepanto*. Los prosadores no se quedaron atrás, aunque intentaron dar al pe-riodo colosales dimensiones, imitando ciegamente a Cicerón. Sin embar-go, en cada escritor, señaladamente en los historiadores, trasciende la fi-sionomía personal, de modo que nadie confunde a Melo con Mariana ni a Mendoza con Moncada. Cierro, ninguno llegó a l'altura de Pascal o Lu-tero: los heterodosos no fueron eminentes prosadores, i los buenos escrito-res no fueron ortodosos. El mayor defecto de los autores castellanos, lo que les separa de la Europa intelectual, lo que les confina en España dán-doles carácter insular, es su catolicismo estrecho i menguado. Se siente en sus obras, como dice Edgar Quinet, "el alma de una gran secta, no el alma viviente del jénero humano". Fuera de Cervantes, ningún autor español disfruta de popularidad en Europa. Duele imaginar lo que habrían realizado un Góngora i un Lope de Vega, un Quevedo i un Calderón, si en lugar de vivir encadenados al Dogma hubieran volado libremente o seguido el movimiento salvador de la Reforma. En el orden puramente literario, Saavedra Fajardo insinuó algo atrevido i original: despojar el idioma de idiotismos i modismos, darle una forma precisa i filosófica, tal vez matemática. Dotado de más ingenio habría iniciado en la prosa una revolución tan fecunda como la realizada por Garcilaso en el verbo; pero queriendo imitar o corregir a Maquiavelo, se quedó con su *Príncipe cris-tiano* a mil leguas del gran florentino.

A mediados del siglo XVIII surgió un linaje de prosadores, peina-dos i relamidos, que esajeraron el latinismo de los escritores de los siglos anteriores, i de un idioma todo músculo i nervios hicieron una carne es-creciente i fungosa. Por la manía de construir períodos ciceronianos i man-tener suspenso el sentido desde la primera hasta la última línea de una pá-

¹ El autor suprimió las palabras "de estilo".

jina en folio, suscituyeron al encadenamiento lójico de las ideas el enlace caprichoso i arbitrario de las particulas. Sacrificaron la sustancia a la rondidad i construyeron esferas jeométricamente redondas, pero huecas.

Verdad, en nuestro lenguaje se refleja la esuberancia i la pompa del carácter español: el idioma castellano se goza más en lo amplio que en lo estrecho, parece organizado, no para arrastrarse a gatas, sino para marchar con solemnidad y magnificencia de reina que lleva rica i aterciopelada cola. Pero, verdad también que entre el lenguaje natural i pintoresco del pueblo español i el lenguaje artificial i descolorido de sus escritores relamidos media un abismo.

La frase pierde algo de su virilidad con la superabundancia de artículos, pronombres, preposiciones i conjunciones relativas. Con tanto *el* i *la*, *los* i *las*, *el* i *ella*, *quien* i *quienes*, *el cual* i *la cual*, las oraciones parecen redes con hitos tan enmarañados como frágiles. Nada relaja tanto el vigor como ese abuso en el relativo *que* i en la preposición *de*. Los abominables pronombres *cuyo* i *cuya*, *cuyos* i *cuyas*, dan orijen a mil anfibolójias, andan casi siempre mal empleados hasta por la misma Academia española. El pensamiento espresado en inglés con verbo, sustantivo, adjetivo i adverbio, necesita en el castellano de muchos españoles, una retahila de pronombres, artículos i preposiciones. Si, conforme a la teoría *spenceriana*, el lenguaje se reduce a máquina de transmitir ideas, ¿qué se dirá del mecánico que malgasta fuerza en rozamientos innecesarios i conexiones inútiles?

Si nuestra lengua cede en concisión al inglés, compite en riqueza con el alemán, aunque no le iguala en libertad de componer voces nuevas con voces simples, de aclimatar las exóticas i hasta de inventar palabras. Lo último dejenera en calamidad jermánica, pues filósofo que inventa o se figura inventar un nuevo sistema, se crea vocabulario especial, haciendo algo como l'aplicación del libre examen al lenguaje. L'asombrosa flexibilidad del idioma alemán se manifiesta en la poesía; los poetas jermánicos traducen con fiel maestría larguísimas composiciones, usando el mismo número de versos que el orijinal, el mismo número de sílabas i la misma colocación de las consonantes. A más, no admiten lenguaje convencional de la poesía, i, como los ingleses, cantan con admirable sencillez cosas tan llanas i domésticas que traducirlas en nuestra lengua sería imposible o difícilísimo. Mientras en castellano el poeta se deja conducir por la forma, en alemán el poeta subyuga rima i ritmo. Los versos americanos i españoles ofrecen hoí algo duro, irreductible, como sustancia rebelde a las manipulaciones del obrero: los endecasílabos sobre todo, parecen barras de hierro simétricamente colocadas. En mui reducido número de autores, señaladamente en Campoamor, se descubre la flexibilidad jermánica, el poder soberano de infundir vida i movimiento a la frase poética.

Pero, no sólo tenemos lenguaje convencional en la poesía, sino prosa hablada i prosa escrita: hombres que en la conversación discurren llanamente, como cualquiera de nosotros, s'espresan estrafalaria i oscuramente cuando manejan la pluma: como botellas de prestidijitador, chorrean vino i en seguida vinagre. Parece que algunos bosquejan un borrador i en seguida emprenden una traducción de lo inteligible i llano a lo ininteligible i escabroso; i el procedimiento no debe de ofrecer dificultades insuperables, cuando individuos profundamente legos, tan legos que no saben ni los rudimentos gramaticales, logran infundir a su prosa un aire añejo i castizo. Con períodos kilométricos salpimentados de inversiones violentas; con lluvias de modismos, idiotismos i refranes cojidos al lazo en el diccionario; con decir *peinar canas* por tener canas, *parar mientes* por atender, *guapa moza* por joven hermosa, *antojeme* por me antojé o *díjome* por me dijo, se sale airosamente del apuro. El empleo de refranes, aunque no sea novedad (pues Sancho Panza dio el ejemplo), posee la ventaja de hacer reír con chistes que otros inventaron. Todo esto, más que lucubración de cerebro, es labor de mano: hacer listas de frases o palabras i luego encajonarlas en lo escrito. Obras compuestas con tal procedimiento seducen un rato, pero acaban por hastiar: descubren el sabor *libresco* i prueban que el peor enemigo de la literatura se encierra en el diccionario.

Cierto, la palabra requiere matices particulares, desde que no se perora en club revolucionario como se cuchichea en locutorio de monjas. Tal sociedad i tal hombre, tal lenguaje. En la corte gazmoña de un Carlos el Hechizado, se chichisbea en términos que recuerdan los remilgamientos de viejas devotas i las jenuflexiones de cortesanos; mientras en el pueblo libre de Grecia se truena con acento en que reviven las artísticas evoluciones de los juegos píticos i la irresistible acometida de las falanjes macedónicas.

Montaigne gustaba de "un hablar injenuo i simple, tal en el papel como en la boca, un hablar suculento i nervudo, corto i conciso¹, no tanto delicado i peinado como vehemente i brusco". Hoi gustaría de un hablar moderno. ¿Hai algo más ridículo que salir con *magüer*, *aina mais*, *cabe el arroyo* i *doncel acuitado*², mientras vibra el alambre de un telégrafo, cruje la hélice de un vapor, silba el pito de una locomotora i pasa por encima de nuestras cabezas un globo aerostático?

Aquí, en América i en nuestro siglo, necesitamos una lengua condensada, jugosa i alimenticia, como extracto de carne; una lengua fecun-

¹ El autor reformó este párrafo.

² Modificación del autor.

da como riego en tierra de labor; una lengua que desenvuelva períodos con el estruendo i valentía de las olas en la playa; una lengua democrática que no se arredre con nombres propios ni con frases crudas como juramento de soldado; una lengua, en fin, donde se perciba el golpe del martillo en el yunque, el estridor de la locomotora en el riel, la fulguración de la luz en el foco eléctrico i hasta el olor del ácido fénico, el humo de la chimenea o el chirrido de la polea en el eje.¹

1889

¹ El capítulo III ha sido redactado nuevamente en su mayor parte por el autor.

LA REVOLUCION FRANCESA ¹

I

HAY ÉPOCAS en que las naciones, sumergidas en profunda modorra, oyen y ven sin tener aliento de hablar ni fuerza para sostenerse de pie; otras épocas en que se fatigan sin avanzar un palmo, como atacadas de parálisis agitante; y otras épocas en que se regeneran con el soplo de un viento generoso, traspasan las barreras de la tradición, y caminan adelante, siempre adelante, como atraídas por irresistible imán. A estas últimas épocas pertenece la Francia de la Revolución.

Los hombres de aquellos días poseen una gloria que no supieron conquistar los revolucionarios de otras naciones ni de otros siglos: haber trabajado en provecho inmediato de la Humanidad. Es que Francia, por su carácter cosmopolita, siembra para que la Tierra coseche. Los acontecimientos que en los demás países no salen de las fronteras y permanecen adheridos al terreno propio, como los minerales y vegetales, adquieren en el territorio francés la movilidad de los seres animados y se esparcen por todos los ámbitos del Globo.

La Revolución inglesa y la Independencia norteamericana presentaron, por decirlo así, un carácter insular, fueron evoluciones locales que

¹ En 1889, al cumplirse el centenario de la Toma de la Bastilla, Prada escribió el presente ensayo, cuya difusión empero sólo data, hasta donde podemos asegurar, de 1894 y en *Páginas libres*. Documento en tesitura universalista, reitera las arengas y diatribas de los discursos del 88 (Politeama, Olimpo), y corona la conducta contra el contrato Grace. Es además como una racionalización del elogio de Victor Hugo publicado cuatro años antes: Prada era un jacobino. Basta leer el presente trabajo para hallar la clave de su ya incipiente anarquismo.

sólo interesaron a la dinastía de un reino y a los pobladores de un Estado; pero la Revolución francesa vino como sacudida continental, hizo despertar a todos como toque de clarín en campamento dormido, se convirtió en la causa de todos. Con razón dijo Edgar Quinet que "si la Iglesia se llama romana y católica, la Revolución tiene legítimo derecho de llamarse francesa y universal, porque el pueblo que la hizo es el que menos la aprovecha"*.

La Revolución significa ruptura con las malas tradiciones de lo pasado, golpe de muerte a los últimos restos del feudalismo y establecimiento de los poderes públicos sobre la base de la soberanía nacional. El 14 de Agosto muere la antigua sociedad francesa con sus privilegios y sus castas; pero el día que la Asamblea Constituyente declara, no los derechos del francés, sino los derechos del hombre, surge para la Humanidad un nuevo mundo moral: desaparece el siervo y nace el ciudadano, al derecho divino de los reyes sucede el derecho de rebelión, y el principio de autoridad pierde la aureola que le ciñeron la ignorancia y el servilismo.

Largas y tremendas luchas sostuvieron aquellos innovadores que todo lo atacaban y todo lo derribaban; pero ante nada se amilanaron, ante nada retrocedieron. Europa les apretaba con argolla de hierro, Francia misma les amagaba con explosiones intestinas; ellos rechazaban transacciones, se negaban a demandar o conceder tregua, y según la frase de Saint Just, "no recibían de sus enemigos y no les enviaban sino el plomo". Los revolucionarios combatieron en el cráter de un volcán, rodeados de llamas, pisando un terreno movedizo que amenazaba hundirse bajo sus plantas.

Vencidas en el interior las resistencias de la nobleza y del clero, arrojados en la frontera los ejércitos de los monarcas europeos, no estaba concluida la obra; faltaba que la Revolución se pusiera en marcha, que volara de pueblo en pueblo, que dejara de ser arma defensiva para convertirse en carga ofensora. Entonces surgió Napoleón.

Como ciego de nacimiento que lleva en sus manos una antorcha, ese tirano, que no conoció respeto a la libertad ni amor a la justicia, caminó de reino en reino, propagando luz de libertad y justicia. El divinizó la fuerza y, como nuevo Mesías de una era nueva, regeneró a las naciones con un bautismo de sangre. Fue el Mahoma de Occidente, un Mahoma sin Alá ni Korán, sin otra ley que su ambición ni otro Dios que su persona. Sabía magnetizar las muchedumbres, subyugarlas con una palabra, y arrastrarlas ciegamente al pillaje y a la gloria, al crimen y al heroísmo, a la muerte y a la apoteosis. Con sus invencibles legiones se precipitaba sobre la Tierra, unas veces devastando como un ciclón, otras fertilizando como

* *Le Christianisme et la Révolution française.*

una creciente del Nilo. Era el hombre del 18 Brumario, la negación de las ideas modernas, la personificación del cesarismo retrógrado; pero sus soldados llevaban de pueblo en pueblo los gérmenes revolucionarios, como los insectos conducen de flor en flor el polen fecundante. De las naciones mutiladas por las armas nacía la libertad, como la savia corre del tronco rajado por el hacha. "Los pueblos, dice Michelet, despertaban heridos por el hierro, mas agradecían el golpe salvador que rompía su funesto sueño y disipaba el deplorable encantamiento en que por más de mil años languidecían como bestias que pacen la yerba de los campos".

En vano asomó la Restauración apoyada en los ejércitos de la Santa Alianza; en vano desfilaron, como espectros de otras edades, Luis XVIII, Carlos X y Luis Felipe; en vano quiso Napoleón III seguir las huellas gigantescas de Bonaparte; Francia experimentó siempre la nostalgia de la libertad y regresó a la república como a fuente de regeneración y vida.

II

LA REVOLUCIÓN no se reduce al populacho ebrio y desenfrenado que apagaba con sarcasmos la voz de las víctimas acuchilladas en las prisiones o guillotinas en las plazas públicas. Frente a los energúmenos que herían sin saber a quién ni por qué, como arrastrados por un vértigo de sangre, se levantaban los filósofos y reformadores que vivían soñando con la fraternidad de los pueblos y morían creyendo en el definitivo reinado de la justicia.

Si no faltaron bárbaros que ante el cadáver de un Lavoisier proclamaban que "la Revolución no necesitaba de sabios"¹, sobraron también hombres que, según la gráfica expresión de Victor Hugo, buscaban "con Rousseau lo justo, con Turgot lo útil, con Voltaire lo verdadero y con Diderot lo bello". ¿Quién no los conoce? Lalande, Lagrange, Laplace, Berthelot, Daubenton, Lamarck, Parmentier, Monje, Bailly, Condorcet, Lakanal y otros mil, pertenecen a la Revolución, brillan como estela de luz en mar de sangre.

Verdad, hubo momentos en que Francia parecía retrogradar a la barbarie; pero verdad también que tras la acción impulsiva y perjudicial, vino inmediatamente la reacción meditada y reparadora. La Revolución, la buena Revolución, se mostró siempre inteligente: fue movimiento libre de hombres pensadores, no arranque ciego de multitudes inconscientes.

¹ El autor proyectó hacer una cita en francés, escrita a lápiz, que está ilegible en el original.

"Hasta en pleno Terror, los revolucionarios ofrecen ejemplos de habilidad y prudencia que no siempre fueron imitados en épocas más tranquilas...". Esos hombres "dan a la Ciencia vida política y la emplean como medio de infundir confianza, preparar victorias y ganar batallas"*. Piensan en todo, desde aplicar a la guerra el telégrafo y los globos hasta uniformar pesas y medidas con el sistema métrico decimal. Confinados en el territorio francés, se bastan a sí, de nadie necesitan: mientras unos fabrican lápices o enseñan a extraer alquitrán del pino, otros vulgarizan un nuevo procedimiento para curtir pieles o hallan la manera de obtener acero y hierro.

Francia vacilaba en la orilla de un precipicio. Las flotas enemigas dominaban el mar, bloqueaban los puertos y efectuaban continuos desembarcos. Tolón había caído en manos de los ingleses, mientras Landrecies, le Quesnoy, Condé y Valenciennes estaban en poder de los aliados. La contrarrevolución batía pendones en la Vendée, Marsella y Lyon, a la vez que el hambre y el Terror imperaban en todo el territorio francés. Era indispensable armar 300.000 soldados, y la pólvora escaseaba, pues el bloqueo cerraba el paso al salitre de las Indias. La Convención acude a los hombres de ciencia, pide milagros a la Química; y los sabios inventan en poco tiempo la elaboración y purificación del salitre. Según la frase de un convencional, "a los cinco días de encontrada la tierra salitrosa se carga el cañón"**.

Los hombres de acción secundan, superan a los hombres de saber. Brotan generales de veinte años que enseñan el Arte de la Guerra a los encanecidos mariscales de Europa, surgen reclutas que hacen morder el polvo a los veteranos de cien campañas. Los ejércitos de la Revolución carecen de todo y suplen a todo: ganan batallas sin tener cañones, pasan ríos sin puentes, hacen marchas forzadas sin zapatos, vivaquean sin ron y muchas veces sin pan***. En sólo cinco meses aplastan a los ingleses y holandeses en Hondschoote, derrotan a los austríacos en Wattignies, rechazan a los piemonteses, contienen a los españoles, recuperan las líneas de Weisseburg, libertan Landau, reconquistan Alsacia, espantan a los aliados, sofocan las sublevaciones de Lyon, arrancan Tolón a los ingleses y someten la Vendée****.

Francia, como círculo de fuego, se ensancha prodigiosamente, arrojando por todas partes muerte y luz. El toque de la *Marsellesa* resuena des-

* Biot. *Essai sur l'histoire générale des sciences pendant la Révolution française.*

** Biot. *Idem.*

*** Napoleón. *Proclamation à l'armée d'Italie.*

**** Louis Blanc *Histoire de la Révolution française.*

de el Tajo hasta el Tíber y desde la tumba de Carlomagno hasta el sepulcro de los Faraones. Hay florescencia de vida, exuberancia de fuerza, desbordamiento de actividad. Todas las energías acopiadas durante siglos estallan a la vez. Como se ordena la construcción de un dique o el trazo de un camino, se decreta la victoria. Se trasmona los Alpes como Aníbal y se atraviesa los desiertos como Cambises. Hoy se combate en la nieve que entumece, mañana en el arenal que sofoca. Parece que la carne no siente dolor y que el miedo ha dejado de habitar la Tierra. Se sufre cantando y se muere riendo. Francia celebra las panateneas del heroísmo.

La historia y la fábula no refieren nada igual a la epopeya que se abre con el ¡adelante! de Kellermann en Valmy para cerrarse con la soldadesca interjección de Cambronne en Waterloo.

III

CUANDO ASOMÓ la Revolución, parecía que sobre la Tierra hubiera descendido un espíritu nuevo, que la Humanidad acabara de encontrar el camino de una religión iluminada por interminable aurora boreal. Desde el Manzanares hasta el Rhin y desde el Támesis hasta el Volga, hubo una explosión de regocijo. En las calles de San Petersburgo los hombres se abrazaban llorando. Todos los poetas cantaron el 89, desde Burns y Klopstock hasta Schiller. Todos se enorgullecían con merecer el título de ciudadanos franceses. Goethe, el impasible Goethe, confesó que la victoria de los revolucionarios franceses en Valmy señalaba el principio de una era nueva.

Francia, en un delirio de amor, salvaba las fronteras y extendía los brazos para estrechar a todas las naciones del Globo. Los odios vinieron más tarde: el pueblo francés hizo el 89, los reyes provocaron el 93. Si algo debe censurarse a los revolucionarios es la exageración en el ideal humanitario, el afán de¹ convertir a Francia en el caballero andante de las naciones. A los dos meses de Valmy, el 19 de noviembre de 1792, la Convención Nacional promulga un decreto para socorrer a los pueblos que quieran recobrar su independencia y auxiliar a los ciudadanos que sufran o hayan sufrido vejámenes por la causa de la libertad.

La Revolución nos parece una pesadilla de sangre cuando le vemos como hecho aislado y no como consecuencia lógica, cuando contamos las centenas de hombres que arrastró a la guillotina y no los millares de

¹ "El afán de" en vez de "quisieron", corrección del autor.

víctimas que vengó. La estupenda cólera popular, que hoy nos admira y espanta, fue reventazón de mina cargada grano a grano, durante siglos enteros, por nobleza, clero y reyecía.

Hay que aceptarla como aceptamos un fenómeno atmosférico, sin contar los desastres, aprovechando los beneficios. Los hombres del 93 destruyeron, pero también construyeron; segaron plantas fecundas, pero a la vez arrojaron buenas semillas; se manifestaron pródigos de la vida ajena, pero no fueron avaros de la propia; sintieron la embriaguez del bandido en la emboscada, pero también conocieron las alucinaciones del apóstol y del mártir.

No debe considerársele como una obra consumada, sino como un acontecimiento en marcha; ella fermenta inconscientemente en el corazón de sus propios enemigos; desaparece como locomotora en el túnel, y de cuando en cuando estalla en medio de un pueblo, como súbita llamada de fuego subterráneo.

Todo paso de las naciones hacia la emancipación religiosa, política o social, viene como repercusión del empuje dado a la Humanidad por los hombres del 93. Los pueblos, que ya entrevieron anchos horizontes de luz, no se resignan hoy a tantear en el limbo ni a tener por código el amalgama de la inicua legislación romana con las absurdas decisiones canónicas. Coronando el Renacimiento y la Reforma, la Revolución servirá de correctivo a la propaganda retrógrada de las comuniones religiosas y cortará el vuelo a la degeneración del *tercer estado*, a la burguesía implacable y avara. De 1789 a 1793 se acabó de templar¹ las armas que tarde o temprano herirán de muerte a los seculares enemigos de la libre expansión individual.

Imaginemos lo que sería hoy Europa sin la Revolución Francesa. Hubo entonces crímenes y horrores; pero ¿cuándo las naciones combatieron el mal con sólo el bien, se libertaron de la esclavitud con sólo la persuasión o entraron en pleno ejercicio de sus derechos con sólo amigables convenios? Las cuestiones sociales son problemas, planteados con la pluma en el silencio del gabinete, resueltos con pólvora en el fragor de las barricadas. Los Enciclopedistas plantearon la ecuación, el pueblo francés encontró la incógnita. Las ideas que en el principio de su gestación se limitan a palabras o sombras, se convierten después en hechos o cuerpos; actúan, débiles primero, irresistibles luego, como viento que empieza por rizar la superficie de los mares y acaba por levantar la marejada tremenda y purificadora.

¹ "Se acabó de templar" en vez de "se fraguó", corrección hecha con tinta por el autor.

¿Cuándo la Humanidad ejecutó algo bueno sin lágrimas ni sangre?
¿Cuándo lo ejecuta la Naturaleza? Las lentas evoluciones del Universo
¿cuestan menos sacrificios que las violentas revoluciones de las socieda-
des? Cada época en la existencia de la Tierra se marca por una carnicería
universal, todas las capas geológicas encierran cementerios de mil y mil
especies desaparecidas. Si culpamos a la Revolución francesa porque avan-
zó pisando escombros y cadáveres, acusemos también a la Naturaleza
porque marcha eternamente sobre las lágrimas del hombre, sobre las
ruinas de los mundos, sobre la tumba de todos los seres.

1889

LA MUERTE Y LA VIDA ¹

I

POBRES O RICOS, ignorantes o sabios, nacidos en chozas o palacios, al fin tenemos por abrigo la mortaja², por lecho la tierra, por Sol la oscuridad, por únicos amigos los gustanos y la podre. La tumba, ¡digno desenlace del drama!

¿Hay gran dolor en morir, o precede a la última crisis un insensible estado comatoso? La muerte unas veces nos deja morir y otras nos asesina. Algunos presentan indicios de consumirse con suave lentitud, como esencia que se escurre del frasco por imperceptible rajadura; pero otros sucumben desesperadamente, como si les arrancaran la vida, pedazo a pedazo, con tenazas de fuego. En la vejez se capitula, en la juventud se combate. Quién sabe la muerte sea: primero, un gran dolor o un pesado amodorramiento; después, sueño invencible; en seguida, un frío polar; y por último, algo que se evapora en el cerebro y algo que se marmoliza en el resto del organismo.

¹ Escrito en 1890, este ensayo denuncia más que la lectura de autores materialistas e irreligiosos, la presencia de un gran dolor. En efecto, entre 1886 y 1890 Prada había perdido a su madre, a su hermana Cristina y a sus dos primeros hijos, prácticamente fallecidos al nacer aunque el primero alcanzó a sobrevivir 45 días. Esto explica también el alejamiento de su partido, su ausencia del Perú y el tardío regreso. Leía en ese tiempo a Quinet, Claude Bernard, Guyau, Schopenhauer, Menard: un grupo de pensadores nada optimistas. Buscar un "sistema filosófico" en tan amargo desahogo, indicaría falta de mesura crítica. Aparte de esto, es evidente que Prada prefirió el sarcasmo a la queja, la befa al lamento.

² En las anteriores ediciones, el principio de este párrafo decía: "Nacidos en chozas o palacios, pobres o ricos, ignorantes o sabios, al fin tenemos por abrigo la mortaja", que el autor corrigió en la forma expuesta en ésta.

No pasa de ilusión poética o recurso teológico, el encarecer la belleza y majestad del cadáver. ¿Quién concibe a Romeo encontrando a Julieta más hermosa de muerta que de viva? Un cadáver infunde alejamiento, repugnancia; estatua sin la pureza del mármol, con todos los horrores y miserias de la carne. Los muertos sólo se muestran grandes en el campo de batalla, donde se ve ojos que amenazan con imponente virilidad, manos en actitud de coger una espada, labios que parecen concluir una interrumpida voz de mando.

El cadáver en descomposición, eso que según Bossuet no tiene nombre en idioma alguno, resume para el vulgo lo más tremendo y espantoso de la muerte. Parece que la póstuma conservación de la forma implicara la supervivencia del dolor. Los hombres se imaginan, no sólo muertos, sino muriendo a pausas, durante largo tiempo. Cuando la tumba se cambie por el horno crematorio, cuando la carne infecta se transforme en llamas azuladas, y al esqueleto aprisionado en el ataúd suceda el puñado de polvo en la urna cineraria, el fanatismo habrá perdido una de sus más eficaces armas.

¿Existe algo más allá del sepulcro? ¿Conservamos nuestra personalidad o somos absorbidos por el Todo, como una gota por el Océano? ¿Renacemos en la Tierra o vamos a los astros para seguir una serie planetaria y estelar de nuevas y variadas existencias? Nada sabemos: céntuple muralla de granito separa la vida de la muerte, y hace siglos que los hombres queremos perforar el muro con la punta de un alfiler. Decir "esto cabe en lo posible, esto no cabe", llega al colmo de la presunción o locura. Filosofía y Religión declaman y anatematizan; pero declamaciones y anatemas nada prueban. ¿Dónde los hechos?

Entonces ¿qué esperanza debemos alimentar al hundirnos en ese abismo que hacía temblar a Turenne y horripilarse a Pascal? Ninguna, para no resultar engañados, o gozar con la sorpresa si hay algo. La Naturaleza, que sabe crear flores para ser comidas por gusanos y planetas para ser destruidos en una explosión, puede crear Humanidades para ser anonadadas por la muerte. ¿A quién acogernos? A nadie. Desmenuzadas todas las creencias tradicionales, subsisten¹ dos magnas cuestiones que todavía no han obtenido una prueba científica ni refutación lógica: la inmortalidad del alma y la existencia de un "Dios distinto y personal, de un Dios ausente del Universo", como decía Hegel. Hasta hoy ¿a qué se reducen Dios y el alma? A dos entidades hipotéticas, imaginadas para explicar el origen de las cosas y las funciones del cerebro.

Si escapamos al naufragio de la tumba, nada nos autoriza para infe-

¹ "Subsisten" en vez de "quedan de pie dos problemas", corrección del autor.

rir que arribaremos a playas más hospitalarias que la Tierra. Quizá no tengamos derecho de jactarnos con el estoico de "poseer en la muerte un bien que el mundo entero no puede arrebatarnos", porque no sabemos si la puerta del sepulcro conduce al salón de un festín o a la caverna de unos bandoleros. Morir es un mal, decía Safo, porque de otro modo los dioses habrían muerto¹. Acaso tuvo razón Aquiles cuando entre las sombras del Erebo respondió a Ulises con estas melancólicas palabras: "No intentes consolarme de la muerte; preferiría cultivar la tierra al servicio de un hombre pobre y sin recursos, a reinar entre todas las sombras de los que ya no existen"*.

En el miedo a la muerte ¿hay un simple ardid de la Naturaleza para encadenarnos a la vida o un presentimiento de venideros infortunios? Al acercarse la hora suprema, todas las células del organismo parece que sintieran el horror de morir y temblaran como soldados al entrar en batalla.

En la Tierra no se realizan esclarecimientos de derechos sino concursos de fuerzas; en la historia de la Humanidad no se ve apoteosis de justos, sino eliminaciones del débil; pero nosotros aplazamos el desenlace del drama terrestre para darle un fin moral: hacemos una *berquinada*. Aplicando a la Naturaleza el sistema de compensaciones, extendiendo a todo lo creado nuestra concepción puramente humana de la justicia, imaginamos que si la Naturaleza nos prodiga hoy males, nos reserva para mañana bienes: abrimos con ella una *cuenta corriente*, pensamos tener un *debe* y un *haber*. Toda doctrina de penas y recompensas se funda en la aplicación de la Teneduría de Libros a la Moral.

La Naturaleza no aparece injusta ni justa, sino creadora. No da señales de conocer la sensibilidad humana, el odio ni el amor: infinito vaso de concepción, divinidad en interminable alumbramiento, madre toda seno y nada corazón, crea y crea para destruir y volver a crear y volver a destruir. En un soplo desbarata la obra de mil y mil años: no ahorra siglos ni vidas, porque cuenta con dos cosas inagotables, el tiempo y la fecundidad. Con tanta indiferencia mira el nacimiento de un microbio como la desaparición de un astro, y rellenaría un abismo con el cadáver de la Humanidad para que sirviera de puente a una hormiga.

La Naturaleza, indiferente para los hombres en la Tierra, ¿se volverá justa o clemente porque bajemos al sepulcro y revistamos otra forma? Vale tanto como figurarnos que un monarca dejará de ser sordo al clamor de la desgracia porque sus súbditos varíen de habitación o cambien

¹ Agregado por el autor.

* *Odisea*, Canto XI Traducción de R. Canales.

de harapos. Vayamos donde vayamos, no saldremos del Universo, no escaparemos a leyes inviolables y eternas.

Amilana y aterra considerar a qué parajes, a qué transformaciones, puede conducirnos el torbellino de la vida. Nacer parece entrar en una danza macabra para nunca salir, caer en un vertiginoso torbellino para girar eternamente sin saber cómo ni por qué.

¿Hay algo más desolado que nuestra suerte?, ¿más lúgubre que nuestra esclavitud? Nacemos sin que nos hayan consultado, morimos cuando no lo queremos, vamos tal vez donde no deseábamos ir. Años de años peregrinamos en un desierto, y el día que fijamos tienda y abrimos una cisterna y sembramos una palma y nos apercebimos a descansar, asoma la muerte. ¿Queremos vivir?, pues la muerte. ¿Queremos morir?, pues la vida. ¿Qué distancia media entre la piedra atraída al centro del Globo y el hombre arrastrado por una fuerza invencible hacia un paraje desconocido?

¿Por qué no somos dueños ni de nosotros mismos? Cuando la cabeza gravita sobre nuestros hombros con el peso de una montaña, cuando el corazón se retuerce en nuestro pecho como tigre vencido pero no domesticado, cuando el último átomo de nuestro ser experimenta el odio y la náusea de la existencia, cuando nos mordemos la lengua para detener la explosión de una estúpida blasfemia, ¿por qué no tenemos poder de anonadarnos con un acto de la voluntad?

¿Acaso todos los hombres desean la inmortalidad? Para muchos, la Nada se presenta como inmersión deliciosa en mar sin fondo, como desvanecimiento voluptuoso en atmósfera infinita, como sueño sin pesadillas en noche sin término. Mirabeau, moribundo, se regocijaba con la idea de anonadarse. ¿Acaso siempre resolvemos de igual modo el problema de la inmortalidad? Unas veces, hastiados de sentir y fatigados de pensar, nos consolamos con la perspectiva de una actividad eterna y envidiamos el ocio estéril de la nada; otras veces experimentamos insaciable sed de sabiduría, curiosidad inmensa, y anhelamos existir como esencia impalpable y ascendente, para viajar de mundo en mundo, viéndolo todo, escudriñándolo todo, sabiéndolo todo; otras veces deseamos yacer en una especie de nirvana, y de cuando en cuando recuperar la conciencia por un solo instante, para gozar la dicha de haber muerto.

Pero ¿a qué amilanarse? Venga lo que viniere. El miedo, como las solfataras de Nápoles, puede asfixiar a los animales que llevan la frente ras con ras del suelo, no a los seres que levantan la cabeza unos palmos de la tierra. Cuando la muerte se aproxima, salgamos a su encuentro, y muramos de pie como el Emperador romano. Fijemos los ojos en el misterio, aunque veamos espectros amenazantes y furiosos; extendamos las

manos hacia lo Desconocido, aunque sintamos la punta de mil puñales. Como dice Guyau, "que nuestro último dolor sea nuestra última curiosidad".

Hay modos y modos de morir: unos salen de la vida, como espantadizo reptil que se guarece en las rajaduras de una peña; otros se van a lo tenebroso, como águila que atraviesa un nubarrón cargado de tormentas. Hablando aquí sin preocupaciones gazmoñas, es indigno de un hombre morir demandando el último puesto en el banquete de la Eternidad, como el mendigo pide una migaja de pan a las puertas del señor feudal que siempre le vapuleó sin misericordia. Vale más aceptar la responsabilidad de sus acciones y lanzarse a lo Desconocido, como sin papeles ni bandera el pirata se arroja a las inmensidades del mar.

II

NOSOTROS NOS figuramos al Todo como una repetición inacabable del espectáculo que ven nuestros ojos o fantasea nuestra imaginación; pero ¿qué importa el diminuto radio de nuestras observaciones? ¿Qué valor objetivo poseen nuestras concepciones cerebrales? Probamos la unidad de las fuerzas físicas y la unidad material del Universo; y ¿quién sabe si nos encontramos en el caso del espectador iluso que toma por escenario y actores las simples figuras del telón!

Extendemos brazos de pigmeo para coger y abarcar lo que dista de nosotros una eternidad de tiempo y una inmensidad de espacio. Nos enorgullecemos con haber encontrado la verdad; cuando, en lo más dulce de las ilusiones, la observación y el experimento derriban todos nuestros sistemas y todas nuestras religiones, como el mar desbarata en sus playas los montículos de arena levantados por un niño. Todas las generaciones se afanan por descubrir el secreto de la vida, todas repiten la misma interrogación; pero la Naturaleza responde a cada hombre con diversas palabras y guarda eternamente su misterio.

¿Qué separa la cristalización mineral, la célula de las plantas y la membrana de los animales? ¿Qué diferencia media entre savia y sangre? El hombre ¿representa el último eslabón de los seres terrestres o algún día quedará desposeído de su actual supremacía? Cuando nacemos ¿surgimos de la nada o sólo realizamos una metempsícosis? ¿A qué venimos a la Tierra? Todo lo creeríamos un sueño, si el dolor no probara la realidad de las cosas.

La duda, como noche polar, lo envuelve todo; lo evidente, lo inne-

gable, es que en el drama de la existencia todos los individuos representamos el doble papel de verdugos y víctimas. Vivir significa matar a otros; crecer, asimilarse el cadáver de muchos. Somos un cementerio ambulante donde miríadas de seres se entierran para darnos vida con su muerte. El hombre, con su vientre insaciable¹, hace del Universo un festín de cien manjares; mas no creamos en la resignación inerte de todo lo creado: el mineral y la planta esconden sus venenos, el animal posee sus garras y sus dientes. El microbio carcome y destruye el organismo del hombre: lo más humilde abate a lo más soberbio. El omnívoro comedor es comido a su vez².

¿Para qué tanta³ hambre de vivir? Si la vida fuera un bien, bastaría la seguridad de perderla para convertirla en mal. Si cada segundo marca la agonía de un hombre, ¿cuántas lágrimas se derraman en un solo día? ¿Cuántas se han derramado desde que la Humanidad existe? Los nacidos superan a los muertos; pero ¿gozamos al venir al mundo? Esa masa de carne que llamamos un recién nacido, ese frágil ente que dormita con ojos abiertos, como si no hubiera concluido de sacudir la somnolencia de la nada, sabe quejarse, mas no reírse. El alumbramiento ¿no causa el dolor de los dolores? En el lecho de la mujer que alumbra se realiza un duelo entre el ser estúpido y egoísta que pugna por nacer y la persona inteligente y abnegada que batalla por dar a otro la vida.

¿Por qué hay un Sol hermoso para iluminar escenas tristes? Cuando se ve sonreír a los niños, cuando se piensa que mañana morirán en el dolor o vivirán en amarguras más acerbas que la muerte, un inefable sentimiento de conmiseración se apodera de los corazones más endurecidos. Si un tirano quería que el pueblo de Roma poseyera una sola cabeza, para cercenársela de un tajo; si un humorista inglés deseaba que las caras de todos los hombres se redujeran a una sola, para darse el gusto de escupirla, ¿quién no anhelaría que la Humanidad tuviera un solo rostro, para poderla enjugar todas sus lágrimas?

Hay horas de solidarismo generoso en que no sólo amamos a la Humanidad entera, sino a brutos y aves, plantas y lagos, nubes y piedras; hasta querríamos poseer brazos inmensos para estrechar a todos los seres que habitan los globos del Firmamento. En esas horas admiramos la magnanimidad de los eleusinos que en sus leyes prescribían no matar animales, y concebimos la exquisita sensibilidad de los antiguos arianos que en sus oraciones a Indra le imploraban que hiciera descender bendición y fe-

¹ Suprimió una frase el autor.

² Interpolación del autor.

³ Modificado por el autor.

licidad sobre los entes animados y las cosas inanimadas. La verdadera caridad no se circunscribe al hombre: como ala gigantesca, se extiende para cobijar todo el Universo.

¿Por qué negar la perversidad humana? Hay hombres que matan con su sombra, como el manzanillo de Cuba o el duho-upas de Java. La Humanidad, como el océano, debe ser vista de lejos; como el tigre merece un bocado, no una caricia¹. El mérito engendra envidias, el beneficio produce ingratitudes, el bien acarrea males. Nuestros amigos parecen terrenos malditos donde sembramos trigo y cosechamos malas yerbas; las mujeres que amamos con todo el calor de nuestras entrañas, son impuras como el lodo de los caminos o ingratas como las víboras calentadas en el seno. Pero ¿qué origina la perversidad? Un infeliz ¿puede ser bueno y sufrido? Toda carne desgarrada se rebela contra Cielo y Tierra.

Si el hombre sufre una crucifixión, ¿se eximen de padecer el animal, la planta y la roca? ¿Qué realidad encierran nuestras casuísticas diferencias de materia inanimada y animada, de seres inorgánicos y orgánicos? ¿Quién sabe lo que pasa en las moléculas de una piedra? Tal vez una sola gota de agua encierra más tragedias y más dolores que toda la historia de la Humanidad². El gran paquidermo y el arador, el cedro del Líbano y el líquen de Islandia, el bloque de la cordillera y la arenilla del mar, todos "son nuestros compañeros en la vida", nuestros hermanos en el infortunio. Filósofos antiguos creían a los astros unos animales gigantes. La celeste armonía que Pitágoras escuchaba ¿no será el gemido exhalado por las humanidades que habitan en las moles del Firmamento? Donde quiera que nos trasportemos con la imaginación, donde concibamos la más rudimentaria o la más compleja manifestación del ser, allí están la amargura y la muerte³. Quien dijo existencia dijo dolor; y la obra más digna de un Dios consistiría en reducir el Universo a la nada.

En este martirologio infinito no hay ironía más sangrienta que la imperturbable serenidad de las leyes naturales; no hay desconsuelo más profundo que lo intangible, lo impersonal, de las fuerzas opresoras: nos trituran inconscientes piedras de molino, nos estrangulan manos que sentimos y no podemos asir, nos despedazan monstruos de cien bocas invisibles⁴. Mas el Universo ¿es actor, cómplice, verdugo, víctima o sólo ins-

¹ Desde "La Humanidad" hasta "no una caricia", ha sido agregado por el autor.

² Desde "¿Quién sabe" hasta "historia de la Humanidad" es una interpolación del autor.

³ El autor agregó aquí desde "Dondequiera que nos trasportemos" hasta "la amargura y la muerte".

⁴ Nueva interpolación del autor desde "no hay desconsuelo" hasta "cien bocas invisibles".

trumento y escenario del mal? ¡Quién lo sabe! Sin embargo, se diría muchas veces que en medio del horror universal y eterno *alguien* goza y se pasea, como Nerón se paseaba entre el clamor de hombres, lentamente devorados por el fuego y convertidos en luminarias.

Mas ¿qué determinación seguir en la guerra de todos contra uno y de uno contra todos? Si con la muerte no queda más refugio que el sometimiento mudo, porque toda rebelión es inútil y ridícula, con la vida nos toca la acción y la lucha. La acción aturde, embriaga y cura el mal de vivir; la lucha centuplica las fuerzas, enorgullece y da el dominio de la Tierra. No vegetemos ocupados únicamente en abrir nuestra fosa ni nos petrifiquemos en la inacción hasta el punto que aniden pájaros en nuestra cabeza.

Poco, nada vale un hombre; pero ¿sabemos el destino de la Humanidad? ¿Sabemos si está cerrado el ciclo de nuestra evolución? ¿Sabemos si nuestra especie dará origen a una especie superior? ¿No concebimos que el *ser de mañana* supere al hombre de hoy como Platón al gorila, como Friné a la Venus hotentota? Viendo de qué lugar salimos y dónde nos encontramos, comparando lo que fuimos y lo que somos, puede calcularse adónde llegaremos y lo que seremos mañana. Habitábamos la caverna o el bosque, y ya vivimos en el palacio; rastreábamos en las tinieblas de la bestialidad, y ya sentimos la sacudida vigorosa de alas interiores que nos impelen a regiones de serenidad y luz. El animal batallador y antropófago produce hoy abnegados tipos que defienden al débil, se declaran paladines de la justicia y se inoculan enfermedades para encontrar el medio de combatirlas; el salvaje, feliz antes con dormir, comer y procrear, escribe la *Iliada*, erige el Partenón y mide el curso de los astros¹.

Ninguna luz sobrehumana nos alumbró en nuestra noche, ninguna voz amiga nos animó en nuestros desfallecimientos, ningún brazo invisible combatió por nosotros en la guerra secular con los elementos y las fieras: lo que fuimos, lo que somos, nos lo debemos a nosotros mismos. Lo que podamos ser nos lo deberemos también. Para marchar, no necesitamos ver arriba, sino adelante. Sobradas horas poblamos el Firmamento con los fantasmas de nuestra imaginación y dimos cuerpo a las alucinaciones forjadas por el miedo y la esperanza; llega el tiempo de arrojar la venda de nuestros ojos y ver el Universo en toda su hermosa pero también en toda su implacable realidad².

No pedimos la existencia; pero con el hecho de vivir, aceptamos la

¹ El autor hizo interesantes modificaciones a este párrafo y al anterior.

² Desde "Sobradas horas" hasta "su implacable realidad" ha sido agregado por el autor.

vida. Aceptémosla, pues, sin monopolizarla ni quererla eternizar en nuestro beneficio exclusivo; nosotros reímos y nos amamos sobre la tumba de nuestros padres; nuestros hijos reirán y se amarán sobre la nuestra.

1890

HORAS DE LUCHA

PRIMERA PARTE
LOS PARTIDOS Y LA UNION NACIONAL ¹

(Conferencia dada el 21 de agosto de 1898)

SEÑORES:

CUMPLIENDO CON el mandato de la Unión Nacional, vengo a dirigir una palabra de aliento a los pocos hombres que después de muchas tentaciones y de muchos combates, permanecen fieles a nuestra causa. Hablaré de las agrupaciones políticas y sus caudillos, de la última guerra civil y sus consecuencias, de la Unión Nacional y sus deberes en las actuales circunstancias.

No esperen ustedes de mis labios reticencias, medias palabras, contemporizaciones, ni tiros solapados y cobardes: expreso clara y toscamente las ideas; sin máscara ni puñal, ataco de frente a los malos hombres públicos. No hablo para incensar a los que mandan ni para servir de vocero a los que sueñan con arrebatarse el poder, sino para decir cuanto me parece necesario y justo, hiera los intereses que hiriere, subleve las iras que sublevare.

I

¿QUÉ FUERON por lo general nuestros partidos en los últimos años? sindicatos de ambiciones malsanas, clubs eleccionarios o sociedades mercantiles.

¹ "La Unión Nacional y los partidos políticos" es la conferencia que el autor dictó en agosto de 1898, en el local de la Unión Nacional, calle de Maravilela, Lima, a su regreso de Europa, donde permaneció siete años. La conferencia promovió serios disturbios políticos, su publicación en los diarios fue prohibida por el gobierno, pero, a la vez, proyectó la discrepancia entre Prada y ciertos miembros de la directiva de su propio partido. Gobernaba Nicolás de Piérola, jefe del partido demócrata.

¿Qué nuestros caudillos? agentes de las grandes sociedades financieras, paisanos astutos que hicieron de la política una faena lucrativa o soldados impulsivos que vieron en la Presidencia de la República el último grado de la carrera militar.

No faltaron hombres empeñados en constituir partidos homogéneos y sólidos; mas al fin quedaron aislados, sin colaboradores ni discípulos, y tuvieron que enmudecer para siempre o limitarse a ejercer un apostolado solitario. ¿Dónde se encuentran los miembros del último Partido Liberal? Es que en los cerebros peruanos hay fosforescencias, nada más que fosforescencias de emancipación: todos renegamos hoy de las convicciones que invocábamos ayer, todos pisoteamos en la vejez las ideas que fueron el orgullo y la honra de nuestra juventud. Y ¡ojalá solamente los viejos prevaricaran!

Nosotros no clasificamos a los individuos en republicanos o monárquicos, radicales o conservadores, anarquistas o autoritarios, sino en electores de un aspirante a la Presidencia. Al agruparnos formamos partidos que degeneran en clubs eleccionarios, o mejor dicho, establecemos clubs eleccionarios que se arrojan el nombre de partidos. Verdad, las ideas encarnan en los hombres; pero verdad también que desde hace muchos años, ninguno de nuestros hombres públicos representó ni siquiera la falsificación de una idea. Veamos hoy mismo. ¿Qué grupos se denominan partidos? ¿Quiénes se levantan con ínfulas de jefes?

No contemos con el Civilismo de 1872, con ese núcleo de *consignatarios* reunidos y juramentados para reaccionar contra Dreyfus. Los corifeos del Partido Civil fueron simples negociantes con disfraz de políticos, desde los banqueros que a fuerza de emisiones fraudulentas convirtieron en billete depreciado el oro de la nación hasta los cañaveleros o barones chinos que transformaron en jugo sacarino la sangre de los desventurados coolíes. La parte sana del Civilismo, la juventud que había seguido a Pardo, animada por un anhelo de reformas liberales, se corrompió en contacto con los malos elementos o, segregándose a tiempo, vivió definitivamente alejada de la política.

Pardo incurrió en graves errores económicos renovando el sistema de empréstitos y adelantos sobre el huano, sistema que él mismo había combatido; pero sufría los efectos de causas creadas por sus antecesores, luchaba con resistencias superiores a sus fuerzas; se veía encerrado en estrecho círculo de hierro. Se comete, pues, una grave injusticia cuando se le atribuye toda la culpa en la bancarrota nacional, iniciada por Castilla, continuada por Echenique y casi rematada por el Ministro Piérola con el contrato Dreyfus.

Sobre el Civilismo gravita una responsabilidad menos eludible que

la bancarrota; dándose un nombre que implicaba el reto a una clase social, partiendo en guerra contra los militares, olvidó que si las capas inferiores de la Tierra descansan en el granito, las sociedades nuevas se apoyan en el hierro. Este olvido contribuyó eficazmente a nuestro descalabro en la última guerra exterior. Chile tuvo la inmensa ventaja de combatir, en el mar contra buques viejos y mal artillados, en tierra contra pelotones de reclutas a órdenes de militares bisoños, cuando no de comerciantes, doctores o hacendados. Castilla, soldado sin educación ni saber pero inteligente y avisado, comprendió muy bien que al Perú le convenía ser potencia marítima. *Cuando los chilenos construyan un buque de guerra*, decía, *nosotros debemos construir dos*. Pardo prefirió las alianzas dudosas y problemáticas a la fuerza real de los cañones, y solía repetir con una ligereza indigna de su gran suspicacia: *Mis dos blindados son Bolivia y la República Argentina*. Con todo, puede también disculparse de no haber aumentado nuestra marina: tuvo que malgastar en combatir contra Piérola el oro que debió invertir en buques de guerra.

Muerto Pardo, que era la cabeza y la vida, el Partido Civil sufrió una desagregación cadavérica. Los civilistas, dispersos, sin cohesión suficiente para reconstituir una combinación estable, se resignaron a entrar como partes accesorias en las nuevas combinaciones. Han sido sucesiva y hasta simultáneamente, pradistas, calderonistas, iglesistas, caceristas, bermudistas, cívicos, coalicionistas y demócratas. Y no marchan todos a una, en masa compacta; poseen su táctica individual: así cuando estalla una revolución o surge algún caudillo con probabilidades de arribar hasta la cumbre, los impacientes se afilian en el acto, mientras los malignos y cautos se conservan *in statu quo*, aguardando el resultado de la lucha para ir a engrosar el cortejo del vencedor. Hasta en el seno de una misma familia vemos a unos hermanos que se enrolan en el Partido Demócrata o en el Constitucional, a la vez que otros permanecen como miembros natos del Civilismo. De modo que el tal Partido Civil es hoy para muchos el arte de comer en todas las mesas y meter las manos en todos los sacos.

Los civilistas constituyen una calamidad ineludible: no se debe gobernar con ellos porque transmiten el virus, no se puede sin ellos porque se imponen con el oro y la astucia.

Excluyamos también a la Unión Cívica, o propiamente hablando, camarilla parlamentaria, que pretendió surgir como panacea cuando vino como nuevo caso patológico. Nació con varias cabezas y, como todas las monstruosidades, vivió poco y miserablemente, aunque duró lo necesario para servir de puente decoroso entre el Civilismo y el Pierolismo, pues muchos hombres que no habrían tenido el descaro de saltar violentamen-

te desde civilistas hasta demócratas, se deslizaron suavemente¹ de civilistas a cívicos, de cívicos a coalicionistas y de coalicionistas a demócratas.

¿Pudo la Unión Cívica realizar algo mejor, dado su origen? Todos sabemos la historia de los Congresos peruanos, desde el que humildemente se arrodilló ante Bolívar para conferirle la dictadura hasta el que sigilosamente acaba de sancionar el Protocolo y conceder el premio gordo a la fructífera virginidad de un tartufo. En nuestros cuerpos legislativos, en esa deforme aglomeración de hombres incoloros, incapaces y hasta inconscientes, hubo casi siempre la feria de intereses individuales, muy pocas veces la lucha por una idea ni por un interés nacional. Las Cámaras se compusieron de mayorías reglamentadas y disciplinadas; así, cuando una minoría independiente y proba quiso levantar la voz, esa minoría fue segregada por un golpe de autoridad o tuvo que enmudecer entre la algazara y los insultos de una mayoría impudente y mercenaria. Y entre los Congresos inicuos ocupa lugar preferente el Congreso del Contrato Grace, el Congreso descaradamente venal, el Congreso que por una especie de cisma produjo a la Unión Cívica.

Al disolverse la camarilla parlamentaria, algunos de sus miembros se plegaron en bloque al Partido Demócrata (que dio muestras de rechazarles y acabó por admitirles) mientras muchos regresaron contritamente al Partido Constitucional, porque vivían ligados a Cáceres con negocios de trastienda y misterios de alcoba. Si algo unió a los *probombres* de la Unión Cívica, fue lo que más separa, el crimen: ellos antes de amalgamarse para formar un pseudo partido, habían ejecutado la carnicería de Santa Catalina, ese crimen inútil y cobarde que será la deshonra de Morales Bermúdez, como Tebes lo es de Cáceres.

Quedan el Cacerismo y el Pierolismo que no deben llamarse partidos homogéneos sino agrupaciones heterogéneas, acaudilladas por dos hombres igualmente abominables y funestos: Cáceres que un día representaba los intereses de Grace, Piérola que no sabemos si continúa favoreciendo los negocios de Dreyfus. Al ver la encarnizada guerra de pierolistas y caceristas, cualquiera se habría figurado que sus jefes personificaban dos políticas diametralmente opuestas, que el uno proclamaba las ideas conservadoras hasta el absolutismo, cuando el otro llevaba las ideas avanza-

¹ El civilismo o partido civil equivale a plutocracia u oligarquía. Se denominó civilismo porque, en su comienzo, en 1872, trató de ganar el poder para los civiles, arrebatándoselo a los militares, y lo consiguió uno de los principales fundadores, don Manuel Pardo y Lavalle, quien, después, moriría asesinado en las puertas del Senado, siendo presidente de esta institución (1878). El civilismo se declaró espontáneamente muerto a la caída de Leguía (1950), pero en realidad subsistió bajo diversos nombres.

das hasta la anarquía. Nada de eso: retamos al hombre más sutil para que trace una línea demarcadora entre pierolistas y caceristas, para que nos diga cuáles reformas no aceptaría Cáceres y cuáles reformas rechazaría Piérola. Prescindiendo de la cuestión financiera, o más bien, suprimiendo a Grace y Dreyfus, Cáceres habría firmado un programa de Piérola, así como Piérola¹ habría suscrito un manifiesto de Cáceres. Ambos representan una contradicción viviente: Cáceres es un constitucional ilegal y despótico, Piérola un demócrata clerical y autocrático.

Los dos antagonistas guardan muchos puntos de analogía, salvo que el Dictador de 1879 se reviste de hipocresía para estrangular con la mano izquierda y santiguarse con la derecha, en tanto que el Jefe de la Breña denuncia los instintos del hombre prehistórico y tiene sus *francas y leales* escapadas a la selva primitiva. En ambos, el mismo orgullo, el mismo espíritu de arbitrariedad, la misma sed de mando y hasta igual manía de las grandezas, pues si el uno se cree Dictador *in partibus*, el otro considera la Presidencia como el término legal de su carrera. En la vida de Cáceres brilla una época gloriosa: cuando luchaba con Chile y se había convertido en el Grau de tierra; en la existencia de Piérola se destaca siempre la figura borrosa del conspirador y signatario de *contratos*. Rodeado por algunos hombres honrados y de sanas intenciones, Cáceres pudo ser un buen mandatario; Piérola, circundado por un ministerio de Catones, daría los frutos que da. Uno representa la ignorancia o el cofre medio vacío, el otro la mala instrucción o el canasto lleno de cachivaches y vejeces. En Cáceres, los defectos se compensan con cierta caballerosidad militar y cierta arrogancia varonil: sus adversarios se hallan frente a un hombre que aborrecen y respetan; en Piérola, todas las acciones, por naturales que parezcan, descubren algo hechizo y juglaresco: sus enemigos se ven ante un cómico de la legua o payaso que les infunde risa. A Cáceres se le pega un tiro, a Piérola se le lanza un silbido.

Ya les vimos como Dictadores o Presidentes: con Piérola tuvimos despílfarro económico, pandemónium político, desbarajuste militar y Dictadura ungida con óleo de capellán castrense y perfumada con mixtura de madre abadesa; con Cáceres, rapiña casera, flagelación en cuarteles y prisiones, fusilamiento en despoblado y la peor de todas las tiranías, la tiranía

¹ Piérola, Nicolás de, nació en Camaná en 1839, y murió en Lima, 1913. Fue Ministro de Hacienda del gobierno de José Balta, bajo el que se hicieron diversos contratos de obras públicas con el norteamericano Henry Meiggs y la firma francesa Dreyfus, entre 1868 y 1871. Jefe Supremo de la Nación, 1879-1880, y Presidente constitucional, después de una cruenta revolución popular, de 1895 a 1899. Dirigió numerosas insurrecciones. Prada fue su adversario ideológico y político desde por lo menos 1871.

con máscara de legalidad. En resumen: ¿qué es Piérola? un García Moreno de ópera bufa; ¿qué es Cáceres? un Melgarejo abortado en su camino.

Pierolismo y Cacerismo patentizan una sola cosa: la miseria intelectual y moral del Perú.

II

Si, MISERIA que será incurable y eterna si la mayoría sana y expoliada no realiza un heroico esfuerzo para extirpar a la minoría enferma y expoliadora.

Y no se tome por síntoma regenerador la última guerra civil. Todos los infelices indios que derramaron su sangre en las calles de Lima, no fueron ciudadanos movidos por una idea de justicia y mejoramiento social, sino seres medio inconscientes, cogidos a lazo en las punas, empujados con la punta de la bayoneta y lanzados los unos contra los otros, como se lanza una fiera contra una fiera, una locomotora sobre una locomotora. En las revoluciones de Castilla contra Echenique y de Prado contra Pezet hubo formidables y espontáneos levantamientos de provincias enteras, ejércitos sometidos a la disciplina y combates humanos aunque sangrientos; pero, en la guerra civil de 1894, los pueblos se mantuvieron en completa indiferencia y sólo vimos hordas de montoneros capitaneadas por bandidos, impondores de cupos, taladores de haciendas, flageladores de reclutas, violadores de mujeres, fusiladores de prisioneros, en fin, bárbaros tan bárbaros al defender la risible legalidad del Gobierno como al proclamar el monstruoso engendro de la Coalición. ¿Qué importa el valor desplegado en la toma de Lima? Nada tan fácil como hacer de un ignorante una bestia feroz. Si el valor reflexivo y generoso denota la grandeza moral del individuo, la cólera ciega y brutal, la sed de sangre, el matar por matar, el destruir por destruir, prueban un regreso a la salvajez primitiva. Cuando dos hombres civilizados apelan al duelo, el vencedor tiene de la mano al vencido; cuando un par de caníbales se disputan la misma presa, el vencedor se come presa y vencido.

En todas partes las revoluciones vienen como dolorosa y fecunda gestación de los pueblos: derraman sangre pero crean luz, suprimen hombres pero elaboran ideas. En el Perú, no. ¿Quién se ha levantado un palmo del suelo? ¿Quién ha manifestado grandeza de corazón o superioridad de inteligencia? ¿Cuál de todos esos que chapotearon y se hundieron en la charca de sangre surgió trayendo en sus manos la perla de una idea generosa o de un sentimiento noble? La mediocridad y la bajeza en todo y en todos.

Vedles inmediatamente después del triunfo, cuando no se han secado todavía los charcos de sangre ni se han desvanecido los miasmas del cadáver en putrefacción: la primera faena de los héroes victoriosos se reduce a caer sobre los destinos de la Nación desangrada y empobrecida, como los buitres se lanzan sobre la carne de la res desbarrancada y moribunda. Simultáneamente, se dan corridas de toros, funciones de teatro y opíparas comilonas. Civilistas, cívicos y demócratas, todos se congratulan, comen y beben en cínica y repugnante promiscuidad. Todos convierten su cerebro en una prolongación del tubo digestivo. Como cerdos escapados de diferentes pocilgas, se juntan amigablemente en la misma espuerta y en el mismo bebedero. Y ¡ni una sola voz protesta! ¡ni un solo estómago siente asco y náuseas! Y ¡todos comen y beben sin que los manjares les hiedan a muerto, sin que el vino les deje sabor a sangre! Y ¡Piérola mismo preside los ágapes fúnebres y pronuncia los brindis congratulatorios! No valía la pena de clamar 25 años contra el Civilismo, sembrar odios implacables, acaudillar revoluciones sangrientas y cargar el rifle de Montoya, para concluir con perdones mutuos y abrazos fraternales.

¿Pudo la revolución producir mejores resultados? Donde la pobreza sube a tanto que el hambre concluirá por llamarse un hábito nacional, ¿qué hacen los hombres sino disputarse la presa y devorarse? Revolucionario que triunfa, coge el destino y come, embiste a la Caja Fiscal y roba. Y como el caído tiene hambre y grita, hay que cerrarle la boca y hacerle callar, algunas veces para siempre. Ya estamos viendo la lucha por el bocado, el *tú* o *yo* sin misericordia, en las entrañas de una selva. Nuestras revoluciones han sido (y serán por mucho tiempo) industrias ilícitas como el contrabando, como el progenitismo; y en el fragor de los combates se oirá, no sólo el estampido de armas que hieren y matan, sino el ruido de manos que se arañan en el fondo de un saco.

Con el triunfo de la revolución y la Presidencia de su caudillo, no mejora, pues, la suerte del Perú: lo venido con Piérola vale tanto como lo ido con Cáceres; y se necesita llevar una venda en los ojos o estar embriagado con los vapores del festín, para encontrar alguna diferencia entre la desenfadada soldadesca que ayer nos impuso al Jefe del Partido Constitucional, y las famélicas hordas de montoneros que hoy nos someten al Jefe del Partido Demócrata. Se continúa la misma tragicomedia, con nuevas comparsas y con los mismos actores principales. Los demócratas poseen tanta conciencia de su inferioridad, que para establecer un Gobierno Provisorio tuvieron que recurrir a la colaboración del Civilismo. ¡En 25 años de preparación y disciplina no alcanzaron a definir sus ideas ni a educar una media docena de hombres capaces de regir los ministerios!

Veamos a Piérola instalado en el Poder, como quien dice en la silla

gestatoria. El *Inmaculado* concede su intimidad, sus favores y los cargos de más confianza a los hombres que en todas las épocas y bajo todos los gobiernos se distinguieron por la rapacidad y la desvergüenza; el *Restaurador* de las garantías individuales encarcela diputados, clausura periódicos y se vale de subterfugios o triquiñuelas de *tinterillo* para confiscar imprentas y sellar el labio de los hombres que hablan con independencia y osadía; el *Regenerador* hace de la Capital una leprosería de monjas y frailes, entrega medio Perú a las comunidades religiosas, arroja del Cuzco a los clérigos ingleses que fundan un colegio y se imagina que lo negro de las conciencias se borra con el yeso aplicado a las torres de una iglesia; el *Federalista* responde con denuestos y cañones al movimiento inicial en Iquitos, insinúa la supresión de los Concejos Departamentales y sueña cuanta medida puede concebirse para llevar a cabo la más opresora centralización; el *Demócrata* no recibe a los huelguistas con la dulzura y afeblidad de un correligionario, sino les rechaza con el ceño y la dureza del señor feudal, hasta con la insolencia del mandón, listo a despachar unos cuantos esbirros que den plomo a los hambrientos que demandan pan; en fin, el *Protector de la Raza Indígena* restablece en el camino del Pichis el régimen de las antiguas mitas, y renueva con los desheredados indios de Ilave y Huanta los horrores y carnicerías de Weyler en Cuba y del Sultán en Armenia.

En resumen: la última guerra civil ha sido mala, tanto por la manera como se hizo cuanto por el caudillo que nos impuso: ella se iguala con el terremoto en que se desploman las ciudades y se cuarteja la tierra, para lanzar chorros de aguas negras y bocanadas de gases sulfurosos.

Sin embargo, en ninguna parte se necesita más de una revolución profunda y radical. Aquí, donde rigen instituciones malas o maleadas, donde los culpables forman no solamente alianzas transitorias sino dinastías seculares, se debe emprender la faena del hacha en el bosque. No estamos en condiciones de satisfacernos con el derrumbamiento de un mandatario, con la renovación de las Cámaras, con la destitución de unos cuantos jueces ni con el cambio total de funcionarios subalternos y pasivos. Preguntemos a las gentes sencillas y bien intencionadas, a los agricultores o industriales, a los ciudadanos que no mantienen vinculaciones con el Gobierno ni medran a expensas del Erario Público: todos nos responderán que llevan el disgusto en el corazón y las náuseas en la boca, que se asfixian en atmósfera de hospital, que anhelan por la ráfaga de aire puro y desinfectado, que piden cosas nuevas y hombres nuevos. ¿Qué puede alucinarnos ya? Todas las instituciones han sido discutidas o descarnadas, y ostentan hoy sus deformidades orgánicas. Todos los personajes sufrieron disección anatómica y examen microscópico: les conocemos a todos.

Y la corrupción va cundiendo en los artesanos de las ciudades. La clase obrera figura en todas partes como la selva madre donde existen el buen palo de construcción y la buena tierra de sembradío. Cuando la parte más civilizada de una nación se prostituye y se desvigoriza, sube del pueblo una fecunda marejada que todo lo regenera y lo fortifica. Los artesanos de Lima, colocados entre el simple jornalero (a quien menosprecian) y la clase superior (a quien adulan), constituyen una pseudo aristocracia con toda la ignorancia de lo bajo y toda la depravación de lo alto. Al reunirse establecen cofradías o clubs eleccionarios; y como no profesan convicción alguna, como no conciben la más remota idea de su misión social ni de sus derechos, como se figuran que el *summum* de la sapiencia humana se condensa en la astucia de Bertoldo emulsionada con la bellaquería de Sancho, tienen ustedes que los artesanos de Lima hacen el papel de cortesanos o lacayos de todos los poderes legales o ilegales, y que hoy mismo se contentan con recibir de Piérola el agua bendita y el rosario, como recibieron ayer de Pardo el aguardiente y la butifarra.

Felizmente, el Perú no se reduce a la costra corrompida y corruptora: lejos de políticos y logreros, de malos y maleadores, dormita una multitud sana y vigorosa, una especie de campo virgen que aguarda la buena labor y la buena semilla. Riamos de los desalentados sociólogos que nos quieren abrumar con sus *decadencias* y sus *razas inferiores*, cómodos hallazgos para resolver cuestiones irresolubles y justificar las iniquidades de los europeos en Asia y Africa. ¡Decadencia! Si estamos hoy de caída, ¿cuándo brilló nuestra era de ascensión y llegada a la cumbre? ¿Puede rodar a lo bajo quien no subió a lo alto? Nuestros conciudadanos de Moyobamba y Quispicanchis ¿cenan ya como Lúculo, se visten como Sardanápalo, aman como el Marqués de Sade, coleccionan cuadros prerrafaelistas y saben de memoria los versos de Baudelaire y Paul Verlaine? Aquí tenemos por base nacional una masa de indios ignorantes, de casi primitivos que hasta hoy recibieron por únicos elementos de cultura las revoluciones, el alcohol y el fanatismo. Al pensarles en decadencia, se confunde la niñez con la caducidad, tomando por viejo paralítico al muchacho que todavía no aprendió el uso de sus miembros. Y ¿*las razas inferiores*? Cuando se recuerda que en el Perú casi todos los hombres de algún valor intelectual fueron indios, cholos o zambos, cuando se ve que los poquísimos descendientes de la nobleza castellana engendran tipos de inversión sexual y raquitismo, cuando nadie hallaría mucha diferencia entre el ángulo facial de un gorila y el de un antiguo marqués limeño, no hay para qué aducir más pruebas contra la inferioridad de las razas. Se debe, sí, constatar que desde los primeros albores de la Conquista, los *blancos* hicieron del indio una *raza sociológica*, o más bien, una *cas-*

ta infima de donde siguen extrayendo el buey de las haciendas, el topo de las minas y la carnaza de los cuarteles.

Si los malos elementos superaran a los buenos, hace tiempo que habríamos desaparecido como nación, porque ningún organismo resiste cuando la fuerza desorganizadora excede a la fuerza conservatriz. Aquí el verdadero culpable fue el hombre ilustrado, que prodigó lecciones de inmoralidad, cuando debió educar al pueblo con el buen ejemplo dándole una verdadera lección de cosas. La muerte moral se concentra en la cumbre o clases dominantes. Nos parecemos a los terrenos que surgen del Océano y llevan en las capas superiores los detritus de la vida submarina. El Perú es montaña coronada por un cementerio.

III

EN MEDIO DE tanta miseria y de tanta ignominia, la Unión Nacional¹ intenta formar un solo cuerpo de todos los hombres decididos a convertir las buenas intenciones en una acción eficaz, enérgica y purificadora: quiere unificarles y aguerrirles para sustituir la ordenada labor de una colectividad a los trabajos sin orden ni plan y a veces contraproducentes del individuo.

La Unión no pretende ganarse prosélitos, merced a pactos ambiguos o solidaridades híbridas; rompe las tradiciones políticas y quiere organizar una fuerza que reaccione contra las malas ideas y los malos hábitos. Sólo de un modo nos atraeremos las simpatías y hallaremos eco en el alma de las muchedumbres: siendo intransigentes e irreconciliables. ¿Por qué fracasaron nuestros partidos? por la falta de líneas divisorias, por la infiltración recíproca de los hombres de un bando en otro bando. En el orden político, lo mismo que en el zoológico, el ayuntamiento de especies diferentes no produce más que híbridos o seres infecundos. En España, se concibe la fusión transitoria de los partidos republicanos para destronar a la Monarquía y detener al Carlismo; en Francia, se concibe también para contrarrestar la influencia de clericales y orleanistas; pero aquí no se comprende las alianzas, porque persiguen el único fin de encumbrar o derrocar a un Presidente. ¿Cuál ha sido el resultado de la Coalición de 1894? quitar a un hombre, poner a otro y seguir en el mismo régimen. ¿Qué pasa hoy

¹ La Unión Nacional es el partido radical "dentro del concepto francés" que fundó Prada en mayo de 1891 y del que se apartó públicamente en 1902, después de haber permanecido ausente en Europa desde 1891 a 1898. Fue un partido federalista, nacionalista, indigenista, laicista, con inclinaciones al anarquismo, al que Prada se adheriría después definitivamente.

mismo? los civilistas buscan a los demócratas para embonar a Candamo, mientras los demócratas se hacen los esquivos porque sueñan con imponer a no sabemos qué personalidades indecisas y borrosas.

Como no hacen falta personajes de medio tinte ni agrupaciones amorfas y de color indefinible, se nos plantea un dilema: disolvernó o convertirnó en verdadero partido de combate. Conviene repetirlo leal y francamente, para evitar equivocaciones y trazar desde hoy nuestra línea divisoria: entre la Unión Nacional y todas las agrupaciones mercantiles o personalistas no caben alianzas ni transacciones: cuando nos aproximemos a un bando cualquiera, no será para marchar con él sino contra él, no para estrecharle la mano sino para hacerle fuego.

Declarados tales propósitos, llevan el optimismo hasta la bobería los neófitos que al ingresar aquí se imaginan emprender viaje por un camino de flores. Se parte en guerra contra enemigos poderosos que miran el país como su legítimo patrimonio, y defenderán la presa con el oro y la astucia, con la fuerza y el crimen. Ellos tienen en el ejército un brazo que tiraniza con el hierro, en el periódico una lengua que mata con la calumnia; cuentan con pretorianos a buen sueldo, con vociferadores a buena propina.

No basta desplegar la bandera y lanzar el grito para que los adherentes acudan en tropel. Nos dirigimos a un pueblo cien veces engañado, que desconfiará de nosotros mientras los actos no le prueben la sinceridad de las intenciones. Mucho haremos con la pluma y la palabra, con el folleto y la conferencia, con la carta familiar y la conversación íntima; pero mucho más realizaremos con el ejemplo: la vida ejerce una propaganda lenta y muda, pero irresistible. Para eso necesitamos cerebros que piensen, no autómatas que hablen y gesticulen; gentes vivas, no cadáveres ambulantes; prosélitos de buena fe, no tránsfugas corrompidos con la herencia y el mal ejemplo; en una palabra, juventud de jóvenes, no de hombres con 25 años en la fe de bautismo y siglo y medio en el corazón.

Lo difícil de organizarse lo palpamos ya. En tanto que el país gozó de tranquilidad, la Unión Nacional se desarrollaba paulatinamente, sin luchar con graves obstáculos, salvando las contrariedades que todas las asociaciones encuentran al nacer; mas cuando los caudillos se levantaron a formular programas, ganarse prosélitos y organizar clubs, entonces algunos de nuestros adherentes se agitaron como limaduras de hierro en presencia del imán. La agitación llegó a su colmo en marzo de 1894 al estallar la revolución. En el seno mismo de la Unión, hasta en el reducido número del Comité Central, vimos las duplicidades, las deserciones y las apostasias. Eramos un recién nacido, y ya el mal hereditario nos carcomía.

Esto hace pensar a veces que las tentativas de reunir a los hombres

por algo superior a las conveniencias individuales resultan vanas y contra-productas. ¡Quién sabe si en el Perú no ha sonado la hora de los verdaderos partidos! ¡Quién sabe si aún permanecemos en la era del apostolado solitario! Hay tal vez que lanzarse al campo de batalla, sin fiar en la colaboración leal de muchos, temiendo tanto al enemigo que nos ataca de frente como al amigo que nos hiere por la espalda. Y en esta lucha desigual, el correligionario de hoy se vuelve mañana un enemigo, mientras el adversario no se convierte jamás en amigo. Los que en el Perú marchan en línea recta se ven al cabo solos, escarnecidos, crucificados. Aquí se trabaja quizá como la disciplinada tripulación que se afana y se fatiga con la seguridad de no salvar el cargamento ni las vidas, porque el agua monta y el buque se hunde. Pero, suceda lo que sucediere, la voz de algunos hombres fieles a sus convicciones resonará mañana como una protesta viril en este crepúsculo de almas, en esta podredumbre de caracteres.

Felizmente, impera en la Unión Nacional una mayoría compacta y homogénea que resiste a las disensiones intestinas y repele los ataques exteriores. Si algunos pueden haber flaqueado y hasta delinquido, si algunos se han arrogado facultades o representaciones que nadie les concedió, el Comité Central de Lima no ha solicitado alianzas ni celebrado transacciones indignas: él ha lanzado de su seno a los equívocos o intrigantes. Segregados hoy los elementos ambiguos y perniciosos, desvanecido el peligro de una cisión, la mayoría de la Unión Nacional sigue levantando una bandera immaculada; y no sólo la levanta valerosamente en Lima, donde el ciudadano goza una intermitencia de garantías, sino temerariamente en muchos pueblos de la República, donde se respira bajo el régimen de los procónsules romanos, donde no existe más ley que la obtusa voluntad de un prefecto, de un subprefecto, de un gobernador o de un comandante de partida. Hasta cabe asegurar que la más sólida fuerza de la Unión reside en las provincias, lo contrario de todos nuestros bandos políticos, que sólo se mueven por el impulso recibido de la Capital. Si algún día el Comité de Lima violara el programa o celebrara connivencias tenebrosas, el último Comité de la República podría convertirse en el verdadero centro de la Unión Nacional. Aquí no hay, ni queremos hombres que obedezcan ciegamente a las órdenes del grupo y del amo.

En nuestro desarrollo, seguro aunque tardío, nodo se debe a la iniciativa individual, todo viene de una acción colectiva, y nadie tiene por qué gastar ínfulas de hombre inspirador y necesario. El Partido Civil fue Pardo¹,

¹ Se refiere a Manuel Pardo (1831-1878), Presidente de la República de 1872 a 1876.

el Partido Constitucional ha sido Cáceres¹, el Partido Demócrata es Piérola: la Unión Nacional no es hombre alguno. Tal vez, cediendo a la manía reglamentaria y al prurito general de vaciarlo todo en moldes parlamentarios, hemos organizado mesas presidenciales con tramitaciones complicadas y aun vejatorias; pero debe reconocerse que pretendemos aleccionar a nuestros adherentes, de modo que en el momento preciso el más oscuro y el más humilde se convierta en el vocero de las ideas y el propulsor de la masa. En una palabra, no queremos exponernos a morir por decolación como el Partido Civil.

Sin embargo, la acefalía desinteresada, lo que a primera vista parece la fuerza y el mérito de la Unión, retarda su desarrollo y puede ocasionar su ruina. Nada tan funesto como un hombre sin convicciones a la cabeza de una muchedumbre nerviosa y maleable; nada también tan estéril como la idea que vive una vida aérea, que no se vuelve tangible, que no encarna en alguna personalidad. Una causa sin apóstol es una simple abstracción; y la Humanidad no adora y sigue más que a los individuos: hasta en las religiones más ideales, suprimido el símbolo material, vacila el dogma.

Esperemos que el hombre necesario surgirá en la hora oportuna: uno de esos adherentes sinceros y entusiastas, quizá el más silencioso y el menos sospechado, realizará mañana el fecundo pensamiento de la Unión Nacional. Cuando la figura superior se diseñe en medio de nosotros, abramos el paso, allanemos el camino, haciendo el sacrificio de nuestro orgullo y de nuestras ambiciones personales: si hay mérito en pregonar una idea, hay mayor mérito en ceder el sitio al hombre capaz de realizarla.

Mientras llega ese día, mucho nos queda por hacer. Hasta hoy nos señalamos por el sentido práctico, y sin embargo, los malévolos o políticos de profesión nos tachan de ilusos, utopistas y soñadores. Como en política valen los hechos, conviene preguntar ¿qué obra realizaron esos *hombres eminentemente prácticos* que no se alucinaron, no forjaron utopías ni soñaron? Ellos promulgaron constituciones y leyes sin educar ciudadanos para entenderlas y cumplirlas, ellos fundieron un metal sin cuidarse de ver si el molde tenía capacidad para recibirle, ellos decretaron la digestión sin conceder medios de adquirir el pan. Las desheredadas masas de indios se hallan en el caso de apostrofarles:—¿De qué nos sirve la instrucción gratuita si carecemos de escuelas? ¿De qué la Ley de Imprenta si no sabemos ni leer? ¿De qué el derecho de sufragio si no podemos ejercerle conscientemente? ¿De qué la libertad de industria si no poseemos capitales, crédito ni una vara de tierra que romper con el arado? Esos hombres emi-

¹ Andrés A. Cáceres (1831-1920), Héroe de la Resistencia en 1881-82, Presidente 1885-89, 94-95.

nentement práctico fueron políticos a manera del buen doctor que hace morir a todos sus enfermos, del buen abogado que pierde todas sus causas y del buen capitán que echa a pique todos sus buques. Veámosles hoy mismo: cuando por el Sur nos amenazan nuevas y quizá más graves complicaciones que en 1879, ellos plantean las cuestiones fuera de su terreno, imaginándose revindicar con la Diplomacia y el protocolo los bienes que se recuperan con el rifle y la espada. Los *hombres eminentemente prácticos* levantan un dique de mamotretos para contrarrestar una invasión de bayonetas.

Piden algunos que toda palabra o manifiesto de la Unión Nacional encierre tanto un programa definido y completo, cuanto una fórmula para solucionar problemas no solucionados en ningún pueblo de la Tierra. Si la Humanidad hubiera resuelto sus problemas religiosos, políticos y sociales, el Planeta sería un Edén, la vida un festín. Un partido no puede ni debe condenarse a seguir un programa invariable y estricto como el credo de una religión; basta plantar algunos jalones y marcar el derrotero, sin fijar con antelación el número de pasos. La Unión Nacional podría condensar en dos líneas su programa: evolucionar en el sentido de la más amplia libertad del individuo, prefiriendo las reformas sociales a las transformaciones políticas. Ya se vislumbra, pues, de qué lado estaríamos si llegara el caso de implantar el régimen federal o establecer la libertad de cultos. Aunque el decirlo tenga visos de paradoja, somos un partido político, animado por el deseo de alejar a los hombres de la mera política, enfermedad endémica de las sociedades modernas. Política quiere decir traición, hipocresía, mala fe, podre con guante blanco; y al motejarse de mal político a un hombre de convicciones, en lugar de inferirle una ofensa, se le extiende un diploma de honradez y humanidad. No, de los *grandes y buenos políticos* no vino al mundo nada *bueno ni grande*: políticos se llaman Enrique IV renegando en París y Saint-Denis, Napoleón fusilando al Duque de Enghien, Talleyrand locupletándose bajo todos los regímenes, Bismarck falsificando el telegrama de Ems, Guillermo II aplaudiendo la estrangulación de Grecia, Cánovas del Castillo asolando Cuba, yermando Filipinas y haciendo funcionar una inquisición laica en la fortaleza de Montjuich.

Cuestiones de formas gubernamentales, cuestiones de palabras o de personas. Poco valen las diferencias entre el régimen monárquico y el republicano, cuando reina tanta miseria en San Petersburgo como en New York, cuando en Bélgica se disfruta de más garantías individuales que en Francia, cuando toda una reina de la Gran Bretaña carece de autoridad para encarcelar a un triste obrero; mientras un Morales Bermúdez y un Cáceres nos aprisionan, nos destierran, nos flagelan y nos fusilan en una pampa desierta o en los escondrijos de un cuartel. Por eso, el mundo tiende

hoy a dividirse, no en republicanos y monárquicos ni en liberales o conservadores, sino en dos grandes fracciones: los poseedores y los desposeídos, los explotadores y los explotados.

Nosotros los *ilusos* preferimos una reducida colonia de agricultores holgados y libres, a una inmensa república de siervos y proletarios; nosotros los *utopistas* reconocemos que nada hay absoluto ni definitivo en las instituciones de un pueblo, y consideramos toda reforma como punto de arranque para intentar nuevas reformas; nosotros los *soñadores* sabemos que debe salirse de la caridad evangélica para entrar en la justicia humana, que todos poseen derecho al desarrollo integral de su propio ser, no existiendo razón alguna para monopolizar en beneficio de unos cuantos privilegiados los bienes que pertenecen a la Humanidad entera. Nosotros repetimos a los hombres eminentemente prácticos: ¡Fuera política, vengan reformas sociales! Les decimos también, para de una vez concluir con ellos: Si algún día la Unión Nacional se convierte en una fuerza poderosa y decisiva, entonces se verá si somos idealistas anodinos u hombres capaces de consumir una justa y completa liquidación social.

IV

LA ATENCIÓN del país se concentra hoy en las elecciones de 1899, en el nuevo movimiento revolucionario y en el Protocolo de Arica y Tacna.

Mereceríamos la tacha de *ilusos*, *utopistas* y *soñadores*, si nos creyéramos un poderoso factor en nuestra vida política y quisiéramos intervenir como juez dirimente en el próximo simulacro de elecciones. Lanzándonos a la lucha, gastaríamos de un modo estéril y hasta perjudicial la fuerza que debemos aprovechar en crecer y consolidarnos. ¿Qué dique opondríamos al torrente de ilegalidad y corrupción? Actuando solos, nos veríamos arrollados y vencidos; aliándonos a otros, quedaríamos absorbidos y desopinados. Desde que no tenemos aún el prestigio necesario para mover a las muchedumbres y arrastralas a una acción eficaz y regeneradora, venzamos la impaciencia y almacenaremos fuerzas para más tarde: abstenerse hoy no significa abdicar su derecho sino aplazarle.

Tal vez en el terreno de las diputaciones y senadurías podríamos combatir con probabilidades de buen éxito en algunas localidades de la República (eso lo decidirán los Comités al compulsar su influencia), pero en cuanto a la presidencia y vicepresidencias, nada conviene intentar. ¿A qué elegir hombres para lanzarles a ser inútilmente maculados y heridos en ese campo de ignominias y abominaciones? Intervengamos o no, las futuras

elecciones serán lo que fueron siempre, un fraude legalizado por el Congreso.

Realicemos, pues, algo más útil que descender al palenque de nuestras riñas electorales, a ese verdadero caldo de vibriones, y dejemos que cívicos, demócratas, civilistas y constitucionales continúen desfilando entre ruinas y sangre, como la grotesca mascarada de un carnaval siniestro. En la algazara de voces antipáticas y egoístas, seamos una voz que noche y día clame por la reconstitución de nuestro ejército y de nuestra marina, no para atacar sino para defendernos, no para conquistar sino para eludir el ser conquistados, no para usurpar territorios ajenos sino para recobrar lo que inicua y sorpresivamente nos fue arrebatado.

Cuando la Unión Nacional anunciaba, no hace mucho tiempo, que la sanción del Protocolo originaría una guerra civil, toda la prensa turiferaria y palaciega confundió maliciosamente el anuncio con el deseo y nos atribuyó propósitos revolucionarios. Naturalmente, los plumíferos de bajo vuelo encontraron sin mucho esfuerzo una antítesis jocosa entre la debilidad de nuestros brazos y el ardor de nuestros impulsos bélicos. Era la misma lógica del que atribuye ganas de una epidemia al doctor que la anuncia, o deseos de una tempestad al marino que la presagia.

¿Hemos olvidado las revoluciones de Cáceres contra Iglesias y de Piérola contra Cáceres? Si el oro malgastado en ellas colmara hoy las arcas nacionales, si los hombres inútilmente sacrificados marcharan hoy con el rifle al hombro, otra sería la actitud de Chile con nosotros. No, esas revoluciones nada bueno produjeron, como no lo producirá la que nos amaga por el Norte. ¿Cáceres anuló ni pudo anular el Tratado de Ancón? ¿Piérola ha constituido un gobierno más legal y menos arbitrario que el de Cáceres? Si mañana triunfaran los flamantes revolucionarios, ¿piensa nadie que serían capaces de rasgar el Protocolo y cuadrarse frente a frente de los chilenos? Al tomar cuerpo la revolución, en vísperas de la victoria, Chile enviaría un *Agente Confidencial*, y todo se arreglaría entre chilenos y revolucionarios. Dígalo Ataura.

Los pueblos, en vez de afanarse por saber si triunfa el coronel Pérez o sale derrotado el doctor García, deben averiguar si después de los combates pagarán menos contribuciones, sacudirán la tutela de los hacendados y dejarán la condición de jornaleros y *yanaconas* para convertirse en hombres libres y pequeños propietarios. Revolucionarse para verificar una sustitución de personas sin un cambio de régimen ¿vale acaso la pena? Con guerras civiles como las habidas hasta hoy, los ignorantes no ascienden un centímetro hacia la luz, los desgraciados no quitan un solo milígramo a la carga secular que les abrumba. Ignorantes y desgraciados se revolucionan como siervos para cambiar de señor, como ovejas que se sublevaran para

mudar de trasquiladores y degolladores. Por eso, al anuncio de la nueva revolución, lanzamos un solo grito: ¡Fuera los nuevos ambiciosos y los nuevos criminales! Esto podemos gritar los de la Unión Nacional, los que no escondemos las manos llenas de sangre; mas no los del Partido Demócrata, mas no el mismo Piérola que durante 25 años ha regentado cátedra de sediciones y motines: él no tiene derecho a repudiar y escarnecer a los actuales revolucionarios que vienen de su escuela, que son sus discípulos.

Los problemas internacionales ofrecen hoy una faz nueva con la alianza, *entente cordiale* o convenio tácito de Bolivia y la Argentina. Adhiriéndonos para formar una triple alianza, surgen muchas probabilidades de vencer a Chile, anular el Tratado de Ancón y revindicar los territorios perdidos; no adhiriéndonos, corremos peligro de que nuestra neutralidad sea mirada como una manifestación hostil y de que la unión argentino-boliviana redunde no sólo en daño de Chile sino en perjuicio nuestro. El pensamiento de una alianza entre peruanos y chilenos contra bolivianos y argentinos se desecha sin discusión: no hay gobierno tan loco para celebrarla ni pueblo tan bajo para admitirla; así, lo más que Chile alcanzaría de nosotros, en el caso de lanzarse a la guerra, sería una estricta neutralidad. En esta suposición ¿qué ganaríamos? antes que todo, muy poca honra. Venciendo Chile, quedaríamos como estamos hoy, sin que nuestro inclemente vencedor de 1879 nos conservara la más pequeña gratitud ni nos concediera la más leve compensación por nuestra valiosa neutralidad; venciendo Bolivia y la Argentina, impondrían a Chile las condiciones de paz, tratarían sin cuidarse mucho de realizar la justicia, conciliando sus respectivos intereses, haciéndonos pagar muy caro el crimen de no habernos adherido a su alianza. Ninguna obligación moral impone a bolivianos y argentinos el dar su sangre y gastar su dinero por redimirnos a nosotros; y aunque ese deber existiera, no son pueblos tan románticos y generosos para sacrificar el interés en aras de la obligación moral.

¿Qué decir de Bolivia? Una sola consideración justifica hoy la alianza del Perú con ella —el temor que al no estar con nosotros, se habría unido a Chile para combatirnos y mutilarnos. La alianza de peruanos y bolivianos en 1879 recuerda la fraternidad de Sancho y don Quijote, pues en las *desventuradas aventuras* de la guerra, ellos salvaban el cuerpo y nosotros recibíamos los palos. Nadie sabe si Bolivia se bañaba en agua de rosas mientras el Perú se ahogaba en un mar de sangre: sólo se vio que después de San Francisco, los veteranos de Daza se hicieron humo en tanto que el invisible y ubicuo General Campero tomó viente veces Calama, sin haberse movido una sola de Cochabamba o La Paz. Desde la *famosa retirada* de Camarones, algunos hombres públicos de Bolivia empezaron a imaginarse que su incuria en la guerra y su alejamiento del Perú les servi-

rían de título para que Chile les cediera Tacna y Arica. A veces se figuraban también que nosotros nos veríamos en la obligación de hacerlo, si no como remuneración de servicios prestados en la guerra (guerra que aceptamos en su defensa), al menos por confraternidad americana o generosa caridad evangélica. En el último supuesto, los Cavour y los Metternich de Chuquisaca nos hacían el gran honor de concedernos las virtudes de San Vicente de Paul y San Martín. Mas como Chile no suelta la presa y como el Perú no la soltaría de ningún modo (si la recuperara), los bolivianos se vuelven hacia los argentinos, con la esperanza de hallar unos amigos más complacientes y más dádivosos.

¿Qué decir de la Argentina? El pueblo que por más de veinte años sufre la dictadura sangrienta de Rosas, el pueblo que se alía con el Brasil y el Uruguay para consumir la crucifixión de los paraguayos, el pueblo que al ser solicitado en 1866 para adherirse a la alianza del Perú y Chile contra España, contesta (con insolencia y desprecio) que sus intereses no le llaman hacia el Pacífico, ese pueblo no merece mucha confianza por su civismo, por su magnanimidad ni por su americanismo. Y la administración de un Juárez Celman ¿le sirve de timbre glorioso? Quien sabe si por efecto de una ilusión óptica, vemos desde lejos a la Argentina como un gran matadero de reses y como una abigarrada feria de italianos que no saben español y de españoles que hablan catalán o vascuence. Lo cierto es que todo en esa República nos hace recordar al artículo de exportación, al género de colores chillones, al mueblaje de rica madera aunque no bien pulido ni charolado. Nada extraño sería, pues, que en el momento menos pensado los argentinos celebraran una paz bochornosa o que obligados a salir al campo de batalla, recibieran una lección más desastrosa que la sufrida por nosotros en 1879. En tanto, desde hace unos diez años, están los buenos gauchos como don Simplicio Bobadilla en la *Pata de Cabra*: echan mano del sable, pero no acaban de sacarle porque la hoja se halla encantada y mide no sabemos cuántos kilómetros de largo.

Con todo, en la Nación es tan general y espontánea la corriente de simpatías hacia los argentinos, que si algún día se lanzaran ellos contra Chile, nadie puede anunciar el efecto que produciría entre nosotros el eco del primer cañonazo. Tal vez sería la ocasión de repetir que los rifles apuntarían solos en dirección de Iquique y Tarapacá. Ninguno envidiaría la suerte de los mandatarios que se opusieran al torrente nacional y soñarían con desviarle en sentido contrario. La revolución para derribarles y escarmentarles sería la única buena, la única santa, la única verdaderamente popular. Los peruanos sufrimos que en nuestra casa nos engañen y nos burlen, nos amordacen y nos maniaten, nos empobrezcan y desangren; mas no toleraríamos jamás que nadie mancomunara nuestros intereses con los

intereses de Chile hasta el punto de arrastrarnos como aliados mendicantes en una guerra contra Bolivia y la Argentina. Nos cumple no atacar a los bolivianos por lealtad, a los argentinos por conveniencia. Si hay la perfidia chilena, si pudo haber la perfidia boliviana y argentina, que no haya la perfidia y la imbecilidad peruanas.

Estalle o se conjure la guerra, aliémonos o permanezcamos indiferentes, debemos perseguir un objetivo —hacernos fuertes. Chile se mostrará más exigente y más altanero a medida que estemos más débiles y más humillados. Con él no caben protocolos más firmes que unos poderosos blindados, razones más convincentes que un ejército numeroso y aguerrido. Mientras se vea jaqueado por el Oriente y con recelos de nuestra adhesión a la alianza argentino-boliviana, nos arrullará con himnos de ternura y promesas de amistad; mas en cuanto se mire desembarazado y seguro, volverá descaradamente a su implacable sistema de absorción y desgarramiento. ¡Qué! Si hoy mismo, amenazado por una guerra exterior, quizá en víspera de una espantosa contienda civil, arruinado en su crédito, con enormes deudas fiscales, casi a la orilla del abismo, cuando debería obligarnos con su lealtad y su buena fe, se burla de nosotros con un insidioso Protocolo, donde lejos de concedernos esperanzas de revindicar Tacna y Arica, nos envuelve en una interminable serie de cuestiones para desorientarnos, adormecernos y manipularnos Tarata.

Concluyo, señores. Si Chile ha encontrado su industria nacional en la guerra con el Perú, si no abandona la esperanza de venir tarde o temprano a pedirnos un nuevo pedazo de nuestra carne, armémonos de pies a cabeza, y vivamos en formidable paz armada o estado de guerra latente. El pasado nos habla con bastante claridad. ¿De qué nos vale ser hombres, si el daño de ayer no nos abre los ojos para evitar el de mañana? Cuando se respira el optimismo que reina en las regiones oficiales, cuando se ve la confianza que adormece a todas las clases sociales, cualquiera se figuraría que no hay peligros exteriores, que Chile se halla impotente y desarraigado, que en la última guerra fuimos nosotros los vencedores. Sin embargo, no sería malo recordar algunas veces que Piérola no arrolló a los chilenos en San Juan, que Cáceres no les hizo morder el polvo en Huamachuco. Al no sacar una lección provechosa de nuestros descalabros, al no tratar de prevenir las nuevas tempestades arremolinadas encima de nuestra cabeza, mereceríamos que chilenos, argentinos y bolivianos cayeran sobre nosotros y nos convirtieran en la Polonia sudamericana.

No se trata de lanzarnos hoy mismo, débiles y pobres, a una guerra torpe y descabellada, ni de improvisar en pocos días toda una escuadra y todo un ejército; se pide el trabajo subterráneo y minucioso, algo así como una labor de topo y de hormiga: reunir dinero, sol por sol, centavo

por centavo; adquirir elementos de guerra, cañón por cañón, rifle por rifle, hasta cápsula por cápsula. Las naciones viven vida muy larga y no se cansan de esperar la hora de la justicia. Y la justicia no se consigue en la Tierra con razonamientos y súplicas: viene en la punta de un hierro ensangrentado. Cierta, la guerra es la ignominia y el oprobio de la Humanidad; pero ese oprobio y esa ignominia deben recaer sobre el agresor injusto, no sobre el defensor de sus propios derechos y de su vida. Desde las colonias de infusorios hasta las sociedades humanas, se ve luchas sin cuartel y abominables victorias de los fuertes, con una sola diferencia: toda la Naturaleza sufre la dura ley y calla, el hombre la rechaza y se subleva. Sí, el hombre es el único ser que lanza un clamor de justicia en el universal y eterno sacrificio de los débiles. Escuchemos el clamor, y para sublevarnos contra la injusticia y obtener reparación, hagámonos fuertes: el león que se arrancara uñas y dientes, moriría en boca de lobos; la nación que no lleva el hierro en las manos, concluye por arrastrarle en los pies.

LIBREPENSAMIENTO DE ACCION ¹

*(Discurso que debió leerse el 28 de Agosto de 1898
en la tercera Conferencia organizada por la Liga de Librepensadores del Perú.
La lectura no pudo efectuarse porque el Gobierno la impidió).*

SEÑORES:

DOY LAS más sinceras gracias a los miembros de la Liga por haberme brindado su tribuna, a mí que no formo parte de esa corporación llamada a trazar hondos surcos en nuestra vida social.

Diré algo del librepensamiento silencioso, del hablado y señaladamente del que produce mejores frutos —el de acción, en su concepto más amplio.

I

LA LIBERTAD DE pensar en silencio no se discute, se consigna. Como nadie trepana la bóveda de nuestro cráneo para escudriñar la fermentación de las ideas, hablamos con nosotros mismos sin que nuestras voces interiores vayan a resonar en tímpanos ajenos ni a grabarse en cilindros fonográficos. Lejos de inquisidores y tiranos, poseemos un asilo inviolable donde rendimos culto a los dioses que nos place, donde erigimos un trono para los buenos o un patíbulo para los malos.

Ese librepensamiento no sirve de mucho en los combates de la vida, y el hombre que le ejerce no pasa de un filósofo egoísta, infecundo, en

¹ Este texto debió ser leído en el Teatro Politeama, pero el Gobierno impidió el acto. Los organizadores eran en su mayoría miembros de la Masonería, encabezados por el dentista Cristian Dam, uno de los pioneros del anarquismo y el librepensamiento en el Perú. La suspensión del acto provocó la interpelación parlamentaria contra el ministro que lo prohibió.

una palabra, neutro. ¿Qué vale condenar en el fuero interno las supersticiones, si a la faz del mundo las aprobamos tácitamente? ¿De qué aprovechamos estrangular imaginariamente a los criminales, si realmente les tendemos la mano de amigo? ¿Qué bien reportan a la Humanidad los sabios que se emparedan en su yo, sin comunicar a nadie la sabiduría? Linternas cerradas, alumbran por dentro.

Cuando se abriga una convicción, no se la guarda religiosamente como una joya de familia ni se la envasa herméticamente como un perfume demasiado sutil: se la expone al aire y al Sol, se la deja al libre alcance de todas las inteligencias. Lo humano está, no en poseer sigilosamente sus riquezas mentales, sino en sacarlas del cerebro, vestirlas con las alas del lenguaje y arrojarlas por el mundo para que vuelen a introducirse en los demás cerebros. Si todos los filósofos hubieran filosofado en silencio, la Humanidad no habría salido de la infancia y las sociedades seguirían gateando en el limbo de las supersticiones.

Las verdades adquiridas por el individuo no constituyen su patrimonio: forman parte del caudal humano. Nada nos pertenece, porque de nada somos creadores. Las ideas que más propias se nos figuran, nos vienen del medio intelectual en que respiramos o de la atmósfera artificial que nos formamos con la lectura. Lo que damos a unos, lo hemos tomado de otros: lo que nos parece una ofrenda no pasa de una restitución a los herederos legítimos. Mas, aunque no fuera así, ¿cabe don más valioso que el pensamiento? Al dar el corazón a los seres que nos aman, les pagamos una deuda; al ofrecer el pensamiento a los desconocidos, a los adversarios, a nuestros mismos aborrecedores, imitamos la inagotable liberalidad de la Naturaleza que prodiga sus bienes al santo y al pecador, a la paloma y al gavilán, al cordero y al lobo.

Más de dos mil años hace que el primero de los filósofos chinos decía: *Dad mucho, recibid poco*. Este brevísimo consejo entraña una lección de inefable desprendimiento, de inmensa caridad. Pero los librepensadores silenciosos no quieren disfrutar la suprema delección de otorgarse sin reserva, y prefieren vivir tranquilos, felices, nunca turbados en sus impiedades ni en sus digestiones. Favoreciéndoles mucho, debemos compararles con los ríos subterráneos que se dirigen al mar, sin haber apaciguado una sed ni fecundado una semilla.

II

SI EL LIBREPENSAMIENTO mudo funciona sin perturbar la calma del filósofo, no sucede lo mismo con el librepensamiento hablado y escrito. El

hombre que en sociedades retrógradas habla y escribe con valerosa independencia, suscita recriminaciones y tempestades, aventurándose a sufrir los anatemas del sacerdote, los atropellos del mandón y los impulsivos arranques de la bestia popular.

Nadie ataca un privilegio ni ridiculiza una superstición sin que mil voces le maldigan ni mil brazos le amenacen. Todos condenan un error, todos se duelen de una injusticia; pero la Humanidad encierra tanta abyección y tanta cobardía, que en el fragor de la lucha suele unirse con sus torsionarios para combatir a sus defensores. A veces, no hay crimen tan imperdonable como hablar lo que todos piensan o decir a gritos lo que todos murmuran a media voz. En el reinado de la iniquidad y la mentira se clama por un verbo que fustigue a los criminales; mas, cuando el verbo truena sin hipocresías ni melosidades, entonces los más fervientes amigos de la verdad hacen los mayores aspavientos y fulminan las más ruidosas protestas.

Para merecer el título de buen ciudadano y figurar en la clásica nómina de los hombres cuerdos, se necesita conformarse a los usos y prejuicios de su tiempo, venerando los absurdos de la religión en que se nace, justificando las iniquidades de la patria en que se vive. Nada de romper el molde antediluviano ni querer aletear fuera de la jaula prehistórica. Nada tampoco de oposiciones ni de intransigencias: la moralidad se resuelve en la transigencia con las inmoralidades ambientes, la virtud se reduce a un oportunismo hipócrita y maleable. Cuando se diga, pues, de un hombre: Cumplidor de las leyes, tradúzcase: Naturaleza servil. La perfección moral de casi todos los buenos señores de la nómina se condensa en tres palabras: Almas de lacayo.

De ahí que el expresarse con suma independencia revele audacia y dé visos de sinceridad. Sin embargo, el librepensamiento de oradores y publicistas sufre muy groseras falsificaciones: tal vez los hipócritas de la incredulidad abundan más que los hipócritas de la fe. Quizá Tartufo dejó menos prole que Homais. Algunas veces hay más audacia en llamarse creyente que en decirse librepensador.

Al hablar de librepensamiento ¿cómo no recordar a los librepensadores nacionales? Si la milenaria historia del Cristianismo se reduce a monótona y pesada enumeración de herejías, los breves anales de nuestro librepensamiento se condensan en una serie de renunciados y palinodias. Por la firmeza de un Vigil y de un Mariátegui, ¡cuántas prevaricaciones en la edad propecta a la hora de la muerte! ¿Dónde están aquí los perseverantes y los firmes? Quien ha vivido algún tiempo y vuelve los ojos para buscar a los que un día le acompañaron en las luchas por la razón y la libertad, sólo divisa una desbandada legión de apóstatas y renegados.

De los dieciocho a los treinta años germina en muchas cabezas un librepensamiento fogoso y batallador; mas de los treinta en adelante, ¡adiós batallas, adiós fogosidades! Y regla infalible: los más energúmenos acaban por más seráficos; la reculada viene en proporción del salto. De los tranquilos aguardemos la firmeza, de los violentos temamos la claudicación.

Aquí reina, pues, lo que llamaríamos el *cefalismo*, queremos decir, la incredulidad en la juventud, la gazmoñería en la vejez. Platón habla de un Céfalo que habiendo comenzado por reírse de las supersticiones vulgares, concluyó por tomarlas a lo serio cuando vio que le asomaban las arrugas y las canas. Sin que aún existiera el idioma de Cervantes, el buen Céfalo practicaba un refrán castellano: *De mozo a palacio, de viejo a la iglesia*. Ese griego nacido algunos siglos antes de la era cristiana ¿no sirve de modelo a muchos librepensadores del siglo XIX? Prueba que la reculada senil puede realizarse en todas las naciones y en todas las épocas. Nada de extraño que los viejos de hoy copien fielmente a los viejos de ayer: al ir perdiendo la vida, ganamos el miedo a la muerte; al acordarnos mucho del cielo, pensamos muy poco en la dignidad de la existencia. El viejo es un niño triste, que la vejez se parece a la infancia como la tarde a la aurora.

Algunos de nuestros librepensadores no necesitan de canas ni de arrugas para retroceder hacia la mentalidad de abuelas y nodrizas: les basta un revés de fortuna, la muerte de una persona querida o el asalto de una enfermedad grave. ¡Seres dichosos! la gracia eficaz se les introduce con los eporos del aire y las triquinas del salchichón. Otros librepensadores realizan un cambio de frente, sin que en la evolución intervengan enfermedades, muertes ni desgracias: les sobra con un buen matrimonio. ¡Seres más dichosos! hallan el Catolicismo en los legajos de una dote, descubren a Dios en el moño postizo de una vieja rica.

Lo que no les ruboriza ni les interrumpe ninguna de las funciones orgánicas. Hay animales inferiores que tranquilamente siguen su vida aunque les volvamos del revés, practicando con ellos la misma operación que hacemos con un guante o con la funda de un paraguas. Si en algunos librepensadores criollos efectuamos cosa igual, seguirán viviendo con una sola diferencia —la de haberse metamorfoseado en curas. Lo mismo sucedería con los masones peruanos; así que donde se tenga un gran maestro de Biblia y Gran Arquitecto se puede obtener un jesuíta o un dominico. Lo volyeremos a decir: tanto los librepensadores a la criolla como los masones bíblicos y deícolas, son curas al revés.

En resumen, casi todos los librepensadores nacionales vivieron pregonando las excelencias de la Razón y murieron acogiéndose a las supersticiones del Catolicismo: hubo en ellos dos hombres—el de las frases y

el de los actos. Los mudos o linternas sordas no causaron bien ni mal; pero los bulliciosos o histriones de pluma y de palabra, desacreditaron la idea, produjeron enorme daño, haciendo que los hombres de buena fe se retrajeran y callaran por miedo de figurar en tan ridícula y abominable compañía.

III

ALGO VALE extender la mano para señalar el camino donde conviene marchar; pero vale más ir delante marcando con sus huellas el rumbo que ha de seguirse: un buen guía suple a cien direcciones indicadas en cien postes. A cuantos surjan con humos de propagandistas y regeneradores, no les preguntemos cómo escriben y hablan, sino cómo viven: estimemos el quilate de las acciones indefectibles en lugar de sólo medir los kilómetros de las herejías verbales. ¿Existe ya una ley de matrimonio entre los no católicos? pues úsela sin embargo de toda su deficiencia. ¿Existen escuelas regentadas por seculares? pues no eduquen a sus hijos en planteles fundados por las congregaciones. ¿Existe un cementerio laico? pues ordenen que sus muertos vayan a reposar sin agua bendita ni responsos. No quieran avenir a Diderot con el ínter de la parroquia ni amalgamar consejas de la Biblia con leyes de la Naturaleza; y piensen que la vitalidad de las religiones se basa en la indolencia de los incrédulos, así como la fuerza de los gobiernos inicuos se funda en la apatía de las muchedumbres.

Aunque los librepensadores guarden fidelidad a su doctrina y armonicen las palabras con los actos, merecen una grave censura cuando eliminan las cuestiones sociales para vivir encastillados en la irreligiosidad agresiva y hasta en la clerofobia intransigente. ¿Cómo no reírse de los Torquemada rojos, de los Domingo de Guzmán por antítesis, de los inquisidores laicos, dispuestos a encender hogueras y parodiar los autos de fe? *No sólo de pan vive el hombre*, nos dice el Evangelio; digamos a nuestra vez: no sólo de curas vive el librepensador.

Mas algunos fanáticos no salen de su monomanía anticlerical y viven consagrados a perseguir sotanas en las celdas de las monjas, o sorprender enaguas en las alcobas de los presbíteros. Al probar que no existe cura sin moza ni sobrinos, se imaginan haber derribado el Catolicismo. Budas de nuevo linaje, se hallan hipnotizados por la contemplación de un solideo. Para ellos, nada importan los crímenes sociales ni las extorsiones políticas; lo grave, lo clamoroso, lo insufrible es que un tonsurado se refocile con el ama de llaves. Altivos rechazan la imposición moral del poder religio-

so, mientras soportan humildes la coerción del poder civil. Se vanaglorian de no arrodillarse en una iglesia, y lamen las alfombras de un palacio; se yerguen ante un obispo, y se dobligan en presencia de un alguacil; se sienten capaces de abofetear a Jesucristo, y carecen de hígados para sofrenar a un portero.

No queremos ni podríamos negarlo: el sacerdote hace el papel de una montaña sombría y escabrosa, interpuesta en el camino hacia la luz; pero el juez que vende la justicia, el parlamentario que tiene por única norma los caprichos del mandón, el capitalista que se adueña de los productos debidos al sudor ajeno, el soldado que descarga su rifle en una masa de obreiros inermes ¿no causan tantos males y no merecen tanto vilipendio como el sacerdote? Hay que perseguir a los zorros, sin olvidar a los leones. A la vez que se derrumba mitos y se desinfecta el cielo, se debe combatir a los felinos y sanear el Planeta. Para conseguir la redención del hombre, no basta derrocar a ese Dios impasible y egoísta que eternamente cabecea en lo Infinito, mientras el Universo se retuerce en el dolor, la desesperación y la muerte.

El librepensador que, llamándose a la neutralidad política, ve con indiferencia las iniquidades y los derroches de un gobierno tiránico, nos parece tan censurable como el estadista que, alegando la neutralidad religiosa, presencia con olímpica serenidad el predominio del clero y la difusión de las ideas ultramontanas. El librepensamiento no debe renunciar a la política por una razón: los políticos no se olvidan de los librepensadores. Todo político de mala ley presiente un adversario en todo pensador de tendencia irreligiosa, presentimiento muy racional, pues quien hoy se subleva contra las autoridades que presumen bajar del cielo, mañana suele rebelarse contra los déspotas que surgen de la Tierra. A más, el que vive a las orillas de un río puede no acordarse de las aguas; pero las aguas no se olvidan de él cuando el río sale de madre. No sirven torres de marfil ni montañas de cumbres inaccesibles. Al estallar las convulsiones sociales, llega el momento en que los más pacíficos y más indiferentes a la cosa pública se ven sacudidos y aplastados: no habiendo querido actuar como personajes del drama, figuran como víctimas en el desplome del edificio.

El librepensamiento, ejercido con semejante amplitud de miras, deja de ser el campo estrecho donde únicamente se debaten las creencias religiosas, para convertirse en el anchuroso palenque donde se dilucidan todas las cuestiones humanas, donde se aboga por todos los derechos y por todas las libertades. Al sólo defender la de escribir y de hablar, se aboga tal vez por los intereses de algunos privilegiados. Las muchedumbres se fijan muy poco en la libertad de la pluma porque no escriben ni se desvelan en la lectura; menos se interesan en la libertad de palabra porque no echan

discursos ni se gozan en escucharles; ellas piden libertad de acción porque la necesitan para solucionar los graves problemas económicos. Esa Francia del 89 y del 48, donde todavía se descarga el palo en los manifestantes de bandera roja y se disuelve a tiros las aglomeraciones de huelguistas, nos dice muy bien que dar al hombre la libertad de pluma y de palabra sin concederle la de acción, es negarle lo principal y otorgarle lo accesorio. De ahí que todo librepensador, si no quiere mostrarse ilógico, tiene que declararse revolucionario.

Lo repetimos: con semejante amplitud de miras, se sale del librepensamiento (que hasta hoy no ha significado sino irreligión y anticlericalismo) para entrar en el *pensamiento libre* que entraña la defensa por la total emancipación del individuo. Es la tendencia que nos parece vislumbrar en la Liga de Librepensadores, institución fundada y mantenida por hombres que actuaron o siguen actuando en sociedades tan marcadamente luchadoras como el Círculo Literario y la Unión Nacional.

En fin, señores: ya que por algunos momentos nos hemos reunido aquí para ensanchar el ánimo en una atmósfera de verdad y tolerancia, no nos separemos sin el buen propósito de corroborar con los actos la firme adhesión a las ideas emitidas con las palabras. Sincera y osadamente formulamos nuestras convicciones, sin amedrentarnos por las consecuencias, sin admitir división entre lo que debe decirse y lo que debe callarse, sin profesar verdades para el consumo del individuo y verdades para el uso de las multitudes. Erradiquemos de nuestras entrañas los prejuicios tradicionales, cerremos nuestros oídos a la voz de los miedos atávicos, rechacemos la imposición de toda autoridad humana o divina, en pocas frases, creémosnos un ambiente laico donde no lleguen las nebulosidades religiosas, donde sólo reinen los esplendores de la Razón y la Ciencia. Procediendo así, viviremos tranquilos, orgullosos, respetados por nosotros mismos; y cuando nos suene la hora del gran viaje, cruzaremos el pórtico sombrío de la muerte, no con la timidez del reo que avanza en el pretorio, sino con la arrogancia del vencedor romano al atravesar un arco de triunfo.

EL INTELLECTUAL Y EL OBRERO

(Discurso leído el 1º de mayo de 1905 en
la Federación de Obreros Panaderos).

I

SEÑORES:

NO SONRIAN si comenzamos por traducir los versos de un poeta.

"En la tarde de un día cálido, la Naturaleza se adormece a los rayos del Sol, como una mujer extenuada por las caricias de su amante.

»El gañán, bañado de sudor y jadeante, aguijonea los bueyes; mas de súbito se detiene para decir a un joven que llega entonando una canción:

»—¡Dichoso tú! Pasas la vida cantando mientras yo, desde que nace el Sol hasta que se pone, me canso en abrir el surco y sembrar el trigo.

»—¡Cómo te engañas, oh labrador! responde el joven poeta. Los dos trabajamos lo mismo y podemos decirnos hermanos; porque, si tú vas sembrando en la tierra, yo voy sembrando en los corazones. Tan fecunda tu labor como la mía: los granos de trigo alimentan el cuerpo, las canciones del poeta regocijan y nutren el alma".

Esta poesía nos enseña que se hace tanto bien al sembrar trigo en los campos como al derramar ideas en los cerebros, que no hay diferencia de jerarquía entre el pensador que labora con la inteligencia y el obrero que trabaja con las manos, que el hombre de bufete y el hombre de taller, en vez de marchar separados y considerarse enemigos, deben caminar inseparablemente unidos.

Pero ¿existe acaso una labor puramente cerebral y un trabajo exclusivamente manual? Piensan y cavilan: el herrero al forjar una cerradura, el albañil al nivelar una pared, el tipógrafo al hacer una compuesta, el carpintero al ajustar un ensamblaje, el barretero al golpear en una veta; hasta el amasador de barro piensa y cavila. Sólo hay un trabajo ciego y material —el de la máquina; donde funciona el brazo de un hombre, ahí se

deja sentir el cerebro. Lo contrario sucede en las faenas llamadas intelectuales: a la fatiga nerviosa del cerebro que imagina o piensa, viene a juntarse el cansancio muscular del organismo que ejecuta. Cansan y agobian: al pintor los pinceles, al escultor el cincel, al músico el instrumento, al escritor la pluma; hasta al orador le cansa y agobia el uso de la palabra. ¿Qué menos material que la oración y el éxtasis? Pues bien: el místico cede al esfuerzo de hincar las rodillas y poner los brazos en cruz.

Las obras humanas viven por lo que nos roban de fuerza muscular y de energía nerviosa. En algunas líneas férreas, cada durmiente representa la vida de un hombre. Al viajar por ellas, figurémonos que nuestro wagón se desliza por rieles clavados sobre una serie de cadáveres; pero al recorrer museos y bibliotecas, imaginémonos también que atravesamos una especie de cementerio donde cuadros, estatuas y libros encierran no sólo el pensamiento sino la vida de los autores.

Ustedes (nos dirigimos únicamente a los panaderos), ustedes velan amasando la harina, vigilando la fermentación de la masa y templando el calor de los hornos. Al mismo tiempo, muchos que no elaboran pan velan también, aguzando su cerebro, manejando la pluma y luchando con las formidables acometidas del sueño: son los periodistas. Cuando en las primeras horas de la mañana sale de las prensas el diario húmedo y tentador, a la vez que surge de los hornos el pan oloroso y provocativo, debemos demandarnos: ¿quién aprovechó más su noche, el diarista o el panadero?

Cierto, el diario contiene la enciclopedia de las muchedumbres, el saber propinado en dosis homeopáticas, la ciencia con el sencillito ropaje de la vulgarización, el libro de los que no tienen biblioteca, la lectura de los que apenas saben o quieren leer. Y ¿el pan? símbolo de la nutrición o de la vida, no es la felicidad, pero no hay felicidad sin él. Cuando falta en el hogar, produce la noche y la discordia; cuando viene, trae la luz y la tranquilidad: el niño le recibe con gritos de júbilo, el viejo con una sonrisa de satisfacción. El vegetariano que abomina de la carne infecta y criminal, le bendice como un alimento sano y reparador. El millonario que desterró de su mesa el agua pura y cristalina, no ha podido sustituirle ni alejarle. Soberanamente se impone en la morada de un Rothschild y en el tugurio de un mendigo. En los lejanos tiempos de la fábula, las reinas cocían el pan y le daban de viático a los peregrinos hambrientos; hoy le amasan los plebeyos y, como signo de hospitalidad, le ofrecen en Rusia a los zares que visitan una población. Nicolás II y toda su progenie de tiranos dicen cómo al ofrecimiento se responde con el látigo, el sable y la bala.

Si el periodista blasonara de realizar un trabajo más fecundo, nosotros le contestaríamos: sin el vientre no funciona la cabeza; hay ojos que no leen, no hay estómagos que no coman.

II

CUANDO PRECONIZAMOS la unión o alianza de la inteligencia con el trabajo no pretendemos que a título de una jerarquía ilusoria, el intelectual se erija en tutor o lazarillo del obrero. A la idea que el cerebro ejerce función más noble que el músculo, debemos el régimen de las castas: desde los grandes imperios de Oriente, figuran hombres que se arrojan el derecho de pensar, reservando para las muchedumbres la obligación de crear y trabajar.

Los intelectuales sirven de luz; pero no deben hacer de lazarillos, sobre todo en las tremendas crisis sociales donde el brazo ejecuta lo pensado por la cabeza. Verdad, el soplo de rebeldía que remueve hoy a las multitudes, viene de pensadores o solitarios. Así vino siempre. La justicia nace de la sabiduría, que el ignorante no conoce el derecho propio ni el ajeno y cree que en la fuerza se resume toda la ley del Universo. Animada por esa creencia, la Humanidad suele tener la resignación del bruto: sufre y calla. Mas de repente, resuena el eco de una gran palabra, y todos los resignados acuden al verbo salvador, como los insectos van al rayo de Sol que penetra en la oscuridad del bosque.

El mayor inconveniente de los pensadores —figurarse que ellos solos poseen el acierto y que el mundo ha de caminar por donde ellos quieran y hasta donde ellos ordenen. Las revoluciones vienen de arriba y se operan desde abajo. Iluminados por la luz de la superficie, los oprimidos del fondo ven la justicia y se lanzan a conquistarla, sin detenerse en los medios ni arredrarse con los resultados. Mientras los moderados y los teóricos se imaginan evoluciones geométricas o se enredan en menudencias y detalles de forma, la multitud simplifica las cuestiones, las baja de las alturas nebulosas y las confina en terreno práctico. Sigue el ejemplo de Alejandro: no desata el nudo, le corta de un sablazo.

¿Qué persigue un revolucionario? influir en las multitudes, sacudirlas, despertarlas y arrojarlas a la acción. Pero sucede que el pueblo, sacado una vez de su reposo, no se contenta con obedecer el movimiento inicial, sino que pone en juego sus fuerzas latentes, marcha y sigue marchando hasta ir más allá de lo que pensaron y quisieron sus impulsores. Los que se figuraron mover una masa inerte, se hallan con un organismo exuberante de vigor y de iniciativa; se ven con otros cerebros que desean irradiar su luz, con otras voluntades que quieren imponer su ley. De ahí un fenómeno muy general en la Historia: los hombres que al iniciarse una revolución parecen audaces y avanzados, pecan de tímidos y retrógrados en el fragor de la lucha o en las horas del triunfo. Así, Lutero retrocede acobardado al ver que su doctrina produce el levantamiento de los campe-

sinos alemanes; así, los revolucionarios franceses se guillotinan unos a otros porque los unos avanzan y los otros quieren no seguir adelante o retrogradar. Casi todos los revolucionarios y reformadores, se parecen a los niños: tiemblan con la aparición del ogro que ellos solos evocaron a fuerza de chillidos. Se ha dicho que la Humanidad, al ponerse en marcha, comienza por degollar a sus conductores; no comienza por el sacrificio pero suele acabar con el ajusticiamiento, pues el amigo se vuelve enemigo, el propulsor se transforma en rémora.

Toda revolución arribada tiende a convertirse en gobierno de fuerza, todo revolucionario triunfante degenera en conservador. ¿Qué idea no se degrada en la aplicación? ¿Qué reformador no se desprestigia en el poder? Los hombres (señaladamente los políticos) no dan lo que prometen, ni la realidad de los hechos corresponde a la ilusión de los desheredados. El descrédito de una revolución empieza el mismo día de su triunfo; y los deshonradores son sus propios caudillos.

Dado una vez el impulso, los verdaderos revolucionarios deberían seguirle en todas sus evoluciones. Pero modificarse con los acontecimientos, expeler las convicciones vetustas y asimilar las nuevas, repugnó siempre al espíritu del hombre, a su presunción de creerse emisario del porvenir y revelador de la verdad definitiva. Envejecemos sin sentirlo, nos quedamos atrás sin notarlo, figurándonos que siempre somos jóvenes y anunciadores de lo nuevo, no resignándonos a confesar que el venido después de nosotros abarca más horizonte por haber dado un paso más en la ascensión de la montaña. Casi todos vivimos girando alrededor de féretros que tomamos por cunas o morimos de gusanos, sin labrar un capullo ni transformarnos en mariposa. Nos parecemos a los marineros que en medio del Atlántico decían a Colón: *No proseguiremos el viaje porque nada existe más allá.* Sin embargo, más allá estaba la América.

Pero, al hablar de intelectuales y de obreros, nos hemos deslizado a tratar de revolución. ¿Qué de raro? Discurrimos a la sombra de una bandera que tremola entre el fuego de las barricadas, nos vemos rodeados por hombres que tarde o temprano lanzarán el grito de las reivindicaciones sociales, hablamos el 1º de Mayo, el día que ha merecido llamarse la pascua de los revolucionarios. La celebración de esta pascua, no sólo aquí sino en todo el mundo civilizado, nos revela que la Humanidad cesa de agitarse por cuestiones secundarias y pide cambios radicales. Nadie espera ya que de un parlamento nazca la felicidad de los desgraciados ni que de un gobierno llueva el maná para satisfacer el hambre de todos los vientres. La oficina parlamentaria elabora leyes de excepción y establece gabelas que gravan más al que posee menos; la máquina gubernamental no funciona en beneficio de las naciones, sino en provecho de las banderías dominantes.

Reconocida la insuficiencia de la política para realizar el bien mayor del individuo, las controversias y luchas sobre formas de gobierno y gobernantes, quedan relegadas a segundo término, mejor dicho, desaparecen. Subsiste la *cuestión social*, la magna cuestión que los proletarios resolverán por el único medio eficaz—la revolución. No esa revolución local que derriba presidentes o zares y convierte una república en monarquía o una autocracia en gobierno representativo; sino la revolución mundial, la que borra fronteras, suprime nacionalidades y llama la Humanidad a la posesión y beneficio de la tierra.

III

SI ANTES de concluir fuera necesario resumir en dos palabras todo el jugo de nuestro pensamiento, si debiéramos elegir una enseña luminosa para guiarnos rectamente en las sinuosidades de la existencia, nosotros diríamos: *Seamos justos*. Justos con la Humanidad, justos con el pueblo en que vivimos, justos con la familia que formamos y justos con nosotros mismos, contribuyendo a que todos nuestros semejantes cojan y saboreen su parte de felicidad, pero no dejando de perseguir y disfrutar la nuestra.

La justicia consiste en dar a cada hombre lo que legítimamente le corresponde; démonos, pues, a nosotros mismos la parte que nos toca en los bienes de la Tierra. El nacer nos impone la obligación de vivir, y esta obligación nos da el derecho de tomar, no sólo lo necesario, sino lo cómodo y lo agradable. Se compara la vida del hombre con un viaje en el mar. Si la Tierra es un buque y nosotros somos pasajeros, hagamos lo posible para viajar en primera clase, teniendo buen aire, buen camarote y buena comida, en vez de resignarnos a quedar en el fondo de la cala, donde se respira una atmósfera pestilente, se duerme sobre maderos podridos por la humedad y se consume los desperdicios de bocas afortunadas. ¿Abundan las provisiones? pues todos a comer según su necesidad. ¿Escasean los víveres? pues todos a ración, desde el capitán hasta el ínfimo grumete.

La resignación y el sacrificio, innecesariamente practicados, nos volverían injustos con nosotros mismos. Ciertamente, por el sacrificio y la abnegación de almas heroicas, la Humanidad va entrando en el camino de la justicia. Más que reyes y conquistadores, merecen vivir en la Historia y en el corazón de la muchedumbre los simples individuos que pospusieron su felicidad a la felicidad de sus semejantes, los que en la arena muerta del egoísmo derramaron las aguas vivas del amor. Si el hombre pudiera convertirse en sobrehumano, lo conseguiría por el sacrificio. Pero el sacrificio

tiene que ser voluntario. No puede aceptarse que los poseedores digan a los desposeídos: sacrifíquense y ganen el cielo, en tanto que nosotros nos apoderamos de la Tierra.

Lo que nos toca, debemos tomarlo porque los monopolizadores, difícilmente nos lo concederán de buena fe y por un arranque espontáneo. Los 4 de Agosto encierran más aparato que realidad: los nobles renuncian a un privilegio, y en seguida reclaman dos; los sacerdotes se despojan hoy del diezmo, y mañana exigen el diezmo y las primicias. Como símbolo de la propiedad, los antiguos romanos eligieron el objeto más significativo— una lanza. Este símbolo ha de interpretarse así: la posesión de una cosa no se funda en la justicia sino en la fuerza; el poseedor no discute, hierde; el corazón del propietario encierra dos cualidades del hierro: dureza y frialdad. Según los conocedores del idioma hebreo, Caín significa *el primer propietario*. No extrañemos si un socialista del siglo XIX, al mirar en Caín el primer detentador del suelo y el primer fratricida, se valga de esa coincidencia para deducir una pavorosa conclusión: *La propiedad es el asesinato*.

Pues bien: si unos hieren y no razonan, ¿qué harán los otros? Desde que no se niega a las naciones el derecho de insurrección para derrocar a sus malos gobiernos, debe concederse a la Humanidad ese mismo derecho para sacudirse de sus inexorables explotadores. Y la concesión es hoy un credo universal: teóricamente, la revolución está consumada porque nadie niega las iniquidades del régimen actual, ni deja de reconocer la necesidad de reformas que mejoren la condición del proletariado. (¿No hay hasta un socialismo católico?) Prácticamente, no lo estará sin luchas ni sangre porque los mismos que reconocen la legitimidad de las reivindicaciones sociales, no ceden un palmo en el terreno de sus conveniencias: en la boca llevan palabras de justicia, en el pecho guardan obras de iniquidad.

Sin embargo, muchos no ven o fingen no ver el movimiento que se opera en el fondo de las modernas sociedades. Nada les dice la muerte de las creencias, nada el amenguamiento del amor patrio, nada la solidaridad de los proletarios, sin distinción de razas ni de nacionalidades. Oyen un clamor lejano, y no distinguen que es el grito de los hambrientos lanzados a la conquista del pan; sienten la trepidación del suelo, y no comprenden que es el paso de la revolución en marcha; respiran en atmósfera saturada por hedores de cadáver, y no perciben que ellos y todo el mundo burgués son quienes exhalan el olor a muerto.

Mañana, cuando surjan olas de proletarios que se lancen a embestir contra los muros de la vieja sociedad, los depredadores y los opresores palparán que les llegó la hora de la batalla decisiva y sin cuartel. Apelarán a sus ejércitos, pero los soldados contarán en el número de los rebeldes;

clamarán al cielo, pero sus dioses permanecerán mudos y sordos. Entonces huirán a fortificarse en castillos y palacios, creyendo que de alguna parte habrá de venirles algún auxilio. Al ver que el auxilio no llega y que el oleaje de cabezas amenazadoras hierve en los cuatro puntos del horizonte, se mirarán a las caras y sintiendo piedad de sí mismos (los que nunca la sintieron de nadie) repetirán con espanto: *¡Es la inundación de los bárbaros!* Mas una voz, formada por el estruendo de innumerables voces, responderá: *No somos la inundación de la barbarie, somos el diluvio de la justicia*

LAS ESCLAVAS DE LA IGLESIA ¹

(Conferencia dada el 25 de Septiembre de
1904 en la Loggia Stella d'Italia).

SEÑORES:

AGRADEZCO A los miembros de la Loggia Stella d'Italia el honor que se dignaron concederme al solicitar mi colaboración en esta ceremonia, para conmemorar el asalto de Roma y el derrumbamiento del solio pontificio. Sin pertenecer a la Masonería, creo sentirme animado por el espíritu que inflamó a los antiguos masones en sus luchas seculares con el altar y el trono; sin haber nacido en la clásica tierra de Machiavelli y Dante, me considero compatriota de los buenos italianos reunidos aquí para celebrar un triunfo de la Razón y la Libertad. Sobre la mezquina patria de montes y ríos, existe la gran patria de los afectos y de las ideas: los nacidos bajo la misma bandera que nosotros son nuestros conciudadanos; mas nuestros compatriotas, nuestros amigos, nuestros hermanos, son los que piensan como nosotros pensamos, los que aman y aborrecen cuanto nosotros amamos y aborrecemos.

No consideraré el 20 de Setiembre en sus relaciones con la política europea, con la unificación de Italia ni con la Masonería; aprovechando la libertad que se me ha concedido en el uso de la palabra, disertaré sobre el *Catolicismo y la mujer*, para manifestar que la esclavitud femenina perdura en el Romanismo, que las mujeres continúan siendo *esclavas de la Iglesia*.

¹ "Las esclavas de la Iglesia" es una conferencia de complicado origen. No sólo es fruto de meditación sobre lecturas, sino de ciertas presiones psicológicas. La esposa de Prada, ex-alumna del Colegio de Belén, regido por religiosas, y con vocación a monja, abjuró de su religión, desesperada, al producirse la prematura muerte de sus dos primeros hijos, poco después de haber sido bautizados. En el libro *Mi Manuel* (Lima, 1947) ella describe minuciosamente tales hechos.

ABUNDAN INDIVIDUOS que profesan una teoría muy original, muy cómoda y muy sencilla, que se resume en dos líneas: *si los hombres pueden y hasta deben emanciparse de toda creencia tradicional, las mujeres necesitan una religión.* Y como en las naciones católicas religión se traduce por Catolicismo, la teoría quiere decir: para una mitad de la especie humana la luz del meridiano, las bebidas químicamente puras y los exquisitos manjares de Lúculo; para la otra mitad, las tinieblas de medianoche, las aguas insalubres del pantano y la indigesta bazofia del convento. Riámonos de la teoría, declarando al mismo tiempo que nada hay tan abominable ni tan indigno de un hombre honrado como figurarse en posesión de la verdad y reservarla para sí, manteniendo a los demás en el error.

Sin admitir que las mujeres necesiten una religión, preguntaremos: ¿el Catolicismo representa la religión más elevada? ¿Vale tanto para ensalzarle como la única salvación del alma femenina? Ciertamente, Balzac afirmó que una mujer *no era pura ni candorosa sin haber atravesado el Catolicismo.* Afirmación injuriosa para el mayor número de ellas, desmentida por los hechos y refutada por otros cerebros tan poderosos como el de Balzac. ¿Ignoramos la elevación moral de los protestantes? ¿No sabemos que en Estados Unidos y las naciones reformadas de Europa las mujeres brillan por su ilustración y carácter? ¿No vemos que la ascensión del alma femenina coincide con el descenso del Catolicismo?

Aunque no pertenezcamos a ninguna secta religiosa, tengamos la buena fe de reconocer que el Protestantismo eleva a los individuos y engrandece a las naciones, porque evoluciona con el espíritu moderno, sin ponerse en contradicción abierta con las verdades científicas. El Catolicismo, al decretar la fe pasiva, nos mantiene emparedados en el Dogma, como al cadáver en un ataúd de plomo; la más intransigente y absurda de las comuniones protestantes, al declarar el libre examen, deja una ventana siempre abierta para evadirse al racionalismo. Si la ortodoxia católica merece llamarse una religión de estancamiento y ruina, díganlo España, Irlanda, Polonia y algunos estados de Sudamérica.

Mas no comparemos naciones con naciones, sino familias con familias. Mientras en el hogar de los pueblos reformados la esposa y los hijos disfrutan *el amplio derecho de interpretar la ley divina* y constituyen verdaderas individualidades, ¿qué sucede en el hogar bendito por la Iglesia? ahí el padre delega en un extraño la dirección moral de la familia, resignándose a vivir eternamente deprimido bajo un tutelaje clerical; ahí la madre, cogida poco a poco en el engranaje del fanatismo, concluye por entorpecerse y anularse con las rancias y grotescas ceremonias del culto; ahí los hijos,

obligados a profesar una creencia que instintivamente rechazan, se ven compelidos a elegir entre la hipocresía silenciosa y la incesante lucha doméstica; ahí las hijas, antes de abrir su corazón a la ternura de un hombre, quedan moralmente desfloradas en las indecorosas manipulaciones del confesionario.

En el matrimonio de los buenos creyentes, a más de la unión corporal del hombre con la mujer, existe la comunión espiritual de la mujer con el sacerdote. Si en las naciones protestantes el *clergman* se contenta con sólo llamarse el amigo de la familia, en los pueblos católicos, señaladamente en los de origen español, el sacerdote se juzga con derecho a titularse el amo de la casa: donde mira una mujer, ahí cree mirar una sierva, una esclava, un objeto de su exclusiva pertenencia. El se interpone entre el marido y la mujer para decir al hombre: *si el cuerpo de la hembra te pertenece, el alma de la católica pertenece a Dios, y por consiguiente a mí que soy el representante de la Divinidad*. Basándose en razones tan sólidas, el ministro del Señor toma el alma de la mujer. . . cuando no se apodera también del cuerpo. Sin embargo, esto lo glorifican muchísimos liberales y librepensadores al sostener que *las mujeres necesitan una religión*, imitando así el ejemplo del boticario que elabora una panacea, la vende como infalible, pero se guarda muy bien de administrársela a sí mismo.

II

SE REPITE a manera de axioma que la Religión Cristiana emancipó a la mujer. Como lo asegura Louis Ménard, "la emancipación tuvo efecto mucho antes de que apareciera el Cristianismo. Al sustituir el matrimonio a la poligamia, el Helenismo había elevado a la mujer hasta el rango de madre de familia —*ama de casa*, según la expresión de Homero. Diosas reinaban en el Olimpo, al lado de los Dioses; mujeres, las Peleadas y las Pítias, anunciaban oráculos divinos en Dodona y Delfos. Mas el Dios del Cristianismo encarna en figura de hombre, y el femenino no halla cabida en la Trinidad".

La emancipación de la mujer, como la libertad del esclavo, no se debe al Cristianismo, sino a la Filosofía. En pleno siglo XIX, la esclavitud reinaba en pueblos cristianos como Sudamérica, Estados Unidos y Rusia, cuando había desaparecido ya de naciones que ignoraban el nombre de Jesucristo ¿Puede hoy llamarse emancipada la mujer de los estados oficialmente católicos? En ellos sufre una esclavitud canónica y civil. Al estatuir la indisolubilidad del matrimonio, al condenar las más legítimas de las cau-

sas que justifican la nulidad del vínculo, al no admitir esa nulidad sino en casos muy reducidos y bajo condiciones onerosas, tardías y hasta insuperables, la Iglesia Católica fomenta y sanciona la esclavitud femenina. Arrebata a la mujer una de sus pocas armas para sacudir la tiranía del hombre, aprisionándola eternamente dentro de un hogar donde se halla en la obligación de rendir amor, respeto y obediencia al indigno compañero que sólo merece odio, desprecio y rebeldía. A la constitución de una nueva familia dulcificada por la buena fe, la ternura y la fidelidad, los católicos prefieren la conservación de un hogar envenenado por la hipocresía, el desamor y el adulterio.

Veamos el Perú, nación tan católica en sus leyes y costumbres que merecería llamarse la sucursal de Roma y el futuro convento de Sudamérica. Aquí poseemos códigos donde se restringe la capacidad jurídica de las mujeres, sin disminuir la responsabilidad en la consumación de los delitos, no juzgándolas suficientes para beneficiar de la ley civil, pero declarándolas merecedoras de las mismas penas establecidas para los hombres. Al ocuparse del matrimonio, nuestro *Código Civil* es un Derecho Canónico, sancionado por el Congreso. Citaremos algunos artículos inspirados por la más sana ortodoxia.

El matrimonio legalmente contraído es indisoluble: acábase sólo por la muerte de alguno de los cónyuges. Todo lo que se pacte en contrario es nulo, y se tiene por no puesto. (134)

La impotencia, locura o incapacidad mental que sobrevenga a uno de los cónyuges, no disuelve el matrimonio contraído. (168).

La mujer está obligada a habitar con el marido y a seguirle por donde él tenga por conveniente residir. (176)

El marido tiene facultad de pedir el depósito de la mujer que ha abandonado la casa común, y el juez debe señalar el lugar del depósito. (204).

En cambio:

La mujer no puede presentarse en juicio sin autorización del marido. (179)

Pero nada debería sorprendernos desde que un artículo de ese mismo Código, al hablar de la patria potestad, iguala a la mujer casada con *los menores, los esclavos y los incapaces. (28)* No se requiere mucho análisis para cerciorarse de que en todas esas leyes superviven rezagos de épocas bárbaras, en que la hembra figuraba como una propiedad del macho.

Aunque la Iglesia venera a María y la glorifique hasta el grado de tender a ingerirla en la Trinidad para constituir un misterio de cuatro personas, no cabe negar el desprecio del Catolicismo a la mujer. Para muchos hombres de fe y experiencia, el alma femenina se resume en dos tipos: *Eva o la pérdida del género humano, Dalila o el corazón enfermo y doce veces impuro.* Dudando que los miembros de un concilio negaran a las mu-

jeros un alma, debemos recordar que algunos santos padres no les conceden honestidad, hidalguía ni sentido común. Parecen invenciones las inyectivas que los sacerdotes han fulminado contra las mujeres. A tan furibundos misóginos se les tomaría unas veces por locos, otras por desgraciados que no tuvieron madre o la tuvieron muy mala. Recordemos a San Jerónimo, que no vivió ni murió como Luis Gonzaga, y a San Agustín, que empezó de mujeriego y acabó de obispo. Varones canonizados y tenidos por golfos de sabiduría, llaman a la mujer *camino de todas las iniquidades, puerta del infierno, flecha de Satanás, hija del Demonio, ponzoña del bastisico, burra mañosa, escorpión siempre listo a picar, etc.*

El menosprecio a la mujer y la creencia en la superioridad del hombre, han echado tantas raíces en el ánimo de las gentes amamantadas por la Iglesia que muchos católicos miran en su esposa, no un igual sino la primera en la servidumbre, a no ser una máquina de placeres, un utensilio doméstico. Semejante creencia en la misión social de un sexo denuncia el envilecimiento del otro. La elevación moral de un hombre se mide por el concepto que se forma de la mujer: para el ignorante y brutal no pasa de ser una hembra, para el culto y pensador es un cerebro y un corazón.

Si el valor moral de los individuos se calcula de ese modo, el adelanto de las naciones se estima por la humanidad en las costumbres y la equidad en las leyes; donde el egoísmo se atempera más con la abnegación, donde los desposeídos reivindican más derechos, ahí florece una civilización más avanzada. No se conoce bien a un pueblo sin haber estudiado la condición social y jurídica de la mujer; se necesita ver las consideraciones que goza en las costumbres, los derechos de que disfruta en las leyes. En las naciones protestantes se realiza tan seguramente la ascensión femenina que ya se prevé la completa emancipación. Sancionada la igualdad de ambos sexos, se concibe que algún día la mujer adquiera el dominio absoluto de su persona y divida con el hombre la dirección política del mundo.

Todo se concibe, menos que la Iglesia eleve a la mujer hasta el nivel del hombre, otorgándole el derecho de familiarizarse con la Divinidad. Al excluirla del sacerdocio, la considera indigna de la más elevada función moral: la embustera boca de la *hembra* no debe enunciar desde el púlpito la doctrina revelada por un Dios de verdad; las impuras manos de la *hembra* no merecen consumir el sacrificio donde se ofrece al Padre celestial la víctima del cordero inmaculado. ¿Qué reserva el Catolicismo a la mujer? murmurar las oraciones y seguir el rito, sin aproximarse al ara ni rozar siquiera con sus vestidos las gradas del tabernáculo; arrodillarse en el confesionario, revelar sus culpas, arrepentirse y demandar humildemente la absolución del sacerdote. La *hembra* no interpreta el libro ni discute el Dogma: obedece y calla (*Ménard*).

Así, la mujer que ofrece amor a Jesús, en tanto que los hombres le prodigan odio; la mujer que para escuchar los salvadores preceptos le sigue por arenas y rocas; la mujer que valerosamente le confiesa, cuando un apóstol le vende y otro le repudia; la mujer que en la vía dolorosa le enjuga el sudor y la sangre, al mismo tiempo que sayones le escupen y le abofetean; la mujer que en el suplicio le acompaña y le consuela, mientras los discípulos le abandonan y hasta el mismo Padre le desampara, no recibe del sacerdote más recompensa que el insulto, los anatemas, la servidumbre doméstica y la degradación moral.

Hoy mismo, hoy que la fe se aleja de los cerebros fuertes para refugiarse en los espíritus débiles, ¿quién retarda la inevitable ruina del Catolicismo? ¿Quién brega para construir un dique y detener la incontenible inundación del escepticismo religioso? ¿Quién renuncia con más desprendimiento a glorias del mundo y placeres del amor, consagrándose al esposo místico que no tiene labios para besar sino espina para herir el corazón? ¿Quién ofendería toda su alma, toda su sangre y toda su vida porque la sombra de la Cruz se extendiera de polo a polo, y la figura del sacerdote dominara sobre las más altas y más poderosas cabezas de la Tierra? *el escorpión, el basilisco, la hija del demonio, la burra mañosa.*

III

NADIE TANTO como la mujer debería rechazar una religión que la deprime hasta mantenerla en perdurable infancia o tutela indefinida. Mas no sucede así: la *irredenta* se yergue contra sus redentores, la víctima bendice el arma y combate a favor del victimario. Ella no transige con el librepensador o libertario y rechaza como enemigo al reformador que viene a salvarla del oprobio y la desgracia, proclamando la anulación del vínculo matrimonial no sólo por mutuo disenso, sino por voluntad de un solo cónyuge. Ella se pone al lado del sacerdote que anatematiza las uniones libres, y santifica la prostitución legal del matrimonio.

Es, señores, que lo más triste de las iniquidades y los abusos está en la obcecación y rebajamiento moral de las víctimas: pierden hasta la conciencia de su lamentable condición, no abrigan ni el deseo de sacudir el yugo ignominioso. Los esclavos y los siervos deben su dignidad de personas al esfuerzo de los espíritus generosos y abnegados; la mujer católica se emancipará solamente por la acción enérgica del hombre. Desgraciadamente, los esfuerzos tentados para descatozarla y divorciarla del sacerdote no produjeron muy fecundos resultados. ¿Por qué? por deficiencia

de los mismos que intentaron la descatolización y el divorcio. Algunos pretenden redimir a la Humanidad sin haber logrado catequizar a su familia, olvidando que antes de pronunciar discursos y de escribir libros, se necesita hablar la más elocuente de las lenguas, el ejemplo.

¿Qué se avanza con libros demoledores y discursos fulminantes, si mientras los esposos desvanecen mitos y derriban iglesias, las esposas inoculan en sus hijos el virus de la Religión Católica? La madre arrasa con el sentimiento lo que el padre intenta edificar con la Razón. Las creencias infundidas por el cariño maternal llegan a un sitio del alma donde más tarde no alcanzan las lecciones trasvasadas con el rigor del pedante. La mujer no sólo nos forma con la carne de su carne y la sangre de su sangre, no sólo nos nutre a sus pechos y nos conforta en su regazo, sino también nos impregna de sus sufrimientos, nos trasfunde sus ideas, y como el Jehová de la leyenda bíblica, nos modela a su imagen y semejanza. Si llevamos el nombre de nuestro padre, representamos la hechura moral de nuestra madre. En tanto que los políticos se jactan de monopolizar la dirección del mundo, las mujeres guían la marcha de la Humanidad. La fuerza motriz, el gran propulsor de las sociedades, no funciona bulliciosamente en la plaza ni en el club revolucionario: trabaja silenciosamente en el hogar.

Esto lo comprenden muy bien los *ministros del Señor*, y sienten maliciosamente cuando sus enemigos se lanzan a fulminar rayos contra la Religión, mientras las seráficas matronas corren a engrosar el *dinero de San Pedro* y suscribir los manifiestos de la Unión Católica. Duermen tranquilos, soñando que las grandes reformas mueren al nacer o duran muy pocos años, si no logran echar raíces en los corazones femeninos: contando con la madre, cuentan con el niño, poseen el hoy y tienen asegurado el mañana. Dejan, sí, de sonreír los sacerdotes y sufren amarguísimos desvelos o terroríficas visiones cuando saben que una sola de las innumerables creyentes se rasga la venda de la Fe y recurre a ver con la luz de su propia razón. Perder a las mujeres, ¡horrible pesadilla de la Iglesia! El Catolicismo, que sólo se mueve por la irresistible fuerza de impulsión recibida en otras épocas, gira sobre dos puntos: la mala fe del hombre y la ignorancia de la mujer. Cuando falte el polo femenino, ¿dónde irá el complicado y vetusto mecanismo de ruedas oxidadas y ejes desnivelados?

Esto no lo comprenden o fingen no comprenderlo muchos reformadores, y dejan a sus esposas bajo la humillante dominación del clero. Para ellos, el saber y la incredulidad; para ellas, la ignorancia y el fanatismo. Matrimonios basados en semejantes principios ¿merecen llamarse ayuntamientos de seres racionales? Lo más dulce de la unión amorosa no reside en el contacto de dos epidermis ni en la simultaneidad de dos espasmos:

está en la vibración unísona de dos corazones, en el vuelo armonioso de dos inteligencias hacia la verdad y el bien. Los animales se unen momentáneamente, los dos sexos humanos deben aliarse para engrandecerse y perfeccionarse.

No se arguya que soñamos al enunciar la posible asimilación de las mujeres a los hombres; confiélese más bien la incuria o la necedad del marido al no saber aprovechar de su fuerza. En las batallas por la idea no se conoce auxiliar más poderoso que el amor. Como la mujer amante quiere ser dominada y poseída, el hombre amado adquiere una irresistible fuerza de absorción: puede reinar con la ternura y la verdad, en oposición al sacerdote que domina por el miedo y el error. Así, pues, el marido que en algunos años de vida estrecha con la esposa no logró convertirla, dominarla ni absorberla en corazón y cerebro, poseyó el incentivo carnal para seducir y fascinar a la hembra, no tuvo la elevación varonil para levantar y redimir a la mujer.

Compadezcamos a los *infelices* que se manifiestan hombres para engendrar, no para ejercer funciones viriles de un orden superior. Al dejar que sus hogares se envilezcan y se fanaticen, ellos son las primeras víctimas, tan merecedoras de lástima como del ridículo. El fanatismo no produce menos estragos que el éter, la morfina, el alcohol, o el opio: al adueñarse de una mujer, la deprime intelectual y moralmente, la despoja de todas las seducciones femeninas, la transforma en ese algo asexual o neutro que se llama una devota. El marido que en los primeros días del matrimonio entregó al sacerdote una esposa amable y agraciada, recibe a los pocos años una rezadora de virtud angulosa y astringente, una altarera sin higiene en el cuerpo ni ternura en el alma, una ogresa mística y santa que vive oponiendo a todo impulso racional un inamovible murallón de ignorancia y terquedad. Cuando ya no tiene remedio, los fanatizadores de su hogar se convencen de que amando mucho a Dios, las mujeres concluyen por hacerse aborrecer de los hombres.

IV

DESEO PRECISAR y condensar algunas ideas, a riesgo de incurrir en monótonas repeticiones y cansar a las personas que se dignan escucharme.

En toda época y en todos los países la mujer fue víctima y arma del sacerdocio. Cuando el orgullo masculino intentó sacudir la opresión sacerdotal, intervino la voluptuosidad femenina para desvigorizar al hombre, adormecerle y remacharle la cadena. Eso lo palpamos hoy mismo, no muy

lejos de nosotros: los sacerdotes arrastran a las mujeres, las mujeres arrastran a los hombres, y los hombres se dejan arrastrar, convertidos en el rebaño de Panurgo. Algunos aparentan rebelarse y chillan al aire libre; pero los más se resignan y callan a la sombra del baldaquino. Poseen doble naturaleza: en la calle, lobos que devoran a clérigos y frailes; en la casa, ovejas que lamen las manos de monseñores y reverendos padres.

Y sin embargo, muchos corderos con momentánea y callejera piel de lobo gastan ínfulas de ejercer un apostofado: rivalizarían con Tolstoi. No llamemos *apóstol de gentes* a quien nunca supo ni quiso ejercer acción eficaz en el diminuto radio de su familia, y desconfiemos del propagandista que alegando una excesiva tolerancia, forma un hogar con olor a misa cantada: es el rosal produciendo bellotas, el águila empollando avestruces. Para sanear las poblaciones, se comienza por desinfectar los domicilios, pues no cabe higiene pública sin higiene privada; cuando se desea secularizar un pueblo, se debe hacerlo con las familias, pues no se concibe un todo libre constituido por fracciones esclavas. Más que al Estado, cumple a los individuos la secularización de la vida. Desterrando del hogar al sacerdote, se le arroja de la escuela; quitándole la madre, se le arrebató el niño, se le cierra el porvenir.

No se trata de promulgar como ley de la familia el *creer o morir* de inquisidores y musulmanes. Los que rechazan la tiranía de un Ser Supremo y niegan la infalibilidad de un pontífice, desconocen también la autocracia de un esposo. En el matrimonio verdaderamente humano, no hay un jefe absoluto, sino dos socios con iguales derechos, no hay un déspota sino el hermano mayor de sus hijos. La acción brutal del grosero apóstol en las almas sensibles de mujeres y niños debe compararse con la dentellada del jumento en un ramo de flores o con el trompazo del elefante en los anaqueles de una cristalería.

Se trata de emanar una atmósfera de bondad y justicia, no recurriendo a la intimación despótica sino a las insinuaciones fraternales, no invocando la autoridad sino aduciendo la prueba. Los errores no se parecen a hierbas superficiales que violentamente erradicamos con la punta de un arado, ni las verdades se igualan con clavos de acero que de un solo martillazo introducimos en el corazón de un leño apolillado: el error huye paso a paso, la verdad se infiltra gota a gota. El hombre cuerdo no impone, que la imposición hiere el orgullo y suscita la resistencia; manifiesta con hechos que entre un espíritu libre y un devoto las diferencias no abonan al rezador. Tanto vale creer sin pruebas como negar sin razones. Hay una cosa soberanamente ridícula y vana, dogmatizar; hay un personaje verdaderamente risible y odioso, el inquisidor a la inversa, el sacristán del librepensamiento.

Como nos reímos del intransigente por ignorancia, moda o capricho, burlémonos del tolerante por desidia o conveniencia. Muchas veces llamamos tolerancia a la fofedad en las convicciones, a la maleabilidad de carácter, a la contemporización humillante con los errores, a la cobardía para delatar las iniquidades. La intolerancia no consiste en oponer tribunas a tribunas, libros a libros o rechazos enérgicos a embestidas brutales, sino en amordazar las bocas, romper las plumas y encarcelar o suprimir al adversario. No hay tolerancia en consentir la deformación de los cerebros infantiles por medio de una educación anticientífica: hay egoísmo criminal. No aceptamos los tradicionales derechos del *pater familias*. Como protestamos de considerar a la esposa una sierva o propiedad del marido, neguemos también que un hijo pertenezca absolutamente al padre. El alma del niño no es del padre, de la madre, ni del sacerdote, es de la verdad, de ese algo tan fecundo que no se encierra ni puede encerrarse en el estéril credo de ninguna religión. Más aún, señores: el niño no se pertenece ni a sí mismo: se debe a la Humanidad, se halla en la obligación de allanar el camino a las generaciones futuras. No hemos venido a la Tierra para beber el agua, comer el pasto y legar la única herencia de un esqueleto.

A la tolerancia mal comprendida agreguemos el pesimismo desconsolador. Nada tan *dulce* como esa *amarga* filosofía que nos induce a cruzarnos de brazos y permanecer indiferentes en las luchas humanas, repitiéndonos a nosotros mismos que de nada serviría la intervención en apoyo del bien, desde que el mal triunfa necesaria y eternamente. Más ¿qué penetramos nosotros de la vida y del Cosmos para deducir la inutilidad de la acción? Nada se pierde en el Universo, todo produce algo en alguna parte. El desplazamiento de una imperceptible arenilla ocasiona tal vez la desviación de un río caudaloso. La agitación de un infusorio en una gota de agua influye quizá en las tempestades del Océano. El aleteo de una mariposa en el nectario de una flor llega quién sabe a repercutir en el disco de la estrella más lejana. Puede que algunas de las verdades enunciadas en este lugar, vayan a sacudir el sueño de algún espíritu aletargado en el seno de las supersticiones. Reconócese la degradación de un pueblo y el estancamiento de una época; no se niegue el avance del ser colectivo hacia un reinado de verdad y justicia. La Humanidad es una inmensa caravana, mejor dicho, un ejército con sus perezosos y sus cobardes. Mientras unos duermen o desertan, los otros marchan y combaten. El nivel de la especie humana sube muy lentamente, pero sube. Y la ascensión se verifica, no porque la muchedumbre inicie el movimiento, sino porque unos individuos de buena voluntad surgen de cuando en cuando para condenar el egoísmo inhumano y sostener que, sobre las conveniencias materiales, deben colocarse los sentimientos magnánimos encarrilados por las ideas levantadas,

lo que gráficamente hablando quiere decir: más arriba del vientre se halla el corazón y más arriba del corazón está la cabeza.

Auguremos, pues, el buen éxito de una propaganda enérgica y razonable, iniciada en el recinto de la familia para irradiar en todos los ámbitos de la República. Algún día, tal vez no muy lejano, los enemigos doméstico se transformarán en los mejores aliados. Cuando las mujeres vean la conformidad de acciones y palabras, cuando palpén que las almas libres alcanzan donde no pueden llegar las conciencias maniatadas, cuando constaten que una moral sin obligación ni sanción ennoblece más que la añeja teoría de premios y castigos, entonces abandonarán al sacerdote por el sabio, la iglesia por el hogar, el Dogma por la Razón: todos los errores pueriles todas las supersticiones femeninas, irán a desaparecer en la convicción inalterable del hombre, como los ríos cenagosos corren a purificarse en el agua incorruptible del mar.

Pero que ellas mismas, principalmente las casadas, cesen de limitarse al humilde papel de catecúmenas, esperanzadas en la acción redentora de sus maridos; los tiranos y los brutos domésticos abundan más de lo que nosotros imaginamos. La felicidad no se aguarda del cielo ni se mendiga de otros; se persigue por sí mismo, se conquista con sus propios esfuerzos. Violando leyes canónicas y civiles, arrojando preocupaciones burguesas, constituyendo un hogar libre cuando el hogar católico encierra oprobio, desesperación y muerte, la mujer realiza tres obras igualmente laudables: busca la felicidad donde piensa encontrarla, enseña el camino a las víctimas de ánimo débil y ofrece un alto ejemplo de moralidad. Sí, señores, de moralidad, aunque protesten los rezagados y los hipócritas. Me dirijo a personas emancipadas, y no temo llamar las cosas por sus verdaderos nombres: meretrices son las esposas que sin amor se entregan al marido, espúreos son los hijos engendrados entre una pendencia y un ronquido; honradas son las adúlteras que públicamente abandonan al esposo aborrecible y constituyen nueva familia santificada por el amor, legítimos y nobles son los espúreos concebidos en el arrebató de la pasión o en la serena ternura de un cariño generoso. Los ultrajes de *bastardo* y *adulterino* nada significan para gentes que piensan y no estiman la honradez de un hogar por los asperges de agua bendita. A juicio de todo un Shakespeare, el bastardo nacido en la clandestina voluptuosidad de la Naturaleza, posee mejor sustancia y mayores energías viriles que el enjambre de currutacos o lechuguinos engendrados entre un sueño y una vigilia, en una cama triste, monótona y puerca. Donde laica y libremente se unen dos organismos sanos y jóvenes, refunfuña el gazmoño, pero sonrío la Tierra. El matrimonio de una moza con un viejo, de una persona lozana y robusta con otra enferma y enclenque, de la impotencia y la muerte con la fecundidad y la vida, he aquí los delitos

imperdonables y vergonzosos, porque significan desperdicio de fuerzas creadoras, fraude en el amor, robo a la Naturaleza.

Según Tocqueville, *quien ha formado la América del Norte es la mujer norteamericana*. Ella formaría no sólo cien Américas, sino crearía mil universos. Cada esposa fecunda lleva en sus entrañas el germen de futuras humanidades, llamadas a expandirse en la individualidad consciente o condenadas a vegetar en el gregarismo religioso. En el niño posee la madre un bloque de mármol donde bosquejar una estatua griega. Desgraciadamente, merced a la intervención de monjas y *padres*, el bloque se transforma en una parodia de la figura humana. Nosotros conocemos la sicología de seres amamantados en la servidumbre y el fanatismo, apenas si concebimos la mentalidad de niños educados según la libertad y la ciencia. Los que nacimos bajo una capa de absurdos y supersticiones, los que hoy mismo nos asfixiamos en una atmósfera de antiguallas y prejuicios, los que deseáramos empujar a las muchedumbres para hacerlas recorrer en un solo día el camino de muchos siglos, no miraremos la florescencia de una raza sin morales vetustas ni religiones prehistóricas. Voltaire, viejo y moribundo, exclamaba: *¡Felices los jóvenes porque verán cosas muy grandes!* Imitando al infatigable luchador del siglo XVIII, digamos nosotros sus discípulos: *¡felices los que vengan mañana porque vivirán, no en la Jerusalén divina, sino en la ciudad laica, sin templos ni sacerdotes, sin más divinidades que el Amor, la Justicia y la Verdad!*

Concluyo, señores, diciendo algo que deseería grabar en el cerebro de todas las mujeres y también de muchos maridos: los pedagogos elaboran pedantes, los sacerdotes fabrican hipócritas, sólo las verdaderas madres crean hombres.

ITALIA Y EL PAPADO ¹

(Discurso leído en la Stella d'Italia 24 de setiembre de 1905).

SEÑORAS y SEÑORES:

HACE UN AÑO que usé la palabra en esta misma institución y para conmemorar el mismo aniversario: agradezco a los masones italianos la honra que por segunda vez me otorgaron al solicitar mi colaboración.

La Stella d'Italia erige aquí una tribuna donde nos llama a los profanos sin marcar límite a la emisión de las ideas. Nada más laudable ni más oportuno, hoy que en Lima recrudece el fanatismo, hoy que no cesa de ir en aumento la inundación clerical.

No se puede negar que una fuerza de reacción religiosa pugna por hacernos retroceder. Y ¿quiénes oponen resistencia? uno que otro luchador solitario, ninguna agrupación desde el momento que las conferencias organizadas en la Liga de Librepensadores quedaron violentamente abolidas por el *flamante aliado* del Partido Liberal. Los llamados a levantar la voz, callan por conveniencia o por miedo. Los diarios son clericales o fingen serlo para amoldarse a la mentalidad de sus dos públicos —el femenino y el neutro. Las Cámaras siguen debatiéndose en pasiones de bandería y defendiendo intereses de campanario: conservan la tradición, pues los congresos nacionales no representaron jamás el oriente de las ideas regeneradoras. El Gobierno, si abiertamente no encabeza el movimiento retrógrado, le favorece bajo cuerda o le mira con buenos ojos: a todo poder le conviene fomentar el Catolicismo, esa doctrina de resignación y envilecimiento.

Puede haber concluido el tiempo de las hogueras inquisitoriales; no ha finalizado el ciclo de las luchas religiosas. Se lucha en todas partes, y con mayor encarnizamiento en las naciones católicas; así, en Francia se tiene

¹ Corresponde al 35º aniversario de la toma de Roma por los garibaldinos. *La voce d'Italia* de Lima era un periódico anticlerical y anarquista.

que pasar de las controversias verbales a los actos violentos. Y no solamente luchan los mediocres y vulgares; agitan las armas un Berthelot, un Haeckel, un Sergi, un Salmerón. . . ¿Quiénes afirman que pasó de moda la cuestión religiosa y que pertenece a las antiguallas del siglo XVIII? casi siempre los que fundados en un solo bloque no pesarían lo que pesa un Hæckel ni un Berthelot.

No ha bajado a la tumba una religión que suponíamos enterrada bajo los sarcasmos de Voltaire y las ironías de Renan. La vemos palpar en rededor nuestro, aferrándose por dominar las conciencias. Algunos, aunque librepensadores, la respiran en la atmósfera de su casa, la husmean en los platos de su mesa, la sienten en la almohada de su lecho. La Ciencia y la Religión ejecutan un perdurable movimiento de báscula: si una sube la otra descende. Nadie negará que la Ciencia no pára en su movimiento de ascensión. El Catolicismo descende y en las naciones civilizadas no vive una vida muy gloriosa. Sin embargo, tenemos que asestarle golpes continuos para acelerar su muerte. Aunque le veamos reducido a cadáver, sigamos golpeándole: hay muertos que debemos matar una y cien veces.

De esa terquedad en aferrarse a la vida no cesa de ofrecer testimonio el Jefe de la Iglesia frente al Gobierno de Italia. Dada la fecha que celebramos, conviene decir algunas palabras sobre las actuales relaciones de ambas potestades.

I

AL TRIUNVIRATO literario de Dante, Petrarca y Boccaccio, a los hombres que en el Renacimiento fijaron la lengua nacional, debe oponerse el triunvirato político de Garibaldi, Cavour y Mazzini, de los hombres que en el siglo XIX contribuyeron más a la consumación de la unidad italiana.

Sacudir el yugo del Austriaco, formar de reinos fraccionarios y antagónicos, un estado grande y homogéneo, borrar el odio mezquino de pueblos a pueblos y hasta de familias a familias, para sustituirle con el *siamo fratelli* de Manzoni, he aquí las ideas que durante varios siglos germinaban en el cerebro de los pensadores italianos, he aquí los fines que persiguieron Garibaldi con la espada, Cavour con la diplomacia, Mazzini con la pluma.

Derrocados los reyezuelos y los grandes duques, realizadas las proezas legendarias de los *Mil*, faltaba mucho para consumir la independencia y unidad: Austria cerraba el camino. Para vencerla y debelarla no bastaban las energías nacionales: los apostolados, las revoluciones, los heroísmos, todo había sido inútil. El vínculo tradicional llegó a verse tan relajado en Italia,

que los esbirros y los degolladores del pueblo no salían siempre de las legiones extranjeras. Como se necesitaba la cooperación de fuerzas exteriores, muchos emisarios o apóstoles fueron de nación en nación y de corte en corte buscando amigos y aliados de la emancipación italiana. Los políticos realizaron entonces un prodigio de habilidad y astucia —la alianza de Víctor Manuel y Napoleón III. Cuando se piensa en la obra de Cavour, se ve pequeñas las figuras de Talleyrand y Metternich.

Vencida el Austria en Magenta y Solferino, reivindicada la posesión de Venecia, el pueblo italiano pide más: su anhelo se cristaliza en la fórmula de: *Italia una con su capital Roma*. Recordando las invasiones extranjeras provocadas por la ambición y felonía de los Pontífices, reconociendo con Machiavelli que *el papado es en Italia como el hierro en la herida*, los revolucionarios piden la abolición del *Poder temporal*, claman por el afianzamiento de la nacionalidad con la reintegración de los Estados Pontificios.

Mas el Emperador francés, deteniéndose en la mitad del camino, proclama el *Roma intangible* y pretende que los Mazzini, los Cavour y los Garibaldi acepten la inviolabilidad del territorio avasallado por la Iglesia. ¿Por qué? Un viejo libertino se halla muy cerca de un viejo gazmoño, y grandes catástrofes de imperios se fundan en ridículas influencias de alcoba. Napoleón III era casado con una joven condesa, que si no tenía las virtudes de una santa, poseía el fanatismo de una española. No extrañemos, pues, que en Roma subsistiera hasta 1870 una guarnición de soldados franceses que representaban el doble misterio de pretorianos y monaguillos. Los voluntarios que a fines del siglo XVIII descargaban el fusil sobre los ejércitos monárquicos, en el siglo XIX apuntaban con el rifle a garibaldinos y mazzinianos: Mentana sucede a Valmy.

En los pechos italianos hierva entonces una cólera inexorable contra el hombre que hoy les sirve de aliado en la guerra con Austria, y mañana quiere obligarles a permanecer inmóviles bajo la sandalia de un Pío IX. En Francia misma el proceder ilógico y ambiguo del Emperador suscita recriminaciones y protestas. Como les sucede a contemporizadores y amigos de términos medios, Napoleón se granjea la censura y odiosidad generales: los católicos le tratan de garibaldino, los garibaldinos le motejan de papista. Si unos le atacan en la prensa por sostener una guarnición al servicio de un papa *inquisidor* y *carabimero*, otros le acusan en el Cuerpo Legislativo, no sólo de haberse *dejado envolver por las redes de la astucia italiana*, sino de *favorecer una revolución patrocinada por Inglaterra*

Estalla la guerra franco-prusiana, y la tremenda catástrofe del pueblo francés redundará en beneficio del pueblo italiano. Al derrumbarse el trono de Napoleón III arrastra consigo a la sede temporal de Pío IX. Casi al mismo tiempo en que el hombre de Sedán sale de Francia para no regresar

nunca, Víctor Manuel penetra en Roma para lanzar al mundo católico la frase de MacMahon en Sebastopol: *Aquí esoy y aquí me quedo.*

II

MAS, CON LA POSESION de Roma ¿se han colmado los deseos y ambiciones de Italia? La voz del irredentismo no deja de repercutir. Si antes se clamaba por Venecia y los Estados Pontificios, hoy se clama por el Trentino y Trieste, confesando que la unidad nacional no puede considerarse como un hecho sino el día en que se adquiriera o se recupere las fronteras naturales. Hoy se piensa quizá en Istria y Dalmacia como en las futuras provincias de una Italia más extendida y más poderosa, hoy se sueña, tal vez, con la anexión de Albania para dominar el Canal de Otranto y convertir el Adriático en un mar latino. A la vez que disminuye la galofobia atizada por Crispi y Bismarck, va renaciendo el odio al germano, al enemigo tradicional: la Triple Alianza no impide que el pueblo italiano execre a Francisco José y abomine de Austria. Innsbrück, la capital misma del Tirol austriaco, oye resonar los *mueras* al tudesco.

Lombroso afirma que "Italia es una, pero no está unificada, [que] mientras algunas secciones de la península avanzaron con la unidad política, muchas han permanecido estacionarias o retroceden". Con la monarquía de 1870 vino la excesiva centralización, el desarrollo de un miembro a expensas de los demás: por un lado la congestión, por otro el desangramiento. Poco ganaron las multitudes, que no valen mucho las transformaciones políticas sin venir acompañadas de un mejoramiento social. La soberanía del pueblo es una sangrienta irrisión cuando se sufre la tiranía del vientre: al llevar el voto en una mano, hay que tener el pan en la otra. Quienes se beneficiaron con la unidad política de Italia fueron los reyes de Cerdeña, los cortesanos, los hombres públicos y los financieros. Los humildes y los pequeños sacaron lo de siempre: como las abejas labran panales para que otros saboreen la miel, así los humildes siembran para que los soberbios cosechen, así los pequeños combaten y mueren para que los grandes obtengan poder y glorificación.

Italia hierva y se agita: unos, siguiendo la huella de Crispi, tienden a formar una potencia agresiva, conquistadora, con visos de imperialismo germánico; otros, recordando la prédica humanitaria de Mazzini, se inclinan a fundar una república sin ejércitos permanentes, pacífica, regida por instituciones de la más pura democracia. Al hervor político responde la fermentación social: lo mismo que en todas las naciones civilizadas, las

huelgas estallan como preludios de la gran revolución futura. La guerra de tarifas con Francia, las desastrosas aventuras coloniales, los desmedidos impuestos originados por los grandes armamentos, causaron muchas miserias, muchos sacrificios y muchas lágrimas. De cuando en cuando las olas populares, esas tremendas olas levantadas por el hambre, surgieron de la nación para venir a estrellarse contra los muros del Quirinal. Más de una vez, la bala y el sable respondieron a los gritos que pedían trabajo y pan; más de una vez, sangre de obreros y hasta de niños y mujeres enrojeció la tierra en Nápoles, Milán y Sicilia.

Nadie vería en la Italia del siglo XX un campo de ruinas, *una tierra de muertos*, como dijo Lamartine. La exuberancia de sangre, la plétora de vida nacional se revela por la capacidad emigrante o fuerza de salir a crear naciones o fundar colonias. Dígalo Inglaterra. Los pueblos decadentes y agotados se confinan en sus linderos, arraigan tenazmente al hogar de los abuelos y arrullándose con las leyendas de una gloria pasada, se extinguen oscura y miserablemente. El que vive propaga la vida, se mueve y se transforma. Por eso, el italiano verifica una evolución: deja de ser el soldado bruto de la antigua Roma para convertirse en el fecundo y laborioso inmigrante de los pueblos americanos. El va engrandeciendo y poblando las naciones orientales de la América española. Por su adaptación al medio ambiente, por su facultad de asimilarse, en fin, por su virtud colonizadora, y prolífica, el italiano merece llamarse un creador de nacionalidades, un vivificador de razas.

Sin embargo, su misión histórica no se reduce a engrandecer tierras lejanas, olvidándose de su país y de sus hermanos. Aquel espíritu viril y generoso que en la Antigüedad y el Renacimiento hizo de Italia un gran pueblo, no ha degenerado en la edad moderna: donde nacieron los Gracos surgen hoy los grandes vengadores, los terribles justicieros. Surgen también los sabios y los artistas, los civilizadores por la verdad y la belleza. Desaparecida Grecia, Italia figuró como el granero intelectual del mundo. ¿A qué no puede llegar mañana con el talento privilegiado de sus hijos? Los hombres que supieron descubrir la pila como Volta, sondear el firmamento como Secchi, cincelar el mármol como Cánova, armonizar las notas como Rossini, pulir la estrofa como Leopardi, pensar como Gioberti y prosar como Giordani, sabrán convertir en nuevo emporio de riquezas la hermosa tierra donde florecen las viñas de Horacio y susurran las abejas de Virgilio.

III

TODOS VOLVEMOS HOY los ojos a Italia como ayer los volvíamos a Francia, porque la Humanidad tiene derecho de apropiarse las fechas magnas. A todo el mundo civilizado pertenecen el 14 de Julio y el 20 de Septiembre: significa la desaparición del antiguo régimen y el hundimiento del poder teocrático. Los franceses que en 1789 demolieron la Bastilla, los italianos que en 1870 abrieron la brecha de la Porta Pía, tal vez creyeron servir únicamente al bien de sus respectivas naciones, cuando lucharon por los intereses de la Humanidad. El 20 de Septiembre se conmemora algo más que la unidad política de Italia: el Quirinal frente al Vaticano simboliza el constante desafío de la Razón a la Fe.

En una balada de Heine, el Emperador Enrique IV de Alemania, vencido y humillado por Gregorio VII, viste el sayal del penitente, marcha con los pies descalzos y reza un *padre nuestro*, dando señales de sumisión y arrepentimiento; mas reprime la cólera, jura secreta venganza y en lo interior de sí mismo profetiza que de su fiel y querida tierra germánica, nacería el hombre destinado a empuñar el hacha y derribar a la implacable hidra de Roma.

Y la profecía se va cumpliendo: si la derrota de Austria produjo la unidad de Italia, el triunfo de Prusia quitó a los Papas el poder temporal, convirtiéndoles en simples vecinos de la Ciudad eterna. Pero, no, incurrimos en una exageración al expresarnos así: el Papa no se humilla ni se esfuma como una simple unidad en el censo de Roma; se destaca, se yergue como un adversario que blasona de representar los elevados intereses morales, mientras el Rey personifica los bajos intereses materiales.

En las disensiones de los gobiernos con la Iglesia, sólo caben dos actitudes: someterse sin condición o rebelarse sin miramientos. Cuando, en vez de cortar el cable y establecer un gobierno esencialmente laico, se venera la tradición y se evoluciona en el campo de los términos medios, entonces se deja planteada una interminable serie de cuestiones enojosas, pueriles y ridículas. Los fundadores de la unidad italiana incurrieron en un grave error, más propiamente dicho, cometieron una verdadera hipocresía al destruir el poder temporal en nombre de un Estatuto que reconoce el Catolicismo como religión del Estado.

Quien se declara hijo de la Iglesia tiene que reconocer como padre al Sumo Pontífice. Víctor Manuel se diseña como hijo y revolucionario *sui generis*: desnuda a su padre, y enseguida le demanda la bendición; encarna un movimiento impío, y muere clamando por los auxilios de la Religión. Humberto sigue más o menos, las huellas paternas, aunque una muerte violenta le impide acabar como Víctor Manuel. El actual monarca, hijo de

una madre piadosísima, da visos de tanta fidelidad a las enseñanzas maternas que no se casa sin exigir de su novia el ingreso a la comunión católica. Lamentemos, pues, que los italianos no hayan poseído un Enrique VIII sin vicios. Lamentemos, más aún, que el asalto a Roma en 1870 no hubiera sido la obra de una revolución netamente republicana y popular como la de 1848. Garibaldi habría dado al problema una solución radical y definitiva.

De la situación creada por una política dudosa, nace algo triste y cómico: el Papa, inerme y vencido, continúa siendo no sólo una acusación sino una rémora y una amenaza; mientras el Gobierno de Italia, obligado a ceder o transigir, hace el papel de una barca ligera, mas reducida a navegar con velas de plomo, teniendo que remolcar un pesado y viejo pontón.

Desde que emperadores y reyes regalaron territorios como se regala muebles y dispusieron de hombres como se dispone de rebaños, los Papas consideraron los Estados Pontificios como una herencia de familia, legalmente pasada de antecesor a sucesor. Ahí ejercitaron el más absoluto de los poderes, tanto que el gobierno papal era en el orden político lo que en el físico con las lagunas pontinas. Ese poder sueñan con reivindicarle para retenerle hasta el fin de los siglos: ellos no admiten prescripción ni *medio vedado* para reivindicar lo perdido.

Dándose por emisarios del cielo y sólo responsables ante Dios, los Pontífices no conocen patria ni aceptan deberes cívicos; al verse acosados por sus vecinos o sus súbditos, no vacilan un solo instante en apelar al extranjero. ¿A quién llamó Pío IX el día que los Romanos le hicieron disparar hasta Gaeta? a españoles, austriacos y franceses. Hoy mismo, si la restauración de la Sede temporal dependiera de una *cruzada exterior*, Pío X acudiría al rey de Inglaterra que es protestante, al Zar que es ortodoxo, a Loubet que es librepensador. No rechazaría ni al Sultán, mahometano, rojo de pies a cabeza con la sangre de armenios y macedonios. Las manos enrojadas con sangre cristiana no asustan a un Papa, cuando traen un óbolo para acrecentar el dinero de San Pedro o llevan un arma para herir en el corazón a los enemigos de la Iglesia.

En el cerebro de los *infalibles*, todo error es una cristalización eterna, ¡*Non possumus!* gritaba Pío IX. ¡*Non Possumus!* balbuceaba León XIII y ¡*Non possumus!* repetirán sus irreducibles sucesores como lo repite ya Pío X. Y no usarán la mansedumbre evangélica, al sentirse potentes para fulminar el rayo. Burla merecería, si no infundiera lástima, esa irritación morbosa de los Sumos Pontífices al verse privados de su *soi-disant* derecho divino. Mas se les comprende y hasta se les disculpa, cuando se medita en la tradicional atmósfera del Vaticano y en el proceso mental de sus moradores. No solamente Roma; Italia, Europa, el mundo entero pertenece moral y políticamente al heredero legítimo de San Pedro. Los papas consi-

deraron siempre la Tierra como un feudo legado por Dios, no miraron en todos los hombres más que un hacinamiento de seres inconscientes o menores de edad, obligados, por la razón o la fuerza, a vivir y morir bajo la tutela de la Curia Romana. El ideal del Catolicismo se resume así: el trono en Roma, el Sumo Pontífice en el trono, el Universo a los pies del Sumo Pontífice.

SEGUNDA PARTE ¹

NUESTRO PERIODISMO

I

SI POR UN ORGULLO mal entendido y resible no reclamamos la formación de una policía internacional que reprima los golpes de estado y finalice con las dictaduras de Bajo Imperio, deberíamos trabajar porque los escritores —y de modo singular los diaristas— organizaran una corporación higiénica para desinfectar el aire saturado con el miasma político. Mas los grafómanos sin convicciones definidas, los inverosímiles tipos de oscilación mental, ¿poseen la médula suficiente para iniciar una obra de tamaño alcance? Para sólo concebir la institución de esa nueva *junta de sanidad*, habrían de ser honrados, entendiéndose aquí por honradez la adhesión a una doctrina, o cuando menos, la fidelidad al hombre de su partido.

Rechazando la afirmación absoluta de que el ingenio se deprime con las bajezas del corazón, se ha dicho que una obra de arte no lleva necesariamente el sello moral del autor. En el dombo de San Pedro, en la estatua de Moisés y en los frescos de la Capilla Sixtina, vemos la poliforme grandeza creadora de Miguel Angel; pero en el Cristo del Escorial, en el martirio de San Bartolomé y en la partitura de *El Barbero* no descubrimos la fiera de un Benvenuto Cellini, la tortuosidad de un Españaoleto ni la avara parsimonia de un Rossini.

Se ha dicho también que la excelencia de una verdad científica y la bondad de un método filosófico no desmerecen por lo indigno y bajo de sus enunciadores; y efectivamente: aunque Darwin y Comte, en vez

¹ En esta parte reunió Prada varios de sus más agresivos bocetos socio-políticos sobre el Perú. El titulado "Nuestros indios", a pesar de ser escrito en 1904, sólo fue agregado a la edición de 1924 por la viuda del autor.

de criminalidad y vileza, el Darwinismo no sería una hipótesis menos probable ni el Positivismo encerraría menor número de verdades.

El artista y el sabio se crean un medio facticio, se abisman en una atmósfera interior de belleza o de verdad, en una palabra, se autosugestionan al concebir y ejecutar sus obras. Merced al entusiasmo de un hombre con alma y corazón igualmente negros puede salir una producción buena y hermosa, como de dos carbones atravesados por la electricidad brota la espléndida luz de arco. No sucede lo mismo en el orden político. Ahí la obra lleva irremediablemente el sello del autor, ahí el hombre se revela en el acto como la causa en el efecto: el corazón insidioso y sanguinario de un Thiers se delata en la represión de la Comuna, así como el alma undívaga y fofa de un Castelar se deja ver en su efímera presidencia de la República Española. Nadie niega lo mucho que un principio se realza con el carácter de su defensor. Mientras algunas reformas útiles y de fácil implantación suelen escollar en el descrédito de sus iniciadores, otras muchas transformaciones difíciles y al parecer irrealizables, se logran consumir llanamente, gracias al buen nombre de sus apóstoles. Los bienes mismos, al venir de los malos, nos inspiran desconfianza y miedo.

Si no, ¿por qué todos los hombres públicos blasonan de honrados? ¿Por qué ni los sorprendidos con la mano en el tesoro y la prevaricación en los labios se resignan a confesar el robo y la perfidia?

II

ENTRE LOS HOMBRES públicos debemos incluir también el diarista, que si no desempeña cargos administrativos y ejerce funciones políticas, influye directamente en la generación y marcha de los acontecimientos. En el campo de las ideas y aun de los hechos, no hay tal vez una acción tan eficaz ni tan rápida como la del periodista: mientras el autor de libros se dirige a reducido número de lectores, y quizá de refinados, el publicista vive en comunicación incesante con la muchedumbre. El lanza hoy una idea, insiste mañana, continúa insistiendo, y concluye por introducirla en el cerebro de *su público*: trepana los cráneos más duros y más gruesos. ¿Qué abusos, qué supersticiones no acaban por ceder a una embestida de todas las horas y de todas las plumas? ¡Cuántas obras no realizadas con el discurso de un parlamentario, con el decreto de un ministro ni con la sublevación de un militar, se efectuaron con el simple artículo de un periodista!

Para la multitud que no puede o no quiere alimentarse con el libro, el diario encierra la única nutrición cerebral: miles y miles de hombres

tienen *su diario* que aguardan todos los días, como el buen amigo, portador de la noticia y del consejo. Donde no logra penetrar el volumen, se desliza suavemente la hoja, y donde no resuena la austera palabra del sabio, repercute el eco insinuante del vulgarizador. Más que el sacerdote, el periodista ejerce hoy la dirección espiritual de las muchedumbres. Como dice Tarde, *una pluma basta para dar movimiento a mil lenguas*. También basta para enardecer a muchos cerebros y armar a muchos brazos. Nadie medirá todo el alcance de un pensamiento divulgado en las columnas de un periódico: es la piedra lanzada en medio del Océano, y no sabemos a qué profundidades puede bajar.

El periodismo encauza los arroyos difusos de las opiniones individuales, les unifica y forma el irresistible río de la opinión pública. Según el mismo Tarde, *si las literaturas sirven para testificar la existencia de una nación, los diarios aguzan la vida nacional, provocan los movimientos globales de espíritus y voluntades en sus cotidianas fluctuaciones grandiosas*. El periodismo tiende, no sólo a formar el alma colectiva de un pueblo, sino la conciencia de la Humanidad. Hoy, merced al telégrafo y al diario, las grandes acciones y los grandes crímenes reciben simultáneamente la glorificación o el vituperio en el orbe civilizado. A cada momento escuchamos latir el corazón del Planeta. Con vivir la vida de todos los hombres, vamos dejando de ser los egoístas vecinos de una ciudad para convertirnos en los generosos habitantes del Universo.

En un diario se condensan el Agora de Atenas y el Foro de Roma, la arena de un torneo y el campo de una batalla, el ambiente de un jardín y el vaho de un pantano, la luz de una apoteosis y el bisturí de una vivisección. Como resumen de la vida, encierra un abigarramiento de bienes y males, de justicias e injusticias, de tragedias y sainetes. Debemos mirar en él una fuerza superior al soberano, al parlamento, a la magistratura y a la misma nación. Para estimar el valor del periodismo, imaginémosnos la sociedad moderna sin el diario, el wagón sin locomotora. Aunque se juzgue vulgar la comparación, el periodismo guarda semejanza con el alumbrado público: suprimamos el petróleo, el gas o la luz eléctrica, y las ciudades más civilizadas se transformarán en bosques de bandidos; eliminemos los diarios, y en las naciones más libres surgirán los tiranos más inicuos y más abominables. De ahí que el primer deseo de los autócratas, llámense Napoleón o Francia, es imponer el *gran silencio cesariano*.

Sin embargo, el periodismo no deja de producir enormes daños. Difunde una literatura de *clichés* o fórmulas estereotipadas, favorece la pereza intelectual de las muchedumbres y mata o adormece las iniciativas individuales. Abundan cerebros que no funcionan hasta que *su diario* les imprime la sacudida: especie de lámparas eléctricas, sólo se inflaman cuando la corriente

parte de la oficina central. Los lectores de un diario, a más de contaminarse con el espíritu y el lenguaje, se apegan a las dimensiones del pliego, al ancho de las columnas, a la forma de los tipos.

Naturalmente, se granjean mayor público los histriones que más hablan de honradez y menos la observan, que se empinan muy alto y piensan muy bajo, que gritan mucho y razonan poco. El mundo se alucina con las palabras, y desgraciadamente, con las palabras más vacías: la Humanidad, lo mismo que el niño, sigue al tambor mayor. De ahí la enorme circulación de los grandes cotidianos.

Desde *Le Figaro* de París hasta *The Times* de Londres, y desde *The New York Herald* hasta la *Gaceta de Colonia*, algunos de ellos merecen llamarse tenduchos de compra y venta, covachas de embustes por mayor y menor. En las grandes potencias, así como en los pequeños estados, los presupuestos consignan sumas destinadas a los periodistas oficiales y oficiosos, lo que se llama *el fondo de los reptiles*. Cavour y Bismarck no vacilaron en confesar lo mucho gastado por Italia y Alemania con el fin de ganarse las simpatías o el silencio de la prensa internacional. Si en cuarenta o cincuenta diarios leemos hoy la narración de algún hecho acaecido ayer, difícilmente sacaremos en limpio la verdad cuando el hecho se relaciona con los intereses de la banca o la política del gobierno. Muy pobre muestra daría de su criterio el historiador que para sondear el fondo de un personaje acudiera únicamente a las informaciones de las hojas cotidianas. El diario puede revelar la sicología de un pueblo, mas rarísima vez servirá de testimonio fidedigno para juzgar a los hombres públicos. El diarista posee su *verdad*, que no siempre es la *verdadera*.

Fouillée se duele de la supersticiosa veneración a lo escrito; y Zola, que nunca dio señales de bonachón ni de tímido, declara llanamente que sólo teme a *Le Figaro* de París. Temor general. Si en plena calle un fanfarrón vulgar o un beodo consuetudinario nos endilga una insolencia, nosotros no perdemos la serenidad y continuamos nuestro camino como si nada hubiéramos escuchado; pero si el beodo y el fanfarrón nos agravian en las columnas de un diario, entonces no guardamos la tranquilidad y nos creemos perdidos en la estimación de las gentes honradas. El daño inferido a nuestra honra se nos antoja mayor cuando los tiros vienen de manos ocultas o invisibles. El anónimo hace que las vociferaciones de un zaragate o caballero de industria nos parezcan fallos de la opinión pública. Tomamos por Caballero de la Blanca Luna al Bachiller Sansón Carrasco; por voz de un paladín, el ruido de un ratón en una armadura.

No siempre *las palabras vuelan y los escritos quedan*. El Buda, Sócrates y Jesús no escribieron. Miles de hombres lo han hecho, y nadie se acuerda de sus escritos. Sin embargo, las gentes no acaban de saber que la mentira

y la necedad impresas valen tanto como la mentira y la necedad habladas. Tal vez por muchos años conservamos un temor divino a lo impreso en los diarios; que si todos los dioses del Olimpo han muerto ya, viven y reinan el Dios-Alcohol y la Diosa-Imprenta.

III

LOS MALES CAUSADOS por la falta de sinceridad y honradez resaltan en los diarios de Lima, casi todos sin opiniones fijas ni claras, defensores sucesivos del pro y del contra, apañadores de los más odiosos negociados fiscales, voceros de bancos, empresas de ferrocarriles, compañías de vapores y sociedades en que imperan el agio y el monopolio.

¿Qué diarista limeño representa la encarnación de un principio? Mientras uno se acuesta montañés y se levanta girondino, el otro se duerme autocrático y se despierta anarquista. El liberal escribe en la hoja conservadora, el ultramontano en la revolucionaria. A nadie sorprende que un radical masón salga colaborando en *El Pan del Alma* o en *El Amigo del Clero*. Especie de moléculas errantes, nuestros famosos publicistas entran hoy en la combinación de un sólido, mañana en la de un líquido, pasado mañana en la de un gas.

Algunos de ellos infunden conmiseración y repugnancia. Clowns jibosos y encorvados, viven desde hace treinta o cuarenta años repitiendo la misma ensalada de chistes vulgares, ejecutando las mismas cabriolas, dándose las mismas costaladas y sacándose del estómago el mismo cintajo policromo y chillón. Atraviesan las calles, denunciando la lucha entre la muerte que les inclina hacia el suelo y la tierra que siente asco de recibirles. Van donde el negocio les llama, habiendo tenido la imprudencia de afirmar que el periodismo no es una cátedra sino *una empresa industrial*. Pasan de civilistas a demócratas y de opositores a gobiernistas, sin modificaciones en el fondo, con simples cambios en la superficie: mudan de piel como las víboras, no atenúan la virulencia de su ponzoña. A más del clown, representan en nuestra sociedad al *bravo* de la Edad Media: el bravo clavaba un puñal, si le ofrecían una bolsa; ellos hincan la pluma, si les decretan la subvención fiscal o les arrojan las propinas individuales.

La falta de sinceridad y honradez se juntan casi siempre al exceso de ignorancia, hasta cabe afirmar que la ignorancia con humos de suficiencia vive inseparablemente unida a la improbidad: un espíritu honrado aprende antes de enseñar y no enseña lo que ignora. Si hay delito en alquilar su pluma y vender sus opiniones, también le hay, quien sabe mayor,

en divulgar una ciencia que no se posee y llevar el engaño a los ignorantes y los sencillos.

El hombre que después de revisar algunos diarios europeos, recorre una hoja de esta ciudad, siente la misma impresión del *dilettante* que al salir de escuchar una magnífica ópera oyera los chirridos de una música china. Y ¿para qué alejarnos hasta el Viejo Mundo? En materia de información, nuestros seis o siete diarios, fundidos en uno solo, valen muchísimo menos que *La Nación* o *La Prensa* de Buenos Aires. En el terreno de las ideas, no se igualan ni con los de Chile. *La Ley* de Santiago no halla competidores en Lima. Un artículo de *El Diario* puede trasladarse a *El Comercio*, y uno de *La Opinión* a *El Bien Social*, sin que el público dé señales de conocer el trasiego. Nos parece que ni los mismos redactores notarían el cambio, si su periódico saliera a luz con el nombre del ajeno. Algo semejante pasa con los individuos: hay sujetos de fisonomía tan común o impersonal que si al uno le pusieramos la cabeza del otro, ni ellos mismos lo notarían al mirarse en el espejo.

Tan sucede así que en la época de los gordos negociados o de las grandes conmociones políticas, algunos diarios viven de sólo reproducir los editoriales de sus colegas. Procedimiento juicioso y agradable, que no vale la pena de afanarse por escribir, si el primer esgrimidor de pluma dirá seguramente lo mismo que se le puede ocurrir a uno. Vendedores de la misma droga, repiten el mismo reclamo; mercachifles de la misma baratija, machacan el mismo *boniment*. Tendríamos derecho de aplicarles el verso de Campoamor: *Todo es uno y todo igual*, si no surgiera entre ellos la marcada diferencia de ayunos y ahitos, o hablando con deliciosos eufemismos, de opositoristas y gobiernistas.

Antiguamente, cuando una vieja daba un tropezón y se rompía el abutismo, la culpa era de Voltaire y de Rousseau, que pasaban por los causadores de todo mal terrestre; por el contrario, si algo bueno sucedía, la honra le tocaba a Dios, que entonces se hallaba joven y tenía el humor de hacer milagros. En concepto de los escritores opositoristas, el Gobierno tiene la culpa, si aparece un caso de lepra o sobreviene un terremoto. Para los gobiernistas, si los arrozales de Lambayeque auguran pingüe cosecha o los carneros de Puno se duplican en la parición de San Juan, el Gobierno produce tales beneficios. Todo el mundo se divierte en esa batalla de migajones. Solamente los Gobiernos escuchan con majestuosa gravedad el ruido de las alabanzas repetidas en las hojas mercenarias, tomando por sinfonía nacional a toda orquesta la empalagosa tonada del organito callejero que ellos mismos buscan y pagan.

Si embargo, no sería malo ver las cosas con alguna seriedad. Como el diarista influye de preferencia en cerebros maleables y primitivos, como

lleva entre las manos una arcilla que amasar y modelar a su antojo, posee mayores facilidades para hacer el mal. A todo cirujano se le exige una limpieza absoluta; y ¿por qué no ha de pedirse lo mismo al escritor público? Se ha dicho ya: *Médico, sánate a ti mismo*. Sin obedecer a un pesimismo exagerado y hasta de mal gusto, nos parece que el diario limeño no da esperanzas de evolucionar. Rara vez el buen ejemplo salió de nuestra Capital. Si un pueblo se figura por un individuo, Arequipa es el soldado varonil que empuña el rifle, se cuelga el detente, sale al campo de batalla y regresa teñido en sangre a la vez que rodeado por un tufo de chicha y pólvora; Lima es la zamba vieja que chupa su cigarro, empina su copa de aguardiente, arrastra sus chancletas fangosas y ejerce el triple oficio de madre acomodada, zurcidora de voluntades y mandadera de convento.

NUESTROS CONSERVADORES ¹

I

LOS CONSERVADORES DEL Perú no han logrado constituir una agrupación normal y viable, pues las colonias o núcleos de tardígrados no merecen llamarse un partido: les falta la cabeza. Como en la novela de Paul de Kock, el señor Avefría caminaba en busca de su mujer, así, en la política nacional, los ultramontanos andan a la pesca de un jefe. En su paño de altar o bandera de enganche deben escribir esta única frase: *Aquí se necesita un García Moreno.*

Piérola (su mesías durante muchos años) no les produjo todo lo deseado, aunque rejuveneció las iglesias, fundó nuevos obispados, dejó que frailes advenedizos se adueñaran de los conventos y se opuso a la ejecución de las poquísimas leyes favorables a la secularización de nuestro Código Civil. Ni a sus mismos correligionarios podía dejar satisfechos el individuo que donde posa las manos introduce el desconcierto y el embrollo. Las ideas en el cráneo de Piérola son telarañas en el laberinto de Creta. A más de aturdido, vacilante y divagador, deja algo que desear en materia de virtudes públicas y privadas. Los Conservadores, que no piden mucha limpieza subcutánea, exigen a sus correligionarios, y principalmente a sus jefes, una envoltura o epidermis sin manchas ni granulaciones sospechosas. Como siguen la ley de salvar las apariencias, desean que su monstruo guarde incólume la piel, aunque lleve ensangrentados los colmillos.

Romaña les sirve de aperitivo mientras asoma el Núñez, el Francia

¹ En el año en que se publicó la primera edición de este libro (1904), Piérola, a quien se ataca, conservaba su fuerza política y seguía siendo un candidato potencial a la Presidencia.

o el García Moreno. No colma las esperanzas del bando clerical por ser, más que hombre, una especie de autómata movido por un civilista, un demócrata, un constitucional, un reverendo padre comendador o una madre abadesa. Parece una substancia incolora, insípida y amorfa, un fuido grueso que se adapta a la forma del recipiente; de modo que, según lo disponga el envasador, presentará la figura de garrafa, alcuza, vinajera o cosa menos limpia. Esforzándose mucho, *superándose a sí mismo*, Romana se solidificaría y hasta se cristalizaría en el molde, pero sin adquirir la estructura orgánica ni ascender al rango de persona consciente.

Si los Conservadores hallaran a su hombre y lograran construir un organismo, consagrarían la República a los *Sagrados Corazones*, derogarían las leyes que en algo favorecen la emancipación del individuo y ejercerían con sus enemigos una verdadera caza de hombres. En tanto, deben llamarse el grupo de los durmientes, de aquellos bienaventurados que duermen el sueño de las marmotas y se imaginan que el siglo XX no dista mucho del año mil. Hoy, sólo disponen de inválidos en cuerpo y alma o de solideos y moños, no habiendo logrado fundar sino algunas pobres y vergonzantes *Uniones Católicas* de hombres y muchísimas agrupaciones femeninas o hermandades y cofradías, con títulos churriguerescos y estrafalarios.

II

EN LAS *Uniones Católicas*, hermandades o cofradías manejan la *battuta* algunos clérigos que ingieren a Priapo en la Trinidad, concilian la doncellez con la prólificación de gemelos y sirven tanto para rodrigones de viudas como para coadjutores de maridos. Junto a los clérigos, se destacan los arrepentidos de última hora, los magistrados reblandecidos que llevan la unción en el alma después de haber llevado toda su vida el unguento en las manos. Figuran también muchas jamonas de mírame y no me toques o jubiladas hermosuras que *in illo tempore* dieron a la carne lo que pedía la carne y hoy ofrecen al Señor los resplandores de una castidad que nadie osaría someter a prueba. No faltan mozas de buenas barbas que se afilian por desocupación, *disfuerzo*, novelería o *snobismo*, pues, a decir verdad, no sueñan morir con palma y corona, sienten más ganas de broma que de rosarios y gustosas se dejarían cargar por el diablo si en el viaje toparan con el tálamo nupcial o su equivalente. Alrededor de viejas y muchachas, mariposean algunos mozuelos escuchimizados y sietemesinos, anémicos de sangre y bolsa, especie de corsacios en mar divino, que andan al acecho de ricas devotas para tener en ellas el cajero y la enfermera.

En la turbamulta o cuerpo de coros, abundan viejos tartajosos y gurruminos, desengañados ya de las vanidades terrestres, pero animados por la esperanza de hallar en el cielo la felicidad que sus católicas esposas no les concedieron en este mundo; y sobran también infelices y desvalidas mujeres o señoras de medio pelo que desean rozarse con las personas decentes, darse ínfulas de ilustradas damas y coger uno que otro auxilio para saciar el hambre y cubrir la desnudez.

Todas las cofradías y hermandades, ostensiblemente fundadas con fines humanitarios o piadosos, sirven de cuarteles generales al clero para conservar y extender su dominación *eterna y temporal*. Si ahí gobiernan públicamente los clérigos nacionales, operan bajo cuerda los sacerdotes extranjeros, señaladamente los jesuitas, dado que las demás congregaciones van perdiendo el ascendiente, que por muchos años ejercieron en la sociedad limeña. En las asociaciones femeninas se consagran las desigualdades más odiosas, se observa la más estricta división de clase: respetuosas genuflexiones a collares de perla y sombreros con plumas de avestruz, desconsideración y menosprecio a trajes descoloridos y mantas raídas. El Catolicismo, pregonando su amor a humildes y desheredados, inclina la cerviz ante soberbios y poderosos.

La caridad de las mujeres devotas desafina o suena hueco. Piedad con el dolor y la pobreza del correligionario, inhumanidad con la amargura y el desamparo del incrédulo; en domicilios particulares, raciones y vestidos al menesteroso que hace novenas o comulga semanalmente; en hospitales y casas de misericordia, desentendencia o maltrato al enfermo que no bebe el agua de Lourdes ni clama por la bendición del capellán. Muchas de nuestras humanitarias señoras olvidan que vientre devorado por hambre no pide oraciones sino pan, que carne desgarrada por el dolor no quiere asperges ni santos óleos sino inyecciones de morfina.

Según la concepción de algunos cerebros ortodoxos, los buenos hijos de la Iglesia no pueden llamarse amigos con los enemigos de Dios ni deben tener piedad del que no la tiene con Jesucristo al negarle y ofenderle. De ahí la caridad *sui generis* de las almas piadosas, caridad formada por una mezcla de dureza y *cabotinage*.

Como los médicos llegan a no ver en el enfermo una *persona* sino un *caso*, así muchas gentes no miran en el desvalido un prójimo sino un reclamo, una pared lacrada y ruínosa donde pegar un enorme cartelón que anuncie las excelencias de la caridad evangélica. Los católicos de profesión inventarían la pobreza y las enfermedades para tener el orgullo de gritar: Admire el mundo la manera como auxiliamos al pobre y asistimos al enfermo. Tal caridad parece negocio leonino, más que acción desinteresada: el te doy uno en nombre de Dios para que él me recom-

pense con mil, vale menos que el te socorro en nombre de la Humanidad, sin pedir agradecimiento alguno ni aguardar recompensa de nadie.

Existen caridades que infunden odio a la caridad, como hay virtudes que inspiran amor al vicio.

III

YA NO PROFESAN con sinceridad el Catolicismo sino dos clases de hombres: los viejos por falta de combustible en la máquina, los jóvenes por escasez de lastre en la mollera. Como los pueblos y los individuos toman siempre de las religiones lo que más se amolda a sus defectos y conviene a sus intereses, nosotros nos hemos asimilado las gazmoñerías, las supersticiones y las festividades suntuosas, lo poco bueno de la moral evangélica no pudimos arraigarlo en nuestros corazones. De ahí que la Religión, en vez de actuar como fuerza motriz en el sentido de la perfección interna, sólo sirve de barniz externo para disimular los vicios o de contraseña para adquirir un bono en la repartición de los honores, el poder y la riqueza.

¿Dónde los católicos animados por un espíritu de bondad y justicia, humildes y generosos, listos a sacrificarse por la integridad de su creencia? Todos hipócritas o acomodaticios, desde el pedagogo que por granjearse la clientela de los ricos devotos, comulga en unión de sus discípulos, hasta el ministro que después de consumir a puerta cerrada unas cincuenta o sesenta ejecuciones de revolucionarios, entra en una iglesia, se arrodilla, pone los brazos en cruz y besa las gradas del altar mayor. Si las conveniencias soplan de lo divino, los más irreligiosos cargan la vela en las procesiones, llevan *detentes* en el pecho y van a misa todos los domingos: eso vemos hoy; pero si llegara el día en que Lutero, Mahoma, el Buda o Moisés repartiera honores, sueldos y granjerías, entonces los más enardecidos católicos frecuentarían la iglesia protestante, la mezquita, la pagoda o la sinagoga. Si en el Perú gobernara un presidente radical y librepensador, el arzobispo haría el panegírico de Renan, los más conspicuos miembros de la Unión Católica dejarían el escapulario y cargarían la efigie de Vigil. Max Radiguet, marino francés que visitó el Perú hace unos cincuenta o sesenta años, escribe: *Si los limeños creen en la misa, también creen mucho en la plata.* Y nosotros podemos agregar que el dinero, tenga o no las aguas del bautismo, es católico, apostólico y romano.

No nos alarmemos, pues, con la religiosidad o catolicismo de las mujeres. Como en sentir de San Pablo, *la mujer no debe apartarse del marido aunque sea incrédulo*, no cabe duda que las esposas seguirán a

los esposos en todas las evoluciones y metamorfosis. Durante la ocupación chilena, algunas caritativas señoras se declararon *neutrales*; cuando gobierne un mal cristiano, muchísimas católicas se proclamarán *tolerantes*. Por regla general, las mujeres profesan una religión epidérmica, elástica y acomodaticia que las permite casarse con un protestante o judío para en seguida jugar al escondite y la gallina ciega con un fraile catalán o un monseñor italiano.

Muchas se van al cielo en coche, haciendo caridad con tambor mayor, cohetes y repiques de campanas, ganando bendiciones a costa del sacrificio ajeno, *dando plata al diario* o al tres por ciento mensual y disfrutando seráficamente el dinero ilícitamente ganado por sus cónyuges rapaces. Si no, ¿qué honrada y escrupulosa matrona se apartó de su marido al conocer sus estafas y venalidades? Todas comen tranquilamente el pan arrebatado a la boca de algún infeliz, todas lucen impávidamente las sedas compradas con el oro sustraído a la Caja fiscal. No sabemos lo que diga San Pablo sobre la participación de la mujer en los gatuperios del marido, gatuperios dignos de llamar la atención, pues las manos que más se santiguan en la iglesia son las que mejor operan en la bolsa del prójimo y en el arca de la Nación. Mas no hay razón para sorprendernos, que a menudo coinciden el exceso de fanatismo y la carencia de moral. La moralidad requiere más elevación de alma que la religiosidad, así mientras en los hombres de gran cultura florece una moral sin religión, en las mujeres y en los hombres incultos abunda una religión sin moral.

Todo lo dicho no impide que en las hermandades o cofradías de mujeres haya personas honorables y sinceras, acreedoras al respeto y la veneración, suficientemente anémicas de cerebro para seguir con buen éxito la profesión de santas. Se dicen católicas, apostólicas y romanas, como se llamarían luteranas o calvinistas, sin saberlo ni entenderlo. La ciencia teológica de algunas matronas raya en grado tan inefable y sublime que si en su *Novísimo Devocionario* encuadernáramos unos cuantos pliegos de *La Tierra* o del *Diccionario Filosófico*, las excelentes señoras tomarían a Zola por el décimo tercio apóstol, a Voltaire por el quinto evangelista.

IV

CONVIENE preguntarnos ya ¿son una arrolladora fuerza cerebral los católicos del Perú? Ellos hablan y escriben sin que les sellen los labios ni les denuncien los escritos; ellos se congregan y peroran sin que nadie impida ni disuelva sus reuniones; poseen la tribuna y el púlpito, la cátedra y el periódico, el salón y la calle; mas ¿por qué no dominan con sus pala-

bras ni se imponen con sus escritos? Publican diarios, folletos y libros, ¿dónde las páginas henchidas de ciencia y literatura? Pronuncian sermones y discursos, ¿dónde las frases que relampagueen y hieran como espadas luminosas? Hablen o escriban, no hacen más que introducir variaciones en las viejas tonadas de Balmes, Donoso Cortés y Augusto Nicolás. Ergotistas, divagadores y bíblicos, salen del silogismo para entrar en la divagación, y dejan la divagación para caer en las citas de los Libros Sagrados. Ni uno solo que se aleje de la órbita marcada y estrecha: Malcos de nueva especie, viven dando vueltas alrededor de su propia ignorancia; borregos divinos, digieren hoy el pasto religioso que sus abuelos masticaron y rumiaron hace diez o veinte siglos.

Estériles en la ciencia y pobres en la literatura, se muestran fecundos y ricos en el insulto y la procacidad, en la mentira y en la calumnia. Vedles maniobrar en su prensa, en esos periódicos fomentados, no por el óbolo de las muchedumbres, sino por las subvenciones de conventos, obispos y autoridades políticas. Abroquelados en el anónimo, pudiendo asestar el golpe sin sufrir las consecuencias, dan libre campo a su desvergüenza de meretrices y su ferocidad de pieles rojas. Incapaces del chiste ingenioso y agudo, usan la chocarrería soez y tabernaria. Nada con la delicadeza y finura del hombre culto y bien educado, todo con la impertinencia del zancudo y la felonía del microbio. Se ha dicho: *dime lo que comes y te diré quién eres*; se puede asegurar también: dime el veneno que segregas y te diré la religión que profesas. Los secretadores de ponzoña bendita, los aglomeradores de estiércol divino, tienen una peculiaridad: viven rabiando. Y la rabia denuncia la impotencia y la mentira, que la fuerza nunca hizo gala de insolente ni la verdad se armó con el diente de la víbora. Los periodistas católicos de Lima, Cuzco, Arequipa, etc., no son hombres serenos y razonables que empuñan una luz, la levantan a lo alto y la pasean en medio de las tinieblas; son legiones de energúmenos que introducen la cabeza en un albañal y empiezan a sacudirla en todos sentidos.

Si los católicos o conservadores no representan la fuerza cerebral del país, ¿constituyen al menos la fuerza muscular o numérica? Cuando presenciáramos el desfile de una romería o simulacro de peregrinación a la *Gruta de Lourdes*, cuando distinguimos a la flor y nata de la juventud religiosa, cuando vemos esas desvergonzadas calvicies a los veinticinco años, esas cabezas en forma de conos truncados, esos pómulos salientes y almagrados o terrosos, esas quijadas a lo Carlos II el Hechizado, esas diminutas espaldas con la media jiba de Polichinela, esos pechos angostos y cóncavos, esos longicuos brazos que terminan por toscas manos de reptil, esas atrofiadas caderas de orangután, y por último esas piernas filiformes que ya se juntan en las rodillas para remedar una elipse, o ya se tocan en las rótulas

y se apartan en los juanetes para formar un ángulo, no podemos menos de exclamar: ¡valientes defensores de la Religión! Pasan, unos envolviendo en franela sus reumatismos juveniles, otros abrigando con enormes barbiquejos sus muelas adoloridas y cariadas, otros aspirando algún desinfectante para contener su incoercible descomposición, otros menudeando esa tosecilla seca y tenaz que pide aire de Jauja y anuncia la aproximación de la fosa, todos, en fin, moviéndose cauta y recelosamente, como si un hálito de viento pudiera quebrarles o el más ligero choque bastara a desarticularles y descuadernarles. Víctimas dobles del mal hereditario y del vicio propio, van minados y carcomidos por todos los placeres, menos por los legítimos de la Venus Citerea. Aprovechemos la ocasión de saludar a esa gloriosa juventud que personifica la ignorancia y la fatuidad, encarnadas en la raquitis, el tubérculo y la escrófula.

Ni fuerza del cerebro ni fuerza del músculo. Así, pues, no hay materia prima de donde extraer un gran partido conservador: falta el jefe, y no abundan los buenos soldados. Entonces ¿qué temer? muy poco de una agrupación conservadora, mucho de sus adversarios. La fuerza de un partido suele basarse únicamente en la nulidad de sus enemigo; y el poder del clericalismo nacional estriba en la impotencia o mala fe de los liberales. Políticos de ambiciones colosales y miras liliputienses, declaran la intangibilidad de la cuestión religiosa, y contribuyen a que los sacerdotes monopolicen la educación del pueblo y consoliden su dominación. Si aquí no existe un verdadero partido conservador, hay una gran masa sometida al yugo clerical: las mujeres, sobre todo las de coche y tres mayordomos, quieren oponer a la invasión de las ideas el más poderoso dique —la ignorancia.

Querer inútil. Aunque los defensores de la Religión Católica poseyeran el cerebro de un Spencer y la musculatura de un Hércules, aunque fueran más numerosos que los ejércitos de Sesostris y de Jerjes, no impedirían la muerte de lo condenado a morir. Los ríos no regresan a su fuente ni las religiones caducas vuelven a su juventud. En el Catolicismo se ve apariencias, nada más que apariencias de vida, impotentes esfuerzos de existir, desesperados manoteos de moribundo. En los jardines de plantas hay árboles, exóticos y venerables, que desde lejos aparentan juventud y lozanía, más de cerca denuncian decrepitud y marchitez: con macizos corceletes de hierro, sostienen sus ramas quebradizas y su tronco bamboleante; con revoques de yeso pintarrajado, disimulan la especie de gangrena senil que les roe las entrañas. No producen frutas ni flores; pero al regresar cada Primavera, se coronan de un ramaje anémico, desteñido, irrisorio como desgrefñados mechones en la calva de un nonagenario.

Ese árbol es la simbólica representación del Catolicismo.

1902

NUESTROS LIBERALES ¹

I

SE ABUSA TANTO del Liberalismo, sirve para disimular tan groseros contrabandos, que las gentes concluirán por hacer algunas restricciones al oírse llamar liberales. Si el Liberalismo no excluye al revolucionario de buena ley, si admite en su seno a los Kropotkine, a los Reclus, a los Pi y Margall, a los Faure, dejémonos tratar de liberales; si únicamente acepta a reformadores en la órbita parlamentaria, a guardianes de la Iglesia y el Estado, a defensores del vetusto régimen económico y social, rechazemos el nombre. Rechacemos ese Liberalismo burgués, edulcorado, oloroso y hasta *chic*, donde caben Guillermo II y Rothschild, Menelike y León XIII, el Rey de Inglaterra y el General de los Jesuítas.

Según Spencer, *la mayor parte de los que ahora se titulan liberales son conservadores de nueva especie*. El sociólogo inglés se refiere a los parlamentarios de su nación que revelan el conservantismo en abrumar al individuo con leyes y contribuciones para aumentar el poderío y la riqueza del Estado. Si alguien deseara indagar en qué denuncian su espíritu conservador muchos liberales de las naciones católicas, hallaría la piedra de toque en los asuntos religiosos. Los que fundándose en la tolerancia, elevan intangibles muros divisorios entre la política y la religión; los que aduciendo la libertad de enseñanza, dejan la instrucción pública en manos de las congregaciones; los que basándose en lo *prematuramente riesgoso de ciertas reformas*, no se atreven ni siquiera a tentar la posible seculari-

¹ Conviene destacar la renuncia de Prada para aceptar como liberales a los miembros del Partido Liberal fundado por Augusto Durand, a raíz de la revolución de 1895.

zación lejana de las leyes, son liberales de tinte sospechoso, liberales con punterías a la Curia Romana, liberales con vislumbres ecuménicas, liberales que tal vez se ordenarían *in sacris*, si con las sagradas órdenes lograran un ministerio, una diputación, una vocalía, una plenipotencia y hasta un buen curato. Hombres de ese temple disgustan del Liberalismo y contribuyen a engrosar las filas de los conservadores.

Si se comprende que muchos filósofos o librepensadores se alejen de las contiendas políticas y vivan consagrados a ejercer una propaganda serena en la región de las teorías, no se concibe que un político reformador y militante quiera evolucionar o revolucionar sin herir los intereses de la Religión Católica, olvidando que toda libertad ganada por el individuo significa un trozo de poder arrebatado a la Iglesia. En semejante olvido incurrieron los republicanos franceses de 1870; mas hoy, a los muchos años de vacilaciones y paliativos, se convencen de su error y abren campaña formidable contra el Catolicismo. Los republicanos españoles, agueridos ya con el lastimoso ensayo de 1873, no separan lo *divino* de lo *humano* y, con Salmerón a la cabeza, sostienen que para arrancar de raíz la monarquía deben sustraer el pueblo de la influencia moral de Roma. Un notable publicista colombiano —J. M. Rojas Garrido— escribió un largo y sesudo artículo para demostrar lo siguiente: *El que es católico no puede ser republicano*; y fundándose en los razonamientos de Rojas Garrido, al hombre de menos argucias, no le daría mucho trabajo el deducir que un liberal no puede ser católico, ni un católico puede ser liberal.

Infunden muy triste idea de su Liberalismo los que segregan las cuestiones sociales o las religiosas y se consagran exclusivamente a los negocios políticos, imaginándose que los pueblos se regeneran con sólo mudar de presidentes, derrocar ministerios o renovar Cámaras Legislativas. Los segregadores abundan en Sudamérica: muchos persiguen una libertad rociada con agua bendita y quieren ganar la Tierra sin renunciar a la esperanza de adquirir el cielo. Conciliando lo irreconciliable, entonarían el *Syllabus* al son de la Marsellesa o aplicarían el canto llano a la *Declaración de los derechos del hombre*. Verdaderos oportunistas (o moderados como se dicen ellos mismos), van por una línea equidistante de avanzados y retrógrados, siguiendo una táctica muy censurable pero muy proficua: si les interesa inclinarse a los conservadores, rechazan las transformaciones violentas y preconizan los medios conciliatorios; si les conviene aproximarse a los radicales, condenan los acomodos o medidas prudentes y se proclaman revolucionarios. Benjamín Constant les llamaría murciélagos que unas veces encogen las alas y se confunden con el ratón, otras despliegan el vuelo y se igualan con el pájaro.

Distingamos, dicen los sofistas cuando quieren embrollar las discusiones;

no *separemos*, deben repetir los hombres que deseen proyectar luz en las controversias tenebrosas. Y no cabe separar lo social de lo religioso ni lo político de lo moral. Como se ha dicho muy bien (y nos gozaremos en escribirlo a menudo), *toda cuestión política se resuelve en una cuestión moral, y toda cuestión moral entraña una cuestión religiosa*. El individuo se emancipa a medias, cuando se liberta del pretoriano para someterse al cura, o sale de la sacristía para encerrarse en el cuartel. Un esclavo no se transforma en hombre libre por el solo hecho de convertirse al ateísmo, ni un fanático, políticamente libre, deja de vivir esclavizado a Roma. La acción emancipadora tiene que venir doble y simultáneamente, en el orden religioso y en el político. El verdadero liberal da tantos golpes a los muros de la Iglesia como a los cimientos del Estado.

Uno de los cerebros más luminosos de la Francia contemporánea —Georges Clémenceau— opina que la Revolución francesa no ha de aceptarse ni rechazarse fragmentariamente o a pedazos, sino integralmente, lo que vale decir *en bloque*. Extendiendo y aplicando la idea de Clémenceau, se debe atacar en globo todas las iniquidades y todos los errores.

El Estado, la Iglesia y el Capital enseñan a combatir, pues cuando alguno de los *tres* se ve seriamente amenazado por las embestidas populares, los otros *dos* acuden en su auxilio para construir el bloque defensivo. Los *poderes humanos y divinos* guardan tan estrecha solidaridad que si uno solo claudica, todos los demás corren peligro de sufrir la misma suerte. No es de extrañar que el Estado sin alma y el Capital sin Dios combatan por la Iglesia espiritual y déista: al defenderla, se defienden. A una revolución política puede no seguir un sacudimiento social ni un cisma religioso; pero a toda profunda renovación religiosa sucede una transformación política y social. La emancipación no desarraiga el Protestantismo en Estados Unidos ni el Catolicismo en América del Sur; mas el Cristianismo cambia la vida social y política del Occidente, la Reforma origina primero la sublevación comunista de los campesinos alemanes, más tarde la revolución republicana del pueblo inglés.

No hay dos reinos distintos —el de Dios y el de los hombres— sino el reino de la justicia. A la añeja teoría de al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios, sucede hoy el principio de al hombre lo que es del hombre. Y ¿qué es del hombre? la Tierra. ¿A qué tiene derecho? a la felicidad. Todo ser humano tiene derecho, no sólo al agua y al pan, al aire y al abrigo, sino al amor, al *confortable*, al goce, al saber, en resumen, a la vida más intensa y más extensa. Los bienes monopolizados por una clase, debe disfrutarles toda la especie. El Planeta es de la Humanidad, todo pertenece a todos. Según la justicia divina, muchos son los llamados y pocos los elegidos; según la justicia humana, todos son llamados, todos son elegidos.

II

LAS PRECEDENTES divagaciones no dejan de ser oportunas al hablar de nuestros liberales y, sobre todo, de los aglutinados hoy con ese nombre.

El Partido Liberal, fundado en 1900, nos parece la compostura o reorganización de un Partido Liberal Democrático que en 1897 nació con el propósito de *evolucionar respetuosamente en la esfera de la constitución y de las leyes*, como lo decía en su programa. El evolucionista respetuoso no vivió ni la vida de las rosas, a pesar de que en su seno contaba con algunos diputados, de que poseía el dinero suficiente para comenzar la buena labor y de que tenía lo más anhelado por las agrupaciones nacientes, un diario en taller propio. El diario, que se llamaba la *República*, duró no sabemos si meses, días u horas. Murió de anemia cerebral.

El Partido Liberal, aunque encierre algunos elementos vírgenes, proviene de una cisión en el Demócrata. Heridos en sus ambiciones y despechados con la desembozada protección del Gobierno a la candidatura Romaña, algunos demócratas se alejan temporalmente de su viejo fetiche, y no pudiendo titularse nuevos demócratas ni queriendo volver a llamarse liberales democráticos, se bautizan con el simple nombre de Liberales, como se habrían nombrado constitucionales o civilistas, si en el país no hubieran existido agrupaciones con esos títulos.

Pero si los liberales democráticos de 1897 nacieron con cierta moderación y hasta con cierta humildad, los Liberales a secas de 1900 surgen con aires de bravucones y pujos de ensoberbecidos, agravando a todos sus predecesores y presumiendo de venir a pronunciar el *hágase la luz* del liberalismo peruano. Antes de ellos, el caos de utopistas y soñadores; a partir de ellos, la creación ordenada de los positivistas y de los prácticos. Vienen de innovadores sociológicos y de policías o polizontes morales. Confeccionan un programa succulento y fragancioso, mucho más radical y atrevido en el orden financiero que el formulado por las agrupaciones más avanzadas, y se echan a divagar por calles y plazas, jactándose de haber organizado el verdadero partido liberal, dándose como los enunciadores del único verbo redentor. "Los llamados entre nosotros partidos políticos (dicen en una circular del Comité organizador) no son ni han sido, en verdad, sino bandas de allegados heterogéneos y egoístas que enarbolaron por estandarte simples nombres y no ideas, y procuraron el encumbramiento de las personas, jamás de saludables doctrinas". Del golpe no se libran ni los mismos radicales.

No nos coge de nuevo la reorganización del Partido Liberal, dadas las condiciones del país y la efervescencia de los ánimos por la segura imposición oficial del futuro mandatario. Al aproximarse las elecciones o en

vísperas de alguna crisis nacional, brotan agrupaciones que estigmatizan el personalismo y hablan de regenerarnos por la honradez, la verdad y la justicia; pero, a vuelta de programas, de comités, de circulares y de bombos, las tales agrupaciones degeneran en conciliábulos de conspiradores, cuando no en clubs eleccionarios que van a desaparecer en la gran olla de las candidaturas oficiales.

Nos coge, sí, de nuevo la audacia y belicosidad de los regeneradores en ciernes. ¿De dónde nos salen los Cincinatos? ¿De qué planeta nos llueven los Catones? Se diría que las once mil vírgenes han descendido en figura de varón para venir a salvar el Perú. Sin embargo, mudos quedarían algunos de los donceles si les llamáramos a cuenta y les exigiéramos su hoja de servicios. Si trabajaron, que nos enseñen sus obras; si anduvieron por buen camino, que nos señalen sus huellas; si combatieron, que nos muestren sus heridas. Algunos, después de militar en filas retrógradas y contribuir a la perpetración de iniquidades y legicidios, salen hoy haciendo gala de Liberalismo, echando asperges en la cabeza de todo el mundo político y firmando programas de amenazadora *truculencia*. De repente vamos a tener síndicos de monjas y hermanos de la Tercera orden que se confabulen para desamortizar los bienes eclesiásticos o separar la Iglesia del Estado. Y no habría razón para admirarnos, desde que tenemos de liberales a quienes nunca lo fueron, desde que asistimos a un fenómeno tan increíble como la transmutación del níquel en oro o la metamorfosis del ganso en pavo real. Vivimos en la tierra de las ironías: aquí se llama Partido Liberal el grupo en que los adeptos revientan de puro conservadores, como se nombra Tierra del Fuego al país donde los habitantes se mueren de frío.

Mas digamos con las almas generosas, que saben disculpar los deslices de la flaqueza humana porque no se juzgan implacables ni libres de caer en la tentación: *a todo pecado, misericordia*; y saldemos las antiguas cuentas a los nuevos catecúmenos del Liberalismo ya que la conversión parece tan sincera y gratuita como la de San Pablo, ya que el arrepentimiento da señales de no ser menos fervoroso que el de San Jerónimo ni el de la Magdalena.

El Partido Liberal blasona de su origen al anunciar que nace del entusiasmo sentido por un grupo de jóvenes universitarios. No creemos mucho en la generación espontánea del entusiasmo juvenil, y nos parece que si algún movimiento se inicia en la Universidad, viene por acción de fuerzas exteriores. Nuestros hombres públicos, y también los deseosos de llevar ese nombre, aman a la juventud y a la clase obrera con un amor intermitente, que se hace más intenso y adquiere temperaturas febriles al aproximarse las elecciones. Desde los candidatos a senadurías y diputaciones hasta los aspirantes a cargos municipales, todos buscan el cerebro del joven que piensa y el brazo del ciudadano que trabaja. Pasado el acceso de

amor, ¿qué ganan el universitario y el obrero? Las cabezas negras deberían desconfiar de las cabezas blancas, la blusa debería temer a la levita. El joven con el joven, el obrero con el obrero.

Felizmente, el brazo que trabaja y el cerebro que piensa no acuden al llamamiento, y los Liberales operan en familia o *petit comité*. Si en las provincias no faltan algunos inocentes que toman a lo serio el programa y se imaginan asistir a la gestación de un gran partido, sucede cosa diferente en la Capital, donde se ve con la perspectiva necesaria, se mide bien la estatura de las personas y se toca la realidad de los hechos. En Lima se comprende que el nombre de Partido Liberal es una simple bandera para cubrir la carga, que los Liberales, accidentalmente reñidos con su jefe tradicional, son demócratas larvados.

Porque a ciertos liberales que en su mocedad fueron demócratas les podría suceder como a los hombres que por muchos años vivieron amancebados con una vieja *non sancta*: suelen regresar a su feo pecado, aunque estén unidos maritalmente a una mujer bonita y joven.

1902

III

SEIS AÑOS DESPUES

EL PARTIDO LIBERAL vivió consagrado a una marcha en ziz zas, aproximándose ostensiblemente a los Radicales, pero acercándose solapadamente a los Demócratas. Basta recorrer *La Evolución, La Alianza Liberal y El Liberal*, o leer alguno de los documentos emanados del Comité, para cerciorarse de que toda la faena de los Liberales se redujo a una serie de estratagemas, manipuleos o evoluciones, tendentes a disimular las connivencias con el hombre de San Juan y del contrato Dreyfus.

Y decimos *el Partido Liberal vivió* porque al arrojar la máscara y aliarse públicamente con el Demócrata, desapareció como entidad, siendo absorbido y anulado. Fue un riachuelo que se apartó de un río fangoso para en seguida volver a confundirse con él. Cuando el 26 de junio de 1904 presenciábamos la exhibición callejera de los reconciliados amigos, recordamos al Estudiante de Salamanca: como don Félix de Montemar, los Liberales se creían vivos y estaban asistiendo a su propio funeral. No les faltaba ni las preces litúrgicas, dado que sus comanifestantes —los miembros de la Unión Católica— estaban ahí para salmodiar el *de profundis*.

Probablemente, recuerdan hoy a don Rodrigo de Vivar y se alientan repitiendo: si el Cid ganó batallas después de muerto, ¿por qué no las ganaremos nosotros? Mas no se creen muertos y se dan por muy vivos, imaginándose que su alianza es una evolución lícita y usual en el campo de las maniobras políticas: los Cincinatos y los Catones amanecen de oportunistas, y a semejanza del primer Loyola, confiesan tácitamente que el fin justifica los medios. Nadie nos obliga a declararnos liberales o conservadores, ni monárquicos o republicanos (podemos quedar neutrales, que enarbolar una enseña política no parece tan necesario como vestirse y alimentarse), pero cuando nos adherimos a una agrupación y nos titulamos hombres de doctrina, nos imponemos la obligación de proceder consecuentemente y otorgamos a los demás hombres el derecho de exigirnos lealtad y buena fe. El liberal que se une a los clericales se enreda en un manejo equívoco, en un juego peligroso, en un maquiavelismo vulgar y de pacotilla. Clémenceau, citado ya por nosotros, dice: *La unidad de acción supone la de pensamiento*; y el gran poeta de las doloras afirma: *Cuando los hombres públicos no son un principio, no son nada*.

¿Qué principio, qué unidad de pensamiento hallamos en la fusión de Liberales y Demócratas? principio, ninguno; pensamiento, la conquista del mando. Naturalmente, los unos y los otros niegan que los partidos deban mostrarse intransigentes e irreconciliables, tanto en sus horas de formación y lucha cuanto en la época de triunfo y ejercicio del poder. Negación absurda, pues quien desea implantar reformas, necesita gobernar con los hombres que las enuncian o las encarnan. El mandatario en ciernes y el revolucionario en acción, que prometen gobernar con la heterogénea colaboración de amigos y enemigos, no exigiendo más condición que la honradez, mienten o prevarican. Desde que en ninguna parte se realiza la unidad de convicciones, desde que, por el contrario, en las naciones más civilizadas surge mayor divergencia en el modo de solucionar los problemas sociales y políticos, ningún mandatario sube al poder con la voluntad unánime de sus conciudadanos, todos ascienden con el voto de una mayoría, cuando no por la imposición de sus antecesores, como ha sucedido y sucede en el Perú. Decir que al jefe de un estado le cumple gobernar con los buenos elementos de los partidos, equivale a proclamar el reinado de tráfugas y renegados. El buen elemento de un partido deja de ser bueno cuando sirve los intereses del partido adverso. El hombre de convicción no cede ni transige: se quiebra pero no se dobla. Así, pues, no creemos en la buena fe de los católicos afiliados al Partido Liberal, como no reconocemos la sinceridad de los liberales enrolados en las filas del Partido Demócrata.

De nada nos admiramos al pensar que dos vocablos —hibridez y

confusión— resumirían acaso la historia de nuestros partidos políticos. Ellos, en lugar de constituir organismos con funciones propias o de convertirse cuando menos en sólidos que se rozaran por algunos puntos de la superficie, fueron algo así como líquidos de diferente color en vasos de tubos comunicantes: a poco, los líquidos tomaron la misma coloración y adquirieron el mismo nivel. Hoy Liberales y Demócratas ofrecen el mismo color político y se hallan a la misma altura moral.

Nadie fijaría con exactitud el número de prevaricaciones que entra en la última convicción de un político peruano. Muchos de nuestros grandes hombres llevan en su cerebro más coloretos que el manto de Arlequino, más parches y lamparones que la sotana del Licenciado Cabra. Suben a la montaña evangélica para oír el sermón y para columbrar de qué lado vienen las provisiones de boca. Dada la materia prima, nos explicamos la organización, desorganización y reorganización de los partidos nacionales. Para organizar uno nuevo, la receta no ofrece ninguna dificultad: se coge unos cuantos dispersos del Cacerismo, del Civilismo, del Partido Demócrata y de la Unión Nacional, se les reúne, se les revuelve y se les bautiza con algún nombre bizantino. En el Arte de Cocina esa clase de manipulaciones figura en el capítulo *Maneras de aprovechar las sobras*. Por consiguiente, no debemos extrañarnos si en el Perú hay Partido Demócrata sin demócratas y Partido Liberal sin liberales, como en ciertos restaurantes de París hay sopa de bacalao sin bacalao y arroz con leche sin leche y sin arroz.

En fin, el Partido Liberal ha muerto; y sentimos no poder consagrarle un panegírico, siguiendo la costumbre de enterrar a los cadáveres entre un coro de alabanzas y una lluvia de flores. Su muerte causa un bien y un mal: un bien porque se desvanece una entidad que bajo capa de Liberalismo tentaba una obra de reacción y retroceso, un mal porque deja en el pueblo la memoria de una mistificación política, haciéndole desconfiar de una palabra que siempre resonó gratamente en el corazón de las multitudes. Durante muchos años, las gentes abrigarán recelo de oírse llamar liberales.

Todo muerto quiere su epitafio, y el Partido Liberal merecería el siguiente:

Aquí yace un partido que no siguió la línea recta ni guardó mucha sustancia gris en el cerebro.

1908

NUESTROS MAGISTRADOS

I

MARIANO AMÉZAGA FUE, no sólo un escritor sincero y viril, sino un abogado de honradez proverbial, un verdadero tipo en la más noble acepción del vocablo. Si un mal litigante pretendía encomendarle la defensa de algún pleito inocuo, Amézaga le deshauciaba suavemente: —"Amigo mío, como usted carece de justicia, yo no le defiendo". Si la causa le parecía justa, se encargaba de la defensa; pero las más veces le sucedía que no le pagaban los honorarios o que en el fragor de las peripecias forenses el litigante le decía socarronamente: —"Señor doctor, valgan verdades, acabo de saber por el reverendo padre N. N. que usted ha publicado un libro contra los dogmas de nuestra santa religión; y yo, como buen católico, no puedo seguir teniendo de abogado a un hereje." Consecuencia: sería prudente que los leguleyos de Lima hicieran grabar en su placa este agregado: *frecuenta sacramentos.*

Aunque el agregado se sobrentiende, dada la sicología de la corporación. Si algunos abogados jóvenes lloran la decadencia de la raza latina, se proclaman anglosajones y hablan de Spencer, Le Bon, Giddings, Hoeffding y Gumpłowicz, los viejos no admiten novedades, se aferran a la enseñanza de su tiempo y declaran que la Sociología es una ciencia que no conocen ni desean conocer. Tienen por cerebro un fonógrafo con leyes y decretos; por corazón, un legajo de pidos y suplicios; por ciencia, un monstruo engendrado en el contubernio de la Teología con el Derecho Romano. Como la Sociología, no existen para ellos la Historia Natural, la Química, la Física, las Matemáticas, la Prehistoria ni la Geografía. Menos se cuidan de Literatura, que tomarían a Shakespeare por un escribano ruso y a Homero por un juez alemán. No veneran más Biblia que el Diccionario de Legislación ni saben

más que sus Códigos, su Práctica Forense y su Reglamento de Tribunales. No aceptan renovaciones porque van agazapados en su concha medioeval, porque llevan la cartera rebozando de diplomas universitarios mientras guardan el organismo salpicado de incrustaciones antidiluvianas. Como la oveja tardía, siguen el camino de las delanteras; como el castor, labran habitaciones idénticas a las que todos los castores labraron; como la ostra, nacen, se multiplican y mueren en el mismo ostral donde sus padres nacieron, se multiplicaron y murieron.

No obstante, en el Perú se concibe difícilmente que un hombre tenga valor intelectual o almacene algunos adarmes de sabiduría, sin haber obtenido el diploma de abogado; y tan sucede así que apenas un individuo pronuncia un discurso, escribe un drama, compone una novela o publica un libro de Historia, adquiere por voto nacional el título de doctor. Nos sorprende que al general Mendiburu, cuando se imprimió su Diccionario, no le pusieran el doctor y le quitaran el general; pero no nos admira, y antes juzgamos muy político y muy cuerdo, que nuestros revolucionarios dejen de titularse coroneles y empiecen a llamarse doctores. Las muchedumbres ignoran que no saber sino códigos es muy pobre saber.

Nadie vive tan expuesto a la deformación profesional como el abogado. ¿Qué recto corazón no se tuerce con el hábito de cifrar la justicia en el fallo aleatorio de un juez? ¿Qué privilegiado cerebro no se malea con algunos años de triquiñuelas y trapisondas? ¿Qué verbo, qué lenguaje, no se pervierte con el uso de la jerigonza judicial? ¿Qué buen gusto no se corrompe con el manejo diario de códigos, reglamentos y expedientes? En la abogacía, como en un sepulcro voraz e insaciable, se han hundido prematuramente muchas inteligencias, quizá las mejores del país.

Muertos para la ciencia y el arte, muchos sobreviven para el oficio, y degeneran en calamidad. Roma no infunde tanta aversión por sus conquistas inhumanas como por su Derecho Romano y sus leguleyos. Los abogados eran quizá más temibles que los procónsules y los pretorianos. Juvenal no les prodiga muchos elogios, Tácito les iguala con los vendedores en las plazas de abastos, y el cónsul Cayo Silio afirma en pleno Senado que ellos ganan dinero con las iniquidades y las injusticias como los médicos negocian con las enfermedades. Hubo en el Imperio tanto *defensor de la justicia* que hasta las mujeres abogaron; pero una matrona (no sabemos con seguridad si Afrania o Calpurnia), furiosa de perder un juicio, vuelve la espalda a los jueces, se arremanga y . . . etcétera. Gracias a tan expresivo gesto se prohibió que las mujeres ejercieran la abogacía, y la Humanidad se libró de poseer doble o triple número de rúbulas. La especie no dejó de abundar; así, cuando el mundo greco-latino se derrumbaba en la ignominia, falto de vigor para rechazar el empuje de los

Bárbaros, hormigueaban en el Imperio los augures, los cocineros, los gladiadores y los retóricos, vale decir, la materia prima de los abogados.

Hoy surgen éstos y operan en todo el mundo, desde las inmensas capitales donde tejen la red para que el millonario pesque y desvalije a los negociantes de pocos medios, hasta los reducidos villorios donde arman el anzuelo para que el vecino acaudalado atrape y desnude a las gentes de menor cuantía. El abogado escolta siempre al usurero. Azuza también al déspota, cuando no funciona por cuenta propia, que en la América Española los gobernantes peores, los más abusivos y retrógrados, fueron abogados.

Y nada hemos dicho de ellos sobre su acción en las entidades colectivas y, de modo singular, en los parlamentos. Como un solo vaso de vinagre es más que suficiente para avinagrar un tonel de vino, así la lengua de un abogado basta y sobra para introducir el antagonismo y la confusión en la colectividad donde reinan la armonía y la concordia. Al oír las disertaciones jurídico-legales de un doctor, nadie se pone de acuerdo con nadie y las sencillísimas cuestiones de hechos se transforman en difusas e irresolubles alteraciones de palabras. Si hay reunidas quinientas personas, surgen cuatrocientas noventa y nueve maneras de solucionar un problema. Nos parece que en la torre de Babel no hubo confusión de lenguas, sino mezcolanza y rebujiña de abogados.

II

ANTES DE CONSIDERAR a los administradores de la Justicia, nos hemos detenido en los rúbulas trapacistas, porque el juez viene del abogado, como la vieja beata sale de la joven alegrona, como el policía y el soplón se derivan del ratero jubilado.

Alcibiades, que no era un bobo, decía: "Cuando un hombre es llamado por la Justicia, comete una necedad al comparecer, pues la cordura está en desaparecer;" y un parisiense, que seguramente sabía tanto como Alcibiades, se gozaba en repetir: "Si me acusaran de haberme robado las torres de Nuestra Señora, yo emprendería la fuga." Los ciudadanos del Perú deberían hacer lo mismo, si al verse enredados en una acusación criminal, compulсарan su estado financiero y hallaran que no disponían de lo suficiente para inclinar la balanza. Si la Justicia clásica llevaba en los ojos una venda, al mismo tiempo que en una mano tenía la espada y con la otra sostenía una balanza en el fiel; la Justicia criolla posee manos libres para coger lo que venga y ojos abiertos para divisar de qué lado alumbran los *soles*.

Que nos quiten la vergüenza, que nos provean de algunas libras ester-

linas; y ya se verá si no logramos que los jueces nos declaren dueños legítimos de la Exposición y la catedral. Que nos transfundan la sangre de un matoide impulsivo, dándonos al mismo tiempo los *dollars* de un Carnegie o de un Rockefeller, y nos obligamos a infringir impunemente los mil o dos mil artículos del Código Penal. No hay iniquidad irrealizable ni reato ineludible, cuando se tiene dinero, influencias o poder; y los desgraciados que se anemizan en una cárcel o se consumen en la penitenciaría, no hallaron protector ni protectora o carecieron de razones tangibles.

Y no valen pruebas ni derechos. Como se busca un mal hombre para que pague un esquinazo, así en los juicios intrincados se rebusca un juez para que anule un sumario, fragüe otro nuevo y pronuncie una sentencia donde quede absuelto el culpable y salga crucificado el inocente. Si por rarísima casualidad se topa con un juez íntegro y rebelde a toda seducción (masculina o femenina), entonces se recurre a una serie de recusaciones, hasta dar en el maleable y el venal. Si por otra rarísima casualidad, al juez apetecido no se le consigue en el lugar, se le *encarga*, se le hace venir desde unas doscientas o trescientas leguas.

Para calcular la independencia de los areópagos nacionales, basta rememorar cómo sentenciaron en los grandes litigios financieros y cómo proceden al elegir los miembros de la *Junta Electoral*: siempre siguen las insinuaciones o mandatos del Gobierno, de modo que eligen a demócratas si reina el Partido Demócrata, a civilistas si manda el Partido Civil. Los que a vista de la Nación descubren esa plasticidad no muy honrosa ¿qué harán a puerta cerrada, cuando nadie les ve ni les oye? Ignoramos si los que prestan medios de falsificar elecciones populares, sienten el menor escrúpulo de absolver a criminales y condenar a inocentes.

Sabiendo cómo se elige la Magistratura, se comprende todo. Según la Constitución: "Los Vocales y Fiscales de la Corte Suprema serán nombrados por el Congreso a propuesta en terna doble del Poder Ejecutivo; los Vocales y Fiscales de las Cortes Superiores serán nombrados por el Ejecutivo, a propuesta en terna doble de la Corte Suprema; y los Jueces de primera instancia y Agentes Fiscales, a propuesta en terna doble de las respectivas Cortes Superiores." Diferencias de formas, porque en sustancia el verdadero y único elector es el Presidente de la República: Cortes y Parlamentos deben llamarse dependencias del Ejecutivo. Hay vocales y fiscales que se nombran ellos mismos, gracias a un procedimiento de nueva invención y muy cómodo: siendo ministros, y hasta en el ramo de Justicia, dejan el cargo por algunas horas y se hacen proponer o elegir por el colega que les sustituye. Casi siempre, un alto puesto judicial viene en remuneración de servicios prestados al Gobierno; y como los tales servicios suelen adolecer

de una limpieza sospechosa, convendría que las gentes observaran una medida higiénica: después de dar la mano a ciertos jueces, usar deterstivos y desinfectantes.

Nada extraño que semejantes hombres *no sean instrumentos de la Justicia sino herramientas del Poder* y que hayan merecido las terribles acusaciones de Salazar y Mazarredo. "El infrascrito (decía el furibundo Comisario Regio en su nota dirigida el 12 de abril de 1864 a nuestro ministro de Relaciones Exteriores) no calificará lo que son los tribunales del Perú, limitándose tan sólo a recordar que el actual subsecretario de negocios extranjeros de la Gran Bretaña, Mr. Layard, dijo hace poco en la cámara de los comunes, al discutirse la reclamación del capitán White, que este súbdito británico, *tratado de un modo cruel como otros muchos, había tenido la desgracia de caer en las garras de lo que sólo por cortesía puede llamarse Corte de Justicia.*"

Como traemos ingenieros ingleses para alcantarillar las poblaciones, agrónomos belgas para enseñar Agricultura y oficiales franceses para disciplinar soldados, podríamos contratar alemanes o suecos para administrar justicia. No negaremos que por cada tribunal haya unos dos magistrados honorables y rectos, dignos de quedar en su puesto; mas no les nombramos para que todos, si leen estas líneas, gocen el placer de creerse las ovejas sanas en el rebaño enfermo. Jueces hay justos: no todas las serpientes ni todos los hongos encierran ponzoña mortal. Sin embargo de todo, los Vocales disfrutan de esa veneración y de ese respeto que infunden las cosas divinas. Como un negro salvaje convierte en fetiche una caja de sardinas o una bota, así nosotros divinizamos a los miembros de las Cortes, principalmente a los de la Suprema. Nadie les toca ni les mira de igual a igual, todos les dan en todas partes el sitio de honor y les prodigan las consideraciones más exquisitas. ¿El señor vocal asoma? todo el mundo inclina la frente. ¿El señor vocal se sienta? todo el mundo le imita. ¿El señor vocal habla? todo el mundo sella los labios y bebe sus palabras, aunque diga simplezas con la magnitud del Himalaya y suelte vulgaridades con el tamaño de un planeta: vulgaridades y simplezas no dejan de abundar porque muchos de nuestros grandes magistrados, como el Dios Serapis de Alejandría, guardan en la cabeza un nido de ratones.

III

NADA PATENTIZA más el envilecimiento de una sociedad que la relajación de su Magistratura. Donde la justicia desciende a convertirse en arma de

ricos y poderosos, ahí se abre campo a la venganza individual, ahí se justifica la organización de *maffias y camorras*, ahí se estimula el retroceso a las edades prehistóricas. Y tal vez ganaríamos en regresar a la caverna y al bosque, si lo realizáramos sin hipocresía ni términos medios; porque vale más el estado salvaje donde el individuo se hace justicia por su mano, que una civilización engañosa donde los unos oprimen y devoran a los otros, dando a las mayores iniquidades un viso de legalidad. Entre el imperio de la fuerza y el reinado de la hipocresía, preferiríamos la fuerza. Queremos hallarnos en una selva, frente a frente de un salvaje con su honda y su palo, no en un palacio de Justicia cara a cara de un leguleyo pertrechado con notificaciones y papel de oficio.

La tiranía del soldado exaspera menos que la del juez: la primera se desbarata con un levantamiento popular o con la eliminación del individuo; la segunda no se destruye ni con trastornos sociales y conmociones políticas. Asesinamos, colgamos y calcinamos a los Gutiérrez: pero nunca nos atrevimos a cosas iguales con tanto juez venal y prevaricador. A esos tres soldados violentos y amenazadores no les sufrimos ni una semana; a muchos magistrados, más perniciosos y más culpables que los Gutiérrez, les soportamos medio siglo. Que mientras desaparecen Cámaras y Gobiernos, los Tribunales de Justicia permanecen inalterables, como si poseyeran la incorruptibilidad del oro.

El tirano asume la responsabilidad de sus violencias resignándose a concentrar en su persona el odio de las muchedumbres; el juez causa el daño sin arrastrar las consecuencias, parapetándose en los Códigos y atribuyendo a deficiencias de la Ley los excesos de la malicia personal. Una Corte de Justicia es una fuerza irresponsable que desmenuza la propiedad, la honra y la vida, como las piedras de un molino trituran y pulverizan el grano. Su impassibilidad de estatua se parece a la codicia sin entrañas de una *sociedad anónima*.

Y sin embargo, ninguna clase disfruta de más seguridad ni de mayores privilegios. El militar nos despachurra con su bota o nos atraviesa con su espada; mas da su vida por nosotros, cuando el país se ve amenazado por la invasión extranjera. El sacerdote nos adormece con sus monótonas canciones de otros días y nos explota con sus sacramentos, sus indulgencias y sus hermandades; pero asiste a los enfermos, consuela a los moribundos y expone su cuerpo a las flechas del salvaje. El Magistrado lo gana todo sin arriesgar nada: reposa cuando todos se fatigan, duerme cuando todos velan, come cuando todos ayunan, ejerciendo una caballería andante en que Sancho hace las veces de don Quijote. ¿Qué le importan las guerras civiles? Vive seguro de que, triunfen revolucionarios o gobiernistas, él seguirá disfrutando de honores, influencia, pingüe sueldo y veneración

pública. En los naufragios nacionales, representa el leño que flota, la vejiga que sobrenada. Mejor aún, es el pájaro guarecido en su peñón: no se cuida de la tempestad que sumerge los buques ni piensa en el clamor de los infelices que naufragan.

Si nada vive tan sujeto a la deformación profesional como el abogado, ya se concibe lo que puede ser un administrador de Justicia, a los quince o veinte años de ejercicio. Al velocipedista de profesión le reconocemos instantáneamente porque, aun repantigado en una silla, tiene aire de mover el pedal y dirigir el timón; al juez le distinguimos de los demás hombres en la actitud de parecer hojear un expediente y fulminar una sentencia, aunque maneje un trinche o nos dé la mano. Y la deformación no se confina en lo físico: a fuerza de oír defender lo justo y lo injusto, con igual número de razones, el magistrado concluye por encerrar la justicia en una simple interpretación de la ley, así que un artículo del Código le sirve hoy para sostener lo contrario de lo que ayer afirmaba. Dicen que el Areópago de Atenas no pronunció una sola sentencia injusta. Valdría la pena escuchar la opinión de los atenienses que no ganaron sus pleitos.

Las leyes, por muy claras y sencillas que nos parezcan, entrañan oscuridades y complicaciones suficientes para servir al hombre honrado y al bribón, quién sabe más al bribón que al honrado. Mas suponiendo que ellas fuesen dechados de justicia y equidad, ¿qué valen leyes buenas con jueces malos? Que un Marco Aurelio nos juzgue por un código draconiano, que ningún Judas nos aplique las leyes del Cristo.

Antes de operarse la división del *trabajo social*, cada hombre reunía en su persona la triple función de litigante, magistrado y ejecutor de la sentencia. Hoy, que las labores se hallan perfectamente definidas y separadas, el juez aplica la ley, el carcelero guarda al culpable, el verdugo ejecuta la sentencia. En el abominable trío de verdugo, carcelero y juez, el juez aparece como la figura más odiosa, como proveedor de gemonías y patíbulos, como poderdante de carceleros y verdugos.

Y volvemos a decirlo: el pantano de la Magistratura no admite drenaje. Desde el *excelentísimo* de la Suprema hasta el *usía* de Primera Instancia, todos los Magistrados llevan en su frente la misma inscripción: *Nadie me toque*. Y nadie les toca, y chicos y grandes les veneran como a sacerdotes de una religión intangible. Alguien afirmó que las Islas Canarias eran restos de la Atlántida, y el pico de Teide el fragmento de una cordillera. Si la sociedad peruana se hundiera mañana en un mar de sangre, escaparía la Magistratura: es nuestro Pico de Teide.

1902

NUESTROS LEGISLADORES

I

DURANTE LA LEGISLATURA de 1906, un senador tuvo la sencillez o la malicia de afirmar en plena cámara:

—“Hace algunos años, el Poder Parlamentario del Perú es nominal. Es inútil oponerse a ningún plan o proyecto que venga del Ejecutivo, puesto que es seguro que todo proyecto del Ejecutivo ha de aprobarse, cualesquiera que sean sus consecuencias.”

No desde *algunos años* únicamente, sí desde los comienzos de la vida republicana, nuestras Cámaras Legislativas hicieron un papel tan degradante y servil, que muchos diputados y senadores merecieron figurar en la servidumbre de Palacio. Y ¿qué más podrían ser los elegidos por el fraude o la imposición de los Gobiernos? Uno que otro individuo de elevación moral, una que otra minoría de sanas intenciones, no borran el estigma de la corporación.

Minorías, mayorías, palabras de significación aleatoria cuando se piensa que nuestros legisladores suelen amanecer opositoristas y anochecer ministeriales. Hasta en las minorías de apariencia más homogénea conviene señalar a los hombres-convicción, a los que sostienen una idea, para distinguirlos de los hombres-polea, de los que chirrían por no estar lubricados con el aceite de la Caja fiscal. Los opositoristas de buena fe, desengañados por la indiferencia de sus compañeros y aburridos con la insufrible garrulería de los adversarios, acaban por enmudecer, convenciéndose de que no se argumenta con masas de ventrales, como no se pega testaradas a un muro de calicanto ni se da puñetazos a un zurrón de sebo. En cuanto a las mayorías, no todos sus miembros rayan a la misma altura, pues mientras unos pocos actúan maliciosamente, sabiendo de qué

se trata y hacia dónde se camina, los demás no conocen el terreno que pisan ni oyen razón alguna, salvo las venidas del Gobierno y comunicadas en forma de orden conminativa. La masa congresil procede con los Presidentes como el rucio con Sancho: hace que entiende, agacha las orejas y trota. El Cardenal de Retz decía que *Todas las grandes asambleas son pueblo*. Si viviera entre nosotros, afirmaría que los congresos del Perú son populacho.

No obstante la sumisión, hubo épocas en que un espíritu de rebelión parecía inflamar la sangre de senadores y diputados. Los griegos vivaqueaban en los salones del Poder Ejecutivo, los troyanos acampaban en los dos locales del Poder Legislativo. Por momentos se esperaba el choque y la hecatombe; pero nada, ni cadáveres ni heridos. En lo inminente del agarrón mortífero, en lo que llaman el instante sicológico, vino la reconciliadora lluvia de oro. Simple *chantage*. Algo podrían contarnos Dreyfus y Grace. Regla general: minorías tan valiosas como las mayorías, pues las unas no abrigaron propósitos mejores que las otras. Hoy mismo, en opositoristas y gobiernistas no vemos luces y tinieblas que batallan por obtener la victoria, sino tizones que humean en lugares opuestos.

Entonces ¿de qué nos sirven los Congresos? ¿Por qué, en lugar de discutir la disminución o el aumento de las dietas, no ponen en tela de juicio la necesidad y conveniencia de suprimirse? ¡Qué han de hacerlo! Senadurías y diputaciones dejan de ser cargos temporales y van concluyendo por constituir prebendas inamovibles, feudos hereditarios, bienes propios de ciertas familias, en determinadas circunscripciones. Hay hombres que, habiendo ejercido por treinta o cuarenta años las funciones de representante, legan a sus hijos o nietos la senaduría o la diputación. No han encontrado la manera de llevarse las curules al otro mundo. Haciendo el solo papel de amenes o turiferarios del Gobierno, los honorables resultan carísimos, tanto por los emolumentos de ley y las propinas extras, como por los favores y canonjías que merodean para sus ahijados, sus electores y sus parientes. Comadreja de bolsas insondables, llevan consigo a toda su larga parentela de hambrones y desarrapados. En cada miembro del Poder Legislativo hay un enorme parásito con su innumerable colonia de subparásitos, una especie de animal colectivo y omnívoro que succiona los jugos vitales de la Nación.

El actual Ministro de Hacienda declaró ante las Cámaras Legislativas que "muchas obras públicas de urgente necesidad se aplazaban indefinidamente, porque el dinero asignado para ellas se invertía en pagar Congresos ordinarios y extraordinarios." El zurriagazo no levantó la más leve roncha en la epidermis de los honorables: fue ovillo de lana, arrojado contra el pellejo de un hipopótamo. El merecido agravio, lejos de amenguarles el

apetito, les enardeció el hambre, así que alevosamente, en sesión secreta, se adjudicaron la renta anual de tres mil seiscientos soles. Después, echándola de sensibles a la indignación general, quisieron volver sobre sus pasos y hasta darse el lujo de renunciar a las dietas: pura broma (no la llamaremos bellaquería), pues mientras en el Congreso lanzaban discursos henchidos de un desinterés *sanfranciscano*, fuera del Parlamento y en amena compañía celebraban con estrepitosas francachelas el advenimiento de los tres mil seiscientos al año.

Y ¡cuánto bueno podría hacerse con el dinero malgastado en fomentar la logorrea parlamentaria! La protección al ganado lanar y al vacuno daría más beneficios que el mantenimiento del régimen representativo. Nadie negará que un kilo de buena lana o un litro de buena leche, vale más que el pliego de interpelaciones formuladas por un senador opositor, o que la resma de discursos emitidos por un diputado ministerial. Decimos logorrea, pues lo que nuestros legisladores hablan corresponde muy bien a lo que hacen. Como autómatas parlantes o bombas de arrojar discursos, funcionan tan desastrosamente que a menudo se llevan de encuentro el sentido común y la Gramática. Desearíamos que algún tenaz rebuscador de papeles volviera y revolviera el *Diario de los Debates*, para averiguar cuántas partículas de oro se esconden bajo esa inconmensurable montaña de cascote y desperdicios.

II

VOLVEMOS A PREGUNTAR ¿de qué nos sirven los Congresos? sirven de prueba irrefragable para manifestar la incurable tontería de la muchedumbre, al dejarse dominar por una fracción de gentes maleables, a medio civilizar y hasta analfabetas, sin la más leve inclinación a lo bello ni a lo justo, con el solo instinto de husmear por qué lado vienen los honores y el dinero, o hablando sin mucha delicadeza, la ración de paja y grano.

A más de tenernos por cerca de medio siglo bajo la Constitución retrógrada de 1860, los Congresos nos han dictado la Ley de Elecciones y el Código de Justicia Militar: la primera que pone toda la máquina electoral en manos del gobierno, es decir, del Presidente; el segundo que sanciona todas las iniquidades posibles, desde la pena capital hasta la confiscación de bienes, y coloca perennemente a la Nación bajo un régimen que no se disculpa sino en el estado de sitio.

Mas, no sólo el Perú, casi todos los pueblos del orbe civilizado abrigan la ilusión de que el sistema parlamentario inicia y afianza el

reinado de la libertad. Como un autócrata domina por la fuerza, valiéndose de genizaros o de cosacos, así un presidente constitucional puede ejercer tiránicamente el mando, apoyándose en cámaras de servidores abyectos y mercenarios. Congresos tuvimos en el Perú que valían tanto como un batallón de genizaros o un regimiento de cosacos. Venga de un solo individuo, venga de una colectividad, la tiranía es tiranía.

Los Congresos sucederán a los Congresos pareciéndose los unos a los otros, legándose sus dos cámaras y su elocuencia, como los camellos se transmiten sus jorobas y los cerdos su gruñido. Nuestros legisladores seguirán legislando, sin averiguar si causan admiración o menosprecio ni cuidarse de si el país acepta o rechaza las leyes, no pensando sino en recibir la consigna oficial y captarse la benévola y aprobatoria sonrisa del *gran elector*. En lo que muestran honradez relativa o fidelidad al copromiso: no siendo elegido de la Nación sino hechuras del amo, al amo deben servicios y complacencias. Legislen, pues, los legisladores, hagan y deshagan de nosotros, quiten y pongan leyes, engorden y medren con su interminable secuela de parientes, electores y ahijados: Cromwell no se diseña en el horizonte, el pueblo no da señales de coger el azote y cruzar rostros en que rara vez asomaron el pudor y la vergüenza.

Mas aquí, no sólo el Congreso dicta leyes: legisla todo el mundo, y como hijos del Imperio Romano, somos legisladores en potencia. Alguien lo dijo ya: "Aquí legisla la Junta de Vigilancia del Registro de la Propiedad, legisla la Junta Departamental, legisla el Consejo Superior de Instrucción, legislan las Cortes y los jueces, legisla a diario el Gobierno, etc."

¡Oh manía legiferante de los políticos peruanos! Quieren improvisar hombres a fuerza de imponer leyes: no hay organismos, y decretan funciones; no hay ojos, y exigen largavistas; no hay manos, y ordenan guantes. Quizá no existe candidato a la Presidencia, juez, diputado, bachiller, amanuense o portero que no archive en la cabeza su constitución, sus códigos, sus leyes orgánicas, sus decretos ni sus bandos. Todos guardan la salvación de la patria en algunos rimeros de papel entintado con algunas varas de proyectos y lucubraciones. ¡Cuánto político por afición atávica, venida de su abuelo el conserje o de su padre el ex-senador suplente! ¡Cuánto sociólogo por haber oído el nombre de Comte y saber la existencia de Spencer y Fouillée! Esos políticos y sociólogos, pretendiendo conducir a las naciones, nos causan el efecto de un mosquito afanándose por desquiciar a un planeta. Ocurren ganas de apercollarles y decirles:

—¡Basta de reformas y proyectos, de logomaquias y galimatías! Más de ochenta años hace que ustedes viven chachareando en las Cámaras, desbarrando en los ministerios, *rastacuereando* en las legislaciones y dragoneando en los puestos de la administración pública. Vayan unos a carenar

buques, otros a barretear minas, otros a mondar legumbres, otros a bordar casullas, otros a manejar escobas, otros a segar hierba o quebrantar novillos.

La vergüenza del Perú no está en haber sido arrollado y mutilado por Chile (¿qué pueblo no ha sufrido mutilaciones ni derrotas?); el oprobio y la ignominia vienen de seguir soportando el yugo de tanto orador sin oratoria, de tanto moralizador sin moral, de tanto sabio sin sabiduría. Sí, ustedes son la carcoma y el deshonor del Perú, oh barberos y sacamuelas de la Sociología, oh Purgones y Sangredos de la política, oh charlatanes y confeccionadores de miríficas drogas para sanar y prevenir todas las enfermedades del cuerpo social.

Cuando transcurran los tiempos, cuando nuevas generaciones divisen las cosas desde su verdadero punto de mira, las gentes se admirarán de ver cómo pudo existir nación tan desdichada para servir de juguete a bufones y criminales tan pequeños.

1906

NUESTRA ARISTOCRACIA ¹

I

LOS JESUITAS (que tienden a monopolizar la dominación de los ricos) divulgan desde el púlpito que la Iglesia es aristocrática, pues "Jesucristo descendió del Rey David;" y que "si la incredulidad revela casi siempre el origen plebeyo de un hombre, la adhesión al Catolicismo sirve de probable indicio para descubrir la sangre azul." Y ¡ya tenemos a ciertas gentes de Lima echándola de buenas católicas por darse humos de aristócratas!

¡Aristocracias en el Perú! ¿Quién no sonríe cuando las *notas sociales* de los diarios nos describen una *matinée* o una *kermesse* donde asistió *lo más granado de la aristocracia limense*? Aquí no existe más línea de separación que la trazada por el dinero ni se conoce más nobleza que la especie de mazorca formada por los descendientes de los logreros enriquecidos en la Consolidación, el huano y el salitre. Olvidábamos a otros nobles —los hacendados o cañaveleros. La nobleza de los logreros debe tener en sus blasones una mano introducida en un saco; la de los cañaveleros, un brazo blandiendo un azote en las posaderas de un chino.

La sangre española va desapareciendo en las uniones *morganáticas* y en los misterios libidinosos de las alcobas, de modo que el menos *africanizado* de nuestros jóvenes aristócratas posee blancura de albayalde con un diez por ciento de brea. A los *black minstrels* de Estados Unidos se les descubre lo anglosajón a pesar del betún que les embadurna la cara; a nuestros hidalgos se les nota lo berberisco al través del forro blanco: no

¹ Prada pertenecía a la aristocracia hispanoamericana; renunció a ella pero aquí destaca especialmente la raigambre negra de algunos aristócratas y su clericalismo.

han perdido más que el pigmento y la *vedija*. Los unos parecen harina flor en costales alquitranados, los otros semejan carbón de piedra en sacos de armíño.

Todo el que en Lima entre a un salón aristocrático donde se hallen reunidas unas diez o doce personas, puede exclamar sin riesgo de engañarse: "Saludo a todas las razas y a todas las castas." Somos una paleta donde se mezclan todos los colores, un barril donde se juntan los vinos de todos los viñedos, una inmensa cuba donde fermentan los detritus de Sem, Cam y Jafet. Y lo repetimos sin ánimo de ofender, pensando que de esa mescolanza o fusión, donde tal vez predominen las buenas cualidades y se anulen las malas, puede surgir una síntesis humana, algo muy superior a lo antiguo y a lo moderno. En tanto ¿qué es Lima? una aldea con pretensiones de ciudad. ¿Qué sus casas? unos galpones con ínfulas de palacios. ¿Qué sus habitantes? unas cuantas lechigadas de negroides, choloides y *epifanios*, que se creen grandes personajes y figuras muy decorativas porque los domingos salen a recorrer la población ostentando sombreros de copa, levitas negras y bastones con puño de oro.

Como nuestras bisabuelas tuvieron inclinación a la coronilla y al *cordobán*, los peruanos (señaladamente los limeños) venimos de capellanes y caleseros. No se quedaron atrás los bisabuelos al profesar el principio que *sí, a más no poder, las blancas están buenas para mujeres legítimas, las negras y las mulatas sirven mejor para mancebas*. A medida que las gentes poseían más riquezas y, por consiguiente, mayor número de esclavos, era mayor el roce de las hijas o hijos de los amos con los hijos o hijas de los negros. ¡Si las antiguas recámaras pudieran hablar! Para disimular el escándalo de los *frutos* nacidos en esa promiscuidad porcina, se inventó la famosa teoría de los *vientres sucios* y los *vientres limpios*. Cuando en el matrimonio de dos negros (hermosas muestras de carbón animal) nacía un chico más próximo a la nieve que al tizón, el buen taita fruncía la jeta; pero endulzaba el gesto apenas un comadrón le aseguraba que la señora negra tenía vientre limpio. Al revés, si de dos españoles nacía un muchacho con matriz de chocolate o ladrillo, el papá (algún señor marqués de tic y gagueo) ponía cara alegre y se tragaba el hijo, si la comadrona le juraba que madama la marquesa tenía *vientre sucio*.

Los cholos y los mulatos (nacidos por lo general de hombre blanco y de mujer amarilla o negra) adquieren el orgullo del padre, blasonan de alta alcurnia y desdennan a la madre. En Lima, donde los más encopetados miembros de la *high life* son hipócritamente blancos, no se imagina oprobio mayor que guardar en las venas un poco de sangre indígena o africana; y por eso, cuando riñen dos limeños y agotan el diccionario de

los insultos, apelan a tratarse de zambos o de cholos: el zambo y el cholo equivalen a un cartucho de dinamita.

Si las divinidades egipcias brotaban en jardines y huertos, los nobles peruanos nacen donde todos sabemos. La pululación del microbio nobiliario va en aumento, en vez de menguar con la vida republicana; es una endemia nacional. En tiempo de las guerras napoleónicas, las lavanderas y cocineras, transformadas rápidamente en generalas y mariscalas, se inflaron de tal orgullo que, repantigándose en los sofás de las Tullerías, exclamaban: *Maintenant, c'est nous qui SONT les princesses*. Dentro de poco, las hijas de un marqués calafatero o de un conde pulpero, dirán regodeándose en los sillones de Palacio: Nosotras *semos* la aristocracia. El Perú correrá parejas con Italia, donde, según nos cuenta un viajero francés, hay que dirigirse a los mozos de fonda gritándoles: Oye, príncipe, dile al marqués que me llame al conde para que me embetune los zapatos.

Cuando, al estallar la guerra de los Estados Unidos con España, algunos de nuestros *negroides* vociferaban contra los *Yankees* y se golpeaban el pecho, diciendo que para ellos la guerra hispano-americana era una cuestión de raza, nosotros sonreíamos y murmurábamos interiormente, recordando al personaje de una ópera bufa: "Hay gentes que se titulan españolas, y maldito lo que de españolas tienen."

II

JACINTO O. PICÓN declara en una de sus novelas: "Yo tengo la preocupación de creer que no hay español que no tenga en las venas sangre de fraile... Siempre que se me ocurre una idea mala, digo: esto es atavismo, reminiscencia del padre Tal o Cual, que debió de tener algo con alguna de mis abuelas." Y Rodrigo Soriano escribe en sus *Flores Rojas*: "Los españoles, cuando no tienen carlistas con que pelear, inventan moros. Al fin y al cabo, todo es guerra civil, sea carlista, sea moruna." Por confesión de dos escritores españoles, los hijos del Cid no tienen *la sangre azul del germano ni la roja del francés*, sino un compuesto de suero entintado y glóbulos rojos con bonete.

Y como, en vez de mejorar el compuesto, le hemos empeorado, ya se comprende la religiosidad, o mejor dicho, el catolicismo y la frailería de las matronas y los caballeros que en nuestra sociedad aspiran a titularse la flor y nata: por atavismo van a la sacristía, como fue su ascendiente el capellán; por atavismo acuden también a las hermandades religiosas, como asistió a la cofradía su devoto progenitor el bozal. Cuando alguno

me afirma que sin religión no se concibe moralidad ni buenos sentimientos, yo me digo: tú me denuncias tu procedencia sacerdotal. Cuando algún otro me sostiene que al revolucionario se le debe exterminar sin misericordia, yo pienso: tú me revelas a tu abolengo el café.

Siempre se alabó la docilidad de los bozales para convertirse al Catolicismo. Nada más lógico. El hombre ignorante y primitivo no se aviene a los cambios radicales y violentos, sobre todo en el orden religioso: con ligaduras de hierro, vive amarrado a las creencias inmemoriales. Por lo difícil de vencer la tradición y de introducir en un cerebro salvaje las ideas de un hombre civilizado, no se hace de un fetichista un librepensador. El negro se convertía fácilmente a la religión de su amo porque no saltaba de una creencia vulgar a otra sublime y diametralmente opuesta: la doctrina enseñada por el sacerdote guardaba mucha similitud con las supersticiones de las tribus africanas.

La adhesión al Catolicismo, en vez de probar el origen aristocrático de un hombre, denuncia su africanismo. La intensidad del fervor religioso crece en proporción a la oscuridad de la piel; así, el negro puro excede en religiosidad al cuarterón, el cuarterón al octavón, el octavón al blanco. Midiendo, pues, la religiosidad de una matrona limeña, se hará el porcentaje de la sangre africana contenida en sus venas. Y los hechos lo constatan. ¿Quiénes asisten con más entusiasmo a procesiones y fiestas católicas? Toda religión nace de la cabeza y muere en los pies. Cuando el Paganismo dejó de ser creencia popular, había desaparecido ya de los cerebros ilustrados. El Catolicismo, llamado a sucumbir como su hermano el Paganismo, no es ya creencia de sabios ni de filósofos: a semejanza del árbol en invierno, vive de la savia almacenada en sus raíces.

Emile Burnouf ha sentado un principio: "El abandono de las ortodoxias comienza siempre por las clases elevadas, quiere decir, instruidas, porque el saber que a un hombre le liberta de la ortodoxia, le coloca al mismo tiempo en esas clases." Del principio de Burnouf se deduce que toda clase donde predomina el fanatismo no merece llamarse alta o superior sino baja o inferior. Los que en el orden social se arrojan el título de personas decentes o clases elevadas suelen representar a la verdadera plebe en el orden intelectual o moral. Un negro y un indio pobres, más instruidos y desfanatizados, pertenecen a clase más elevada que un blanco noble y rico, mas ignorante y superticioso. El ser hombre no depende tanto de llevar figura humana como de abrigar sentimientos más depurados que los instintos de un animal inferior. ¡Cuántos nobles y ricos distan menos de un chimpancé o de un gorila que de un Spencer o de un Tolstoi!

Resumiendo: los católicos del Perú no deberían enorgullecerse de su Catolicismo sino avergonzarse de él como de un estigma hereditario: les prueba que si por la raza son *negroides*, por la intelectualidad son plebe.

NUESTROS BEDUINOS

TENEMOS POR MALOS políticos a los hombres que arruinan un país, aunque hablen como Cicerón y escriban como Tácito.

¿Dónde nos han conducido nuestros Guizot y nuestros Bismarck? respondan ellos mismos si el crédito nacional ocupa nivel superior al crédito de Turquía, si el nombre de peruano significa honra o vituperio, si el Perú causa envidia o lástima.

Para nuestros hombres públicos, es decir, para los Beduinos (las cosas han de llamarse por sus nombres), el Perú fue tienda plantada en el desierto de una segunda Arabia: acometieron y despojaron a los dueños; pero no se van porque todavía explotan algunos restos de grandeza y no vislumbran tienda que embestir y robar.

Si conforme lo asegura Letourneau, *medio Inglaterra pertenece a ciento cincuenta individuos y medio Escocia a diez o doce personas*, el Perú gime bajo la dominación de unos cuantos seres privilegiados. ¡Siempre los mismos hombres, sus hijos o sus parientes!

Como los alquimistas de la Edad Media se legaban de padres a hijos la tarea de encontrar la piedra filosofal, así los Beduinos del Perú se transmiten de ascendientes a descendientes la obra de convertir en oro el sudor y la sangre de la Nación. Familias enteras, a modo de gigantescos pulpos, desenvuelven uno y mil vericuetos de la Caja fiscal. Esos hombres nos laminarían entre los cilindros de un trapiche, nos destilarían en la pila de un alambique, nos carbonizarían en un horno de quemar metales, si de nuestro residuo pudieran extraer un solo miligramo de oro.

La lucha con los Beduinos tiene que ser larga, difícil y sangrienta, no porque estén listos a derramar la propia sangre, sino porque se darán trazas para que otros se dejen matar por ellos. Carecen de valor, pero tienen astucia de sobra. En la guerra con Chile probaron su cobardía, no

habiendo tenido coraje ni para defender la presa del huano y del salitre; en los vaivenes de nuestra política manifiestan su habilidad hoy mismo, siéndolo todo cuando no gozan de popularidad, cuando son generalmente aborrecidos. Nacen como el hongo en el estercolero, se adhieren como la ostra a la peña, se propagan como la tenia en los intestinos, se cuelean como el aire por las rejillas más estrechas. Poseen la sutileza del hidrógeno y la ductilidad del oro. Donde se desliza uno, se deslizan mil, se deslizan todos, porque forman un jesuitismo de frac y una masonería de puchero. Cambian de nombre y disfraz, quedando los mismos. Como los escribanos siguen de escribanos, aunque se titulen cartularios, actuarios, secretarios, notarios o ministros de la fe pública, así los Beduinos no dejan de ser Beduinos, por llamarse como se llamen, por seguir la bandera que sigan ni por ejercer el oficio que ejerzan. ¿Quiénes dominan en el Congreso? los Beduinos. ¿Quiénes en el Gobierno? los Beduinos. ¿Quiénes en el Poder Judicial? los Beduinos. ¿Quiénes en aduanas, beneficencias, municipios, legaciones, consulados, bancos y periódicos? los Beduinos.

Ellos viven hipnotizando a los gobiernos o ejecutando el baile circular del zorro al pie del árbol presidencial; ellos son los primeros en disfrutar los beneficios y los últimos en arrostrar los peligros; ellos, como tierra maldita, reciben la semilla y beben el agua, sin producir jamás el fruto; ellos, como la culebra de los cuentos populares, sueldan sus labios a los pezones de la Nación, chupan hasta extraer sangre, y nos dan la punta de su nauseabunda cola.

¿Qué males no causaron? De ellos se pueden afirmar algo semejante a lo que Atila dijo de su caballo: "Donde estampa los cascos no vuelve a nacer hierba."

Y el mal viene de arriba, las confabulaciones para todas las iniquidades se consuman en lo más elevado. Aquí la podre contagiosa se oculta bajo el frac y la levita, no bajo la blusa ni el poncho. En el Perú la corrupción actúa en sentido inverso de lo acostumbrado: en las naciones más civilizadas subsiste un fondo primitivo de donde suben a la superficie los elementos de la barbarie; pero entre nosotros existe una clase superior, y en esa clase *una costra* de donde bajan al asiento los gérmenes de todas las miserias, de todas las prostituciones y de todos los vicios. Nuestras mil revoluciones fracasaron o fueron contraproducentes porque esa costra, después de momentáneas inmersiones, sobrenadó siempre. Se derrocó presidentes, se derramó sangre de infelices; pero nunca se volteó lo de abajo para arriba ni se practicó una verdadera liquidación social.

Lo sucedido ayer, sucede hoy y quién sabe sucederá por muchísimos años. El pueblo (y no sólo el pueblo sino muchos hombres con ínfulas de pensadores y cultos) se imagina que hace mucho con aplaudir o silbar,

olvidando que en las saturnales de Roma los esclavos tenían derecho de emborracharse y decir desvergüenzas a sus amos.

Fuimos ultrajados, pisoteados y ensangrentados como no lo fue nación alguna; pero la guerra con Chile nada nos ha enseñado ni de ningún vicio nos ha corregido: como enfermedad intercurrente, la invasión araucana desapareció, dejándonos todos nuestros males crónicos.

Hoy la próxima elección de Presidente simula signos de vida en este organismo paralizado y casi muerto: los candidatos luchan —lucha de cuervos por dar picotazos a la ensangrentada cabeza de un soldado moribundo; los políticos se agitan —agitación de vibriones en las entrañas de un cadáver; los periódicos riñen —riña de meretrices en el charco de una plazuela.

Asistimos a un espectáculo útil y necesario, aunque cínico y nauseabundo: todos los hombres públicos, valiéndose de documentos fehacientes, se arrojan a la cara el lodo que amasaron en su camino. Parece la sacada al Sol de todas las inmundicias almacenadas en un hospital de sifilíticos y leprosos. Sólo falta que la Nación arroje una buena dosis de ácido fénico.

El pueblo, la masa nacional, permanece en la más estólida indiferencia. Gobiérne quien gobernare, nada le importa; sobrevenga lo que sobreviniere, poco se le da; todo lo sufre, todo lo acepta. El Perú, como infeliz mujer encadenada al poste de un camino real, puede sufrir los ultrajes de un bandolero, de un imbécil, de un loco y hasta de un orangután.

Todavía piensan algunos en vivir a los sempiternos repartidores de butifarras, cuando el único grito de todos los hombres honrados debería reducirse a ¡Fuera los Beduinos!

1889

NUESTROS TIGRES

I

EN EL PERU se realiza un fenómeno social muy digno de llamar la atención: no sólo el asesinato y el robo, sino los instintos más depravados, tienden a exacerbarse en las personas decentes o clases elevadas. A quien lo dudara le preguntaríamos si fueron indios de ojotas y poncho los rapiñadores del huano y del salitre, si se llamaron Quispe y Mamani los fraguadores de pronunciamientos, incendiarios de pueblos, taladores de haciendas y fusiladores de vencidos o prisioneros. Acaso el indio, repleto de alcohol y rabia concentrada, pudo servir de instrumento para consumir todas las abominaciones; pero la mano ejecutante y el cerebro inspirador no estaban en él.

Va desapareciendo el coronel Cuatro Balazos, el antiguo fanfarrón que en sus arranques de rabia prometía y juraba fusilar a todo el mundo; y que venido el caso, no cumplía juramentos ni promesas. En cambio, está cundiendo con asombrosa fecundidad el paisano todo labia, el cazurro y jesuita que en sus deliquios amistosos ofrece maravillas a un pobre diablo, para enseguida quitarle el empleo, mandarle prender o hacerle matar en una encrucijada. Al perro que ladraba y no mordía, sucede el Tigre que lame y despedaza.

Ignoramos si en otras partes del mundo quedan impunes las autoridades que abusan del poder al extremo de convertirse en verdugos de los subordinados; pero diariamente vemos que en el Perú los justos y los buenos se vuelven inicuos y malos desde el momento que disponen de autoridad. El cordero peruano que se duerme de simple alguacil, despierta de lobo. Tómese al primero de los almidonados y melifluos mozalbetes que danzan en los casinos, cenan en los clubs, beben *cocktails* en las

tabernas doradas o gorgoritean idilios en ateneos y círculos literarios; concédasele una prefectura, una subprefectura o una comisaría; invístasele, en fin, con la más diminuta parcela de autoridad; y veremos que instantáneamente se desembaraza de la película burguesa para descubrir el fondo montaraz: como si tratara de hacer una carambola, urdir una mentira o *golpear* un cigarrillo, el mozalbete melifluo y almidonado introduce la mano en el arca fiscal, incendia, tortura, viola o mata. Casi habría derecho para formular dos axiomas: el hombre decente que maneja fondos públicos, rinde malas cuentas; el caballero de *sangre azul* que recibe mando, comete alguna iniquidad.

Recordemos a los más odiosos criminales aparecidos desde 1872, año en que parece iniciarse la recrudescencia de la ferocidad, con la matanza de los Gutiérrez y el advenimiento de los prócónsules civilistas. Muchos nacieron de familias apacibles y humanas, algunos recibieron excelente educación y hasta poseían diplomas universitarios. Ofrecían todas las apariencias de hombre; mas al primer ensayo, descubrieron la garra del felino. De ahí que los más cultos y más suaves nos infundan mayor miedo. Cuando en el Parque inglés o en el Paseo Colón divisamos a un gomoso con su trapo dominguero y su fisonomía risueña, no dejamos de murmurar *in pectore*: ¡sí bajo la pechera de batista y el smoking de lana esconderás el hueso y la carne de un Musolino! ¡Si pertenecerás a la manada de los Tigres!

Es que si algunos hombres han introducido en su cerebro unas cuantas vislumbres de ciencia medio teológica y medio positiva, casi ninguno ha logrado humanizar su corazón al punto de hacerlo sentir *su propia carne en toda carne que se desgarrar y padece*. Muchos olvidan que el insensible al dolor y la muerte de su prójimo debe llamarse bárbaro, aunque atesore la filosofía de un Platón y la ciencia de un Aristóteles. Veinticuatro siglos hace que en la Grecia pagana un filósofo escribió: *La vida perfecta es la bondad*; hoy, a los diecinueve siglos de Religión Cristiana, hay que decir a los blasonadores de Catolicismo: nada tan absurdo ni estéril como la crueldad, sólo dura lo fundado en la justicia y la misericordia. Mentira la civilización sin entrañas, embuste la sabiduría sin el sentimiento. Para medir el valor real de pueblos e individuos, no sólo se les mira funcionar el cerebro, se les oye latir el corazón. San Vicente de Paul cobijando a un niño vale más que Napoleón ganando la batalla de Austerlitz.

Los que llevan alguna luz en la cabeza no la usan para guiarse por el camino del bien: falsamente educados, poseen una civilización sin piedad ni misericordia, algo así como una barbarie de guante blanco. Basta indagar lo que sucede en la Nación para cerciorarse de que la tranquilidad de las poblaciones se mide por la lejanía de las autoridades o corregidores

modernos, que el bienestar de las indiadas se calcula por la menor influencia de los hacendados o señores feudales, que, en resumen, las llamadas clases dirigentes dirigen hacia el mal. Ora como autoridades religiosas, militares o civiles; ora como agricultores, mineros o comerciantes; los blancos y los mestizos se aproximan a los indios, para quitarles a sus mujeres, explotarles, fanatizarles, alcoholizarles y lanzarles a las revoluciones. Como los más indefensos y más débiles, los indios proporcionan la carne de placer al sátiro y la carne de dolor al Tigre: son los armenios de una Turquía católica.

Y ¿qué remedio, sin justicia legal ni sanción pública? Al revés del rayo que hiere las cumbres más elevadas, aquí la ley no gravita sino sobre las cabezas más bajas. El delincuente no sufre la pena debida ni se atrae la execración de la muchedumbre: todo prescribe a los pocos años, todo se olvida a los pocos meses. En las tempestades de la vida nacional se conoce los hundimientos momentáneos, no las sumersiones definitivas. Después de un eclipse fugaz, las Mesalinas más *averiadas* vuelven a la circulación, adornadas con todas las seducciones de la virginidad política. Se ha dicho que en el Perú no existía sanción moral. Efectivamente, aquí no se gana ni se pierde honra; y vale tanto ser Vigil como Chacallaza, Mariano Amézaga como el negro León. Nadie pierde la estimación social por cometer robos y perpetrar asesinatos. Del hombre público enriquecido en una o dos semanas, merced a las dádivas de un gordo traficante, se dice *¡Buena cabeza para los negocios!* Del político sanguinario como Nerón y cobarde como una liebre se repite *¡Carácter muy enérgico!* A los limpios de sangre y cohecho, a los abominadores de Tigres y aves de rapiña, se les llama teóricos soñadores, utopistas o locos: son los únicos merecedores de vilipendio.

II

NO NEGAREMOS QUE si en alguna de las naciones más civilizadas de Europa estallara una revolución, aparecerían monstruos iguales a los surgidos en el Perú y se realizarían escenas de tanta sangre como las repetidas aquí desde la guerra con Chile; negamos, sí, que en ninguna sociedad medianamente humanizada (en el estado normal y cuando nada justifica el empleo de la violencia) se ataque oficialmente la propiedad o la vida de los ciudadanos pacíficos. Los crímenes de las autoridades peruanas sobrevienen inesperadamente, como truenos en día claro y bonancible. De repente, se habla de seudo conspiradores flagelados en la prisión, de mujeres violadas

por sus carceleros, de reclutas heridos por sus jefes, de presuntos reos fusilados en un camino. Las *partidas de campo* asumen el Poder Ejecutivo y el Judicial, no sólo con los malhechores profesionales, sino con los ladrones de gallinas y cuatrerros de relance. Cuando el hombre confiesa, la *partida* le abalea para robarse el robo, cuando no confiesa, también le fusila si un hacendado rico se interesa en el fusilamiento del culpable o no culpable.

Los descendientes de inquisidores no olvidan la *cuestión previa*. ¿Qué no se hace con los infelices para obligarles a confesar un delito real o atribuirse uno imaginario? se les aglomera en habitaciones sin aire ni luz, húmedas y pestilentes; a media noche se les arranca del sueño para lanzarles cubos de agua fría; desnudos, se les encordela en el lomo de una bestia con el fin de pasearles bajo los rayos de un Sol canicular; se les remacha grillos, se les pone en cepo volador, se les atenacea las puntas de los dedos, se les da tortor en el cráneo, se les cuelga de los pulgares o de los testículos. . .

Y semejantes horrores no pasan únicamente más allá de la cordillera, donde apenas si alcanza la acción del Gobierno: se realizan en la Capital, no muy lejos de prefectos, ministros y presidentes. No hace muchos años que en los salones de la Prefectura se oía los alaridos de los presos martirizados en los calabozos de la Intendencia. Tampoco hace mucho tiempo que al asaltar el pueblo esa misma Intendencia, halló los instrumentos de suplicio, manchados aún con la sangre de las víctimas. Rebuscando en los arrabales, se daría tal vez con alguna pobre mujer descoyuntada en las torturas de una comisaría. Parece verdad que el año 1895 los revolucionarios triunfantes quemaron vivo a un negro por el delito de espionaje. Los menos crueles, los más humanos resultan los que toman a un hombre, le fusilan y le entierran. El Chinchao de Pardo, el Santa Catalina de Morales Bermúdez, el Tebes de Cáceres, el Guayabo de Piérola y el Pazul de Romaña deben figurar como actos de humanidad y clemencia.

Se comprende, hasta se mira sin horror el crimen pasional, cometido cuando saltan los nervios y hierve la sangre; mas se necesita ser contemporáneo del mastodonte para concebir la ferocidad serena y sistemática. Pierden el derecho de figurar en la especie humana los que ordenan fusilamientos o flagelaciones, y acto continuo bailan chilenas o se atiborran de cañazo y guisotes criollos. Son curas de Bambamarca sin la disculpa del fanatismo, son los peores criminales, los de sangre fría.

¿De dónde proviene la ferocidad intensiva? ¿Herencia o adquisición? Se diría que nos hubieran transvasado sangre de tigre. En la aparición de los hechos criminales no lamentamos unos simples casos esporádicos; estudiemos una gran epidemia —la neurosis roja. La sangre nos tiñe de pies

a cabeza; mas no vivimos satisfechos: desearíamos que nos sumergiera y nos ahogara. Parece que sintiéndonos impotentes para vengarnos de Chile, volvemos el arma contra nosotros mismos: no pudiendo matar, nos matamos. Nadie más que nosotros debería anhelar el advenimiento de hombres justos y humanitarios, como desea buenos manjares y buena bebida el prisionero que por muchos días vivió de pan seco y agua tibia. En el Perú ensayamos todos los sistemas de gobernar, menos el basado en la justicia y la verdad. Casi todos los presidentes fueron encarnaciones de la iniquidad y la mentira; poquísimos no llevan su mancha de sangre ni aparecen seguidos por interminable caravana de viudas y huérfanos.

Nuestra paz debe considerarse como preámbulo de una revolución o armisticio para enterrar a los muertos y repartir el rancho a los vivos. Siempre existieron manadas de Tigres esperando el momento psicológico. Existen hoy mismo, atisbando y agazapándose para dar el salto. ¿Caerán de nuevo sobre la Nación o se destrozarán en una guerra de familia? Si los felinos se devoraran unos a otros, nos regocijaríamos con la esperanza de verles desaparecer algún día; pero no cabe regocijo porque los malos quedan ilesos en las acometidas a los buenos, o donde muere uno, brotan cien y mil.

La Nación, cogida entre el bando civilista y la fracción demócrata, se mueve como el hombre que avanza por un estrecho callejón de paredes embadurnadas con sangre y lodo: tanto se mancha pegándose a la derecha como acercándose a la izquierda. Por un lado, los Demócratas que pretenden erigir nueva montaña de cadáveres para instalar en la cumbre al enemigo de toda luz y de toda libertad; por el otro lado, los Civilistas que amenazan convertir el Perú en una de aquellas repúblicas italianas, desaparecidas en la abyección y la sangre por no haber conocido más divinidades que el agio y la rapiña. Sabemos que si el bien no puede existir en la paz del Civilismo, tampoco puede venir con la revolución demócrata. Aquí, los pronunciamientos no entrañan el propósito de cambiar lo malo por lo bueno sino el de sustituir a hombres malos con otros iguales o peores. Casi toda revolución del Perú ha sido una guerra civil entre dos reacciones.

Veamos lo que actualmente pasa en Lima con motivo de la elección presidencial. El pueblo se divide en dos campos —los demócratas o foragidos a pie y los civilistas o facinerosos en coche. Donde se reúne un club civilista, asoma de improviso un grupo demócrata que al son de *¡Abajo la argolla!* descarga una lluvia de piedras y salva el bulto. Donde se agolpa un gentío —demócrata o no demócrata— aparece en el acto una victoria llena de personas decentes que lanzan el grito de *¡Mueran los demócratas!* y descargan los revólveres sobre enemigos y simples curiosos. Tan venales los unos como los otros, pues si la blusa se vende por dos o cuatro soles, la levita hace

lo mismo por un empleo, cuando no por dos o cuatro libras esterlinas. Y lo más nauseabundo no es la venta, la procacidad ni la agresión salvaje: es la impudencia en el mentir, cuando resulta un muerto y la justicia quiere deslindar responsabilidades. El demócrata miente lo mismo que el civilista, el blancón de levita como el zambo de chaqueta. Nada más repugnante que la lucha entre esas dos canallas, la de arriba y la de abajo.

Los cerebros parecen desequilibrados por la monomanía revolucionaria: tenemos hombres que personifican la revolución latente, como Don Quijote representaba la caballería andante. A los profesores de barricadas nosotros oponemos los doctores en montoneras. Y no sólo florecen los profesionales que al diploma de doctor agregan los despachos de coronel para dragonear como Napoleones de chicha y coca, sino los aficionados o de ocasión, los individuos que al oír el anuncio de la *centésima regeneración* nacional a mano armada, empuñan su rifle, merodean en poblado lo mismo que en despoblado y, concluyendo la obra de *regeneración*, se retiran a saborear honestamente los ahorros de su labor patriótica. Si en las cinco partes del mundo pululan agricultores, marinos y mineros que respectivamente desean poseer su tierra, su buque y su mina, en el Perú abundan los hombres que sueñan tener su montonera propia. Con una breve campaña se asegura el porvenir de la familia y se gana la estimación general. ¿Quién no forma su montonera? el pobre diablo incapaz de reunir seis hombres armados con cinco rifles. ¿Quién no intenta su revolución? el infeliz inhabilitado para conseguirse una gorra de coronel, una banda de cuatro músicos y dos botijas de aguardiente.

Y ¡esto se llama nación y república! Mas no lancemos jeremiadas ni andemos con pesimismo. En lugar de lamentarnos por la frecuencia de sediciones y motines, congratulémonos de que no se realicen mensual o diariamente. ¿Hemos sobrellevado tres presidentes a la vez? podríamos haber sobrellevado seis. ¿Hemos sufrido unas cien revoluciones? podríamos haber sufrido doscientas. ¿Hemos presenciado la desolación de medio territorio? podríamos haber presenciado la ruina de todo el país. ¿Hemos visto carnicerías de tres o cuatro indios? podríamos haber contemplado la eliminación de toda la raza indígena. Los que todavía respiramos el aire y vemos el Sol, vivamos agradecidos a los Tigres que nos otorgan esos beneficios.

1904

NUESTROS VENTRALES

I

DURANTE LA ocupación chilena, un compatriota nuestro fue a recibir públicamente no sabemos qué número de azotes. Ignorando nosotros la causa, supongámosla un robo insignificante o menudo, pues los Chilenos, que roban por mayor, no transigían con el pobre diablo que lo hacía por menor. Rivalidades del oficio. El condenado a sufrir pena tan infamante, no era un hombre del pueblo, sino uno de esos *déclassés* que en las peripecias del descenso pierden la dignidad, aunque guardan restos de levita para disimular ausencias de camisa y chaleco.

La ejecución tiene lugar en la plazuela de Santo Domingo, ante muchos espectadores que vienen a presenciar una cosa nueva en Lima — una azotaina pública. Obedeciendo la orden de un oficial o ayudante de verdugo que preside el acto, nuestro digno conciudadano se afloja los pantalones, se tiende en el suelo y, a compás de un tambor, recibe en silencio la dosis que para el mal de uñas le administran los doctores en moralidad. Luego, se levanta, se ajusta los pantalones y después de dirigir una mirada circular, murmura con toda sangre fría de un verdadero estoico *¡Pensé que doliera más!*

Habíamos tenido el publicista que al recibir en plena calle una bofetada del Presidente Castilla, hace una reverencia, se quita el sombrero y dice compungidamente: "Merecida la tengo, Señor Excelentísimo, por mi osadía en atacar a Vucencia." También habíamos tenido el egregio funcionario que al sufrir, ante numerosa concurrencia, un puntapié del mismo Castilla, se dobla humildemente y prorrumpe con toda la diplomacia de un Talleyrand: "Siento mucho haber suscitado la justa cólera de Su Excelencia." Nos faltaba el héroe de la plazuela de Santo Domingo. Ese filósofo *es el hombre repre-*

sentativo de Emerson, el símbolo de Lima, del Perú entero, a quien todo le duele menos de lo que había pensado.

En verdad, nada nos duele mucho, ni las penas infamantes. Hasta se diría que las posaderas nacionales sienten la nostalgia del azote chileno; mas, como no todos los días acaecen invasiones araucanas, nos flagelamos unos a otros en las guerras civiles o nos dejamos flagelar por los gobiernos en esa tiranía latente que se llama orden establecido. Nos hemos convertido en algo así como animales de espinazo horizontal.

Nos hallamos, pues, en la actitud más cómoda para la flagelación; y hagamos algo más que nuestro compatriota de marras: regocijémonos. Los azotes son higiénicos y saludables, cuando reina una temperatura muy fría, cuando la dosis no pasa de lo regular, cuando no carga mucho la mano del verdugo. A más, una solfa, sabiamente administrada, predispone al amor, sirve de afrodisíaco. También sirve de aperitivo, dado que desde las azotaínas chilenas se nota en el país una furiosa rabia de comer.

II

REFIEREN que en la época del Virreinato un personaje de Madrid, departiendo sobre cosas de América con un recién llegado de Ultramar, tuvo la ocurrencia de preguntarle ¿Qué harán ahora en Lima? — Repicar y quemar cohetes, respondió el *ultramarino*, dando señales de conocer a los limeños de entonces. Si hoy, en alguna parte del Globo nos dirigieran la misma interrogación, nosotros no vacilaríamos en contestar: lo que en Lima hacen ahora es comer.

Los almuerzos suceden a los almuerzos, los lunches a los lunches, las comidas a las comidas, las cenas a las cenas. Se engulle sólidos y se bebe líquidos a punto que bajo el lema de Vida Social o Notas Sociales, los *diarios serios* han abierto una sección especialmente consagrada a contarnos dónde funcionan con mayor actividad las cucharas, los tenedores y las copas. Hay la bolsa culinaria, como hay la bolsa mercantil. Las redacciones parece que tuvieran personas encargadas de huronear en las canastas del recado para ver cuáles llevan una gallina, y husmear alrededor de los fogones para descubrir cuáles trascienden a extraordinario. El menú de las comidas merece lugar tan importante como la relación de una corrida o de una fiesta religiosa; así que todo buen periodista debe tener en su mesa de redacción un *Arte de Cocina* junto al *Año Cristiano* y a un libro de Tauromaquia.

Los diarios no necesitan afanarse mucho para inquirir noticias gastronómicas y llevar tanto la *baja* de los vecinos que ponen mantel largo como

el *alza* de los que se limitan al puchero cotidiano: los anfitriones mismos se cuidan de llevar el dato al periódico, muy ufanos de reunir seis comensales y muy convencidos de ejercer una de las más altas funciones sociales al comerse un pavo y destapar una botella de champagne. Merced a la divulgación de los ágapes caseros, y estamos en condiciones de no ignorar cuándo echa sus primeros dientes el hijo de un subprefecto y cuándo cumple los setentecincos la suegra de un ministro.

Los banquetes a los verdaderos y a los falsos personajes se repiten con frecuencia que raya en lo maravilloso, en lo inverosímil. Al pobre Candamo, con ofrecerle tanta comilona, le apresuramos su viaje para el otro mundo, a Menéndez Pidal le hicimos conocer indigestiones más serias que las producidas por el garbanzo y el gazpacho, a Sáenz Peña le dimos razón para sostener que una batería de cocina puede hacer tanto mal como una de Schneider-Canet, a Root no le derribamos de una buena enteritis por haber tenido la feliz idea de salvarse a tiempo. Vivimos en perpetuas bodas de Camacho. En las cinco partes del mundo no hay hombres más atareados que los marmitones de nuestros clubs y de nuestros hoteles. Las quijadas de muchas gentes han resuelto el problema del movimiento continuo, los vientres de muchas personas han denunciado profundidades mayores que las del Océano Pacífico. Algunos dan señales de convertirse en sacos digestivos con el accesorio de tentáculos para coger la presa; otros andan en camino de volverse monstruos acéfalos y llevar en ambos hemisferios un simple conato de circunvoluciones cerebrales. Banquete al pasado y al futuro jefe de la Nación, banquete al senador y al diputado electos, banquete al nuevo juez de Primera Instancia, banquete al vocal últimamente jubilado, banquete al militar ascendido ayer, banquete al financista que llega, banquete al Encargado de Negocios que prepara su viaje, banquete al ganador de un premio en la lotería, banquete al héroe de heroísmos venideros, banquete al joven sesentón que piensa abandonar la vida de soltero. Todo el mundo disfruta de su banquete, menos las pobres mujeres que, sin embargo, tendrían derecho a la reciprocidad, ya que prodigan tantos beneficios y tantas gollerías a nuncios, delegados, arzobispos, obispos, canónigos, etcétera. Bien merecerían su convite las piadosas damas que suministran leche pura a los hijos legítimos de uniones católicas, mientras no darían ni agua con visos o amagos de leche a los hambrientos mamones concebidos en la inmundicia del pecado.

Ese banquetear de Lima (digamos de una fracción limeña) contrasta con la miseria general del país, da la falsa nota de regocijo en el doloroso concierto del Perú, es un escarnio sangriento a los millares de infelices que tienen por único alimento un puñado de cancha y unas hojas de coca. Vemos la prosperidad de una oligarquía, el bienestar de un compadraje; no miramos la prosperidad ni el bienestar de un pueblo. Lima es no sólo el gran recep-

táculo donde vienen a centralizarse las aguas sucias y las aguas limpias de los departamentos: es la inmensa ventosa que chupa la sangre de toda la Nación. Esas quintas, esos chalets, esos palacetes, esos coches, esos trajes de seda y esos aderezos de brillantes, provienen de los *tajos* en la carne del pueblo, representan las sangrías administradas en forma de contribuciones fiscales y gabelas de todo género. Merced a las sociedades anónimas, todo ha sido monopolizado y es disfrutado por un diminuto círculo de traficantes egoístas y absorbentes. Fuera de ellos, nada para nadie, lo mismo en los negocios que en la política, salvo haciendo los postulantes el sacrificio de convicciones y dignidad. Consigna — la abyección y la obediencia.

III

SIN LLEGAR al extremo del filósofo que se *avergonzaba de tener un cuerpo*, deberíamos desear el advenimiento de una era en que el hombre dejara de ser el goloso comedor de carne, el animal feroz y sanguinario que parece resumir al felino y al ave de rapiña. Si el vegetarianismo pule y amansa nuestra condición áspera y bravía, ¿qué maravillosos cambios no produciría en la Humanidad la alimentación soñada o anunciada por Berthelot? Acaso, el mundo vería nacer la raza de los verdaderos superhombres. "Dime tú lo que comes, yo te diré quién eres", afirmaba el autor de la *Fisiología del Gusto*. Los hombres somos lo que somos porque, en medio de nuestra civilización, guardamos mucha semejanza con las hambrientas muchedumbres que seguían a los ejércitos mercenarios cartagineses, con esos infelices a quienes Flaubert llamaba comedores de inmundicias. ¡Cuán repugnantes no aparecerán entonces los individuos que, a más de ingurgitar cosas no muy limpias, viven reducidos a la condición de Ventrales, con sólo manos para coger el trinche, mandíbulas para triturar el bocado y estómagos para almacenar el bloque digestivo!

En la añeja política nacional, nunca entraron como elementos indispensables la Ciencia y la honradez sino el trampolín y la maroma; hoy acontece más o menos lo mismo, con el aditamento de hacerse necesario un buen estómago. Comer se ha vuelto sinónimo de gobernar: a los Presidentes se les exige, más que buena sustancia gris en el cerebro, jugos poderosos en el aparato digestivo. Los mandatarios reclaman a su vez la reciproca: riéndose de principios y doctrinas, confesando que el vientre sobrepuja a la cabeza, no admiten más programas que transformar al pueblo en una manada de ilotas con las rodillas en el suelo y la boca en el pasto. (Se sobrentiende en la *ración* estrictamente necesaria).

No parece difícil conseguirlo. Abundan hombres que teniendo una copa de vino y un churrasco, viven dichosos sin importarles nada que un bárbaro de charreteras nos desplume y nos abalee ni que otro bárbaro de tiros cortos nos desnude y nos ahogue en una pila de agua bendita. Permanecen tranquilos, celebrando el civismo de los Gobernantes, encareciendo los adelantos del país y celebrando las excelencias de la paz. Bien atiborrados ellos, todo anda perfectamente; mal comidos, todo va de mal en peor. Son microbios que reciben la coloración del reactivo, y el reactivo es el caldo con mucha o poca sustancia. Puros Ventrals.

Hoy no se concibe la existencia de partidos ni la formación de oposiciones desinteresadas. Los grupos no se constituyen por asociación de individuos bien intencionados, sino por conglutinación de vientres famélicos: no se alían cerebros con cerebros, se juntan panzas con panzas. Cuando nos digan: "Ayer se congregaron más de trescientos notables para organizar un nuevo partido," oigamos que ayer se conchabaron más de trescientos vientres para ver el modo de locupletarse. Gobierno y oposición, meras fases del asunto culinario. Demos a los más feroces opositoristas una cuchara que meter en la olla del presupuesto, y ya veremos si encuentran sabroso el guiso que segundos antes juzgaban desabrido y malo. Puros Ventrals.

¿Dónde están, pues, los hombres? ¿En qué paraje los caracteres nobles y levantados? ¿En qué lugar las inteligencias de vuelo generoso y libre? Parece que un malévolo Doctor Ox se gozara en saturar la atmósfera de Lima con un gas deprimente y enervante; peor aún: se diría que una guadaña hubiera segado todas las cabezas prominentes, sin dejar una sola que se elevara un palmo del suelo. Asistimos a una zarabanda de pigmeos, a un desfile de marmitones, a una pululación de Ventrals microscópicos.

1907

NUESTROS INMIGRANTES

I

GRACIAS A LA protección de gobiernos y a la indolencia o complicidad de gobernados, sigue creciendo la invasión negra. Casi ningún vapor arriba del Sur o del Norte sin aportar al Callao una remesa de clérigos, frailes y monjas. Con las persecuciones religiosas en el país más lejano del nuestro, recruedece la invasión: cuando los demás sacuden el plumero, a nosotros nos llueven las moscas. *Padres y hermanas* acuden al Perú, como zánganos a su colmena, salvo que afluayan como vendimiadores a su viña.

Los inmigrantes que vienen a ejercer una profesión o un oficio, luchan con grandes obstáculos y muchas veces no logran arraigar; los que sólo importan la tonsura y un poco de latín, no dejan de hallar nido espacioso donde cobijarse ni terreno fértil donde cosechar. Efectivamente: el pedagogo extranjero cuenta por adversarios a los pedagogos nacionales; el médico, a los médicos; el comerciante, a los comerciantes; el artesano, a los artesanos; mas el clérigo y el fraile, caigan de donde cayeren, no despiertan rivalidades ni provocan resistencias: en la corona llevan pasaporte y recomendación, ejecutoria de honradez y diploma de omnisciencia.

¿Qué parece Lima? un Mar Muerto en que iglesias y monasterios asoman como islotes sin agua ni vegetación. Donde se proyecta una calle, surge ya un plantel de Jesuitas; donde se traza una avenida, blanquea ya un edificio de Salesianos. Conventos nacionales que por falta de personal debieron clausurarse legalmente, se repletan de frailes extranjeros, resurgen de sus ruinas y, como si obedecieran a una voz de mando, se transforman en colegios. Así la población que tal vez encierra más de cien edificios destinados al culto y a la enseñanza religiosa, no posee una sola escuela municipal, digna de un pueblo civilizado. El Concejo Departamental edifica hoy el Liceo de

Guadalupe; mas va desplegando tanta magnificencia en la erección de la capilla que sin duda considera el Liceo como un accesorio y la capilla como lo esencial.

A partir de 1895, vivimos bajo la férula de gobiernos abiertamente clericales. Desde el Presidente de la República hasta el Director de la Beneficencia y desde el miembro del Cuerpo Legislativo hasta el vocal de la Suprema, todos los funcionarios públicos hacen el papel de monaguillos. No satisfechos con besar la esposa de un obispo y seguir las procesiones en las *fiestas de tabla*, los hombres públicos se esmeran en ceder propiedades y otorgar auxilios pecuniarios a las congregaciones docentes. Basta que una sociedad dependa de monjas o sacerdotes para merecer subvenciones de las Cámaras, de los ministerios y de las municipalidades. La protección, el favoritismo para todo lo referente a la religión y las comunidades, raya en lo inverosímil. Cuando faltan decenas de soles para ayudar en algo a las compañías de bomberos, sobran centenares de libras esterlinas para obsequiar regimiento a una congregación. A *religiosas* se concede hospitales, manicomio, Instituto Sevilla, Taller de Santa Rosa, Cárcel de Santo Tomás, y se las deja fundar con el nombre de *Buen Pastor* una especie de Bastilla matrimonial donde algunos desalmados consiguen *inhumar* vivas a sus mujeres,, después de haberlas ofendido y explotado. Si con el fomento de las congregaciones docentes se va poniendo la instrucción pública en manos de sacerdotes y monjas, con el establecimiento de las Prefecturas Apostólicas se abandona el Oriente del Perú a la exclusiva dominación de frailes españoles.

Y ¿qué hacer? Masones y liberales contribuyen a fundar obispos, decretan subvenciones a las comunidades religiosas, desempeñan sindicaturas de monasterios, apadrinan inauguraciones de altares y, lo peor de todo, educan a sus hijos en los Sagrados Corazones, San José de Cluny, la Recoleta, Santo Domingo, San Agustín o los Jesuitas. Basándose en un liberalismo hipócrita, alegando una tolerancia casuística, muchos incrédulos y racionalistas proclaman que en el seno de la familia debe seguirse esta máxima: *Al tratarse de religión, dejar hacer*. De ahí que las mujeres *hagan*, ordenando que sus hijos se instruyan en escuelas de padres o de madres y prohibiendo que a sus casas ingresen periódicos de tinte medio liberal. Hay algo más: con anuencia de los maridos, y a veces contra la voluntad del esposo mismo, las matronas se hallan militarmente organizadas en hermandades, congregaciones o cofradías, bajo la dirección (visible o invisible) de algún eclesiástico. Amazonas del fanatismo, si no cogen una lanza ni montan un caballo, las mujeres rebuscan dinero, ejercen influencias, calumnian al hereje y viven listas para cargar los tizones de la hoguera.

Asistimos, pues, a una recrudescencia de fanatismo agravada por la incuria, debilidad o cobardía de padres y maridos. Más que a hijas y esposas,

debemos inculpar y escarnecer a todos esos padres sin energías en el alma y a todos esos maridos sin virilidades en el cerebro: ellas pecan por ignorancia y de buena fe, ellos por maldad y bellaquería. Nada tan cómodo para el mal hombre como una mujer hipnotizada por el sacerdote, adormecida en el misticismo y rebajada a la condición de ente rezador, sin rebeldías, sin voliciones propias y hasta sin femineidad. Hay quienes empujan a sus esposas hacia el abismo religioso, como si arrojaran una flor al torrente o echaran un mueble a la hoguera. Y, cosa bien triste, sobran desgraciadas que se resignan al destino del mueble o de la flor. En algunos matrimonios rige un convenio tácito: la mujer, a iglesias y sociedades piadosas; el hombre, al garito, al lupanar o al retrete de su concubina.

Y, mientras el pueblo arroja la fe y tiende a emanciparse del sacerdote, las clases dominadoras regresan a la superstición y reclaman el yugo sacerdotal. A Lima debe mirársela como el gran foco de las prostituciones políticas y de las mojigangas religiosas, como el inmenso pantano que inficiona el ambiente de la República. Si las clases dominadoras decayeron desde la guerra con Chile, el decaimiento no presenta señales de cesar. Casi toda la fuerza superior del organismo se desperdicia en maquinaciones de política sin vuelo, casi toda la sangre de las venas se malgasta en guerras de pretorianos y escaramuzas de bandidos. Mientras los indios de punas y serranías siguen dormitando en su barbarie colonial, los habitantes de la costa se pulen a medias, asimilándose lo malo de la civilización. Muchos de esos grandes hombres que pontifican en universidades y congresos o señorean en tribunales y ministerios, no llevan plumas en la cabeza porque las guardan en el cerebro. Desgraciadamente, no se vislumbra hoy ni la posibilidad de que a una generación nacida y crecida en el oprobio de la derrota sucedan generaciones levantadas, viriles, capaces de iniciar una reacción: lo que viene da muestras de valer tanto como lo que se va. Y ¿qué hombres obtendremos de niños educados por frailes y clérigos? ¿Qué beneficios lograremos en la cultura intensiva de una religión envejecida y moribunda?

La invasión negra amenaza engrosar de modo formidable. Ya somos el refugio de los frailes lanzados del Ecuador y Filipinas; y si la expulsión de las congregaciones se realiza en Francia, las naciones sudamericanas servirán de inevitable reservorio a los expulsados. El contingente francés vale la pena de inspirar serios temores. La cuna de Voltaire y Victor Hugo, *el cerebro y corazón del mundo*, es también la *hija mayor de la Iglesia* y la calamidad religiosa del globo terráqueo. Puede asegurarse que sin el brazo, la inteligencia y el metálico del pueblo francés, el Catolicismo habría muerto de consunción. Francia abastece a las cinco partes del mundo, no sólo de todas esas congregaciones —masculinas y femeninas— que drenan el oro al mismo tiempo que inoculan la superstición, sino de semanas Religiosas,

Cruces, historias de Bernadette, agua de Lourdes, medallas, detentes, cromos, rosarios. Cristos de yeso, Vírgenes de terracotta y demás *bondioserías* grotescas. Pero, como a la vez sostiene y vulgariza las ideas humanitarias y redentoras, merecía igualarse con el mortícola que en el brazo derecho nos inoculara el virus de la hidrofobia, mientras en el izquierdo nos inyectara el suero anti-rábico.

Gambetta, el grande hombre de las lentejuelas y *papier maché*, decía: *El anticlericalismo no debe convertirse en artículo de exportación*. Lo que buenamente significa: para nosotros los franceses el librepensamiento, y para vosotros los bárbaros el Catolicismo; para nosotros el educador laico, y para los vecinos el padre jesuita o el hermano cristiano; para nosotros la Ciencia, y para los demás el catecismo. Fundándose en doctrina tan original, los republicanos y ateos de París envían a las colonias francesas tantos monaguillos como funcionarios; se enorgullecen de que en el Santo Sepulcro algunos frailes cosmopolitas gorjeen un *¡Que Dieu sauve la République française!* se lamentan porque, *desde hace unos diez años, en el Cairo celebran la misa consular de Austria, con el fin de oponerse a la misa consular de Francia;* y deben de extrañar que la colonia francesa de Lima no festeje ya el 14 de Julio con un solemne *Te Deum* en la iglesia de Guadalupe. Ateos y republicanos de semejante calibre suscitarían reclamaciones diplomáticas, si algún estado sudamericano expulsara las congregaciones francesas o tratara de expropiar sus bienes.

¿Cumple a la Francia de hoy proclamar que *el anticlericalismo no debe convertirse en artículo de exportación?* Civilizarse es adquirir un alma francesa; pero no el alma de un Gambetta ni de un Casimir Périer, de un Drumont ni de un Deroulède, sino de un Anatole France o de un Guyau, de un Berthelot o de un Claude Bernard.

II

SEGUN Rochefort, *en los clérigos hay tres cosas negras — la sotana, las uñas y la conciencia*. No garantizamos que, por fuera y por dentro, posean blancura de cisne los frailes hacinados hoy en los conventos de la República.

Los españoles, difícilmente encerrarían mucho saber y mucha educación, siendo los detritus sociales recogidos en Filipinas, Cataluña y las Provincias Vascongadas. Pensando en cómo se abastece un convento, se mide cuánto vale una comunidad. Cuando escasea la *sustancia prima* para elaborar *descalzos*, sale de Lima una *comisión* de padres con el fin de tirar la red en Manila, Barcelona, Bilbao, etcétera. Verdaderos pescadores de aguas turbias,

los *comisionados* cogen en las redadas a cuantos desperdicios humanos vagamundean y roncan en los muelles o merodean y *rastrojean* en los campos. La pesca ofrece abundancia milagrosa en la época de las quintas: ansiosos corren a morder el anzuelo divino cuantos mozos desean evadir el servicio militar. Acopiada la *materia prima*, comienza la *elaboración*. Los padres toman a los mozos, los atusan, les embalan en el hábito, les consignan a la América del Sur y les enjaulan en un transatlántico. En Lima y Ocopa les someten al noviciado. Con enseñarles un *ego te absolvo* y un *dominus vobiscum*, les tienen *elaborados* o listos para decir misa, predicar, dirigir conciencias, gobernar en las familias y servir de mentores a los presidentes de la República.

Dado el valor de la materia prima, no debe sorprendernos la calidad del artefacto. Los sacerdotes ingleses, alemanes y franceses, por muy burdos e ignorantes que sean, guardan un resto de elevación, no dejan de mostrarse hombres; los padres españoles, por muy cultos y civilizados que deseen manifestarse, descubren un sedimento sospechoso, no dejan de parecer frailes. Un santo padre afirmó que en los seres más humildes había un átomo de inteligencia, como para significar: *Por aquí pasó Dios*; en todo fraile español subsiste un rezago de ferocidad y grosería, como para revelar: por aquí pasaron Torquemada y Sancho.

Veamos a los sacerdotes operando en nuestra sociedad. El francés se muestra insinuante, meloso y cortesano, de modo que rara vez nos causa una impresión desagradable, aunque viene adornado de maravilloso poder extractivo. Beneficia oro en minas donde todos hallaron piedras, recoge trigo en campos donde los demás cosecharon abrojos. Barbero celestial, descañona bolsillos sin dejarles pelo de moneda, vampiro de un orden seráfico, chupa sangre sin turbar el sueño del paciente. Despabila el dinero, dulcemente, calladamente, insensiblemente, compitiendo con las *niñas busconas* de Quevedo en el arte de *sacar bolsas sin dolor*. Nadie explota como él la vanagloria y vanidad, ingénitas en el alma de los beatos: con su Lourdes y su Sacré-Coeur hace dadivosos al Gran Tacaño, pródigo al Caballero de la Tenaza. Considerando al pobre como una fruta que no arroja bastante jugo por más que se la exprima, gusta de operar en las gentes elevadas y ricas, sin predicar una virtud severa ni reñida con lo mundano. Hasta juzga con benevolencia los tropiezos y caídas de pecadoras con traje de seda. Según la moral jesuítica, pecar en una otomana de brocatel ofende menos a Dios que violar el sexto en una estera o colchón de paja. En resumen: el clérigo francés impone un yugo suave, observa una moralidad relativa y apunta más a la bolsa que a las almas.

El italiano diverge del francés en elegir por terreno de evoluciones las clases trabajadoras. No funda liceos ni sueña con establecer universidades libres; pero tiende a monopolizar la dirección de los planteles en que se ins-

truye al pueblo, señaladamente las escuelas de artes y oficios. De una laudable tolerancia (quizá mayor que la del francés), no se asusta con pecadillo más o pecadillo menos, ni se fija mucho en la renta del pecador. Como vive en relación íntima con los niños, ahorra el viaje a Citeres. Sin embargo, hay excepciones. Cometeríamos una falta imperdonable, si no admiráramos aquí el vigor y la galantería de algunos clérigos italianos que visan alto, sostienen el buen nombre de la corporación y saben imponer aquellas suavísimas cargas que sólo resultan pesadas a los nueve meses. Lima conserva gratísimos recuerdos (quizá memorias vivientes) de monseñores que entonaban dúos al piano, manejaban con blandura de sílfide la mota de *veloutine* y primaban en el arte de ajustar y aflojar los lazos de un corsé.

Los sacerdotes alemanes, ingleses, belgas, etcétera, no abundan mucho ni se caracterizan por ninguna peculiaridad. Algunos —y de modo especial los anglosajones— vienen, colectan limosnas para la construcción de una iglesia en Boston o en Tombuctú y luego toman el vapor, sin que se hable más de la iglesia, de los fondos ni de los colectores: son rayos globulares que penetran en una habitación, voltejean, funden o gasifican la pieza de metal que hallan a su paso y en seguida se van por donde vinieron.

El fraile español domina ruda y brutalmente, denunciando a cada momento lo bajo de su extracción y lo nulo de su cultura. Habla como si excitara bueyes o instruyera reclutas, acciona como si nadara o partiera un leño; no come: engulle y se atiborra; no se sienta: se repantiga o se tiende; al predicar, fulmina excomuniones y arroja tizonazos; al mendigar, arrebatá, arrancha el dinero y las especies, llevando la sordidez de su codicia hasta el punto de maldecir al moribundo que no lega sus bienes a un *testa* de la comunidad. Testifica la supervivencia de la España medioeval, y constituye el amalgama de gitano, inquisidor y torero. Al divisarle, aguardamos que transforme el cerquillo en coleta, el hábito en bandola, el crucifijo en espada: delante de un altar, debe de parecer un *matador* al frente de un berrendo. Lo repetimos: el clérigo extranjero, por irregular que se manifieste, gira en la órbita humana; pero el fraile clásico, el fraile de olla y misa, el fraile importado de Filipinas, Cataluña y las Provincias Vascongadas, es algo que no pertenece a nuestro período geológico, algo que no entra en ninguna clasificación zoológica, algo viscoso y pungente que infunde repugnancia y mueve a náuseas: basta decir que ese fraile viene tal vez del mundo morbosos y anómalo donde florecen el placer solitario y el unisexual.

A los frailes descalzos no se les puede estudiar en Lima, donde salvan las apariencias y se cubren de un barniz humano: se les conoce a fondo en las montañas y poblaciones de la sierra, donde evolucionan con desenvoltura y dan libre campo a sus instintos. Enfardelados en una jerga terrosa y mugrienta, cubiertos por enormes sombreros de paja, con grandes crucifijos (no en el

pecho sino en la boca del estómago) blandiendo descomunales garrotes o terciándose al hombro un Winchester o un Mauser, marchan con aire amenazante y conquistador. * Hablan, y sólo pronuncian interjecciones groseras o

* Según acaba de afirmar en los diarios una persona digna de crédito: *El sargento mayor Angel Sornosa y 80 soldados pertenecientes a los gendarmes de Lima fueron portadores de dos grandes cajones de rifles Manlicher y tres cargas de municiones que el presidente de la república mandó a los frailes de Ocopa, a fin de que persiguieran a muerte a los librepensadores de Huancayo.*

Pero no se necesita recurrir a citas ajenas para saber si los misioneros descalzos estiman el valor de un buen rifle.

En los *Apuntes de viaje* del R. P. Fr. Gabriel Sala (Lima, Imprenta de la Industria, Amazonas, Núm. 7, 1897) leemos:

"En un remanso que formaba la confluencia de los dos ríos, había muchos lobos marinos, lo que dio motivo a que gastásemos unas 20 cápsulas de Winchester, siquiera por vía de recreación. (pág. 144).

»Hemos tirado todos al blanco y de doce tiros solamente dos nos han tocado al palo, los demás todos han hecho su agujero, quién más arriba, quién más abajo. Se ve, pues, que el pulso no está tan mal; y si llegase el caso de tener que apuntar contra algún salvaje, procuraríamos dirigir la vista al centro, para dar siquiera a los pies o a la cabeza (pág. 81).

»De modo que el Padre misionero no debe meterse entre ellos (se refiere a los *cachivos*) sino bien escoltado de soldados o gente con armas. Estos pueden y deben obligar a dichos antropófagos, en nombre de la humanidad, a que dejen sus feroces costumbres y vivan como gente racional; de lo contrario, exterminarlos. Mediante el terror y el castigo moderado, se verán obligados a recurrir a la piedad del Padre misionero. (pág. 153).

»Ellos (*los chunchos*) mienten como los cholos, sin mudarse de colores; roban y destruyen sus casas entre sí, como si fuesen unos animales... Esto es, un chuncho quiere decir lo mismo que un hombre falso, traidor, ingrato, perezoso, tragador, vengativo e inconstante. ¿Y qué haremos con unos seres semejantes? Lo que se hace en todo el mundo: supuesto que no quieren vivir como hombres, sino como animales, tratarlos lo mismo que a éstos, y echarles bala cuando se oponen injustamente a la vida y al bien de los demás. (págs. 158 y 159).

»Después de caminar cerca de una hora, llegamos a casa del Curaca José, en Inguiribeni... Le regalé pólvora, municiones, fulminantes y otras curiosidades, y le dije que si nos acompañaba hasta Chanchamayo o San Luis de Shuaro, le regalaría cuchillos, pañuelos y otras cosas. El se ofreció de muy buen agrado y nos sirve de cicerone en todos los casos y caminos, explicándonos y enseñándonos los cerros y quebradas, y hasta los huesos y calaveras de los que ellos han muerto en los combates. (págs. 128 y 129).

»Todo lo que traíamos nos lo pedía, incluso el Breviario y nuestro santo hábito de religioso; y viendo que yo tenía otro compañero, me dijo que se la dejase allí, para formar una capilla como en San Luis de Shuaro. Yo le dije que si se portaban bien y vivía mucha gente, podría ser que más tarde hiciésemos allí un pueblo. Parece que le gustó mi incierto ofrecimiento, y prosigue muy contento en nuestra compañía... Si este hombre supiera leer y escribir podría ser tan fatal como Santos Atahualpa: es preciso, pues, mejorarlo, utilizarlo o exterminarlo, dado el caso de

incitaciones al odio y exterminio de liberales; ejecutan, y sus acciones implican ultrajes a las personas o ataques a los bienes. Arrebaran cosechas, se apropian animales domésticos, maltratan hombres, secuestran niños, seducen mujeres. Sobran indicios para inferir que los frailes mismos de Ocopa incendiaron su iglesia, con el doble propósito de granjearse pingües subvenciones y satisfacer una venganza, achacando el delito a los librepensadores de Huancayo. Mas, aunque los religiosos no hubieran causado voluntariamente el incendio, difícilmente quedarían justificados y limpios de toda mancha. Al menos enemigo de la religión se le ocurre decir ¡qué tropelías y abominaciones no habrán cometido los *padres*, cuando en pueblos sufridos y timoratos surgen hombres capaces de llegar al extremo de quemar una iglesia!

Mas los sociólogos nacionales olvidan que el florecimiento de las comunidades religiosas coincide con el retroceso de las naciones, que el Romanticismo es una religión de vencidos y de esclavos, que si el Cristianismo civilizó ayer a los bárbaros, el Catolicismo barbariza hoy a los civilizados. Anatematizan la inmigración asiática y enmudecen ante la invasión clerical, sin comprender que el chino trabajador, honrado y pacífico, ejerce una función social más elevada que el fraile holgazán, mendicante y sedicioso. Los chinos, enfermos y ancianos, que *pardiosean* hoy en las calles de Lima, gastaron ayer su juventud y su fuerza en arar el campo, tender el riego y cultivar la sementera. Ellos nos mueven a lástima, porque representan la víctima del hacendado, el hombre convertido en animal de labranza, la carne de trapiche. Los frailes, sanos y rollizos, que actualmente ocupan el primer lugar en la mesa de las familias, supieron conducirse con tanta prudencia que desde los primeros años de su vida cosecharon sin sembrar, descansaron sin fatigarse y pecaron sin pagar. Ellos no merccen amor ni respeto porque simbolizan la explotación en nombre de la misericordia, la mentira bajo la capa de verdad, la ignorancia con presunciones de omnisciencia.

Al presenciar la ingerencia de una gran señora en la política alemana, Bismarck prorrumpió con toda la insolencia de un palurdo atiborrado por una ingestión de cerveza y sauerkraut ¡*Fuera faldas!* Con menos grosería pero con más razón, los hombres de estado y los padres de familia deben repetir hoy, al divisar la formidable y arrolladora invasión que se precipita sobre nosotros: ¡Fuera sotasnas!

que así conviniese a la civilización y bien general de la sociedad." (págs. 129 y 130).

El padre Sala fue misionero descalzo, emprendió el viaje con auxilio pecuniario del gobierno y publicó su libro a expensas del Estado.

NUESTROS AFICIONADOS

I

ENTRE LAS heridas legadas por los Conquistadores, ninguna tan bárbara como las lidias de toros, y en las lidias, nada más cruel ni más repugnante que la suerte de la pica. No figuraba ya en nuestras funciones tauromáquicas; mas últimamente "ha reaparecido con gran satisfacción del pueblo y mucho regocijo de nuestros aficionados", como anuncia un rotativo de no pequeña circulación. ¿Para cuándo las banderillas de fuego, la lanzada, el rejón, el desjarrete y el toro de perros?

"Cuanto más conozco al hombre, más admiro al caballo," dice Mark Twain; y al hombre no le conocemos bien, no le estimamos en su justo valor moral, mientras no le vemos cómo trata a los animales ni cómo se goza en los espectáculos de sangre. Las corridas de toros nos enseñan que si una reducidísima fracción de la Humanidad sigue avanzando por el camino de la civilización, la mayoría está muy lejos de haber eliminado su parte de mono.

Hay circunstancias en que al abreviar la vida de un animal, ejercemos un acto de misericordia; pero la agonía lenta y dolorosa deberíamos sustituirla con la muerte invisible y rápida, con la fulminación instantánea. Al caballo, el más útil acaso de los animales, al que nos lleva por desiertos sin agua ni sombra, al que valerosamente nos acompaña en el fragor de un combate, al que nos salva en el asalto de unos malhechores, al que durante muchos años nos alimenta con su resignada labor de todos los días, no le reservamos ese fin. Malgrado por un accidente o viejo, enflaquecido, extenuado por el hambre y la fatiga, cuando tiene adquirido el derecho al descanso y a una espera tranquila de la muerte, le condenamos a un suplicio atroz, le echamos a sufrir los picazos de un bruto en figura humana, a recibir cornadas de una fiera embravecida, a ser tasaajo viviente, a pisotear sus intestinos, a morir entre las

desvergüenzas y las rechiflas de una muchedumbre soez, doblemente embriagada por el alcohol y la sangre.

La pica nos hace lamentar la condición de las bestias, condenadas a sufrir el yugo de un ser tan implacable y egoísta como el hombre. También da sobrada razón a Mark Twain, que ferocidad e ingratitud no ponen al *rey de la Creación* muy por encima del caballo. Al animal envejecido o invalidado en nuestro servicio le debemos una cesantía o una indemnización: obrero como el hombre, como el hombre merece disfrutar los beneficios de una ley protectora. Como hay un derecho humano, existe un derecho zoológico. Lo decimos sin valernos de ironía, en este caso inoportuna y de mal gusto: la acémila y el perro, el buey y el asno, pueden alegar más títulos a una jubilación que muchísimos ciudadanos a quienes la Humanidad no debe el menor contingente de fuerzas útiles. Así lo comprendieron alguna vez los Atenienses. Al terminar el Hecatompedon dieron soltura y amplia libertad de comer a las mulas más dóciles y más trabajadoras. A una que voluntariamente se había presentado para cargar materiales del Acrópolis, la concedieron una verdadera jubilación o cesantía, ordenando que hasta su muerte fuera mantenida por la ciudad. Pero los atenienses eran paganos.

En una sociedad inhumana y egoísta, nunca se repetirá demasiado que los animales son nuestros conciudadanos en la gran república de la Naturaleza, nuestros compañeros en el viaje de la vida, nuestros iguales en el dolor y en la muerte. Les debemos gratitud porque, sin ellos, no habríamos existido: faltaría la peldaños de la escala inmensa que se apoya en los abismos del Océano y viene a rematar en la especie humana. Vivimos hoy porque vivieron ayer los baribios. Todos —los animales lo mismo que las plantas— somos hermanos en nuestra madre común, la célula del mar primitivo. Universal parentesco de la hormiga con el elefante, de la grama con el cedro, del hombre con el infusorio y el musgo. Bárbaro el que inútilmente deshoja una flor o destruye una planta, bárbaro el que innecesariamente o por mera diversión suprime un insecto.

Quien no ama ni compadece a los animales no ama tal vez ni compadece mucho a los hombres. Huyamos de la casa donde no hay *bocas inútiles*, quiere decir, donde no trina un pájaro, no salta un gozque ni se despereza un gato. Hogar de sólo hombres, hogar en que algo falta aunque hormigueen los niños y perduren los abuelos: el animal completa la familia. Guardémonos del individuo que nunca tuvo un perro o que, teniéndole, se goza en atormentarle y descarga en él los ímpetus de cólera. Perdonaríamos a Sancho sus bellacadas y su avidez cuando besa al rucio, si bien lo hace por conveniencia, más que por amor. Abrazaríamos a San Francisco de Asís cuando pone en libertad a las palomas y trata de hermanos al lobo, al pez y a la golondrina. El Buda nos infunde admiración casi divina por su inmensa caridad; y Jesucristo

nos parecería más grande, si en alguna de sus peregrinaciones le divisáramos seguido de un perro.

Imaginémonos la extinción de los animales, figurémonos a la Humanidad solitaria y sin amigos inferiores, a la Tierra sin el gorjear de un pájaro ni el revolotear de una mariposa. ¿Valdría la pena vivir en tan mudo y monótono cementerio? La muerte vendría como una variación redentora. Si algo de nosotros sobrevive a la gran catástrofe, ese *algo* debe de regocijarse al ver que en nuestro sepulcro se mece una rosa o canta un ruiseñor. Eso pensaría un célebre poeta alemán cuando legó sus bienes a un monasterio con una sola obligación —que en la piedra de su sepulcro abrieran cuatro pequeños huecos y todos los días les llenaran de grano. Durante algún tiempo, los monjes cumplieron con la voluntad del testador; mas un día se dijeron: “Nosotros necesitamos más que las aves,” y suprimieron el grano. La tumba, que había sido un concierto de notas regocijadas, se convirtió en un sitio de melancólico silencio; y el *algo* del poeta midió la distancia de los monjes alemanes a los ciudadanos atenienses.

II

NO EXTRAÑAMOS que el toreo, con sus picadores, sus banderilleros y sus espadas, figure como un *sport* esencialmente ibérico; en Europa, a medida que marchamos hacia el Sur, notamos el aumento de la crueldad con los animales. Nos sorprende que nosotros, a pesar de recibir una instrucción europea, leer los libros de los pensadores eminentes y vivir en íntimo comercio con inmigrantes de las naciones más civilizadas, no hayamos podido eliminar la sangre torera y continuemos figurándonos un gran honor merecer el título de Aficionados. Porque las lidias, lejos de gustar a sólo *veinticuátrinos*, degenerados y analfabetos, regocijan a los más cultos, enajenan a la *élite* y hasta gozan las prerrogativas de una institución social. Los limeños pueden disentir en todo, menos en la afición. La Beneficencia (que negocia con el ramo de suertes) lucra también con la plaza de Acho; las compañías de bomberos, confesando tácitamente que el dinero nunca hiede, dan corridas de toros para allegarse fondos; y hasta los presidentes de la República (llamados a ofrecer lecciones de humanidad y dulzura) van a solazarse con los picazos de Agujetas. Los diarios nos comunican por medio de telegramas venidos de Madrid que “en una gran corrida de toros en que tomó parte la cuadrilla de Lagartijo, el banderillero Perdigón sufrió un varetazo en el pecho, que le ocasionó el quinto toro”. A más, publican largas relaciones de las corridas y reproducen las biografías de los toreros, adornándolas con

el respectivo fotograbado, sin dejar de recurrir al tecnicismo del arte, a esa repugnante jerga, sólo comprendida y sólo gozada por los buenos Aficionados.

Aquí, una sociedad protectora de los animales cubriría de ridículo a sus iniciadores; y una Ley Gramont no hallaría probablemente un congreso capaz de dictarla. La juventud limeña no funda bibliotecas ni edifica teatros: organiza sociedades taurinas, constituye plazas de toros. No concibe nada mejor que manejar la muleta, poner dos banderillas y y dar una estocada en el cerviguillo de un barroso. El flamenquismo sevillano la corroe. Ya, y principalmente los domingos de la temporada, divisamos a mocitos o *nifles* que remedan el gallardo meneo de los andaluces, afectan aire chulesco y se figuran traspasar el *nec plus ultra* del ingenio al repetir los dicharachos de manolas y chulos. Tienden a cambiar el tongo por el sombrero cordobés; y como no se atreven a salir con las pantorrillas al aire ni con la indumentaria del oficio, usan una especie de chaquetín que deja en descubierto las regiones glúteas. Pasan garbosos (y hasta provocativos) luciendo aquellas protuberancias que las mujeres exageran con los postizos y los hombres disimulamos con los faldones del vestido. Tememos que de repente cambien el apretón de manos con el palmeo en las posaderas, inaugurando el imperio de la nalga.

Si algún Aficionado nos arguyera que las lidias de toros enseñan el desprecio a la vida y sirven de escuela para dar lecciones de valor, nosotros, por única repuesta, le recordaríamos la guerra del Pacífico. Los Chilenos, no muy partidarios de la Tauromaquia, nos vencieron desde San Francisco hasta Huamachuco. Dificilmente se hallará pueblo más Aficionado que el de Lima; y ¿conviene igualar a los limeños con los espartanos? El derramamiento de sangre no sirvió de estímulo para virilizar el ánimo: díganlo verdugos y matarifes. ¿Qué tanto hablar de valor, encareciéndole a ciegas, no haciendo distinciones de cuándo merece alabanzas y cuándo es digno de vituperio? Hay lo que llamaríamos el valor rojo y el valor blanco: el rojo es de toda fiera sanguinaria, tenga dos o cuatro pies, llámese Napoleón o tigre, nombre Sakiamuni o perro de San Bernardo. Si el valor rojo del que mata un novillo excede al valor blanco del que asiste a un varioloso, no lo repetiremos. Alejandro, César, Bonaparte, Moltke, en una palabra, todos siguen representado la tradición bárbara, figuran como los puntos de una línea que surge de la selva prehistórica y viene a cruzar por Macedonia, Italia, Francia y Prusia.

Representan la misma tradición algunos de aquellos hombres que viven soñando con banderilleros y pases de bandola; encima de la epidermis, el lino; más allá de la epidermis, el cañamazo, la sangre torera. Por mucho que blasonen de intelectuales, no andan muy lejos del troglodita: un cerebro luminoso en un organismo insensible es una lámpara en el fondo de un

sepulcro. De mucho carecemos para merecer el título de hombres, cuando nos falta la piedad, esa justicia del corazón. La Humanidad perfeccionada, la que distará de nosotros como nosotros distamos del antropoide, será hija del amor y de la misericordia. Si queremos favorecer la evolución de la especie, debemos ensanchar nuestro corazón de modo que en su amplitud inmensa hallen cabida todos los seres del Universo.

No pensaba así el *aficionado* español que al narrar los episodios de una famosa lidia realizada en las arenas de Madrid, prorrumplía con una satisfacción verdaderamente seráfica "¡Hermosísima tarde! Como había llovido y murieron muchos caballos, la plaza parecía un lago de sangre, ofreciendo un lindísimo color rojo". No creemos que en el mundo ni fuera de él haya una justicia para remunerar a los buenos y castigar a los malos; pero al oír nosotros que los blindados de Cervera se hundían bajo los cañones de Sampson, y que la sangre de los marinos españoles teñía los mares de Cuba, nos figurábamos asistir a la expiación de toda una raza por su crueldad con los animales, recordábamos el lindísimo color rojo de la plaza madrileña.

Tal vez nos equivoquemos al juzgar tan severamente a los Aficionados sin ver una esperanza nacional en nuestra juventud de sangre torera. Hoy se habla de reconstituir la marina, de organizar el ejército, de hacernos fuertes para reivindicar lo perdido en la guerra del 79. Pues bien: cuando suene la hora y cada sección de la República envíe su contingente de reivindicadores, Lima formará sus batallones de monaguillos, suerteros y Aficionados.

1906

NUESTRAS GLORIFICACIONES

La de Bolognesi

I

JUZGANDO Taine a Corneille envejecido, afirmaba: "Ya no crea, fabrica". Fabricaciones, no creaciones, pueden llamarse las obras que generalmente nos mandan los artistas europeos. En Arte, como en modas, hay el artículo sudamericano. Querol sigue la regla: siendo capaz de un *Chef-d'oeuvre*, se ahorra la faena de ejecutarle y nos elabora un artículo de exportación ultramarina.

No merece otro nombre ese triple maridaje de granito, mármol y bronce, esa aglomeración heteróclita de simbolismos arcaicos y ornamentaciones manoseadas. Con la fama embocando su trompeta y la gloria ofreciendo sus laureles, el escultor sigue las tradiciones de los poetas seudo clásicos que se figuraban eclipsar a Virgilio y Horacio porque ingerían en los versos el cinturón de Venus, las flechas de Cupido, la cítara de Apolo y el tridente de Neptuno. En la Literatura hubo un Paganismo de convención, como en las Bellas Artes superviven una ornamentación y un simbolismo de *commande*, tan usados en el cartón piedra de las exposiciones internacionales como en el bronce y el mármol de las obras públicas.

Al contemplar el monumento de Bolognesi viene la idea de compararle con la estatua de Colón y la columna del Dios de Mayo. El simbolismo de la primera no ofrece mucha dificultad en la interpretación: el blanco levantando moralmente al indio, Europa civilizando la América; el simbolismo de la segunda tampoco la encierra: las estatuas, dándose la mano, representan a Bolivia, Chile, el Ecuador y el Perú, unidos para rechazar la agresión de España. ¿Qué nos dice el monumento de Bolognesi? Ciertamente, una obra de Arte no prueba como un silogismo ni moraliza como una sentencia; pero ha de hacer pensar o sentir, ha de sugerir algo, no solamente a los iniciados

en el simbolismo del taller, sino a las muchedumbres ignorantes de toda fórmula convencional. "El Arte, según el mismo Taine, posee la singularidad de ser superior y popular a la vez, manifestando lo más elevado y manifestándolo a todos." De ahí que el simbolismo de los monumentos públicos deba ser fácil en la interpretación, sondable a las miradas de todos.

A más de recargada y oscura en el simbolismo, la obra carece de esbeltez y gracia, entendiéndose que en vez de referirnos a la gracia melosa y pompadouresca, aludimos a la gracia tranquila y severa que podríamos llamar bisexual porque tanto se halla en la Melpómene del Louvre como en el Apolo del Vaticano. Gracia de lo diminuto y de lo enorme, contenida en una esfinge y en una Tanagra, en un toro alado de Khorsabad y en un fresco de Pompeya. "La gracia es todo, con ella todo pasa," decía un poeta que deseaba hacerse perdonar las travesuras de sus composiciones eróticas. Modificando la sentencia, podríamos afirmar que la gracia no es todo en el Arte, pero que sin ella no cabe perfección.

La columna achaparrada y tosca parece un gigante a medio surgir de la tierra. Con su capitel charro, denuncia la pesadez sin la fuerza, el recargo sin la suntuosidad, algo así como la obesidad anémica, en el lujo harapiento y guñaposo. Sobre esa mole se erige la estatua icónica de Bolognesi, como figura Napoleón en la columna Vendôme. Pero ¿qué diferencia entre la desnudez atlética de la una y el atavío lugareño de la otra! El exceso de la ornamentación no prueba fecundidad en el artista, como la verbosidad y el floreo no dicen elocuencia en el escritor. Al contrario, la sobriedad en la Plástica y el laconismo en Literatura revelan una concentración de fuerzas, sólo alcanzada por los privilegiados. Velásquez al pintar su Cristo, no le rodea de accesorios, le destaca solitario en el madero; Rodin, al modelar su Víctor Hugo, suprime hasta el vestido, no pide a la Naturaleza más tributo que un peñasco. ¿Quién no prefiere la desnudez de un obelisco a la vestimenta de casi todas las pirámides y columnas modernas? Si con la imaginación suprimiéramos los accesorios, veríamos que el monumento no perdía mucho, quedando reducido a la basamenta, la columna y la estatua.

Desaparecería algo muy risible —una mujer enseñando la pierna, únicamente la pierna. Querol arremanga, no desnuda. Al desnudo (a ese desnudo tan abominable para los hipócritas de ayer y de hoy) se llega por la sanidad en la inspiración del artista y la limpieza en las costumbres nacionales, no por degeneración y falta de civilidad, como se figurarían los pecados y gazmoños: en Esparta nadie se enfurecía ante una mujer sin vestido, en París nadie se escandaliza con una estatua desnuda. Sólo en la Roma de los Pontífices se cubría con hojas de parra los cadáveres destinados a los estudiantes de Medicina. Los jueces modernos condenarían a Friné; pero tratando de ir a seducirla en su prisión.

También desaparecerían las alas. ¡Qué profusión de ellas! Parece que nos halláramos en un museo de Ornitología: hasta un caballo, muerto y en una posición escabrosa, más tiene de ave hidrópica y desplumada que de solípedo. Como invención y factura, no implicaría gran pérdida la eliminación de una mujer ocupada en señalar o escribir una fecha. ¿Quién es? ¿La hija o la viuda de Bolognesi? ¿La Historia, la Patria o sólo una *vociferatrice*? No harían falta los bajorrelieves donde asoman figuras tiesas, apergaminadas, sin blanduras ni flexibilidades humanas, con parecido de objetos vaciados en un solo molde. En ninguna se siente circular la sangre, que todas semejan recortes de cartón, pegados en un muro y medio desprendidos por la humedad. Como en cada bajorrelieve leemos el nombre de Querol, les tomamos por hojas arrancadas a un diario de avisos. La Humanidad no sabe quiénes esculpieron la Venus de Milo y el grupo de Laocoón; pero las generaciones futuras no ignorarán quién hizo el monumento de Bolognesi.

II

¿QUE DECIR de la estatua, lo esencial del monumento? Bolognesi aparece cogiendo un revólver y asiéndose al asta de una bandera, como pudo figurar tocando un tambor o soplando una corneta. Históricamente, es falso el asido a la bandera; simbólicamente, raya en lo vulgar y sólo cuadraría en las imágenes de Epinal o en los compendios de instrucción cívica. El escudo patrio, con su llama, su árbol de la quina y su cuerno de la abundancia, habrían simbolizado mejor al Perú; así que debemos estar agradecidos al artista por no haber puesto, en lugar de la bandera, un broquel donde figurara un espécimen de los tres reinos —animal, vegetal y mineral. La actitud de Bolognesi no expresa la resignación viril del militar que voluntariamente ofrenda su vida, sino la mansedumbre pasiva, la conformidad ovejuna. En vez del jefe herido y próximo a caer para no levantarse más, vemos al soldado que en día de francachela empuña el revólver del coronel, atrapa la bandera del batallón y va tambaleándose hasta rodar en tierra para dormir la crápula. Le vemos cómico y trágico, pues antes de ir al suelo, puede arrojar un tiro a cierta mujer que le brinda la imprescindible corona de laurel. ¡Infeliz Bolognesi! El plomo chileno le quitó la vida, el bronce queroliano le pone en irrisión.

Son desvergonzadamente ridículas las estatuas de guerreros con aire de buscarruidos o matamoros, tan ridículos como la figuración de caballos en actitud de lanzar manotadas a los transeúntes; pero no conviene mucho a pueblos humillados y vencidos la representación de la tristeza, del sufri-

miento, de la agonía. En los cementerios, el dolor y la muerte; en las ciudades, el regocijo y la vida. Bien sabemos cómo se sufre, cómo se muere; y si aún lo ignoramos, ya lo conoceremos pronto: necesitamos aprender cómo se goza, cómo se vive, aunque únicamente sea por la enseñanza del mármol y el bronce de los monumentos públicos. Nos faltan obras impregnadas de humanidad, quiere decir, de verdadero paganismo. Desde las entrañas del bloque inanimado, el artista de inspiración pagana hace surgir a la superficie una ola de vida que infunde morbideces de carne a la rigidez de la piedra. Una estatua de mármol, una de aquellas obras nacidas al golpe del cincel griego, nos parece la sinfonía de lo blanco, la inmaterialidad del color, algo como un ritmo sin consonantes: a los exámetros dáctilos de Homero corresponden los mármoles blanquísimos de Fidias. Y Fidias y Homero no glorificaron la muerte, como no lo hicieron los grandes poetas ni los grandes artistas de Grecia: esa glorificación neurótica viene con el Cristianismo. Por eso, deberíamos anhelar la refluorescencia del Arte pagano, ese himno a la vida, en oposición al Arte cristiano, esa apoteosis del sufrimiento y la muerte. Hartos de Madres dolorosas y Cristos agonizantes, no queremos estatuas de hombres afligidos y moribundos.

En dos líneas podríamos juzgar la obra de Querol, llamándola un monumento depresivo y lagrimoso, un artículo de exportación ultramarina.

Por fin, la colocación no favorece al *artículo*. Aquí se dispone de una plaza, se adquiere un monumento, y en seguida, salga lo que saliere, se erige en la plaza el monumento, sin considerar la luz, los edificios circundantes ni la perspectiva. Permanecemos artísticamente bárbaros. Sólo en bárbaros del Arte se concibe trasladar la estatua de Colón al sitio donde hoy se eleva, sólo en bárbaros del Arte se concibe aceptar como *valiosísimo regalo* el monumento a San Martín y levantarle en el lugar donde se encuentra. Para rematar el escarnio del Protector, sólo queda grabar en el plinto el nombre de Pablo Jeremías.

Vivimos entre la obsesión de lo deforme. Todo feo y de mal gusto, desde las torres fálicas de Santo Domingo y la Merced hasta las fachadas de Palacio y demás edificios públicos, salvo quizá la Exposición. Estrambóticamente pintarrajados, no presentan la severidad de un noble anciano, sino la ridículo de un viejo verde. El exterior de los edificios privados no vale más con sus *fiorituras* de opulencia mezquina y suntuosidad pordiosera. Por un lado, la arquitectura churrigueresca y jesuítica de Lourdes y Montmartre; por otro lado, el estilo chillón y pretensioso de los *rasta* fincados en las ciudades europeas. Una serie de casas de vecindad, una invariable sucesión de cubos aglomerados, un apiñamiento de fábricas donde resalta la avaricia del dueño para economizar un metro cuadrado, nada más vemos en las flamantes avenidas de nuestra pobre ciudad.

No existen, pues, hermosos monumentos que rompan armónicamente la monotonía del cielo nebuloso y gris. El árbol, que debería superabundar para cubrir con la gama del verde el tatuaje y la leprosidad de los muros, es mirado con desdén o como un enemigo. Si no le extirpan de raíz, le podan bárbaramente con el fin de aprovechar la leña. Las municipalidades mismas no le tratan como a pupilo, como a benéfico purificador de la atmósfera, sino como objeto de explotación o de lujo inútil. De los grandes, como el ficus por ejemplo, hacen arquerías regulares que simulan acueductos o postes que semejan granaderos austríacos; de los arbustos forman conos, cilindros, silletas, somás, pilas, etcétera: chicos y grandes quedan geométricamente encanallados. La antigua alameda al Callao fue talada, los jardines de la Exposición van siendo roídos poco a poco, lo llamado a constituir un hermoso parque ha sido ya deshonrado por horrores como el Observatorio meteorológico y el Instituto de vacuna. Los limeños no claman por bulevares: viven dichosos con sus calles desnudas y angostas, sus cañones de escopeta por no decir sus albañales al aire libre.

Para evadir la obsesión de lo feo, necesitamos emigrar de la población o, cuando menos, buscar las siluetas de San Cristóbal y San Bartolomé o tratar de sorprender la isla de San Lorenzo, allá lejos, entre las brumas del Occidente. Nuestra pequeñez debe contar por uno de sus factores la perenne contemplación de lo deforme: quizá no guardamos altas ideas en el cerebro porque nada bello miramos ante los ojos.

1905

NUESTROS LICENCIADOS VIDRIERA

I

¿POR QUE se afana el Gobierno en sustituir con una nueva Ley de Imprenta la Ley de 1823? Según el Ministro que somete el proyecto a la deliberación de las Cámaras Legislativas, "el país reclama la reforma de la Ley de Imprenta", y S. E. el Presidente, acatando las manifestaciones de la opinión pública, ha consignado en su programa administrativo la satisfacción de esa necesidad, calificando a aquella ley de *una aberración inconcebible que no puede subsistir por más tiempo y de cartel permanente de descrédito para la República.*

La opinión se manifiesta en diarios y conversaciones, en comicios y actas; así durante las últimas elecciones, se leía diarios que denunciaban los embrollos de la Junta Electoral, se oía conversaciones en que peruanos y extranjeros admiraban el descaro de ciertas gentes al llamar populares unas votaciones en que abundó todo, menos los sufragios, y se tenía conocimiento de comicios y actas en donde los ciudadanos protestaban de los abusos cometidos por las autoridades. Las manifestaciones de la opinión fueron tan claras entonces que si don Manuel Candamo hubiera sabido acatarlas, no se habría satisfecho con deber la Presidencia a la protección oficial y a las discordias de sus adversarios. Hoy ¿dónde los actos para reclamar esa reforma de que nos habla el Ministro? El amor del Gobierno a sus gobernados le induce a proteger cosas que no le demandan protección. Nos amarra un barboquejo sin que nos hayamos dolido de las muelas. De repente nos juzga pletóricos y nos manda sangrar con algún barbero de Tebes o Chinchao.

El Partido Civil, por boca de su jefe, se ruboriza y siente escrúpulo de seguir tolerando los deslices de la prensa. ¡Escrúpulos de Nana! ¡Rubores de la Mouquette! Los cotidianos de la hermandad o voceros del *bluff* civilista

hacen coro al Gobierno y fingen los mismos espavientos. Esos diarios —padres legítimos de las hojas semanales— marcan el tono de la polémica, vulgarizan las destemplanzas del lenguaje y enseñan durante seis días la lección que sus hijos repiten cada sábado. Al montar en cólera por los desmanes de su prole, se igualan con el Jesucristo de La Tierra, con ese buen papá que vive produciendo sonoridades inconvenientes, mas no sufre que su hija la Trouille le imite una sola vez.

A no revelarlo el Gobierno, nadie maliciaría que la pobre Ley de 1823 nos deshonraba, que "era un cartel puramente de descrédito para la República", sin duda por dejar algún resuello al escritor y no acabarle de asfixiar en una máquina neumática. Entre los cargos a las repúblicas sudamericanas no figuran los desmanes de la prensa. Nos hemos desacreditado, no por lo que unos dijeron sino por lo que otros han hecho. La mala fama, el hedor sudamericano, proviene de focos distintos, por ejemplo, las guerras civiles y las trampas internacionales. "Las 22 repúblicas latinas de América, dice Gustavo Le Bon, viven de empréstitos europeos que se reparten bandas de bribones políticos asociados a bribones de la finanza europea encargados de explotar la ignorancia del público. . . En esas desgraciadas repúblicas el pillaje es general, y como todos quieren participar en él, las guerras civiles son permanentes. (*Psychologie du Socialisme.*)

Refiriéndose al Perú, agregaríamos que el robo presenta los caracteres de una pandemia nacional: donde hay un duro y una mano peruana, hay noventinueve probabilidades contra una para que el duro desaparezca. ¿Quién es ella? preguntaba un juez al saber la perpetración de algún crimen. ¿Quién es el ladrón? debemos decirnos aquí, siempre que veamos construir edificios público o tengamos noticia de consumarse operaciones financieras. Casi todas las riquezas privadas tienen origen fiscal y habría derecho de proceder a una confiscación en globo. Las haciendas, las casas, los mobiliarios, la ropa, y quién sabe, hasta el cuero de algunos individuos representan defraudaciones al Estado. ¿Dónde la institución o sociedad que no haya sufrido el zarpazo de algunos bribones? Hablen las recaudadoras, las aduanas, los correos, las beneficencias, las municipalidades, sobre todo la de Lima, donde no faltó concejal patriota que se robara el dinero consagrado a subvencionar las escuelas de Tacna.

Pero no solamente operamos en familia: somos una especie de fósforos mágicos que prendemos en todas las cajas. Particulares, agentes financieros, cónsules y hasta Ministros, han dejado tan buena fama desde Londres a París que en muchos círculos decentes de la última ciudad se prohíbe el ingreso de peruanos (no creemos que haya sido por abusar de la prensa y defender la Ley de 1823). Y como en el Perú carecemos generalmente de sentido moral, a nadie le cortamos su carrera por abuso de confianza ni por un gatuperio: al

que por falta de honradez pierde un destino, le concedemos otro con responsabilidades mayores; al que se fuga para evadir la acción de la Justicia, le nombramos cónsul o Encargado de Negocios; al que en su bagaje histórico guarda una bancarrota fraudulenta, le diplomamos de financista, con honores y fueros de ministro de hacienda en disponibilidad.

A revoluciones y latrocinios, uniríamos el divorcio con la verdad. Si la historia de las naciones cupiera en una sola palabra, la del Perú se encerraría en la voz mentira. Desairado papel hacemos en el mundo, porque desde la Jura de la Independencia hasta la inauguración del régimen actual hemos vivido mintiendo, porque todos mentimos hoy, desde el Arzobispo hasta el barredor de calles y desde el sabio más sabio hasta el lego más lego, porque de la mentira hacemos nuestra ley y nuestra costumbre, nuestro pan y nuestra bebida, nuestra madre y nuestro Dios. Mentira lo acuñado en la moneda, porque nunca tuvimos firmeza, unión ni felicidad; mentira lo pintado en el escudo, porque la abundancia no reinó jamás en nuestras desvalidas muchedumbres; mentira lo sancionado en la Constitución, porque se gobierna sin leyes, se delinque sin responsabilidad y se viola todos los derechos del ciudadano; mentira la libertad, porque una raza entera gime en la servidumbre y nadie está seguro de no envejecer en una cárcel o no pasar años entre los muros de un cuartel; mentira la igualdad ante la ley, porque jueces y códigos legitiman las iniquidades de los poderosos y ahogan en un diluvio de legajos las reclamaciones de los pequeños; mentira la fraternidad, porque nos devoramos en las guerras civiles y no hemos cerrado el ciclo rojo que se inaugura con las abominaciones de Pizarro en Cajamarca y sigue el linchamiento de Vizcarra; mentira, en fin, todo eso de "Gobierno republicano, democrático, representativo, fundado en la unidad", porque variamos los nombres mas no las cosas, porque no hemos botado el pelo de la dehesa colonial, porque nuestro régimen político y nuestra vida social se reducen a una prolongación del Virreinato, con sus audiencias, sus alcaldes, sus corregidores, sus repartimientos, sus frailes de misa y olla, sus beatas de rosario y correa, sus dómines hueros, sus virreyes mulatos y sus Perricholi francesas.

II

EL PROYECTO de la nueva Ley de Imprenta denuncia la índole del Gobierno: quiere operar a oscuras, aduciendo buenas intenciones y olvidando que bien podríamos dudar de sus palabras. Efectivamente, al que apaga los faroles no le tomamos por guardia civil, aunque os hable de seguridad pública. Es tradición nacional que todo presidente se figure venir como el ser

providencial que pega un tajo decisivo entre el hoy y el ayer. Sin embargo, muchos están en el solio supremo como Bertoldino en el asno —vuelto hacia la cola. Persiguen la sanción de leyes privativas, individuales y caseras, sin pensar que esas mismas leyes acabarán por herirles de rechazo. Uno de ellos confeccionó cierta *ley* para reunir en sus manos los hilos electorales, y esa *ley* sirvió para que otros le cerraran el camino; urdió también un *código* para sofrenar a los turbulentos, y ese *código* sirve hoy para entibiar los seniles hervores revolucionarios de su autor. Si la Ley de Imprenta se aprobara hoy y se volviera mañana contra sus iniciadores, ellos mismos serían los primeros en atacarla por inicua y retrógrada. Los políticos nacionales —y también los extranjeros— siguen una regla: cuando son el cuchillo, tasajean; cuando son la carne, chillan.

Esa Ley impone gruesas multas por faltas leves, fija tramitaciones insidiosas y pérfidas, confunde a impresores con editores, solidariza al editor con el autor, exige la ciudadanía para editar un periódico, y funda una Congregación del Índice, al estatuir que “la circulación de las publicaciones hechas en el extranjero podrá ser prohibida por el Gobierno con acuerdo del Consejo de Ministros”. Lo último significa el retroceso a la época de la dominación española con el establecimiento de un cordón sanitario en el orden intelectual. Habría que organizar en las aduanas una sección de *vistas para libros* y que hacer incesantes pesquisas en las tiendas de los libreros. Y ¡decir que semejante enormidad ha florecido en el cacumen del *hombre más preparado para el mando supremo!* Los aguilones del Civilismo van resultando avestruces; y todo el programa de libertades públicas formulado por el célebre *partido histórico* se resume en el aviso del barbero: “Mañana se afeita de balde”.

“En hora buena, dice el Ministro, que la prensa amoneste, fustigue, marque con el estigma de sus propias faltas al empleado público que se aparte del austero cumplimiento de sus obligaciones. Pero no toque el sagrado de la vida privada de ese hombre.” Y establece como ley que “Es inadmisibile la prueba de la injuria y en ningún caso exime de pena.”

Mientras la Humanidad no constituya un rebaño de hipócritas, aduldadores y cobardes, al honrado se le llamará honrado, al pícaro se le tratará de pícaro, sin que haya fuerza ni ley capaces de evitarlo. Lo que no se pregone en el *meeting*, se murmurará en la conversación; lo que no se divulgue en el diario, se denunciará en el pasquín; lo que no se hable ni escriba en el país, se hablará y escribirá en el extranjero. Salvando distancias y suprimiendo nacionalidades los pueblos tienden a una conciencia universal, a una justicia humana: esa justicia no cede al cohecho, esa conciencia no perdura en el engaño. Merced a vapores, ferrocarriles y telégrafos, no cabe operar sigilosamente en ningún estado ni desviar por mucho tiempo el juicio de las naciones civilizadas sobre un gobernante y un pueblo. Con prensa de alquilones y

tribuna de paniaguados se crea una atmósfera de prestigio a los malos y a los inútiles; con la sola palabra de un hombre honrado, la atmósfera se desvanece.

Al pretender que "no se toque el sagrado de la vida privada," los Gobiernos revelan que se amilanan de salir a luz y quedar en transparencia. Son como esas viejas verdes, todo revoques y pinturas, que huyen de los alumbrados *a giorno* y buscan la media luz de las pantallas o de los rincones. El objetivo de la Historia horada el velo de las vestales y la clámide de los césares, retratando a los individuos completamente desnudos, con sus virtudes y sus vicios, sus perfecciones y sus lacras. Merced a ese procedimiento universalmente adoptado, les vemos cómo actúan en el orden oficial y cómo proceden en las cosas íntimas. Sabemos las crápulas de Alejandro, las depravaciones de César y los incestos de Bonaparte, como divisamos la verruga de Cicerón, la nariz de Ovidio, la joroba de Esopo y el cerviguillo de Nerón. La enfermedad de un hombre y sus amoríos explican muchas veces las aberraciones de sus actos públicos: al Luis XIV de los últimos años no le comprenderíamos sin su fístula ni su *vieja*. Para conocernos a fondo deben analizarnos anatómicamente y fisiológicamente, porque somos un producto del organismo, no un espíritu encerrado en el cerebro como una bola de oro en un pote de arcilla, o instalado en él como un mayoral en el pescante de una diligencia.

Trazar una línea demarcadora entre el hogar y la calle, dividiendo las acciones públicas y reservadas, significa decir que los hombres malos y despreciables en su alcoba pueden ser buenos y respetados con el solo recurso de salir al aire libre, que lejos del fogón, las ollas tiznadas y mugrientas se vuelven esmaltados jarrones de porcelana. El malo en pantuflas y bata casera es igualmente malo con mitra o sombrero de picos. "Atenienses, clamaba Esquines al descargar furibundos golpes en su rival Demóstenes, el que no ama a sus hijos, el mal padre, no podrá ser un buen guía para el pueblo. Sin entrañas para los seres más queridos, para su propia sangre, ¿os amaré a vosotros que le sois extraños? Malo para su familia, no podrá ser un buen magistrado; perverso en su casa, no mostró en Macedonia ni honor ni virtud; ha cambiado de lugar, no de costumbres". Las vulgarísimas frases *inviolabilidad del hogar y sagrado de la vida privada* han concluido por sonar hueco. La Humanidad no acepta domicilios inviolables, derechos de territorialidad, ficciones diplomáticas. Al malo le ejecuta en su dormitorio y en una plaza. Y con justo derecho. El que se lanza a la vida pública, hace pública su vida y otorga a los demás el derecho de operar en él una vivisección física y moral. El que se regocija en escuchar las alabanzas de sus amigos, el que las paga tal vez con dinero del Fisco, ¿por qué no ha de sufrir los ataques de sus adversarios? Al entrar en un bosque tanto se oye la melodía de un ruiseñor como se recibe la picadura de un insecto. Cuando las luchas

políticas arrecian, los beligerantes abandonan las discusiones doctrinarias y emplean argumentos *ad hominem*, sin distinguir vida pública de vida privada, acosando en todo terreno al enemigo, siguiéndole al último escondrijo de su hogar, para revocarle, herirle en lo más doloroso, desollarle vivo. Así ha pasado en todos los siglos, así pasa en todo el mundo, sin excluir al Perú, donde el mismo Gobierno que tanto celo abriga por la honra de los ciudadanos, malversó ingentes sumas del Erario en fomentar hojas semanales dirigidas por verdaderos rufianes de pluma.

Según la Constitución, el domicilio es inviolable, pero ¡atengámonos a disposiciones constitucionales! Acabamos de presenciar la formación del censo. La Municipalidad, bajo pena de fuertes multas, ha exigido de hombres y mujeres los detalles más reservados. Ellas han tenido que revelar el número de sus alumbramientos legales o ilegales, ellos que denunciar si vivían casados por la Iglesia o unidos por el amor libre. Habiendo autorizado a los empadronadores para controlar los informes, se les otorgó el derecho de invadir los domicilios y ver si algunas personas de la casa evadían la inscripción en el censo. Las autoridades ofrecen, pues, continuos ejemplos de inmiscuirse en la vida privada, de no respetar el sagrado del hogar.

Nada más sagrado que el dormitorio; pero ni a él se le respeta. Al solo indicio de infección pestosa, las agentes del Municipio asaltan un cuarto de dormir, se aproximan a la cama, desarrebujan los cobertores y examinan al dueño, para saber si en alguna de sus glándulas quieren asomar los infartos de la bubónica. Al más leve síntoma, aíslan al hombre, le declaran contaminado. Dirán que se procede así para detener la difusión del mal. Pero si hay un contagio físico, ¿no hay también una contaminación moral? Si unos tienen bubones en el cuerpo, ¿otros no esconden la infección purulenta en el alma? Como señalamos a variolosos y coléricos, ¿no marcaremos a ladrones y asesinos? Se practica una acción loable al denunciar dónde se presenta un caso de fiebre amarilla o de tífus; se incurre en delito punible y odioso al decir dónde se alberga un pícaro y dónde respira un malhechor. Proclamamos el mal físico menos temible que la depravación moral; pero llega la hora de las aplicaciones, aislamos a los enfermos y declaramos intangibles a los criminales.

Al establecer la inviolabilidad de la vida privada, se permite alabar las virtudes caseras, no vituperar los vicios de puertas adentro. Así, pues, alabemos a un general si oye misa con devoción o regala veinte centavos a las Hermanitas de los Pobres; no le censuremos, si en un retrete de Palacio se araña con su mujer o si a hurtadillas le pega un beso al oficial de guardia. Tampoco denigremos al senador que trasnocha en el garito, al prefecto que va trascendiendo a cuba mal cerrada, al magnate que en su familia implanta el régimen de ayuno y dieta, al cónsul que se viene de fuga para eludir las

grafas de sus acreedores ni al funcionario que sube con asombrosa rapidez, gracias al poder ascendente de las faldas. Todos los bribones adquieren una póliza de seguros sobre la hora, desde el parlamentario que recibe la propina de un gordo negociante hasta el ministro que se adjudica los extraordinarios, desde el juez provinciano que ablanda con unas seis gallinas o dos carneros hasta el magistrado limeño que no se rinde ante un cheque menor de cincuenta libras, desde el militar que al primer fogonazo toma las de villadiego, dejando el sable y llevándose la caja del cuerpo, hasta el conspicuo miembro de la Unión Católica que ensalza las excelencias de la monogamia cristiana, pero al más leve descuido de su mujer, se escurre a perfumarse con los embalsamados atractivos de la cocinera. Para lo malo, un violín a la sordina; para lo bueno, *tutta* la orquesta. Así, la Historia se resumirá en un almáximo de veneraciones, beatificaciones y santificaciones; uno competirá con el venerable Beda, otro con el beato Martín de Porres, otro con santa María Magdalena.

Tapar vicios reales y encarecer virtudes falsas no parecen actos muy laudables; sin embargo, los hombres públicos se imaginan lo contrario y sueñan con imponer el régimen de libertad relativa en el uso de la palabra. De ahí las leyes tanto más opresivas cuanto menos solidez ofrecen las bases de la autoridad. En la vida pública sucede lo mismo que en la vida social: a mayor humildad del origen, mayor soberbia del *parvenu*; a mayor legitimidad del mando, mayor insolencia del mandón.

Mayor miedo también. Con el miedo, los hombres públicos exageran el peligro y sufren continuas aberraciones: en el tufo de un puchero huelen la pólvora de un rifle, en lacrema de un pastel gustan el sabor de algún tósigo, en el zumbido de una mosca perciben las repercusiones de un trueno. Como sumergidos en perpetua neblina, toman la rama de un arbusto por el tronco de un cedro, la silueta de un conejo por la figura de un buey. En todo recluta del periodismo miran un César o un Alejandro, en toda pelotilla de migajón remen una bala dum-dum. Tratándose de periódicos, llegan al extremo de perder el juicio y convertirse en una especie de Licenciados Vidriera. "No me toquen porque soy de vidrio muy tierno y quebradizo," decía Tomás Rodaja a los muchachos que le amenazaban con piedras; "no me pinchen porque soy vejiga muy delgada y reventadiza," repite hoy el Gobierno a los escritores que el enseñan los dientes de una pluma.

NUESTROS INDIOS *1

LOS MAS prominentes sociólogos consideran la Sociología como una ciencia en formación y claman por el advenimiento de su Newton, de su Lavoisier o de su Lydell; sin embargo, en ningún libro pulula tanta afirmación dogmática o arbitraria como en las obras elaboradas por los herederos o epigones de Comte. Puede llamarse a la Sociología no sólo el arte de dar nombres nuevos a las cosas viejas sino la ciencia de las afirmaciones contradictorias. Si un gran sociólogo enuncia una proposición, estemos seguros que otro sociólogo no menos grande aboga por la diametralmente opuesta. Como algunos pedagogos recuerdan a los preceptores de Scribe, así muchos

* Este artículo no formaba parte de la primera edición de *Horas de Lucha*. Lo hemos incluido en ésta porque consideramos que las ideas expresadas en él armonizan con el espíritu de la obra. Conviene, sin embargo, advertir que el autor no concluyó "Nuestros Indios"; ni mucho menos llegó a corregir definitivamente las páginas que había esbozado. Y hemos decidido publicarlo así, respetando el estilo espontáneo del autor, antes que aportar modificaciones en que la buena intención no habría sabido siempre disculpar la torpeza, para no privar al público de conocer la opinión del autor sobre tema de tanta importancia nacional. (A. de G. P.).

¹ A partir de este artículo de Prada acerca del indio, cambia radicalmente el planteamiento de esta cuestión en la literatura sociológica peruana. Ya en 1888 doña Clorinda Matto de Turner había dedicado a Prada su célebre novela indigenista *Aves sin nido*, y antes de 1900 Prada había escrito las después llamadas *Baladas peruanas*, poemas de vehemente reivindicación del indio. El ensayo imprimió un violento viraje a los trabajos indigenistas y es el inspirador directo de los trabajos de Pedro Zulen, Víctor Haya de la Torre, José Carlos Mariátegui, José Uriel García y Luis E. Valcárcel. Según la interpretación de Prada, el indio no representa una raza biológica sino una raza social, pues depende de su estado económico. Sin embargo, tocante al chino y aun al negro, las opiniones de Prada fueron más tradicionales, según puede verse en la declaración de principios de la Unión Nacional, así como en sus ensayos sobre la aristocracia peruana.

sociólogos hacen pensar en los médicos de Molière: Le Bon y Tarde no andan muy lejos de Diafoirus y Purgón.

Citemos la raza como uno de los puntos en que más divergen los autores. Mientras unos miran en ella el principal factor de la dinámica social y resumen la historia en una lucha de razas, otros reducen a tan poco el radio de las acciones étnicas que repiten con Durkheim: *No conocemos ningún fenómeno social que se halle colocado bajo la dependencia incontestable de la raza.* Novicow, sin embargo de juzgar exagerada la opinión de Durkheim, no vacila en afirmar que *la raza, como la especie, es, hasta cierto punto, una categoría subjetiva de nuestro espíritu, sin realidad exterior;* y exclama en un generoso arranque de humanidad: *Todas estas pretendidas incapacidades de los amarillos y los negros son quimeras de espíritus enfermos. Quien se atreva a decir a una raza: aquí llegarás y de aquí no pasarás, es un ciego y un insensato.*

¡Cómoda invención la Etnología en manos de algunos hombres! Admitida la división de la Humanidad en razas superiores y razas inferiores, reconocida la superioridad de los blancos y por consiguiente su derecho a monopolizar el gobierno del Planeta, nada más natural que la supresión del negro en Africa, del piel roja en Estados Unidos, del tágalo en Filipinas, del indio en el Perú. Como en la selección o eliminación de los débiles e inadaptables se realiza la suprema ley de la vida, los eliminadores o supresores violentos no hacen más que acelerar la obra lenta y perezosa de la Naturaleza: abandonan la marcha de la tortuga por el galope del caballo. Muchos no lo escriben, pero lo dejan leer entre líneas, como Pearson cuando se refiere a *la solidaridad entre los hombres civilizados de la raza europea frente a la Naturaleza y la barbarie humana.* Donde se lee *barbarie humana* tradúzcase *hombre sin pellejo blanco.*

Mas, no sólo se decreta ya la supresión de negros y amarillos: en la misma raza blanca se opera clasificaciones de pueblos destinados a engrandecerse y vivir y pueblos condenados a degenerar y morir. Desde que Demolins publicó su libro *À quoi tient la supériorité des Anglo-Saxons*,* ha recrudecido la moda de ensalzar a los anglosajones y deprimir a los latinos. (Aunque algunos latinos pueden llamarse tales, como Atahualpa gallego y Motezuma provenzal). En Europa y América asistimos a la florescencia de muchas Ca-

* Don Víctor Arreguine le ha contestado con el libro *En qué consiste la superioridad de los Latinos sobre los Anglo-sajones* (Buenos Aires 1900). Según Arreguine, la larga obra del señor Demolins, ampliación de un capítulo de Taine sobre la educación inglesa, en lo que tiene ella de bueno, antes que obra de imparcial serenidad, es un alegato anglómano con acentuado sabor a conferencia pedagógica, no obstante lo cual ha turbado a muchos cerebros latinos con lo que llamaremos mareo de la novedad.

sandras que viven profetizando el incendio y desaparición de la nueva Troya. Algunos pesimistas, creyéndose los Deucaliones del próximo diluvio y hasta los superhombres de Nietzsche, juzgan la desaparición de su propia raza como si se tratara de seres prehistóricos o de la Luna. No se ha formulado pero se sigue un axioma: crímenes y vicios de ingleses o norteamericanos son cosas inherentes a la especie humana y no denuncian la decadencia de un pueblo; en cambio, crímenes y vicios de franceses o italianos son anomalías y acusan degeneración de raza. Felizmente Oscar Wilde y el general Mac Donald no nacieron en París ni la mesa redonda del Emperador Guillermo tuvo sus sesiones en Roma.

Nos parece inútil decir que no tomamos en serio a los *dilettanti* como Paul Bourget ni a los *fumistes* como Maurice Barrés, cuando fulminan rayos sobre el cosmopolitismo y lloran la decadencia de la *noble raza francesa*, porque la hija de un conde sifilítico y de una marquesa pulmoníaca se deja seducir por un mocetón sano y vigoroso pero sin cuarteles de nobleza. Respecto a Monsieur Gustave Le Bon, le debemos admirar por su vastísimo saber y su gran elevación moral, aunque representa la exageración de Spencer, como Max Nordau la de Lombroso y Haeckel la de Darwin. Merece llamarse el Bossuet de la Sociología, por no decir el Torquemada ni el Herodes. Si no se hiciera digno de consideración por sus observaciones sobre la luz negra, diríamos que es a la Sociología como el doctor Sangredo es a la Medicina.

Le Bon nos avisa que *de ningún modo toma el término de raza en el sentido antropológico, porque, desde hace mucho tiempo, las razas puras han desaparecido casi, salvo en los pueblos salvajes*, y para que tengamos un camino seguro por donde marchar, decide: *En los pueblos civilizados, no hay más que razas históricas, es decir, creadas del todo por los acontecimientos de la Historia*. Según el dogmatismo leboniano, las naciones hispanoamericanas constituyen ya una de esas razas pero una raza tan singular que ha pasado vertiginosamente de la niñez a la decrepitud, salvando en menos de un siglo la trayectoria recorrida por otros pueblos en tres, cuatro, cinco y hasta seis mil años. *Las 22 repúblicas latinas de América* * dice en su *Psychologie du Socialisme*, aunque situadas en las comarcas más ricas del Globo, son incapaces de aprovechar sus inmensos recursos... *el destino final de esta mitad de América es regresar a la barbarie primitiva, a menos que los Estados Unidos le presten el inmenso servicio de conquistarla...* Hacer bajar las más ricas comarcas del Globo al nivel de las repúblicas negras de

* ¿De dónde saca el autor esas 22 repúblicas? No hay aquí un error tipográfico porque en una nota de la página 40 escribe: *il faut ignorer d'une façon bien complète l'histoire de Saint-Domingue, d'Haïti, celle des vingt-deux républiques hispano-américaines et celle des Etats-Unis.*

Santo Domingo y Haití: he ahí lo que la raza latina ha realizado en menos de un siglo con la mitad de América.

A Le Bon le podrían argüir que toma la erupción cutánea de un niño por la gangrena senil de un nonagenario, la hebefrenia de un mozo por la locura homicida de un viejo. ¿Desde cuándo las revoluciones anuncian decrepitud y muerte? Ninguna de las naciones hispanoamericanas ofrece hoy la miseria política y social que reinaba en la Europa del feudalismo; pero a la época feudal se la considera como una etapa de la evolución, en tanto que a la era de las revoluciones hispanoamericanas se la mira como un estado irremediable y definitivo. También le podríamos argüir colocando a Le Bon el optimista frente a Le Bon el pesimista, como quien dice a San Agustín el obispo contra San Agustín el pagano. *Es posible*, afirma Le Bon, *que tras una serie de calamidades profundas, de trastornos casi nunca vistos en la Historia, los pueblos latinos, aleccionados por la experiencia... tienen la ruda empresa de adquirir las cualidades que les falta para de ahí adelante lograr buen éxito en la vida... Los apóstoles pueden mucho porque logran transformar la opinión, y la opinión es hoy reina... La Historia se halla tan llena de imprevisto, el mundo anda en camino de sufrir modificaciones tan profundas, que es imposible prever hoy el destino de los imperios.* Si no cabe prever la suerte de las naciones, ¿cómo anuncia la muerte de las repúblicas hispanoamericanas? ¿Lo que pueden realizar en Europa los imperios latinos, no podrán tentarlo en el Nuevo Mundo las naciones de igual origen? O ¿habrá dos leyes sociológicas, una para los *latinos* de América y otra para los *latinos* de Europa? Quizás; pero, felizmente, las afirmaciones de Le Bon se parecen a los clavos,, las unas sacan a las otras. *

Se ve, pues, que si Augusto Comte pensó hacer de la Sociología una ciencia eminentemente positiva, algunos de sus herederos la van convirtiendo en un cúmulo de divagaciones sin fundamento científico.

II

EN *La Lucha de las Razas*, Luis Gumplowicz dice: *Todo elemento étnico esencial potente busca para hacer servir a sus fines todo elemento débil que se encuentra en su radio de potencia o que penetre en él.* ** Primero los

* Acaba de afirmar que *los apóstoles pueden mucho porque logran transformar la opinión*, etc. En las páginas 451 y 452 expresa lo contrario: *Nos pensées*, etc.

** Traducción anónima de la *España Moderna*, Madrid.

Conquistadores, en seguida sus descendientes, formaron en los países de América un elemento étnico bastante poderoso para subyugar y explotar a los indígenas. Aunque se tache de exagerables las afirmaciones de Las Casas, no puede negarse que merced a la avarienta crueldad de los explotadores, en algunos pueblos americanos el elemento débil se halla próximo a extinguirse. Las hormigas que domestican pulgones para ordeñarlas, no imitan la imprevisión del blanco, *no destruyen a su animal productivo*.

A la fórmula de Gumpłowicz conviene agregar una ley que influye mucho en nuestro modo de ser: cuando un individuo se eleva sobre el nivel de su clase social, suele convertirse en el peor enemigo de ella. Durante la esclavitud del negro, no hubo caporales más feroces que los mismos negros; actualmente, no hay quizá opresores tan duros del indígena como los mismos indígenas españolizados e investidos de alguna autoridad.

El verdadero tirano de la masa, el que se vale de unos indios para esquilmar y oprimir a los otros es el *encastado*, comprendiéndose en esta palabra tanto al cholo de la sierra o mestizo como al mulato y al zambo de la costa. En el Perú vemos una superpoblación étnica: excluyendo a los europeos y al cortísimo número de blancos nacionales o criollos, la población se divide en dos fracciones muy desiguales por la cantidad, los *encastados* o dominadores y los indígenas o dominados. Cien a doscientos mil individuos se han sobrepuesto a tres millones.

Existe una alianza ofensiva y defensiva, un cambio de servicios entre los dominadores de la capital y los de provincia: si el gamonal de la sierra sirve de agente político al señorón de Lima, el señorón de Lima defiende al gamonal de la sierra cuando abusa bárbaramente del indio. Pocos grupos sociales han cometido tantas iniquidades ni aparecen con rasgos tan negros como los españoles y encastados en el Perú. Las revoluciones parecen nada ante la codicia glacial de los encastados para sacar el jugo a la carne humana. Muy poco les ha importado el dolor y la muerte de sus semejantes, cuando ese dolor y esa muerte les ha rendido unos cuantos soles de ganancia. Ellos diezmaron al indio con los repartimientos y las mitas; ellos importaron al negro para hacerle gemir bajo el látigo de los caporales; ellos devoraron al chino, dándole un puñado de arroz por diez y hasta quince horas de trabajo; ellos extrajeron de sus islas al canaca para dejarle morir de nostalgia en los galpones de las haciendas; ellos pretenden introducir hoy al japonés*. El negro parece que disminuye, el chino va desapareciendo, el canaca no ha

* Cuando en el Perú se habla de inmigración, no se trata de procurarse hombres libres que por cuenta propia labren el suelo y al cabo de algunos años se conviertan en pequeños propietarios: se quiere introducir parias que enajenen su libertad y por el *mínimum* de jornal proporcionen el *máximo* de trabajo.

dejado huella, el japonés no da señales de prestarse a la servidumbre; mas queda el indio, pues trescientos a cuatrocientos años de crueldades no han logrado exterminarle ¡el infame se encapricha en vivir!

Los Virreyes del Perú no cesaron de condenar los atropellos ni ahorraron diligencias para lograr *la conservación, buen tratamiento y alivio de los Indios*; los Reyes de España, cediendo a *la conmiseración de sus nobles y católicas almas*, concibieron medidas humanitarias o secundaron las iniciadas por los Virreyes. Sobraron los buenos propósitos en las Reales Cédulas. Ignoramos si las Leyes de Indias forman una pirámide tan elevada como el Chimborazo; pero sabemos que el mal continuaba lo mismo, aunque algunas veces hubo castigos ejemplares. Y no podía suceder de otro modo: oficialmente se ordenaba la explotación del vencido y se pedía humanidad y justicia a los ejecutores de la explotación; se pretendía que humanamente se cometiera iniquidades o equitativamente se consumara injusticias. Para extirpar los abusos, habría sido necesario abolir los repartimientos y las mitas, en dos palabras, cambiar todo el régimen colonial. Sin las faenas del indio americano, se habrían vaciado las arcas del tesoro español. Los caudales enviados de las colonias a la Metrópoli no eran más que sangre y lágrimas convertidas en oro.

La República sigue las tradiciones del Virreinato. Los Presidentes en sus mensajes abogan por la redención de los oprimidos y se llaman *protectores de la raza indígena*; los congresos elaboran leyes que dejan atrás a la *Declaración de los derechos del hombre*; los ministros de Gobierno expiden decretos, pasan notas a los prefectos y nombran delegaciones investigadoras, todo *con el noble propósito de asegurar las garantías de la clase desheredada*; pero mensajes, leyes, decretos, notas y delegaciones se reducen a jeremiadas hipócritas, a palabras sin eco, a expedientes manoseados. Las autoridades que desde Lima impartían órdenes conminatorias a los departamentos, saben que no serán obedecidas; los prefectos que reciben las conminaciones de la Capital saben también que ningún mal les resulta de no cumplirlas. Lo que el año 1648 decía en su *Memoria* el Marqués de Mancera, debe repetirse hoy, leyendo *gobernadores y hacendados* en lugar de *corregidores y caciques*: *Tienen por enemigos estos pobres Indios la codicia de sus Corregidores, de sus Curas y de sus Caciques, todos atentos a enriquecer de su sudor; era menester el celo y autoridad de un Virrey para cada uno; en fe de la distancia se trampea la obediencia, y ni hay fuerza ni perseverancia para proponer segunda vez la queixa**. El trampear la obediencia vale mucho en boca de un

* *Memorias de los Virreyes del Perú, Marqués de Mancera y Conde de Salvatierra*, publicadas por José Toribio Polo. Lima, 1899.

virrey; pero vale más la declaración escapada a los defensores de los indígenas de Chucuito.*

No faltan indiófilos que en sus iniciativas individuales o colectivas procedan como los Gobiernos en su acción oficial. Las agrupaciones formadas para libertar a la raza irredenta no han pasado de contrabandos políticos abrigados con bandera filantrópica. Defendiendo al Indio se ha explotado la conmiseración, como invocando a Tacna y Arica se negocia hoy con el patriotismo. Para que los redentores procedieran de buena fe, se necesitaría que de la noche a la mañana sufrieran una transformación moral, que se arrepintieran al medir el horror de sus iniquidades, que formaran el inviolable propósito de obedecer a la justicia, que de tigres se quisieran volver hombres. ¿Cabe en lo posible?

Entre tanto, y por regla general, los *dominadores* se acercan al indio para engañarle, oprimirle o corromperle. Y debemos rememorar que no sólo el *encastado* nacional procede con inhumanidad o mala fe: cuando los europeos se hacen rescatadores de lana, mineros o hacendados, se muestran buenos exactores y magníficos torsionarios, rivalizan con los antiguos encomenderos y los actuales hecendados. El animal de pellejo blanco, nazca donde naciere, vive aquejado por el mal del oro: al fin y al cabo cede al instinto de rapacidad.

III

BAJO la República ¿sufre menos el indio que bajo la dominación española? Si no existen corregimientos ni encomiendas, quedan los trabajos forzados y el reclutamiento. Lo que le hacemos sufrir basta para descargar sobre nosotros la execración de las personas humanas. Le conservamos en la ignorancia y la servidumbre, le envilecemos en el cuartel, le embrutecemos con el alcohol, le lanzamos a destrozarse en las guerras civiles y de tiempo en tiempo organizamos cacerías y matanzas como las de Amantani, Ilave y Huanta**.

* *La Raza Indígena del Perú en los albores del siglo XX* (página VI, segundo folleto). Lima, 1903.

** Una persona verídica y bien informada nos proporciona los siguientes datos: "*Masacre de Amantani*. — Apenas inaugurada la primera dictadura de Piérola, los indios de Amantani, isla del Titicaca, lincharon a un gamonal que había cometido la imprudencia de obligarles a hacer ejercicios militares. La respuesta fue el envío de Puno de dos buques armados en guerra, que bombardearon ferozmente la isla, de las 6 de la mañana a las 6 de la tarde. La matanza fue horrible, sin que hasta

No se escribe pero se observa el axioma de que el indio no tiene derechos sino obligaciones. Tratándose de él, la queja personal se toma por insubordinación, el reclamo colectivo por conato de sublevación. Los realistas españoles mataban al indio cuando pretendía sacudir el yugo de los conquistadores, nosotros los republicanos nacionales le exterminamos cuando protesta de las contribuciones onerosas, o se cansa de soportar en silencio las iniquidades de algún sátrapa.

Nuestra forma de gobierno se reduce a una gran mentira, porque no merece llamarse república democrática un estado en que dos o tres millones de individuos viven fuera de la ley. Si en la costa se divisa un vislumbre de garantías bajo un remedo de república, en el interior se palpa la violación de todo derecho bajo un verdadero régimen feudal. Ahí no rigen Códigos ni imperan tribunales de justicia, porque hacendados y *gamonales* dirimen toda cuestión arrojándose los papeles de jueces y ejecutores de las sentencias. Las autoridades políticas, lejos de apoyar a débiles y pobres, ayudan casi siempre a ricos y fuertes. Hay regiones donde jueces de paz y gobernadores pertenecen a la servidumbre de la hacienda. ¿Qué gobernador, qué subprefecto ni qué prefecto osaría colocarse frente a frente de un hacendado?

Una hacienda se forma por la acumulación de pequeños lotes arrebatados a sus legítimos dueños, un patrón ejerce sobre sus peones la autoridad de un barón normando. No sólo influye en el nombramiento de gobernadores, alcaldes y jueces de paz, sino que hace matrimonios, designa herederos, reparte las herencias, y para que los hijos satisfagan las deudas del padre, les somete a una servidumbre que suele durar toda la vida. Impone castigos tremendos como la *correa*, la flagelación, el cepo de campaña y la muerte; risibles, como el rapado del cabello y las enemas de agua fría. Quien no respeta vidas ni propiedades realizaría un milagro si guardara miramientos a la honra de las mujeres: toda india, soltera o casada, puede servir de blanco a los deseos brutales del *señor*. Un rapto, una violación y un estupro no significan mucho cuando se piensa que a las indias se las debe poseer de viva fuerza. Y a pesar de todo, el indio no habla con el patrón sin arrodillarse ni besarle la mano. No se diga que por ignorancia o falta de cultura de los señores territoriales proceden así: los hijos de algunos hacendados van niños a Europa, se educan en Francia o Inglaterra y vuelven al Perú con todas las apariencias de gentes civilizadas; mas apenas se confinan en sus haciendas, pierden el barniz europeo y proceden con más inhumanidad y violencia que

ahora se sepa el número de indios que ese día perecieron, sin distinción de edad ni sexo. Sólo se ven esqueletos que aún blanquean metidos de medio cuerpo en las grietas de los peñascos, en actitud de refugiarse". Ilave y Huanta se consumaron en la segunda administración de Piérola.

sus padres: con el sombrero, el poncho y las *roncadoras*, reaparece la fiera. En resumen: las haciendas constituyen reinos en el corazón de la República, los hacendados ejercen el papel de autócratas en medio de la democracia.

IV

PARA cohonestar la incuria del Gobierno y la inhumanidad de los expoliadores, algunos pesimistas a lo Le Bon marcan en la frente del indio un estigma infamatorio: le acusan de refractario a la civilización. Cualquiera se imaginaría que en todas nuestras poblaciones se levantan espléndidas escuelas, donde bullen eximios profesores muy bien rentados, y que las aulas permanecen vacías porque los niños, obedeciendo las órdenes de sus padres, no acuden a recibir educación. Se imaginaría también que los indígenas no siguen los moralizadores ejemplos de las clases dirigentes o crucifican sin el menor escrúpulo a todos los predicadores de ideas levantadas y generosas. El indio recibió lo que le dieron: fanatismo y aguardiente.

Veamos ¿qué se entiende por civilización? Sobre la industria y el arte, sobre la erudición y la ciencia, brilla la moral como punto luminoso en el vértice de una gran pirámide. No la moral teológica fundada en una sanción póstuma, sino la moral humana, que no busca sanción ni la buscaría lejos de la Tierra. El *summum* de la moralidad, tanto para los individuos como para las sociedades, consiste en haber transformado la lucha de hombre contra hombre en el acuerdo mutuo para la vida. Donde no hay justicia, misericordia ni benevolencia, no hay civilización; donde se proclama ley social la *struggle for life*, reina la barbarie. ¿Qué vale adquirir el saber de un Aristóteles cuando se guarda el corazón de un tigre? ¿Qué importa poseer el don artístico de un Miguel Angel cuando se lleva el alma de un cerdo? Más que pasar por el mundo derramando la luz del arte o de la ciencia, vale ir destilando la miel de la bondad. Sociedades altamente civilizadas merecerían llamarse aquellas donde practicar el bien ha pasado de obligación a costumbre, donde el acto bondadoso se ha convertido en arranque instintivo. Los dominadores del Perú ¿han adquirido ese grado de moralización? ¿Tienen derecho de considerar al indio como un ser incapaz de civilizarse?

La organización política y social del antiguo imperio incaico admira hoy a reformadores y revolucionarios europeos. Verdad, Atahualpa no sabía el padrenuestro ni Calcuchima pensaba en el misterio de la Trinidad; pero el culto del Sol era quizá menos absurdo que la Religión católica, y el gran Sacerdote de Pachacamac no vencía tal vez en ferocidad al padre Valverde. Si el súbdito de Huaina-Cápac admitía la civilización, no encontramos motivo

para que el indio de la República la rechace, salvo que toda la raza hubiera sufrido una irremediable decadencia fisiológica. Moralmente hablando, el indígena de la República se muestra inferior al indígena hallado por los conquistadores; mas depresión moral a causa de servidumbre política no equivale a imposibilidad absoluta para civilizarse por constitución orgánica. En todo caso, ¿sobre quién gravitaría la culpa?

Los hechos desmienten a los pesimistas. Siempre que el indio se instruye en colegios o se educa por el simple roce con personas civilizadas, adquiere el mismo grado de moral y cultura que el descendiente del español. A cada momento nos rozamos con amarillos que visten, comen y piensan como los *melifluos caballeros de Lima*. Indios vemos en Cámaras, municipios, magistraturas, universidades y ateneos, donde se manifiestan ni más venales ni más ignorantes que los de otras razas. Imposible deslindar responsabilidades en el *totum revolutis* de la política nacional para decir qué mal ocasionaron los mestizos, los mulatos y los blancos. Hay tal promiscuidad de sangres y colores, representa cada individuo tantas mezclas lícitas o ilícitas, que en presencia de muchísimos peruanos quedaríamos perplejos para determinar la dosis de negro y amarillo que encierran en sus organismos: nadie merece el calificativo de blanco puro, aunque lleve azules los ojos y rubio el cabello. Sólo debemos recordar que el mandatario con mayor amplitud de miras perteneció a la raza indígena, se llamaba Santa Cruz. Lo fueron cien más, ya valientes hasta el heroísmo como Cahuide; ya fieles hasta el martirio como Olaya.

Tiene razón Novicow al afirmar que *las pretendidas incapacidades de los amarillos y los negros son quimeras de spiritus enfermos*. Efectivamente, no hay acción generosa que no pueda ser realizada por algún negro ni por algún amarillo, como no hay acto infame que no pueda ser cometido por algún blanco. Durante la invasión chilena en 1900, los amarillos del Japón dieron lecciones de humanidad a los blancos de Rusia y Alemania. No recordamos si los negros de Africa las dieron alguna vez a los boers del Transvaal o a los ingleses del Cabo: sabemos sí que el anglosajón Kitchener se muestra tan feroz en el Sudán como Behanzin en el Dahomey. Si en vez de comparar una muchedumbre de piel blanca con otras muchedumbres de piel oscura, comparamos un individuo con otro individuo, veremos que en medio de la civilización blanca abundan cafres y pieles rojas por dentro. Como flores de raza u hombres representativos, nombremos al Rey de Inglaterra y al Emperador de Alemania: Eduardo VII y Guillermo II ¿merecen compararse con el indio Benito Juárez y con el negro Booker Washington? Los que antes de ocupar un trono vivieron en la taberna, el garito y la mancebía, los que desde la cima de un imperio ordenan la matanza sin perdonar a niños, ancianos ni mujeres, llevan lo blanco de la piel mas esconden lo negro en el alma.

¿De sólo la ignorancia depende el abatimiento de la raza indígena?

Cierto, la ignorancia nacional parece una fábula cuando se piensa que en muchos pueblos del interior no existe un solo hombre capaz de leer ni de escribir, que durante la guerra del Pacífico los indígenas miraban la lucha de las dos naciones como una contienda civil entre el general Chile y el general Perú, que no hace mucho los emisarios de Chucuito se dirigieron a Tacna figurándose encontrar ahí al Presidente de la República.

Algunos pedagogos (rivalizando con los vendedores de panaceas) se imaginan que sabiendo un hombre los afluentes del Amazonas y la temperatura media de Berlín, ha recorrido la mitad del camino para resolver todas las cuestiones sociales. Si por un fenómeno sobrehumano, los analfabetos nacionales amanecieran mañana, no sólo sabiendo leer y escribir, sino con diplomas universitarios, el problema del indio no habría quedado resuelto: al proletariado de los ignorantes, sucedería el de los bachilleres y doctores. Médicos sin enfermos, abogados sin clientela, ingenieros sin obras, escritores sin público, artistas sin parroquianos, profesores sin discípulos, abundan en las naciones más civilizadas formando el innumerable ejército de cerebros con luz y estómagos sin pan. Donde las haciendas de las costas suman cuatro o cinco mil fanegadas, donde las estancias de la sierra miden treinta y hasta cincuenta leguas, la nación tiene que dividirse en señores y siervos.

Si la educación suele convertir al bruto impulsivo en un ser razonable y magnánimo, la instrucción le enseña y le ilumina el sendero que debe seguir para no extraviarse en las encrucijadas de la vida. Mas divisar una senda no equivale a seguirla hasta el fin: se necesita firmeza en la voluntad y vigor en los pies. Se requiere también poseer un ánimo sin altivez y rebeldía, no de sumisión y respeto como el soldado y el monje. La instrucción puede mantener al hombre en la bajeza y la servidumbre: instruidos fueron los eunucos y gramáticos de Bizancio. Ocupar en la Tierra el puesto que le corresponde en vez de aceptar el que le designan: pedir y tomar su bocado; reclamar su techo y su pedazo de terruño, es el derecho de todo ser racional.

Nada cambia más pronto ni más radicalmente la psicología del hombre que la propiedad: al sacudir la esclavitud del vientre, crece en cien palmos. Con sólo adquirir algo, el individuo asciende algunos peldaños en la escala social, porque las clases se reducen a grupos clasificados por el monto de la riqueza. A la inversa del globo aerostático, sube más el que más pesa. Al que diga: *la escuela*, respóndasele: *la escuela y el pan*.

La cuestión del indio, más que pedagógica, es económica, es social. ¿Cómo resolverla? No hace mucho que un alemán concibió la idea de restaurar el Imperio de los Incas: aprendió el quechua, se introdujo en las indiadas del Cuzco, empezó a granjearse partidarios, y tal vez habría intentado una sublevación, si la muerte no le hubiera sorprendido al regreso de un viaje por Europa. Pero ¿cabe hoy semejante restauración? Al intentarla,

al querer realizarla, no se obtendría más que el empequeñecimiento remedo de una grandeza pasada.

La condición del indígena puede mejorar de dos maneras: o el corazón de los opresores se conduce al extremo de reconocer el derecho de los oprimidos, o el ánimo de los oprimidos adquiere la virilidad suficiente para escarmentar a los opresores. Si el indio aprovechara en riftes y cápsulas todo el dinero que desperdicia en alcohol y fiestas, si en un rincón de su choza o en el agujero de una peña escondiera un arma, cambiaría de condición, haría respetar su propiedad y su vida. A la violencia respondería con la violencia, escarmentando al patrón que le arrebatara las lanas, al soldado que le recluta en nombre del Gobierno, al montonero que le roba ganado y bestias de carga.

Al indio no se le predique humildad y resignación sino orgullo y rebeldía. ¿Qué ha ganado con trescientos o cuatrocientos años de conformidad y paciencia? Mientras menos autoridades sufra, de mayores daños se liberta. Hay un hecho revelador: reina mayor bienestar en las comarcas más distantes de las grandes haciendas, se disfruta de más orden y tranquilidad en los pueblos menos frecuentados por las autoridades.

En resumen: el indio se redimirá merced a su esfuerzo propio, no por la humanización de sus opresores. Todo blanco es, más o menos, un Pizarro, un Valverde o un Areche.

1904

POLITICA Y RELIGION *

I

CUANDO Gambetta dijo que "no había cuestión social sino cuestiones sociales," le respondieron que todas las cuestiones se resumían en la lucha del individuo con las colectividades: del jornalero con los capitalistas, del ciudadano con las autoridades, del filósofo con las comunidades religiosas. Le respondieron también que todas las luchas pedían una solución —la independencia del individuo.

En las naciones donde existe separación entre el Estado y la Iglesia o, cuando menos, impera la igualdad de todas las religiones ante la Ley, el conflicto religioso desaparece o disminuye de intensidad. Nadie se ve compelido a fomentar la celebración de cultos ajenos; todos pueden enunciar sus creencias y defenderlas con la palabra o la pluma. Donde el Estado profesa una religión y la favorece con perjuicio de las otras, el individuo queda sacrificado a los intereses de una colectividad, y tiene que reaccionar con energías proporcionadas a las fuerzas opresoras. Reacción inevitable en el Perú, donde exclusivamente domina el clero de una secta. Aquí, por derecho de legítima defensa, los hombres más pacíficos serán un día, no sólo anticatólicos, sino anticlericales agresivos.

Como algunos sabios no admiten conflictos ineludibles entre la Religión y la Ciencia, fundándose en que el saber humano y la verdad revelada evolucionan en órbitas diferentes, así muchos filósofos y hombres públicos no

* En las páginas siguientes hay una repetición de lo dicho en las anteriores. Conviene la insistencia en afirmar que la Política no debe separarse de la Religión, que libertad y Catolicismo no pueden ir aliados, que ninguna obra de honradez se funda en una base de mentira. *A. de G. P.*

aceptan abismos insondables entre las cuestiones religiosas y las cuestiones políticas, imaginándose que la libertad se concilia con el Dogma, hasta pretendiendo que "un revolucionario no tiene por qué vivir en guerra con ninguna de las religiones positivas". Vacherot, que en uno de sus mejores libros había considerado la religiosidad como un fenómeno psicológico, destinado a desparecer con los adelantos de la Ciencia, llegó en los últimos años de su vida a lanzar este aforismo estupendo: "Dios entrega a los hombres la Política y se reserva la Religión."

¿Convienen semejantes separaciones? ¿Las admiten los católicos?

II

A PESAR de los subterfugios, de las argucias, de los distingos y de las evasivas, no cabe duda que de toda cuestión social o política surge siempre una cuestión religiosa. El Catolicismo ha dominado tanto las conciencias, se ha ingerido tanto en la formación de la sociedad civil, que al emprender una reforma radical nos encontramos frente a frente de la Iglesia para cerrar el paso en nombre de un dogma, de un canon o de un derecho consuetudinario. Querramos, por ejemplo, modificar las leyes arcaicas de la familia, y la Iglesia nos argüirá considerando el divorcio como una infracción de las leyes divinas y llamando al matrimonio civil un repugnante concubinato. Querramos oponer la justicia y la solidaridad al régimen inicualemente egoísta del Capital, y la misma Iglesia nos dirá que no invoquemos la justicia sino la caridad, que el pauperismo se resuelve con la limosna o sopa de los conventos, y que al no resolverse, al proletariado le cumple resignarse y esperar la retribución en el otro mundo.

Desde la libertad del esclavo hasta la emancipación de la mujer, y desde la independencia de las naciones hasta la inviolabilidad de las conciencias, todas las grandes reformas encontraron en la Religión Católica un enemigo, ya descubierto, ya embozado. Pudo el Cristianismo naciente significar una reacción saludable contra el cesarismo romano y el sacerdote judío, pudo sembrar en los pueblos un germen de insubordinación y rebeldía, pudo hasta infundir en las almas un vago anhelo de libertad y cosmopolitismo; pero la sencilla creencia de los siglos evangélicos se ha modificado de tal manera, que hoy el Catolicismo figura como el aliado inevitable de todos los opresores y de todos los fuertes: donde asoma un tirano, cuenta con dos armas — la espada del militar y la cruz del sacerdote. Cuando la Iglesia favorece o aprueba el espíritu revolucionario de las muchedumbres, no lo hace con el fin de contribuir a la emancipación integral del hombre, sino con el pro-

pósito de encausar la revolución, de beneficiarla en provecho del Catolicismo.

Y con semejante proceder se obedece a una ley: toda religión naciente se muestra revolucionaria y progresista, así en el orden moral como en el político y el social; toda religión triunfante se declara eminentemente conservadora y estacionaria: de oprimida se vuelve opresora, de popular y libre se hace aristocrática y oficial. Piensan los sectarios que el mundo no debe seguir un paso más allá del punto en que la religión se detiene, y no carecen de lógica al pensarlo: si el Dogma encierra la resolución de todos los grandes problemas, ¿qué importa lo demás? Las religiones figuran como una especie de roca cristalizada alrededor de la Humanidad: no se avanza sin romper la cristalización.

Por eso, quien dice propaganda de libertad dice propaganda irreligiosa. No se concibe un revolucionario a medias; quien lucha por el individuo contra el Estado, tiene que luchar por el individuo contra la Iglesia. Pueden la Iglesia y el Estado declararse guerra por cuestiones secundarias o de supremacía; mas cuando surge una verdadera conmoción social, el Poder religioso y el Poder civil se unen y se auxilian, con el fin de mantener la sujeción del individuo. Son dos mal casados que viven riñendo, mas se ponen de acuerdo para atacar a los vecinos. Ya los precursores del siglo XVIII lo vieron claro al sostener que "para sembrar en Francia los gérmenes de la revolución, era necesario empezar por descatolizarla." Cuando Voltaire hablaba de *aplastar a la infame* (refiriéndose a la Religión Católica) y Diderot daba el consejo de "ahorcar el último rey con los intestinos del último sacerdote," expresaban gráficamente la idea de emprender una acción doble o paralela, sin divorciar las cuestiones religiosas de las cuestiones políticas.

Hoy, salvo el socialismo católico (doble falsificación del Catolicismo y del Socialismo), todos los partidos avanzados reconocen que el progreso entraña la secularización de la vida, y engloban en el mismo ataque a la Iglesia y al Estado. La fórmula concreta de la emancipación social, el lema que los verdaderos revolucionarios escriben hoy en su bandera, es la frase de Blanqui: "Ni Dios ni amo." Bakounine descarga tantos golpes en la Iglesia como en el Estado, y afirma que "si Dios existiera sería necesario abolirle." "Los conservadores, dice Elisée Reclus, no se engañaban al dar a los revolucionarios el nombre general de *enemigos de la Religión, de la familia y de la propiedad*; también pudieron llamarse enemigos de la patria política." Sebastien Faure exclama en sus horas de colérica inspiración: "Marchemos al combate contra el dogma, contra el misterio, contra el absurdo, contra la religión." Pero no recurramos a sólo anarquistas y socialistas. Julio Simón, antes de predicar la *república amable* y ser un décola de oficio, llegó a decir en el Cuerpo Legislativo de Francia: "No más alianza posible entre el Poder temporal y el Poder espiritual; el tiempo de los compromisos ha pasado ya.

De hoy en adelante, el Poder espiritual no puede vivir sino en nombre de la libertad e invocándola."

III

¿POR QUE los demócratas y revolucionarios han de usar separaciones y distingos para llamarse reformadores en política y estacionarios en religión, por qué los filósofos y librepensadores han de emprender una cruzada irreligiosa, con exclusión de toda lucha política o social, cuando los verdaderos ortodoxos se declaran abiertamente conservadores en todo y rechazan la diferencia radical entre el orden político y el orden religioso? Ellos sólo *distinguen* lo temporal de lo eterno, cuidando siempre de agregar que al Estado le cumple doblegarse ante la Iglesia o, mejor dicho, proclamando la subordinación del Poder civil al Poder religioso. Para el buen católico, la unidad política no se realiza sin la unidad religiosa o sometimiento a la exclusiva dominación de Roma. Los Didon y los Lacordaire, los conciliadores de la Iglesia con la Democracia, y de la Ciencia con la Religión, infunden recelo y desconfianza en todos los bandos, amigos y enemigos, avanzados y retrógrados. Montalembert se vio tan acosado por los incrédulos de París como por los jesuitas de Roma. El padre Jacinto no se ha granjeado muchas simpatías con su religión *católica, apostólica y francesa*. Hay que seguir a Lamennais —cortar el cable.

En la "Política sacada de la Escritura" Bossuet enuncia esta proposición: *El sacerdocio y el imperio son dos potencias independientes, mas unidas*; y a continuación se explana en las siguientes consideraciones: "El sacerdocio en lo espiritual y el imperio en lo temporal no dependen sino de Dios; pero el orden eclesiástico reconoce al imperio en lo temporal, como los reyes en lo espiritual se reconocen los humildes hijos de la Iglesia."

En estas palabras se nota que Bossuet procede cortesana y jesuíticamente, deseando no desagradar al Rey de Francia ni al Pontífice de Roma. Sin embargo, se trasluce algo, se deja sentir el veneno. ¿Qué se entiende por *reconocerse humildes hijos de la Iglesia*? Indudablemente, obedecer las órdenes de los Papas y estar animado por el espíritu de la Curia Romana. Los *humildes hijos* repiten que "aun cuando la Iglesia Romana imponga un yugo apenas soportable, conviene sufrirlo antes de romper la comunión con ella." (Bossuet).

Pío IX, que seguramente no rivaliza con el Aguila de Meaux, procede con celo tan fogoso y exagerado que de vez en cuando parece un lobo con disfraz de cordero; si por sus dogmas de la Inmaculada y de la Infabilidad

ahonda más el abismo entre la Razón y la Fe, en su *Syllabus* codifica lo que podría llamarse incompatibilidad de humores entre la Religión Católica y las sociedades modernas. Con Pío IX, el Catolicismo hace gala de haberse convertido en una religión estéril y sin vida, algo como una mole de granito en un campo de labor o como un cementerio en el corazón de una ciudad.

León XIII no sigue los rastros de Pío IX: en vez de las medidas impremeditadas y violentas, usa la sagacidad, las buenas formas, el maquiavelismo angélico; pero no siempre logra buenos resultados, como por ejemplo en Bélgica, donde sufrió un solemne fiasco al tratarse de una ley que hería los intereses de la Iglesia. *Públicamente*, León XIII *exhorta* a los obispos belgas para que transijan y se sometan a las leyes de la nación; *privadamente*, valiéndose de su secretario el cardenal Nina, les aconseja resistir y luchar por cuantos medios estén a su alcance. Desgraciadamente para Roma, el ministro Frère Orban descubre la intriga; y el Machiavelli del Vaticano pasa unos momentos no muy agradables.

Para conocer a fondo el espíritu de la Iglesia, no vale recurrir siempre a los documentos oficiales: los escritos de los buenos creyentes, de esos que no andan con diplomacias ni contempORIZACIONES, sirven de inapreciables documentos. La *Revue du Clergé Français* publicó, no hace muchos años, un estudio muy digno de citarse, por la sinceridad en la expresión de las ideas.

“La Iglesia, decía el periódico, tiene derecho a reinar, no sólo sobre los individuos y las familias sino también sobre los pueblos o, de otra manera en el orden espiritual, el Estado no es independiente de la Iglesia, sino que se halla en el deber de abrazar, profesar y proteger la Religión Católica. . . El Estado tiene por fin el bien temporal de los hombres; la Iglesia, su dicha sobrenatural. El fin de la Iglesia excede, pues, infinitamente en excelencia al fin del Estado, que se le subordina; pero, como la subordinación de los fines acarrea la subordinación de los medios, se deduce que el Estado queda subordinado a la Iglesia.

»Concluimos: el Estado debe ponerse al servicio de la Iglesia, tanto al menos como se lo permita la condición de los espíritus; el régimen de la separación, como el de los concordatos, no encierra el ideal: el Estado debe usar de la ley y la espada para el reino social de Jesús. Al hacerlo en otro tiempo, cumplía con su deber,

»¿Por qué tratar de excusarlo torpemente? La Iglesia, sociedad a la vez divina y humana, posee con el poder doctrinal y legislativo, el poder coercitivo que es el acompañamiento necesario: ella tiene el derecho de castigar por sí misma y con penas materiales al fiel y al hereje culpables. A más, tiene el derecho de exigir que el Estado ponga la fuerza de que dispone al servicio de los intereses espirituales que ella tiene la misión de amparar.

»De derecho divino, el Papa, jefe de la Iglesia, tiene antes que nada, el poder de dar a los príncipes (como supremo doctor de la moral) direcciones obligatorias en el gobierno de los Estados. . .”

Tales son los principios tradicionales de la Iglesia, expuestos franca y llanamente, sin evasivas de obispos galicanos ni atenuaciones de pontífices diplomáticos, a la manera como les profesaba Gregorio VII cuando repetía:

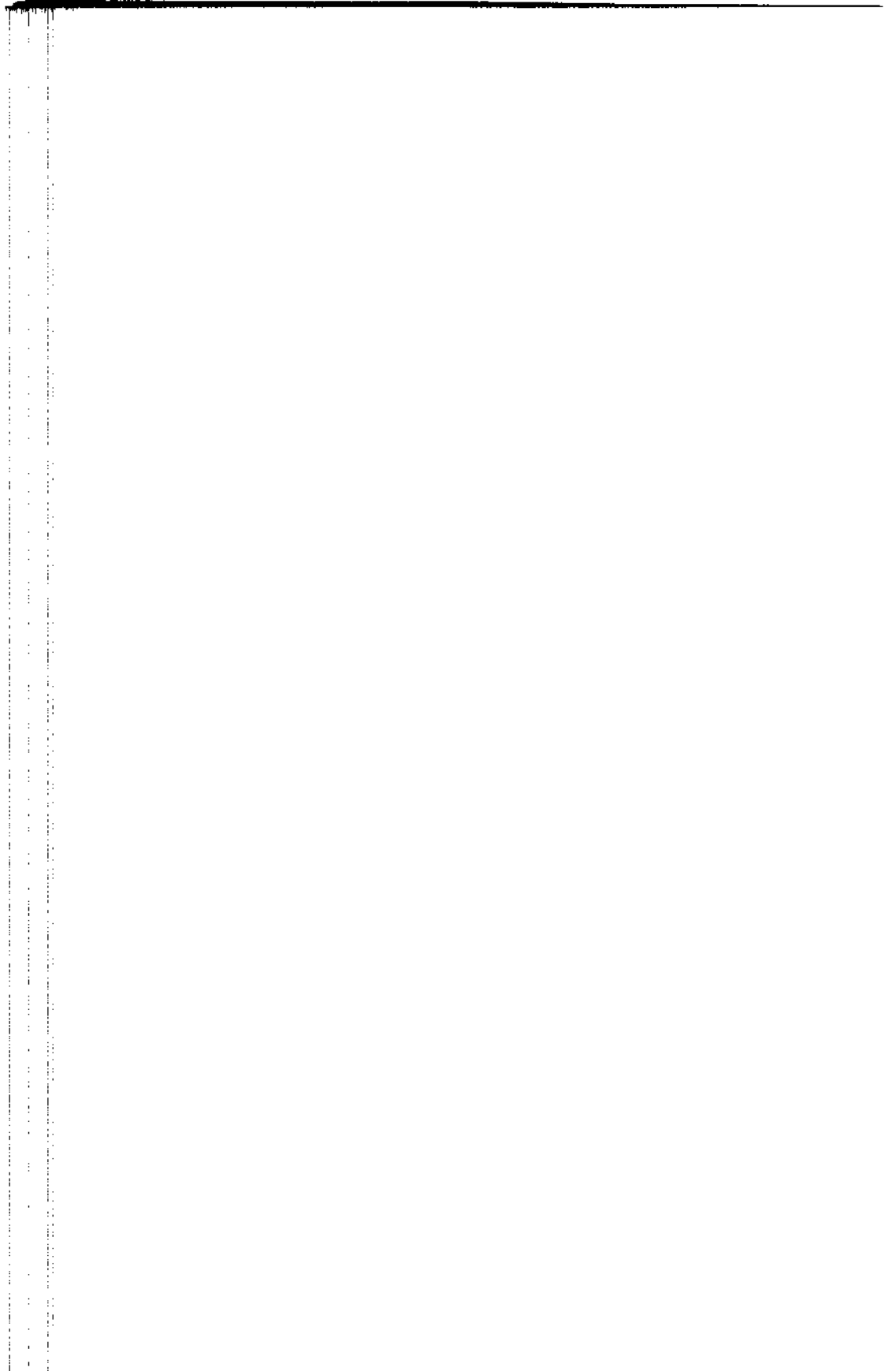
"Si la Santa Sede ha recibido de Dios el poder de juzgar las cosas espirituales, ¿por qué no ha de juzgar también las temporales?... Cuando Dios dijo a San Pedro: *Apacienta mis ovejas*, ¿exceptuó acaso a los reyes? El episcopado está sobre la reyecía lo mismo que el oro sobre el plomo: Constantino lo sabía muy bien, cuando tomaba el último lugar entre los obispos".

Sueñan, pues, o se alucinan los hombres que persiguen una alianza o, cuando menos, un estado de paz entre la Iglesia y el Estado, entre la Razón y la Fe. Mientras los filósofos o librepensadores combaten el Dogma sin cuidarse de las reformas políticas o sociales, y mientras los republicanos y demócratas guardan una candorosa neutralidad en las cuestiones religiosas, los buenos católicos trabajan por someter la política a la religión, por colocar al Estado bajo la dominación de la Iglesia. Y los católicos llevan siempre la ventaja: si no gobiernan, invocan la libertad, la consiguen y la usan para combatir a sus enemigos; si ejercen el poder, no la otorgan a nadie, imponen silencio a todos sus adversarios. Louis Veillot lo declara perentoriamente cuando se dirige a los liberales: "Nosotros pedimos a ustedes la libertad porque su doctrina les manda concederla; mas se la negamos porque la nuestra lo dispone así."

El Catolicismo encierra una perenne amenaza a la civilización moderna, una latente revolución a la inversa, un poder que incesantemente se afana por rehacer la Historia con el fin de borrar los rastros de la Revolución francesa, suprimir la Reforma, anular el Renacimiento y sumergir a la Humanidad en la penumbra de la Edad Media. Es el enemigo, el árbol de sombra mortífera, el manzanillo de las almas. Si quisiéramos palpar el resultado de su acción sobre los pueblos, no necesitaríamos alejarnos mucho: el progreso intelectual y moral de las naciones sudamericanas se mide por la dosis de Catolicismo que han logrado eliminar de sus leyes y costumbres.

1900





CRONOLOGIA

Vida y Obra de Manuel González Prada

1844

"Ante todo, Prada no nació el 6 de enero de 1848 como siempre hemos creído: su natalicio ocurrió el 5 de enero de 1844; fue bautizado con los nombres de José Manuel de los Reyes... La partida bautismal es perfectamente clara al respecto: no se la había encontrado ni (¡claro!) usado hasta hoy" (Luis Alberto Sánchez: *Mito y realidad de González Prada*). Es el tercer hijo de Francisco González de Prada y Marrón de Lombera, y de Josefa Álvarez de Ulloa. "...Hogar cristiano, ultramontano, antiliberal, burgués, españolizante, prudente, devoto, amigo del clero, admirador ardiente del gobernante fuerte..." (LAS: *Don Manuel*).

1845

1846

1847

P: El Gral. Vivanco se impone por poco tiempo. Batalla de Carmen Alto, derrotada de Vivanco y Vidal.

Aumentan los estrenos de teatro romántico francés y español en Lima. Muere Flora Tristán en Burdeos.

AL: Independencia de Guatemala y Rep. Dominicana. Revueltas militares contra Santa Anna en México.

R. Vélez de Herrera: *Elvira de Oquendo*. J. Macedo: *Moreninha*.

P: Castilla proclamado presidente por el Congreso. Primer presupuesto de la república.

Segura estrena la primera versión de *Ña Catita*.

AL: Mosquera pres. de Colombia, Roca de Ecuador. Fin de la guerra civil de Río Grande do Sul.

Sarmiento: *Facundo*. "Jotabeche" funda *El Copiapino*.

P: Llega a Lima el poeta ecuatoriano Numa Pompilio Llona.

AL: EE. UU. invade México. Se anexa Nuevo México.

Echeverría: *Dogma socialista*. D. Mendoza: *El llanero*. J.M. Gutiérrez: *América poética*.

P: Castilla decreta la amnistía general. Congreso Internacional en Lima.

Llega a la capital el poeta español F. Velarde, líder de la "bohemia" limeña.

AL: Monagas pres. de Venezuela y Ballivián de Bolivia. Capitulación de Veracruz.

Reorganización del Banco de Inglaterra. Mazzini funda la "Joven Europa". Guerra franco-marroquí.

Zorrilla: *Don Juan Tenorio*. Dumas: *Los tres mosqueteros*. Carlyle: *Pasado y presente*.

Hambre en Irlanda. Nueva Constitución en España. Tratado franco-chino de Whampoa.

Poe: *El cuervo*. Daumier: *Gente de la justicia*. Wagner: *Tannhauser*.

Gabinete Palmerston en Inglaterra. Manifestaciones anti-austríacas en Milán. Revolución en Portugal.

Proudhon: *Sistema de contradicciones económicas*. Michelet: *El Pueblo*. Berlioz: *La condenación de Fausto*.

Crisis económico-financiera europea. Movimiento italiano del "Risorgimento".

Helmholtz: principio de la conservación de la energía. Marx y Engels: *Manifiesto comunista*. Lamartine: *Historia de los girondinos*. E. Brontë: *Cumbres borrascosas*.

Vida y Obra de Manuel González Prada

1848

1849

1850

1851

Manuel asiste a la Escuelita de las Señoritas Ferreyros, en donde, "tímido pero exigente, . . . cumplía sus deberes religiosos con regularidad pero sin fe, mareado ya por tanta humareda de blandones" (LAS: DM).

Irisarri: *El judío errante*. Bello: *Gramática de la lengua castellana*.

P: Tratado de amistad y comercio con Bolivia.

Narciso Aréstegui: *El padre Horán*. Primeros versos románticos de Manuel Palma.

AL: Tratado de Hidalgo entre EE.UU. y México. Insurrección de liberales en Pernambuco.

Olmedo: *Obras poéticas*.

P: Gran debate ideológico entre Bartolomé Herrera, Rector del Convictorio de San Carlos, y Pedro Gálvez, espíritu liberal y director del Colegio Guadalupe.

Primeros estrenos románticos nacionales, de José A. Márquez: *La bandera de Ayacucho* y *Pablo o lo familia del mendigo*.

AL: Triunfa la insurrección de Páez contra Monagas en Venezuela; éste se exila. J.H. López, liberal, presidente de Colombia.

P: Reglamento General de Instrucción Pública.

J.A. Márquez: *La cartera de un ministro*.

AL: Los jesuitas son expulsados de Colombia. Muere San Martín.

Sarmiento: *Recuerdos de provincia*.

P: Inauguración del primer ferrocarril de Sud América, de Callao a Lima. José Rufino Echenique elegido presidente.

Revolución en París: caída de Luis Felipe. Revoluciones en Viena, Venecia, Berlín, Milán, Parma y Roma. México cede a EE. UU. la Alta California y Nuevo México.

Renan: *El futuro de la ciencia*. Dumas (h.): *La dama de las camelias*. J. S. Mill: *Principios de economía política*.

Roma se declara República bajo el liderazgo de G. Mazzini. Disraeli, líder del Partido Conservador inglés. Disolución de la Constituyente francesa.

Dickens: *D. Copperfield*. Dostoiévski en Siberia bajo trabajos forzados. Muere Poe.

Tratado entre EE. UU. y Gran Bretaña sobre el futuro Canal de Panamá. Constitución liberal en Prusia. Cavour Ministro.

Hawthorne: *La letra escarlata*. Schopenhauer *Parerga y Paralipómena*. Wagner: *Lohengrin*. Goya: *Los proverbios* (grabados póstumos). Mueren Balzac y Wordsworth.

Golpe de estado de Luis Napoleón en Francia. Plebiscito a su favor. Bismarck, representante de Prusia ante la Dieta.

Vida y Obra de Manuel González Prada

1852

1853

Don Francisco González de Prada es Ministro de Echenique y Ministro Plenipotenciario en Bolivia.

1854

Manuel Nicolás Corpancho: *El poeta cruzado*.

AL: Oposición de Urquiza a la tiranía de Rosas. Fin de la Guerra Grande en Uruguay. Territorio uruguayo de Misiones en poder de Brasil.

J. Mármol: *Amalia*. Muere Echeverría.

P: Reconocimiento de EE. UU. de la soberanía de Perú sobre las Islas de Lobos.

AL: Batalla de Caseros; fin de la dictadura de Rosas. Política de fusión en Uruguay.

Alberdi: *Bases*.

P: Castilla se une a la revuelta contra Echenique.

Márquez: *Poesías*; Corpancho: *Brisas de mar y La lira patriótica* (recopilación).

AL: Urquiza, pres. de Argentina. Constitución federal. Santa Anna otra vez en México. Nueva Constitución liberal en Colombia.

A. Blest Gana: *Una escena social*. Nacen Martí y Díaz Mirón.

P: Castilla decreta la abolición del tributo pagado por los indios y la emancipación de los negros esclavos.

Palma: *Dos Tradiciones* (Lida y Mauro Cordato). Nace Clorinda Matto de Turner.

AL: Oposición entre Buenos Aires y las demás provincias federadas. Abolición de la esclavitud en Venezuela. Primer ferrocarril en Brasil, entre Maná y Guanábara.

Melville: *Moby Dick*. Longfellow: *La leyenda dorada*. Ruskin: *Las piedras de Venecia* (-53).

II Imperio en Francia. Napoleón III Emperador. Cavour, Ministro de Piemonte.

Beecher-Stowe: *La cabaña del tío Tom*. T. Gautier: *Esmaltes y camafeos*. Turgueniev: *Relatos de un cazador*. Spencer: *Principios de psicología* (-57).

Comienzo de las hostilidades ruso-turcas. Americanos y rusos reclaman el acceso a Japón. Primer ferrocarril sobre los Alpes.

Gogol: *Taras Bulba*. Gobineau: *Ensayo sobre la desigualdad de las razas*. Verdi: *La Traviata* (-55).

Inglaterra y Francia declaran la guerra a Rusia. Guerra de Crimea. Formación del Partido Republicano en EE. UU.

Tennyson: *La carga de la brigada ligera*. Nerval: *Las hijas del fuego*. Liszt: *Preludios*. Courbet: *El encuentro*.

Vida y Obra de Manuel González Prada

1855	Tras el triunfo de Castilla, la familia González de Prada emigra a Chile. Manuel es matriculado en el Colegio Inglés de Valparaíso, "donde aprende alemán e inglés, idiomas que, años más tarde, han de abrirle las puertas a una serie de autores europeos de notable importancia en su formación intelectual: Schopenhauer, Nietzsche, Spencer, Hegel" (Bruno Podestá: <i>Pensamiento político de González Prada</i>).
1856	
1857	Retornan a Lima. Castilla soslaya la filiación echeniquista de Don Francisco y éste es designado Alcalde de Lima, hasta 1858, así como Decano del Colegio de Abogados.
1858	Manuel es matriculado en el Seminario Eclesiástico de Santo Toribio de Mogrovejo, donde tiene como compañeros al futuro presidente y entonces seminarista Nicolás de Piérola y a Augusto Obín y Charún, que luego llegaría a Obispo.

P: Batalla de La Palma. Castilla es elegido presidente.

Luis Benjamín Cisneros: *El pabellón peruano*. Corpancho: *El templario*. Palma: *Poesías*. Segura: *El resignado*.

AL: Reformas religiosas y políticas en México. Tras la renuncia de Santa Anna, Benito Juárez en el poder.

P: Castilla controla un comienzo de revuelta en Arequipa. Tratado con EE. UU. por la neutralidad marítima.

Cisneros: *Alfredo el sevillano*; Segura: *Ña Catita*, versión definitiva. Muere el líder romántico Enrique Alvarado.

AL: Pacto de la Unión en Uruguay. Se fijan fronteras entre Ecuador y Nueva Granada. "Masacre de Panamá".

Federico Barbará: *Costumbres de los indios pampas*. Nace Juan Zorrilla de San Martín.

P: Tratado con EE. UU. por la pesca de ballena.

Salaverry: *Abel y El bello ideal*. Angel Quiroz: *Delirios de un loco*.

AL: Constitución federal en México. Protesta de Brasil contra Paraguay por violación de decreto de navegación y comercio. Ospina, conservador, pres. de Colombia.

P: Castilla ataca Arequipa, en poder de Montero y Vivanco, la que capitula.

Segura: *Teatro*, con prólogo de R. Palma. R. Palma redactor de *El Liberal*.

AL: Separación de la iglesia y el gobierno en México. Julián Castro, pres. de Venezuela.

Mera: *Poesías*.

Muere el zar Nicolás I y es sucedido por Alejandro II. Rusia capitula en Sebastopol ante las fuerzas inglesas y francesas. Atentados contra Napoleón III.

Whitman: *Hojas de hierba*. R. Browning: *Hombre y mujer*. Courbet: *L'atelier*.

Fin de la Guerra de Crimea. Paz de París y reconocimiento de la integridad del territorio turco. Guerra anglo-persa. Definición de la frontera hispano-francesa.

Descubrimiento de los restos del hombre neanderthal. Hugo: *Las contemplaciones*. Wagner: *La Walkiria*.

Garibaldi en lucha por la unificación de Italia. Fin de la guerra anglo-persa. Motines en la India contra la administración inglesa.

Flaubert: *Madame Bovary*. Baudelaire: *Las flores del mal*. Ibsen: *Olav Liljekrans*. Renan: *Estudios de historia religiosa*. Muere Comte.

Tratado de Tientsin termina guerra anglo-china. Se forma la Cía. del Canal de Suez. Supresión de la Compañía de las Indias. Levantamiento en Italia. Dimisión de Cavour. Guerra austro-piamontesa. Se inicia la construcción del canal de Suez.

Vida y Obra de Manuel González Prada

1859	
1860	<p>Ejercitando precozmente el uso de su voluntad, Manuel escapa del Seminario y se matricula en el Colegio de San Carlos. Allí, "turbado el ambiente por mil ecos políticos y sociales, evoca Manuel el clima del Colegio Inglés de Valparaíso, en donde el alemán Goldfinch y el inglés Blum hablaban libremente con sus discípulos, atentos a los sucesos europeos. Lejos del latín y de los rezos, se entusiasma por la química al encontrarse con el profesor italiano Eboli" (LAS: DM).</p>
1861	<p>"Manuel leía cuanto llegaba a sus manos... Ignoraba a menudo detalles primordiales del reglamento del Colegio, pero en cambio conocía bastante bien el funcionamiento de las Cámaras Legislativas y el curso de los debates entre liberales y conservadores" (LAS: DM).</p>
1862	<p>Inicia estudios de Derecho a pedido de su padre y para satisfacer en algo el anhelo de su familia, pero los abandona poco después de la muerte de su padre, en 1863.</p>
1863	

P: Contrato para introducir 25.000 inmigrantes irlandeses.

La Revista de Lima

AL: Buenos Aires acepta el esquema federal.

Nace Gutiérrez Nájera.

P: Constitución conservadora que estimula la campaña de oposición a Castilla.

R. Palma comienza a publicar capítulos de *Anales de la Inquisición de Lima*.

AL: Triunfo liberal en México. Guerra civil en Colombia.

P: Muerte del Gral. Miller, vuelto a Perú en 1859.

L. B. Cisneros: *Julia o escenas de la vida en Lima*. Salaverry: *El amor y el oro*.

AL: Francia ocupa Veracruz. García Moreno, pres. de Ecuador. Páez, dictador de Venezuela. Brasil, captura el barco inglés "Príncipe de Gales". Muere J.J. Pesado.

P: Gral. Miguel San Román, presidente.

Márquez: *Notas perdidas*. Althaus: *Poesías patrióticas y religiosas*.

AL: Grandes privilegios para la iglesia en Ecuador. Mitre, pres. de Argentina.

A. Blest Gana: *Martín Rivas*.

P: Llega al Callao la escuadra española que compromete la soberanía nacional.

Marx: *Critica de la economía política*. Hugo: *La leyenda de los siglos*. Darwin: *El origen de las especies*. Dickens: *Historia en dos ciudades*. Wagner: *Tristán e Isolda*.

Lincoln, presidente de los EE. UU. El 1er. parlamento italiano se reúne en Turín. Víctor Manuel II, rey de Italia.

Taine: *La Fontaine y sus fábulas*. Saint-Saëns: *Oratorio de Navidad*. Muere Schopenhauer.

Guillermo I rey de Prusia. Emancipación de siervos en Rusia. Guerra de secesión en EE. UU. Producción industrial de armas por la casa alemana Krupp.

S. Mill: *Del utilitarismo*. G. Eliot: *Silas Marner*. Dostoievski: *Recuerdo de la casa de los muertos*. Se inicia la construcción de la Opera de París.

Bismarck, primer Ministro de Prusia. Lincoln libera a los esclavos de los rebeldes.

Foucault mide la velocidad de la luz. Spencer: *Primeros principios*; Hugo: *Los miserables*. Flaubert: *Salambo*. Verdi: *La fuerza del destino*.

Lincoln emprende la "reconstrucción" del Sur. Protectorado francés en Cam-

Vida y Obra de Manuel González Prada

1864

Tras el abandono abrupto del Convictorio de San Carlos, empiezan los intentos juveniles de poesía y drama.

1865

1866

En el Combate del Dos de Mayo contra la flota española, experimenta, "cerca de las baterías, la violenta emoción del peligro, ese olor acre de sangre y pólvora, tan diferente a las catástrofes pintadas por los patrioterros poetas de efemérides" (LAS: DM).

Muerte del pres. San Román. Ley de amnistía política.

Juan de Arona: *Ruinas*. Muere Corpancho.

AL: Maximiliano de Austria proclamado Emperador de México. Gobierno Federal de Falcón (-68) en Venezuela. Guerra civil entre blancos y colorados en Uruguay.

Nace Julián del Casal.

P: Ocupación española de las Islas Chincha. Congreso Internacional de Gobernantes Americanos.

Cisneros: *Edgardo, o un joven de mi generación*.

AL: Mariano Melgarejo gobierna en Bolivia. Ofensiva republicana contra Maximiliano en México.

Nace Federico Gamboa.

P: Tratado Vivanco-Pareja que pone fin al conflicto con España. Levantamiento de Mariano Prado. Alianza con Bolivia, Ecuador y Chile contra España.

Aparece en París *Lira americana*, recopilación hecha por R. Palma de poetas del Perú, Chile y Bolivia.

AL: Alianza de Argentina, Uruguay y Brasil contra Paraguay.

Muere A. Bello. Nace J. Asunción Silva.

P: Perú declara la guerra a España. Batalla de Abtao y de Callao. Retirada de los españoles.

AL: Tratado de límites entre Chile y Bolivia; alzamiento federal contra Urquiza en Argentina.

boya.

Renan: *Vida de Jesús*. Ibsen: *Los pretendientes*. Manet: *Almuerzo en la hierba*.

Marx funda en Londres la 1ª Internacional de Trabajadores. Austria y Prusia invaden Dinamarca. Lincoln reelegido presidente. El Papa Pío IX condena el liberalismo, el socialismo y el racionalismo.

Tolstoi: *La guerra y la paz* (-69). Fustel de Coulanges: *La ciudad antigua*. Spencer: *Principios de biología*. Rodin: *El hombre de la nariz rota*.

Capitulación de los Confederados en Appomatox. Asesinato de Lincoln. El Congreso declara abolida la esclavitud.

Proudhon: *Sobre el principio del arte*. L. Carroll: *Alicia en el país de las maravillas*. Taine: *La filosofía del arte*. Manet: *Olympia*. Muere Proudhon.

Paz de Praga y de Viena pone fin a la guerra austro-italiana. El Congreso norteamericano asegura la igualdad civil a los negros. Fundación del Ku-Klux-Klan.

Nobel inventa la dinamita. Swinburne: *Poemas y baladas*. Dostoievski: *Cri-*

Vida y Obra de Manuel González Prada

1867

Manuel se ensayaba publicando, aunque con seudónimo, artículos de dura crítica y evidente radicalismo, evocadores de Hugo y de Vigil, en el Diario *El Nacional*. Publica asimismo, por primera vez, una letrilla en *El Comercio*.

1868

"Le atrajeron los viajes por su país. Por conocer Cerro del Pasco, sus centros metalúrgicos, la explotación de los hombres, no vaciló en realizar un largo viaje a caballo a través de la región andina. Vio mucho, vio, sobre todo, al indio" (LAS: DM). Escribe al volver su poema "Al amor": "Si eres vida, ¿por qué me das la muerte? Si eres muerte, ¿por qué me das la vida?".

1869

"Cultivó el rondel, pero no libremente, sino aplicándole las reglas dictadas en francés por esa combinación, en sus tres fórmulas: el *triolet*, el *rondó* y el rondel propiamente dicho; cooperó a adaptar al castellano el molde inglés de la *espererina*; y trajo del italiano la *balata*, el *estornelo*, el *rispetto* y el *pántum*. Cultivó también la *villaneta* e ideó composiciones que llamó *gacelas* y *landes*" (Max Henríquez Ureña: *Breve historia del modernismo*).

1870

Del Campo: *Fausto*. Montalvo: *El cosmopolita*.

P: Muere el ex-presidente Castilla. Nueva Constitución. Prado proclamado presidente.

Arona: *Cuadros y episodios peruanos*.

AL: Maximiliano ejecutado en México, Benito Juárez reelegido presidente.

Isaacs: *María*. Nace Rubén Darío.

P: Prado, derrotado en el intento de tomar Arequipa, huye a Chile. José Balta elegido presidente.

Apogeo político y personal de R. Palma.

AL: Sarmiento, pres. de Argentina. Guerra de los diez años entre Cuba y España. Tropas de la Triple Alianza invaden Asunción. Grito independentista de Lares, en P. Rico.

Nacen Ricardo Jaimes Freyre y Carlos Reyles.

P: Contrato Dreyfus para la venta del guano.

Segura: *Teatro*.

AL: Revolución contra Juárez. Golpe de estado en Ecuador, asume García Moreno.

Nace L. G. Urbina.

P: Inauguración del ferrocarril entre Arequipa y Mejía bajo la dirección del norteamericano H. Meiggs.

Palma: *Pasionarias*.

AL: Fin de la guerra del Paraguay.

men y castigo.

Establecimiento de la monarquía austro-húngara. Garibaldi invade el estado pontificio; es derrotado y encarcelado. Livingstone explora el Congo.

Exposición Internacional de París. Marx: *El Capital* (T.I). Ibsen: *Peer Gynt*. Gounod: *Romeo y Julieta*. Muere Baudelaire.

Disolución de la sección francesa de la Internacional. Revolución en España; huida de Isabel. Primer Gabinete Gladstone en Inglaterra. Bakunin funda la Alianza Internacional de la Social - Democracia. Primer Congreso de los Trade-Unions.

Dostoievski: *El idiota*; Corot: *La mujer de la perla*. Wagner: *Los maestros cantores*. Fundación en París de la Escuela práctica de Altos Estudios.

Primer Cancilio Vaticano. Apertura del Canal de Suez. Grant, pres. de EE. UU. Constitución del Partido social-demócrata en el congreso de Eisenach.

Flaubert: *La educación sentimental*. Lautréamont: *Los cantos de Maldoror*. Hartmann: *La filosofía del inconsciente*.

Guerra franco-prusiana. Revuelta en París y proclamación de la III República. Sitio de París por los prusianos. J. Rockefeller funda la Standard Oil.

Verne: *Veinte mil leguas de viaje submarino*. Delibes: *Coppelia*.

Vida y Obra de Manuel González Prada

1871

A pedido de José Domingo Cortés, quien publica algunos de sus versos en el *Parnaso Peruano*, y antes de partir para "Tutuma", la hacienda familiar de Mala, "escribe" su biografía y establece su nombre de emancipado, suprimiendo la partícula nobiliaria "de", "en un acto de ruptura absoluta con el suntuoso pasado de su casa" (LAS: DM): "Nací en Lima. Son mis padres don Francisco González Prada y doña Josefina Ulloa de Prada".

1872

1873

Publica en estos años algunas baladas indigenistas en el *Correo de Perú* ("La cena de Atahualpa", "Las Flechas del Inca") y traduce lieder y baladas de Goethe, Schiller, Heine, a lo largo de esos ocho años de soledad querida en los que vivió "sano, con algo de varón bíblico" (LAS: DM). "Con las Baladas, se inicia en el Perú la poesía indigenista propiamente dicha. GP sintió lo vernacular, lo indio, mucho más que Chocano, y muchísimo más que los poetas anteriores, para quienes el 'motivo' indio era solamente un ele-

Caída de Melgarejo en Bolivia. Guzmán Blanco pres. de Venezuela. Partido Republicano en Brasil.

Del Campo: *Poesías*. Nace Amado Nervo.

P: Inauguración del ferrocarril entre Pisco e Yca. Descubrimiento de minas de oro en Huacho.

Salaverry: *Albores y destellos*; José Domingo Cortés: *Parnaso peruano*. Se funda *El Correo de Perú*. Muere Segura.

AL: P. Díaz inicia revuelta contra Juárez. Triunfa revolución de García Granados en Guatemala. Conflicto de Guzmán Blanco con la Iglesia.

Nacen J. E. Rodó y J. J. Tablada. Muere José Mármol.

P: Revuelta de los hermanos Gutiérrez contra Balta, a quien ejecutan. Manuel Pardo, presidente constitucional.

Palma: *Tradiciones*, 1ª serie. Althaus: *Obras poéticas*.

AL: Muere Juárez, asume Lerdo de Tejada. Unión Centroamericana (Honduras, Salvador, Costa Rica, Guatemala).

J. Hernández: *Martín Fierro*. Ascasubi: *Santos Vegas*. A. Lussich: *Los tres gauchos orientales*.

P: Tratado secreto de defensa con Bolivia contra Chile.

Palma: *Don Juan del Valle Caviedes, el poeta de la Ribera*.

AL: Muere J. A. Páez en N. York. Enmiendas liberales a la constitución mexicana. Sarmiento reorganiza los estudios en Argentina.

Nacen Lenin y Rosa Luxemburgo.

Armisticio franco-prusiano. Revuelta en París. Levantamiento de la Comuna: la Semana Sangrienta. Estatuto legal de los Trade-Unions en Inglaterra.

Excavaciones de Schliemann en Troya. Darwin: *El origen del hombre*. Bakunin: *Dios y el Estado*. Renan: *La reforma intelectual y moral*. Becquer: *Rimas*.

Congreso de la Internacional en La Haya. La "Kulturkampf" en Alemania. Nuevas Guerras carlistas en España. Voto secreto en Inglaterra. Muere Mazzini.

Spencer: *Estudios de sociología*. Daudet: *Tartarín de Tarascón*.

Crisis económica mundial. Tropas alemanas abandonan Francia. Alianza de los tres emperadores europeos. Proclamación de la República en España.

Rimbaud: *Una temporada en el infierno*. Marx: edición definitiva de *El Capital*. Verne: *La vuelta al mundo en ochenta días*.

Vida y Obra de Manuel González Prada

	mento decorativo..." (Carlos García Prada: Introducción a la <i>Antología Poética</i>).
1874	
1875	
1876	Hace experimentos de almidón de yuca y una serie de experimentos químicos —siguiendo su vieja vocación de estudiante del San Carlos— con miras a industrializar ciertos productos agrícolas.
1877	Nace Mercedes, hija natural de Manuel y Verónica Calvet y Bolívar, hija ésta de distinguido hogar limeño. Mercedes

P: Primera locomotora que llega al Lago Titicaca cruzando los Andes. Sublevación reprimida de Piérola.

Palma: *Tradiciones*, 2a. serie.

AL: Avellaneda, pres. de Argentina. Nueva Constitución en Venezuela. Reformas liberales en Guatemala.

J. P. Varela: *La educación del pueblo*; Sousândrade: *Obras poéticas*. José Domingo Cortés: *América poética*. Nace Lugones.

P: Incendio destruye una gran parte de Iquique. Fracaso de la rev. de Piérola contra Pardo.

Palma: *Tradiciones*, 3ª serie. Nace José Santos Chocano.

AL: Agitación anti-clerical en Argentina. García Moreno asesinado en Quito. P. Díaz asume presidencia en México.

Alencar: *El sertanero*. Muere Ascasubi, nacen Julio Herrera y Reissig y Florencio Sánchez.

P: Segunda presidencia de Mariano Prado.

AL: P. Díaz asume el poder en México, Latorre en Uruguay. Revoluciones en Ecuador y Honduras.

Montalvo: *El regenerador*.

P: Crisis financiera. Muerte de H. Meiggs.

Caída de Gladstone y Ministerio Disraeli. Alfonso XII, rey de España. Ley contra la prensa socialista en Alemania. Mayoría demócrata en el Congreso norteamericano.

Valera: *Pepita Jiménez*. Flaubert: *La tentación de San Antonio*. Grieg: *Peer Gynt*. Primera exposición impresionista en París.

Amenazas de Bismarck contra Francia. Las congregaciones son expulsadas de Alemania. Unión de los obreros alemanes en el Congreso de Gotha.

M. Twain: *Tom Sawyer*. Tolstoi: *Ana Karenina* (-77). M. Berthelot: *La síntesis química*. Bizet: *Carmen*. Manet: *Los remeros de Argenteuil*.

Disolución de la primera Internacional. Movimiento "Tierra y Libertad" en Rusia. Guerra de Turquía en los Balcanes.

Mallarmé: *La siesta de un fauno*. Renoir: *El molino de la Galette*. Emerson: *Literatura y objetivos sociales*. Bell inventa el teléfono. Mallarmé: *La siesta de un fauno*. Emerson: *Literatura y objetivos sociales*. Renoir: *El molino de la Galette*. Institución Libre de Enseñanza en Madrid (Fco. Giner de los Ríos). Muere Bakunin.

Guerra ruso-turca. Muerte de Thiers. Reorganización del Partido Liberal en

Vida y Obra de Manuel González Prada

	<p>es criada por la familia de su abuela materna; su madre se retira de toda actividad social.</p> <p>Conoce a Adriana De Verneuil Conches.</p>
1878	
1879	<p>Prologa el libro <i>Cuartos de hora</i>, de V. Mérida (seudónimo de A. Villarán).</p> <p>La Guerra del Pacífico lo obliga a romper su aislamiento y frustra así su desplazamiento hacia la actividad industrial. Basadre interpreta su reacción posterior como la de un "aristócrata descontento". Se alista en el ejército y, como oficial, participa en la defensa de la capital.</p>
1880	

Palma: *Tradiciones*, 4ª serie.

AL: Alcántara, pres. de Venezuela. Muere Rosas en Inglaterra. Proceso de desnacionalización en Argentina.

Squier: *Perú, viaje y exploración en la tierra de los incas*. J. Z. de San Martín: *Notas de un himno*. B. Mitre: *Historia de Belgrano y de la independencia argentina*.

P: Nueva insurrección de Piérola, reprimida. Muere el ex-pres. Pardo.

AL: Se prohíbe reelección presidencial en México. Nueva Constitución en Ecuador. Tratado del Zanjón en Cuba. Bolivia impone impuestos en Antofagasta.

Galván: *Enriquillo* (-82). Lastarria: *Recuerdos literarios*.

P: Chile declara la guerra a Perú y Bolivia: Guerra del Pacífico o "Salitrera". Asume el mando Piérola. Muere Grau, capitán del "Huascar", último barco de guerra nacional.

AL: Guzmán Blanco pres. de Venezuela. Martí en EE. UU.

J. Hernández: *La vuelta de Martín Fierro*. Zorrilla de San Martín: *La leyenda patria*. J. J. Mera: *Cumandá*.

P: "Unión", la corbeta de la armada peruana, ataca desde el Callao. Las acciones se extienden a Lima.

AL: Conflicto de Avellaneda con los militares argentinos. Presidencia de Roca. Comienza abolición de la esclavitud en Cuba. Renuncia de Latorre en Uruguay.

Montalvo: *Las catilinarias*. Altamirano: *Rimas y Cuentos de invierno*.

Ingl. Victoria, Emperatriz de la India. Hays, presidente de EE. UU., retira las tropas del sur.

Edison inventa el micrófono y el fonógrafo. Zola: *La taberna*. Carducci: *Odas bárbaras*. Renan: *Los Evangelios*. Rodin: *La edad de bronce*.

Los turcos entregan Chipre a Inglaterra. Legislación feminista e infantil en Inglaterra. Disolución del Reichstag y leyes antisocialistas en Alemania. Humberto I rey de Italia.

Edison y Swan inventan la lámpara eléctrica. Sully Prudhomme: *La justicia*. Nietzsche: *Humano, demasiado humano*. Engels: *El Anti-Dübring*.

Alianza austro-alemana. Fin de la "Kulturkampf". Atentados contra Alejandro II.

Pasteur descubre el principio de las vacunas. Ibsen: *Casa de muñecas*. Dostoiévski: *Los hermanos Karamazov* (-80). Spencer: *Principios de Ética*.

Fundación de la Compañía del Canal de Panamá. Elecciones liberales en Inglaterra: Gladstone sucede a Disraeli. Guerra anglo-boer.

Inventación de la bicicleta. Taine: *Filosofía del arte*. Rodin: *El pensador*. Zola: *Nana*.

Vida y Obra de Manuel González Prada

1881

Es Segundo Jefe del Reducto del Pino, en la Batalla de Miraflores. "Cuentan sus biógrafos que, perdida la guerra, durante los tres años de la ocupación chilena, GP, encerrado en su casa, se negó a salir de ella para no encontrarse con los invasores" (BP: *PP de GP*).

1882

1883

P: Batalla de Chorrillos y Miraflores y ocupación de Lima por el ejército chileno. Destrucción de la Biblioteca Nacional. García Calderón, prisionero en Chile.

Muere Althaus.

AL: Tratado de límites argentino-chileno. Constitución de Venezuela, según el modelo suizo.

A. Azevedo: *El mulato*. A. Bello: *Filosofía del entendimiento*. Machado de Assis: *Memorias póstumas de Braz Cubas*.

P: "El grito de Montán" del gral. Iglesias. Es elegido presidente por los departamentos del Norte.

AL: Gral. Heurreaux pres. de Santo Domingo. Veintimilla se proclama dictador en Ecuador.

Martí: *Ismaelillo*; *La Nación* lo nombra su corresponsal en Nueva York. V. Pérez Rosales: *Recuerdos del pasado*. J. Montalvo: *Siete tratados*.

P: Termina la ocupación de Lima. Tratado de Ancón, Chile se anexa Tarapacá y ocupa Tacna y Arica por diez años, después de los cuales un plebiscito deberá decidir su suerte.

Salaverry: *Misterios de la tumba*. Aroña: *Diccionario de peruanismos*. Palma edita seis series de *Tradiciones*.

AL: Concesión venezolana a la Cía. Hamilton para explotar "bosques y asfaltos". Otálora, pres. de Colombia.

Gutiérrez Nájera: *Cuentos frágiles*. Sarmiento: *Conflicto y armonía de las razas*.

Nueva alianza de los tres emperadores europeos. Caída de J. Ferry en Francia. Muere Disraeli. Alejandro II asesinado.

Ribot: *Las enfermedades de la memoria*. H. James: *Retrato de una dama*. Verlaine: *Sagesse*. Offenbach: *Los cuentos de Hoffmann*.

Triple Alianza: Austria, Alemania e Italia. Expulsión de los judíos de Rusia. Muerte de Gambetta. Intervención inglesa en Egipto e italiana en Eritrea.

Charcot en la Salpêtrière. Koch descubre el bacilo de la tuberculosis. Menéndez y Pelayo: *Historia de las ideas estéticas en España*. Wagner: *Parsifal*. Manet: *El bar del Folies Bergère*.

Segundo Gabinete Ferry. Fundación de la Fabian Society en Londres. Fundación del partido marxista ruso por Plejanov y Akselrod. Los franceses en Indochina.

Nietzsche: *Así hablaba Zaratustra*. Dilthey: *Introducción a las ciencias del espíritu*. Muere Marx.

Vida y Obra de Manuel González Prada

1884

Entre 1884 y 1886, y luego de los años conflictivos de la guerra del 79, reinició sus publicaciones en las efímeras columnas de *El Progreso*, de *Perlas y Flores*, de *La Revista Social*, en que es atraído por inquietudes más urgentes que la poesía (Elsa Villanueva de Puccinelli: *MGP, Poemas desconocidos*).

1885

Publica sus artículos "Grau" ("El Perú de 1879 no era Prado, La Puerta, ni Piérola: era Grau") y "Hugo", en ocasión de la muerte de éste ("Pasar de monarquista a republicano, de creyente a librepensador, es ascender").

1886

Pasa a formar parte, como vicepresidente, del Círculo Literario, nacido del grupo Bohemia Literaria, comandados ambos por Luis Márquez y ambos opuestos al oficialista Club Literario, coto de Ricardo Palma: "Espíritu belicoso y batallador, posición antagónica frente a la literatura oficial, crítica social y enfrentamiento político". (BP: *P.P. de GP*).

Pronuncia su conferencia sobre —o contra— Núñez de Arce, en el Ateneo, en la que ataca el leyendismo y pasatismo románticos y lanza su famosa: "Arcaísmo implica retroceso..."

1887

Muere su madre. Se casa con Adriana de Verneuil.

Es electo presidente del Círculo Literario: "Me veo desde hoy, a la cabeza de una agrupación destinada a convertirse en el partido radical de nuestra literatura".

P: La Asamblea Constituyente ratifica el Tratado de Ancón y nombra a Iglesias presidente provisional. Se inaugura la nueva Biblioteca de Lima.

Clorinda Matto de Turner: *Tradiciones cuzqueñas*.

AL: Pacto de Truce, Chile retiene costa boliviana de Atacama. P. Díaz asume presidencia en México hasta 1911. Núñez nuevamente pres. de Colombia.

Cané: *Juvenilia*. Groussac: *Fruto verdadero*. Barros Arana: *Historia general de Chile*.

P: Tropas del gobierno derrotadas por Cáceres en Ayacucho. Guerra civil. Iglesias abandona el gobierno.

L. B. Cisneros: *Aurora amor*. Segura: *Artículos, poesías y Comedias* (con biografía de Palma), póstumo.

AL: Convención argentino-boliviana. Los "marines" ocupan Colón, Panamá.

Cambaceres: *Sin rumbo*. Martí: *Amistad funesta*. Darío: *Epístolas y poemas*.

P: Cáceres, presidente constitucional.

Palma: *Refutación a un compendio de historia del Perú*.

AL: Balmaceda, pres. de Chile, Juárez Celman de Argentina, Guzmán Blanco de Venezuela. Gradual emancipación de Brasil.

Díaz Mirón. *Poesías escogidas*. Montalvo: *El espectador*. Podestá estrena *Juan Moreira*.

P: Oposición liberal a Cáceres. Tratado de límites con Ecuador.

Palma: *Poesía*, que incluye *Bohemia de mi tiempo*.

Convocatoria de una Conferencia Colonial Internacional en Berlín. Crack bursátil en N. York. Tratado franco-chino.

Engels: *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado*. Huysmans: *Al revés*. Verlaine: *Los poetas malditos*. Kropotkin: *Palabras de un rebelde*. A. Gaudi: *La Sagrada familia*.

Creación del Estado independiente del Congo. Gabinete Salisbury en Inglaterra. Guerra servio-búlgara. Alfonso XIII en España.

Pasteur: vacuna contra la rabia. Maxim: invención de la metralleta. Hudson: *La tierra purpúrea*. Nietzsche: *Más allá del bien y del mal*. J. Guyau: *Esbozo de una moral sin obligación ni sanción*. Muere V. Hugo.

Manifestación obrera en Chicago. Se concluye el Canadian Pacific. Se funda la Federación de Obreros Americanos.

Herz descubre las ondas electromagnéticas. Moréas: *Manifiesto simbolista*. Rimbaud: *Las iluminaciones*. D'Amicis: *Corazón*. Primera versión española del Manifiesto Comunista en *El Socialista*.

Primera conferencia imperial inglesa. Dimisión de Grévy, elección de Sadi Carnot. Condominio franco-inglés sobre las Nuevas Hébridas.

Vida y Obra de Manuel González Prada

1888

Muere su hija Cristina recién nacida.
Con motivo del aniversario patrio, y para colaborar en el rescate de Tacna, GP es invitado a pronunciar un discurso en el Politeama, "que tras el inicial silencio de la prensa, levanta una polémica periodística y a partir del cual es reconocido ya no como una reputación literaria, sino como 'un apóstol'": "Los que pisan el umbral de la vida, se juntan hoy para dar una lección a los que se acercan a las puertas del sepulcro... los troncos añosos y carcomidos produjeron ya sus flores de aroma deletéreo y su fruta de sabor amargo... ¡Los viejos a la tumba, los jóvenes a la obra!".
Segunda oportunidad de otra conferencia, ésta en el teatro Olimpo, y que inicia la polémica con Palma, al sentirse éste aludido en sus *Tradiciones*.

1889

Mueren su hermana Cristina y su segundo hijo, Manuel.

1890

Años fecundos en colaboraciones y en ideas: ataque al contrato Grace; estudio sobre "La revolución francesa"; "Notas acerca del idioma"; poemas tendenciosos, activamente opuestos a los de los poetas terratenientes, como el "Mitayo" escrito alrededor de 1870; "Vigil"; "La muerte y la vida". El gobierno intenta seducirlo ofreciéndole la dirección de un diario, un puesto diplomático, la función de juez de la libertad de imprenta: "Dígale al Señor Morales Bermúdez que no me alquilo" (LAS: DM).

AL: Telégrafo entre México y Guatemala. Restauración del principismo en el Uruguay.

R. Darío: *Abrojos*. Mitre: *Historia de San Martín*. E. Rabasa: *La bola*.

P: Nace Abraham Valdelomar.

AL: Emancipación definitiva de los esclavos en Brasil. Se suspenden los trabajos del Canal de Panamá. Cae Guzmán Blanco en Venezuela, Rojas Paul, pres.

R. Darío: *Azul*. Z. de San Martín: *Tabaré*. S. Romero: *Historia de la literatura brasileña*. Hostos: *Moral social*. F. Gamboa: *Del natural*. Mueren Sarmiento y Montalvo.

P: Se firma el contrato Grace para la explotación del guano y los ferrocarriles.

Palma: *Tradiciones*, 7ª serie. Matto de Turner: *Aves sin nido*.

AL: Primera Conferencia de los Estados Americanos en Washington. Proclamación de la República en Brasil.

H. Lara: *Crónica de la Araucanía*. Martí: *La edad de oro*.

P: Remigio Morales Bermúdez, pres. constitucional.

AL: Pellegrini, pres. de Argentina; reclamaciones de EE. UU. contra Venezuela. J. Herrera y Obes, pres. de Uruguay.

Del Casal: *Hojas al viento*. A. Azevedo: *O cortico*.

Invencción de la linotipo y del neumático. Renan: *Historia del pueblo de Israel*. Kipling: *Simple cuentos de colinas*. Strindberg: *Hijo de sirvienda*.

Conflicto entre Alemania y EE. UU. por las Islas Samoa. Ascensión de Guillermo II.

Nietzsche: *El Anti-Cristo*. Ribot: *Psicología de la atención*. Kropotkin: *La conquista del pan*. Mallarmé: *Un golpe de dados*.

Fundación de la Segunda Internacional en París: 1º de Mayo, Día de los Trabajadores. Conferencia colonial en Bruselas. Primera Conferencia Panamericana en Washington. Huelgas en Alemania e Inglaterra.

Exposición Internacional de París: la Torre Eiffel. Eatsman: fotografía en celuloide. Bergson: *Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia*. Van Gogh: *Paisaje con ciprés*.

Conferencia de Berlín de protección al trabajo. Convenciones coloniales anglo-alemanas y anglo-francesas. Quiebra del Banco Baring en Londres. Ley anti-trust de Sherman en EE. UU.

W. James: *Principios de psicología*. Zola: *La bestia humana*. K. Hamsun: *Hambre*. Wilde: *El retrato de D. Gray*. Van Gogh se suicida.

Vida y Obra de Manuel González Prada

1891

Funda el partido Unión Nacional, continuación del espíritu antagónico y nacionalista del Círculo Literario y única voz progresista que se alza en ese momento dentro de la burguesía. A los pocos meses, abandona Lima para radicarse por siete años en Europa. Llega a París, donde nace su hijo Alfredo. Comienza a escribir los ensayos que recopilará luego en *Páginas libres*.

1892

Asiste, por estos años, a los cursos de Renan en el Colegio de Francia y en la Sorbona, así como a los de Louis Ménard. Inicia una amistad con Gastón de Costa, antiguo partidario de la Comuna parisina, y se dedica en general a una vida de estudio y de visitas a museos y bibliotecas.

1893

Compone su homenaje a Renan; "agudo, minucioso, panorámico, certero juicio sobre aquel Ariel que llevaba en sus alas el polvo de una biblioteca" (LAS: DM)

1894

Aparece *Páginas libres*, primera edición, en París.
Asiste al Congreso de Librepensadores de Ginebra.

P: Nuevo Ministerio, formado por Justiniano Borgoño.

Palma: *Tradiciones*, 8ª y última serie. Matto de Turner: *Indole*.

AL: Derrota y suicidio de Balmaceda en Chile. Crisis financiera argentina, creación del Bco. de la Nación Argentina.

Martí: *Versos sencillos*; Machado de Assis: *Quincas Borba*. J. Martell: *La bolsa*.

P: Nuevo Ministerio bajo el gral. Velarde.

Nace César Vallejo. Palma: *Filigranas*.

AL: Martí funda el Partido Revolucionario de Cuba y su periódico *Patria*. Gobierno de Saenz Peña en Argentina. J. Crespo, dictador en Venezuela.

Del Casal: *Nieve*. Gamboa: *Apariencias*. *El cojo ilustrado* en Caracas.

P: Ferrocarril central iniciado por Meigg llega hasta La Oroya.

AL: Conflicto con los radicales en Argentina. Sublevación de estados brasileños contra el poder central.

Muere del Casal. *Bustos y rimas* (póstumo). Darío en Buenos Aires.

P: Tacna y Arica pasan definitivamente a poder de Chile, sin que ningún plebiscito sea convocado. Muere el pres. Bermúdez. Lucha por la sucesión.

Nace J. C. Mariátegui.

AL: Crespo, pres. de Venezuela; Conflicto con la Guayana Británica. Bonilla, pres. de Honduras.

Acuerdo anglo-italiano sobre Abisinia. Acuerdo anglo-lusitano. Encíclica *Reverum Novarum*.

Pavlov observa los reflejos condicionados. C. Doyle: *Las aventuras de Sherlock Holmes*. Ibsen: *Hedda Gabler*. Cézanne: *Los jugadores de cartas*.

Convención militar franco-prusiana. Constitución definitiva del partido socialista italiano. Escándalo de Panamá en Francia.

O. Wilde: *El abanico de Lady Windermere*. Menéndez y Pelayo: *Antología de la poesía hispanoamericana*. Leoncavallo: *I Pagliacci*.

Proceso de Panamá: condena de Lesseps. Insurrección de los jóvenes checos. Crack bursátil y abolición de la Ley de Sherman en EE. UU.

Morey: primer proyector cinematográfico. Heredia: *Los trofeos*. Mallarmé: *Verso y prosa*. Chaikowski: *Sinfonía patética*. Munch: *El grito*.

Asesinato de Sadi Carnot. Primer proceso Dreyfus. Nicolás II zar de Rusia. Los japoneses ocupan Port Arthur. Los italianos invaden Abisinia.

Yersin: bacilo de la peste. Durkheim: *Reglas del método sociológico*. Kipling: *El libro de la Selva*. S. y B. Webb: *Historia del "Tradeunioniser"*.

Vida y Obra de Manuel González Prada

1895

1896

Asiste al entierro de Verlaine. Viaja luego a Bélgica y España, donde conoce a Miguel de Unamuno, quien escribirá sobre *Páginas libres*: "...es uno de los pocos, poquísimos libros americanos cuya lectura he repetido, y es uno de los pocos, poquísimos, de que me queda vivo recuerdo". En Barcelona, se pone en contacto con los anarquistas catalanes: "... En el Perú no conocemos bien lo que son los españoles; creemos que todos son monarquistas y frailunos..."

1897

"Por aquellos días tocó a don Manuel asistir a la génesis de la generación del 98. Conoció de vista a Castelar..., a Juan Valera, otra de sus víctimas..., al erudito don Marcelino Menéndez y Pelayo, a Campoamor, en la tertulia del librero Fernando Fe" (LAS: DM)

J. Asunción Silva: *Nocturno*. E. Acevedo Díaz: *Soledad*. H. Frías: *Temócbic*. Revista *Azul*, en México.

P: Lima en poder de fuerzas rebeldes al mando de Piérola. Cáceres se asila. Piérola, pres. constitucional.

Chocano: *Irás santas* y *En la aldea*. Nace Haya de la Torre.

AL: Segunda guerra de independencia cubana. Martí muere en acción. Gral. Eloy Alfaro entra en Quito. Batalla decisiva contra rebeldes brasileños, suicidio de Da Gama.

Montalvo: *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes* (póstumo). L. Díaz: *Bajorrelieves*.

P: Batalla de Huanta, mueren 500 indígenas. Ley de servicio militar para los varones. Partido de Cáceres declarado ilegal.

Chocano: *Azahares*. Palma: *Neologismos y americanismos*.

AL: Insurrección de los yaquis en México. Intento de asesinar al pres. Crespo en Venezuela.

Ruy Barbosa: *Cartas de Inglaterra*. R. Darío: *Prosas profanas* y *Los raros*. G. Nájera: *Poesías*. Se suicida J. A. Silva.

P: Se establece el patrón de oro para la moneda nacional. Auge de la explotación del caucho.

Palma: *Recuerdos de España*. Coronación del poeta Luis Benjamín Cisneros.

AL: Primera insurrección nacionalista de A. Saravia en Uruguay. Gobierno autónomo en P. Rico.

R. Jaimes Freyre: *Castalia bárbara*. L.

Fundación de la C. G. T. en Francia. Inauguración del Canal de Kiel. Convención sino-japonesa de Pekín.

Fundación del Premio Nobel de la Paz. Röntgen: rayos X. Lumière: primer aparato cinematográfico. Herzl: *El estado judío*. Valéry: *La tarde con el Señor Teste*. Crane: *La roja insignia del coraje*. Freud: *Estudios sobre la histeria*. Muere Engels.

Los ingleses en Sudán; los franceses en Madagascar. Acuerdo austro-ruso sobre los Balcanes.

Fundación del *Daily Mail*. Primeros juegos Olímpicos en Atenas. Marconi: la telegrafía sin hilos. Kropotkin: *La anarquía*. Bergson: *Materia y memoria*. Renouvier: *Filosofía analítica de la historia*. Muere Verlaine.

Conflicto greco-turco al unirse Creta a Grecia. Fundación del sionismo en Basilea. Fundación del comité para la representación del trabajo en Inglaterra.

A. Gide: *Los alimentos terrestres*. Wells: *El hombre invisible*. Durkheim funda la *Revista de Sociología*. Ganivet: *Idearium español*.

1898

Vuelve finalmente a Lima. "Ha regresado el sibarita", dirá Nicolás de Piérola. En Matavilela, pronuncia un discurso en nombre de la Unión Nacional; discrepancias con su partido en el posible acercamiento al Partido Liberal, ataque a Piérola y a la última revolución. "En todas partes las revoluciones vienen como dolorosa y fecundada gestación de los pueblos: derraman sangre pero crean luz, suprimen hombres, pero elaboran ideas. En el Perú, no... La última guerra civil ha sido mala, tanto por la manera como se hizo, cuanto por el caudillo que nos impuso... Sin embargo en ninguna parte se necesita más de una revolución profunda, radical."

La policía impide la segunda conferencia en el Politeama sobre "Librepensamiento en acción".

1899

GP funda sucesivamente los diarios *Germinal* y *El Independiente*, que predicán contra el clericalismo, contra Piérola, contra la política tradicional de los partidos, en favor del pueblo, inquietando al obrero, fomentando un frente económico e ideológico" (LAS: DM).

Escribe en estos años, y con posterioridad a su viaje, todos los artículos que luego fueron reunidos en los libros *Anarquía* y *Bajo el oprobio* (BP: PP de GP)

1900

De acuerdo a L. A. Sánchez (M y R de GP), publica en esta fecha, en *La Nación* de Buenos Aires, su artículo "La Poesía": "...el poeta que desea marchar a la cabeza de la civilización y no figurar como retardatario ni tardígrafo, tendrá un corazón bastante generoso para latir por la humanidad, un cerebro suficientemente iluminado para guiarse por la filosofía científica de nuestro siglo".

Progresivo alejamiento entre GP y la Unión Nacional, y acercamiento de ésta al Partido Liberal.

Comienza la composición de las *Letrillas* (-12) dentro del tono de sátira agresiva y anticlerical que lo caracteriza. "Sus temas favoritos son los pecados de los frailes, los deslices eróticos de los aristócratas, la deshonestidad y volubilidad de los políticos" (LAS: Prólogo a *Letrillas*).

Lugones: *Las montañas de oro*. Rodó: *La vida nueva*.

P: Ley de servicio militar obligatorio. Llega a Lima el primer automóvil.

Chocano: *La selva virgen*.

AL: Guerra hispanoamericana entre Cuba y España, con la intervención de EE. UU. a favor de Cuba. Tratado de París. Roca, pres. de Argentina, Andrade de Venezuela, Sanclemente de Colombia.

Nervo: *Perlas negras*. Tablada: *El florilegio*.

P: Eduardo Romáña presidente. Tratado de extradición con EE.UU.

Chocano: *La epopeya del Morro*.

AL: Administración norteamericana en Cuba. Fallo en la disputa de límites Venezuela -Gran Bretaña. C. Castro entra en Caracas, pres. Guerra de los mil días en Colombia.

G. Valencia: *Anarkos*. C. Zumeta: *El continente enfermo*.

P: Palma: *Cachivaches*.

AL: Castro, pres. constitucional de Venezuela, Marroquín de Colombia.

Rodó: *Ariel*. J. Sierra: *Evolución política del pueblo mexicano*. Gamboa: *La última campaña*.

Muerte de Bismarck y de Gladstone. Fundación del movimiento Acción Francesa. EE. UU. se anexa las Islas Hawai. Caso Dreyfus: *J'accuse* de Zola.

Los esposos Curie descubren el radio. Le Bon: *La psicología de las masas*. O. Wilde: *Balada de la cárcel de Reading*. Rodin: *Balzac*. Dario en Europa.

Conferencia de la Paz en La Haya. Acuerdo anglo-ruso para dividirse China y principio norteamericano de "puerta abierta" en China. Segundo proceso Dreyfus.

Veblen: *Teoría de la clase ociosa*. Maurras: *Tres ideas políticas*. Zola: *Fecundidad*. P. Baroja: *Vidas sombrías*. Tolstoi: *Resurrección*. Bierce: *Cuentos fantásticos*.

Fundación del Partido Laborista y de la Federación General de Trade-Unions, en Inglaterra y de la Unión general de sindicatos cristianos en Alemania. V Congreso internacional socialista en París: Bureau permanente (moción Kautsky). Fund. Asociación Internacional para la protección legal del obrero.

Freud: *La interpretación de los sueños*; Croce: *Materialismo histórico y economía marxista*. Chejov: *Tío Vania*. Muere Nietzsche.

Vida y Obra de Manuel González Prada

1901

Publica *Minúsculas*, su primer libro de poesía, en una edición doméstica de sólo cien ejemplares.

Prologa la *Poesía Completa* de J. S. Chocano: "Al revés de muchos poetas que se inician cantando al amor o quejándose de la vida, J. S. Ch. apareció fulminando himnos batalladores y revolucionarios".

1902

Renuncia públicamente a la Unión Nacional: "Ya no acepto una política de genuflexiones y acatamientos a los enemigos, principalmente a los conservadores y ultramontanos".

Es subjefe de la Liga de Librepensadores y colabora en *El Librepensamiento*.

1903

1904

"En marzo de 1904 apareció en Lima un periódico mensual, *Los Parias*, dirigido por un artesano. Invitado a colaborar, GP escribió, de octubre de 1904 a julio de 1909, un centenar de artículos. Los de carácter social fueron reunidos en 1936 con el título de *Anarquía*" (Alfredo González Prada: Advertencia a *Prosa menuda*). El texto apareció en 1941, bajo el título *Prosa menuda*.

P: Tratado de arbitraje con Bolivia por 10 años. Depósito de guano de Huanillos, Punta Lobos y Pabellón de Pica, revertido al gob. chileno.

Chocano: *El canto del siglo* y *El fin de Satán*.

AL: Constitución de Cuba. Enmienda Platt y presidencia de Tomás Estrada Palma. Segundo Congreso Panamericano.

Díaz Mirón: *Lascas*. Quiroga: *Los arrecifes de coral*.

P: Tratado de límites con Bolivia.

AL: Bloqueo de Venezuela por Inglaterra, Alemania e Italia. Acciones del canal de Panamá pasan a EE. UU.

Da Cunha: *Los sertones*. D'Halmar: *Juana Lucero*. Graça Aranha: *Canaan*.

P: Miguel Candamo, presidente

Palma: *Dos mil setecientas voces que hacen falta en el diccionario*.

AL: Cuba cede bases a EE. UU. Ocupación de Guantánamo. Protocolos de pagos de Venezuela. Tratado cediendo zona del canal de Panamá a EE.UU. Independencia de Panamá. J. Batlle y Ordóñez, pres. del Uruguay.

F. Sánchez: *M'hijo el doctor*. Bunge: *Nuestra América*. Portinari: *Cargadores de café*.

P: Muerte del pres. Candamo. Es electo José Pardo.

Chocano: *Los cantos del Pacífico*. Clemente Palma: *Cuentos malévolos*.

AL: Revolución de A. Saravia en Uruguay. Tratado de paz entre Bolivia, Pe-

tratado Hay-Pauncefote sobre el canal de Panamá. Formación de la United States Steel Corporation. Muerte de Victoria, la sucede Eduardo VII en Inglaterra. T. Roosevelt en EE. UU., tras el asesinato de Mac-Kinley.

Freud: *Psicopatología de la vida cotidiana*. T. Mann: *Los Buddenbrock*. Primer Premio Nobel: Sully Prudhomme. Primeras Exposiciones de Picasso en París.

Paz entre Inglaterra y los boers. Fin de la resistencia filipina a EE. UU. Este adquiere las acciones francesas del canal de Panamá.

Rutherford: Estudios sobre la radioactividad. Gide: *El inmoralista*. Croce: *Estética*. Unamuno: *Amor y pedagogía*.

Muere León XIII y lo sucede Pío X. Escisión entre bolcheviques y mencheviques en el Congreso Socialista ruso en Londres. Tratado Bunau-Varilla para construir el canal de Panamá.

Ford: construcción de fábrica de automóviles. Hnos. Wright: vuelo en aeroplano. Gorki: *Los bajos fondos*. Machado: *Soledades*. Dewey: *Estudios de teoría lógica*. Se constituye la Academia Goncourt.

Los japoneses hunden la flota rusa en Port Arthur y Vladivostock. Ruptura entre Francia y el Papado. Congreso Socialista en Amsterdam.

Pirandello: *El difunto Matías Pascal*. London: *El lobo de mar*. R. Rolland:

Vida y Obra de Manuel González Prada

	<p>Escribe "Nuestros indios", ensayo célebre, incorporado a <i>Horas de lucha</i> en su segunda edición. Señala su hijo que este artículo nunca fue del todo terminado ni corregido por Prada. No obstante, a partir de él, "cambia radicalmente el planteamiento de la cuestión del indio en la literatura sociológica peruana".</p>
1905	<p>Es invitado por la Federación de Obreros Panaderos de Lima a conmemorar el 1º de mayo. Lo hace con la conferencia "El intelectual y el obrero": "Los intelectuales sirven de luz, pero deben hacer de lazarillos, sobre todo en las tremendas crisis sociales, donde el brazo ejecuta lo pensado por la cabeza. Verdad, el soplo de rebeldía que remueve hoy a las multitudes, viene de pensadores o solitarios. Así vino siempre".</p>
1906	<p>Publica en <i>Los Perros</i> la balada indigenista "La Canción de la India": "Tú matas y mueres / en lucha de hermanos. / Yo beso tu herida, / yo gimo gritando: / ¡Maldita la guerra! / ¡Malditos los Blancos!"</p>
1907	

rú y Chile que termina formalmente la Guerra del Pacífico. R. Reyes, pres. Colombia.

J. H. y Reissig: *Los éxtasis de la montaña*. F. García Calderón: *De Litteris*.

P: Protesta formal por el tratado firmado entre Bolivia y Chile. Tratado de arbitraje con Colombia para someter al Papa la cuestión de fronteras.

Riva-Agüero: *Carácter de la literatura del Perú Independiente*.

AL: Levantamiento militar en Argentina. Aduana dominicana en manos de EE. UU. Estrada Cabrera, pres. de Guatemala.

Darío: *Cantos de vida y esperanza*. Lugones: *La tierra gaucha* y *Los crepúsculos del jardín*. F. Sánchez: *Barranca abajo*. H. Ureña: *Ensayos críticos*.

P: Decreto en favor de la inmigración.

Chocano: *Alma América*, con prólogo de Unamuno.

AL: Insurrección liberal en Cuba, desembarco de "marines". Montt, pres. Chile, Figueroa Alcorta de Argentina. Zelaya por 3ª vez de Nicaragua.

Payró: *El casamiento de Laucha*. Fray Mocho: *Cuentos*.

P: Tratado de amistad con Chile, el primero desde la Guerra del 79. Tropas peruanas toman el poblado de Tamatinga, en Brasil.

Francisco García Calderón: *Le Pérou Contemporain*. Revista *Contemporáneos*.

AL: Huelga general en Chile. Guerra de Nicaragua contra Honduras y El Salvador; intervención de EE. UU.

Juan Cristóbal (-12). Picasso se instala en el Bateau-Lavoir.

Los japoneses ocupan Port Arthur. Segunda pres. de T. Roosevelt. Constitución de la Central obrera socialista. "Domingo rojo" en San Petersburgo. Ley de 9 horas en Francia.

Lorentz, Einstein, Minkowski: la relatividad restringida. Freud: *Teoría de la sexualidad*. Sertillanges: *Socialismo y cristianismo*. Maurras: *El futuro de la inteligencia*. Los Fauves en Francia. *Die Brücke* en Alemania.

Encíclica *Vehementer nos* condenando la ley de separación. Rehabilitación de Dreyfus. Huelgas en Moscú, reunión y disolución de la primera Duma. Pogromos anti-judíos.

Descubrimiento de la reacción de Wasserman, Keyserling: *Sistemas del mundo*. Bergson: *La evolución creadora*. U. Sinclair: *La jungla*. Kafka: *Preparativos de boda en el campo*.

Encíclica Pascendi contra el modernismo. Segunda Conferencia de Paz de La Haya. Acuerdo anglo-ruso sobre Asia: la Triple Entente. Segunda y tercera Duma.

Lumiére: fotografía en colores. Gorki: *La madre*. W. James: *Pragmatismo*.

Vida y Obra de Manuel González Prada

1908

Publica en Lima *Horas de lucha*.

Ventura García Calderón, algunos años después, declarará a GP "el menos peruano" de los literatos de su país. Mariátegui, por el contrario, dirá que "por ser la menos española, por no ser colonial, su literatura anuncia precisamente la posibilidad de una literatura peruana... Los hombres de la nueva generación en GP admiramos y estimamos, sobre todo, el austero ejemplo moral, Estimamos y admiramos, sobre todo, la honradez intelectual, la noble y fuerte rebeldía" (J.C. Mariátegui: *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*).

1909

Aparece anónimamente *Presbiterianas*, breve colección de poemas satíricos.

1910

D. Agustini: *El libro blanco*. R. Darío: *El canto errante*. M. Azuela: *María Luisa*. Blanco Fombona: *El hombre de hierro*.

P: A. Leguía, presidente. Tratado con Bolivia, por tránsito comercial. Telégrafo sin hilos en la región amazónica.

Chocano: *Fiat Lux*. Revista *Varietades*.

AL: Gómez pres. de Venezuela hasta 1935. Madero candidato del anti-reelecciónismo en México. Atentado contra Estrada Cabrera en Guatemala.

Payró: *Pago chico*. H. Quiroga: *Historia de un amor turbio*. C. Vaz Ferreira: *Moral para intelectuales*. Laferrere: *Las de Barranco*.

P: Partidarios de Piérola intentan un golpe de estado contra Leguía. Tratado con Brasil que establece los principios generales de comercio y navegación por el Amazonas.

Muere Clorinda Matto de Turner.

AL: Entrevista Taft-Díaz en México. Conflictos laborales en Argentina (anarquistas). Colombia reconoce soberanía de Panamá.

A. Arguedas: *Pueblo enfermo*. Lugones: *Lunario sentimental*. J. E. Rodó: *Motivos de Proteo*. Ateneo de la Juventud en México.

P: Ruptura de relaciones con Chile por la expulsión de sacerdotes de Tacna y Arica. Tensión bélica con Ecuador. Jorge Chávez, aviador peruano, 1º en sobrevolar los Alpes.

José Gálvez: *Bajo la luna*. Ventura García Calderón: *Del romanticismo al modernismo*.

Asesinato de Carlos de Portugal. Bélgica se anexa el Congo. Creta se une a Grecia. Austria se anexa la Bosnia-Herzegovina. Levantamiento de los "jóvenes turcos". Jornada de ocho horas en las minas británicas.

Sorel: *Reflexiones sobre la violencia*. Chesterton: *El hombre que fue jueves*. E. Pound: *A lume spento*. Picasso: *Las muchachas de Avignon*. Galería Kahnweiler: Exposición cubista.

Semana trágica en Barcelona y fusilamiento de Ferrer. Taft pres. de EE. UU. Acuerdo franco-alemán sobre Marruecos, austro-italiano sobre los Balcanes.

Ford construye tractores. Lenin: *Materialismo y empiriocriticismo*. Marinetti: *Manifiesto futurista*. Ballets rusos de Diaghilev en París.

Huelga de ferroviarios en Francia y Ley de pensiones a la vejez. La Unión Sudafricana entra al Commonwealth. Caída de la monarquía en Portugal. George V en Inglaterra.

Pavlov: reflejos condicionados. Rilke: *Cuadernos de Malte Laurids Brigge*. Mack Sennet: *The splastick comedy*.

Vida y Obra de Manuel González Prada

1911

Publica su segundo libro de poesía, *Exóticas*, "libro experimental y pionero, de un tenue subjetivismo que pudiera calificarse de *objetivismo subjetivo*" (LAS: *Letrillas*), y que incluye asimismo su "manifiesto" sobre poesía y métrica.

1912

Es nombrado Director de la Biblioteca Nacional en lugar del renunciante don Ricardo Palma, antiguo contendiente de las polémicas del Politeama y del Olimpo. Publica la *Nota informativa sobre la Biblioteca Nacional*, en donde critica la gestión administrativa de Palma.

1913

AL: Comienza la Revolución Mexicana. Sáñez Peña, pres. de Argentina, C. Restrepo de Colombia.

Darío: *Poema del otoño*. J. H. y Reissig: *Los peregrinos de piedra*. M. Ugarte: *El porvenir de América*. Gerchunoff: *Los gauchos judíos*.

P: Disturbios en la frontera con Chile y con Colombia. Tratado comercial con Bolivia. Ley de accidentes de trabajo.

Eguren: *Simbólicas*. Alberto Ureta: *Rumor de almas*.

AL: Segunda pres. de Batlle en Uruguay. Madero, pres. de México. Zapata: Plan de Ayala.

Reyes: *Cuestiones estéticas*. E. Banchs: *La urna*. M. Azuela: *Andrés Pérez, maderista*.

P: Informe del cónsul británico sobre explotación de indios en Putumayo. Condena por parte del Papa. G. Billinghamurst, pres. constitucional. Propuesta para plebiscitar el problema Tacna-Arica.

Fco. García Calderón: *Les démocraties latines de l'Amérique* y *La creación de un continente*. José Gálvez: *Jardín cerrado*.

AL: Linchamiento de Alfaro en Ecuador. Intervención de "marines" en Nicaragua y Honduras. Conflicto argentino-paraguayo.

París: Revistas *Mundial* (Darío) y de *América* (hnos. G. Calderón). Azuela: *Sin amor*.

P: Muerte del ex-pres. Piérola. Protocolo de límites con Brasil.

Valdelomar gana el concurso de *La Na-*

Stravinski: *El pájaro de fuego*. Empieza la oleada expresionista. Muere Tolstoi.

Taft disuelve la Standard Oil y la Tobacco Co. Seguros sociales en Inglaterra. Movimiento revolucionario en China. Guerra ítalo-turca.

Rutherford: teoría atómica nuclear. D. H. Lawrence: *El pavo real blanco*. K. Mansfield: *Una pensión alemana*. Kandinsky y Klee fundan *El jinete azul*.

Comienzo de la primera guerra balcánica. Triunfos serbios, búlgaros y griegos. Protectorado francés en Marruecos.

Trabajo en cadena en las fábricas Ford. Hopkins: las vitaminas. Claudel: *La anunciación a María*. Shaw: *Pigmalión*. V. Inclán: *Voces de gesta*. A. Schoenberg: *Pierrot lunaire*.

Turquía reinicia las hostilidades. Nueva guerra balcánica. Poincaré, pres. de Francia, Wilson de EE. UU. Ley militar en Alemania. Tratado de Bucarest

1914	<p>El nuevo gobierno desagravia a Palma nombrándolo Director honorario de la Biblioteca. Prada es destituido. Publica el periódico <i>La Lucha</i> (en el que aparecen sus artículos <i>Bajo el oprobio</i>), que es requisado: "Encararse a tiranuelos de ópera bufa, valerse de todos los medios posibles para lavar la ignominia de un régimen africano, es hoy el deber ineludible de los que no han perdido la dignidad ni la vergüenza". "Todo el número era un vibrante grito de protesta, una recopilación de cargos contra Benavidez: ineludibles, tangibles. Fue un bombazo que repercutió por todos los ámbitos del país" (Adriana de G. Prada: <i>Mi Manuel</i>).</p>
1915	<p>Publica en la Revista <i>Cultura</i>, el artículo "Los Viejos": "...difícilmente se concibe gozo tan inefable como el irse despojando del hombre antiguo y revistiendo del hombre nuevo".</p> <p>Se publica en Madrid la 2ª edición de <i>Páginas Libres</i>.</p> <p>Es restituido a la Dirección de la Biblioteca Nacional. Reporteado en la <i>Revista de Actualidades</i>, "confesó su anarquismo, su remota y ya difunta ambición de haber sido un conductor de masas, su creencia de que las religiones caducaban..." (LAS: <i>DM</i>).</p> <p>Su hijo Alfredo es nombrado miembro oficial de la Legación Peruana en Buenos Aires.</p>
1916	

ción de Lima con el cuento "El caballero Carmelo".

AL: "Trágicos diez días" de Huerta. Asesinato de Madero y Suárez en México. Acciones de Carranza, Villa, Obregón. Leyes de naturalización en Venezuela.

D. Agustini: *Los cálices vacíos*. J. Ingenieros: *El hombre mediocre*. Carriego: *El alma del suburbio*. J. E. Rodó: *El Mirador de Próspero*.

P: Levantamiento del gral. Benavídez. Exilio de Billingham. Benavídez, pres. provisional.

AL: EE. UU. ocupa Veracruz. Carranza desaloja a Huerta, guerra entre Carranza y Villa. Apertura del canal de Panamá.

M. Gálvez: *La maestra normal*. Darío: *Canto a la Argentina*.

P: José Pardo, presidente. Ley de libertad religiosa.

Valdelomar: *La Mariscala*. J. Gálvez: *Posibilidad de una literatura genuinamente nacional*.

AL: Tratado ABC (Argentina, Brasil, Chile) de arbitraje obligatorio. Intervención militar norteamericana en Haití.

González Martínez: *La muerte del cisne*. Güiraldes: *El cencerro de cristal*. Palés Matos: *Azuleas*.

P: Pardo renuncia a la pres. Lo sucede R. Bentín.

Eguren: *La canción de las figuras*. Revista *Colónida*.

y acuerdo anglo-alemán sobre colonias portuguesas.

Habber: Síntesis Rayos X. Freud: *Totem y Tabú*. Unamuno: *El sentimiento trágico de la vida*. Proust: *En búsqueda del tiempo perdido* (-27). Stravinski: *La consagración de la primavera*. Chirico: *Plaza de Italia*.

Asesinato del Archiduque Francisco Fernando en Sarajevo. Primera guerra mundial: Francia, Inglaterra, Rusia, Bélgica, Serbia, Montenegro y Japón contra Austria-Hungría, Alemania y Turquía. Ley anti-trust en EE. UU. Apertura del Canal de Panamá.

J. Joyce: *Dublineses*, Kafka: *En la colonia penitenciaria*. O. y Gasset: *Meditaciones del Quijote*. Chaplin: *Carlitos periodista*.

Empleo de gases asfixiantes por los alemanes. Triunfos alemanes en el frente ruso. Alemania declara la guerra submarina y los aliados deciden el bloqueo marítimo.

Einstein: Teoría de la relatividad generalizada. Kafka: *La metamorfosis*. Maikovski: *L anube en pantalones*. R. Rolland: *Por encima de la contienda*. D. W. Griffith: *El nacimiento de una nación*.

Batalla de Verdun. Asesinato de Raspútín. Segunda Conferencia Socialista Internacional. Congreso Socialista Francés. Formación del Spartakusbund en Alemania.

Vida y Obra de Manuel González Prada

1917

Publica su *Memoria del Director de la Biblioteca Nacional*.

1918

Muere el 22 de julio en Lima, de un síncope cardíaco.

La mayoría de sus obras fueron publicadas póstumamente: Obras en prosa: *Bajo el oprobio*, París, 1933; *Anarquía*, Santiago de Chile, 1936; *Nuevas páginas libres*, París, 1937; *Figuras y figurones*, París, 1938; *Propaganda y ataque*, Bs. As., 1938; *Prosa menuda*, Bs. As., 1941; *El tonel de Diógenes*, México, 1945.

Obras en verso: *Presbiterianas*, Lima, 1928; *Trozos de vida*, París, 1933; *Baladas peruanas*, Santiago de Chile, 1935; *Grafitos*, París, 1937; *Libertarias*, París, 1938; *Baladas*, París, 1939; *Adoración*, Lima, 1947; *Poemas desconocidos*, Lima, 1973; *Letrillas*, Lima, 1975.

El Primer Congreso de estudiantes de Cuzco crea las Universidades Populares Manuel González Prada.

AL: H. Irigoyen, pres. Argentina. Ocupación militar norteamericana en Santo Domingo.

H. Quiroga: *Cuentos de amor, de locura y de muerte*. López Velarde: *La sangre devota*. Azuela: *Los de abajo*. Lugones: *El payador*. Muere R. Darío.

P: Ruptura de relaciones con Alemania por el hundimiento del buque peruano Lórton.

Urceta: *El dolor pensativo*. Hidalgo: *Panoplia lírica*.

AL: Carranza elegido pres. en México. Reforma colegialista en Uruguay. Ley Jones transforma a P. Rico en territorio norteamericano.

Rojas: *La literatura argentina*. A. Reyes: *Visión de Anáhuac*. Ingenieros: *La simulación en la lucha por la vida*.

P: Captura de ocho barcos alemanes en Callao. Ley sobre el trabajo de mujeres y niños. Conflicto Tacna-Arica: se retiran cónsules de Chile.

Vallejo: *Los heraldos negros*. Valdelomar: *El caballero Carmelo y Belmonse*.

AL: Protesta norteamericana e inglesa contra México por las concesiones de petróleo. Confederación Regional Obrera Mexicana. Venezuela, exportador de petróleo.

Quiroga: *Cuentos de la selva*. Azuela: *Las moscas*. Pocaterra: *Tierra del sol amada*.

Freud: *Introducción al psicoanálisis*. Barbusse: *El fuego* (premio Goncourt). Joyce: *Retrato del artista adolescente*. Dewey: *Democracia y educación*. Lenin: *El imperialismo, etapa superior del capitalismo*.

Estados Unidos declara la guerra a Alemania. Declaración Balfour sobre el sionismo. Abdicación de Nicolás II. Lenin en Rusia. El soviét toma el poder en Petrogrado.

Lenin: *El estado y la revolución*. A. Machado: *Poesías completas*. Mary Pickford en *Pobre niña rica*.

Retirada general de los alemanes en la posición Hindenburg. Congreso de Versalles. Los "catorce puntos" de Wilson. Ruptura entre los aliados y los soviets. Los bolcheviques invaden Ucrania, Estonia, Lituania y Letonia. Asesinato de Nicolás II. Se vota la constitución soviética. atentado a Lenin. Creación de la Tcheka.

T. Tzara: *Manifiesto Dada*. Ozenfat y Le Corbusier: *Después del cubismo*. Maurois: *Los silencios del coronel Bramble*. Mov. ultraísta en España. Manifiesto creacionista de V. Huidobro en París.

INDICE

PROLOGO, por Luis Alberto Sánchez [IX]

Criterio de esta edición [XVIII]

PÁGINAS LIBRES [1]

Primera Parte [3]

Conferencia en el Ateneo de Lima [3]
Discurso en el Palacio de la Exposición [23]
Discurso en el Teatro Olimpo [25]
Discurso en el entierro de Luis Márquez [34]

Segunda Parte [37]

Grau [37]
Discurso en el Politeama [43]
Perú y Chile [49]
15 de Julio [57]

Tercera Parte [61]

Vigil [61]
Instrucción católica [71]
Libertad de escribir [90]
Propaganda y ataque [101]